3 1761 08695656 2

540
Ca 38.
110

LOS
CABALLEROS DEL AMOR

PORTADA

LS
C3527c

LOS CABALLEROS DEL AMOR

(MEMORIAS DEL REINADO DE CÁRLOS III)

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA POR

ÁLVARO CARRILLO (pseud.)
Rafael del Castillo

277343
9. 32
3.

TOMO I

BARCELONA
JAIME SEIX, EDITOR
CALLE DE DÓU, N.º 15, (ANTIGUA UNIVERSIDAD)
1878

Esta obra es propiedad del Sr. Seix, que se reserva sobre la misma cuantos derechos le concede la ley.

Barcelona: Imp. de Baseda y Giró, calle Sepúlveda, núm. 197, Ensanche.

PRÓLOGO.

Un amor criminal.

SOBRE las cinco de la tarde de un dia de Otoño del año 1776, los bosques de Valsain se hallaban invadidos por una multitud alegre, inquieta y bulliciosa que les recorria en todas direcciones, dando gritos de júbilo.

El buen rey don Cárlos III, entregábase á su favorita diversion de la caza, y precisamente esta habia ofrecido durante el dia las peripecias y todos los incidentes que tanto entusiasman á los cazadores.

Dos dias antes habia ido el montero mayor á participar al monarca, que se habian levantado algunas piezas en el bosque, y que habia tomado las disposiciones necesarias á fin de que no se escaparan, hasta el dia que S. M. determinase.

Cárlos III, que tratándose de una cacería mostraba siempre las mejores disposiciones, participó á sus caballeros lo que habia; dispuso para dentro de dos dias el ataque de las piezas, y el montero mayor marchó al sitio para disponer

convenientemente los ojeadores, las trahillas, los puestos y lo demás necesario para aquella diversion.

En los momentos que da comienzo nuestro relato, la cacería estaba, digámoslo así, en el período álgido.

Habíanse levantado por la mañana un jabalí, dos ó tres venados y algunas otras piezas menores; los ojeadores habian ido estrechando el círculo, los cazadores habíanse esparcido por distintos sitios, las trompas resonaban cada vez con más fuerza, los rastros estaban completamente determinados ya, y todo anunciaba que la crísis suprema estaba próxima.

En uno de los extremos del bosque, donde se abria una pequeña plazoleta, corriendo á corta distancia un humilde arroyuelo, un caballero, cazador, sin duda, de los que habian ido acompañando al monarca, hablaba con un individuo de siniestra catadura y de feroz continente, é indudablemente el objeto de su conversacion habia de ser muy grave, puesto que hablaban en voz muy baja, y lo mismo el uno que el otro no dejaban de dirigir recelosas miradas á su alrededor.

—¿De qué medio vas á valerte para que Alina venga á este sitio?—preguntaba el caballero.

—No creo que os importe mucho—respondió con descaro su interlocutor—mientras realice lo que deseais.

—¿De modo que tienes seguridad del éxito?

—Yo la tengo siempre en lo que hago—repuso con cierta fatuidad el personaje de la siniestra catadura.

—Pero, vamos á ver, García—dijo el caballero.—¿Á qué llevar esa existencia tan llena de azares, cuando una sola palabra mia pudiera darte en la córte un destino ó una representacion de qué careces? Cesa ya en esa existencia aventurera, preñada de peligros, y yo te prometo.....

—Nada me prometais, conde, porque nada aceptaria. ¿Por qué no abandonais vos esa existencia de liviandades, y hasta de crímenes, que estais llevando? Porque en vos existe algo que os impulsa por ese camino, á pesar de la posicion que

disfrutais en la córte, á pesar de tener una esposa que os ama, de tener un hijo que podrá ser mañana vuestro orgullo, y una hija llamada á heredar las virtudes y la belleza de su madre.

—¿Quieres comparar tu existencia con la mia?

—¿Por qué no? Doblemente criminal es en vos el que no hayais podido dominar vuestros perversos impulsos, disfrutando de una posicion como la que teneis.

—Y si yo no tuviera estos perversos instintos, ¿quieres decirme de qué vivirias?

—No os lo niego; vos llenais mi bolsa cuando está vacía, y merced á vos estoy viviendo hace algunos años alegre y divertido; pero tambien debeis tener en cuenta que si no os sirviera, siempre encontraria otro magnate que premiara mis servicios con la misma generosidad que vos; porque, sin que sea presuncion, imagínome que valgo alguna cosa.

—Presumido eres, y aun cuando es verdad que sirves para mucho, tambien lo es que te lo crees demasiado.

—¿Acaso os hubiera servido otro como os serví yo en el asunto de la duquesa de Jarandilla?

—No hablemos de eso.

—Si os lo recuerdo, vos únicamente teneis la culpa.

—Contraigámonos única y exclusivamente á lo que vas á hacer hoy.

—¿Y qué quereis que os diga de ello? Todo lo sabeis; estais estorbándome ya, porque tal vez está próximo el momento en que mis gentes conduzcan á este sitio á la hija del senador Aldobrantini, y no creo que sea conveniente que ella os encuentre aquí.

—Pero, ¿vendrá el montero tambien?

—Vendrá; no tengais duda.

—Y supongo que no saldrá de aquí.

—Si eso es lo que deseais, y por eso me habeis pagado, ¿por qué estais dudando?

—Alina ha de quedar en mi poder esta noche.

—Quedará; estad seguro.

—El final de la cacería está próximo; y quiero saber antes que termine, el éxito de tu empresa.

—Id descuidado, que tiempo tendreis de saberlo.

El conde de Lazan, que tal era el título que en la córte llevaba el caballero que hablaba con García, despues de haber cruzado algunas palabras con éste, dándole nuevos encargos respecto al proyecto que llevaban entre manos, clavó las espuelas en los costados del corcel y salió á galope de la plazoleta, dirigiéndose por una de las veredas que en ella desembocaban, en la direccion que se percibian los gritos y las trompas de los cazadores.

García se quedó solo, y sentándose sobre un tronco de árbol, abatido sin duda por la violencia del huracan, murmuró:

—He ahí lo que es la fortuna: ¿quién hubiera de decir que el conde y yo nos hemos criado juntos, y juntos hemos pasado los primeros años de nuestra vida? Él, á pesar de sus infamias y de sus liviandades, obtiene consideraciones y distinciones en la córte; y yo, haciendo quizás ménos que él, arrastro una vida miserable y azarosa, expuesto siempre á que un alcalde de casa y córte se le antoje hacer una excursion—que no dejaria de ser curiosa—por mi vida, excursion de la cual resultaríame indudablemente un encierro, que maldito lo que tendria de agradable para mí á quién tanto le agrada la libertad.

Sin duda hubiera proseguido García su monólogo, á no haber apercibido á lo lejos un rumor que se iba aproximando, que le hizo fijar su atencion en él, y que le obligó á exclamar por fin:

—¡Hola! sin duda se dirige hácia aquí la dama; pero me extraña que no me hayan hecho la señal.

En este momento percibió el gorgeo de un ave, con tanta perfeccion imitado, que no pudo ménos de decir:

—Vamos, al *Jilguero* le cuadra perfectamente el apodo, porque lo hace con una perfeccion admirable.

Un nuevo rumor que en direccion opuesta del primero llegó hasta sus oidos, llamó su atencion, y á la par que salia de la plazoleta, hundiéndose, por decirlo así, en los matorrales inmediatos, murmuró:

—Juraria que los cazadores se dirigen hácia este sitio. ¡Diablo! Esto si que podria ser una contrariedad con la cual no he contado; necesario será que esté muy alerta por lo que pueda suceder.

Y deslizándose por entre la maleza, casi sin hacer ruido alguno, alejóse de la plazoleta.

Y por cierto que lo hizo á tiempo.

Una bellísima dama, que escasamente podria contar algunos diez y siete años, cabalgando en un brioso corcel de pura raza andaluza, apareció en el sitio que acababa de abandonar García, y fijando curiosas miradas á su alrededor, murmuró:

—No peca de muy puntual el buen montero; si supiera que habia de esperarle mucho puede que me volviera por donde he venido.

Pero de súbito, oyóse violento rumor en los jarales inmediatos; dirigió la dama su vista hácia ellos, y una exclamacion de alegría estuvo á punto de brotar de sus labios.

Abrióse de pronto el ramaje, y un jóven montero, de fisonomía simpática y expresiva, de gallarda apostura y de altivo continente, lanzóse á la plazoleta, exclamando:

—¡Oh! señora, ¡perdonadme por haberos hecho esperar!

—No merecíais que una se interesase tanto por vos; y si no fuera porque os debo la vida!....

Y la jóven hizo un mohin encantador, amenazando con su linda mano al gentil montero, que se apresuró á contestar:

—¿Es decir, señora, que únicamente la gratitud es la que os obliga?

—¡Oh! no tal; no es solamente la gratitud, sino algo que como sabeis, existe en este corazon.

—¡Benditos sean esos labios que tan dulces palabras saben pronunciar! Señora mia, estrella de mi alma, ¿es cierto lo que me han dicho? ¿Es verdad que vais á marcharos de Madrid? ¿Es verdad que vais á dejar las tristes orillas del Manzanares por las azules aguas del Adriático?

—¿Y qué temeis que os suceda, aun cuando sea así?

—¿Y vos me lo preguntais? Vos que sabeis que no tengo vida mas que en vuestra mirada, ni aliento mas que en vuestra sonrisa ¿me preguntais todavía qué puede sucederme? Morir lo mismo que muere la flor falta de sol y de aire.

—¿Por qué no venís á Venecia con mi padre?

—¡Oh! eso fuera la vida para mí; pero harto sabeis que aquí me retiene el deber.

—¿Y si mi padre os pidiese al rey vuestro señor?

—Estar cerca de vos, aspirar vuestro aliento, embriagarme en vuestra mirada amante, respirar el mismo aire que respirais y abrasarme con el mismo rayo de sol que os presta calor, fuera para mí la felicidad suprema.

—Pues sabed, señor Andrés de Montalvan, que mi padre el senador Aldobrantini, ha pedido esta tarde al rey don Cárlos III, vuestro señor, que le conceda la gracia de cuidarse de vuestro adelantamiento, ya que á vos le debe la dicha de conservar á su hija.

—¿De veras?

—Sí señor.

—¿Y qué ha contestado el rey?

—El rey, que desea estar en paz con la señoría de Venecia, se ha apresurado á conceder á mi padre lo que deseaba.

—¡Bendita, bendita la hora en que os conocí! No hay en mi cuerpo una sola gota de sangre, ni en mi mente un pensamiento, ni en mi corazon un latido que no os pertenezcan.

Y el jóven llegó á aproximarse tanto al caballo de la dama, que la mano de ésta se encontró al borde de sus labios, y no tuvo mas que aproximarlos insensiblemente para depositar en ella el beso más ardiente que dió jamás enamorado alguno.

En este momento percibióse el sonido de las trompas y la gritería de los cazadores, de tal manera, que Alina, puesto que ya sabemos que así se llamaba la dama, no pudo ménos de exclamar:

—¡Dios mio! si se dirigiera la cacería por este sitio!

—¡Oh! no paseis temor alguno; esta parte del bosque está precisamente fuera del radio que abrazan los ojeadores. Ya lo tuve yo en cuenta así al determinaros este sitio para la entrevista en que tan feliz me habeis hecho.

Pero en este momento, para demostrar quizás al jóven montero el error que habia padecido, percibieron á corta distancia del lugar en que se hallaban, un extraño rumor, y al fijar la jóven sus ojos en aquella direccion, un grito de terror se exhaló de sus labios.

Un enorme jabalí, perseguido y ostigado por los perros, con su instinto de conservacion habia comprendido que el arroyo que cruzaba una parte del bosque podia salvarle, y se habia arrojado á él, caminando un buen espacio por el agua hasta que llegó á la plazoleta en que se hallaban los dos jóvenes.

Si sorpresa experimentó Alina, no fué menos la del montero, que, dirigiéndose á la jóven, dijo:

—Cuidado, señora; no perdais la serenidad en estos momentos; refrenad el caballo, no os arroje al suelo en algun movimiento de espanto, y dejad todo lo demás para mí.

—Pero, ¿qué podreis hacer contra esa fiera?—exclamó Alina con tembloroso acento.

—Salvaros, ó perder la vida.

Y el jóven, sacando el cuchillo, lanzóse audazmente sobre

el jabalí, que se habia detenido breves instantes antes de acometer.

Tal vez hubiera pasado de largo, pues aterrorizado por los ladridos de los perros, los gritos de los cazadores y el sonido de las trompas, hubiera ido á buscar su salvacion en lo más espeso del bosque, ya que habia conseguido evadirse del círculo de los ojeadores y echado á perder el rastro á los perros.

Mas el movimiento de Andrés, pues así sabemos que se llamaba el montero, fué causa para que, por lo visto, cambiase de opinion.

Fijó alternativamente su encendida pupila en Alina y en el montero, y comprendiendo que la presa más segura era la de la primera, lanzóse sobre ella, consiguiendo burlar el golpe que el montero le dirigia, haciéndole caer al suelo.

Un nuevo grito de espanto lanzado por Alina, y un furioso bote que dió el caballo, hicieron á Andrés volver en sí del aturdimiento que le produjo la caida, y alzándose rápidamente fué á interponerse entre Alina y la fiera.

En este momento, los ladridos de los perros demostraron que, sin duda alguno de ellos habia vadeado el arroyo y encontrado el rastro, llamando hácia sí la atencion de los cazadores.

Segundos despues, tres ó cuatro sabuesos de los más finos desembocaban en la plazoleta, y se arrojaban furiosos sobre el jabalí.

Irritado éste, revolvíase contra sus nuevos acometedores, mientras que el montero, alentado con el nuevo auxilio que recibia, gritó á la aterrada dama:

—¡No paseis temor, señora, que presto estareis libre!

Y efectivamente, con una serenidad asombrosa fuése hácia la fiera, que se debatia desesperadamente entre los perros que habian hecho presa en ella, y le hundió el cuchillo en el costado.

Pero en este momento, y cuando el jóven iba á lanzarse

para sostener á Alina, á quien veia vacilar sobre el caballo, un cazador que salió de la vereda inmediata, cayó sobre él con la espada en la mano, y antes de que pudiese hacer movimiento alguno, le atravesó con ella, diciendo:

—¡Miserable! ¿qué intentabas hacer con esa dama?

Un grito desgarrador que brotó de los labios de Alina, siguió á la caida del montero.

—Ya os he vengado, señora—dijo el caballero, que no era otro que el conde de Lazan.

Pero Alina no podia oirle.

La accion del conde habia agotado sus fuerzas, debilitadas ya por las anteriores emociones.

Cerró los ojos, y hubiera indudablemente caido al suelo, á no aparecer en aquel instante en la plazoleta, atraidos por los ladridos de los perros, varios cazadores de los cuales algunos, apercibidos del estado de Alina, apresuráronse á sostenerla.

Poco despues, el monarca y el senador Aldobrantini, enviado extraordinario de la República de Venecia cerca del rey de España, tenian noticia de lo ocurrido.

El conde de Lazan lo explicó, manifestando que al aparecer él en la plazoleta, juzgó que el montero intentaba algo ofensivo al decoro de Alina, y se apresuró á castigarle.

La soledad del sitio, el hallarse Alina y el montero solos en él, prestaban algun viso de verdad á la suposicion del conde; así fué que no se juzgó el hecho mas que como un incidente desgraciado, como una equivocacion lamentable, y aun la misma Alina, cuando estuvo en estado de poder hablar, no pudo acusar al conde, quien, por otra parte, hasta entonces no le habia dado lugar á concebir sospechas.

El conde de Lazan llegó á la plazoleta, creyendo que García habria ya dado cima á su encargo; pero la aparicion de la fiera, primero, y la proximidad de los cazadores, despues, impidieron que García se arriesgase, y el conde, lleno de ira se

lanzó hácia el montero, á quien habia reconocido desde algun tiempo antes como un rival peligroso.

Alina estuvo gravemente enferma, y tan luego como se restableció algun tanto, marchó con su padre á Venecia, llevando muerto el corazon para el amor; pues el montero habia sido su primera, y segun ella juzgaba, su única pasion.

Poco despues de haber marchado Alina, el conde de Lazan consiguió de Cárlos III que le confiase una mision para el rey de Nápoles, y marchó á Italia acompañado de García, á quien dijo:

—Te perdonaré tu falta de habilidad en el negocio de la cacería, con tal de que pongas en mi poder á Alina.

—¿Y si hay qué pasar por encima de algun cadáver para llegar hasta ella?—preguntó el bandido, pues tal calificacion podemos darle sin temor alguno de ofenderle.

—Pasa, como yo he pasado sobre el del montero.

García inclinó la cabeza en señal de obediencia, y llegó á Italia en compañía del conde.

Éste era apuesto y galan todavía, y su permanencia en Italia se prolongó por espacio de tres años.

Habíase propuesto no salir de allí sin realizar su propósito, y lo realizó.

Un año despues de haber llegado á aquel país, dirigióse á Venecia, donde ya le habia precedido algun tiempo antes García.

Hizo que el rey de Nápoles le confiriera un cargo, digámoslo así, oficial, y marchó á desempeñarle.

Pero en realidad no tenia otro objeto que el de ponerse frente á frente de Alina.

*
* *

El senador Aldobrantini habíase retirado con su hija, cuya salud quedó sumamente delicada desde su regreso de España,

á una quinta no lejos de Venecia, en cuyo punto fué á visitarles el conde de Lazan.

Éste poseia todas las condiciones á propósito para seducir y fascinar á una mujer.

Mucho tenia qué hacer para vencer en el corazon de Alina el recuerdo de la escena ocurrida en la cacería de Valsain, pero, sin embargo, tales trazas supo usar y de tal modo se manejó, que poco á poco fué desvaneciéndose aquella impresion.

El viejo senador no se encontraba en un sentido muy favorable á España; pero Alina, que no estaba en su caso, cuya inexperiencia no habian sido suficientes los años transcurridos á vencer, escuchaba al conde con gusto, y aun le defendia cuando su padre, con mayor experiencia y más conocimiento de mundo, juzgábale hipócrita y perverso.

Pero á pesar de las simpatías que Alina tuviese respecto al de Lazan, no debe presumirse por esto que se hallase dispuesta á favorecer sus criminales aspiraciones.

Sabia que era casado; habia conocido en Madrid á su esposa; y el conde, que tenia motivos para conocer el modo de pensar y los sentimientos de la jóven veneciana, guardóse muy bien de hacerle indicacion alguna que diese lugar á un rompimiento.

Pero lo que de buen grado sabia el conde que no se le habia de conceder, estaba resuelto á conseguirlo por medio de la fuerza.

En el tiempo que habia permanecido en Nápoles, habia cometido ya otra iniquidad de aquellas que señalaban su paso por donde quiera que iba.

La familia Monteleone, una de las más nobles del país, habia sufrido las consecuencias del impuro libertinaje del magnate español.

El anciano Monteleone habia sucumbido, tratando de defender la honra de su hija; sus dos hijos, denunciados como

conspiradores al rey de Nápoles, habian muerto en un suplicio innoble; la hija del anciano habíase vuelto loca de desesperacion y de dolor: únicamente habia podido salvarse el más jóven de todos los hermanos, merced á encontrarse lejos de aquellos sitios cuando tuvieron lugar los sucesos que acabamos de indicar.

Con esta hazaña, habia el conde de Lazan inaugurado, por decirlo así, su estancia en Italia, y semejante hecho era el prólogo del sangriento drama reservado á la familia Aldobrantini.

García no se separaba del conde; su cómplice, ó mejor dicho, el alma de todas sus infamias, servíale con una lealtad extraordinaria, porque realmente le pagaba aquél sus servicios con una largueza superior todavía al mismo servicio que prestaba.

En este estado, el conde anunció un dia su regreso á España.

Aldobrantini no pudo ménos de regocijarse por un suceso que alejaba de su presencia un hombre respecto á quien, sin poderse explicar la razon, abrigaba una repulsion invencible.

La partida tuvo efecto; pero dos dias despues, y en medio de una noche tempestuosa, la quinta que habitaba fué asaltada por una partida de bandidos, á cuyo frente iba un individuo cubierto el rostro con un antifaz negro, el cual se dirigió inmediatamente á la cámara de Alina, y cogiéndola en sus brazos, arrastróla fuera de su aposento.

El viejo senador encontró, para defender á su hija, el antiguo brío de su juventud; pero el raptor de Alina, sosteniendo el inanimado cuerpo de la jóven con un brazo, y manejando con el otro la espada, arrojóse sobre él, y á los pocos minutos el desdichado padre regaba con su sangre la deshonra de su hija.

Porque el miserable no vaciló en cometer un nuevo crímen.

Pero, cuando iba á salir de la quinta, las gentes de las in-

mediaciones, puestas en movimiento por los criados del senador, acudian en su socorro, y el miserable no tuvo otro remedio que abandonar aquel sitio seguido de sus cómplices.

Mas Alina le habia reconocido.

Debatiéndose entre sus brazos, habia conseguido arrancarle la mascarilla que le cubria el rostro.

Y un grito de horror habíase exhalado de sus labios, grito al cual siguió un prolongado desvanecimiento.

Cuando volvió en sí, vió que al lado de su padre, cuidando de sus heridas y auxiliándole en sus últimos momentos, habia un jóven.

Éste, al abrir ella los ojos procurando darse cuenta de cuanto habia pasado, le dijo:

—Señora, sé cuanto os ha sucedido; contad conmigo como contaríais con vuestro hermano.

Alina, viendo que el estado de su padre era completamente desesperado, no juzgó conveniente desesperarle mucho más revelándole el nombre de su infame verdugo.

Pocas horas despues, el anciano Aldobrantini fallecia á consecuencia de las heridas que recibiera.

Entónces, sobre el cadáver del anciano, el jóven que habia ayudado á Alina en los últimos cuidados prodigados á aquél, le dijo:

—Alina, yo me llamo Mario de Monteleone; sin que vos lo hayais dicho, presumo quién ha sido el matador de vuestro padre; yo tambien tengo que vengar tanto como vos. ¿Quereis aceptarme como compañero para perseguir sin tregua ni descanso al miserable conde de Lazan?

Alina permaneció pensativa durante un breve espacio.

Despues alzó resueltamente la cabeza, y dijo:

—Acepto, hermano.

FIN DEL PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.

Quién era don Luis de Guevara, y quiénes eran «Los Caballeros del Amor.»

Estamos en el año 1786.

Han pasado veinte años de los sucesos narrados en el prólogo de nuestra obra.

España se felicitaba cada dia más de que la muerte del buen Fernando VI, sin sucesion, hubiese facilitado el trono á su hermano, el rey de Nápoles don Cárlos III.

Por doquiera tocábanse las mejoras producidas por su benéfico reinado.

Las recientes colonizaciones de Sierra Morena, era uno de los acontecimientos más notables de aquel tiempo, y la causa formada á Olavide, superintendente de aquellas colonias, como hereje, no habia contribuido poco á la nombradía que adquirieron.

Muchas eran las quejas que se habian formulado respecto á la formacion de aquellas colonias, y distintas las informa-

ciones que se habian hecho sobre los excesos que se delataban.

Un dia, Cárlos III, temeroso de que las personas enviadas para hacer aquellas informaciones obedecieran tal vez, más que á la imparcialidad y rectitud necesarias en tales casos, á las interesadas miras ó á las ideas particulares de cada uno, quiso enviar una persona totalmente desligada de todo compromiso y que no excitase sospecha, y cuya conducta anterior no predispusiese en favor ó en contra de sus propósitos.

Dirigió sus miradas á su alrededor, y precisamente el conde de Lazan habíale hablado en distintas ocasiones de un hidalgo, hijo de un antiguo compañero suyo, de noble solar, pero de escurrida bolsa, el cual contaba con muchos cuarteles en su escudo y tantas heridas en su cuerpo como cuarteles, quien le habia recomendado á su descendiente para que viera de adelantarle en la córte.

En igual sentido tambien habíale hablado el marqués del Alcázar, anciano caballero de su córte, de probada lealtad y de conocimientos bastante profundos, y merced á las recomendaciones de uno y de otro, terciando tambien en ellas el conde de Aranda, el monarca habíale dado uno de los cargos en el cuarto de su hijo el príncipe don Cárlos.

Desde los primeros momentos habíale sido simpático el caballero don Luis de Guevara, que así se llamaba nuestro hidalgo, y Cárlos III, hábil para conocer todo el partido que podia sacar de todas las personas que le rodeaban, comprendió desde luego que de la madera de aquel jóven era de la que se hacian los buenos hombres de Estado.

Luis poseia eso que vulgarmente suele llamarse buena estrella.

No habia persona que le viera que no simpatizara con él.

Porque en sus azules ojos estaba retratada la franqueza y la lealtad; en la sonrisa de sus labios reflejábase la nobleza de su alma, y finalmente en su frente despejada y serena, no habia la más leve sombra de astucia y de doblez.

Don Luis de Guevara era valiente, audaz y enamorado.

Habia mostrado su valor en el famoso sitio de Gibraltar; su audacia en el modo de presentarse en la córte, y su amor dirigiendo sus obsequios á las más nobles damas de ella.

Pero al mismo tiempo era don Luis, grave, circunspecto y reservado.

Respetaba á cuantos le trataban, para obligarles á su vez á que le respetasen, y aun cuando alegre y bullicioso compañero en las noches de aventura, persiguiendo á las tapadas en las riberas del Manzanares, ó en el Prado de San Jerónimo en las noches de verbena, ó requebrando á las majas en los tabladillos de la plaza de toros ó en las botillerías del *Valenciano* y de *Espejuelo,* que eran los dos establecimientos más famosos de la época, era al mismo tiempo respetuoso y atento con las damas, circunspecto y afable con los caballeros, y lo mismo los superiores, que sus iguales, que los de clase más humilde, amaban á don Luis, á quien conocian en Madrid desde el campillo de Manuela hasta el barrio de Maravilla, y desde la Fuente Segoviana hasta el barrio de Lavapiés.

Era al mismo tiempo tambien el galan más estimado en la córte, y el señor más festejado y más querido de los barrios bajos.

Generoso, atrevido, apuesto y gallardo, compasivo y humilde cuando el caso lo exigia, y duro y fuerte cuando la necesidad le obligaba, era don Luis verdaderamente, aunque de escasa fortuna, el caballero de quien más se hablaba en la córte.

Jamás faltó á los deberes de su cargo; jamás se refirió de él ninguna accion vituperable; y el rey, que á todo estaba atento y para quien ningun detalle pasaba desapercibido, no podia ménos de felicitar más de una vez á los condes de Aranda y de Lazan, y al marqués del Alcázar, y aun al mismo Floridablanca, que tambien se habia interesado por él, visto el noble comportamiento del jóven.

En éste, pues, se fijó Cárlos III para la mision proyectada respecto á las colonias de Sierra Morena.

Jamás le habia oido hablar mal de ninguno de los caballeros que le rodeaban; nunca se hizo eco de ninguna de las hablillas que en todas las córtes suele haber en los salones, y esta discrecion era un mérito que el monarca sabia apreciar en lo que valia.

Celebró dos ó tres conferencias con el jóven; impúsose éste en el pensamiento del monarca; y de la noche á la mañana, sin que ni amigos ni indiferentes pudiesen apercibirse de nada, don Luis de Guevara desapareció de la córte, con no poca extrañeza de los caballeros y no poco disgusto de las damas.

Dos meses duró la ausencia de don Luis.

Al cabo de ellos súpose que estaba en Madrid; pero ninguno pudo verle en los dos ó tres primeros dias subsiguientes á su llegada.

El en que vamos hablando era el tercero, y á consecuencia de una órden recibida del monarca, dirigióse al alcázar poco despues de haber terminado la comida del rey.

Su aparicion en las antecámaras de palacio, fué un verdadero acontecimiento.

Todos los caballeros apresuráronse á rodearle; y unos estrechándole la mano y preguntándole otros, apenas le dejaban respirar.

—¿Dónde has estado, Luis?—decíale uno.

—¿En qué nueva aventura te has metido?—decíale otro.

—Creimos que arrepentido de tus pasados extravíos, habias ido en busca de una celda en la Cartuja, ó en el monasterio del Escorial—añadia un tercero.

—Desengáñense, señores, Guevara ha salido de Madrid para desempeñar alguna mision diplómatica.

—Ó arrebatado quizás en los brazos de alguna dama.

—Vamos, señores, vamos, no hagais juicios temerarios; ni

he salido de Madrid, ni tiene nada de particular mi ausencia, que asuntos puramente particulares mios han hecho completamente necesaria.

—¿Tienes deudas, Guevara?—preguntóle uno de sus amigos.

—Bien sabeis que carezco de rentas.

—Desengañarse, señores, la ausencia de Luis ha sido únicamente un negocio de amor.

—De política más bien. La esposa del conde de Aranda se le muestra muy propicia, y ya sabemos que la noble dama es más astuta y más política que su mismo esposo.

—Vuelvo á repetir lo que antes he dicho—dijo el jóven con seriedad—y bien sabeis que no gusto de que se dude de mis palabras: asuntos particulares mios retuviéronme ausente de vosotros, y nada más.

—Forzoso será creerte—dijo el vizconde de Lazan, hijo del conde de aquel mismo título, y hermano de una de las más hermosas doncellas de la córte.

—¡Como que cuando yo digo una cosa, es para que se me crea!

—¡Cómo te han echado de ménos estos dias *Los caballeros del Amor!*—dijo otro de sus amigos, bajando la voz y mirando recatadamente á todos lados.

—¡Pues qué! ¿para dirigir una aventura soy yo solo únicamente el necesario?

—Chico, la verdad es que únicamente cuando tú estás se hace algo de provecho. Con decirte que en los dos meses que has estado fuera, no ha habido roto ningun farol, ni ha sido apaleada ninguna ronda, ni las milicias han sufrido ningun percance, ni á la puerta de la *Paloma* ha habido ningun escándalo, ni Espejuelos ha tenido que renovar las cornucopias de su establecimiento.....

—Vamos, pues, veo que los caballeros van volviéndose muy juiciosos.

—Es que nos faltaba el jefe.

—Pues ya está aquí.

—¿Es decir, que desde esta noche?....

—No, esta noche no—se apresuró á contestar Guevara.

—Volvemos á los misterios.

Iba á replicar el jóven, cuando presentándose uno de los ujieres en la antecámara, manifestó á don Luis que Su Majestad deseaba verle.

CAPÍTULO II.

Continuacion del anterior.

Los Caballeros del Amor era una sociedad formada por jóvenes de buen humor, cuyas calaveradas, en más de una ocasion, habian hecho reir al buen Cárlos III, tan rígido en lo que tocaba á la moral y á las buenas costumbres.

Con esto queremos decir que en aquella asociacion no habia realmente nada que fuese ofensivo á la moral.

Más bien calaveradas y locuras de muchachos, que no punibles excesos eran lo que registraban los anales de aquella asociacion, respecto á la cual, aunque en la córte todo el mundo conocia su existencia, no se sabia quiénes formaban parte de ella.

Armar zambra y jaleo en los bailes de majas de los barrios bajos; apaciguar ó promover pendencias en las botillerías donde solia concurrir la alegre sociedad de la córte; atar una cuerda á la aldaba de la puerta de un boticario para obligarle

á estarse levantando toda la noche; coser las sayas de las beatas en los rosarios, novenas y procesiones de que tan pródiga era la época de que hablamos; hacer el amor á todas las doncellas hermosas, fuese la que quisiese su clase ó condicion; estar dispuestos siempre á sacar la espada en defensa propia y de cualquiera de sus compañeros, ó de un desvalido, ó de un inocente; burlarse de las rondas, de las milicias ó de los guardias nocturnos, tales eran los estatutos de aquella asociacion respecto á la cual citábanse tan chistosas aventuras que, como ya hemos dicho, en más de una ocasion no pudieron ménos de excitar la hilaridad del buen monarca.

Guevara fué desde los primeros momentos aclamado presidente de aquella sociedad que ya encontró constituida, y cuyos estatutos no pudo modificar.

Y decimos que no pudo modificar, porque precisamente en ellos habia un artículo, el más importante, con el cual no estaba muy conforme nuestro amigo.

Este era que ninguno de los Caballeros del Amor pudieran contraer matrimonio jamás; puesto que, dedicados completamente al placer, el casamiento no era mas que un yugo del cual ellos mismos trataban recíprocamente de librarse.

El que contraviniese estas disposiciones, estaba obligado á batirse con cualquiera de los asociados hasta que pidiese perdon y se arrepintiera de lo hecho, ó en caso contrario hasta sucumbir uno de los dos.

Esta condicion era excesivamente dura, y no solamente dura sino hasta inmoral; pero Guevara encontró firmes á sus compañeros en dejarla subsistente, aun cuando la verdad era que hasta entonces no se habia llevado á cabo ningun duelo, aunque alguno de los individuos de la asociacion se habia casado, y los estatutos no se modificaron, y la sociedad cobró nueva vida y movimiento con el ingreso de Luis en ella.

La llamada del jóven á la cámara del monarca, con preferencia á otros caballeros que tiempo hacia estaban aguar-

dando, no pudo ménos de llamar la atencion, dando márgen á distintas apreciaciones.

—Lo que yo he dicho—decia un caballero en uno de los grupos—la desaparicion de Guevara por tan dilatado espacio, ha sido sin duda por efecto de alguna comision reservada que le ha confiado el monarca.

—Es un hidalgo que ha entrado con magnífico pié en la córte—decia otro—y que hará fortuna.

—¡Como que le proteje Floridablanca!

—Él tiene buenas condiciones para medrar.

—En fin, veremos cuando salga—decia un cortesano viejo—la expresion de su rostro, y juzgaremos si es un nuevo astro que se presenta en el cielo de la córte, ó si está reducido como nosotros á no ser más que un satélite de las constelaciones diferentes que brillan con más ó ménos intensidad en este cielo tan engañador en muchas ocasiones.

—Tiene razon el marqués—dijeron algunos caballeros—esperemos la salida de Guevara para juzgar su verdadera situacion.

Pero mucho hubieron de esperar los cortesanos, y finalmente quedaron defraudadas sus esperanzas.

Una hora despues, el conde de Fernan-Nuñez, gentil-hombre de cámara y uno de los más leales servidores del rey, apareció en la antecámara diciendo:

—Señores, Su Majestad me encarga os manifieste que por esta tarde le es absolutamente imposible recibiros.

Los cortesanos saludaron al conde, y fueron poco á poco saliendo de la estancia, haciendo cada uno sus comentarios respecto á la entrevista tan prolongada de Guevara con el monarca.

Entretanto, el jóven, objeto de aquellos comentarios, habia penetrado en la cámara del rey, y éste, despues de tender afectuosamente su mano que aquel besó con la expresion del más profundo respeto, dijo:

—¿Habeis descansado ya, don Luis?

—Para servir á Vuestra Majestad—repuso el jóven—jamás he sentido el menor cansancio, señor.

—Habeis tenido una tarea muy ruda que desempeñar, y el espacio en que lo habeis hecho ha sido muy corto. He leido la memoria que habeis escrito, y en ella se pueden apreciar debidamente vuestros esfuerzos.

—Si ha conseguido agradar á Vuestra Majestad, si en ella he llegado siquiera á aproximarme á la idea de mi soberano, todos mis esfuerzos, todos mis afanes quedan suficientemente recompensados.

—Sí por cierto, caballero; comprendísteis mi deseo y pláceme en gran manera el criterio que habeis formado respecto á lo que presenciásteis.

—Únicamente, señor, en todo ello no hubo más que la buena voluntad con que lo hice.

—¿Y acaso os parece poco? Referidme, ya que con ese objeto os he llamado, cuanto habeis visto y cuanto habeis pensado, porque en la memoria que me dísteis falta algun detalle que en verdad quisiera conocer.

Luis refirió entonces al monarca todas las incidencias de su viaje; los defectos que habia tenido ocasion de apreciar en aquellas colonizaciones, defectos que no podian achacarse exclusivamente á Olavide, sino que eran hijos, en primer lugar, de la misma clase de colonos que se habian traido, de los mismos contratistas, y aun de ciertas ingerencias intolerantes que contribuian á agriar los ánimos.

Cárlos III escuchó atentamente el relato de Luis, comprendiendo muy bien que habia hecho á conciencia el estudio que le ordenara, y despues que se hubo hecho cargo perfectamente de todo, pidió al jóven su parecer con alguna más amplitud de la que le expusiera en la memoria que entregó al monarca.

Entonces fué cuando presumiendo que se prolongaria bastante su conferencia, dió órden al conde de Fernan-Nuñez de

que saliese á la antecámara, manifestando que no podia recibir Su Majestad aquella tarde á los caballeros que le esperaban.

Luis, con la misma franqueza con que habia expuesto la situacion de las colonias, exponia á su vez los medios que suponia conducentes para mejorar aquel estado, y esto expuesto con sencillez, sin mostrar pretensiones ni echársela de doctor, producia mayor efecto en el ánimo del rey, ya de suyo predispuesto en favor del caballero.

Una vez que hubo terminado éste, una vez que con tanta modestia como dignidad recibió los plácemes que le daba el monarca, éste le dijo:

—Paréceme, segun ha llegado á mis noticias, que habeis alegado algunos derechos al condado y señorío de Castro-Nuño que hoy pertenece á la corona.

—Sí, señor.

—¿Y en qué fundais vuestro derecho?

—Mis antepasados, durante el reinado del señor rey don Cárlos II, hubieron de mostrarse contrarios al favor de que disfrutaba don Juan de Austria, de lo cual se produjeron persecuciones, secuestros, y finalmente la pérdida de todos sus bienes. No seré yo, señor, quien censure aquella providencia del monarca; pero durante el siguiente reinado, mi abuelo sirvió leal y fielmente al rey; mi padre ha venido haciendo lo mismo, y cuando se nos ha devuelto nuestro buen nombre y fama, cuando con la sangre de los mios se ha lavado aquella lijera mancha, aun cuando el augusto hermano de Vuestra Majestad devolvió á mi padre su estimacion y aprecio, era tal nuestra pobreza, que por no poder pagar los derechos devengados en tantos años, no pudimos recobrar ese título ni ese señorío ganado en más remotos tiempos con la sangre de los ascendientes de mi padre. Yo, señor, una vez en la córte y disfrutando de la gracia de Vuestra Majestad, he creido que debia reclamar ese señorío, perdido en una época de disfa-

vor, y que parecia lógico que al devolvérsenos éste, se nos devolviese tambien aquél; pero sinduda el tribunal lo entiende de otra manera, porque el tiempo se va pasando y resolucion alguna no ha habido todavía.

—Está bien, señor conde de Castro-Nuño; participad á vuestro padre que el rey le devuelve su título y su estado con exencion de todo derecho, haciéndole tal merced en pago de sus servicios y de los de su hijo.

—¡Oh! Señor, tanta bondad!....—exclamó el jóven con acento trémulo de alegría.

—Pláceme premiar á los buenos servidores, que la gratitud en los monarcas engendra tambien lealtad y aprecio en los vasallos. Y decidle á vuestro padre tambien, que Nos tendremos una satisfaccion en verle alguna vez por nuestra córte.

—Lágrimas de alegría derramará el noble anciano, señor, por la nueva muestra de cariño que Vuestra Majestad le otorga.

—En cuanto á vos, caballero, mostráos como hasta aquí, y de mi cuenta corre vuestro acrecentamiento.

—Harto recompensado estoy ya con lo que ha hecho Vuestra Majestad.

Luis comprendió que su entrevista con el monarca habia terminado, y despues de besar ardientemente la mano del rey, que con una sola palabra habia cambiado de tal modo su situacion, salió de la cámara, y poco despues de palacio.

CAPÍTULO III.

De qué modo empleaba sus noches el señor don Luis de Guevara.

Acababan de tocar las ánimas, y las calles del antiguo Madrid, estrechas y revueltas, se veian iluminadas más bien por los farolillos colgados devotamente delante de un nicho donde habia una imágen, ó por las antorchas con que los escuderos de algun grande iban alumbrando á su señor, que por los faroles mandados poner en las calles algunos años antes por el rey don Cárlos.

Alguna que otra sombra solía deslizarse junto á los tapiales de una casa; deteníase ante una puerta ó una ventana; hacia una seña, y bien se abria la puerta y la sombra desaparecia tras ella, ó bien en la ventana aparecia otra sombra y se entablaba uno de esos diálogos recatados y ardientes que solo saben entablar los enamorados.

Acontecia á veces que otra sombra llegaba á interrumpirlos; cruzábanse palabras breves y duras; se percibia por al-

gunos segundos el choque de las espadas hasta que el rumor de un cuerpo que caia, y los pasos precipitados de otro que huia, daba por terminado aquel incidente.

En aquella época el rumor de una lucha, las imprecaciones de un combatiente, ó los gemidos de un moribundo eran una cosa tan frecuente, que nadie se preocupaba de ello; y si alguna ventana se abria al escuchar aquellos ruidos, podia asegurarse sin temor de errar, que debia pertenecer á la morada de alguna vieja curiosa y entrometida.

El noble conde de Lazan don Diego Ortiz de Quiñones, habitaba un caseron solitario en un extremo de la poblacion, en compañía de su hija María, hermosísima doncella de diez y siete años, huérfana de madre, tan discreta como hermosa, y tan buena como discreta.

El conde de Lazan, hombre de letras y caballero de alto linaje, pasaba por uno de los más dignos personajes de su época; pero de carácter tan brusco y arrebatado, que más bien se le temia que se le amaba.

María era el único sér que alegraba el severo rostro de su padre, á quien en la córte se tenia en mucho; pero con quien simpatizaban muy pocos.

María era una blanca azucena que principiaba á romper su capullo, anunciando ya todo el tesoro de pureza y hermosura que encerraba en él.

Nada más delicado, nada más suave, nada más encantador que aquella preciosa niña de diez y siete años escasos; pero que educada por un padre rígido y severo y por un hermano ascético y noble, habia adquirido una gravedad, un aplomo y un buen sentido tan recto y digno, que parecian impropios de su edad y de la corrupcion que reinaba en la córte.

Luis de Guevara habia tenido siempre franca la entrada en el palacio del conde.

Éste y el padre de Luis, compañeros siempre durante el

reinado anterior, no habia sido suficiente la pobreza á que éste se vió reducido, para entibiar el afecto de aquél.

Muchas veces, hablando los dos ancianos, y lamentándose don Francisco de Guevara del triste y oscuro porvenir que á su primogénito le estaba reservado del habia dicho el conde:

—No tengas pena, Francisco; tu hijo tiene un corazon de oro y una voluntad de hierro; tu hijo volará muy alto.

La alegría del anciano cuando supo que habia entrado en la casa del rey, fué extraordinaria; y tanto él como su hija le felicitaron cordialmente.

María y Luis se habian tratado como niños durante unas temporadas que ésta habia pasado en su palacio de Úbeda.

Viéronse más tarde en la córte, y Luis se sintió turbado en presencia de María, y ésta advirtió que su semblante se enrojecia y su corazon palpitaba con mayor fuerza.

Poco á poco estos síntomas tomaron un carácter más alarmante, y cuando Luis le besaba la mano, sus labios ardian, y el fuego de este beso abrasaba el corazon de la jóven.

Por fin, sin pensarlo ellos, sin buscarlo, sin que pudieran darse cuenta de lo que hacian, sus labios pronunciaron las primeras frases de amor, y sus corazones trocaron los primeros juramentos.

Únicamente despues, cuando Guevara reflexionó á sangre fria sobre la nueva situacion que se habia creado, se estremeció, pensando en las consecuencias que podia traerle.

Por más que su cuna fuera tan ilustre como la de su amada, sus riquezas eran nulas; mientras que la jóven poseia uno de los patrimonios más pingües de Castilla.

Mas ya no habia medio de retroceder.

Amaba y era amado.

Vió delante de sí un porvenir inmenso, y confió en él.

Desde aquel dia, solo tuvo un objeto.

España estaba á la sazon respetada por doquiera; el rey

sabia elegir con destreza las personas que valian, y él se tenia por valer algo y estaba cerca del rey.

Llegar á ser primer ministro de aquel monarca, fué desde el primer momento su ambicion.

Trazado ya el camino que habia de seguir, púsose inmediatamente sobre él, y los primeros pasos le dieron un resultado que le alentó.

Él no veia mas que á María.

Por ella trabajaba, y el galardon que con ella se prometia, debia compensarle sobradamente del disgusto y la repugnancia que le inspiraba la venalidad y la corrupcion de aquella córte.

Los últimos sones del toque de ánimas perdíanse en el espacio, como dijimos al principio de este capítulo, y María, ansiosa y enamorada, esperaba impaciente á Luis.

La cándida niña no tenia más goce que aquellas conversaciones tímidas y recatadas, en las cuales hablaba á su corazon inocente y puro, el corazon ardiente, apasionado y altivo de Luis.

Educada casi sin madre, pues la perdió muy niña, su padre, con los cuidados de la córte, no pudo darle todo el cariño y todas esas delicadas atenciones que tanto apetecen los niños y que solo las madres saben dar.

Así fué que desde que amó á Luis, parecióla que entraba en una nueva vida.

Concentró en aquel amor todos sus goces, todas sus esperanzas y toda su ventura, y vivia contemplando al apuesto paje si le tenia delante, y recordándole siempre cuando estaba ausente.

Sabido esto, fácil es de comprender la impaciencia con que le esperaria.

Largo rato hacia que habia despedido á sus dueñas y doncellas, y Luis no hacia la seña convenida.

Sentada en un pesado sitial en el fondo de su cámara, fija-

ba una mirada anhelante en la ventana que tenia enfrente de sí, escuchando con infinita avidez el más imperceptible rumor que en la calle se percibia.

De repente su semblante se esclareció.

Levantóse precipitadamente, y se dirigió á la ventana.

El débil rumor de unas pisadas que iban adelantándose por la calle con extremada precaucion, se habia detenido, y un momento despues resonó un golpe dado en la celosía de la ventana.

—¡Gracias, madre mia!—exclamó María fijando una mirada resplandeciente de placer en una imágen que se veia sobre un reclinatorio, al extremo opuesto de la cámara.

Abrió recatadamente la ventana, y dijo:

—¡Cuánto habeis tardado, caballero!

—Perdonadme, luz de mis ojos!—repuso Luis con enamorado acento—doliérame en el alma que pudiérais pensar que esta tardanza ha sido motivada por mí.

—¡Si supiérais, Luis mio, cuánto he sufrido esperándoos!

—El rey ha tenido la culpa.

—¡El rey! ¿y con qué derecho se interpone Su Majestad en nuestros amores? ¿No está satisfecho acaso con reteneros á su lado la mayor parte del dia, sino que tambien os quiere junto á sí las únicas horas en que podemos hablarnos sin testigos? Paréceme que llegaria á aborrecer al rey, á pesar del afecto y la lealtad tan encarnadas en mi familia, si continuara reteniéndoos como hoy.

—No hableis así, María, porque escuchándoos siento que mi resolucion vacila, y debo mantenerla firme por nuestro mismo amor.

—No os comprendo.

—Ya sabeis la inmensa distancia que nos separa.

—Yo no he reparado en ella para amaros—repuso la jóven con sencillez.

—Ni yo tampoco reparé en ella cuando dejé que mi cora-

zon volára hácia el vuestro—repuso Luis con acento de tristeza—pero desde que pude reflexionar, desde el momento en que ví el imposible que érais para mí.....

—¿Qué pensásteis?—preguntó María estremeciéndose.

—Que era necesario conquistarme una posicion para poseeros.

—¡Oh, perdonad! Me habeis hecho sufrir durante un segundo lo que no podeis comprender.

—¡Que os he hecho sufrir!....

—Sí, Luis; temí que me dijérais que nuestro amor era un sueño insensato, y que debíamos olvidarlo.

—¿Temísteis que os dijera que olvidásemos, cuando vuestro amor es mi vida entera? María, no abrigueis jamás semejantes pensamientos. Os amo con un amor capaz de vencer todos los obstáculos que se opongan á su realizacion. Os dí una palabra, y palabra que Luis de Guevara pronuncia, es porque su corazon la afirma.

—Perdonadme, Luis; pero sufro tanto, me veo tan sola que hay momentos en que dudo de mi misma felicidad, y siento una angustia infinita temiendo perderla del todo.

—Mi tardanza de esta noche me ha hecho ganar mucho para vuestro amor.

—No os entiendo.

—Se ha acortado en gran parte la distancia que nos separa.

—¿Hablais con verdad?—exclamó la niña con infantil alegría.

—Por demás sabeis que jamás empaño mis labios con una mentira—repuso con una lijera entonacion de severidad el gallardo paje.

—Perdonad si os ofendí, Luis; no era mi ánimo, creedlo, el inferiros una ofensa.

—Hice mal en mostrarme resentido, y vos sois la que habeis de concederme vuestro perdon. Conociendo como conoz-

co la pureza de vuestra alma, no he debido suponer siquiera que me ofendiéseis. ¿Me perdonais?

La encantadora niña pasó sus diminutos dedos á través de la celosía, y el enamorado Luis, al aproximarlos á sus labios, comprendió que estaba perdonado.

—¿Os dignareis, ahora, caballero, decirme cómo se ha acortado esta noche la distancia que nos separaba?—preguntó María con una gravedad cómica.

—Figuráos, bella señora, que esta tarde, refiriendo á su Majestad todo lo que hice para el desempeño de la comision que me dió para Sierra Morena, despues que hube concluido, dijo el rey con la amabilidad que le caracteriza: Bien, don Luis; estoy contento de vos, y como me place premiar los servicios que redundan en beneficio de mis pueblos, sabiendo que habeis alegado algun derecho al señorío y condado de Castro-Nuño, os hago merced de él para vos y vuestros descendientes.

—¡Dios bendiga á Su Majestad por el bien que nos ha hecho!—exclamó María.

—Y aquí teneis ya explicado, mi bella señora, el motivo de mi tardanza. El rey me ha dado un señorío que me permitirá en lo sucesivo sostener mi rango con decencia, dando así mayor campo á mis esperanzas.

—¡Oh! ¡cuánto bien me han hecho vuestras palabras!

—Nuestro porvenir, adorada María, se ha despejado mucho, y espero con impaciencia el dia en que pueda pediros á vuestro padre, el noble don Diego Ortiz de Quiñones, sin que se crea herido en su dignidad.

—¿Y no os olvidareis de mí?

—Hacéisme poca honra, si pensais así. Os amo y os amaré siempre, y tenedlo muy presente, María; tarde uno, dos ó tres años en llegar al puesto que ambiciono, y que ambiciono por vos solamente, tanto cariño os profesaré entonces como ahora. Os juré que trabajaria hasta poseeros: ó pereceré en la demanda, ó sereis mia.

—Y yo, á mi vez, os juro que seré vuestra, don Luis, ó de Dios. Y ahora, ya que en tan buen camino estais, permaneced fiel á vuestro rey y subid, subid sin temor, que yo os fio que al final de vuestro camino me encontrareis dispuesta.

Poco despues el caballero besó, á través de la celosía, la blanca mano de la jóven, y se separaba de la reja, murmurando:

—¡Cuánta pureza hay aquí y cuánto cieno en otros lugares! ¡Oh! Ignoro si obro bien ó mal en lo que hago, pero la verdad es que únicamente cuando estoy al pié de esta ventana es cuando realmente goza mi alma.

Y sumergiéndose en sus pensamientos, tomó la calle adelante.

CAPÍTULO IV.

Quién era doña Catalina de Sandoval.

Dona Catalina de Sandoval era la viuda de un pobre hidalgo estremeño, que tuvo la feliz ocurrencia de morirse antes que las liviandades de su esposa le hubieran puesto en el caso de darle muerte, ó de recibirla él de mano de alguno de sus amantes.

Encontróse viuda, bella y pobre, y como que apetecia riquezas y lucir su belleza y disfrutar de su viudez, marchóse á la córte, donde pasando revista á los galanes que al poco tiempo la pidieron sus favores, otorgóselos sin reserva alguna al anciano marqués del Alcázar.

Era el marqués de tan antigua nobleza como libertino impenitente, y manteniéndose solteron á pesar de sus cincuenta años, habia sabido de tal modo ocultar su liviandad, que el rey, tan rígido en sus costumbres, siguió concediendo al marqués el favor que desde su estancia en Nápoles le habia otorgado.

Ambiciosa doña Catalina, bella, discreta y sagaz, supo excitar poderosamente los deseos del marqués, merced á su provocativa hermosura, y á la incontinencia y liviandad de aquél, y con su sagacidad y su astucia le sacó en cambio pingües rentas que á su sabor derrochaba.

Doña Catalina, tan liviana como su anciano amante, no le guardaba la mayor constancia.

Referíanse, aunque en voz baja, diversas aventuras con algunos caballeros de la córte, que probaban con harta verdad que la viuda no era ni podia ser leal en materia de amor.

Luis, apenas puso el pié en la córte, supuso que necesitaba algun asidero poderoso que le sostuviese y alentase en la lucha que iba á intentar.

Dos mujeres podian ofrecérselo únicamente.

Doña Catalina de Sandoval, y la condesa de Santillan.

Ambas eran hermosas, y ambas poseian grandes influencias.

El acceso hasta doña Catalina era muy fácil para un hombre osado y galante como Luis.

El acceso hasta doña Isabel de Zúñiga, esposa del conde de Santillan, aunque un tanto dada á la intriga, de una rigidez y pureza de costumbres extraordinarias, era bastante difícil.

Sin embargo, no desmayó por esto nuestro caballero.

Corria respecto á la condesa una aventura bastante extraña.

Decíase que estaba casada con el conde de Santillan, más por una cuestion de honra que por amor; fundándose esta aventura en que el conde, algo atrevido, encontrándola una noche con varios amigos en su litera y acompañada de dos escuderos solamente, se habia atrevido á cosas que la obligaron á darle su mano; pero jamás su corazon.

Y añadian que desde el dia de sus bodas, las puertas de la

cámara de la condesa no se habian abierto para el conde, de quien por otra parte era una fiel aliada.

Decíase además que varios caballeros habian intentado en diversas ocasiones aproximarse á doña Isabel más de lo que la etiqueta exigia; pero que la dama habia sabido rechazarles y mantenerse á una respetuosa distancia.

Pero esto no pasaban de hablillas de los cortesanos, hablillas que en buen hora podian ser ciertas, mas para las cuales no existia una justificacion exacta.

Luis conocia todo esto, y á pesar de lo difícil que era la conquista de una tan noble y tan rebelde dama, la emprendió con toda la astucia de que era capaz.

La proteccion que parecia dispensar al jóven el conde de Lazan le abrieron las puertas de las principales casas de la córte, y si bien á algunas no fué más que las veces que la cortesía exigia, en otras, y la del de Santillan fué una de ellas, fué bastante frecuente.

Jóven, atrevido, hermoso y nada vulgar, fijó sus ojos de una manera poderosa en doña Isabel, y la altiva dama no pudo resistir toda la fuerza de aquella mirada.

Luis comprendió que habia hecho efecto, y poco á poco pudo convencerse de que adelantaba terreno.

En cuanto á doña Catalina, tiempo hacia que habia dado parte en sus liviandades al caballero andaluz.

Tal era el estado en que se hallaban aquellos dos amores de necesidad que se impusiera el jóven.

Una vez separado de la casa de doña María, dirigióse Luis, como ya hemos visto, á la que habitaba la bella favorita del marqués del Alcázar.

Una vez delante de ella, no se detuvo ante una ventana, sino que fué á parar á una pequeña puerta que se abria en un tapial que correspondia al edificio, y sacando de su bolsillo una llave, la abrió y desapareció tras ella.

Pocos pasos habia dado por el jardin, cuando una da-

ma, que sin duda le aguardaba, se aproximó á él, y le dijo:

—¿Sois vos, señor?

—Sí; condúceme á la habitacion de tu señora.

La jóven, sirviendo de guia á Luis, encaminóse hácia una escalera que comunicaba con el jardin; subieron por ella; franquearon varias habitaciones, hasta que María, abriendo el tapiz que cubria una puerta, se detuvo, diciendo á Luis:

—Pasad, señor.

El jóven se detuvo.

Franqueó la puerta, y al mismo tiempo una mujer de espléndida belleza se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Por fin habeis llegado!

Luis depositó aquella preciosa carga sobre los mullidos almohadones que circuian la cámara, y se sentó á su lado.

La belleza de doña Catalina pertenecia á un género que nos hemos permitido calificar de espléndida, porque seducia en el conjunto, pero que desagradaba en el detalle.

Alta, y gruesa en proporcion, sus hombros, su pecho y cuello estaban perfectamente redondeados.

Su rostro oval, rodeado por anchas trenzas de cabellos rubios, expresaba más bien el lúbrico deseo de la bacante, que el puro amor de la vírgen.

Rasgados y grandes sus azules ojos, gruesa la nariz y lijeramente entreabiertas sus ventanillas, un poco grande la boca y no muy delicado el contorno de la barba, formaba, como ya hemos dicho, un conjunto que agradaba y seducia; pero que no podia resistir el severo exámen de la forma.

Mas á pesar de esto, con la alegría y la sensualidad impresa en aquel semblante, vestida con un lujo deslumbrador y la ténue luz de algunas lámparas artificiosamente colocadas; la hermosura de doña Catalina era espléndida y poderosamente dominadora.

—¿Te impacientabas esperándome?—preguntó Luis á la dama con una inflexion de voz dulce y acariciadora.

—Impaciéntome siempre que no os veo, caballero, porque cuando una dama como yo se entrega á un hombre sin reserva como lo he hecho con vos, es porque le ama, y amándole no se puede vivir sin verle y sin que los celos acaben de arrebatar la calma que semejante amor ha dejado.

—¿Y tú tienes celos, Catalina?—exclamó don Luis un tanto intranquilo por María.

—Feliz tú si no los sientes.

—¿Pero de quién tienes celos? ¿Qué hay en mí que te dé motivo para ello?

—¿Qué hay? ¿Puede haber más que vuestra galantería, caballero? Las damas de la córte tienen las miradas muy indiscretas y las sonrisas muy provocativas, y vos no sois ningun cenobita para que dejeis de apetecer las unas y corresponder á las otras. ¿Sé acaso lo que haceis cuando estais apartado de mi lado?

—Ya te lo he dicho muchas veces; paso en la cámara del rey la mayor parte del tiempo, ó hablando con otros caballeros que me conceden su amistad.

—Porque no quiero que estés en la cámara del rey todo el dia, he obligado al marqués á que influya con el monarca para que te conceda ese condado de Castro-Nuño que solicitas.

—¿Con qué has sido tú?—preguntó Luis haciendo un imperceptible gesto de disgusto.

—¿Por qué te sorprende?

—Porque ese es un nuevo lazo que me obliga más para tu amor—repuso Luis, atrayendo junto á sí á la jóven y besándola en la boca.

—¡Oh, Luis mio! ¡Cuánto te amo!

—¿Con qué tú fuiste quien habló al marqués en mi favor?

—No le hablé; se lo mandé—dijo Catalina con orgullo.—Cuando se tropieza con un hombre como el marqués, no se debe suplicar, sino exigir.

—Tienes razon; ese marqués disfruta de un gran favor con el rey.

—Pero tú disfrutarás más que él, porque yo te pondré en situacion de que le venzas.

—¿Qué estás diciendo?—exclamó Luis, por cuyos ojos pasó un fugitivo relámpago de ambicion.

—Que tú subirás tan alto, que pisotearás á esos hombres.

—¿Estás en tí? El marqués del Alcázar no caerá nunca.

—Entonces caerás tú.

—¡Yo!

—Tú, sí; porque el marqués comenzará á sospechar de tí.

—No lo creas: poseyendo tu cariño y el favor del monarca, impórtame poco todo lo que el despecho del marqués pueda hacer. Hay aspiraciones en mi corazon; en mi cabeza se agitan cien ensueños de ambicion que á todo trance realizaré, aunque hubieran de costarme la vida.

—¡Oh, no! ¡Morir tú! Jamás! Quiero que subas muy alto, porque estoy segura de que jamás te olvidarás de lo que hice por tí.

—¡Oh! nunca.

—¡Bendito seas, Luis mio! Creo que voy á volverme loca del amor que has hecho nacer en mí.

—La felicidad no produce la locura.

—Pero la producen los celos.

—¡Celos! Ya te he dicho que deseches semejantes ideas; tú reinas sola en mi corazon.

—¡Pluguiera al cielo que fuese así!

—Lo es—repuso el jóven con acento en que se advertia una lijera contrariedad.

Doña Catalina hubo de apercibirse de ello, y durante algunos minutos estuvo dándole quejas que el jóven caballero trató de desvanecer, y sin duda hubo de conseguirlo, porque cuando se separaron, la dama le dijo con su acento más enamorado:

—¡Ay mi don Luis! ¡creo que te amo hoy mucho más!

—¿Es eso cierto?

—¿Puedes dudarlo?

—Lo esencial para mí es que quedes convencida de mi amor.

—Lo estoy, Luis mio!

—Adios, pues.

—No, sino hasta la vista.

Un abrazo terminó este diálogo, y los dos amantes se separaron.

CAPÍTULO V.

Marido y mujer.—El final de una noche.

Don Rodrigo de Cárdenas, conde de Santillan por especiales servicios prestados por uno de sus antecesores al rey don Juan II, era un muy cumplido caballero, valiente y atrevido.

Más soldado que cortesano, era excesivamente brusco y arrebatado; pero bueno en el fondo.

Don Rodrigo se dejó arrebatar algun tanto por la corriente general.

Servia al rey con fidelidad; mas por la noche, y despues del toque de ánimas, reunido con otros caballeros se lanzaba á las calles en busca de aventuras, en las cuales se envolvia generalmente más de un escándalo.

Una de las damas que más fama tenian en la córte, y con justicia, era doña Isabel de Zúñiga, hija del conde de Plasencia.

Su hermosura y su reputacion sin tacha, la hacian doblemente interesante.

Altiva y poderosa, no habia sentido jamás su pecho el amor, tal vez porque en la córte no habia encontrado un corazon como el suyo.

Don Rodrigo la habló de amores, y doña Isabel no le escuchó.

El conde no volvió á dirigirla una sola palabra referente á su pasion; mas no olvidó por eso el desaire de que habia sido objeto.

Una noche, más embriagados que de costumbre los caballeros á quienes acompañaba el conde en sus excursiones nocturnas, habian ya apaleado á algunos villanos y hecho correr á varias rondas, cuando apercibieron una litera escoltada por dos escuderos con antorchas, y conducida por dos robustos jayanes.

Dirigiéronse á ella nuestros libertinos, y el de Santillan exclamó:

—Juro por mi ánima, que siendo esta la única aventura que se nos presenta revestida de algun encanto esta noche, he de dar un beso á la dama que vaya en la litera.

—¿Y si es un caballero?—preguntaron algunos.

—Le invitaré muy cortesmente á que salga de su incómodo albergue, y me haga la honra de cruzar su espada con la mia.

—¿Y si por acaso fuese en la litera una vieja?

—Vieja ó jóven, mis labios se pondrán en su rostro.

Y los jóvenes, entre risas y algazara rodearon la litera; separaron á los escuderos, y el de Santillan abrió la puerta, aproximó la antorcha que cogió de uno de los escuderos, y al ver á la persona que iba dentro, exclamó:

—¡Doña Isabel!

Pero recordando su oferta, antes que la dama pudiera impedirlo, le dió un beso en la boca, diciendo:

—Lo habia prometido, y un Santillan no falta jamás á su palabra.

Doña Isabel quedó petrificada por la cólera que sentia.

El ultraje habia sido terrible.

Los caballeros, incluso el conde, ya no reian.

La dama, reponiéndose algun tanto, y dando á su semblante una expresion de orgullo y altivez infinitos, dijo á don Rodrigo:

—Caballero, acabais de cometer una infamia y sois un miserable; pero como á doña Isabel de Zúñiga no puede ponerle los labios en el rostro más que su esposo, pedid mañana mi mano. En cuanto á vosotros, señores, os habeis hecho cómplices del conde y debia despreciaros, pero os perdono. Ahora, escoltadme hasta mi casa.

Ninguno se atrevió á pronunciar una sola frase.

Mudos y avergonzados siguieron la litera, y al dia siguiente el conde de Santillan pidió la mano de doña Isabel que le fué concedida.

Sin embargo, la dama no perdonó al conde jamás.

Llevó su nombre, pero no le entregó su corazon ni le dejó traspasar una noche los umbrales de su cámara.

En las apariencias, eran un matrimonio que se amaban y se estimaban por lo que verdaderamente valian.

Dentro de su casa, los dos cónyuges ocupaban habitaciones distintas.

Don Rodrigo comprendió la grave falta que habia cometida, y tomó como una expiacion de ella su castigo.

Conocia la clase de mujer que tenia, y dormia tranquilo y confiado por su honor, aunque disgustado y triste por su amor.

Pero pasaron los años, y el conde, hombre al fin y hombre de aquella época, buscó los placeres y encontró en ellos lo que en su casa no tenia.

Doña Isabel nada le dijo, y continuó como hasta entonces siempre en el corazon de todas las intrigas cortesanas, ayudando á medrar á su esposo.

Tales eran los dos personajes con quienes, y especialmente con doña Isabel, debemos hacer un conocimiento muy íntimo en el decurso de esta obra.

Sentada en un riquísimo estrado en el fondo de una cámara adornada con todo el lujo de la época, la condesa de Santillan apoya su frente espaciosa y admirablemente modelada, en una mano mórbida y pequeña como la de un niño.

Doña Isabel de Zúñiga frisaba apenas con los veinticuatro años; pero sus facciones tenian esa frescura y limpieza, por decirlo así, que caracterizan el rostro de una vírgen.

Lijeramente moreno su rostro, destacábanse de él dos ojos negros, grandes, rasgados, ardientes y expresivos, á los que daban sombra sus espesas y largas pestañas.

Primorosamente arqueadas sus cejas, servian de base á una frente ancha y pensadora; sus sonrosados labios dejaban escapar un aliento perfumado y abrasador, que correspondia al suave movimiento de su alto y abultado seno.

Gentil, majestuoso y altivo su continente, imponia y enamoraba á la vez.

En el momento que la presentamos á nuestros lectores, con los ojos medio velados por sus luengas pestañas, y la frente apoyada sobre su mano, abstraida y abandonada, era una representacion exacta de la estátua de la meditacion.

Largo tiempo se pasó así, hasta que abriéndose de repente la puerta de la cámara, anunció un paje:

—El noble señor don Luis de Guevara!

Al escuchar este nombre, alzó la cabeza la dama, y sus mejillas se colorearon lijeramente.

Sin embargo, al aparecer el jóven, el semblante de doña Isabel habia recobrado su habitual expresion.

Saludó con afabilidad á Luis, y obligóle á que tomara asiento en el estrado.

—Pláceme en gran manera—dijo despues de haber cambiado esas primeras frases de cortesía que en todas las épocas

se han dicho al saludarse dos personas—que el monarca haya hecho justicia á vuestra casa, dándoos el señorío de Castro-Nuño.

—¿Con que lo sabíais ya?—dijo Luis con un lijero acento de disgusto.

—¿Os desagrada acaso?

—Desagrádame no haber sido yo el primero en daros semejante noticia.

—No hace mucho que el maestre de Calatrava me lo participó.

—Parece que esa gente se ha propuesto ser mi trompeta de la fama—repuso el jóven acreciendo su disgusto.

—Démostrais no quererles muy bien—dijo doña Isabel, fijando una mirada escrutadora en el semblante de Luis.

—¿Á qué habia de negároslo? Vos sois la única persona que en la córte me inspira confianza y..... amor; ¿por qué he de callarlo? Con vos hablo con más libertad, si cabe, que hablaria con mi padre, y no quiero ocultaros nada. El conde de Aranda me inspira, no miedo, porque no lo he sentido nunca, pero sí una especie de terror que no puedo definir ni contrarestar. Su esposa me causa aversion, porque no puedo concebir cómo un sér tan delicado, cuya mision es la de producir el bien, se mezcle en palaciegas intrigas que muchas veces suelen tener sangrientos desenlaces, y el amigo de ambos, el opulento marqués de Riveiro, me inspira repulsion, asco, aborrecimiento, porque es un ambicioso y un miserable que se ha atrevido hasta..... hasta vos, y.....

—¿Quién os lo ha dicho?—preguntó vivamente la condesa.

—En la córte, señora, todo se sabe. Si algo me faltaba para aborrecerle, era ese atrevimiento respecto á vos, y deseo que llegue el dia en que pueda encontrarle de frente para cruzarle el rostro con mi acero, por villano y mal nacido.

—¡Oh! no, vos no hareis eso!—exclamó doña Isabel con espanto, cogiendo inadvertidamente las manos de Guevara.

—¡Señora!—exclamó el jóven, que acababa de adivinar en las palabras de la dama algo de lo que pasaba en su corazon.

Doña Isabel comprendió que se habia dejado llevar más de lo justo por sus sentimientos, y ruborosa y avergonzada soltó las manos del caballero.

Sorprendido éste, murmuró con doliente acento:

—Habeis hecho bien, doña Isabel; ¿quién soy yo para que me mostreis sentimiento de ninguna clase? Y sin embargo, yo os amo, bien lo sabeis; os amo con el primer amor de un niño, con toda la pureza que vos mereceis. ¡Oh! si yo provocase al maestre y buscase en su acero la muerte, ya que en la vida no encuentro la ventura que soñé!

Mientras estuvo hablando Guevara, advertíase en doña Isabel una agitacion y una inquietud extraordinarias.

Sus labios se entreabrieron para interrumpirle; pero las palabras espiraron en su garganta.

Una lágrima tembló entre sus párpados, y cuando concluyó el jóven, le dijo:

—Me habeis hecho daño hablando así; pero os perdono.

—Mayor me le haceis á mí con vuestros desdenes.

—Si os he dicho que no entableis una lucha con el maestre, ¿por qué creeis que lo habré dicho?

—Porque temeis que la córte pueda descubrir mi secreto, y este secreto se refiere á vos.

—¿Es decir que me juzgais egoista?

—No precisamente egoista, pero sí celosa de vuestra honra.

—Hé ahí lo que sois los hombres—dijo doña Isabel con tristeza—os creeis conocer el corazon de las mujeres, á quienes decís que amais, y os equivocais de una manera lastimosa.

—¿Que me equivoco decís? Si no es por vuestro egoismo será por ese hombre á quien detesto, por quien tratais de evitar mi encuentro.

—Oyéndoos creo que os complaceis en martirizarme.

—Escuchadme doña Isabel, y comprendereis quién puede sentir más martirio de los dos. Dotóme la naturaleza con corazon de gigante, pero con fuerzas de enano. Mi posicion, vos la conoceis, era muy desgraciada. Noble como el primer noble castellano, mi padre no poseia mas que la modesta casa situada en Úbeda, casa que vendió para que yo viniese á la córte. He tenido desde muy niño sueños de ambicion; pero que al despertar me encontraba con una realidad de miseria que me aterraba. Lejos de las intrigas y de la corrupcion de la córte, mi corazon ha ido formándose, nutriéndose con la amargura que mi suerte me causaba. El dia que se me presentó ocasion de venir al lado del monarca, fuí traido por la ambicion de un hombre para que le sirviese de instrumento. Conocedor de mi posicion hace mucho tiempo, no me engaño al juzgarla como lo hago, y podeis creerme que me contrista sobremanera el haber de confesároslo. Yo no habia nacido para ser juguete de un grande, por más que éste fuera el príncipe de Esquilache, y hoy veo que lo soy y que no puedo todavía romper la cadena que me sujeta. Os ví, señora, y mi corazon de niño, mi corazon que acaba de perder la ilusion de la amistad y del desinterés, mi corazon que estaba rebosando amargura y dolor voló hácia vos como el ave vuela al nido donde encuentra el reposo y la quietud; vos érais para mí el cielo de la paz y de la ventura, donde podia templar el duelo que las pasiones de los hombres podrian causarme sobre la tierra. Os amé y os lo dije, porque yo no he aprendido todavía á dominar mis impresiones; me rechazásteis con indulgencia, debo confesarlo, pero me rechazásteis. Yo no era en vuestras manos y en las de vuestro esposo mas que un juguete que tambien podíais utilizar para conocer los secretos del favorito. Yo he comprendido esto, y á pesar de la amarga pena que semejante descubrimiento me ha causado, á pesar de saber que no me amábais, no he dejado un dia de venir

á veros, de escuchar vuestras frases de cariño á otro hombre, de ver los esfuerzos y las combinaciones que haceis para aumentar su poderío, y yo padezco y vengo á padecer cada dia. Yo os amo y os amaré siempre, porque hay en vos algo de eso que liga para siempre dos existencias, y la mia se ha unido á la vuestra para siempre. Comprendo que vos no me amareis jamás, y apetezco morir, porque de ese modo cesaré de molestaros con quejas importunas.

Siguiéronse algunos momentos de silencio á las palabras de Guevara.

Doña Isabel estaba agitada y palpitante de una manera que en vano trataba de disimular.

De repente miró al jóven, y pareció tomar una resolucion desesperada.

Levantóse de su asiento, y se dirigió á la puerta del aposento.

Miró si alguien podia escucharla, y volviendo al lado de Guevara, le dijo con voz trémula y ardiente:

—¡Guevara! Miradme bien y contestadme.

—¿Qué quereis decir?—preguntó el jóven alentando apenas.

—Que me habeis desconocido, y me habeis hecho sufrir mucho.

—¡Explicáos por piedad!

—¿No comprendeis que os amo hace ya mucho tiempo, y que he tratado en cuanto he podido de vencer este amor?

A semejante manifestacion, á la expresion de aquellos ojos en los cuales parecia que se reflejaba todo su inmenso amor, Guevara palideció de una manera intensa.

Amaba á doña Isabel, segun la habia dicho.

Pero este amor era distinto del que sentia por María.

Los dos eran grandes, poderosos, avasalladores; pero totalmente diferentes.

Porque en Guevara, encerrados en un mismo cuerpo, habia dos séres.

El uno, espiritual, pero candoroso, entusiasta y sencillo, que amaba todo lo tierno, todo lo ingénuo, todo lo virtuoso que encontraba en el mundo.

El otro ardiente, ambicioso, audaz y altivo que amaba todo lo grande, todo lo atrevido, todo lo imposible, y que le hacia arrostrarlo todo para llegar al fin que se proponia.

Estos dos séres sostenian en su cuerpo una lucha perenne.

Amaba á María porque sintetizaba lo cándido, lo puro, lo espiritual y lo tímido, que formaba uno de sus bellos ideales.

Amaba á doña Isabel porque personificaba la audacia, el orgullo, la ambicion y lo imposible, que formaba el otro.

Al lado de la una, la hablaba con sinceridad.

Al lado de la otra, la decia igualmente lo que su corazon sentia.

La condesa de Santillan no estaba en situacion de poder apreciar verdaderamente el organismo de aquel pecho, donde cogian á la vez dos amores inmensamente grandes é interesantemente verdaderos.

Mientras se vió asediada por los galantes y atrevidos caballeros de la córte, supo tenerles á raya y defenderse, porque á la pureza de su alma ofendia tal vez la actitud de aquellos personajes.

Para todos fué lo mismo; mas para Guevara, para aquel corazon noble, puro y desinteresado no pudo tener resistencia alguna.

Estaba constantemente apercibida contra la corrupcion y las pasiones vergonzosas; mas para el verdadero cariño no lo estaba, y la venció desde el primer momento.

Y cuando se apercibió de ello, luchó valerosamente; pero era una lucha desigual, y debia sucumbir.

Su amor, encerrado durante tantos años; su amor nutrido, por decirlo así, con tantas ardientes pasiones como habian vibrado en su pecho por un largo espacio de tiempo; para ahogar este inmenso amor y que no se dejase burlar por al-

gun galante caballero, debia por precision ser infinito, ardiente y abrasador.

La mirada serena siempre, descendia hasta el fondo de su pecho, y se estremecia al comprender todo lo grande del amor que por Guevara sentia.

Y por esto luchaba y por esto sufria.

Conocido ya el estado moral de la dama, fácilmente puede comprenderse lo que padeceria escuchando hablar al jóven.

Fué necesario que éste tratara de egoismo el interés que hácia él sentia, para que, olvidándolo, rompiese el manto de hielo en que por tanto tiempo se habia envuelto, para mostrarle lo apasionado y abrasador que era su cariño.

Y efectivamente, tanto vió Guevara, tal satisfaccion debió causarle aquel inmenso veneno de amor, que llevándose entrambas manos al pecho, murmuró:

—¡Dios mio! Parece que la felicidad hace daño tambien!

Doña Isabel comprendia esto perfectamente, porque en aquel instante en que aspiraba con delicia la franca manifestacion del amor del jóven, y en que se la mostraba desnudo todo el corazon puro y apasionado que poseia, sentíase desfallecer de ventura.

Guevara buscó con sus ojos los de la condesa.

Brilló en estos un rayo de tan ardiente pasion; fué tan vívida, tan inmensamente enamorada su mirada, que embebió en ella la del jóven; atrájole junto á sí; le reveló en aquel mudo lenguaje un mundo de cariño y de sensaciones, y por un movimiento espontáneo, sus labios se encontraron trocando su primer beso de amor, beso que envolvia cien elocuentes protestas.

Largo tiempo permanecieron en aquella muda contemplacion.

Por fin Guevara rompió el silencio, diciendo:

—¡Gracias Isabel, gracias, porque me habeis hecho el más feliz de los hombres!

—¿Y no soy yo acaso la más feliz de las mujeres?—repuso la dama envolviendo á su amante en una mirada abrasadora, saturada, si esta frase se nos permite, de todos los perfumes que encerraba su pecho.

Pero de repente, como si una idea terrible se ocurriese á su imaginacion, rompió á llorar, exclamando:

—¿Y lo seré mucho tiempo?

—¡Siempre!—contestó Guevara con acento de profunda conviccion.

—¡Ay! No asegureis lo que no sabeis si podreis cumplir. En la corte hay mujeres más hermosas, más audaces y más provocativas, y vos tambien sois audaz, atrevido y hermoso. Pero esas mujeres, Guevara mio, no os amarán lo que yo os amo; esas mujeres serán vuestras amantes de un dia, para atraeros á su bando, porque de todo se hace un alma, hasta de la pasion más santa. No me hagais que llore de celos cuando yo no quiero llorar mas que de felicidad.

—¡Os lo juro, Isabel!—contestó el jóven completamente fascinado.

—Ahora prometedme que no provocareis lance alguno con el marqués.

—Si le aborrezco.....

—Aborrecedle en buen hora, pero no lucheis con él. Tiempo tendreis para luchar y vencerle. Subid muy alto, porque yo os fio que subireis, y cuando esteis en esa altura, yo seré la primera que os diré: herid; pero hoy seria exponeros á una muerte cierta.

—Pero, ¿llegará ese caso?

—Sí. Educada en medio de la córte, he aprendido á conocer las personas, y sé que llegareis al fin que os habeis propuesto.

—Ya sé que teneis fama de discreta, y vuestros elogios siempre están en los labios, lo mismo de Floridablanca que de Aranda.

—Me elogian porque me temen—contestó sonriendo doña Isabel.—Creedme, Guevara; disimulad hoy para castigar mañana.

—¿Pero me amareis vos?—preguntó con acento cuidadoso el jóven.

—¿Y me lo preguntais, cuando durante tantos años he guardado todo mi amor para entregárosle hoy? Por Dios, que sois muy desconfiado, señor Guevara, si dudais así.

—Tenia ya tal convencimiento de ser desgraciado toda mi vida, que la misma felicidad que disfruto me inspira esa duda.

—Tened fe en mi amor, y no abuseis de él.

—¡Os adoro, Isabel!

—Adoradme en buen hora, porque yo comprendo que no podria vivir sin vuestro amor, y retiráos ya. Si me amais, debeis velar por mi honra.

—Teneis razon, señora; la estimo en tanto como la mia.

—Estimándola así, bien la sabreis guardar. Quiera Dios que algun dia no os olvideis de ella.

—Confúndame el cielo con su justa cólera si llego á cometer tal perjurio.

—Idos, Guevara, idos, y dejadme que saboree á solas la dicha que disfruto.

—Adios, Isabel mia!—repuso el jóven, aproximando á sus ardientes labios la temblorosa mano de la dama.

—Id en paz, mi señor y único dueño de mi alma.

Y el jóven, aturdido por el mundo de ventura que entreveia con el amor de la hermosa condesa de Santillan, se lanzó fuera de la cámara y poco despues del edificio.

CAPÍTULO VI.

Qué era lo que acontecia á no muy larga distancia de la casa de doña Isabel de Zúñiga, mientras don Luis de Guevara se encontraba en ella.

Próximamente serian las diez de la noche, cuando dos damas, ó al ménos tal lo parecian por los largos mantos en que iban envueltas, caminando con direccion á la plaza de las Vistillas, iban apretando el paso conforme avanzaba la noche, y los barrios que cruzaban iban siendo más solitarios.

Á despecho de las pragmáticas y disposiciones del buen rey don Cárlos III, el alumbrado dejaba mucho que desear; y entre alguna pedrada furtiva y la escasez y la economía con que se empleaba el aceite en las candilejas, la verdad era que las calles estaban poco ménos que en tinieblas.

Y si habia algun farol que alumbrase bien, solo servia para hacer más densa la oscuridad que fuera de su radio existia.

Las dos damas procuraban evitar cuidadosamente arri-

marse á las paredes de las casas, para evitarse el tropezar con algun galan que departiese recatadamente con alguna linda doncella al pié de una reja, ó con algun bandido audaz que se atreviese á sorprenderlas.

Rato hacia, porque las damas venian de muy lejos sin duda, que estaban sintiendo lejos de sí rumor de pisadas que habia hecho que una de ellas dijese á su compañera, en voz baja:

—¿Oyes, Dolores? Parece que nos siguen.

—Ya lo he advertido, señora; y aun volviendo la cabeza con toda la discrecion posible, paréceme que es un caballero quien viene detrás de nosotras, pues á la luz de un farol he visto relucir la empuñadura de su espada.

—Pues apretemos el paso.

Y las damas corrian más bien que andaban, y el caballero hacia lo propio, aproximándose en algunos momentos de tal manera, que pudo cruzar algunas palabras que fueron constantemente mal recibidas.

De este modo fueron cruzando calles y callejuelas de aquel antiguo Madrid, del cual todavía nos quedan algunos recuerdos, precisamente en los mismos barrios de que vamos hablando.

Las encubiertas vacilaron durante algunos segundos al llegar á la calle de D. Pedro, cambiando algunas palabras, las cuales expresaban su contrariedad por la extraña obstinacion de su perseguidor. Despues, y viendo que éste se habia detenido tambien, demostrando con esto que estaba resuelto á saber dónde vivian, adoptaron una resolucion extrema, y tomando la calle adelante, se metieron por una callejuela, á fin de salir á la del Humilladero.

—Ahora que estamos ya en sitio más solitario, donde no debeis temer á los importunos, ¿por qué no os descubrís el rostro?—dijo el caballero aproximándose resueltamente á las encubiertas.

—Ya os he dicho, caballero, que es muy cansado vuestro tema—repuso la que habló con Dolores.

—Y yo, señora, os repito que os acompañaré hasta donde vayais.

—Es que me interesa el ir sola.

—Y á mí el acompañaros.

—Pero eso es una imprudencia.

—¿Y quién puede ser prudente despues de haberos visto?

—Si lo que de galante teneis, lo tuviérais de complaciente.....

—¿Qué, señora mia?

—Nos dejaríais seguir nuestro camino.

—Si casualmente llevais el mismo que yo!....

—Está visto; os habeis empeñado.....

—En saber donde vivís.

—Importuno estais por demás.

—Siento mereceros tal opinion.

Las damas callaron y siguieron su camino.

Cubiertas extraordinariamente con sus mantos, parecia que tanto ellas como el caballero que las perseguia, tenian un especial cuidado en que nadie les conociera.

Si ellas se cubrian con sus mantos, él se tapaba el rostro con el embozo de su capa.

Unos y otros penetraron en la calle del Humilladero.

Y los tres llegaron á la plaza de San Francisco el Grande.

Eran cerca de las diez y media de la noche.

Apenas habian desaparecido nuestros personajes trás el ángulo de la iglesia, dirigiéndose á la plaza de las Vistillas, presentáronse en la esquina tres hombres que miraron á todos, y se detuvieron exclamando:

—¿Por dónde se habrá ido?

—¿Se nos escapará esta noche tambien?—añadió uno.

—No; es de todo punto necesario que muera—dijo otro.—Ya sabeis que el conde ha dicho que si mañana no está muerto,

nuestras cabezas corren peligro, y el conde casi nunca amenaza en balde.

—¡Chist!....—dijo el tercero señalando á la iglesia. Mirad; por allí va.

—Él es, justamente; pues bien, ánimo, y puñal en mano: vamos á librar al pueblo de ese hombre que es su enemigo.

—Ó al conde de un hombre que le hace sombra.

—Lo mismo es; para nosotros.....

—Mientras nos paguen.....

—Lo mismo nos da uno que otro; los tiempos andan muy malos, y es preciso que uno se agencie como pueda.

Y dichas estas palabras, los tres honrados asesinos se dieron á perseguir á su víctima.

Entre tanto, las dos damas, tambien habian cruzado algunas palabras en voz casi imperceptible.

—¿Qué dirá la condesa al ver que tardamos tanto?....—decia la que conocemos bajo el nombre de Dolores.

—Se habrá puesto furiosa; pero cuando sepa los motivos...

—Nos disculpará.

—Ya sabes que la Isabel no tiene mas que el primer pronto; en seguida se le pasa.....

—Dígalo sino el conde.

—¡Chist!....—calla, Dolores—dijo la dama—nos vienen siguiendo, y hay cosas que no se deben decir tan alto.

Y ambas, rebozándose más en sus mantos, siguieron su camino más de prisa.

Á todo esto, ya habian salido á la plaza de las Vistillas, y se iban acercando al palacio del conde de Santillan.

El caballero seguia detrás de ellas, y á su vez era seguido por los tres asesinos.

De pronto se oyó una voz á sus espaldas que dijo: «Ahora,» y los tres rufianes se lanzaron sobre el desconocido.

Éste no tuvo tiempo mas que para volverse, tirar de su espada y prepararse á vender cara su vida.

Pero la suerte dispuso las cosas de otro modo.

Trás de los asesinos apareció un hombre con el traje de la gente del pueblo, y blandiendo un enorme baston, empezó á descargar récios golpes sobre las tres espaldas que tenia á su frente.

—¡Ánimo, señor, descargad sin miedo sobre esa canalla!—dijo el recien llegado al acometido.

Éste no se hizo repetir semejantes palabras, y momentos despues los asesinos huian á la desbandada, dejando tres regueros de sangre, señal evidente de que iban bien escarmentados.

Los dos desconocidos quedaron solos.

El primero miró á todas partes buscando á sus damas; pero estas se habian aprovechado de aquel incidente, y desaparecieron.

El desorientado galan se dirigió entonces al que tan generosamente le habia favorecido, y dijo:

—Os doy gracias, amigo mio. Contad con mi proteccion que creo que vale algo en la córte.

—En cuanto á lo primero—contestó el desconocido—hace mucho tiempo que os aborrezco con toda mi alma; y en cuanto á lo segundo, me es completamente innecesaria vuestra proteccion.

El caballero que habia seguido á las damas, se quedó asombrado.

El desconocido continuó.

—¿No me conoceis acaso? ¿Los tres años que han trascurrido os han hecho olvidar mi acento?

—Recuerdo así, muy confusamente, que os he escuchado otra vez; pero no sé dónde.

—Yo ayudaré vuestra memoria, señor vizconde. Hace tres años amábais ó fingíais amar á una pobre niña, que vivia en la calle de San Miguel.

—¡Luisa!....—murmuró.

—Justamente, Luisa; ella os creyó, os adoraba con toda la vehemencia de su corazon: ¿y ahora os acordais de lo que os aconteció una noche al salir de su casa?

—Sí—contestó el interpelado con voz sorda.

—Voy á repetíroslo, pues, porque es necesario para la escena que ha de seguirse. Luisa era huérfana, no tenia en el mundo mas que un pobre huérfano tambien, á quien su madre moribunda la habia confiado. Éste la adoraba y la hubiera hecho su mujer; pero os presentásteis vos, ocultando vuestra posicion y vuestro nombre; ella inocente os entregó su cariño, y el pobre huérfano ahogó su amor con tal de que ella fuese dichosa: ¿y lo ha sido acaso?—preguntó con voz colérica el desconocido.—¡Eso es lo que haceis siempre los señores con las hijas del pueblo! Creeis que os pertenecen de derecho, y despues que les arrebatais la flor de su pureza, la pisoteais sin compasion.

—¡Calla, Antonio!—dijo débilmente el caballero.

—Yo no soy Antonio; soy el vengador de Luisa. Hace tres años nadie os conocia mejor que yo; es verdad que yo os contemplaba sin pasion, y conocia todo lo bajo y asqueroso que ocultaban los pliegues de vuestro corazon. Me parece que no habeis olvidado lo que os dije en aquella noche que os esperé á la salida de la casa de Luisa; decid, ¿os acordais?

—Sí.

—¿Y cómo cumplísteis aquel juramento? Yo no os exigí mas que la amáseis como ella os amaba; añadiendo que el dia que Luisa vertiese la primera lágrima por vos, era el último dia de vuestra vida. Me prometísteis cuanto quise, y al dia siguiente contásteis nuestra conversacion á vuestra amada.

—Pero.....—dijo el vizconde como queriéndose evadir de aquel importuno.

Éste continuó:

—Dejadme hablar, no penseis en escaparos sin oirme; he callado durante mucho tiempo, y tengo necesidad de que me

escucheis. Al saber Luisa lo que entre nosotros habia pasado, temió por vuestra vida, y de una manera, la más delicada posible, hizo que me alejara de su casa. Así lo hice, y durante estos tres años os he seguido paso á paso en toda vuestra carrera amorosa y política. Interin Luisa ha ignorado todo y vos habeis seguido cumpliendo como debíais, nada os he dicho.

—¡Acabaremos de una vez!—gritó el vizconde haciendo un esfuerzo—¿Qué es lo que deseas? ¿Quieres oro?

—¡Oro!—dijo el desconocido con amargo desden—¿De qué me serviria el oro?.... Os cansó Luisa, y la dejásteis sola con su deshonra; se presentó en vuestra casa á pedir pan para su hijo y la rechazásteis brutalmente..... ¡Y aun me ofreceis oro á mí! ¡A mí, á quien vuestra vida parece poco para lavar el daño que me habeis hecho!

—¿Qué quieres decir?

—Que he venido á mataros—contestó Antonio con una calma terrible.

—¡Á matarme!

—Sí; os anuncié que la primera lágrima de Luisa era vuestra sentencia de muerte.

—Entonces ¿por qué me has salvado la vida de los asesinos que querian arrebatármela?

—Porque queria ser yo quien tuviese esa dicha.

—Luego tan decidido estás?

—Sí; y ya que sabeis todos los motivos y mis deseos, creo que ahorraremos palabras inútiles, y lucharemos hasta que uno de los dos quede en el sitio.

La plaza de Oriente no era entonces lo que es hoy.

Ni jardines, ni las casas que constituyen hoy la manzana del teatro Real, se veian aun.

Escombros, casuchas de mal aspecto y medio ruinosas era lo único que se miraba por aquellos alrededores.

El sitio solitario y sombrío, el alumbrado pobre y mezqui-

CASI AL MISMO TIEMPO UN ALCALDE DE CASA Y CORTE

no, y la noche oscura y lluviosa, todo era á propósito para lances como el de que nos ocupamos.

El conde vacilaba todavía.

El jóven sacó una espada del baston que le habia servido para castigar á sus asesinos, y dirigiéndose á su adversario, le dijo:

—Ponéos en guardia, porque os aviso que aunque tenga que cruzaros el rostro para obligaros á batiros, lo haré.

—¡Oh! nunca, miserable!—gritó el vizconde á quien este insulto llenó de furor.

Las espadas se cruzaron, y durante algunos momentos no se oyó mas que la agitada respiracion de los combatientes, y el choque estridente del acero contra el acero.

Despues se escuchó un ¡ay! lastimero, y trás este el rumor que produce la caida de un cuerpo.

En seguida el que habia quedado en pié contempló algunos momentos al caido, y exclamó con acento indefinible:

—¡Dios te haya perdonado todo el daño que has hecho!

Casi al mismo tiempo un alcalde de casa y córte, seguido de su cohorte de corchetes, desembocó por la calle de D. Pedro, y se dirigió hácia el sitio del combate.

CAPÍTULO VII.

El extraño encuentro que tuvo el caballero don Luis al salir de casa de doña Isabel de Zúñiga.

Preocupado caminaba nuestro enamorado don Luis, cuando de pronto parecióle distinguir á lo lejos los faroles de la ronda, y á poco vió un alguacil que se separaba del grupo que habia llamado su atencion, echando á correr por una de las calles transversales.

—¿Qué desgracia habrá ocurrido—exclamó—cuando tanto corre el corchete y el alcalde de casa y córte? Parece que con su ronda tiene atalayada toda la plazuela.

Esta pregunta que Luis acababa de formular, tenia su explicacion en que dos ó tres alguaciles habíanse separado del grupo, y dirigiendo sus linternas en opuestas direcciones, parecian explorar todo el terreno hasta donde llegaba la luz que despedian.

De pronto el jóven escuchó una voz que gritaba:

—¡Alto!

—¡Alto! ¿á quién?—preguntó el caballero comprendiendo que á él se dirigia la intimacion.

—A la ronda—contestó el mismo alguacil que antes le obligara á detenerse.

—¿Y qué quiere de mí la ronda?

—Téngase quedo y no tardará en saberlo.

Luis, que sabia respetar á la autoridad, y sobre todo que conocia perfectamente lo severo que Cárlos III se mostraba con los que la desobedecian, detúvose y dejó que se aproximara el alcalde de casa y córte don Leoncio Perez de Quintana seguido de dos alguaciles.

Tan luego como las linternas de éstos dieron de lleno sobre el rostro de don Luis de Guevara, el alcalde reconociéndole exclamó:

—¿Sois vos, señor don Luis?

—Sí, por cierto, y extráñame sobremanera que me hayais detenido, señor don Leoncio.

—Perdonad, pero acaba de ocurrir un lance que me tiene profundamente disgustado.

—¿Lance decís?

—Y desagradable por cierto.

—Contad, si os place, señor alcalde, ó si podeis hacerlo.

—Responded primero á lo que voy á tener la honra de preguntaros.

—¡Hola! ¿De interrogatorio se trata?

—Pero interrogatorio de amigo, ya que con vuestra amistad me honrais, señor don Luis.

—Preguntad.

—¿Ha mucho que andais por estos sitios?

—Llegué sin duda cuando vos llegábais, porque al dar vista á la plazuela, ví las linternas de vuestros alguaciles.

—¿Y no habeis oido choque de espadas ni alguna voz que os revelase el calor de una pelea?

—No por cierto. ¿Es decir que se trata de un desafío?

—Se trata de una desgracia que estoy seguro de que os ha de afectar.

—¡Á mí!

—Sí tal, porque es vuestro amigo la persona de quien se trata.

—¡Mi amigo! Vamos, señor alcalde, vamos á ver quién es.

Y Luis dió algunos pasos.

—Mañana, Su Majestad—decia el alcalde—nos reprenderá severamente, ¡como si nosotros pudiéramos evitar lances de esta especie!

—¿Pero quién ha sido el muerto?

—Presumo que no está muerto, porque me ha parecido que todavía respiraba.

—¿Pero quién és?

—Vuestro amigo, el vizconde de Lazan.

—¡El vizconde!

—Vedle.

Y el alcalde separó á los otros tres corchetes, que se habian quedado custodiando al inanimado cuerpo de Cárlos, que así sabemos se llamaba el jóven.

—¿Y qué habeis hecho, señor alcalde, desde que habeis encontrado el cuerpo de mi pobre amigo?

—Todo cuanto era posible hacer en semejantes casos. Mandar en busca de una litera y avisar al vecino convento, á fin de poder transportar al herido para que le presten los primeros cuidados, mientras se da parte á la familia.

—Pero, ¿no habeis podido descubrir el adversario del vizconde?

—¿Tambien sois vos de los que creeis que quien hace tales cosas se queda sin más ni más, aguardando á que la justicia le pueda echar el guante?

—Presumo que para esto habrá habido combate; que el combate produce ruido; que el ruido llama la atencion de quien lo escucha, y que no es la hora tan avanzada ni tan

solitario el barrio, que no haya alguna buena comadre curiosa como la mayoría de las hijas de Eva, que no se haya asomado al ruido de los aceros; que tal vez haya escuchado alguna palabra que pueda daros luz sobre este hecho misterioso.

El alcalde no pudo ménos de comprender que habia un gran fondo de verdad en lo que el jóven acababa de decir.

Sin embargo, con esa especie de intransigencia y esa presuncion que suele dar la edad, no queria confesar que Luis tenia razon.

—Ha mucho tiempo, señor don Luis, que la ronda de *Pan y Huevos* y los hermanos del *Pecado mortal* han pasado por aquí, y bien sabeis que para los barrios extremos de la villa y córte, esta es la señal para que los vecinos honrados se recojan.

—Eso quiere decir—repuso sonriéndose Luis—que nosotros, los trasnochadores, no pertenecemos quizás á ese número de vecinos honrados de quienes acabais de hablar.

—Líbreme el cielo ni de decir semejante cosa ni de pensarlo siquiera; que precisamente don Luis de Guevara es uno de los caballeros más cumplidos y de mejores costumbres de la córte.

—Gracias os doy, señor alcalde, por el buen concepto que os merezco; mas mucho me temo que tan buena opinion sea hija únicamente de vuestra extremada galantería.

—No por cierto; que distintas veces y aun ante muy nobles señores de la córte hube de manifestarla así.

—Forzosamente me obligareis á que os crea.

En este momento llegó el alguacil encargado de avisar en el convento de san Francisco, y á poco algunos legos condujeron una litera, en la cual depositaron el cuerpo del vizconde, y lo llevaron al convento.

—Ahora, señor alcalde, si lo creeis conveniente, podré llegar á la casa del vizconde y participar á su familia la desagradable nueva.

—Hacéisme sobrado favor en ello para que yo rehuse; precisamente es la mision más penosa que tiene el cargo que desempeño.

—Lo creo. Pues siendo así, si me dais licencia, me separaré de vos para pasar á la casa del señor conde de Lazan.

—Id en buen hora, don Luis, y os suplico que si mañana en la cámara del rey se censura la falta de vigilancia de las rondas para evitar lances de esta especie, tomeis mi defensa, toda vez que ningun caballero que se va á batir viene antes á participárnoslo.

—Descansad, señor alcalde; y á mi vez he de suplicaros tambien que si en alguna ocasion llegárais á tropezar con los Caballeros del Amor, no hagais alto en sus locuras, que nada de perjudicial tienen para las buenas costumbres.

—¿Pero tambien sois vos de los que creen en la existencia de esos caballeros?

—Dicen que todas las noches acostumbran á entregarse á sus correrías.

—Por mí puedo deciros que desde que estoy ejerciendo el cargo con que Su Majestad se ha servido honrarme, no les he visto una vez siquiera, ni ha llegado á mis oidos queja alguna respecto á ellos.

—Suerte habeis tenido entonces.

—Si como suerte lo considerais, quiera el cielo que siga teniéndola por mucho tiempo.

Tras estas palabras pronunciadas con acento que no se sabia si era amenazador, irónico ó de buena fe sincera, separáronse don Luis y el alcalde; aquél para dirigirse á la casa de María, y éste para practicar las diligencias necesarias al esclarecimiento de aquel suceso.

CAPÍTULO VIII.

Donde damos al curioso lector algunos antecedentes respecto al vizconde de Lazan.

El vizconde de Lazan, hermano de María é hijo por lo tanto del conde del mismo título, protector de Luis, era un galan caballero que tenia fama de ser un tanto altanero con los hombres, un mucho complaciente con las damas y bastante dado á aventuras y galanteos, á despecho del ejemplo morigerado y severo que estaba dando el buen rey don Cárlos III.

Más de una vez los alcaldes de casa y córte habian tenido que hacer con el vizconde; mas como éste se hallaba tan perfectamente agarrado y tan buenos valedores tenia, resultaba que los alcaldes solian quedar mal, y el jóven siempre quedaba bien.

El rey le apreciaba á pesar de reconocer todos sus defectos, y en más de una ocasion le habia reprendido más con la benevolencia del padre, que con la acritud y la dureza del juez.

Don Cárlos de Lazan, de quien habia sido padrino el mo-

narca en Nápoles, habia mostrado en el campo de batalla que era un valiente caballero; pero en los ócios de la córte no era posible, como él decia, mas que enamorar á las damas, desesperar á los maridos y apalear á las rondas.

Ya le vimos en los primeros capítulos de nuestra obra, en la cámara de palacio hablar con Luis, y sabemos que pertenecia á aquella famosa asociacion de los Caballeros del Amor.

Todo lo que tenia de elegante y de buen mozo, lo tenia de calavera y seductor.

Era rico, y derramaba el oro á manos llenas.

Era jóven, y buscaba con frenesí las aventuras.

Era buen mozo, y las mujeres se dejaban prender fácilmente entre sus redes.

Pero era galanteador de oficio, y las mujeres tenian que llorar su abandono al poco tiempo de haberle entregado la esencia de su alma.

Sin embargo, hubo un dia en que pareció que el vizconde habia variado algun tanto.

La causa fué la siguiente:

Vivia cerca del convento de la Merced.

Una mañana, á las primeras horas de ella, de vuelta de una orgía, se le ocurrió entrar en la iglesia.

Cuatro beatas confesándose y unas cuantas comadres del barrio era lo único que en ella habia, y el buen vizconde, despues de haber arrojado una mirada de desden á todas aquellas beldades que fueron, iba á salir del templo, cuando reparó en una jóven casi escondida entre la sombra que proyectaba uno de los pilares que sostenia la antigua cúpula.

Iba de luto, y aquel traje negro y las sombras oscuras de la iglesia, hacian resaltar doblemente la pureza del contorno del rostro de aquella mujer, y la mate blancura de él.

Abstraida en el misterio santo que estaba representándose en el altar de la iglesia, no reparó en el apuesto caballero que la contemplaba.

Sin duda debia aquella jóven sufrir mucho, porque dos lágrimas transparentes y diáfanas como las de una vírgen, brillaron en sus ojos.

El caballero se acercó más hácia donde estaba la jóven y se puso á contemplarla con interés.

Al lijero ruido que hizo éste, alzó aquella sus ojos, volviéndolos á bajar inmediatamente al notar la persistencia con que era observada.

Durante el tiempo que tardó en concluirse la misa, volvieron á cruzarse, y cuando la sagrada ceremonia concluyó, al levantarse la jóven para salir, el vizconde mojó sus dedos en la pila de agua bendita y se apresuró á ofrecérsela.

Ella le dió las gracias con un lijero movimiento de cabeza, y tocó suavemente con sus dedos los del caballero.

Salieron ambos á la calle, y la jóven tomó una direccion completamente opuesta á la que el vizconde debia seguir.

Éste se la quedó mirando algunos momentos, y despues de vacilar durante ellos, se resolvió por marcharse á su casa á descansar.

Pero no pudo hacerlo sin dirigir una última mirada hacia la jóven enlutada, y murmurar despues conforme se iba alejando:

—Positivamente esta mujer es muy hermosa.

Á la mañana siguiente volvió Cárlos á la iglesia, y tornóse á encontrar con la jóven.

Cuando salió á la calle, la siguió diciéndole algunas de esas frases que tanto halagan á las mujeres, y la vió entrar en una casa de pobre apariencia, situada en la Cava de San Miguel.

Pero aquello no era bastante todavia; necesitaba saber quién era aquella mujer, y con qué medios contaba para subsistir.

Esto lo consiguió fácilmente.

En todos los barrios existen comadres que no se ocupan

mas que de averiguar las vidas ajenas, llevando al dedillo el alta y baja de cuanto ocurre en la vecindad.

Con una de estas tropezó el vizconde.

Por ella supo que Luisa, así se llamaba la jóven, era huérfana.

Que sus padres habian sido un honrado empleado en Hacienda, y una buena y excelente señora, que murieron poco antes dejando á su hija casi en la miseria.

Tambien supo que habia un jóven que velaba por ella; que á este jóven se la habian recomendado sus padres al morir, y que era lo más probable que éste fuese su amante.

Sin embargo, tampoco le omitió la vieja que vivia con Luisita una anciana que estaba encargada por el jóven de velar por ella y de hacer cuanto en la casa ocurriese.

Con estos datos formó inmediatamente el vizconde su plan de ataque.

Volvieron á verse en misa, y las palabras se trocaron otra vez.

Al vizconde le habia gustado Luisa, y á Luisa no le pareció mal el vizconde.

Entonces no tenia mas que una ambicion sin límites, que unida al amor, eran las dos pasiones que llenaban por completo su alma.

El caballero era un tanto porfiado, y Luisa se encontró en esa edad que el corazon se abre al amor como las flores entreabren sus cálices á las primeras caricias de las brisas primaverales, y como consecuencia de esto, los dos jóvenes se amaron.

Luisa permitió al vizconde la entrada en su casa; y entonces le tocó sufrir á otra persona.

Antonio, el hermano adoptivo de Luisa, era escultor.

Muchos años antes de estos sucesos, en la casa junto á la de Luisa, vivia una familia compuesta de un matrimonio y un hijo.

El padre era un militar antiguo, cubierto de honrosas cicatrices, que no le servian sino para morirse de hambre y para estar lleno de constantes achaques.

La corta pension que disfrutaba no alcanzaba á cubrir sus necesidades, y don Antonio Gil de Mesa era demasiado altivo para pedir nada á sus antiguos amigos y parientes.

Estos pertenecian todos á las mejores familias de España.

El padre de Antonio habia querido casarse con una mujer pobre y de una familia honrada, pero no noble, y sus parientes no le habian perdonado nunca este crímen, pues tal era á sus ojos.

Por esta razon el buen anciano no queria pedir nada á su familia.

La madre de Antonio y la de Luisa se hicieron muy pronto amigas.

Y no tardaron los padres mucho tiempo en hacer lo mismo.

En cuanto á los niños, ya hacia mucho tiempo que lo eran.

Y así pasaron los años.

Murieron los padres de Antonio, y éste, que ya era escultor y comenzaba á tener una nombradía muy regular, siguió viviendo en la misma casa, junto á la que vivia Luisa.

Antonio no habia olvidado las afecciones de su infancia. Al contrario, al cambiar de sentimiento acreció en intensidad.

Habia amado á Luisa como niño, y más tarde la amó como hombre, y con toda la vehemencia de su corazon.

Murieron á la vez los padres de la jóven; y su madre, que fué la última, dejó recomendada su hija al escultor, como única persona en quien tenia confianza.

Antonio puso entonces en casa de la pobre huérfana una mujer anciana para que la cuidase, y él trasladó su domicilio á casa de la jóven.

Y su amor acrecia cada vez más.

Solo esperaba que pasase el luto de Luisa para ofrecerle su mano y su posicion.

Pero el destino habia sin duda dispuesto las cosas de otra manera muy distinta.

Luisa tenia la costumbre de ir á misa todos los dias al convento de la Merced.

Allí encontró al vizconde de Lazan, y ya saben nuestros lectores lo que resultó de aquel encuentro.

Los enamorados tienen indudablemente una doble percepcion que les hace adivinar las cosas, aunque estén muy lejanas.

Antonio advirtió una preocupacion extraña en Luisa, que le hizo estremecerse.

La observó con más atencion que hasta entonces lo habia hecho, y presto se convenció de que en el corazon de la jóven habia un objeto que era neçesario conocer.

Algunos dias despues se le reveló el misterio.

El vizconde se presentó en su casa.

Luisa dijo á su hermano adoptivo el carácter con que la visitaba aquél.

Lo que sufrió el escultor es indecible; pero escondió en lo íntimo de su pecho el amor que le devoraba, y se decidió á sacrificarse por la felicidad de la mujer á quien tanto amaba.

Lo único que hizo fué observar, para obrar en su consecuencia.

No tardó mucho en convencerse de que el vizconde no se uniria jamás con la pobre niña, y por lo tanto se decidió á abordar la cuestion.

Para esto le esperó una noche al salir de la casa de su amada, y le exigió que le explicase las intenciones que abrigaba respecto á la jóven.

Interpelado Cárlos tan directamente, no tuvo mas remedio que decir que pensaba casarse.

Pero Antonio conocia demasiado á los hombres, y no vió en aquella respuesta la sinceridad que deseaba.

Sin embargo, le amenazó con la muerte si defraudaba las

esperanzas de la pobre Luisa, prohibiéndole terminantemente que dijera á ésta palabra alguna de las que entre los dos habian mediado.

Pero el vizconde lo hizo todo al contrario.

Era valiente; pero en aquella ocasion, el ademan resuelto y amenazador del jóven no pudo ménos de infundirle serios temores.

Luisa era mujer, y amaba al vizconde con su primera, con su única pasion.

Por lo tanto, sintió extraordinariamente la escena habida entre los dos jóvenes.

El de Lazan indicó á su amada que veria sin sentimiento el que Antonio dejase de habitar el mismo techo que la jóven.

Ésta, que no tenia más voluntad que la de su amante, se decidió por complacerle.

Para este efecto habló con el escultor, y el jóven sintió un dolor terrible cuando comprendió la idea de la jóven.

Sin embargo, no exhaló una queja; y comprendiendo inmediatamente de dónde venia aquel golpe que tan profunda herida abria en su alma, quiso hacer por completo el sacrificio, separándose de la jóven sin buscar al vizconde, por temor de que cualquier cosa que á éste sucediera habia de hacer sufrir á la huérfana.

Al dia inmediato, Antonio, casi con las lágrimas en los ojos, abandonaba aquella casa donde habia pasado los dias más felices de su vida.

Cárlos habia conseguido su intento.

Habia separado á Luisa de su protector; por lo tanto, se habia quedado abandonada á merced de un hombre que para nada habia de respetar su inocencia y su candor.

El aristócrata no deseaba mas que añadir una victoria más al catálogo de sus triunfos, y ya le faltaba muy poco para conseguirlo.

Poseia lo principal, que era el cariño de la jóven, y se veia libre de la severa vigilancia de Antonio.

Sin embargo, aunque lejos éste de la casa de Luisa, no por eso dejaba de observar cuanto en ella sucedia.

Entonces el vizconde buscó á uno de sus amigos, y éste encargó al escultor una estátua para uno de sus jardines, obra que necesitaba con tal premura, que no tuvo mas remedio que ponerse á trabajar dia y noche en ella.

Como consecuencia de esto, su vigilancia flaqueó algun tanto.

El vizconde aprovechó esta oportunidad.

Era jóven, galante, audaz, y Luisa tierna y enamorada, y la consecuencia fué que se durmió un dia en los brazos de su amante; y cuando despertó, el ángel de la pureza se habia alejado de la jóven derramando lágrimas de un dolor profundo.

Y pasaron los dias.

Á estos siguieron las semanas, y el vizconde empezó á disminuir las visitas, hasta que por fin desapareció por completo.

Luisa lloró entonces.

Lágrimas que al notarlas Antonio, le revelaron cuanto habia ocurrido.

Rugiendo de cólera y de desesperacion, Antonio se fué á casa del vizconde, y supo que hacia diez dias que habia marchado de casa.

Luisa era madre.

Antonio fué á verla inmediatamente.

Ni ella ni su hijo carecieron de nada absolutamente.

De los labios del escultor no se escapó la menor reconvencion.

En cambio, no olvidó la amenaza que habia hecho al vizconde en otra ocasion, y ya vimos en otra parte cómo la realizó tan luego encontró la ocasion para ello.

CAPÍTULO IX.

Continúan para Luis las aventuras de una noche.

—Hé aquí una noche que sin saber cómo, se me presenta asaz llena de aventuras.

Y Luis, al pronunciar estas palabras, envolvióse más en la capa y lanzóse resueltamente por la calle de D. Pedro, con direccion á la puerta de Moros.

—¿Qué diablo de entuerto habrá cometido don Cárlos para que le haya acontecido semejante desventura? Él es audaz y provocativo, y no tendria nada de particular que algun marido celoso ó algun amante despechado le hubiese puesto en esa situacion. ¿Y cómo le digo yo á María el estado en que se halla su hermano? El conde es hombre y puede soportar mucho mejor esa clase de golpes; pero aquella pobre criatura que ama á su hermano más todavía, segun creo, que á su propio padre, el estado en que éste se halla, estado que á mi juicio, es desesperado por completo. ¡Demonio de casualidad

que me ha conducido por aquel sitio, precisamente en aquellos momentos! En fin; ya no tengo otro remedio que cumplir la mision que me he impuesto á pesar de todo.

Y apresuró el paso, y al desembocar en la plaza de Puerta de Moros, tan preocupado iba, que tropezó con otro embozado que en direccion opuesta se adelantaba.

Tan brusco fué el encuentro, que uno y otro no pudieron ménos de retroceder, exclamando Luis:

—¿No teneis ojos acaso?

—¡Vaya al diablo el importuno!—exclamó el otro.—Mirára él por donde va y no se expondria á tales percances.

El sonido de esta voz sin duda era conocido de Luis, porque dijo:

—Perdonad, caballero; vuestra voz no me es desconocida, y quisiera.....

—¡Guevara!—exclamó el desconocido desembozándose.

—Bien habia presumido yo—exclamó Luis, estrechando la mano de su interlocutor.—¿Qué diablos haces por estos barrios, Vicente?

—Estoy desesperado.

—¿Desesperado tú? ¡Tú, el pintor más alegre de la córte, usando ese acento melodramático! ¿Qué te sucede? Habla, pero de prisa que tengo mucho que hacer.

—No tomes á broma lo que te digo: estoy desesperado, y sin embargo, tu encuentro es para mí providencial.

—¡De veras!

—Sí, Luis; cuando sepas la causa de mi desesperacion.....

—¿Acaso no tienes dinero? ¿Has llevado algunas hembras á casa de Espejuelos y has encontrado busconas donde creiste encontrar buscadas?

—No, no es eso; es mucho más grave lo que me sucede.

Y en el acento con que Vicente pronunció estas palabras habia algo que impuso á Luis, obligándole inmediatamente á suprimir la jovialidad de sus palabras, diciendo:

—¡Perdona, Vicente! Díme qué es lo que te sucede.

—Una gran desgracia.

—Pues sin duda el diablo anda suelto esta noche por Madrid, porque precisamente acabo de dejar en las Vistillas al vizconde de Lazan, creo que mortalmente herido.

—Prefiriera yo estarlo tambien en el cuerpo, á no estarlo en el alma.

—Acaba de explicarte. ¿Qué tienes? ¿Dónde ibas por aquí?

—¿Lo sé yo acaso? Una voz interior parece que me está diciendo dónde se halla la causa de mi desgracia, y voy en busca de ella, y no sé cómo ni dónde encontrarla.

—Y el caso es que yo me estoy deteniendo contigo, haciendo falta en otro sitio.

—Véte en ese caso, Luis; déjame abandonado á mi suerte.

—Indigno fuera de llamarte mi amigo, si tal hiciera: vente conmigo, y pues caminas al azar, déjate arrastrar por él, á ver si encontramos la causa de tu quebranto.

—Vamos.

Y los dos caballeros adelantáronse por la Puerta de Moros en direccion á la Cava baja.

—¿Con que no me dirás lo que ha sucedido?—preguntó Luis á su amigo.

—Díme; ¿conoces á ese caballero italiano que ha tres meses llegó á la córte desde Nápoles, y que se llama ó se hace llamar el marqués Adelfi?

—¿Que se hace llamar has dicho?

—No sé por qué paréceme que tiene más trazas de bandido, que no de caballero de la córte del hijo de nuestro excelente monarca.

—¿Qué te ha hecho el marqués Adelfi?

—¿Conoces—prosiguió Vicente, desentendiéndose de la pregunta de su amigo—á Lola la *Zapatera*?

—¿Estás en tí, Vicente? ¿Quién no conoce en Madrid á la maja de más rumbo que se pasea desde Lavapiés á Maravi-

llas? Diera yo el amor de todas las mujeres que me han querido, que no han sido pocas, por una sola mirada amante de los ojos de la Lola.

—Pues esa mirada, reflejo de un amor inmenso, yo la habia poseido hasta ahora.

—¡Tú!

—Sí; Dolores ha sido y es el único amor de mi existencia; por esta razon, desde hace tres meses, habeis advertido en mí un retraimiento que os ha sorprendido; yo no he vivido en todo ese tiempo mas que para Lola, y Lola tampoco ha vivido sino para mí.

—¿Y siendo tan feliz, y disfrutando toda esa dicha, te quejas ahora y te consideras tan desgraciado?

—Porque Lola ha desaparecido de su casa.

—¿Cómo?... ¿Qué has dicho?

—Que Lola ha desaparecido de su casa—volvió á repetir Vicente.—Esta noche, apenas han tocado las ánimas, han ido á buscarla de parte de una amiga suya, tú la conoces, Concha, la de la ribera de Curtidores, y esta es la hora que todavía no ha parecido. La tia ha ido á buscarla; yo mismo he estado en casa de Concha, y allí no ha ido Dolores; he corrido ya todo Madrid y esta idea torturadora, va tomando cada vez más cuerpo en mi mente, y no sé hasta qué extremo me podrá conducir.

—¿Qué idea es esa?—preguntó Luis vivamente interesado en lo que su amigo estaba diciéndole.

—El marqués Adelfi conoce á Lola.

—¡Toma! como la conocemos todos.

—¡Pluguiera al cielo que así fuera nada más! Pero el marqués no solo intentó conseguir el amor de Lola, sino que hasta trató de comprarlo.

—¡Vicente!

—Yo no conocia á Lola entonces; ella se encargó de contestarle, y lo hizo de una manera tal, que la dejó libre por en-

tonces; mas, segun la tia de Lola, hace tres dias que el marqués volvió á rondar la calle, y aun parece que le vieron hablar con un individuo que más trazas tenia de rufian que de hombre honrado, y estaban señalando á la casa de Lola.

—Cuentos de comadres, amigo Vicente, paréceme eso del rufian. La imaginacion abulta y desfigura, en momentos dados, hechos completamente inocentes tal vez, y no puedo creer que el marqués recurra á medios tan villanos para ganar el amor de una hembra.

—El hombre que queria comprarlo, ¿no crees que sea capaz de intentar apoderarse de él por la fuerza?

Luis comprendió que su amigo tenia razon; pero sin embargo, le repugnaba haber de convencerse de tamaña vileza.

—¿Y qué piensas hacer?—dijo.

—¿Qué pienso? Situarme en frente de casa del marqués; convertirme en su sombra; seguirle á todas partes; consagrar mi vida, si es necesario, al descubrimiento de lo que presumo, y una vez adquirido este, matarle como á un perro, sea el que quiera el lugar en que se halle y la situacion en que se encuentre.

—Con tiento, Vicente, con tiento, que en estos casos es menester no dejarse llevar de los apasionamientos del corazon.

—Es que yo no vivo; es que las horas que van pasadas desde la desaparicion de Lola, me parecen siglos de amargura. Quisiera ver á ese hombre, porque me parece que en su rostro he de advertir si es verdad mi sospecha, y siéndolo, yo te juro que presto acabarian mis pesares.

Tan resuelto, tan enérgico, tan implacable fué el acento de Vicente, que Luis no pudo ménos de estremecerse.

—Prudencia, amigo mio, prudencia, y yo te aseguro que descubriremos la verdad.

—Dicen que el marqués pertenece á esa maldita sociedad de los Caballeros del Amor, sociedad que no está sino para

derramar el llanto y la deshonra en el seno de las más honradas familias; porque sociedad que tiene por armas la violencia y el soborno, no es posible que pueda dar de sí mas que lágrimas y desesperacion.

—Vicente, que te extravia el dolor, y no quisiera verte injusto. Precisamente el reglamento ó las ordenanzas de esa sociedad prohiben la violencia y el soborno.

—¿Perteneces tú á ella?—preguntó Vicente fijando una mirada escrutadora en el rostro de su amigo.

—No—contestó éste inclinando la vista porque le repugnaba mentir.—No pertenezco á esa sociedad; pero sé muy bien de lo que se ocupa.

—De buscar el placer á costa de todos.

—Pero no de la deshonra.

—En fin, yo necesito ver al marqués Adelfi, para saber la verdad.

—¿Quieres creerme, Vicente?—dijo Luis deteniéndose ante el ancho portalon de la casa del conde de Lazan, situada en la calle del Sacramento.

—¿Qué?

—Que dejes á mi cuidado ese asunto, y yo te prometo á fe de caballero que mañana habré descubierto el paradero de Lola.

—¡Tú! ¿y de qué manera?

—Empleando lo que á tí te falta en estos momentos, que es la calma, la reflexion y la prudencia.

—Pero.....

—¿No tienes confianza en mí?

—¡Ay! Luis, cuando se llega á este caso, de todo se duda.

—Pero no de mi amistad. Deja que yo me encargue de todo; retírate á tu casa, y está seguro de que mañana podré decirte «véngate,» si á ese extremo se ha llegado, ó «sé feliz» si tal como presumo ha sido la desaparicion de Lola.

—¿Y qué es lo que presumes?

—Para decírtelo ahora no tengo tiempo. Estoy á la puerta del palacio del conde de Lazan, y su hijo agoniza tal vez en este momento. Mañana lo sabrás todo.

—Pero.....

—Vé tranquilo, que yo te respondo de todo.

Y Luis púsose á llamar con tal fuerza á la puerta del soberbio caseron, que momentos despues abrióse ésta con estrépito, apareciendo algunos criados en el zaguan.

Vicente no tuvo otro remedio que resignarse.

Su amigo volvióse hácia él, y le dijo:

—No olvides que te he pedido de plazo hasta mañana.

Y el jóven entró en la casa del conde, llegando á poco á las habitaciones de éste.

No habian transcurrido muchos minutos cuando un movimiento extraordinario reinó en toda la casa.

Los criados iban de una parte á otra con aire azorado, y las doncellas de María penetraron en las habitaciones de su señora para prestarle sus auxilios.

La noticia de que Luis habia llegado esparcióse al momento.

Poco despues, el conde precedido de dos criados con hachones, seguido de otros cuatro que conducian la silla de manos y cerrando la marcha otros dos salieron del palacio con direccion al convento de san Francisco.

Luis, despues de haber permanecido algunos momentos al lado de María, prestándole consuelos é infundiéndole esperanzas respecto al estado de su hermano, salió tambien del palacio, preocupado en gran manera.

—¡Diablo!—dijo tan luego como estuvo en la calle.—Bien sabia yo que me esperaba un mal rato con la mision que traje aquí. No puedo decir que la noche tiene desperdicio. Principió admirablemente; pero de tal modo ha ido nublándose, que mucho me temo no termine en deshecha tempestad. El pobre Vicente ha venido á completarla. Creo que ha adivina-

do bien, y que el marqués Adelfi es quien únicamente podrá darme razon de su preciosa maja. Vamos á la «Casa del Silencio,» que si él la ha robado, allí seguramente la he de encontrar.

Y envolviéndose en la capa, porque el frio era cada vez más intenso, tomó la calle del Sacramento adelante, en direccion á la de la Almudena.

CAPÍTULO X.

Donde el lector va á saber quién era Vicente y quién Lola la Zapatera.

Desde las Vistillas hasta el Rastro, y desde Maravillas á Lavapiés, Dolores la Zapatera era más conocida que el mismísimo rey don Cárlos III.

Dolores era una flor que habia venido al mundo un dia en que la creacion estaba de gracia, y se le antojó sin duda reunir todas las perfecciones en un cuerpo humano.

Mas como que hasta en las gracias de esa caprichosa señora suele siempre haber un pero, Dolores que tenia una garganta y unos hombros que envidiaban más de cuatro damas de la córte; unos cabellos rubios como el oro; unos ojos de color de cielo; unas cejas tan primorosamente arqueadas, que más de una vez causaron la desesperacion de Goya, el famoso pintor de aquella época; una boca donde habia encerrada más sal que la que contenian las famosas salinas de Torre-Vieja, y un talle que provocaba más tentaciones que las

que habian afligido al virtuosísimo San Antonio, era sin embargo tan pobre, que apenas hubiera podido mantenerse á no dedicarla su madre al oficio que más tarde le dió el apodo, bajo el cual era más conocida en la córte y fuera de ella que por su nombre de bautismo.

Su padre habia sido carpintero; mas con tan mala fortuna, que arreglando un dia el marco de un balcon en una casa que estaba construyéndose, cayó á la calle, y aun cuando fué á dar sobre el cerviguillo de un reverendo fraile franciscano que en aquel momento pasaba, no consiguió por eso salvar su vida, sino que, por el contrario, perdióla propia y puso muy en peligro la ajena, pues el reverendo tuvo quebrado el espinazo, y desde entonces no volvió á pasar por delante de ninguna casa en construccion.

Su madre, que era vendedora de ropas en el Rastro, recibió la noticia cuando precisamente estaba vendiendo un rico vestido de paño de Francia que habia pertenecido á la camarera de una de las camaristas de la difunta reina, y como siempre hay personas que juzgan que la ocasion la pintan calva y debe aprovecharse cuando se presenta, la que compraba el traje vió en la tribulacion de la infeliz mujer su ocasion, y escurrióse bonitamente mientras á la revendedora la llevaban trastornada á una tienda vecina.

Así fué que la madre de Dolores tuvo que llorar su viudez, y además pagar aquel traje de que otra se habia aprovechado, y como que carecia de ahorros, y además enfermó despues, Dolores vió desaparecer uno por uno los cuatro trapitos que á fuerza de economías y privaciones habia podido ir haciéndole su madre.

Muerta ésta, Dolores se encontró sola, teniendo por única riqueza aquella hermosura de primer órden, y su honra, que era todavía superior á su hermosura.

Fuése á vivir al campillo de Manuela, con una tia vieja y achacosa, y ribeteando zapatos, y poniéndoles lazos, y co-

siéndoles las costuras, Dolores ganaba lo bastante para tener una saya de seda con alamares negros, un corpiño de alepin con cabos del mismo color, y una mantilla blanca, con la cual y una rosa con que adornaba sus cabellos en la primavera, y una media de seda con que cubria la torneada pierna, y un zapatito bajo de raso que aprisionaba su menudo pié, Dolores se llevaba trás sí todas las miradas, y veia alfombrado su camino por las capas y sombreros de sus admiradores, lo mismo en la romería de San Isidro, que en la verbena de San Antonio, que en la Fuente de la Teja y que en la plaza de toros.

Y no faltaron, que nunca han faltado para las hembras de buena planta, protectores que ofrecieron á la maja el oro y el moro, con tal que se ablandase un poquito no más; pero Dolores, sabia muy bien dónde le apretaba el zapato, como que entre ellos andaba, y á oidores de Indias y á los vireyes jubilados y á los nobles viciosos enviábales por donde habian venido, y se iba al *Sotillo* con sus amigas á merendar una tortilla de escabeche, y á cantar, con aquella voz de ángel que Dios le habia dado, unas *tiranas* y unas *saetas*, acompañadas por la vihuela que punteaba el hijo del timbalero de la villa, que era un primor.

En las gradas de San Felipe se hablaba de la Lola, y en el Prado de San Jerónimo, y hasta en la mismísima cámara de Su Majestad no faltaba alguno de sus admiradores que se deshiciera en elogios respecto á ella.

Cuando iba por las mañanas á recoger el trabajo á la tienda del señor Pedro Cordovilla, que era el zapatero de más fama que habia en la córte, y se le antojaba entrar á oir misa en las Descalzas Reales ó en San Ginés, era de ver las furibundas miradas que le dirigian las beatas, porque la devocion de los hombres quedaba perturbada, y apenas ella se movia para salir, todos se apresuraban, quién á darle agua bendita, quién á tender su capa sobre las gradas de la iglesia

para que aquel pié tan hechicero no tuviese que apoyarse sobre la dura piedra.

Pero donde sobre todo brillaba Lola, era en la plaza de toros.

Más orgullosa iba ella en su calesa que el rey en su carroza, y una vez que entraba en la plaza eran de oir las galanas frases con que toreros y majos, nobles y plebeyos saludaban á la encantadora zapatera.

Pero ella con la frente alta, brillantes los negros ojos, sonrientes los labios, recogida con garbo la mantilla, y saludando graciosamente á sus admiradores, seguia impávida su camino hasta llegar á la grada donde tenia su asiento.

En los toros, precisamente, conoció á Vicente Gonzalez.

Éste era del mismo pueblo que Luis de Guevara.

Hijo de hidalgos y honrados padres, aficionóse de tal modo á la pintura, que no hubo otro remedio que enviarle á Madrid á estudiar el noble arte con el famoso bohemio, Antonio Rafael Mengs, honra y prez de la córte de Cárlos III.

Maella, Bayeu y Ramos fueron sus condiscípulos, hasta que la originalidad de Goya le sedujo, y se fué trás de su escuela.

Vicente adquirió pronto celebridad.

Habia génio en él; amaba el arte con frenesí, y consagrado á él exclusivamente, no habia pensado que en Madrid se encerraban á la sazon multitud de bellezas, y que siendo él jóven y apuesto, fácilmente hubiera encontrado quien le correspondiera.

Vió á Luis en Madrid, y la amistad que de niños les habia unido en el pueblo, continuó en la córte, á pesar de la distancia que les separaba; pero el pincel de Vicente cada dia era más notable, y el jóven artista iba adelantando cada dia un paso más en su posicion.

Las damas de la nobleza comenzaron á encomendar sus retratos á Vicente; la fama de éste fué creciendo, y muchos de

los amigos de Luis fueron tambien retratados por el pintor, que desde aquel momento fué su amigo.

Vicente, como habia dicho muy bien Luis, era el más alegre y el más bullicioso de todos los compañeros, y de igual manera que á Luis, le conocian en todos los salones; y en todos los bailes, llamados posteriormente de candil, á Vicente no habia maja, ni torero, ni buscona, ni alguacil que no le conociera.

Mas por una coincidencia muy extraña, puesto que tanto alternaba con su sociedad, no conocia á Dolores.

CAPÍTULO XI.

Cómo se conocieron la maja y el pintor.

Por efecto de una de esas raras casualidades, Vicente habia ido á los toros dos ó tres veces que Dolores no asistió á la corrida.

El pintor, preocupado siempre con sus trabajos, no disfrutaba de una gran libertad, y de aquí que si bien las noches las tenia libres, en cambio el dia le pasaba sumamente ocupado.

Habia oido hablar mucho de Lola la Zapatera; pero nada más.

De igual modo ésta habia visto algunos retratos hechos por Vicente, y varios cuadros de escenas de majas y toreros; pero no conocia al autor de ellos.

Uno y otra tenian curiosidad por verse; mas la casualidad lo seguia impidiendo.

Una tarde por fin, Vicente fué á los toros, en ocasion en que Lola estaba en la plaza.

Al verla, un grito de admiracion estuvo á punto de brotar de sus labios.

Costillares acababa de hacer una de aquellas admirables suertes que solo él sabia ejecutar y que tanta fama le dieran.

Todo el mundo aplaudia frenéticamente al diestro torero.

Dolores tambien agitó sus manos, y una rosa que llevaba en la mano, escapándose de ellas, fué llevada por el aire hasta el medio del redondel.

—¡Ay! ¡qué lástima de rosa!....—dijo la apuesta doncella.

Vicente oyó aquellas palabras, y antes de que nadie pudiera detenerle, bajó las gradas, saltó la barrera y se encontró en medio del palenque.

Nadie sospechaba lo que iba á hacer el jóven, y todo el mundo exhaló un grito de espanto al verle dirigirse tranquilamente hácia la fiera.

Vicente conocia mucho á Costillares.

Le habia retratado más de una vez, y el torero tambien profesaba al artista un gran aprecio.

El diestro fijó su atencion en Vicente, le conoció y llegándose á él dijo:

—¿Qué va á hacer su mercé, don Vicente?

—Nada; coger una flor que se le ha caido á la mujer de más rumbo que hay en la plaza.

—¿Pero no ve su mercé que ese bicho es una fiera, y que puede sucederle algun trabajo?

—¡Bah! ¿quién piensa en eso? ¿Vas á matar ya, no es cierto?

—Sí señor; ahora hacen la señal.

—Pues bien, déjame tu muleta que voy á coger la flor.

—Mas.....

—¡Eh, qué diablo! ¿Quieres complacerme ó no?

—Puesto que su mercé se empeña.....

Y el diestro tendió su muleta y su capa á Vicente, que se lanzó inmediatamente frente del toro.

Costillares le siguió, murmurando:

—Vamos, será preciso que yo esté á la mira por lo que pueda suceder.

Todo el público que asistia á la funcion contemplaba con asombro el incidente extraño que ocurrió en medio de la plaza.

La autoridad creyó prudente intervenir, y ya iba á salir un alguacil con este objeto, cuando un grito se exhaló de todas las bocas de aquellos millares de espectadores.

Vicente se habia dirigido á coger la rosa; pero el toro más rápido que él, se habia interpuesto, y el pintor no tuvo tiempo mas que para darle un recorte y prepararse con la muleta.

La manola habia ya sospechado lo que el jóven iba á hacer; habia palidecido y seguia con una agitacion extraordinaria aquella escena más extraordinaria todavía.

Y toda la multitud contemplaba fascinada á aquel hombre que vestia con el traje de la clase media de la época, y que con una serenidad pasmosa estaba á muy pocos pasos de un toro que era el más bravo de cuantos se habian lidiado aquella tarde.

La fiera se detuvo algunos momentos delante de Vicente.

Parecia que comprendia la decision de aquel hombre, y que vacilaba al ir á acometerle.

El pintor, por su parte, esperaba tranquilo la acometida del pujante bruto.

De pronto retrocedió éste algunos pasos y tomó carrera para echarse sobre el intrépido jóven.

Éste no se separó casi del sitio en que estaba.

Tendió el trapo á la fiera, y desviando muy lijeramente el cuerpo, la dejó pasar, casi rozando el asta de aquella con su costado.

Un aplauso frenético, atronador, resonó en toda la plaza.

El toro, al verse defraudado en su esperanza, rugió de ira, y revolviéndose con la rapidez del pensamiento, volvió á caer sobre Vicente.

Éste se habia ya preparado, y con la espada prevenida y la pupila centellante aguardaba á su terrible enemigo.

Al irresistible empuje del animal, no pudo resistir el pintor, y ambos rodaron envueltos en un torbellino de polvo.

Todos los espectadores arrojaron un grito de angustia.

Dolores se cubrió el rostro con las manos, y un suspiro de dolor se exhaló de su pecho.

Algunos amigos de Vicente empezaron á descender apresuradamente las gradas para ir á buscar á su desgraciado compañero.

Todos los de la cuadrilla corrieron tambien hácia el lugar donde suponian estaria el cadáver del torero improvisado, y Costillares decia con una lijera emocion:

—¡Pobre mozo! Y no era lerdo para el oficio.

Pero contra todas las conjeturas, al disiparse la nube de polvo en que habian caido envueltos la fiera y el pintor, vieron á éste que se alzaba del suelo lleno de tierra y ostentando orgullosamente la flor de la maja.

Ya no fueron aplausos los de la multitud.

Fueron alaridos de júbilo, gritos de bravos, plácemes, y en fin, la explosion inmensa de la alegría de un público á quien fascinaba y seducia todo lo grande y heróico.

Á algunos pasos del jóven estaba el toro con la espada del pintor clavada en el corazon.

—¡Bravo, don Vicente!—le dijo Costillares dándole un abrazo.—Su mercé lo entiende, y por mi santa patrona que hemos pasado un rato.....

—¡Gracias, gracias!—repuso Vicente estrechando la mano del torero.

Y evadiéndose del círculo que acudia presuroso á felicitarle, volvió á saltar la barrera, y subió las gradas hasta donde estaba Dolores.

Se acercó Vicente hasta ella, y presentándole la rosa un tanto ajada ya, le dijo:

—Aquí tiene usted la flor que tanto deseaba.

La jóven no dijo una palabra, y palpitante y ruborizada cogió con trémula mano la flor que el pintor le ofrecia.

Cuando concluyó la corrida, Vicente estaba enamorado furiosamente de la jóven.

Dias despues los dos jóvenes se encontraron, y sus primeras palabras de amor se trocaron.

Esto era en el año de 1786.

La corrida en que Vicente vió á la manola, formó una época en su vida.

El corazon de ambos estaba vírgen de amores.

La maja concentró toda su ventura, toda su existencia en el amor de Vicente; y éste, á su vez, no pensó en nada ni en nadie mas que en Lola.

De este modo transcurrieron algunos meses.

En este espacio Vicente pintó algunos cuadros que obtuvieron una aceptacion extraordinaria.

Se los habia inspirado Dolores.

Porque á partir del momento en que se cambiaron sus primeras palabras de amor, de tal modo se apoderó la maja de su pensamiento, que únicamente era ella la inspiradora de todas sus acciones.

Todas las noches iba Vicente á verla: entreteníanse en sabroso coloquio, ó bien si era tiempo de verano descendian hasta las frescas alamedas del Manzanares; ó bien si era invierno permanecian en casa de la maja, donde al amor de la lumbre, y á la luz del enorme velon de metal, mientras ella ribeteaba zapatos ó pespunteaba las costuras, Vicente hacia los bocetos de aquellos admirables cuadros que tanto llamaban la atencion al ser reproducidos en el lienzo.

Teniendo en cuenta esto, puede comprenderse todo el inmenso dolor que experimentaria el pintor al adquirir el convencimiento de la pérdida de su amada.

Ocurriósele inmediatamente la idea de que aquel rapto ha-

bia sido obra exclusiva del marqués Adelfi, y gracias á su encuentro con Luis evitóse el que se hubiese dirigido á su casa, provocando quizás un nuevo disgusto para él.

Luis, entretanto, cada vez más preocupado, dirigíase hácia la Casa de los Diablos, segun la habian denominado, en busca del remedio para el dolor que aquejaba á su amigo.

Veamos de dónde procedia la extraña denominacion de aquel edificio, y dónde estaba situado.

CAPÍTULO XII.

En que se cuenta una historia que viene muy á pelo para nuestra novela.

Á la derecha del monte de Leganitos, en el sitio que hoy ocupa el barrio de Argüelles, se alzaba en la época de que vamos hablando, una especie de capilla en la que un pobre anciano, retirado del mundo, consagraba sus dias al culto y á la devocion de la Vírgen de los Remedios.

Las limosnas que los devotos vecinos de los alrededores dejaban al piadoso anacoreta, bastaban para atender á su subsistencia y al alimento contínuo de una lámpara que ardia constantemente en el altar de la Vírgen.

Como á unos cien pasos de la capilla se veia un inmenso caseron por cuyas cercanías evitaban el pasar los supersticiosos habitantes del contorno.

Aquella era la «Casa de los Diablos.»

¿Por qué se la denominaba así?

¿No habia bastado la santidad del lugar vecino para desterrar la influencia de los espíritus malignos?

Sentado cabe el hogar en las largas veladas de invierno, el abuelo centenario contaba á su numerosa prole reunida, la historia lúgubre de la Casa de los Diablos.

Las muchachas temblaban de miedo y los hombres hacian devotamente la señal de la cruz.

¿Cuál era, pues, esta historia?

Era una leyenda, una tradicion, una fantasía, hija tal vez de la imaginacion de los hombres; pero á la que ellos mismos habian impuesto tal sello de verdad, que los sencillos campesinos la creian como un oráculo.

Oidla, pues.

. . . . . .

Muchísimos años antes, una opulenta familia vivia en la «Casa fuerte de los Palomos.»

Don Pedro de Estremoz, doña Aldonza, su esposa, y don Tello, su hijo, componian la familia.

Añadid á esto doce caballos de pura raza en las cuadras; tres trahillas de doce perros cada una; cuatro arneses de córte y ocho de guerra; quince pajes en los estrados; veinte escuderos en las antecámaras, y una falanje de dueñas y doncellas en las habitaciones interiores, componian la servidumbre de los condes de Estremoz.

Si aumentamos dos literas para los dias de ceremonia, y cien hombres de armas que coronaban los adarves, tendremos una idea aproximada de la importancia de los habitantes del palacio.

Don Pedro era de carácter duro y violento.

Su hijo era tan duro y violento como su padre, y bajo el rostro más poderosamente hermoso, ocultaba un corazon de cieno.

En las cercanías del Pardo se alzaba una humilde vivienda habitada por un anciano caballero y su hija.

Brenda de Atares era pura como el sueño de un niño.

Un dia salió de caza don Tello seguido de sus monteros, y se dió á cazar por los bosques del Pardo.

Los ojeadores levantaron un jabalí, y don Tello se lanzó á su persecucion.

Al salir á un claro del bosque, don Tello se quedó sorprendido.

Cabalgando sobre una hacanea blanca, una mujer de incomparable belleza descapirotaba un azor, y lo arrojaba en persecucion de una garza que cruzaba el espacio.

La jabalina que llevaba el de Estremoz en la mano, se cayó al suelo.

La vírgen de Atares se ruborizó extraordinariamente.

Don Tello poseia la alta galantería de la época.

La habló en un lenguaje desconocido para ella, y su alma se adormeció en las suaves inflexiones de aquella voz que tan dulcemente la acariciaba.

Cuando despertó era el anochecer.

Brenda regresó á su castillo cabizbaja y pensativa.

Ya no era la pura vírgen de la montaña.

Su aureola de pureza se habia quedado prendida entre las zarzas del bosque.

Tello regresó á su casa complacido y satisfecho.

Y las entrevistas se prolongaron durante tres meses.

Al cabo de ellos, el primogénito de Estremoz no volvió al bosque.

Y pasaron nueve lunas.

Al cabo de ellas, el anciano del Pardo fué á pedir al anciano de la córte la honra que Tello le habia arrebatado.

Pero Rodrigo de Atares era pobre, y don Pedro de Estremoz inmensamente rico.

Además, un odio inextinguible separaba á aquellas dos familias.

El pobre anciano salió de la casa desesperado.

Entretanto, Tello blasfemaba y se encenagaba en la crápula más espantosa.

Por entonces murió don Sancho IV el Bravo.

Su muerte fué la señal de los graves desórdenes que hubo en Castilla.

Cuatro poderes se disputaban la corona.

El que con más recursos contaba era el de don Alfonso de la Cerda.

Sostenido por los reyes de Francia, Aragon y Granada, guardaba un equilibrio completo con el partido del infante don Juan, el de la regente y el de don Enrique, tio del rey niño.

Los nobles de Castilla escuchando más sus ambiciones que su honor se dividieron tambien, y tomaron partido por los diversos bandos que se disputaban el poder.

. . . . . .

Era una tarde de estío.

Don Tello de Estremoz se retiraba á su casa de vuelta de una cacería.

Cerca de la casa fuerte habia un bosque.

En medio del bosque habia una cruz de piedra.

Cerca de la cruz una ermita.

Brenda de Atares iba á contar sus cuitas al cenobita de la cruz de piedra.

El cenobita lloraba con ella, y derramaba sobre sus heridas el dulce bálsamo de la religion.

Tello atravesó el bosque en los últimos momentos del dia.

Cuando llegó á la cruz, habia oscurecido completamente.

De pronto el caballo enderezó las orejas y se detuvo en medio del camino.

Al pié de la cruz habia una figura inmóvil.

—¿Quién eres y qué haces?—dijo el caballero con enojo.

—Rogar á Dios por tí, Tello de Estremoz!—contestó el cenobita, pues él era la figura que estaba arrodillada.

—Basta de supercherías, apártate y déjame el paso franco.

—Tengo que hablarte por última vez.

—¿Acaso para repetirme lo que me dices todos los dias?

—Sí; Brenda está próxima á ser madre.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?—contestó con un acento despreciativo don Tello.

—Díme, conde de Estremoz: cuando en tus vedados encuentras un cazador furtivo, ¿qué haces con él?

—Las cuerdas de los arcos de mis monteros podrán contestarte mejor que yo.

—Pues si tú has robado lo más santo, lo más puro, la castidad de una mujer, la paz de un anciano, la felicidad de una familia, ¿qué castigo merecerás?

—Ya te he dicho que me dejes. ¿Quién eres tú para meterte en mis operaciones?—dijo don Tello con voz que iba enronqueciendo la cólera.

—Soy un anciano, y tengo el derecho de aconsejar; soy un sacerdote, y revestido de mi sagrado ministerio, las palabras no salen de mis labios, son hijas del Sér, que al sacrificarse por la humanidad entera, no ha llevado mas objeto que atenuar el mal cuando la falta se ha cometido ya. Has deshonrado á Brenda; has llenado de luto una casa en la que hasta ahora habia reinado la paz; y ya que aquello no se puede evitar, compensa con tu conducta de hoy tus extravíos de ayer.

—Apártate, anciano, y da gracias á tu buena estrella, que no te haga pagar bien cara la inconveniencia de tus palabras, y guardar tus sermones para los sándios de los villanos.

—Los sándios de los villanos, como tú dices, se avergonzarian de cometer la accion infame que ha ejecutado el caballero más noble de la comarca.

—¡Voto á Dios! que.....

—No blasfemes de Dios al pié de la misma cruz en donde murió por nosotros.

—Ya te he dicho que te apartes—gritó Tello con un furor creciente.

—No me apartaré sin llevarme la rehabilitacion de Brenda.

—¡Nunca! Déjame el paso franco.

—¡Teme la cólera de Dios! La Santa Biblia lo dice: «Diente por diente, ojo por ojo» y ¡ay de tí y de los tuyos si no escuchas la voz de tu conciencia!

—¿Y á mí qué me importa tu Biblia, tus palabras, ni tu Dios? Lo que quiero es marcharme á mi castillo, y puedes decir á Brenda de mi parte, que ya que tan fácil fué en dejarse seducir, demasiado honrada está con que un caballero haya reparado en ella.

—¡Calla, blasfemo! No rechaces lo que ignoras; teme la cólera de ese Dios á quien te empeñas en desconocer.

—Ya te he dicho que te apartes.

—Ya te he dicho yo tambien que quiero la rehabilitacion de Brenda.

—¡Nunca!

—¡Pues bien! Acuérdate de lo que dice la Biblia: «Ojo por ojo, diente por diente,» conde de Estremoz; esa Providencia de que dudas castigará en tu honra la infamia que has cometido con la noble familia de Atares.

—¡Miserable!—gritó Tello ciego de furor.

Y antes de que el sacerdote pudiera impedirlo, arrimó los acicates á su bridon, que dando un bote furioso salió á galope tendido, atropellando al anciano anacoreta, que quedó en el suelo desmayado.

. . . . . .

La guerra civil estaba devastando á Castilla.

Don Pedro de Estremoz tomó partido por la reina regente, ó lo que es lo mismo, por el rey niño.

Don Tello, su hijo, por el infante de la Cerda.

La Providencia empezaba á vengar á Brenda.

El padre y el hijo peleaban en opuestos bandos.

En lo más recio de una de las batallas, la lanza del hijo falseó el peto, y atravesó el corazon del padre.

El conde de Estremoz conoció á su matador, y entre los torrentes de sangre que arrojaba por la boca, le envió su maldicion.

Aquella noche Tello se entregaba á la orgía más desenfrenada en celebridad de los bienes y señoríos á que la muerte de su padre le daba derecho.

Á aquella misma hora, Brenda tambien espiraba despues de haber dado á luz un niño.

Un anciano sacerdote, con el rostro vendado, la auxiliaba en sus últimos momentos.

Y se pasaron los años.

El niño que habia nacido la noche del 13 de Setiembre de 1304 habia cumplido veinte años.

Era el puro retrato de su madre, Brenda de Atares.

Su abuelo le habia amado con el mismo cariño que profesó á su hija.

Pero el anciano murió, y el niño quedó bajo la custodia del cenobita de la cruz de piedra.

Nada de cuanto pudiera hacer de él un excelente caballero omitió el cenobita.

Á los veinte y un años, Tello de Atares abandonó el castillejo de sus abuelos; dos escuderos le acompañaban.

La córte estaba á la sazon en Búrgos:

Era el año 1325.

Acababa de declararse mayor de edad don Alfonso XI.

Tello de Atares se dirigia hácia Búrgos.

Próximo á la ciudad, una gritería que se acercaba por momentos le hizo detener su marcha.

Una señora, cabalgando en un caballo que corria desesperadamente, pasó por su lado como una exhalacion.

Un toro la perseguia muy de cerca.

Á lo lejos se veian infinitas gentes que corrian y gritaban sin poder impedir la muerte que amenazaba á la dama.

Tello, palpitando de emocion, tomó la lanza de mano de

uno de sus escuderos, y revolviendo su caballo, se dirigió intrépidamente al encuentro de la fiera.

Ya era tiempo.

El aliento abrasador de esta, casi lo sentia la dama.

Tello picó al toro con la punta de su lanza, para llamarle la atencion.

La fiera volvió sus irritados ojos hácia el temerario caballero, é inclinando su cabeza, se lanzó sobre él.

Tello sostuvo admirablemente el empuje con su poderoso lanzon de roble.

Momentos despues, la fiera yacia sin vida.

Á algunos pasos de ella, la dama perseguida estaba desmayada sobre el duro suelo.

Se acercó Tello, y quedó sorprendido.

No habia soñado nunca un rostro más encantador que el que veia.

Abrió la dama por fin los ojos, y si cerrados habian enamorado al caballero, al admirar la suavidad de aquellas pupilas negras, quedó completamente fascinado.

Entre tanto, las gentes que á lo lejos gritaban, se habian acercado.

Un señor anciano, de mirada dura y sesgada, se aproximó á Tello, y le dijo:

—Caballero, os doy gracias por haber librado á mi esposa de la muerte que le amenazaba; si vais á Búrgos y para algo os sirve la proteccion de don Tello de Estremoz, alférez mayor del reino, podeis contar con ella. En cuanto á vos, señora—prosiguió el de Estremoz endureciendo más su acento—podeis despediros de semejantes correrías.

Una lágrima brilló en los ojos de la dama, y á través de ella fijó una mirada en el jóven paladin que tan bizarramente la habia defendido.

Tello de Atares se ruborizó de placer.

Murmuró algunas palabras; hizo algunas reverencias bas-

tante torpes, y volviendo á cabalgar, siguió su camino hácia Búrgos.

Su imaginacion iba ocupada por un fantasma peregrino.

Tello habia soñado con los sueños de los veinte años, y los habia visto realizarse de un modo bastante satisfactorio.

La mirada de la dama le hizo adivinar infinidad de promesas para el porvenir.

Pero la revelacion del caballero, destruyó en parte sus ilusiones.

Era casada.

Habia un hombre que tenia derecho á pedirle cuenta de su cariño.

Habia un hombre que poseia aquel tesoro que él habia acariciado más de una vez en su imaginacion.

Tello amaba, y amaba con la pasion primera, con la más pura y la más ardiente de su alma.

Al amor le basta un momento para desarrollarse, y el del jóven creció en pocos momentos.

Educado en una escuela más rígida que la córte, se reprochaba aquel amor como un crímen.

En este estado llegó á Búrgos.

Pasó muchos dias sin salir á la calle, por temor de encontrarse con la esposa de don Tello de Estremoz.

Pero la casualidad se la presentó á pesar suyo.

Y la dama se ruborizó al verle; y él sintió que su rostro se encendia tambien.

Se saludaron, se miraron, se sonrieron, y aquel saludo, aquella mirada y aquella sonrisa, acrecieron doblemente su pasion.

Se alejó de ella, y la encantadora fisonomía de la dama le seguia á todas partes.

Tello sufria horriblemente.

Queriendo poner un término á sus sufrimientos, marchó á la guerra contra los moros.

Buscaba la muerte, y en vez de ella alcanzó laureles.

Se ajustaron las treguas, y Tello volvió á Búrgos más enamorado que nunca.

Don Alfonso XI estaba por entonces ocupado en tomar venganza del rey de Portugal, por haber patrocinado y favorecido las miras ambiciosas del infante don Juan el Tuerto.

El conde de Estremoz, consecuente siempre á sus máximas de hacer la guerra al partido donde estaba la lealtad y la justicia, peleaba en favor del rey de Portugal.

Su esposa estaba, entretanto, encerrada en el palacio de Madrid.

Tello preguntó por el conde, y le dijeron donde estaba.

Trató de averiguar el paradero de su esposa, y nadie le dió razon.

En tal estado se le ocurrió hacer una visita á su castillejo, y dar un abrazo al cenobita de la cruz de piedra.

Pero el sacerdote habia muerto, y la ermita estaba abandonada.

El castillo estaba muy arruinado, y necesitaba grandes reparos.

Tello quiso esperar hasta la conclusion de la obra.

Para entretener el tiempo, salia á cazar por las cercanías.

Una tarde, cruzaba solo por el bosque, cuando vió venir á lo lejos una dama sola tambien como él.

Se acercaron, y ambos se reconocieron.

Tello encontró á la esposa del conde de Estremoz.

Ésta halló al caballero que le habia salvado la vida en las cercanías de Búrgos.

Permanecieron mudos algunos momentos.

Al cabo de ellos se hablaron.

Cuando su encanto se deshizo, Blanca de Fuentidueña era la esposa adúltera del conde de Estremoz.

Y pasaron diez meses.

Se habian ajustado las paces entre los reyes de Castilla y

de Portugal; pero el conde de Estremoz no podia presentarse en la córte del monarca castellano.

Era el único á quien no habia alcanzado la clemencia de don Alfonso XI.

Blanca de Fuentidueña dió á luz un niño.

Tello de Atares se lo llevó á su castillo.

La condesa de Estremoz, despues que se puso buena, solia ir con alguna frecuencia al castillo de Atares, y cuando volvia, cuasi siempre la acompañaba un caballero.

Todas estas imprudencias tenian precisamente que dar su resultado.

Una noche que Tello estaba sentado á los piés de Blanca, enseñándola un relicario que tenia en la mano, vió de pronto alzarse en el fondo de la cámara una sombra que al acercarse hizo exhalar un grito de terror á Blanca.

Su amante se alzó inmediatamente; pero volvió á caer con el corazon partido por el puñal del conde de Estremoz.

Un grito horroroso se escapó de los labios de Blanca, que abandonó la estancia precipitadamente.

—¡Toma tu merecido, infame, mal caballero!—habia gritado el conde al caer sobre Tello.

El hijo de Brenda habia quedado exánime.

Pero al caer al suelo, rodó tambien el relicario que tenia en la mano.

Furioso el de Estremoz lo recogió, y ciego de cólera miró el retrato que tenia.

Un grito ronco, de una expresion indefinible, salió de su garganta.

Fijó sus ojos en el jóven cuyo rostro iban palideciendo las sombras de la muerte, y exclamó:

—¡Son sus mismas facciones!..... ¿Seria acaso?....

Y aterrado no se atrevió á concluir.

Un movimiento que hizo el moribundo llamó su atencion, y acercándose á él le preguntó con acento ahogado:

—Decid, ¿este retrato de quién es?

Pero Tello no le oia.

Ansioso de descubrir aquel misterio, llamó á sus criados: pidió agua; roció con ella el rostro del de Atares, y un movimiento seguido de otros más perceptibles, hizo al conde alejar á sus servidores y volver á preguntarle:

—¿De quién es este retrato?

—¡De..... mi..... ma..... dre!—contestó Tello arrojando sus palabras envueltas en sangre.

—¡Dios mio!—gritó el conde fijando en el cielo su vista, y sintiendo agitarse algo en su pecho.

—¡Agua!.... murmuró débilmente el moribundo.

—Y vuestro padre ¿quién es?—preguntó Tello de Estremoz con acento angustiado.

—No..... le he cono..... cido..... dadme..... agua!....

—¿No le habeis conocido decís?

—Habia..... sedu..... cido..... á..... mi madre..... y..... la olvidó..... agua..... a..... gua.....

Trás el esfuerzo violento hecho para pronunciar estas palabras, se alzó del suelo, y volvió á caer pesadamente.

Era un cadáver.

En cuanto al conde, estaba petrificado.

Largas horas permaneció contemplando el cadáver de su hijo.

Cuando amaneció, se levantó del sillon en que habia pasado la noche y con un acento extraño murmuró:

—Tenia razon el monje de la cruz de piedra: «Ojo por ojo, y diente por diente.»

Y pálido, erizado el cabello, agitándose convulsivamente, salió de la estancia, atravesó por entre sus criados, que le contemplaban mudos de espanto, y de vez en cuando se le oia decir:

—¡He muerto á mi hijo.... como maté á mi padre!.... ¡Soy un parricida!

Y á estas palabras se seguia una carcajada insensata, horrible, desgarradora.

Despues se internó en el bosque y nada más se supo de él.

. . . . . .

En cuanto á la esposa adúltera de don Tello, temiendo por la suerte de su hijo, corrió á refugiarse al castillo de Atares.

Este niño fué más tarde cabeza de la familia de los condes de Fuentidueña.

El palacio del monte de Leganitos quedó deshabitado; los criados asustados de los sucesos de la noche, se escaparon, y esparcieron por los alrededores las noticias de lo que habian visto, abultándolas extraordinariamente.

Los campesinos las creyeron; se las contaron á sus hijos, y de generacion en generacion fueron creciendo, hasta el punto de decir que los diablos venian todas las noches por el alma de don Tello de Estremoz; pero que irritados al ver que siempre estaba arrodillado junto á la cruz de piedra, recorrian las habitaciones de la casa fuerte, dando gritos espantosos.

Tal era la historia que los aldeanos contaban siempre que se les preguntaba á quién pertenecia aquel ruinoso caseron y por qué se santiguaban al pasar por delante de él, y tal la causa por qué se la llamaba la «Casa de los Diablos.»

. . . . . .

Á esta casa que todo el mundo creia deshabitada, era donde se dirigia don Luis de Guevara.

CAPÍTULO XIII.

Giacomo Zarini.

Por el año de gracia de 1785, es decir, un año antes del en que comienza nuestra narracion, en una casa del barrio de la Morería, deshabitada algunos años á causa de cierto olor de hechicería que se exhalaba de ella, se habia instalado el italiano Giacomo Zarini, no sin haberse anunciado pomposamente como una notabilidad en perfumería, medicina y en decir horóscopos.

Hizo algunas curas con muy buen éxito; compuso muy buenas medicinas bajo la severa inspeccion de los médicos de la córte, y su fama quedó perfectamente sentada; observaba los ritos de su nueva religion con escrupulosidad; pagaba sus tributos al contado, y nadie tenia que hablar de Giacomo Zarini.

Nadie sabia nada de su vida anterior, y excepto las horas que permanecia en su tienda, era un misterio su existencia.

Sentados estos cortos antecedentes, describiremos, aunque sucintamente, la casa en que vamos á penetrar.

Completamente encajonado entre dos altos y denegridos caserones, se alzaba un edificio de un solo piso, de cuya techumbre sobresalia una chimenea que arrojaba durante la noche densas nubes de un humo negro y espeso.

Una puerta ojival y dos ajimeces sobre ella, era lo único que se veia en el interior; pero atravesando la primera se entraba en un estrecho zaguan, húmedo y bajo de techo, en cuyo fondo se veia una pequeña tienda, sostenida por columnitas delgadas de mármol, dejando ver en el gracioso arqueo de sus techos y en los frisos primorosamente escultados, el buen gusto de la arquitectura oriental.

En los tableros que circuian toda la tienda, se veian vasijas y drogas para confeccionar las medicinas dispuestas por el mismo Zarini.

En cuanto al interior, á excepcion de la habitacion en que recibia á las personas que iban á que les dijera su horóscopo, nadie conocia la casa; únicamente Lorenzo, criado de Giacomo, y bastante entrado en años, era el que podia dar algunos detalles; pero era un criado, contra la costumbre general, muy reservado, y guardaba fielmente los secretos de su amo.

Sin embargo, nosotros, á fuer de novelistas conduciremos al lector á las diversas habitaciones de la casa.

En el fondo de la oscura tienda, bajo un pequeño banco de herradura, se abria una puerta que dejaba ver una escalera de seis ó siete peldaños, que daba paso á un estrecho corredor; á uno de los lados habia una habitacion sombría, redonda y abovedada, y las celosías que cubrian los ajimeces, dejaban penetrar durante el dia una luz opaca que apenas bastaba á iluminar el aposento.

En uno de los rincones habia un hornillo apagado á la sazon, y á su lado una gran mesa, sobre la cual se veia un reloj

de arena y algunos pergaminos, en los que habia caractéres arábigos, escritos con tinta roja.

Esparcidos por el suelo se veian algunos libros, y en los andenes, crisoles, retortas, vasijas, calaveras de diversos animales, pájaros disecados, y otros dos ó tres esqueletos perfectamente conservados, cuyos diversos objetos eran capaces de imponer terror en el corazon más valiente.

Junto á la mesa habia un sillon de alto respaldo, destinado al mago que á impulso de la vara mágica evocaba las sombras de otras edades.

La escalera que daba á este aposento tenia una puerta que encajaba perfectamente en la ensambladura del corredor, no haciendo sospechar siquiera que hubiera comunicacion entre ambas habitaciones.

Siguiendo este corredor, habia otra puerta, tambien oculta bajo la ensambladura, que daba paso á una extensa cámara, antítesis completa de la habitacion del nigromante, y cuyos detalles merecen describirse.

Era un salon de regulares dimensiones, cuyas paredes estaban cubiertas de cuero recamado de estrellas de oro, bastante deteriorado en algunos puntos, efecto sin duda del tiempo. El friso, primorosamente trabajado, y el techo, en el que se veian pintados algunos pasajes del Corán, no desdecian del conjunto árabe de todo el edificio.

No tenia ventana alguna, y del techo pendia una lámpara que derramaba sobre el salon una luz pálida y triste.

Al fondo, en la pared, se veia un gran escudo en el que cualquiera un poco versado en la ciencia heráldica, hubiera reconocido el blason de los condes de Fuentidueña; á entrambos lados habia dos arneses completos, uno de córte y otro de batalla, y otros dos inferiores, destinados sin duda para los escuderos; en los espacios que dejaban libres, habia colgadas dagas, espadas y puñales, y en los rincones sendas lanzas de roble.

En fin, para completar el extraño mueblaje del salon, se veian en la pared colgados diversos trajes castellanos, desde el coleto del pechero hasta el sayo de brocado del señor. Siguiendo adelante el corredor se encontraba un zaquizamí donde dormia el criado de Giacomo Zarini; un poco más allá el dormitorio de éste, y al fondo una escalera que daba á un patio húmedo y de cortas dimensiones, en cuyo denegrido paredon se abria una puerta pequeña que comunicaba con la calle del Ataud.

Nos hemos detenido en la descripcion de la casa de Giacomo Zarini, pues nos era necesario para el completo conocimiento de tan extraño personaje.

Son las diez de la noche en que á Luis le sucedió lo que ya hemos visto. Largo tiempo ha pasado desde que se cerró la tienda; sentado en un pequeño escabel en su reducido aposento, Lorenzo, el criado de Giacomo, habia visto pasar, hora trás hora, las transcurridas desde que anocheció hasta entonces; un candilon de hierro colgado de la pared derramaba una sombría luz sobre los objetos que habia en la habitacion. El buen Lorenzo, sin duda para matar el tiempo, paseó y rezó un sin número de oraciones, hasta que cansado de pasear y rezar, se acomodó en su asiento y se dispuso á dormir; pero no quiso el destino dejarle gozar de su sueño, toda vez que un golpe seco y fuerte que sonó, le hizo levantarse y dirigirse á la puerta del postigo, la que al abrirse dejó paso á un embozado á quien sin duda conoceria mucho Lorenzo, toda vez que le hizo una profunda reverencia, y despues de cerrar se dirigió hácia el interior alumbrando al desconocido.

Ambos subieron la escalera, y el caballero tocó en la ensambladura un resorte, y la puerta que daba á la cámara del blason, y que el lector ya conoce, quedó franqueada; entraron, y habiéndose quitado la capa en que se envolvia el incógnito, dejó al descubierto una fisonomía noble y expresiva, aunque un tanto acabada, y en cuya frente los trabajos, más

bien que la edad, habian trazado profundas arrugas. Los ademanes inspiraban esa dignidad de gracia, que en vano se quieren imitar, y que es muy difícil perder.

Su traje era el de un hidalgo pobre; y en su cintura, pendiente de su talabarte de cuero, se veia una espada con una empuñadura de acero y un magnífico puñal.

Desciñóse las armas, y mientras se desnudaba preguntó á Lorenzo, que permanecia inmóvil á alguna distancia:

—¿Quién ha venido?

—Nadie, señor.

Siguió un momento de silencio, y al cabo de él, dijo el desconocido:

—Pronto, creo, mi buen Lorenzo, dejaremos nuestros disfraces, para ser yo el alto y poderoso señor de Fuentidueña, y tú mi montero mayor.

—¿De veras?—dijo Lorenzo, resplandeciendo de gozo su semblante.

—Sí; Floridablanca está amenazado de muerte, y hasta él mismo ha pedido al rey que le deje retirarse.

—¿Y quién ha podido vencer su irresolucion?

—Doña Catalina de Sandoval.

—¡Ella!—dijo Lorenzo con un gesto de terror—¡ella! Lanza enemigos á su.....

—¡Calla! Mi venganza se ha de cumplir, y se cumplirá.

—Pero, señor, ¡eso es horrible!

—Tambien fué horrible el crímen. ¡Acuérdate, Lorenzo, acuérdate! Hace veintidos años.

El escudero inclinó la cabeza bajo el peso del recuerdo que su señor acababa de evocar.

—La fortuna favorece mi venganza; la hija ha heredado la hermosura de su madre y un alma enérgica é indomable, que incitada por mí, cumplirá mis deseos. Todos la adoran en la córte, como á su madre; y el marqués del Alcázar y Luis de Guevara están prendados de ella.

—¡Tambien él! ¡Dios mio!—murmuró Lorenzo.

—Tambien la idolatra—dijo el italiano, acentuando marcadamente aquellas palabras.

—¿Y ella le ama?—preguntó anhelante el criado.

—Los dos se aman con un amor de Satanás.

—Pero, señor, vos podeis evitar todos esos crímenes que se preparan; hacedlo, vos tan bueno, tan generoso en otro tiempo.....

—Basta, Lorenzo; los pecados de los padres los pagan los hijos, y sus crímenes me vengarán cumplidamente.

Durante este tiempo se habia quitado las ropas de hidalgo y puéstose una hopalanda oscura, y en su rostro una barba blanca, que con una peluca del mismo color, lo habian transformado en el italiano Giacomo Zarini, sin que fuera fácil reconocer bajo su disfraz al bravo y galante señor de Fuentidueña, segun antes él mismo dijera.

—¿Dices que no ha venido nadie?—preguntó Giacomo dirigiéndose al criado.

—Nadie, señor; exceptuando un criado de la vieja marquesa de la Villa, en busca de la pomada que para ella confeccionásteis.

—Es extraño—murmuró el conde paseándose por el aposento—no comprendo cómo María no ha tenido ya un disgusto que la obligue á llamarme en su auxilio conforme le indiqué. Las imprudencias de Luis han de producir forzosamente un conflicto, y temblando estoy que llegue ese caso. ¡Si yo mismo, por satisfacer mi venganza, y poner frente á frente á doña Catalina y al de Lazan, y al marqués del Alcázar frente á Floridablanca, y á Luis en lucha con todos ellos, habré ido más lejos de lo que debia! Hoy que á todos los tengo colocados en la situacion que deseaba; hoy que hasta el mismo marqués Adelfi ha venido, sin saberlo él mismo, á protejer mis planes, tiemblo y no sé si la catástrofe podrá sobrepujar á lo que quiero.

Dos golpes que sonaron en la puerta de la tienda, interrumpieron su monólogo, y volviéndose á Lorenzo que tambien estaba pensativo, le dijo:

—Enciende una luz, éntrala en mi laboratorio y baja á abrir.

Trajo el montero un gran velon de metal, y habiéndolo encendido, lo dejó sobre la mesa de que ya hemos hecho mencion. Otros dos golpes que se dejaron oir, demostraban que la persona que estaba á la puerta, no era muy aficionada á esperar.

—Dáte prisa, Lorenzo; que á ella no le gusta esperar.

—¡Con que es ella!—dijo con un acento de terror el buen Lorenzo.

Lo presumo; anda.

Bajó aquél de no muy buen talante los seis ó siete escalones que separaban la tienda de las habitaciones, y abriendo la puerta, penetró por ella una dama envuelta completamente en su manto, que volviéndose á sus escuderos que la conducian en una litera, les dijo con acento imperioso:

—¡Esperad!

Y se entró en la tienda; subió la escalera, y entró en el laboratorio, dejándose caer en una banqueta frente al caballero, que al verla en aquel estado, hizo un lijero movimiento de sorpresa.

La dama, al sentarse, separó el manto que la cubria, dejando ver las bellas facciones de la alta señora doña Catalina de Sandoval; pero que estaban desfiguradas bajo el peso de la gran emocion que sentia.

Sus hermosos ojos negros se veian empañados de lágrimas; sus mejillas estaban densamente pálidas, y sus labios los agitaba un temblor convulsivo.

Al verla en semejante estado, no pudo ménos de preguntarle el caballero:

—¿Qué teneis, señora?

—¡Oh! buen Giacomo! Nunca más que ahora necesito de tu ayuda.

—Pero, ¿qué os sucede?

—Que me está engañando infamemente.

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser, sino Luis? El hombre por quien he sacrificado mi honra, por quien hubiera dado mi vida, porque le amaba con todo mi corazon.

—Pero, explicáos, señora, explicáos—dijo Giacomo, que al oir aquel nombre habia palidecido levemente.

—Don Luis de Guevara ama á la hija del conde de Lazan, á esa gazmoña que nunca levanta los ojos del suelo, y por quien ha suspirado más de un caballero de la córte.

—Pero, ¿estais cierta de lo que decís, señora?

—Acabo de saberlo por medio de un aviso misterioso que se me ha dado.

—Y bien, señora—dijo el perfumista perfectamente tranquilo, ¿en qué os puedo yo servir?

—Vosotros poseeis el secreto de ciertas yerbas que matan; pues bien, necesito un tósigo de esa especie.

Ni un solo músculo se alteró en la fisonomía de Giacomo; pero sus dedos apretaron convulsivamente la hopalanda que le cubria, y haciendo un violento esfuerzo, preguntó:

—¿Y qué más?

—Quiero un bebedizo que haga desfallecer de amor, que inspire una pasion vehemente á quien lo tome respecto á la de quien lo recibe; quiero que Luis me adore como yo á él; y quitado el obstáculo de María, podré disfrutar feliz de su amor, sin miedo á ninguna otra rival.

—¿Y nada más quereis, señora?

—Nada más, sino que me cuentes la historia de mi familia, segun me has prometido varias veces.

—No es esta la ocasion más á propósito.

—¿Por qué?

—¿Olvidais, señora, que á estas horas suele acudir mi clientela?

—Dí que no estás en casa.

—No puede ser.

—Yo te pagaré lo que pierdas de ganar.

—No me comprendeis, señora.

—Dejemos eso á un lado: ¿quieres ó no contarme mi historia?

El italiano pareció meditar breves segundos.

Luego dijo:

—Voy á complaceros.

CAPÍTULO XIV.

Qué era lo que tenia que decir el conde de Fuentidueña á doña Catalina de Sandoval.

Profundamente sorprendida quedó doña Catalina, escuchando el tono misterioso de Giacomo.

Éste, mirándola de un modo insistente, le dijo al cabo de algunos segundos:

—Quereis saber vuestra historia, y haceis mal á mi juicio en semejante intento. Si habeis pasado veinticuatro años ignorando realmente vuestro pasado; si al casaros, vuestro esposo os tomó como la hija de Mariano Sandoval, refugiado en el reino portugués desde la guerra de 1761; si viuda ya, el marqués del Alcázar no se ha fijado mas que en vuestra belleza; si sois rica, jóven y hermosa, ¿por qué querer levantar el velo del pasado, donde quizás se escondan para vos lágrimas y desesperacion? Gozad de la vida, ya que tan bella se os presenta, y no evoqueis un pasado que á nada bueno puede conducir.

—¿Has concluido ya?—preguntó doña Catalina con frialdad.

—Cuanto os dije, creed que fué únicamente por vuestro bien.

—Te lo agradezco; pero puesto que me has dicho que conocias esa historia, que en vano habia yo preguntado muchas veces á Mariano Sandoval, necesito que me la digas.

—Ved, señora, que quizás esa historia os lleve á una venganza horrible.

—¿Qué me importa? Habla de una vez.

—Está bien; hablaré, pues que así lo quereis. Escuchadme: Hace veinticinco años próximamente, que entró en Madrid un caballero castellano que habia pasado muchos años en América, donde si bien hubo de mejorar su hacienda de un modo notable, en cambio su carácter, que era adusto é irascible de suyo cuando allí marchó, tornósele más sombrío, más violento y ménos amable.

Encerróse como un huron en su antiguo palacio solariego, inhabitado desde que marchó de España, y ni le distraian las fiestas de la córte, ni le atraia el alborozo y regocijo popular.

Apenas se le veia en un paseo ó en una diversion. Todo el mundo se extrañaba de tal conducta, y las especies más absurdas, los más ridículos comentarios hacíanse respecto á su aislamiento.

Juzgábanle un hombre sin corazon, y sin embargo, el pobre caballero sufria, y sufria de amores.

Pero sus amores no eran los que el vulgo ve generalmente; no pertenecian al género ni de los amores correspondidos, ni de los desengañados.

Era un amor sin forma, sin objeto; amor que sin un sér á quien aplicarle, hacia sufrir mil tormentos á la persona que lo sentia.

Habia pasado la mayor parte de su vida en América, y más á propósito para combatir que no para amar, casi no habia tenido tiempo de comprender lo que era aquella pasion.

Valiente y esforzado en el combate, era dulce y compasivo con el vencido; sus años tal vez se hubieran deslizado del mismo modo, si la fatalidad no le hubiera traido á Madrid de vuelta de América.

Una noche que vagaba distraido por las calles del jardin que tenia en su palacio, una voz dulcísima, rasgando el silencio de su alma, vino á herir las fibras de su corazon, y debilitándose suavemente se perdió en el espacio, remontándose al cielo, como creyó el admirado caballero.

Largo tiempo permaneció en el jardin, esperando que aquella argentina voz volviese á sonar; pero en vano: nada volvió á interrumpir el silencio.

Profundamente contrariado se retiró á su habitacion; y allí solo, siempre zumbando en su oido aquel eco maravilloso, despertó su alma del sueño en que yacia, y desplegó ante la asombrada vista del caballero todos los infinitos goces del amor.

Muchas noches volvió á oir aquella voz, y cada una de ellas añadia un quilate más á la violenta pasion que devoraba su pecho.

Buscó en vano entre las damas de la córte, una á quien aplicarle los encantos que él se formaba en su mente, y no hallándola, se refugió á su aislamiento, y en él, soñando con su fantasma, atravesaba una existencia dolorosa y triste.

De este modo pasaron algunos meses, hasta que llegó la primavera, y con ella el bajar al jardin el caballero en las primeras horas de la mañana.

Al lado de su palacio vivia un italiano llamado Zanetti, profesor de música, que habia venido de Italia, su país natal, hacia muchos años con Cárlos Brochi.

Una mañana que, abstraido en su pensamiento, vagaba por las calles de tilos y limoneros, un lijero ruido que sintió en una de las celosías, le hizo levantar la cabeza, y una mano hermosísima, una de esas manos que hacen adivinar en la

mujer á quien pertenece tesoros de hermosura y de pureza, agitó un lienzo de finísima batista, como saludando á su melancólico vecino.

Éste, sorprendido al principio, y admirado despues, estuvo algunos momentos contemplándola, hasta que al ver la tenaz persistencia de su saludo, se llevó la suya al corazon, y el lienzo, trás otra agitacion más violenta, desapareció con la mano que lo sostenia.

Y siguieron por espacio de algunas mañanas estos mútuos saludos.

Y el caballero empezó á respirar más libremente.

Su semblante se fué esclareciendo.

Sus sueños tuvieron un objeto.

Y este objeto fué su vecina, la dueña de aquella mano que con tanto afan le saludaba.

Deseó conocerla, y fué á casa de Zanetti.

El pretexto que empleó para entrar, fué el de aprender música bajo la direccion del entendido profesor.

Al entrar en el aposento de Zanetti, distinguió las esbeltas formas de una mujer en el fondo de un sombrío corredor, y que esta mujer le saludaba con una dulce expresion.

Todo esto fué rápido como el rayo.

Pero en aquel brevísimo instante la mágica belleza de la hija del italiano se desplegó ante los asombrados ojos del caballero.

Zanetti le hizo entrar, y enterado de su deseo, le manifestó que le era imposible acceder á él, puesto que partia para Italia dentro de breves dias.

Mas el objeto estaba ya conseguido; sabia que la mujer que amaba vivia allí, y esto era suficiente para él.

Abandonó la casa de Zanetti lleno de alegría.

Al dia inmediato, bajó como de costumbre á pasear por el jardin.

Las flores le parecian más aromáticas.

El cielo más puro.

Las auras más suaves, más armoniosas.

Porque su amada, á través de las espesas celosías, prestaba á las flores su aliento.

Al cielo el color de sus ojos.

Y las suaves inflexiones de su voz á las auras.

Y anhelante esperaba aquella mano de marfil, que aunque no podia contar, al ménos adivinaria los latidos de su corazon.

Pero la mano no apareció mas que un momento.

El suficiente para arrojar un ramito de espino egipcio, en medio del cual campeaba un clavel rojo, y volverse á retirar.

El caballero se apresuró á recogerlo, y un momento despues se paseaba completamente abstraido, dibujándose en su rostro una viva satisfaccion.

Vos, señora, que debeis conocer las costumbres árabes, comprendereis el significado de un ramo de estas dos flores; ya sabeis que una flor, una cinta, una hoja arrancada de un árbol, son expresiones de una lengua especial que explica elocuentemente esas pasiones que en las mujeres de aquella raza son más fuertes, más abrasadoras.

Aquel espino egipcio, que significaba la esperanza, y el clavel el amor, eran más que suficiente para llenar de entusiasmo el corazon del caballero, y hacerle olvidar la contestacion de Zanetti, jurando en su interior hablar á aquella mujer, escuchando de sus labios las frases de que eran emblema aquellas flores.

Y pasaron dias y se trocaron palabras, y una noche, despues de la queda, una mujer se descolgó por uno de los ajimeces de la casa de Zanetti, y cayó delirante en los brazos de un caballero, que un momento despues cabalgaba por el camino que conducia á Valladolid, á la portezuela de una litera llevada por robustos jayanes y escoltada por algunos jinetes.

Dentro de la litera iba Alina, hija de Zanetti, y el caballero que cabalgaba á su lado era el alto señor don Manuel de Castañeda, conde de Fuentidueña.

Esos fueron vuestros padres, señora.

CAPÍTULO XV.

Donde concluye Giacomo Zarini la historia que estaba contando.

Concluidas las últimas palabras, inclinó Giacomo la cabeza como bajo el peso de un dolor terrible; su acento, que por grados se habia ido volviendo triste y sombrío, concluyó por asemejarse á un gemido, y durante algunos momentos nada interrumpió el silencio que reinaba en la estancia.

Doña Catalina contemplaba con sorpresa á Giacomo, y aspiraba con avidez sus palabras, ansiosa de conocer los misterios de los que la habian dado el sér y los pormenores de su desgracia; habia creido escucharlos de unos labios indiferentes que relatasen su historia del mismo modo que relataran alguna antigua conseja, y no de unos labios que acentuando sus palabras, imprimiesen en ellas el dolor ó la amargura que su corazon sentia, y que deplorasen aquellas desgracias que al cabo de tanto tiempo estaban aun frescas en la imaginacion del que las relataba: así que respetando la abstraccion de Giacomo, nada le dijo.

Al cabo de un momento prosiguió éste:

—Por espacio de un año vivieron en Valladolid, donde vuestra madre abrazó la religion de su amante y se hizo una alta y poderosa señora al enlazarse vuestro padre con ella.

Pero llegó un dia en que el portugués entró talando las tierras castellanas, y vuestro padre, fiel á la voz del honor, abandonó los amantes brazos de su esposa y se fué á la guerra, llevando en sí el funesto presentimiento de una desgracia, tanto más terrible, cuanto que era más desconocida.

Y razon tenia en presentir.

¡Desgraciado el hombre que fia su honra en una mujer!...

¡Es un vaso tan quebradizo, que el menor choque basta para hacerlo mil pedazos!....

¡Oh! ¡Si las mujeres comprendieran la inmensidad del amor que hacen sentir!

Pero ellas aman con un objeto particular, y casi nunca al hombre que muere de amor por ellas.

¡Pobre conde de Fuentidueña!.... ¡razon tenia en presentir!

Era tan sentido, tan lúgubre el acento de Giacomo al pronunciar estas palabras, que doña Catalina no pudo ménos de estremecerse involuntariamente.

Despues comprendió que en sus últimas expresiones casi acusaba á su madre, y no pudo menos de decirle:

—Giacomo, si en la vida de mi madre hay algun lunar, no eres tú quien debe reprochárselo: habla.

Repuesto algun tanto Giacomo, prosiguió inmediatamente:

—Por aquel tiempo empezaba á privar con Jovellanos, su amigo el conde de Lazan, tan galanteador como cortesano, y tan astuto como enamorado.

Tiempo hacia que apasionado de vuestra madre, buscaba una ocasion para verla sin testigos, y con la ausencia de vuestro padre lo consiguió.

Introducido por un criado infiel, habló con Alina..... y cuando al amanecer salió del palacio..... diz que iba delirante de alegría!....

—¡Mientes, Giacomo!....— gritó doña Catalina sin poderse contener.

—¡Por Dios vivo, que mejor hubiera sido que me hubiese engañado!—dijo Giacomo con un acento lúgubre y sombrío; pero en el que sin embargo se traslucia tanta sinceridad, que la dama no pudo ménos de estremecerse, y le dijo, interrogándole más con la vista que con las palabras:

—¡Segun eso, mi madre!....

—Nada más sé, señora—dijo Giacomo envolviéndose en su reserva habitual.—Lo que pasó con vuestra madre y el conde de Lazan fué un misterio para mí, pero que, sin embargo, tuvo un desenlace terrible.

Una noche estaba el conde de Lazan en la cámara de vuestra madre, sentado á sus piés, cuando de pronto se aparece en el umbral de la estancia el conde de Fuentidueña, pálido, excesivamente pálido, pero severo.

Vuestra madre dió un grito.

Y su amante se puso en pié de un salto, y desenvainó la espada.

Pero el conde sin hacer caso seguia avanzando, y su mirada glacial caia á plomo sobre el rostro de su infiel esposa, que fascinada, no podia apartar la suya de su esposo.

El conde de Lazan, impasible, contemplaba aquella escena con una indiferencia estóica.

Y vuestro padre llegó junto á Alina.

Su mirada se hizo más intensa, más terrible.

Su mano buscó la empuñadura de su daga.

Y brilló el acero en alto.

Mientras que su esposa, paralizada por el terror, nada se atrevia á hacer.

De pronto un grito desgarrador resonó en la estancia. La

UNA NOCHE QUE TELLO ESTABA SENTADO Á LOS PIES DE BLANCA

daga del ofendido esposo se hundió hasta el pomo en el pecho de vuestra madre.

Que cayó al suelo para no levantarse nunca.

El conde de Lazan no pudo ménos de palidecer.

Y un estremecimiento frio recorrió su cuerpo al ver el semblante fatídico de vuestro padre, que sin decir una palabra tiró de su espada y avanzó hácia él.

Las espadas se cruzaron.

Ambos luchaban con furor.

Y la ventaja no estaba en favor de ninguno de los dos.

Pero el amante empezó á retroceder.

Aunque sin dar ventaja á su contrario.

El conde redoblaba sus esfuerzos.

Y el de Lazan seguia retrocediendo.

Vuestro padre, en su cólera, no podia adivinar el movimiento de su contendiente.

Y de este modo llegaron cerca de la puerta de la estancia.

Entonces, por medio de un salto, rápido como el rayo franqueó el umbral, cerró la puerta, y la punta de la espada del conde fué á clavarse en ella.

Ciego de furor la hizo saltar de una patada; pero el mal caballero estaba ya muy lejos y no pudo alcanzarlo, haciendo ánimo de arrojarle su guante, al inmediato dia, en medio de toda la córte.

Pero ¡ay! No sabia el conde el hombre con quien trataba.

El perfumista con quien os habeis criado, fué llamado por el conde y le confió vuestro cuidado, ocultándole la catástrofe que habia amargado sus dias.

Mariano le ofreció guardaros como á su propia hija, y os llevó con él.

Entonces fué cuando estalló el inmenso dolor del conde.

Habia amado con delirio á su esposa, que en pago le habia dado el deshonor y la infamia.

Y cada reproche que hacia al inanimado cadáver de Alina,

aumentaba el odio que sentia cada vez más rugiente hácia su infame seductor.

Éste, entretanto, no se habia descuidado; y merced á sus buenos oficios con el rey, antes de amanecer fué preso el conde acusado de traicion, y al dia siguiente confiscados sus bienes.

Calló al decir estas últimas palabras Giacomo, y su palidez cada vez más excesiva, y el temblor convulsivo de sus labios, denotaba lo penoso que le habia sido evocar aquellos recuerdos.

Catalina habia escuchado aquella historia, y su semblante reflejó enérgicamente los sentimientos que su relato la habia inspirado.

Orgullosa con el nacimiento y los títulos de su padre, no podia perdonar al condestable que la hubiera privado de ellos.

Amante y deseosa de las caricias de una madre á quien no habia conocido, pero á la que sin embargo habia amado, odiaba y sentia crecer más su aborrecimiento hácia el conde de Lazan que habia tenido la culpa de que no las pudiera disfrutar, y aunque conocia la lijereza de su madre, su corazon de hija la disculpaba, y hacia recaer todo su resentimiento sobre el hombre que la habia seducido.

Y tan pensativa como Giacomo permaneció largo tiempo sin decir una palabra, hasta que al fin le dijo:

—¿Y de mi padre qué ha sido?

Alzó Giacomo vivamente la cabeza; por un momento sus ojos brillaron con una luz fuerte y sombría, sus labios se agitaron convulsivamente; pero al cabo de un momento, trás un esfuerzo poderoso de su voluntad, desapareció aquella expresion de su rostro y con un acento lúgubre contestó:

—Ha muerto destrozado por el dolor, maldiciendo en sus últimos momentos al seductor, y legando á su hija su venganza.

Algunos momentos de silencio se siguieron á las últimas palabras pronunciadas por Giacomo.

Catalina estaba visiblemente impresionada.

La historia contada por el perfumista, ó el mago, pues bajo las dos denominaciones se le conocia; las circunstancias en que las habia contado y el acento con que hizo el relato, todo contribuia para prestarle cierto carácter de solemnidad que no podia ménos de producir sus efectos en la dama del marqués.

Giacomo saboreaba, por decirlo así, todas las emociones que Catalina habia ido sufriendo, y especialmente aquella última emocion hija del encargo que suponia hecho por el padre de Catalina.

Cuando creyó haber dejado ya tiempo suficiente para que la dama se hubiese hecho cargo de aquellas frases, dijo:

—¿Teneis algo más que mandarme, señora?

—Sí; necesito que me digas por dónde has sabido lo que acabas de contarme.

—¿Dudais acaso de mis palabras? ¿No se avienen quizás con lo que os indicó alguna vez mi compadre Mariano?

—¡Ah..... ¿Con que era pariente tuyo Mariano?

—Sí, señora; por él he sabido todos los pormenores que he tenido la honra de contaos.

—¿Y qué fué de Zanetti?

—¿Del padre de vuestra madre, de vuestro abuelo quereis decir?

—Sí; eso es.

—Murió precisamente á los pocos dias de haberse verificado el matrimonio de su hija.

—Pero, ¿y las pruebas de mi nacimiento?

—El conde de Lazan podrá daros cuenta de ellas, porque él precisamente está disfrutando vuestros bienes y vuestro título.

Un relámpago de odio, pero de odio terrible, implacable, de

aquel que jamás perdona, que con nada se satisface, pasó por los ojos de doña Catalina.

Aquel relámpago no fué tan rápido que no lo sorprendiera Giacomo, el cual dijo con una expresion inexplicable:

—¡Oh! ¡Si vos, señora, vengárais á vuestra madre!

—¿Y pudiste dudarlo acaso? Te juro que tal ha de ser mi venganza, que supere á la misma ofensa recibida. Ahora bien, Giacomo; no te olvides de lo que antes te encargué. Vé tú mismo á llevármelos, y tales muestras de gratitud te daré, que no tendrás por qué arrepentirte de haberme servido.

Pocos momentos despues, doña Catalina abandonaba la casa de Giacomo.

CAPÍTULO XVI.

Cómo cumplió Luis la oferta que habia hecho á Vicente.

Nuestros lectores recordarán que dejamos á Luis de Guevara, precisamente en el momento que llegaba á la Casa de los Diablos, despues de haber dejado al pintor á la puerta de la casa del conde de Lazan.

El caballero pasó sin detenerse ante el sombrío salon de la casa, cuya puerta polvorienta y descolorida acusaba el tiempo que permanecia cerrada, y fué á detenerse ante una casita más pequeña y de aspecto miserable que habia al lado.

Tocó de un modo particular en una ventana baja que habia junto á la puerta, y doblando inmediatamente la esquina, detúvose al pié de una tapia en la cual se abria una puerta enorme, destinada sin duda para que entrasen por ella las sillas de mano, si los dueños de la casa eran personas que tal lujo se permitian, ó bien los pesados carruajes de aquel tiempo.

Luis no tuvo necesidad de llamar, porque los golpecitos dados en la ventana eran una señal de antemano convenida, porque inmediatamente que él llegó ante la puerta, abrióse ésta quedando franco el paso hasta una especie de corralon destartalado y sombrío, en cuyo fondo se distinguia el débil resplandor de una luz.

Franqueó la pequeña puerta de donde brotaba la claridad, y entró en una habitacion sencillamente amueblada, dejándose caer en un sillon de baqueta que habia junto á una mesa de roble, sobre la cual estaba el enorme velon cuya claridad se distinguia desde el portalon en el momento que él entró: la estancia estaba sola; pero á poco sin duda la persona que abria la puerta y que se habia quedado á cerrarla, practicada esta operacion, entró en el aposento.

—Buenas noches, Gonzalez—dijo Luis saludando al recien llegado, individuo de unos cuarenta años, de fisonomía astuta y reservada, de mirada que jamás parecia fijarse de frente, de perpétua sonrisa en los labios y de cuerpo que casi nunca sabia estarse quieto.

—El cielo os guarde, señor—repuso Gonzalez haciendo una reverencia—no podia esperar que á semejantes horas viniese vuecencia, y un milagro ha sido que estuviera tan atento para escuchar su seña.

—Eso quiere decir que ibas á recogerte ya.

—Sí, señor, sí.

—¿Es decir que no hay nadie en la casa?

Y Luis, que se habia colocado de modo que la sombra proyectada por la pantalla del velon le diese en el rostro, fijó una mirada escrutadora en el semblante de Gonzalez, que dijo con acento no muy seguro:

—No, señor; no hay nadie.

—¿Estás bien cierto de que no hay nadie?—volvió á preguntar Luis mirando con mayor fijeza á su interlocutor.

—Así he tenido la honra de decíroslo.

Y Gonzalez á fin de evitar la persistente mirada de Guevara, dió con la mayor naturalidad una vuelta á fin de sustraerse á la luz que daba en su rostro.

Pero el caballero debió conocer la maniobra, porque dijo:

—Vamos á ver, Gonzalez, acércate aquí y hablemos con franqueza: no trates de negarme la verdad, porque harto sabes que te conozco; por lo tanto, créeme que te conviene no jugar conmigo á sutilezas y astucias, porque de igual manera que te he puesto en este sitio, te quitaré de él, amen de darte una paliza que te haga perder para lo sucesivo la gana de usar bellaquerías con ninguna persona honrada.

Semejante lenguaje hizo indudablemente su efecto en aquel honrado mozo, que quizás conociese á Luis como persona abonada para hacer lo que decia, toda vez que inmediatamente y con la actitud más humilde que pueda darse, aproximóse al caballero, diciéndole:

—Señor, perdonadme si pude ofenderos; pero á la verdad, habeis de comprender que la situacion en que me hallo es sumamente comprometida.

—Comprometida ha de serlo si no me dices la verdad.

—Dijéraosla en buen hora si no temiera que lo pagaran mis orejas.

—Tú verás lo que haces, porque entre pagarlo problemáticamente y pagarlo con seguridad al momento, comprende qué es lo mejor que puedes elegir.

Y tan resuelto fué el acento de Luis, y tan decidido su aspecto al levantarse de su asiento, que Gonzalez comprendió que la cosa iba de veras.

Entonces, tomando una actitud en armonía con la nueva situacion, dijo:

—Señor, si me prometeis no abandonarme.....

—Habla.

—Es que me encuentro sériamente amenazado.

—¡Amenazado! ¿Por quién?

—Por el señor marqués de Adelfi.

—Aquí nadie tiene derecho para amenazarte mas que yo.

—Sin embargo.....

—En fin, acabemos. ¿Quién está en la casa?

—El señor marqués.

—¿Solo?

—¡Oh! Si estuviese así no tendria caso, pero se hallan con él cuatro de sus amigos.

—¿Y qué hacen?

—Están celebrando un ruidoso triunfo obtenido por el marqués.

—¡Cómo!—preguntó Luis frunciendo el entrecejo.

—Hace poco..... digo, no, lo ménos hace tres ó cuatro horas, llegó una silla de manos cuidadosamente cerrada, que entró como de costumbre en el patio, y de la cual sacaron los mismos mozos una mujer desmayada sin duda, que por órden del señor marqués hice que llevasen al saloncito azul.

—¿Y qué más?—preguntó Luis, cuyo rostro iba nublándose por momentos.

—El señor marqués despidió á los de la silla; quedó solo un momento con la dama, ó mejor dicho con la maja, pues maja y muy hermosa por cierto es la paloma que ha caido esta noche en la red.

—Prosigue: ¿cuánto tiempo ha permanecido con ella el marqués?

—El suficiente para hacerla beber unas gotas de no sé qué diablo de droga que llevaba en una botella, con lo cual volvió en sí al momento.

—¿Y qué dijo al ver al marqués?

—Ya no estaba en el aposento.

—¿Cómo?

—Antes de que la maja volviese en sí, marchóse fuera, encargándome que á vos ménos que á nadie, si por casualidad veníais, que no vendríais, os dijese nada de lo que habia.

—¿Y se quedó aquí?

—No, señor; encargó una gran cena, y dos horas despues volvió con cuatro amigos.

—¿Que serán sin duda los que están ahí?

—Sí, señor.

Y Gonzalez temblaba, adivinando en el rostro de Luis la tempestad que estaba rugiendo en su corazon.

—¿Y la maja?—preguntó éste al cabo de algunos segundos.

—El señor marqués me pidió la llave de la sala donde habia quedado encerrada.

—¿De modo que él la tiene?

—Sí, señor.

—¿Y tú no le dijiste que está prohibida la admision en la casa de ninguna mujer que venga desmayada?

—Hícele ya esa observacion; pero á ella me contestó que no sabiéndolo vos, no habia peligro alguno; que no podríais saberlo mas que por mí, y que me prohibia terminantemente, si en algo estimaba mi pellejo, que saliese de mis labios una palabra, además que vos no vendríais esta noche por aquí.

—Mucha seguridad era esa.

—Nada os oculto, señor; bien sabeis todo lo de iracundo y terrible que tiene el señor marqués, y si vos no me salvais.....

—Merecido tienes que te abandone á su saña.

—Pero.....

—Ahora bien, villano, ¿no sabes las atribuciones que tienes, atribuciones que nosotros mismos te hemos dado?

—Es que.....

—Es que el marqués te ha pagado bien tu condescendencia, y diste ó fingiste dar al olvido las órdenes y los deberes que tenias.

—Creed, señor, que hice cuanto pude para impedirlo.

—¿Dónde está preparada la cena?—preguntó Luis desentendiéndose de las excusas que le daba Gonzalez.

—En el salon de los espejos.

—Está bien.

Y Luis abandonó el sillon, disponiéndose á salir de la estancia.

—¿Dónde vais, señor?—preguntó Gonzalez lleno de inquietud.

—Á hacer lo que debo.

—Ved que el marqués al verse contrariado es capaz.....

—¿De qué?—preguntó con altivez el caballero.

—De todo, señor.

—Quédese el temor para los bellacos como tú, muy valientes para faltar á sus deberes y obligaciones, y muy cobardes cuando se ven sériamente amenazados.

—Al ménos permitidme que os acompañe.

—¿Necesito acaso tu compañía para nada? Quédate en buen hora en tu portería, mal cumplidor de las órdenes que te dan, que tiempo de sobra tendremos para ocuparnos del castigo que mereces.

—Pero reparad que yo hice cuánto pude; que en el mismo reglamento de la casa, se me ordena que obedezca á todos los caballeros de ella.

—Sí; pero tambien te se limita esa obediencia; y como eso precisamente es lo que no has tenido en cuenta, eso será lo que llevará consigo tu condena.

—Ved, señor, que hasta ahora no falté.

—Ruega al cielo que yo no llegue tarde, porque si desgraciadamente es así, has de pasarlo muy mal.

Y el jóven, despues de pronunciadas estas palabras, salió del aposento dejando á Gonzalez terriblemente preocupado con los sucesos que necesariamente habian de sobrevenir.

CAPÍTULO XVII.

De qué modo puede principiar un festin.

El marqués Adelfi era un italiano que hacia algun tiempo residia en Madrid, cuyo padre habia sido uno de los caballeros á quienes Cárlos III, durante su soberanía de Nápoles, habia distinguido, y el recuerdo de esta distincion sirvió poderosamente á su hijo cuando vino á España.

Bajo un exterior agradable y simpático ocultaba un corazon de cieno, y corrompido y audaz habia sido el héroe en más de una aventura escandalosa de que se habló mucho en la córte, llegando finalmente á oidos del monarca, que hubo de manifestar su desagrado al marqués.

Pero Julio, que así se llamaba éste, cuidóse muy poco de que al monarca le agradase ó no su conducta, y persistia en ella, aun cuando encubriendo algo más las locuras á que se entregaba.

Como habia dicho muy bien el pintor en la entrevista que

tuvo aquella noche con Luis, vió á Dolores y se prendó de ella.

Empleó todos los medios de seduccion que le sugeria su corrompido ingenio; pero Dolores no era mujer que cediera con facilidad, y por el mismo Vicente sabemos todo lo que ocurrió respecto á aquel particular.

Pero así como la maja no era persona que cediese ante las amenazas, tampoco era el marqués hombre que desistiese de un empeño hasta haberle conseguido.

No podia alcanzarlo por los medios decorosos, y estaba resuelto á emplearlos todos para llegar al resultado apetecido.

Con una persistencia extraordinaria, dedicóse á observar quiénes eran las personas de mayor intimidad de Lola; las horas en que ésta entraba y salia en su casa; en fin, adquirió un conocimiento tan exacto de su existencia, que pudo formar un plan completo, contando con la seguridad del éxito.

Sabia la hora en que iba Vicente á verla, y partiendo de esta base preparó la llamada de Lola, por su amiga Concha, cuando precisamente sabia que ésta no estaba en su casa.

La amada de Vicente, sin desconfianza de ningun género, salió de su casa, y no hizo alto en que un hombre que habia en una puerta inmediata silbó de un modo particular, y casi inmediatamente una silla de manos que habia en una bocacalle cercana se puso en movimiento, conduciéndola los portadores en la misma direccion que llevaba Lola.

Cuando ésta entró en el portal de la casa de su amiga, portal tan oscuro como lo estaba la misma calle que acababa de dejar, volvió á sonar el mismo silbido que á la salida de su casa, y sin saber por qué, Lola, que tenia el alma bien templada, como suele decirse generalmente, no pudo ménos de estremecerse.

Entonces, y antes de aventurarse por la tortuosa escalera, dió una voz llamando á Concha.

Pero instantáneamente sintióse cogida por el cuerpo, y sin

que pudiera evitarlo, sin tener tiempo para dar un grito, sintió que le cubrian la cabeza con un pañuelo, y sin duda este debia estar impregnado de alguna sustancia tan fuerte, que instantáneamente perdió el conocimiento.

Entonces, el mismo hombre la cogió en brazos, y como que la silla de manos habia llegado precisamente delante de la puerta, metió en ella á la jóven, emprendiendo la marcha á buen paso los jayanes que la conducian.

La oscuridad de la noche, la soledad que reinaba por aquella época en los barrios extremos tan luego oscurecia, y la prontitud con que todo fué ejecutado, impidieron que nadie se apercibiera de aquel suceso, y Lola pudo llegar á la Casa de los Diablos, en la forma que hemos oido á Gonzalez explicar á Luis.

Cuando la maja volvió en sí, efectivamente, como el conserje habia dicho al caballero, no estaba el marqués en su presencia; habia salido de la casa para ir en busca de sus compañeros de libertinaje, con los cuales tenia celebrada una apuesta que acababa de ganar.

Entre todos los jóvenes que constituian la sociedad de los Caballeros del Amor, era Julio el más libertino y el de peor instinto.

Así es que dentro del círculo en que se hallaba, dentro de aquella misma sociedad que, hasta cierto punto, se arrepentia su mayoría de haberle admitido en su seno, eligió unos cuantos amigos que juzgó los más á propósito para que secundasen sus miras, educándolos convenientemente en su escuela.

Á estos amigos era á quienes iba á buscar, porque ellos conocian su empeño por Dolores, y con ellos habia apostado que en un plazo determinado habia de ser suya de grado ó por fuerza.

Como que la apuesta estaba ganada, encargó la cena de que habia hablado Gonzalez, y los cinco jóvenes pusiéronse á

cenar alegremente, solemnizando la buena suerte del marqués.

Entretanto, como ya hemos dicho, Lola habia vuelto en sí.

La primera impresion fué la de una sorpresa extraordinaria al encontrarse en una habitacion completamente desconocida.

Poco á poco fué dándose cuenta de lo sucedido, y no pudo ménos de estremecerse al ver que se hallaba sola en una habitacion desconocida, á merced de los que allí la habian llevado, y cuyas intenciones forzosamente habian de ser malas dada la felonía que habian usado.

Trató de buscar en su pensamiento alguna explicacion para aquello; buscó salida por si acaso podia escaparse de allí; pero vió que la puerta estaba cerrada con llave, que el aposento no tenia balcon alguno y que las paredes estaban acolchadas al objeto, sin duda, de ahogar los gritos que allí dentro pudieran exhalarse.

Tamaño lujo de precauciones hizo comprender á Lola algo de amenazador para su honra.

Y no pudo ménos de indignarse contra el que á tales medios recurria.

Precisamente en aquellos momentos ofrecióse á su pensamiento el recuerdo del marqués.

Únicamente él podia haber sido el autor de aquella infamia.

Y esta sola idea alentó su espíritu de tal modo, que alzando la frente que tuviera abatida hasta entonces, pareció hasta que desafiaba el peligro que acababa de presentir.

Entretanto la cena habia dado principio, y los amigos del marqués mostrábanse deseosos de convencerse si eran ellos los vencidos en realidad.

Julio les habia dicho que verian á Dolores, y todos estaban impacientes por la llegada de este momento.

El libertino caballero, con una perversidad extraordinaria,

habia calculado que los últimos momentos de la cena eran los más á propósito para aquella presentacion.

Precisamente era cuando las cabezas más calientes por los vapores del vino hallábanse más propensas al escándalo, y este era el que deseaba, á fin de obligar por medio de ello á Dolores.

—Temiéndome voy—decia uno de los amigos del marqués—que Julio ha querido convidarnos y se ha valido de semejante estratagema.

—Estás en un error, baron—repuso Julio—sois vosotros quienes me convidais.

—El caso es que toda la noche estás hablándonos de Lola, y me parece que hubieras debido principiar por traerla y que hubiese cenado con nosotros, prestando mayor encanto á la cena con su donaire y su gracejo.

—He querido reservaros esta sorpresa para los postres.

—Para que estemos ya medio embriagados y sea más fácil hacernos creer que está entre nosotros esta Lola la zapatera, cuando puede ser cualquier otra.

—Esta suposicion me ofende.

—Entre nosotros no hay ofensas de ninguna especie.

—Además, la conducta que observas en este asunto se presta á toda clase de suposiciones.

—Vamos, tanto me habeis provocado, que no tengo mas remedio que adelantar el momento de la presentacion.

Y el marqués levantóse de su asiento, provocando con esta accion una salva de aplausos.

—Por ahí debiste principiar—dijo uno de los jóvenes.

—No, es mucho mejor que haya concluido, porque con eso he dejado á mi hechicera maja el tiempo suficiente para que reflexione acerca de su situacion.

—¿Y se conforma con ella?—dijo uno.

—Y ruegue á Dios que el amante que la fortuna le depara, le guarde fidelidad siquiera algunos meses.

—Ó por lo ménos algunos dias.

—Lo cual es muy difícil.

—Sin embargo, la Lola es guapa.

—Pero el marqués es inconstante por naturaleza.

—Vamos, callad, lenguas maldicientes.

—Porque decimos la verdad.....

—Os prometo guardarle constancia á Lola.

—¿Cuánto tiempo?

—Ocho dias.

—¡Bravo, bravo!

Y el marqués, entre las carcajadas y los aplausos de sus amigos, se dirigió hácia la puerta del aposento.

CAPÍTULO XVIII.

La conclusion de la cena.

Aun cuando el primer impulso del marqués fué dirigirse él mismo al saloncito en que habia dejado á Dolores, cambió súbitamente de idea, y llamando á un criado le dió órden de que hiciese salir á Lola y la condujese al salon en que ellos estaban, sin decirle nada absolutamente.

El criado obedeció.

Lola esperaba de un momento á otro ver aparecer al marqués, y cuando vió al criado, le dijo con altanería:

—¿Te manda acaso tu señor?

—No sé de qué señor me habla su merced—repuso el criado, que como todos los que habia en aquella casa, era diestro y no se dejaba sorprender con facilidad.

—¿A qué vienes entonces?

—Á decirle que puede salir cuando le plazca.

—¿Dónde?

—Donde quiera su merced.

—¿Es decir que tengo libertad?

—Sí, señora.

—Pues vamos á disfrutar de ella.

Y aun cuando Lola dudaba de que se la hubiese traido á aquella casa para dejarla libre poco despues, sin embargo concibió alguna esperanza y siguió al criado, aun cuando no exenta de recelo.

Cruzó éste un corredor y abriendo una puerta dijo:

—Ya puede salir su merced.

En aquel momento, el marqués, que para hacer más fuerte la sorpresa habia reclamado de sus amigos silencio por algunos momentos, presentóse en la puerta en el momento de aparecer Lola en ella, y cogiéndola violentamente por la mano y atrayéndola hácia sí, dió tiempo al criado para que volviese á cerrar la puerta, dejando á Lola dentro de la estancia.

Una salva de aplausos acogió la entrada de Dolores en la sala.

Ésta, sorprendida al principio, reaccionóse inmediatamente.

—¡Hazaña digna de vos!—exclamó dirigiendo una mirada tal de desprecio al marqués, que éste no pudo ménos de sentir el rostro enrojecido por el despecho, por la ira y por la vergüenza.

—Vamos, Lola—dijo uno de los jóvenes alzándose de la silla y ofreciéndole una copa llena de vino—no os hagais la desdeñosa, y venid á brindar con los Caballeros del Amor.

—Rebajada anda la caballería si vosotros os apellidais caballeros—repuso la maja haciendo extensiva la mirada de desprecio que fijaba en el marqués á todos sus compañeros.

—Jamás habrá tenido tan honrada compañía—exclamó otro que no habia comprendido el sangriento epígrama envuelto en las palabras de la jóven.

—Naturalmente—repuso con frialdad Dolores—honrándola yo, muy honrada se encuentra.

—Vamos—dijo el marqués ofreciéndole su mano—en la mesa hay un asiento para tí.

—No os he dado jamás derecho para que me tuteeis, y como yo no acostumbro á admitir cenas de quien no me agrada, rechazo la vuestra y la compañía que me ofreceis.

Y Dolores dió un paso al pronunciar estas palabras con direccion á la puerta de la estancia.

—Siento mucho decirte, prenda mia, que si para venir encontraste francas todas las puertas, para salir todas están cerradas.

Y el marqués trató de coger nuevamente la mano que Lola habia separado violentamente momentos antes.

Pero en aquel momento la puerta del salon se abrió, y Luis apareció en ella.

—¿Quién hablaba de puertas cerradas y de puertas abiertas?—dijo deteniéndose en el umbral de la que acababa de abrir.

La sorpresa que en aquel momento experimentó el marqués, lo mismo que sus amigos, impidióles contestar á la pregunta que se les dirigia.

Lola, que conocia á Luis, y que en él adivinó desde luego un salvador, fué la única que le dijo:

—Estos señores que me han traido aquí á la fuerza, y que aseguraban hace poco que la que aquí entraba, no volvia á salir.

—¿Eso os decian, Lola?

—Sí, señor.

—Pues precisamente vais á demostrarles lo contrario; seguidme si os place, y vereis como ante vos se abren todas las puertas.

Y ofreció su brazo á la maja, que no pudo ménos de fijar una mirada de triunfo en el marqués.

Esta mirada, no solamente pareció devolverle el uso de la palabra, sino que excitó su cólera.

Se adelantó hácia Luis, y le dijo:

—Caballero!....

—¿Qué teníais que mandar?—preguntó nuestro amigo.

—Preguntaros con qué derecho no solo venís á interrumpir nuestra cena, si que tambien os entrometeis en mis asuntos particulares.

—¿Habeis olvidado la casa en que estais?—preguntó Luis mirando fijamente al marqués.

—Dentro de ella tengo tantos derechos como vos.

—¿Recordais bien los estatutos que habeis jurado cumplir, y obedecer?

—Un poco impertinente encuentro vuestra pregunta.

—Y yo sobradamente atrevida, y hasta indigna vuestra conducta.

—¡Caballero!....

—De mis palabras estoy dispuesto á daros satisfaccion, como y cuando gusteis.

—No lo olvidaré.

—Entretanto, debo decir á estos señores, por si acaso lo han olvidado, que los estatutos de los Caballeros del Amor, asociacion fundada por unos cuantos jóvenes alegres, prohiben terminantemente que se emplee la violencia para atraer á este sitio á ninguna mujer, ya sea noble ó plebeya; que la mujer que participe de nuestras cenas, ó de nuestras diversiones, ha de hacerlo por su propia voluntad; que nada de lo que á la asociacion pertenece puede ni debe emplearse en servicios particulares; y finalmente que todo empeño amoroso indica desde luego un principio de amor, y ninguno de los caballeros debe dejarse dominar por ese sentimiento.

—¿Y no es acaso una tiranía todo eso que acabais de decir? —preguntó el marqués.

—Será todo lo tirano que querais; pero el caso es que vos

lo habeis jurado, y vos mismo acabais de ser perjuro; y por lo tanto habeis incurrido en el castigo que marcan los mismos estatutos.

—Impórtame poco, ni el castigo á que aludis, ni los compromisos de que hablais; lo único que os digo es que esta mujer me pertenece, y que no sereis vos quien trate de sustraerla á mi poder.

—¿Y de cuándo á dónde—preguntó Lola—teneis derecho alguno sobre mí? ¿Acaso el desprecio con que os traté desde la primera vez que me ofrecísteis vuestros amores os le ha dado?

—Os quedareis aquí—dijo el marqués.

—En esta casa—repuso á su vez Luis, que en la misma proporcion que Julio se irritaba, hallábase más sereno—mientras yo esté no hay otra voz que la mia, tenedlo entendido; porque todos los caballeros, aun esos amigos que con vos cenaban, me han dado esas atribuciones, y estad cierto que sabré mantenerlas.

Y volviéndose de nuevo á la maja, prosiguió Luis:

—Venid conmigo, Lola; alguien hay que ha perdido la luz de su existencia al perder la de vuestros ojos; venid á devolvérsela, que no es justo que por la felonía de un caballero esteis puesta en evidencia vos, y penando un corazon más noble que el de muchos que se precian de serlo.

—Semejantes palabras.....—exclamó furioso el marqués, llevando la mano á la empuñadura de su espada.

—No retiro ninguna de ellas—repuso Luis—y ya antes os dije que os daré todas las satisfacciones que querais. Tan luego haya dejado á Lola en su casa, volveré á encontraros.

—Pero..... reparad, don Luis—dijo uno de los jóvenes que estaba en la mesa—que no merece esta cuestion la pena de que dos cumplidos caballeros crucen sus armas.

—¡Silencio, señores!—repuso Luis—Os suplico que de lo

que habeis presenciado esta noche, y de lo que quizás hayais de presenciar despues, no digais á nadie una palabra.

—Mas.....

—Volveré despues; y si es que no quereis esperarme tanto, siendo ya tan avanzada la noche, mañana, por todo el dia, señor marqués, me tendreis á vuestras órdenes.

Y Luis, despues de pronunciadas estas palabras, ofreció de nuevo su brazo á Dolores, mientras que el marqués, apretando los puños de coraje, exclamaba:

—Yo os juro que he de cobrarme en vuestra vida la afrenta que me habeis inferido.

Luis no le contestó siquiera.

Contentóse únicamente con mirarle, y volviéndose á todos los demás jóvenes, les dijo:

—Con que, señores, buenas noches, y cuidad de sellar vuestros labios.

CAPÍTULO XIX.

Grave compromiso del conde de Lazan.

Han pasado ocho dias desde que tuvo lugar el encuentro de Luis con el marqués Adelfi en la Casa de los Diablos, y durante este espacio han ocurrido multitud de incidentes que no podemos dejar que queden en silencio para nuestros lectores.

En primer lugar, y como fácilmente puede comprenderse, despues de la violenta escena que medió entre el jóven y el raptor de Dolores, encontráronse dos dias despues detrás de las tapias de la casa de campo, y tan récio fué el encuentro, que el marqués no tuvo otro remedio que ser conducido con sumo trabajo y mucho riesgo á su casa, donde los médicos declararon su estado sumamente grave, y Luis no tuvo mas remedio que esconderse, á fin de evitar la primera cólera del rey don Cárlos III, y más que todo el rigor de las pragmáticas referentes á los duelos.

Naturalmente que por más que se trató de encubrir aquel suceso, y por más que, tanto los amigos del uno como del otro, cuando se supo, trataron de disculparse, la verdad se supo, llegó á oidos del rey, y aun cuando no era muy amigo, como ya hemos dicho, del de Adelfi por su desordenada conducta, su deber le obligó á censurar lo hecho por Luis, pronunciando frases un poco duras.

Los amigos del jóven manifestáronselo así, y juzgaron conveniente su reclusion; por lo cual, apenas si pudo, valiéndose de una porcion de ardides, hacer que llegase á oidos de María la noticia de su estado.

La pobre niña no pudo ménos de sentir vivamente aquel contratiempo, máxime cuando motivos tan graves tenia para hallarse profundamente disgustada.

Su padre, dias antes de que Luis regresara de su expedicion á Sierra Morena, segun vimos en el capítulo primero, la habia llamado á su aposento, y sin ambajes ni rodeos le hizo presente que el conde de Floridablanca le habia pedido su mano para su sobrino el vizconde del Juncal, secretario á la sazon de la embajada de Lóndres.

Semejante demanda envolvia mayor gravedad de la que parece, porque precisamente el conde de Lazan venia sosteniendo hacia años un pleito de gran consideracion con aquel jóven, pleito en el cual se jugaba la mayor parte de su fortuna, y del que precisamente las últimas noticias que habia recibido se lo ponian en condiciones desfavorables.

La pérdida de este pleito significaba la ruina para el conde, mientras que aquel casamiento lo conciliaba todo.

Á esto debemos unir que el vizconde era un apuesto mancebo de veintiocho años, que en una de sus estancias en la córte, pues hacia años que los deberes de sus cargos diplomáticos le retenian fuera de España, habia visto á María al salir de misa de las Descalzas reales, y se habia quedado ciegamente prendado de ella.

Fué siguiéndola cautelosamente, y al saber quién era, recordó el pleito que con su padre sostenia, é inmediatamente se fué á ver á su tio, á quien hizo que pidiera su mano.

La alianza de Lazan con el vizconde conveníale por muchos estilos, y supuso desde luego que su hija no haria la menor oposicion á un enlace tan ventajoso.

Pero María no mostró la docilidad que su padre esperaba, pues Luis era su primero y único amor.

Luis era quien por primera vez habia pronunciado en su oido frases de un lenguaje desconocido para ella, y la pobre niña no podia acostumbrarse á la idea de que sus labios pudiesen decir á otro lo mismo que á Luis dijera, ni que su oido escuchase de otros labios protestas y juramentos á que ella no podia contestar.

El conde extrañó aquella negativa, que juzgó una niñada, esperando que rectificase su opinion al cabo de algunos dias y cuando la reflexion le hubiese hecho comprender la situacion en que se hallaba.

María no le dió importancia á la demanda de su padre.

Creyó que sus razones le habian convencido, y como que éste no volvió por entonces á decirle nada, embriagada con el placer de ver á Luis, despues que hubo regresado de su expedicion, ni le dijo nada porque no creyó conveniente alarmarle, ni se acordó más, hasta que su tia, la marquesa de Monte-Santo, se presentó en sus habitaciones un dia y principió á hablarle, en nombre de su padre, de aquel enlace y de los bienes que de él podian resultar.

La franqueza que con su padre no habia tenido, túvola con su tia.

Á ella le reveló que amaba á un caballero que era digno de ella, y que no queria mancillar sus labios con un perjurio, ni destruir su ventura atendiendo á su interés.

La marquesa elogió su proceder, y cuando despues habló con su primo el conde de Lazan, le dijo:

—Vamos, Diego, es necesario que te lo quites de la cabeza; no debes violentar la voluntad de tu hija, y obligándola á contraer ese enlace, podrias acarrearte tú un remordimiento y un grave disgusto para María.

—Pero, prima—exclamó don Diego sorprendido—reflexiona el grave compromiso en que me hallo; negarme á lo que me pide Floridablanca, es romper la amistad que siempre nos ha unido, y al mismo tiempo es arruinarme, puesto que segun las noticias que tengo, mi pleito está perdido en la real audiencia de Valladolid.

—Comprendo lo que me dices, pero tu hija no ama al vizconde, y como casi siempre sucede en estos casos, cuantos más esfuerzos hagamos para obligarla, solo servirán para aumentar su antipatía.

El conde quedó tan sorprendido como disgustado de las palabras de la marquesa.

Y se daba á los diablos pensando que por el capricho de una tontuela iba á perder su fortuna y su influencia.

Su hijo hallábase todavía en el lecho á consecuencia de la herida que recibió en las Vistillas, y su estado no le permitia ocuparse en los asuntos de su casa. Luis, de quien precisamente se hubiera valido, dada la amistad que le unia con él, para que aconsejase á la jóven, estaba escondido; así era que únicamente en él solo debia confiar para vencer la resistencia de su hija.

En este estado, Floridablanca le dijo un dia:

—Querido conde, aun no me habeis dado contestacion definitiva á la demanda que en nombre de mi sobrino os hice. Comprendo que asuntos de tal naturaleza no son para tratados con precipitacion; pero, amigo mio ¿quién es capaz de calmar la impaciencia de los enamorados? Mi sobrino no me deja á sol ni á sombra, y deseo poderle dar una contestacion satisfactoria.

El conde de Lazan no pudo disimular su turbacion, y te-

meroso de que su amigo lo advirtiera, apresuróse á decirle:

—¿Querreis creer que con el trastorno que ha producido en casa el estado de mi hijo, apenas si me he acordado de lo que tanto me honra y de lo que tantos deseos tengo de que se realice?

—Lo comprendo; pero al vizconde no hay quien se lo haga entender.

—Yo supongo que desde luego, por parte de mi hija, no ha de haber inconveniente alguno.

—Sin embargo, bueno es siempre que conozcais su voluntad, pues doliérame en el alma que atendiendo á la amistad que os merezco, ó á la ventaja que por otros motivos pudiera ofreceros ese enlace, se sacrificase vuestra hija.

—¿Quereis callar? María no se sacrificaria nunca dando su mano á un tan cumplido caballero como vuestro sobrino.

—Vuelvo á repetiros que deseo os cercioreis bien respecto al estado de su corazon.

El conde prometiólo así, y salió de las habitaciones del ministro sin saber apenas cómo poder salir del compromiso en que se hallaba.

Finalmente, adoptó el partido que generalmente se adopta en las situaciones desesperadas; el de la violencia.

Pensó que siendo él dueño de su casa, y dueño por lo tanto de la voluntad de sus hijos, estos no tenian otro remedio que obedecerle, y efectivamente, siguiendo esta máxima, tan luego llegó á su casa entró resueltamente en la habitacion de su hija.

Ésta, que se hallaba profundamente afligida por la suerte de su amante, apenas vió á su padre vínosele á la memoria su demanda matrimonial, y principió á temblar cual si presintiera lo que le iba á suceder.

—Hija mia—dijo el conde con acento grave y reposado, que aumentó mucho más el temor de la jóven—en este momento acaba el conde de Floridablanca de renovarme su de-

manda, y hora es ya de que le demos una contestacion, que no dudo debe estar en armonía con sus deseos.

—Padre y señor—repuso María con tembloroso acento—duéleme haber de deciros que mi corazon no puede abrigar respecto á ese caballero el afecto que en una esposa se requiere. Yo con alma y vida deseara serviros como á hija bien nacida corresponde; pero ved, señor, que no puede mandarse al corazon, y el mio, ni aun mandándole creo me obedeciera.

—¿Pero tú has pensado, hija mia, que con esa negativa es la ruina de tu padre lo que deseas?

—¡Padre mio! Ved que es muy grande el sacrificio que me pedís, y que carezco de fuerzas para llevarle á cabo.

—Pues no hay otro remedio: el conde de Floridablanca lo desea, y yo á mi vez lo quiero; el vizconde del Juncal es un cumplido caballero, y yo estoy seguro que has de ser dichosa con él.

—No puedo serlo, porque no le amo.

—El amor es cuestion de tiempo y de trato, y como el vizconde es acreedor á todo tu cariño, más tarde, si hoy no, le harás la justicia que se merece.

—Es inútil vuestro empeño: si os empeñais en que yo le dé mi mano, harto comprendo que no tendré otro remedio que obedeceros; pero, padre mio, labrareis mi desdicha, y bien desdichada soy ya.

—¿Qué has dicho?—exclamó el conde poderosamente excitado por aquellas palabras de su hija.

—Que sufro mucho.

—¿Es decir que tu sufrimiento nace del cumplimiento de tu deber para conmigo? Está bien; yo que quiero cumplir con el que tengo contraido para contigo, yo que quiero ser buen padre, asegurando tu suerte, te declaro terminantemente que desde este momento has de considerarte la prometida del vizconde, celebrándose tu enlace cerca de un mes.

—¡Padre!

—Esa es mi última resolucion, y bien sabes que no con facilidad cedo en los empeños que contraigo.

Y el conde, una vez pronunciadas las anteriores palabras, viendo el torrente de lágrimas que brotaba de los ojos de su hija, y temeroso de enternecerse, salió del aposento.

Largo rato permaneció María aturdida, por decirlo así, bajo el peso del inmenso dolor que sobre ella se desplegaba.

Despues, la misma inminencia del peligro la hizo sacar, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza, y comprendiendo que tenia necesidad de depositar en alguien sus pesares y de pedirle consuelo en aquellas críticas circunstancias, cogió la pluma y escribió una carta que cerró cuidadosamente, dirigiéndosela á Paca Perez, bordadora de gran fama que habia en la córte.

Pero aquella carta, realmente, iba dirigida á Luis.

El caballero estaba oculto en casa de aquella.

Pero la carta de María no pudo llegar á su destino.

El criado encargado de llevarla estaba vendido á doña Catalina de Sandoval, y precisamente esta carta produjo la escena que nuestros lectores presenciaron en casa de Giacomo Zarini, adonde el despecho y los celos de doña Catalina la condujeron.

CAPÍTULO XX.

Donde tropieza el conde de Lazan con un auxiliar que no esperaba.

Profundamente disgustado estaba don Diego Ortiz de Quiñones con aquella rotunda negativa tan claramente formulada por María.

¿Cómo negar su asentimiento á un matrimonio que tanto le convenia? ¿Cómo hacer á Floridablanca aquel desaire tan marcado, él, que precisamente pasaba por su mejor amigo?

Era imposible; además, aquel matrimonio llenaba por completo sus aspiraciones. Le aseguraba mayor influencia en palacio por medio de su yerno, sin contar con la inmensa dote que alcanzaria su hija, dote en la cual iban incluidas aquellas famosas posesiones, litigadas durante tantos años, y cuyo pleito, si el conde lo perdia, equivalia á su ruina.

De aquí todos sus esfuerzos para hacer que su hija diera la mano al sobrino de Floridablanca, y de aquí tambien lo

profundo de su disgusto viendo que su plan fracasaba por completo.

Alborozado saludó aquél la casualidad que se le presentaba para salvar sus comprometidos intereses.

Acostumbrado á la pasiva obediencia de su hija, no dudó cuando el ministro de Cárlos III le pidió su mano para su sobrino, en concedérsela lleno de agradecimiento.

Á la primera negativa de la jóven, creyó de buena fe que seria una niñada pasajera, una puerilidad hija del natural temor á unirse á una persona desconocida.

Mas cuando despues de haberle hablado su tia, la marquesa de Monte-Santo, obtuvo la misma negativa, repitiéndose esta cuando él le habló, segun hemos visto en el capítulo anterior, entonces su furor no tuvo límites, y comprendió que era necesario tomar una resolucion extrema si queria salvar aquella situacion tan comprometida para él.

Cuando María no queria casarse con el sobrino de Floridablanca, era prueba que amaba á otro.

Pero este otro ¿quién era?

María apenas iba á ninguna parte: Cárlos III, desde la muerte de su esposa, no habia dado fiestas en la córte, y su austeridad y su severidad de costumbres habíase extendido de tal modo, que aun sus mismos caballeros apenas si daban algun baile en los dias más señalados del año.

María llevaba una existencia tan retraida, que asistia á muy pocos, y generalmente acompañada de su tia la marquesa, persona de severísimas costumbres y que apenas si dejaba, como vulgarmente se dice, respirar á su sobrina.

Y sin embargo, indudablemente, cuando María de tal modo se negaba, algunos amores debian andar por medio.

Pero si estos amores existian, ¿por qué la jóven no se los habia revelado á su padre?

Al ocurrírsele este pensamiento, el conde no pudo ménos de estremecerse.

¿Seria alguna persona indigna de ella?

Pensando en esto, estaba abstraido en su meditacion y sin saber qué colegir, cuando un criado se presentó en la estancia.

El conde alzó la cabeza y preguntó:

—¿Qué quieres?

—Ahí fuera hay un caballero que desea hablaros.

—¿No ha dicho su nombre?

—No, señor.

—Pues bien, díle que pase.

Y el criado salió de la estancia mientras estaba murmurando su señor:

—¿Quién diablos vendrá ahora?.... ¡Si al ménos fuera García!....

La puerta de la cámara se abrió en aquel momento, y apareció ante los ojos del conde la figura gastada, la verdadera personificacion del vicio, su íntimo amigo y cómplice García.

—¡Cuánto me alegro que hayas venido!—dijo el conde.

—Y yo mucho más de encontraros.

—¿Por qué?

—¿Por qué me queríais vos?—preguntó García.

—Estoy desesperado.

—Me alegro.

—Estoy furioso con mi hija.

—Mucho mejor todavía.

—María va tomando alas con la proteccion de su tia.

—Infinitamente mejor—exclamó García frotándose las manos alegremente.

—Pero, ¿qué estás diciendo?—preguntó incomodado el conde.

—Que me alegro de encontraros en tan buenas disposiciones.

—Pero, ¿te has vuelto loco ó tratas de jugar conmigo?

—Con vos, no, porque no sois moneda de buena ley; pero sí con vuestro bolsillo.

—Vamos, no me agradan bufonadas.

—¡Ah!.... En ese caso perdonad, señor conde—dijo García con cierta gravedad cómica.

Y haciéndole una profunda reverencia, se dirigió hácia la puerta de la habitacion.

El conde estuvo á punto de echarse á reir al ver el gesto de su amigo.

Despues, al verle que se marchaba de veras, sintió una cólera infinita, y finalmente se levantó de su asiento, y dirigiéndose á él le cogió por un brazo, cuando ya iba á franquear la puerta.

—¿Dónde vas?

—¿No lo veis?.... Á la calle.

—Vamos, ó tú ó yo estamos locos.

—Vos me habeis dicho que no estábais para bufonadas, luego el loco debo serlo yo, y como un loco no debe estar en un sitio donde hay una persona tan cuerda como vos, por eso me retiro.

—¡Ea! no seas así.

—Vos direis lo que querais; pero ya es algo difícil que sea de otra manera.

—Vamos, hablemos algunos momentos con formalidad—dijo el conde sentándose, y obligando á que García lo hiciese tambien.

—Vaya—dijo éste—ya podeis contarme lo que querais.

—Yo te digo que no sé qué hacer.

—Pues si vos no sabeis.....

—He hablado hoy con mi prima la marquesa.

—¿Y qué resultado ha tenido esa conferencia?

—Que nos hemos incomodado una vez más.

—Eso no tiene nada de extraño; si hubiéseis hecho lo que yo os decia, que era no casaros.....

—Vamos.....

—Es verdad que entonces no tendríais lo que ahora teneis, ni seríais tan gran personaje.

—Pero, García, ¿te has propuesto incomodarme?

—No; yo no me hago jamás esas proposiciones; si vos os incomodais, será porque así lo quereis. Con que, ¿me estábais diciendo?....

—Que mi hija no quiere hacer lo que yo le digo.

—Eso prueba que teneis una hija desobediente.

—Eso prueba que entre ella y tú me vais á volver loco.

Y el conde se puso á pasear por la estancia, con la cólera y el furor impreso en el rostro.

García lo estuvo contemplando durante algunos segundos.

Se comprendia que estaba esperando á que se le pasara el primer instante, que en ciertos caractéres es el más temible.

Efectivamente, el conde pocos momentos despues se dejó caer de nuevo en su silla, diciendo:

—Me veo abandonado de todos, no puedo confiar ni aun en un amigo..... ¡y tanto como yo creia en él!

—Vamos; cesad en vuestras lamentaciones y hablad con formalidad.

—Parece que te burlas de mi desesperacion.

—Veo que quien está loco sois vos, pues no comprendeis ó no quereis comprender el verdadero sentido de las palabras.

—Perdóname, García—dijo el conde—pero te aseguro que si María no se casa con el sobrino de Floridablanca, mi fortuna corre grave riesgo.

—Psh!....—contestó García con indiferencia—lo sentiria por vos únicamente.

—La marquesa de Monte-Santo se muestra intransigente.

—Buen remedio; pasarse sin ella.

—No te comprendo. Ella sola es la que puede decidir á mi

hija á que consienta en dar la mano al sobrino de Floridablanca.

—Veo que no entendeis nada, señor conde: parece imposible que un hombre como vos no haya caido en lo principal.

—Pero..... explícate.

—Ya habeis dado uno ó dos golpes en vano.

—¿Cuáles han sido?

—El haber hablado á nadie del interés que teneis en que se lleve á cabo ese matrimonio.

—¿Qué habia de hacer?—preguntó el conde sorprendido.

—Eso habria estado muy bien para despues.

—¿Para cuándo?

—Decidme: ¿qué sacrificio haríais vos con tal que vuestra hija se casase con el sobrino de Floridablanca?

—¿Qué sacrificio dices? La mitad de mis bienes. No sé por qué ese casamiento representa para mí la vida, la tranquilidad.

—Vamos, pues, yo me contento con ménos.

—¡Cómo! ¿qué quieres decir?

—Que yo voy á hacer que vuestra hija se case con el sobrino de Floridablanca.

Fue tal el aplomo, tal la serenidad y la confianza con que García pronunció las últimas palabras, que el conde no pudo ménos de mirarle sorprendido.

¿Qué era lo que aquel hombre trataba de hacer para conseguir lo que él no podia?

¿Con qué elementos desconocidos trataba para conseguir un resultado maravilloso?

Por otra parte, le halagaba que García fuese quien se comprometiese á ello.

Y la razon de esto se explica perfectamente conociendo el carácter del conde.

García era para él otro objeto de terror.

Entre los dos, segun recordamos en el prólogo de nues-

tra obra, habia vínculos poderosos que les unian, y si alguien podia comprometer al conde, era únicamente García.

Estaba seguro de que mientras le pagase bien, callaria; pero ¿y si llegaba á no contentarse con la paga que se le diera, y hacia uso de lo que sabia?

El conde de Lazan no pudo ménos de estremecerse retratándose por algunos momentos en su rostro una angustia que desapareció en breve para dar lugar á una expresion más agradable.

Habíasele ocurrido una idea para salvar la situacion, y aquello fué sin duda lo que produjo el cambio de expresion.

García no se apercibió de nada.

Preocupado con los medios que iba á emplear, dijo al cabo de un rato:

—Pero el caso es que despues de lo que acabo de deciros nada me habeis contestado.

—¿Y qué he de contestarte? Cumple lo que has prometido, y yo te aseguro que has de quedar satisfecho de mí.

—Sin embargo; yo prefiriera algo á cuenta de esa oferta.

—Si no es mas que eso..... toma.

Y el conde sacó un puñado de monedas que puso en manos de García, cuyos ojos brillaron codiciosamente.

—Confiad en mí, señor conde, que vuestra hija se casará con el que deseais.

—Pero te advierto que ha de ser muy pronto.

—Lo sé.

—¿Y persistes en tu compromiso?

—No doy jamás una palabra en balde.

—¿Cuándo volverás?

—Dentro de ocho dias.

—¿Qué medios piensas emplear?

—No lo sé; pero no debeis fijaros en los medios si el fin corresponde á vuestros deseos.

—Sin embargo, bueno seria saberlos.

—Eso estaria muy bien pensado cuando yo tuviera trazado el plan; pero como aun he de combinarlo.....

—Sobre todo procura evitar violencias.

—Por de contado. Descuidad que indudablemente quedareis satisfecho.

Y dichas estas palabras, García salió del aposento sonando alegremente las monedas que le diera el conde.

CAPÍTULO XXI.

Doña Catalina de Sandoval vista en el interior de su casa.

Casi al mismo tiempo que el conde de Lazan encontraba un auxiliar con quien no contaba, la hermosa querida del marqués del Alcázar se encontraba en su tocador.

Era este un aposento de alta cúpula, sostenido por lijeras columnas de mármol blanco.

Dos ventanas abiertas sobre el jardin y festonadas por jazmines y yedra, dejaban penetrar su levísimo aroma, que unido á los que se exhalaban de dos perfumeros sostenidos por dos bacantes de pórfido que habia en los extremos de la habitacion, la embalsamaban completamente.

Y aquella fragancia enervaba de una manera especial.

Se sentia un deleite infinito al aspirarla, y llenaba el corazon de deseos desconocidos al par que ofuscaba la mente.

De las paredes se destacaban ninfas y sátiros en sus más provocativas danzas; del techo pendia una jaula dorada donde

un bello ruiseñor lanzaba en sus brillantes trinos quejas por su perdida libertad; magníficos transparentes puestos en los vanos de las ventanas, hacian más tenue, más misteriosa la luz que por ellas penetraba; divanes de raso azul; una tupida alfombra en la que se hendian los lindos piés de la seductora condesa, y una inmensa luna veneciana sostenida por dos génios de bronce y en cuyos costados se veian dos mesitas de palo santo á las que servian de pedestales aéreos amorcillos y que contenian las esencias, las pomadas y todas esas mil bagatelas tan necesarias en el tocador de una gran señora, completaban el adorno de la estancia.

Sentada en un sillon doña Catalina, sus camareras estaban ya concluyendo su tocado.

Á su espalda, reclinado en el divan, un jóven con los ojos fijos en el espejo, contemplaba ávidamente el rostro de la dama que se retrataba en el cristal. De tiempo en tiempo sus miradas se encontraban, resplandecian, y los ojos del mancebo se cerraban, no pudiendo resistir la irradiacion de las brillantes pupilas de la dama.

La belleza del jóven era sumamente notable; pero parecia que su rostro pudiera representar perfectamente en un momento de pasion el divino rostro de un ángel, y en un acceso de odio ó de celos la belleza enérgica, sombría y terrible de Satanás.

Por fin, concluyeron su tarea las doncellas de la jóven, y á una seña de ésta abandonaron la estancia, quedando solos los dos jóvenes.

—¿Qué tal te parezco, Gil Perez? ¿Estoy hermosa?—preguntó la dama volviéndose hácia el jóven y fijando en él una mirada deslumbradora.

—¡Oh!—contestó aquél, juntando las manos y cayendo de rodillas ante ella—no hay en el lenguaje humano una palabra que baste á expresar tu hermosura; mi corazon la comprende, pero mi labio no sabe decírtelo.

—¿Crees tú que podré fascinar al marqués?

—¿Y á quién no fascinarás tú, Catalina?—dijo Gil Perez con un acento en que se traslucia una sombra de celos.—Todos los caballeros de la córte suspiran por tí, desde el primero hasta el último, y todos, que indudablemente te aman ménos que yo, todos son más felices; ellos obtienen tus sonrisas, tan bellas como el cielo de nuestra patria; tu acento tan suave como el murmullo de las olas cuando besan nuestras playas; y tus miradas, esas miradas en que yo veia un paraíso; esas miradas, que en algunos momentos que han brillado para mí, me han hecho, ó bien un caballero con generosos instintos, ó bien el miserable asesino que acecha su presa, se lanza sobre ella clavándole un puñal por la espalda, y se goza tranquila en las dolorosas agonías de su víctima. ¡Oh! Catalina! Catalina! Mírame siempre así, aunque tenga cien crímenes que cometer; ó mátame de una vez, porque si llega un tiempo en que tus ojos no se fijen en los mios, por tener otros en quien derramar sus torrentes de amor; en que no oiga ese acento que hiere todas las fibras de mi alma, porque hay otro sér que se duerme bajo sus flexibles inflexiones; en que no vea tu sonrisa que me hace entrever horizontes sin límites de felicidad; en que no me quede la esperanza de estrechar entre mis sedientos brazos esas formas tantas veces adivinadas y deseadas tanto tiempo, porque otro hombre tenga el derecho de contar los latidos de tu corazon, poniéndolo junto al suyo; que tenga el derecho, en fin, de gozar todas esas delicias infinitas que yo he soñado, entonces, Catalina, te mataria, por tener el placer de que me perteneciera tu postrer suspiro.

Durante toda la larga tirada de Gil Perez, Catalina habia estado, por decirlo así, absorbiendo todas sus palabras.

Sus ojos, ora se fijaban amenazadores en el mancebo, ora lánguidos; entornaba sus pestañas y lanzaba á través de la transparente nube, una mirada húmeda, impregnada de exquisito deleite en él.

Y sus mejillas se enrojecian.

Y su seno se agitaba con rapidez.

Sus labios se entreabrian abrasadores.

Y de todo su sér se exhalaba un perfume tan incitante, tan voluptuoso, que Gil Perez, densamente pálido, cayó otra vez á sus piés murmurando:

—¡Oh! ¡Siempre así, Catalina, siempre así!

—Escúchame, Gil Perez—dijo la dama velando sus ojos y apartando el fluido magnético, por decirlo así, que embriagaba al jóven—ya sabes que te amo lo mismo que en Portugal cuando nos conocimos; pero tambien sabes que antes que á nuestro amor, yo me debo á mi venganza, y tú por afecto á mí te has complicado en ella. Es preciso que el hombre que abusó de la amistad de mi padre, muera, es necesario que expie en un largo y doloroso tormento los dolores que ha hecho sufrir, y en cuanto al ministro, yo inutilizaré todos los esfuerzos que está haciendo en favor de su país, que quiere poner tan floreciente, y este dolor que le torturará, esa caida tan espantosa que dará, será mi venganza; entonces, libre como el aire y como él caprichosa, me abandonaré en tus brazos, y juntos volaremos á Italia, á aquella tierra, cuna del saber humano, y fijaremos nuestra morada, bien en una gruta á la orilla del mar, donde el murmullo de las olas arrullen nuestro sueño, ó en el centro de un bosque sombrío, donde el ruiseñor entone sus cánticos á nuestros amores, y allí, solos, lejos de todo el mundo podremos entregarnos sin reserva alguna á nuestra dicha, y mi vida te pertenecerá para siempre.

—¡Oh!—murmuró Gil Perez cerrando los ojos como si se hiciera la ilusion de que ya estaba en el completo goce de aquella existencia—¡tanta felicidad me abrumaria!

Y extendió hácia adelante sus brazos.

Y tocaron un cuerpo que se estremeció á su contacto.

Y los brazos le rodearon y atrajeron.

Y el cuerpo se abandonaba dulcemente.

Al través de la finísima batista que lo cubria, se podian contar los latidos de su corazon.

Y los brazos seguian atrayendo el cuerpo hácia sí.

La cabeza de aquel cuerpo, voluptuosa y ardiente, vino á unirse á otra no ménos abrasadora é impaciente.

Sus cabellos se tocaron.

Sus alientos se confundieron.

Gil Perez fué á posar sus labios secos en los frescos y poderosamente excitantes de Catalina; pero ésta, con un movimiento brusco, se separó de sus brazos y se dejó caer en un sillon, preguntando al jóven que la contemplaba con desesperacion:

—¿Y mi venganza?

—¡Tu venganza!—dijo el jóven con tristeza—¡tu venganza! harto te vengas de mí por haberte amado. Yo te he sacrificado mi vida, ¿y tú qué me has dado en cambio? Excitarme el deseo, ponerme el placer en el borde de los labios y despreciarme luego, irritar mi amor con tus desdenes, torturar mi alma con el aguijon de los celos, tenerme en tu cámara, en tu tocador, en esa dulce intimidad en que tu hermosura provoca sin cesar mis deseos para defraudarlos á cada instante..... y esto es insufrible. Ver á ese hombre que te estrecha la mano, que tiene la audacia de llevarla á sus labios, y á quien tú torturas como á mí gozándote en su martirio, porque tienes un alma infernal en un cuerpo de ángel! Ver á ese Luis de Guevara á quien tú amas, sí, Catalina, porque sé que le amas!.... ¿crees acaso que yo que tanto te adoro, yo que hace algunos años te estoy observando, no he comprendido en tu agitacion, en el fuego de tus ojos, en ese no sé qué inexplicable que indica el amor, crees tú que no lo he comprendido? Sí, Catalina, y este pensamiento me destroza el alma; á su vista, mi odio dormido en el fondo de mi pecho por la influencia de tus ojos, se despierta, sube hasta mi cerebro, y me ha-

ce llevar la mano á la cintura en busca de un arma para partirle el pecho.

—¿Y tendrias valor?...—preguntó Catalina con viveza, no siendo dueña de reprimir un lijero movimiento de temor, que instantáneamente dominó.

—¿Que si lo tendria?—contestó Gil Perez con exaltacion—Sí. ¿No lo tienes tú para destrozar el mio á cada instante? ¿No contienes mi energía, mi odio, mi valor, con una mirada de tus ojos?... Ruégale al cielo, Catalina, que no llegue un dia en que tu belleza me desencante, en que tu poder no sea suficiente á dominarme, porque seria un dia fatal para nosotros.

Y al decir esto, sus ojos destellaron un fulgor sombrío.

CAPÍTULO XXII.

Qué era lo que doña Catalina de Sandoval deseaba.

Durante un breve espacio reinó en el aposento un silencio que tenia mucho de embarazoso para los dos personajes allí reunidos.

Fué tan lúgubre, tan fatídico el acento con que el jóven pronunció las últimas palabras, que un frio penetrante se introdujo por las venas de Catalina, que inclinó un momento la cabeza bajo el peso de la amenaza de Gil Perez.

Éste, cruzado de brazos, la contemplaba daguerreotipándose en su rostro con la rapidez del pensamiento, el deseo, la rabia, el amor y el odio.

Catalina alzó su cabeza, y su brillante pupila se fijó dominadora en los ojos del mancebo que sostuvo el choque un breve espacio hasta que los inclinó completamente.

—Vencido siempre—murmuró doña Catalina.

Y sonriendo lijeramente, dijo:

—Créeme, Gil, venguémonos de ese conde miserable, venguémonos en su hija, en su hijo, en todos los suyos, y despues nuestro amor nos compensará, á tí de todos los disgustos que has sufrido, á mí de lo mucho que he estado esperando esta venganza.

—¿Pero qué es lo que he de hacer? ¿Qué nueva infamia quieres que cometa?—preguntó Gil con un acento indefinible.

—Tu habilidad caligráfica es menester que se ponga á prueba.

—¡Cómo!—preguntó el jóven palideciendo.

—Es preciso que Jovellanos tenga una prueba de que el conde es un traidor que vende los secretos que se le confian al conde de Aranda.

—¡Catalina, lo que me pides es terrible!

—¿Y no vale nada lo que te concedo?

—¡Dios mio! ¡qué horrible infierno!—murmuró Gil Perez oprimiéndose la cabeza con ambas manos.

—Si no te conviene servirme, puedes dejarlo todo, volverte á tu país y vivir tranquilo; yo encontraré otro que me sirva mejor que tú.

—¿Por qué me tratas tan sin piedad, Catalina? ¿No estás contenta acaso con todo lo que hice por tí? ¿Qué me has concedido en cambio de cuanto me has exigido? ¿Te acuerdas de la tranquila vida que yo hacia en Evora cuando te conocí? No sé qué virtud extraña, no sé qué mágico poder ejerciste para mí que tu mirada me enloqueció, olvidé todo lo que era, todo lo que habia sido, todo lo que ambicionaba ser para convertirme en lo que tú quisieras que fuese.

—¿Y recuerdas lo que yo te dije, el dia en que viniste á ofrecerme tu amor?—preguntó doña Catalina.

—Sí.

—Te dije, yo me debo antes que todo á una venganza; en mi existencia hay misterios que desconozco, que quiero conocer, y que presiento deben arrastrarme á una venganza terri-

ble; el hombre que me ame, el hombre que busque mi amor, es menester que se una á mí para la venganza. Tú lo aceptaste, y por lo tanto no tienes derecho alguno para quejarte.

—¡Oh! sí, sí, le tengo; porque yo creí que la venganza habia de reducirse á matar una ó dos personas, aquellas de quienes quisieras vengarte; pero no podia imaginarme jamás que tu objeto fuera hacerme presenciar tus liviandades; arrojarme á cada momento al rostro el mismo padron de ignominia en que tú te envolvias; reducirme á la bajeza de estar comiendo el pan de un hombre honrado; de un hombre que deposita toda su confianza en mí, y cuya confianza estoy burlando, revelándote sus secretos; no creí que tuviera que presenciar tus vergonzosos amores con el marqués del Alcázar; que hubiera de sufrir con la pasion, que por más que niegues, sientes hácia don Luis de Guevara. ¡Oh! mucho me has hecho, y me haces sufrir, Catalina; mucho tambien debes darme para que puedas satisfacer la deuda inmensa que conmigo tienes contraida.

—¿Y es posible que tengas celos del viejo marqués?

—Pero, ¿y de don Luis?

—En cuanto á don Luis, ya te he dicho que todo son necias suposiciones tuyas, y no volvamos á hablar más de él si no quieres incurrir en mi enojo.

—Está bien, no volveré á nombrártele; pero recuerda bien lo que te digo, Catalina; si algun dia llego á convencerme de que amas á don Luis, si obtengo la evidencia de ese amor, ¡ay de tí! entonces.

—¿Es decir que me amenazas?

—No; te prevengo. Ahora habla, díme, ¿qué nueva infamia he de cometer?

—Semejante calificacion!....

—Es la exacta; demos á las cosas su verdadero nombre.

—Ya te he dicho lo que es necesario que hagas con el conde de Lazan.

TU NO ERES MI ESCLAVO SINÓ MI SÉNOR

—Falsificar su letra; hacerle aparecer como traidor, y condenarle, más que nada, por ser el padre de María.

—No por ser el padre de María, por ser el hombre á quien persigue mi venganza.

—¡Dichosa venganza, que en el tiempo que llevamos en la córte, no habia encontrado todavía el objeto de ella!

—Es que hasta hace pocos dias no he sabido lo que el conde representaba para mí.

—Está bien; prosigue.

—En cuanto á su hija, es necesario tambien devolvérsela al padre, manchada de tal modo, que se avergüenze de ella, que maldiga hasta la hora en que la engendró.

—¡Oh! eso es demasiado!

—Eso es lo que ha de ser—contestó la dama, fijando su poderosa mirada en el mancebo, con una expresion tal, que éste no tuvo otro remedio que inclinar la suya.

—¿Y cómo ha de hacerse eso?—preguntó.

—Los Caballeros del Amor se encargarán de ello.

—Pero te olvidas de que el conde tiene un hijo.

—Ahora está herido; pero ya encontraremos medio de enconar su herida.

—¡Oh! Eres implacable.

—Soy una mujer que se venga, y nada más.

—Quiera Dios que tu venganza no traiga en pos de sí mayores desventuras para los dos.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. ¿Tienes algo más que mandarme?

—No es esa la frase que debes emplear, siendo unos mismos nuestros intereses.

Los tuyos, dirás mejor. No soy mas que tu esclavo, bien lo sabes, y de ello te aprovechas.

—¡Oh! no, Gil Perez; tú no eres mi esclavo, sino mi señor.

—No me dejes que lo sea nunca, porque quizás te arrepintieras muy pronto.

El acento con que pronunció el jóven estas palabras vibró de tal manera, que doña Catalina no pudo ménos de estremecerse.

Poco despues, Gil abandonaba la estancia.

Tan luego como hubo salido de ella, la de Sandoval murmuró con acento indefinible:

—Vé con Dios, imbécil; procura servirme bien, que yo á mi vez procuraré impedir que llegues nunca á ser mi señor.

CAPÍTULO XXIII.

Celos de mujeres.

¿Cómo habia podido doña Catalina sospechar de tal manera los amores de Luis, que se creyese obligada por ellos á espiar las acciones de María, obrando de la manera que ya hemos visto en uno de nuestros anteriores capítulos?

La dama del marqués del Alcázar era excesivamente celosa, y precisamente para aumentar sus celos, el mismo marqués le dijo, aludiendo á la última concesion que el monarca le habia hecho:

—Lo que es el tal caballerito tiene muy buenos protectores en la córte, y milagro será que no tenga algo que ver en esta proteccion una dama muy encantadora, cuyo padre, á lo que parece, es el principal interesado en su favor.

—¿Cómo habeis dicho?—preguntó doña Catalina, que desde el momento en que comenzó á hablar el marqués, no habia podido ménos de estremecerse y palidecer.

—Sí; hoy en la cámara de palacio se estaba hablando respecto á la fortuna de don Luis, y al interesarme yo por él, pues verdaderamente le aprecio, no ha faltado quien ha dicho que el conde de Lazan le proteje mucho tambien, y hasta no sé si se ha tratado de algun matrimonio con su hija, que por cierto es una bellísima doncella.

—El conde parece que era muy amigo del padre de don Luis.

—Pero desengañáos, doña Catalina, si no existiera el iman de la hija, por antiguas y poderosas que fueran las relaciones de los padres, no bastarian á tener encadenado constantemente en casa del conde á un mozo de las prendas de don Luis.

—¿Encadenado habeis dicho?

—Sí á la verdad, porque no de otra manera puede calificarse la permanencia casi perenne de don Luis en esa casa.

—¡Como que está herido de tanta gravedad el vizconde!

—Sin embargo, más herido presumo que pueda estar don Luis por los bellos ojos de doña María.

Fácilmente puede comprenderse todo el enojo que experimentaria la de Sandoval escuchando las palabras del marqués.

La indignacion de verse burlada, el amor propio ofendido, los celos, el despecho y la ira de tal manera se alzaron en su corazon, que la faltó el sosiego durante todo el dia, y cuando llegó la noche no quiso recibir á don Luis por temor de que éste advirtiera en su semblante la profunda alteracion que habia en su alma.

El marqués, sin saber lo que hacia, habíala puesto en una situacion fatal, y lógico era que recorriese toda la pendiente excitada por sus celos y su mal entendido orgullo.

Desde aquel momento no hubo ya tranquilidad ni reposo para la dama.

Á todo trance quiso convencerse de la verdad encerrada en las palabras del marqués, y como que precisamente abun-

daba en recursos, y la carencia de estos no podia ser óbice para que permaneciese ignorante de lo que la convenia, decidióse á comprar á todo el que se quisiera vender de la servidumbre del conde, y pronto encontró una de las camareras de María y uno de los criados de su padre, que en poco tiempo la pusieron al corriente de todo lo que necesitaba.

La circunstancia de haber ocurrido por entonces el desafío de Luis con el marqués, impidió que el jóven se apercibiera del estado de excitacion en que respecto á él se encontraba doña Catalina, y aquel mismo incidente favoreció á ésta en gran manera para saber cuanto le convenia, y adquirir una prueba cierta de la felonía usada con ella por el jóven caballero.

Aquella carta, como ya hemos dicho en otro capítulo, escrita por María á Luis, carta en la cual se revelaba la nube de desventuras que acababa de presentarse en el cielo de su felicidad, era un arma terrible en manos de doña Catalina.

Arma de dos filos que podia esgrimir lo mismo contra el uno que contra la otra, pues para ella los dos la habian ofendido de igual manera.

El vengativo afan de doña Catalina era más terrible de lo que á primera vista pudiera parecer.

Mujer toda pasion, bien fuera como amada, bien como enemiga, era terrible siempre.

En el primer caso, porque con la mayor facilidad y solo con una leve sospecha podia llegar á convertirse en lo segundo, y siendo esto no podia ni debia esperarse de ella piedad ni gracia de ninguna especie.

De modo que nuestro amigo, no solamente tenia en contra suya las condiciones especiales en que se encontraba frente á las pragmáticas de Cárlos III y á las persecuciones de que pudiera hacerle objeto la familia del marqués, sino que además habia concitado en su contra el odio de doña Catalina, que, como hemos dicho, era formidable.

Y como si esto no fuera suficiente, despertáronse tambien otros rencores en contra suya, rencores que sin tener el carácter, digámoslo así, criminal que los de aquella, ejercieron sin embargo una influencia extraordinaria en la existencia del jóven.

Nuestros lectores no habrán olvidado á doña Isabel de Zúñiga, esposa de don Rodrigo de Cárdenas, conde de Santillan, que precisamente la noche en que hicimos conocimiento con don Luis, abandonóse sin recelo alguno al amor que el jóven la inspiraba, amor primero y único en su existencia.

Objeto de las conversaciones de la córte el rápido encumbramiento de Luis, cada uno le buscaba un orígen distinto, pues los cortesanos en todas las épocas no han comprendido que el verdadero mérito pueda ser protegido, citando siempre por causa para ciertas fortunas el favoritismo ó la proteccion, pero jamás el desinterés y el verdadero mérito.

Recorriendo todos los medios por los cuales podia haber crecido tanto el jóven, y analizando todos los elementos que pudieran haber contribuido á su fortuna, cada uno de aquellos caballeros decia su opinion, hasta que hubo alguno que mirando maliciosamente al viejo marqués del Alcázar, dió á entender que no eran ajenas á la elevacion de Luis personas que se hallaban en muy íntimo contacto con él.

La alusion hizo fortuna, y desde aquel momento juzgóse que Luis era copartícipe con el marqués en los favores de doña Catalina.

Ya dijimos en su lugar correspondiente, que la esposa del conde de Santillan, falta de los placeres del amor, habíase refugiado en las intrigas y en el enmarañado laberinto de la política; y su marido, si no podia por las circunstancias especiales que para su matrimonio mediaran, satisfacer las aspiraciones de su alma, en cambio para sus aspiraciones y sus cálculos políticos era un auxiliar poderoso.

Consecuencia de esto fué hablar de la fortuna hecha por

Luis en tan breve espacio, y de aquí que don Rodrigo dijera á su esposa las versiones que en la córte se daban á aquella fortuna.

Doña Isabel, despertado súbitamente su cariño, habíale depositado grande, impetuoso, ardiente y abrasador en el jóven; así fué que al escuchar las indicaciones de su esposo, á pesar del dominio que sobre sí tenia, no pudo ménos de palidecer.

Y cuando se quedó sola en su aposento, cuando sin testigos pudo entregarse á su desesperacion, rompió á llorar amargamente, exclamando:

—Pero, ¿será posible que Luis me haya engañado de un modo tan villano? No me atrevo á creerlo; aquel acento con que me pintaba su pasion; aquella mirada tan elocuente, y en la cual parecia reflejarse toda la pureza de su alma, no es posible que pudieran engañar. Pero si fuera cierto lo que el conde ha dicho; si otra mujer me disputara su cariño, y esa mujer perteneciese á la condicion de doña Catalina, ¿qué infame no seria el proceder de don Luis? Y es verdad—prosiguió despues de algunos momentos de reflexion—que nadie más que esa mujer liviana, puede haberle protegido de esa manera. ¡Insensata de mí! Habia dado crédito á sus palabras; creia de buena fe que los esfuerzos del conde de Lazan, unidos á los mios y á su propio merecimiento, eran los que habian hecho su suerte; y ahora comprendo, con tanta vergüenza como dolor, que comparándome con una miserable meretriz, ha recibido de ella beneficios, á la par que á mí me mentia palabras de amor y de ternura. Pero, ¿será verdad eso? ¿Acaso no sé que en la córte, la accion más insignificante á veces se abulta y se comenta de un modo escandaloso? ¡Duéleme tanto creer que Luis pueda engañarme!.... y engañarme, ¿por quién? Por una mujer de oscuro linaje, por una mujer impura, que vive con su propia ignominia. ¡Dios mio! ¡Dios mio! creo que voy á volverme loca. Si al ménos otro amor más puro, más grande, más digno que el mio le hubiese domina-

do, disculpáraselo todavía, porque, á pesar de mi propio amor, comprendo bien lo mucho que he descendido en el nivel de mi propia estimacion y de mi decoro; pero la sola idea de ser desdeñada tal vez por una criatura tan indigna, hiéreme á mi pesar, y no puedo acostumbrarme á semejante idea.

Largo tiempo llevóse la dama pensando en lo que su esposo le dijera; supuso que tal vez el desafío que habia tenido con el marqués Adelfi reconociera por causa aquellos mismos amores, puesto que en otro tiempo habíase murmurado en la córte de las pretensiones del marqués respecto á doña Catalina, y tomó nuevas proporciones su creencia, en términos que para corroborarla, ó mejor dicho, para adquirir mayores datos, rindiendo tributo á costumbres que todavía se conservaban, decidió valerse de Giacomo Zarini, que en su calidad de nigromante podria decirle la verdad de lo que hubiera en este asunto.

CAPÍTULO XXIV.

Otro corazon herido.

Giacomo Zarini, como sabemos, tenia fama, no solamente de componer drogas y cosméticos, sino tambien de decir la buena ventura ó de levantar horóscopos como en los tiempos de la antigua magia judiciaria.

Pasaba por ser, como ya hemos dicho, el perfumista de la córte, y del mismo modo que vimos á doña Catalina de Sandoval dirigirse á su casa en demanda de un elíxir para conquistarse el amor del ingrato amante, y de un tósigo que matase instantáneamente, acudian tambien muchas damas en busca de pomadas y de cosméticos para embellecerse el rostro.

Doña Isabel de Zúñiga habia rendido tributo á la moda, y tambien era, por decirlo así, parroquiana de la famosa tienda del italiano.

Así fué que no pudo causar extrañeza alguna ver detener

la silla de manos de la dama á la puerta de la tienda del perfumista.

Giacomo Zarini, como de costumbre, salió á recibir á la dama, haciendo toda clase de cumplimientos, ofreciéndola aquellos artículos de que sabia hacia ella uso.

Pero doña Isabel apresuróse á decirle en voz baja:

—Necesito hablarte, Giacomo.

—Pasad, si os place, señora: precisamente no hay nadie en estos momentos que pueda veros.

—Importárame poco el que me vieran—repuso con altivez doña Isabel—nada de vergonzoso tiene mi venida á esta casa, y puedo por lo tanto venir como lo hago en pleno dia.

—No lo dije por ofenderos.

Y Giacomo se inclinó respetuosamente.

Doña Isabel salió de la silla de manos, y penetró en la tienda del italiano.

Éste la hizo penetrar en la trastienda, subir por una escalera estrecha y tortuosa, y llegar al laboratorio donde ya en otra ocasion le hemos visto.

Una vez allí, dijo la dama:

—Necesito, para tranquilizar á una amiga mia, en cuyo nombre vengo á verte, que me digas lo que hay de cierto en la existencia de un hombre.

—Árdua tarea es la que me encomendais, señora; pero si me decís el nombre del caballero, preguntaré á toda mi ciencia, y posible es que pueda complaceros.

—He de advertirte de nuevo—repuso doña Isabel—que no soy yo quien interesada viene en tales averiguaciones. Vengo, como te he dicho, en nombre de una amiga mia herida por el desamor de un galan, y queremos conocer lo que hace, lo que piensa y lo que dice el galan.

—¿Cuál es su nombre?

—Don Luis de Guevara.

—Fortuna tiene el caballero—repuso Giacomo, que no

pudo ménos de sorprenderse al escuchar el nombre pronunciado por la dama, mirándola fijamente al mismo tiempo.

—¿Por qué?—preguntó doña Isabel palideciendo levemente.

—Porque no ha muchos dias vino otra dama tambien con la misma demanda.

—¿Y le diijste?....

—Lo que la ciencia me decia. Tal vez seria ésa dama vuestra amiga.

—Puede.....

Giacomo permaneció silencioso algunos segundos.

Hubo un momento en que creyó que doña Isabel obraba por cuenta propia.

Pero de tal modo tenia sentada esta dama su reputacion de honrada y digna, tan incorruptible se la creia en cuestiones de honor, que la sospecha nacida en la mente del italiano hubo de desvanecerse al punto.

Entonces juzgó si vendria instigada por doña Catalina, para ver si lo que él le decia estaba en relacion con lo que á ella le dijera.

Esta idea le pareció más acertada, y partiendo de esta hipótesis, le dijo:

—¿Es decir, señora, que quereis de nuevo que pregunte á la ciencia?

—Sí; y por tu bien debo decirte que lo hagas con todo tu saber.

Giacomo colocó sobre la mesa algunos instrumentos; puso en un lado un plano bastante imperfecto de Madrid; despues en otro lado una esfera, sobre la que puso varias estrellitas negras y blancas; despues colocó una pequeña cajita en otro extremo de la mesa, y sacando de una jaula una tórtola, la puso sobre la esfera de donde habia sacado las estrellas.

La tórtola, separando unas estrellas y picoteando otras, fué finalmente á poner las dos patas sobre dos, de las cuales una era blanca y la otra negra.

Inmediatamente apresuróse el italiano á coger el ave, volviéndola á encerrar en su jaula.

—Ved, señora—dijo dirigiéndose á doña Isabel—que número tienen esas estrellas.

Y le señaló las dos que acabamos de mencionar.

—El diez y el veinticinco—repuso la condesa de Santillan.

Entonces púsose Giacomo á hojear el plano de Madrid, diciendo al cabo de algunos segundos:

—Esto es; lo mismo dice la ciencia hoy que dijo ayer; don Luis de Guevara ama á dos mujeres; una rubia y otra morena, que son las dos estrellas que teneis en vuestra mano; estas dos mujeres habitan en dos barrios distintos de Madrid, señalados con los números que habeis visto en las estrellas; barrios que corresponden á las calles de la Puerta de Moros; barrios que corresponden desde la Cruz del Humilladero hasta las Vistillas, y desde los Caños del Peral hasta Afligidos.

—¿Pero quién vive allí?

—Eso es lo que va á decirnos precisamente esa caja que está colocada en esa esquina de la mesa.

Y Giacomo señaló la caja de que ya hemos hecho mencion.

—¿Qué hay en ella?—preguntó doña Isabel.

—Retratos de todas las damas principales que habitan en esos distritos.

—Pues abundante ha de ser tu galería, Giacomo, que precisamente en esos barrios habita la mayor parte de la nobleza.

—Juzgadlo por vos misma, señora; buscad en esa caja los retratos que corresponden á los números indicados, y vereis quiénes son las dos damas de quienes está prendado el caballero.

Doña Isabel se apresuró á hacer lo que el italiano la indicaba.

Los celos excitaban su deseo, y con mano febril púsose á repasar aquellos retratos, no muy bien hechos por cierto;

pero que, como habia dicho perfectamente, representaban lo más selecto de la nobleza madrileña.

De pronto una exclamacion de sorpresa brotó de sus labios.

Acababa de tropezar con el primer número de los dos que habia indicado la tórtola.

Era una estrella negra con el número diez, y correspondia á una dama morena que era doña Catalina.

Ya sabemos que respecto á ésta, sabia algo doña Isabel; pero á pesar de ello, no pudo ménos de sorprenderse al ver por qué medio tan ingenioso el italiano habia acertado.

Y siguió buscando llena de ansiedad la segunda dama; pero cuando este caso llegó, su asombro no conoció límites.

No fué una exclamacion, sino un grito de sorpresa lo que de sus labios se exhaló.

El retrato que estaba contemplando, marcado con una estrella blanca, y con el número veinticinco, era el de María Ortiz de Quiñones, hija del conde de Lazan.

La impresion recibida fué tal, que permaneció un buen espacio muda y sin saber qué decir.

Giacomo la contemplaba con una expresion completamente indefinible.

Hubiera sido imposible determinar si en aquella fisonomía era benevolencia ó vengativo espíritu lo que la animaba.

—¿Quereis, señora—dijo Giacomo viendo que nada le decia la dama, que recurramos á otro medio para obtener el resultado que deseais?

—Pero ¿estás seguro — preguntó á su vez doña Isabel saliendo de su ensimismamiento, que es verdad lo que tu ciencia acaba de decirme?

—Sí, señora; las estrellas, para los que hemos estudiado su significacion, no mienten jamás.

—¿Con que es decir que don Luis ama no solo á doña Catalina sino tambien á la hija del de Lazan?

—Amores son estos—repuso con intencionado acento el italiano—que matarán á los otros.

—¿Qué dices?

—Que no ha muchos dias, segun he tenido la honra de deciros antes, que hube de levantar el horóscopo del nuevo conde de Castro-Nuño, ó sea el famoso don Luis de Guevara, y allí encontré que la estrella de doña María eclipsaba á todas las demás que influyen ó puedan influir en su existencia.

—¿Y qué dama fué esa que te hizo levantar el horóscopo? —preguntó con intencionado acento doña Isabel.

—Vuestra amiga señora.

—¡Mi amiga!

—¿No me habeis dicho que no obrábais por cuenta propia sino que veníais en nombre de una amiga vuestra?

—Sí tal.

—Pues esa amiga será sin duda doña Catalina.

—¡Oh! no; nunca semejante mujer puede ser amiga mia.

Fué tal el acento con que la dama pronunció estas palabras, que á su vez contemplóla sorprendido el italiano.

Sin duda se le ocurrió entonces la idea de si habia padecido un error, y si realmente doña Isabel, á pesar de sus manifestaciones en contra, obraria realmente por su cuenta.

—Á fin de asegurarse más de ello, dijo:

—Perdonad, señora; creí que vendríais en nombre de esa dama, y á la verdad debo deciros que positivamente la ciencia ha hablado con verdad, puesto que las noticias que por la córte circulan, están completamente conformes con lo que dicen las estrellas.

—¿De modo que consideras como cierto el hecho de que ese hombre ame á doña Catalina y á doña María?

—Sí, señora.

La condesa de Santillan sentia que el llanto estaba asomando á sus ojos.

Suponiendo que el único amor de don Luis fuera el de do-

ña Catalina, creia que tal vez sus encantos, sus reflexiones y sus protestas, conseguirian vencer en el corazon del caballero el amor de la meretriz; pero desde el momento en que se le ofrecia en lucha un nuevo amor como el que doña María podia inspirar, la lucha tomaba otro carácter, y era muy posible que no pudiese vencer, ó por lo ménos habia el triunfo de costarle sumamente caro.

De aquí la horrible desesperacion de su alma; de aquí aquellas lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos; de aquí aquella extraña opresion que estaba poniéndola en un grave compromiso; pues no queria que el italiano pudiera apercibirse siquiera de que era ella una de las damas que estaban prendadas del caballero.

Así fué que se apresuró á levantarse de su asiento; y á fin de pagar á Giacomo el servicio que acababa de prestarle, encargóle diversos frascos de pomadas y de esencias, y poniendo en manos del italiano un bolsillo, le dijo:

—Creo que es inútil recomendarte la mayor prudencia y circunspeccion.

—Harto sabeis, señora, que jamás he pecado de indiscreto; id tranquila, que de mis labios no saldrá frase alguna que pueda comprometeros.

—Ten presente—repuso con altivez doña Isabel—que no eres tú quien puede comprometerme. Tengo mi honra sobradamente limpia, para que un aliento impuro pudiera mancharla.

Y trás estas palabras, necio alarde de un orgullo mal entendido, la dama abandonó la casa del perfumista.

Una vez en la silla de manos, el llanto contenido por tanto tiempo y á costa de tan formidables esfuerzos, estalló por fin.

Y desde la casa del italiano hasta la suya, llorando amargamente su desventura, comprendió que la soledad de su alma era tan grande faltándole el amor de don Luis, que apenas se

sentia con fuerzas para sobrellevar todo lo inmenso de aquel infortunio.

Sin embargo, aquel llanto la alivió algo, porque así como el rocío refresca la tierra árida, el llanto es el rocío del corazon abrasado por la devoradora pena.

CAPÍTULO XXV.

Donde se ve que Simon, cuando no sabia una cosa, la inventaba perfectamente.

Desesperada habia salido doña Isabel de casa de Giacomo Zarini.

Habia entrado en ella en la inteligencia de que iba á aclarar las presunciones que circulaban respecto á los amores de Luis con doña Catalina de Sandoval; pero se encontró con que, no solamente existian estos, sí que tambien estaban por medio los de María, la hija del conde de Lazan, amores, como ya hemos dicho en otra parte, que realmente le infundian temor, tanto por la belleza de la jóven, cuanto por el prestigio que le daba su juventud, su pureza y la amistad, que segun el mismo Luis le habia dicho, unia al padre de éste con el de aquella.

Ya hemos visto que, presa del dolor, del despecho y de los celos, hubo de permanecer largas horas entregada á sus meditaciones.

Cuando de ellas salió, brillaba en sus ojos la resolucion.

—Es necesario apartar de mi camino cuantos obstáculos se presenten—dijo.

É inmediatamente envió á llamar por medio de uno de sus criados á Simon.

Poco despues, un individuo de siniestra catadura, de mirada torva, de frente deprimida y estrecha, de meloso acento y brusco ademan, presentóse ante ella.

Convendrá que el lector tenga una idea, siquiera sea sucinta, de quién era el nuevo personaje que presentamos á su vista, y qué clase de relaciones le unian á doña Isabel.

Dos años antes de los sucesos que venimos narrando, hallábase doña Isabel en una de sus magníficas posesiones de la oriental Granada.

Finia el mes de mayo.

Solitaria y pensativa encontrábase la bella señora á una hora avanzada de la noche, sentada en un banco de piedra del suntuoso jardin que engalanaba su rica propiedad, gozando del fresco ambiente que suave se deslizaba en aquel delicioso sitio, y abstraida y abismada en sus propios pensamientos.

Un penetrante grito salido del interior de su casa, sacóla de su arrobamiento.

Levantóse doña Isabel precipitadamente.

Sobresaltada é indecisa no sabia qué partido tomar, tanto más, cuanto que al grito primero que escuchó, sucedió un sério tumulto. Decidióse por fin, y con paso resuelto y precipitado dirigióse al interior de la casa ; no habia llegado aun al umbral de su puerta, cuando apareció en él y en el mayor desórden una jóven doncella, pálida y descompuesta.

—¿Qué ocurre? ¿Qué alboroto es este?

—¡Ay, señora de mi alma! El pobre Jerónimo.....

—¿Qué?

—Mal herido, y el ladron está ahí.

—¡Cómo!—replicó doña Isabel penetrando en la casa—¡un ladron!

—Sí, señora, un asesino que ha penetrado, Dios sabe cómo, en el aposento de vuecelencia rompiendo un cristal de la ventana.

—¿Y dónde está ahora?

—Encerrado. Por una casualidad providencial, Jerónimo y Ramon, que no se habian aun acostado, al retirarse, parecióles percibir el ruido de un cristal que se rompia, y esto precisamente al pasar por delante de la puerta del gabinete de vuecelencia. Como quiera que Jerónimo habia visto á la señora en el jardin, paróse é hizo seña á Ramon de que guardase silencio; aplicó el oido junto al quicio de la puerta; pero como esta no se hallaba cerrada, entreabrióse y pudo distinguir perfectamente al pícaro ladron.

Jerónimo, sin detenerse, lanzóse sobre aquel tunante, el cual al verse descubierto trató de escapar; no ha podido conseguirlo; pero en cambio ha mal herido á Jerónimo, el cual, sin la ayuda de Ramon, indudablemente perece.

—Subamos.

Cuando la señora y la doncella llegaban á las antesalas del piso principal, multitud de criados y criadas se hallaban en ellas comentando el hecho que Ramon les acababa de referir con sus menores detalles. Al ver á la condesa, adoptaron una actitud respetuosa, aguardando á que ella les dirigiese la palabra.

—Ramon, ¿dónde está Jerónimo?

—En su lecho, señora condesa.

—¿Es grave la herida?

—No, señora, al parecer no lo es, y eso que el pícaro del ladron trataba de acabarle; pero gracias á Dios, con mi presencia se ha evitado la desgracia.

—¿Y en dónde está?....

—¿El ladron?

—Sí.

—Encerrado en aquella habitacion.

É indicó una puerta que se hallaba colocada precisamente delante de la condesa.

—¿Desarmado?

—¡Ya lo creo!

—Quédate aquí, Ramon; vosotros retiráos á descansar.

Sin replicar una palabra desaparecieron los criados, excepto Ramon, que se quedó aguardando las órdenes de su señora.

—Quiero ver á ese hombre; aguárdame aquí por si me fueses necesario. Abre la puerta.

Ramon no replicó, y abrió la puerta de la habitacion donde se hallaba el preso.

Cruzado de brazos y apoyado en una cómoda, estaba el escalador.

Lo que pasó entre éste y doña Isabel no pudo percibirlo; pero es lo cierto que con gran asombro por parte del fiel criado, vió éste salir á doña Isabel del aposento seguida del prisionero, y no con ménos asombro, escuchó lo siguiente:

—Ramon, no quiero perder á este pobre; deseo que se escape.

—Señora.....

—Esa es mi voluntad. Él por su parte me ha ofrecido.....

—Señora—dijo el detenido con bronco y firme acento—yo os juro que no os pesará haberme perdonado, y vale algo en mi boca este juramento.

—Convenido. Ramon, condúcele á la puerta del parque y no se hable más de ello.

Ramon, completamente sorprendido, obedeció y guió al ladron hasta dejarle libre en la calle.

—Vamos—dijo al verse en libertad aquel bribon—he salido ganancioso habiéndose malogrado este lance. Desde hoy tengo una gran señora por madrina.

Ramon, por su parte, se decia dirigiéndose á su aposento:

—Todos los pícaros tienen fortuna: este tunante ha logrado enternecer á la señora; lo que es á mí tambien me hubiera convencido. Ea! vamos á descansar.

Hé aquí lo que pensaba en tanto doña Isabel:

—¿Qué hubiera logrado con perder á ese hombre? No vale más haberle convertido en defensor acérrimo de mi persona? Esos tunantes á veces son útiles, y ¿quién sabe si yo algun dia pueda necesitar de sus servicios?

El tiempo era el encargado de demostrar que la condesa, al libertar á aquel hombre, obedeció á un secreto presentimiento.

. . . . . .

. . . . . .

—Simon, toma asiento y escúchame con atencion. No tengas recelo, que aquí nadie nos escucha.

—Escucho, señora, y estoy bien de pié.

—Como quieras. Supongo, Simon, que no habrás relegado al olvido los beneficios de que me eres deudor.

—En manera alguna; sé perfectamente que la primera visita que tuve la honra de hacer á la señora marquesa, en su casa de Granada, cierta noche hace dos años, pudo valerme un paseo á África; no he olvidado tampoco que desde entonces acá, gracias á su mediacion, he salido con bien de las manos de los escribas y fariseos, que se empeñaron no ha mucho en envolverme entre sus garras; no ignoro tampoco que es por su excelencia por quien se me han abierto las puertas del Saladero, y finalmente, no puedo ménos de confesar que á no tener madrina de tanta valía, no sé qué seria de mi persona á la hora presente.

—Agrádame que tan fiel te sea la memoria, y espero llegado que sea el momento oportuno de manifestarme tu adhesion, que sabrás aprovecharlo.

—Esto me huele á negocio—pensó interiormente aquel cínico bribon.

Y en voz alta, exclamó:

—Mande su excelencia aunque sea un imposible, y ya verá de lo que es capaz Simon Zamarra por servirla.

—Eso me agrada. Procedamos por órden: ¿cómo estás de dinero?

—¡Ay, señora de mi alma! Están tan malos los tiempos, que ya es poco ménos que imposible el ganarse honradamente el sustento; tan lijero ando de bolsillos como fuerte de estómago, y lo que más me apura es que tengo algunos atrasos que no sé cómo solventar.

El grandísimo tuno comprendió que era necesario para algo, y con el mayor descaro trató de sacar el partido posible de la situacion.

La condesa se dirigió á un secreter de palo de rosa que estaba en un ángulo del gabinete; abrió uno de sus cajones, y de él extrajo algunos billetes de banco que entregó á Simon.

—Toma; hé aquí diez mil reales.

Los ojos de Simon brillaron de codicia al asir con su mano aquellos billetes.

—Por ahora—continuó la condesa—creo tendrás lo suficiente.

—Por ahora—pensó Simon—esto quiere decir que tengo una mina que explotar. ¿Qué hay que hacer?

—Hélo aquí: Habita la córte un jóven que se llama don Luis de Guevara; este caballero ha tenido un lance hace cuatro dias con el señor marqués Adelfi; este último está herido gravemente, y el primero ha desaparecido. Me consta que se halla oculto en Madrid, y me es absolutamente indispensable conocer la morada que le sirve de guarida; y esto por todo el dia de mañana.

—Aun cuando se escondiera en las entrañas de la tierra, yo le descubriré.

El rostro de Isabel se iluminó de súbita alegría, la cual no pasó desapercibida á los ojos de su interlocutor.

—Confio, pues, en tu eficacia.

—Quedad descansada; pudiera acontecer que sobrevinieran algunos gastos, pues me será preciso valerme de cierta gentecilla.....

—Gasta y pide; lo esencial es que mañana sepa yo dónde se oculta don Luis. No eches en olvido el nombre y apellido.

—Don Luis de Guevara: se ha clavado en mi memoria; ahora, madrinita, hasta la vista; quizá tenga que volver por dinero.

—Lo que quieras; pero no pierdas el tiempo.

—Quede tranquila la señora condesa.

Esto diciendo, saludó respetuosamente, y se retiró.

—Entiendo, iba diciéndose para sí el *buen* Simon, mi madrina y ese don Luis..... entiendo, entiendo, pero ¿á mí qué? Lo que sospecho es que tengo un filon entre mis manos.

Doña Isabel quedó abismada en sus pensamientos; pero completamente segura de saber positivamente al siguiente dia el escondite que servia de morada á su inolvidable don Luis de Guevara.

CAPÍTULO XXVI.

Algunos detalles respecto á la condesa de Santillan, muy necesarios para definir completamente su carácter.

La resolucion que habia adoptado la condesa, era precisamente la más expuesta á sufrir lamentables equivocaciones que imaginarse puede.

Como que á Simon no habia podido darle cierta clase de explicaciones; como que la mision de éste no era mas que la de observar la vida que llevaba Luis en la casa donde se ocultaba, necesariamente todas sus noticias habian de resentirse de ese espíritu malicioso que caracteriza á las personas de su condicion cuando se consideran confidentes de los secretos de sus señores, noticias que forzosamente no podian ménos de envenenar el herido corazon de doña Isabel.

Simon, habitando en la misma casa donde se ocultaba Luis; teniendo su habitacion condiciones para poder observar cuanto pasaba en la de su vecina, sin poder escuchar las palabras que entre el caballero y la bordadora se cambiaban, interpre-

taba á su antojo las miradas y las sonrisas de la maja y de Luis, y cuando en realidad entre ellos no existia inteligencia alguna, el rufian Simon les supuso enamorados uno de otro, despertando con sus confidencias sobre este particular nuevos celos en la condesa, que resuelta como ya estaba á llevar las cosas al último extremo, no vaciló en recurrir al medio de separar á Paca de Luis, á fin de cortar por completo aquellos amores.

Para que pueda comprenderse mucho mejor el carácter de doña Isabel, explicándose satisfactoriamente el lector esa extraña mezcla de atrevimiento y de timidez, de orgullo y de humildad, de cariño y de odio, es preciso que, aun cuando muy á la lijera, nos hagamos cargo de sus primeros años, de su incompleta educacion, y de la forma y modo con que habia crecido y con que aquella naturaleza se habia ido formando.

Porque no todos los defectos que en la nueva fase de mujer celosa encontramos en la condesa, eran hijos de maldad de corazon, sino más bien de las condiciones especiales de su primitiva existencia; de los halagos que tanto en su niñez como en su juventud le habian estado tributando.

La condesa era la mujer más hermosa de la córte, segun ya hemos dicho.

Tambien era la de más antigua nobleza.

Como noble fué dama de la reina.

Como hermosa, era el ídolo y la desesperacion de todos los galanes de la capital.

Carácter atrevido y aventurero, era la personificacion fiel de la gran dama de los últimos años del pasado siglo.

Jóven y rica, huérfana y encantadora, aquella mujer tenia un atractivo especial.

Sus padres murieron dejándola muy niña.

El colegio de niñas de Leganés la tuvo en su seno durante sus primeros años.

Los dos últimos estuvo en las Salesas.

Desde allí fué á la cámara de la reina.

Habia cumplido veinte años.

Alma indomable, no habia podido sujetarse nunca al yugo del amor.

El matrimonio la espantaba.

Y desdeñando siempre, sin querer casarse jamás, atravesaba su existencia, mirando con indiferencia las quejas y los suspiros, las miradas y las adoraciones.

Y no era porque á ella no le gustasen las fiestas y las aventuras.

Pero ni en estas ni en aquellas se interesaba nunca su corazon.

Su indiferencia glacial le habia granjeado el sobrenombre de alma de hielo con que la conocian en los altos círculos de Madrid.

Y sin embargo, no era la condesa una mujer de mal corazon.

Todo lo contrario.

Compasiva y generosa, su mano estaba siempre abierta para el necesitado.

Donde habia lágrimas que enjugar, infortunios que socorrer, ó penas que consolar, allí estaba la condesita de Plasencia, pues tal era el título de su padre.

Pero el amor la asustaba.

Decia que el dia en que amase seria desgraciada, y trataba de no serlo.

Casada, tendria que renunciar á aquella libertad tan dulce que tenia, y no podia avenirse con semejante idea.

Así es que ni amaba, ni queria casarse.

Y de este modo transcurrieron algunos años.

La reina la queria con delirio.

Cárlos III la mimaba tambien, y el ministro hacia lo mismo que los reyes.

La córte toda, como consecuencia de esto, halagaba y adulaba á la encantadora deidad.

Sin embargo, llegó una época en que en la córte se advirtió una cosa extraña.

Sobre aquella frente pura y despejada habia una lijera nube.

Aquellos ojos garzos, brillantes y seductores estaban rodeados de un círculo amoratado.

Esto no podia ser más que consecuencia de insomnios ó de lágrimas.

Y las lágrimas que dejan surcos de tristeza sobre el semblante, son las lágrimas que arranca el dolor.

¿Por qué padecia la condesa de Plasencia?

No habia perdido ningun pariente; no tenia desgracia alguna que lamentar entre sus amigas; sus intereses no habian sufrido quebranto alguno; luego aquellas lágrimas eran el desahogo de un amor desgraciado.

¡Amor!.... ¿y á quién? ¿Quién habia sido el feliz que habia hecho palpitar el corazon de la condesa?

Nadie sabia contestarse á esta pregunta.

Y el hecho es que ella sufria.

Y ninguna persona de la córte pudo averiguar la causa de aquella tristeza.

Los monarcas la preguntaron con interés; sus amigos tambien, y á unos y á otros les dijo que no tenia nada, y que se encontraba muy bien.

Precisamente por entonces ocurrió la muerte de la reina, y la condesa hubo de dejar el cargo que en el cuarto de su soberana desempeñaba.

Preocupada la córte con aquella sensible pérdida, y embargado el ánimo del monarca por el dolor que le causó, pasó mucho tiempo antes que se ocupara de su antigua protegida, y por entonces tuvo lugar là correría nocturna del conde de Santillan y de sus amigos, de que en otro lugar hemos hablado, correría á consecuencia de la cual doña Isabel exigió terminantemente al conde que le diese su mano.

La altivez de su carácter, aquel indomable orgullo de que tantas muestras habia dado durante sus primeros años, no podia soportar que el conde de Santillan pudiera decir nunca que habia obtenido de ella el más mínimo favor sin que este hubiera estado justificado por la iglesia.

El conde que precisamente, como ya dijimos, estaba enamorado de ella y habia pretendido su mano, bendijo aquella decision, sin tener en cuenta el suplicio á que se iba á condenar.

Doña Isabel fué su esposa; pero nunca fué su mujer.

La dama no le perdonó jamás su atrevimiento, y aquel corazon mostróse implacable, sin que ni súplicas, ni protestas ni consideraciones fueran bastantes á vencerla.

El conde vivia desesperado, y en más de una ocasion habia arriesgado su vida por el pretexto más fútil, deseando perderla para libertarse del tormento que sufria.

Tal era la condesa de Santillan, y fácilmente puede comprenderse lo dado á extremos violentos que habia de ser un carácter semejante.

CAPÍTULO XXVII.

Simon encuentra lo que busca.

El buen juicio del lector habrá calculado ya la febril impaciencia con que doña Isabel aguardaria las noticias que hacian referencia al domicilio en que se albergaba don Luis.

Siglos se le antojaron los tres dias que habian ya transcurrido desde el momento en que su mensajero Simon desapareció de su vista en pos de las huellas del hombre á quien ella amaba, tanto más cuanto que ella habia fijado un plazo más breve. La tardanza inexplicable de Simon tenia sumida á doña Isabel en una profunda melancolía.

—¿Qué le habrá acontecido? ¿Cómo ha dejado pasar tres dias sin aparecer por aquí? ¿Me habrá burlado ese hombre? ¿Tendré que confiar á otra persona las pesquisas de que se habia encargado Simon?

Estos eran los pensamientos á que se entregaba en el momento en que apareció su doncella anunciándole la llegada de la persona esperada con tanta ansiedad.

—¡Ah!—exclamó doña Isabel sin poder contener la alegría que súbitamente se habia apoderado de su alma, al saber la llegada de Simon.—Que pase al momento, y en el interin escucho á ese hombre, no estoy en casa para nadie.

La doncella se retiró bastante admirada de que su señora manifestara tan inusitado afan por hablar con un hombre, que, aunque decentemente vestido, trascendia á legua y media á tunante redomado; pero sea como quiera, se dispuso á cumplimentar las órdenes recibidas, comenzando por introducir en el aposento de doña Isabel á Simon.

Vestia éste, en efecto, un traje de caballero; pero lo llevaba tan mal; hacia tales contorsiones, y se contoneaba tan ridículamente al andar, que nada tiene de extraño adivinara la doncella no ser aquel el traje usual que acostumbrara llevar el personaje esperado por su ama con tanta impaciencia.

Una vez desapareció la doncella, doña Isabel no fué dueña de contenerse, y con enojo dijo mirando airada á Simon:

—¿Es esta la manera que tienes de cumplir conmigo?

Simon, impasible, mantuvo con serenidad la terrible mirada que sobre él pasó su interlocutora, pensando entre sí:

—Que descargue la nube; no tardará en aparecer el sol.

—Debias suponer mi impaciencia: ¿qué has hecho? Explícate pronto.

—Señora; si no he venido antes, como era mi deseo, ha sido porque á ello me ha obligado la mision de que me hice cargo.

Doña Isabel desarrugó un tanto el entrecejo, y dijo dulcificando algo más su acento:

—Veremos, pues, de qué manera has invertido el tiempo: escucho.

—No quiero aturdir á su excelencia refiriéndole los innumerables pasos que he tenido que dar, las pocilgas en que he tenido que zambullirme, y la mucha gente á quien he tenido que hablar á fin de adquirir las noticias que buscaba; hus-

meando aquí y allá, gastando á troche y moche hasta quedarme sin un real, de aquellos que su excelencia me entregó para arreglar mis atrasos, he averiguado lo que interesa á la señora.

La alegría inundó el alma de la condesa, y exclamó:

—¡Ah! por fin!

—Sí, por fin; pero, como he tenido el honor de decir antes, no se ha logrado sin hacer grandes sacrificios. ¡Qué lástima de dinero el que he tenido que gastar!

El bribon queria sacar todo el partido posible de la situacion.

—Nada importa el dinero; sírveme bien, y de nada carecerás.

Una imperceptible sonrisa asomó á los labios de Simon.

—Mi gratitud para con la señora condesa, durará tanto como mi vida.

—Corriente, Simon; hazlo así, y yo sabré recompensarte. Ahora vamos á lo que importa y deja inútiles detalles. ¿Dónde se oculta don Luis?

—En el campillo de Manuela, en casa de una bordadora muy hermosa, mejorando lo presente.

No fué dueña de sí misma doña Isabel; mortal palidez cubrió su semblante.

Simon la observaba atentamente.

—¡Ah! con una bordadora? ¿Y vive sola esta muchacha?

—No; vive con su anciana madre, la cual se halla bastante enferma.

—¿Cómo se llama esa jóven?

—Paca Perez; pero es conocida por Paca la Salada.

—¿Tú la conoces?

—Desde ayer; he alquilado un cuarto que casualmente se hallaba vacío, precisamente lado por lado de la habitacion que ocupa la hermosa manola, y para mayor fortuna poseo en mi palacio una ventanita desde la que se divisa el cuarto

ó nido de la hermosa Paca, y desde mi observatorio he observado sin ser visto, al jóven don Luis: por cierto que juraria....

—¿Qué?

—¡Oh! nada, nada, tonterías mias. Sea como quiera, me pareció advertir que los dos jóvenes se miraban de una manera, que..... vamos, cualquiera creeria que.....

Simon parecia recrearse atormentando el corazon de doña Isabel; ésta por su parte sufria lo que no es decible, sospechando lo que querian significar las medias frases lanzadas por Simon; pero quiso aclarar sus dudas de una vez.

—Claro, Simon; tú has creido advertir que esos jóvenes se aman, ¿no es esto?

—Francamente, á mí me parece que la chica no le parece costal de arroz al don Luis, y por su parte la muchacha le mira á él de una manera capaz de trastornar la cabeza á un santo.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó doña Isabel, apoyando su pálida frente entre sus manos.

Simon la miraba sonriendo malignamente.

—Puedo haberme engañado en mis conjeturas; pero si la señora condesa desea asegurarse de la verdad, nada más fácil hoy por hoy; yo soy un vecino muy observador, y á buen seguro que no se pasará mucho tiempo sin que esté al tanto de lo que haya sobre el particular.

—Sí—dijo doña Isabel separando las manos de su frente. —Quiero que te enteres de lo que entre ellos pueda haber; pero procura no engañarte ni engañarme; la verdad, la verdad pura.

—Descanse su excelencia; yo me enteraré al dedillo.

—Toma, aquí tienes otros diez mil reales; bien ves que no me duele gastar el oro con profusion; pero quiero que se me sirva bien, pronto y lealmente. Marcha ya, y haz por averiguar lo que deseo saber cuanto antes, y avísame sin perder minuto cuando creas que puedes hablar con seguridad.

Simon tomó los billetes, y despues de hacer una profunda reverencia salió del aposento de la condesa, diciendo:

—Estaba reventando por llorar, y ansiaba quedarse sola..... yo he hecho un gran negocio; tengo las manos en la masa y á fe de Simon que he de aprovecharme.

Al quedarse sola doña Isabel, al mirarse á cubierto de miradas indiscretas, no trató de reprimir los impulsos de su alma, y llorando amargamente, exclamó:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡este es el pago de mi cariño! ¡Para esto habia yo conservado intacto mi corazon durante los primeros años de mi juventud, para entregárselo entero á un hombre que jugara á su placer con él y lo despedazara sin compasion fibra por fibra! ¡Oh! ¡Luis, Luis! ¡No sabes tú de lo que es capaz una mujer como yo, cuando se halla presa por el tormento de los celos! Mucho, muchísimo te amo; ¡ay de tí, si el inmenso amor que te profeso llega á trocarse por tus desvíos en llama devoradora de odio! ¡Ay de tí, si apelo á la venganza! ¡Ay tambien de la que sea causa de ello! ¡Infeliz! ¡Más le valiera no haber nacido!

CAPÍTULO XXVIII.

Quién era Paca la Salada.

Alta, esbelta, altiva la mirada de sus negros y rasgados ojos, ancha la frente, rizado el cabello, pequeño el pié, lijeramente aprisionado en el escarpin de raso carmesí; torneada la pierna, encerrada en la calada media; con la falda de alepin con recortes de terciopelo, delineando la redonda cadera y el corpiño de raso del mismo color que los zapatos, Paca la Salada, bordadora de fino, llevaba por donde quiera que iba un corazon prendido de cada una de las bellotas que adornaban su saya, y con la sal que derramaba, más de un viejo pisaverde decia que habia bastante para compensar la pérdida de las salinas de Torre-Vieja.

Como hermosa, tenia Paca tanta fama como la tenia por sus bordados, y no podia vanagloriarse ninguno de los galanes de oficio de la villa del oso y del madroño, de haber al-

canzado de ella el más mínimo favor que pudiese alentar sus esperanzas.

Tan lijera de piés para pasar por encima de las capas que muchas veces á su paso le tendian los mancebos, prendados de su garbo y donosura, como lijera de manos para *santiguar* al que se hacia sobradamente importuno con las manifestaciones de su amor, era Paca, sin embargo, una criatura sencilla é inocente, que siempre con la sonrisa en los labios, no comprendia pudieran existir dolores en el horizonte de la vida.

Viuda su madre de un tronquista de las Reales Caballerizas, con la modesta pension que á la muerte de su esposo le quedara, fué criando á su hija, sino con regalo, con desahogo al ménos, y á la par que Paca iba creciendo en hermosura, se desarrollaban las virtudes en su alma y aumentaban las habilidades de sus dedos.

De aquí que no hubiese dama en la córte que no encomendase sus bordados á Paca, ni galan que no la tomase como punto de comparacion para dureza de corazon, ni artista que no la considerase como el modelo típico de las majas madrileñas.

Más de una vez Maella habia tirado los pinceles desesperado porque no accediendo Paca á dejarse retratar, no le era posible copiar aquel cúmulo de perfecciones.

El mismo Goya, que tanto conservaba en la imaginacion las bellezas de aquellos tipos entre quienes vivia, no pudo jamás ni dar á sus ojos la expresion que tenian los de Paca, ni á la boca aquel graciosísimo contorno que le prestaba su sonrisa.

Sin embargo, llegó un dia en que aquella franca, leal y alegre fisonomía se vió nublada por las nubes del dolor.

Paca era amiga íntima de Dolores la Zapatera y de Concha, que precisamente eran las dos majas que de mayor fama disfrutaban en la corte.

Las tres constituian el triumvirato de las majas de rumbo,

como las llamaban; porque efectivamente las tres eran las que mayor lujo gastaban en el vestir, y las que más crueles se mostraban con los hombres, y las que mejor sabian gastar un doblon de á cuatro cuando llegaba la ocasion.

De la honra de las tres nadie tenia que decir una palabra; y nuestros lectores tienen una muestra del modo con que sabia defender la suya Dolores, en la conducta observada cuando se halló en poder del marqués.

De aquí que fueran tan elogiadas, que tan disputado fuera su amor y que tanto se hablara de ellas, lo mismo en el barrio de Lavapiés y de Maravillas, que en las antecámaras del palacio real.

No habia verbena, ni baile ni fiestecita, en que las tres majas no lucieran su garbo; y como que precisamente don Luis de Guevara era uno de los caballeros más aficionados al estudio de las costumbres populares, lo mismo que habia conocido á Lola, conoció á sus amigas, en una de las botillerías más frecuentadas á la sazon.

Una noche, contra la costumbre de Paca, entretúvose más de lo ordinario en casa de su amiga Concha, hasta que vino á revelarle la hora que era la plañidera voz de los hermanos del *Pecado Mortal*, que pasaban por la calle entonando sus melancólicas *saetas*.

Apresuróse á despedirse de su amiga, y lanzóse á la calle sin temer la soledad que ya reinaba en ella.

Cerca estaba su casa; pero al cruzar una boca-calle inmediata, salieron dos hombres, que algo más alegres de lo regular, intentaron detenerla.

Paca era valiente; pero sin embargo, la ancha mano de uno de aquellos bribones colocóse sobre sus labios para impedirla que gritara, y algo mal trecha podia haber quedado la honra de la maja á pesar de sus bríos, á no aparecer por la misma calle por donde salieran los rufianes, un caballero que, apercibiéndose de lo que ocurria, arrojóse sobre ellos, y tan

buen uso supo hacer de su espada, que á los pocos minutos las armas cortas de los bribones de nada les habian servido, y el uno estaba en tierra pidiendo misericordia y el otro con un chirlo muy regular en el rostro, tomaba apresuradamente la calle adelante, temeroso de que le alcanzase la suerte de su compañero.

El salvador de Paca habia sido don Luis.

La maja le conocia ya; habíale visto, como ya hemos dicho, en algun baile, en los toros y en la botillería; pero desde aquella noche, de tal manera su imágen se grabó en el pecho de Paca, que su semblante principió á trocar su rosado matiz por la palidez de la azucena, y con general asombro de sus amigas, que no podian adivinar la causa, principió á separarse poco á poco de su anterior existencia.

Bajo el pretexto del mucho trabajo que tenia, se fué encerrando en su casa, y como que precisamente la enfermedad que por entonces principió á padecer su madre, justificó el retraimiento á que se entregaba, aquella conducta tuvo al ménos una explicacion.

Luis, que aun cuando muy galante, sabia sin embargo mostrarse comedido y prudente, permitíase bromas y jaleos y algazara con las majas, pero jamás salió de sus labios una frase que pudiera ofenderlas, ni cometió una accion que se hiciese merecedora de correctivo.

Preocupado con sus aventuras con las tres damas que ya conocemos, no tenia tiempo para ocuparse de otros amores, y esto unido á su habitual prudencia, que jamás perdió á pesar de las locuras propias de la juventud, contribuia poderosamente para el buen concepto en que las majas y en general todas las gentes de los barrios bajos le tenian.

La conducta usada por don Luis habia impresionado vivamente á Paca.

Habia visto á Concha, con quien más adelante harán conocimiento nuestros lectores, prendada de uno de los toreros

más famosos de su época; á Lola enamorada de Vicente, segun ya hemos visto, y sin embargo, su corazon, á pesar de todas aquellas excitaciones para el amor, permanecia completamente mudo.

No habia encontrado, como ella contestaba sonriéndose cuando sus amigos la preguntaban, nadie que hiciese palpitar su corazon.

Sin embargo, sin poderse ella misma explicar la causa, llegó un dia en que le pareció, al presenciar las amorosas escenas entre Concha y su amante, y al percibir alguna frase de las que se cambiaban entre Vicente y Dolores, que en su corazon se agitaba algo misterioso y extraño que le causaba un dolor indefinible.

No supo en los primeros momentos definir si aquella extraña sensacion era hija del placer y de la alegría, ó del dolor y de la envidia.

Sin embargo, dominó su impresion, y vió á don Luis, y la verdad fué que sin darse ella misma cuenta, encontrábase perfectamente cuando él se hallaba á su lado.

Pero, á pesar de esto, no dió nada que sospechar á ninguno de sus amigos, porque la verdad era que ni ella misma sabia lo que sentia.

Mas, cuando tuvo lugar el lance de que dejamos hecho mérito; cuando don Luis, acompañándola con el mayor respeto hasta su casa, la hubo dejado en ella, de tal modo vió grabada la imágen del caballero en su pensamiento, que entonces, y solo entonces fué cuando pudo confesarse que estaba positivamente enamorada de él.

Á partir de aquel dia, concluyó de desaparecer la alegría del rostro de Paca, y la brillante estrella del campillo de Manuela quedó completamente eclipsada, pues apenas si se la veia alguna vez en la calle.

La enfermedad de su madre habia ido agravándose por momentos, y esta era una excusa tan legítima para justificar

su ausencia de toda clase de diversiones, que ni aun sus más íntimas amigas pudieron sospechar la causa verdadera de su retraimiento y de su tristeza. .

En este estado tuvo lugar el atrevido rapto de Dolores; el encuentro de Vicente con Luis refiriéndoselo, y finalmente, la salvacion de la maja, merced á la presencia inesperada del caballero.

Dolores, al dia siguiente, refirió á Paca, que estaba llena de cuidado, cuanto le habia sucedido, y durante su relato más de una vez se mudó el color en el rostro de la maja; más de una vez tambien los latidos de su corazon le demostraron todo lo violento de su cariño.

Vicente habia acudido inmediatamente que pareció Lola á demostrar á su amigo todo el agradecimiento que hácia él sentia, y á manifestarle al mismo tiempo que en donde quiera que viese al marqués Adelfi estaba resuelto á abofetearle y á escupirle en el rostro, por villano y mal nacido, hasta obligarle que se batiera con él.

Pero, como que Luis tenia pendiente con él el desafío que ya conocen nuestros lectores, hubo de dilatar la satisfaccion de su venganza hasta ver el resultado que tenia el duelo de su amigo.

Verificado éste, la situacion de Luis fué, como sabemos, bastante comprometida.

El caballero creyó conveniente evitar la primera accion de la justicia, y no quiso permanecer en su casa hasta saber el sesgo que podria tomar aquel asunto.

Vicente entonces acudió en su auxilio.

—Yo te esconderé—le dijo—donde difícilmente podrán encontrarte.

Y habló de ello á Lola, y ésta, á su vez, se fué á casa de Paca, dijo á su madre lo que habia, y le pidió que albergase á Luis durante algunos dias.

Paca palideció al escuchar aquella demanda; trató de opo-

nerse, más que otra cosa, temerosa de los nuevos dolores que iban á destrozar su corazon; mas de tal modo supo Dolores pintarle á su madre lo ocurrido, así como el digno y noble carácter de Luis, que la anciana, á pesar de no encontrarse muy bien de salud, como ya hemos dicho, recordando el servicio que en otra ocasion prestara el caballero á su hija, condescendió en que se escondiese en su casa.

Una vez bajo el mismo techo, Luis principió á pensar que Paca era excesivamente hermosa.

Y que la bondad de su alma superaba á la belleza de su rostro.

Y que era tan honrada como hermosa, y tan modesta como honrada.

Y en los primeros momentos de estancia en aquella casa, dió aviso de donde estaba á María; escribió tambien á doña Isabel, diciéndola que estaba en salvo, aun cuando sin revelarle el sitio en que se hallaba; mas despues ya no volvió á decirles una palabra, y miraba á Paca con más insistencia de la que la mera amistad exigia, y solia decirle frases con un acento algo más tierno que el que suele usar la gratitud.

Paca se ruborizaba; apenas contestaba á las frases de Luis por más que su corazon latiese con violencia, y estas escenas, algunas de las cuales hubo de presenciar Simon desde su cuarto, sirviéronle de funda nento para juzgar que ambos jóvenes se amaban.

CAPITULO XXIX.

Un rapto y una puñalada.

Mientras Simon abandonaba la casa de doña Isabel, despues de haber cobrado la cantidad que aquella le indicara, la condesa, enjugándose con el pañuelo las lágrimas que acababan de asomar á sus ojos, murmuró:

—¡Dios mio! ¿Obro bien ú obro mal con el plan que me he trazado? La verdad es que este amor me avasalla, que pierdo la cabeza, que la fiebre de los celos me devora, que me siento impulsada por una fuerza irresistible, y no sé cuando ha de tener término esta inquietud que me consume y este violento afan que me arrebata la calma.

Y de nuevo volvió á caer en la meditacion que ya se habia hecho, por decirlo así, perenne en ella.

Entretanto, Simon tomaba sus disposiciones para llevar á cabo el proyecto que meditaba.

Y llegó la noche, y con ella el momento oportuno para realizar su propósito.

Estamos en la calle de la Paloma.

En la entrada de ella, hácia la mano derecha, hay una casita de un solo piso.

Sobre la puerta de entrada se ve un balcon ancho, como todos lo eran en la época de que vamos hablando, á través de cuyas mal cerradas maderas se distingue una luz.

Penetremos en el interior de la casa y veremos una salita decente, aunque pobremente amueblada, y sobre una mesa un enorme velon de metal, cuya claridad es la misma que hemos distinguido á través del balcon.

Sentada cerca de la mesa, una jóven estaba ocupada en hacer un bordado sumamente entretenido.

Aquella jóven era Paca la Salada.

De cuando en cuando dirige solícitas miradas hácia una alcoba, de la que se exhala un rumor muy parecido á la agitada respiracion de un enfermo.

Y así era efectivamente.

Sobre un pobre lecho, una anciana dormitaba con la agitacion producida por la calentura.

De vez en cuando, la jóven volvia su cabeza hácia la alcoba con afanosa solicitud, y satisfecha sin duda con el estado de la enferma, tornaba su vista al balcon, y un gesto de impaciencia se dibujaba en su rostro.

La noche en que la presentamos á nuestros lectores, estaba más impaciente que de ordinario.

Es verdad que hacia ya mucho tiempo que habian tocado las ánimas en todas las iglesias, y Luis, que como sabemos se ocultaba en su casa, salió aquella noche y no habia vuelto todavía.

El ruido más lijero que se escuchaba en la calle la hacia poner una atencion extraordinaria.

Y cuando aquel ruido desaparecia, su rostro expresaba un tristísimo desaliento.

—¿Qué le habrá sucedido, Dios mio?—decia Paca con los

SINTIÓ QUE LE TAPABAN LA BOCA

ojos un tanto humedecidos—¡es tan extraño que venga tan tarde!.... y luego no sé por qué mi corazon está tan agitado esta noche: parece que me amenaza una desgracia desconocida, y él en su inquieta palpitacion me lo anuncie.

—Paca!—murmuró en esto la anciana con voz doliente.

—Allá voy, madre; ¿qué quereis?

—Agua, tengo sed.

Paca se dirigió hácia la alcoba de la enferma, y le dió una bebida que el médico habia dejado dispuesta.

La enferma se tranquilizó algun tanto, y preguntó á su hija:

—¿No ha venido don Luis?

—No señora; y me tiene con mucho cuidado; ¡quién sabe lo que le habrá impedido venir!

—Confia en Dios, hija mia! Él y solo Él, te dará la felicidad.

En este momento, se oyó un lijero rumor en la calle.

Paca lo escuchó inmediatamente, y su oido esperaba anhelante la llamada de don Luis.

Pero el rumor seguia haciéndose más perceptible, y la seña no se escuchaba.

Un temblor extraño agitó los miembros de la jóven.

Su corazon empezó á latir con más violencia.

De pronto, el ruido se escuchó más próximo; parecia que era en la escalera de la casa.

Paca se dirigió á su madre, y con un acento lleno de terror, le preguntó:

—¡Madre, madre! ¿no oís?

Pero la enferma se habia quedado un poco adormecida, y no podia escuchar á su hija.

Un grito ronco, verdadera expresion de un miedo horrible, se exhaló de repente de la garganta de la jóven.

Sintió que le tapaban la boca, y que unas manos brutales rodeaban su talle.

Hizo un esfuerzo violento, desasióse, y llena de terror, vió á su lado dos hombres.

Uno de ellos era Simon.

Abarcó éste de una ojeada toda la habitacion, y su vista se fijó en el rincon de la sala donde trémula de espanto, estaba la pobre Paca.

—Vamos, palomita, vamos—dijo Simon con una sonrisa sesgada y sarcástica—nuestra red está bien tendida y no teneis más remedio que seguirnos.

Al escuchar estas palabras, la maja hizo un esfuerzo y se lanzó al balcon con objeto de pedir socorro.

Pero al abrir sus maderas, retrocedió vivamente con los ojos extraordinariamente dilatados, y todo el semblante contraido.

En el balcon habia otros dos hombres.

Una carcajada de Simon fué la contestacion que obtuvo la pobre niña cuando se arrodilló ante el rufian, diciendo con voz entrecortada por los sollozos.

—¡Oh! tened piedad de mi pobre madre! ¿Qué será de ella si me alejais de su lado? ¡Está enferma!.... ¿Qué quereis de una pobre mujer como yo?

—¡Ea, basta de comedias!—dijo el asesino con su acento ronco y soez—si no quereis venir de grado, os tendremos que llevar á la fuerza.

—¿Pero qué quereis de mi?

—Que nos sigais.

—¡Oh! vosotros tendreis una madre, tendreis unos hijos que os adorarán y á quienes vosotros adorareis; por la memoria de ellos, por su vida, dejadme con mi anciana madre; ¿qué será de ella cuando se encuentre sin su hija?

Y Paca se abrazaba á los rodillas de aquellos hombres.

Y regaba sus manos con sus lágrimas.

Pero aquellos hombres eran de piedra, y ni la más pequeña emocion se pintó en sus semblantes.

Simón se volvió hácia su gente, y dijo:

—Vamos, esto es menester que concluya.

Y dió un paso hácia la jóven.

Paca retrocedió con los ojos extraordinariamente dilatados.

Simon la miró de una manera extraña, y murmuró:

—¡La moza es un bocado de rey!

Y siguió adelantándose hácia ella.

Y de esta manera, ella retrocediendo y él avanzando, llegaron hasta la cama donde se encontraba adormecida la enferma.

Paca no pudo ya evadirse de caer en poder del rufian.

Arrojó éste un tremendo voto, y su mano asquerosa y brutal se posó sobre el hombro de la jóven.

La maja arrojó un grito de espanto.

Entonces, dos satélites de Simon la cogieron por la cintura.

Toda resistencia era inútil.

Trás algunos esfuerzos impotentes, Paca inclinó la cabeza sobre el hombro de uno de sus raptores, y se desmayó.

—¡Á la silla de manos, pronto!—dijo el jefe de aquella canalla.

No fué necesario repetir la órden.

La hija de la pobre anciana, fué transportada en brazos de dos hombres hasta una silla de manos que se veia un poco más arriba de la puerta de la casa.

Pero apenas habian puesto el pié en la calle, cuando se sintieron pasos que se aproximaban, y una voz varonil que preguntó:

—¡Quién va!

—¡Voto á mil rayos!—exclamó Simon—¡á qué hora llega!

Y desviándose algun tanto de la calle, se escondió en el hueco de una puerta.

El que se acercaba, al ver que no obtenia respuesta alguna,

apresuró el paso, y espada en mano se precipitó sobre los raptores de Paca, exclamando:

—¡Alto ahí, canalla!

Pero no pudo decir más.

Al pasar por la puerta donde estaba escondido Simon, una tremenda puñalada que éste le asestó en un costado, le hizo caer al suelo sin exhalar un grito.

—¡Vamos, despachaos!—dijo entonces Simon á sus compañeros.

Y Paca, desmayada todavía, fué encerrada en la silla de manos.

Y momentos despues, toda aquella turba se puso en movimiento, no quedando en la calle más que el cuerpo inerte de un hombre que arrojaba á raudales la sangre por una ancha herida.

En cuanto á la anciana, seguia dormitando con ese sueño pesado é inquieto de la calentura.

CAPÍTULO XXX.

Vicente llega á tiempo de impedir una desgracia.

Apresuradamente se dirigia Vicente á casa de Paca, á fin de dar cuenta á su amigo de una entrevista que acababa de tener con Floridablanca, cuando puede comprenderse cuál seria su sorpresa al tropezar en la calle con un cuerpo casi inanimado y calcúlese el dolor que experimentaria al reconocer en aquel cuerpo bañado en sangre á su amigo Luis.

No sabia qué partido tomar; instintivamente comprendió que el estado de Luis era grave, y hasta temió que el corazon sobre el cual tenia puesta Vicente su mano, dejase de palpitar de un momento á otro.

—¿Qué haré?—se decia—¿Dónde transportarlo? ¿Quién habrá sido el infame?.... ¿Por qué Luis habrá salido á la calle, sabiendo que le era tan conveniente permanecer oculto?.... ¿Qué hago yo ahora?

—¡Ah!—exclamó de repente despues de algunos momentos de silencio—¡La ronda de *Pan y Huevo!* Ella es nuestra Providencia.

En efecto, en este instante desembocaban por una bocacalle inmediata los hermanos de la ronda mencionada.

Un sacerdote y dos seglares eran los tres hermanos nombrados por el mayor; y esos, acompañados de un criado que llevaba una linterna encendida, componian la ronda.

Los hermanos del *Refugio,* ó bien sea la llamada ronda de *Pan y Huevo,* era una institucion piadosísima, de la que, aunque muy á la lijera, daremos una idea al lector.

Los hermanos eran individuos de las primeras familias de la córte.

Apenas oscurecia, salian ellos á recorrer las calles de la capital, cargados de pan y huevos cocidos, con cuyos alimentos socorrian á los necesitados.

No desempeñaban este cargo criados de la hermandad, sino los mismos hermanos, los cuales no arrojaban ese sustento como una limosna, sino por el contrario, suplicaban al necesitado aceptara su oferta, rogándole no hiciera estéril su caridad.

Para ser admitidos en la Hermandad, no era suficiente título el de caballero; se hacia además necesario que el solicitante fuese *decente, virtuoso* y *bien afecto* á obras piadosas, y algunos otros requisitos que serian largos de enumerar.

Al sacerdote de ronda le estaba prevenido el uso de *cuello,* y á los seglares les estaba prohibido usar montera, ni armas vedadas, ni traje indecoroso.

Reuníanse los hermanos en la enfermería del *Refugio* al toque de oraciones; rezaban ellos las de costumbre, y preparados ya á cumplir la santa mision que se habian impuesto, se dirigian en pequeños grupos, cada uno á su distrito.

Examinaban antes de salir los memoriales que habian entrado en el *cepillo,* y disponian lo conveniente para socorrer las necesidades de que se les daba aviso.

Si no eran estas muy urgentes, se dejaban hasta las primeras horas del nuevo dia, y los hermanos nombrados al efecto cumplian la mision de que se hacian cargo durante las visitas de dia.

Por las noches, solo salian á visitar las rondas y los veedores de incendios, los cuales apenas tenian noticia de uno, debian acudir al sitio del siniestro con camillas para transportar los enfermos ó los impedidos.

La ronda no iba á cosa hecha, sino al acaso, y precedida de un criado, con su indispensable linterna, salian del *Refugio* los dos seglares, llevando en medio al sacerdote.

Si en el camino que seguian, mirando con la mayor atencion á uno y otro lado, tropezaban con un sér racional que rendido del hambre y del cansancio, reposaba en el dintel de una puerta, ó yacia tendido en medio de la calle, le reconocian brevemente á la luz de una linterna, y le suministraban los auxilios convenientes.

El criado, apenas se detenia la ronda, metia la mano en el canasto de las provisiones, y preparaba una libreta y un par de huevos.

Si aquel con quien tropezaba la ronda, era un enfermo, ó un herido, á quien fuera imposible moverse, ni ménos tomar alimento, el eclesiástico le exhortaba á que pensase en la salvacion de su alma, y reunido en breve consulta con sus dos compañeros, acordaban la traslacion de aquel infeliz á la enfermería de la Hermandad. Á fin de no perjudicar el estado del paciente, moviéndole sin oir antes la opinion de un facultativo, el criado salia corriendo en busca de un cirujano, y autorizado por éste, le cargaban sobre sus hombros y le conducian á la enfermería.

En España (agrega el autor del famoso libro que lleva por título *Ayer, hoy y mañana*), hemos dado poca importancia á los nombres de las cosas; pero difícilmente habrá un pueblo en el mundo, más humanitario ni más generoso.

Y téngase en cuenta que lo era cuando ménos lo parecia, porque precisamente uno de los achaques de *ayer,* en materias de caridad, fué el de pregonar pocas cosas y hacer muchas.

Vicente pertenecia á esta benéfica hermandad.

Júzguese, pues, cuán grande seria su alegría al divisar á la ronda de sus cofrades.

Precipitadamente dirigióse á los hermanos, y los condujo junto al cuerpo de su amigo Luis.

Examinado éste, el eclesiástico opinó que la herida parecíale grave, y juzgó conveniente no dilatar los medios necesarios para tratar de salvarle si era posible.

Á ruegos de Vicente se desistió de llevar á Luis á la enfermería del *Refugio,* consiguiendo accedieran á transportarle á una botica muy cercana de aquel sitio, cuyo doctor era amigo de Vicente y tambien de los hermanos de la ronda.

Adelantóse el criado á prevenir al farmacéutico.

Con el cuidado más grande cargaron los hermanos y el mismo Vicente con el cuerpo de Luis, y tomando cuantas precauciones creyeron necesarias, le transportaron á la cercana botica cuya puerta hallaron ya abierta á su llegada.

Roberto, tal era el nombre del farmacéutico, hizo penetrar en su tienda á la comitiva; cerró la puerta y colocó al herido con ayuda de sus acompañantes sobre un lecho situado en la trastienda, y que era del que se servia pocos momentos antes él mismo.

—Dispensa, buen Roberto, la incomodidad que te proporciono—dijo Vicente con acento conmovido—pero ese jóven es uno de mis más queridos amigos.

—Nada he de dispensarte, sí, por el contrario, agradecerte el que me proporciones la ocasion de ser útil á un semejante.

—Paréceme—exclamó el eclesiástico—que ese jóven se halla en estado sumamente grave.

—Le examinaré pues.

Con prolijo y detenido cuidado examinó Roberto la profunda herida de Luis. Los circunstantes esperaban ansiosos el fallo facultativo.

Vicente no apartaba la vista del operador, y copiaba é interpretaba á su manera el menor gesto de su fisonomía. Apenas si se atrevia á respirar.

Largo rato duró el exámen, y no ménos dilatado fué el que sucedió á la primera cura; terminada ésta, Vicente hizo seña á los amigos que le rodeaban, y seguido de ellos salió de la trastienda.

—Mi opinion, señores, es que ese jóven se halla en estado grave; pero no peligroso, ni mucho ménos desesperado.

—Seria conveniente—añadió uno de los dos hermanos—transportarlo á nuestra enfermería.

—No lo creo prudente.

—Entonces, puesto que al quedar aquí es de esperar sea atendido con eficacia, nosotros, hermanos, podremos continuar nuestra ronda—dijo el sacerdote.

—Marchad tranquilos, hermanos; el herido, durante las horas que esté en mi poder, será atendido con toda eficacia.

Vicente apretó agradecido la mano de Roberto.

Los hermanos de la ronda se despidieron, y salieron á la calle en pos de su deber, y en busca de aquellos que pudiesen necesitar de sus auxilios.

Apenas quedaron solos Roberto y Vicente, rompió el silencia el último, y dijo:

—Mi buen Roberto, ¿crees no haberte engañado en tu pronóstico?

—Creo sinceramente lo que he dicho.

—Ahora bien: menester es que continúes tu piadosa obra; el herido, que como antes te he significado, es uno de mis mejores amigos, quizás el más querido y que tiene derechos á mi reconocimiento, hace dias vivia oculto á consecuencia de un desafío que tuvo con un noble, al cual hirió gravemen-

te; esta noche, al ir á dar cuenta á mi amigo del estado en que se hallaba el proceso que se le forma, he tropezado con él en la calle en el estado en que acabas de verle. ¿Á qué habia salido? Lo ignoro. ¿Quién ha podido herirle? No lo sospecho. De todos modos, como comprenderás, no es prudente dar aviso á la autoridad de este desgraciado acontecimiento, puesto que como antes te he dicho, mi amigo se halla en el triste caso, hoy por hoy, de eludir la vigilancia de las leyes. ¿Podré esperar de tí que se quede aquí y no dés parte?

—Delicado asunto es este, y grave el compromiso que contraigo por todos conceptos; pero ¿puedo acaso negarte el favor que me pides?

—Gracias, Roberto, gracias—dijo Vicente, abrazando con efusion á su amigo.

—No tienes que dármelas; tranquilízate; aquí estará bien cuidado, y nadie, por lo que toca á mí, sabrá este lance. Mi hermano Enrique es el médico que le destino, y yo mismo seré quien asista al enfermo. Convendria que fueses en busca de mi hermano, á fin de que adelante hoy la hora en que acostumbra venir.

—Al momento; pero quisiera antes ver de nuevo á mi amigo.

—Vamos, pues, allá.

Al penetrar Roberto y Vicente en la trastienda, Luis entreabrió los ojos, y los fijó en Vicente; éste se arrimó al paciente y tomó entre las suyas una mano de Luis.

—¡Vicente, amigo mio!

—Tranquilízate, Luis; tu estado no es grave, y mi buen amigo Roberto cuidará de tí. ¿Pero cómo ha ocurrido esta desgracia?

—No conviene hacerle hablar mucho—dijo Roberto en voz baja á Vicente.

Luis fijó una ansiosa mirada en su amigo, y le dijo, haciendo un gran esfuerzo:

—Paca..... ha sido robada.... Vicente..... averigua.....

Admirado quedó Vicente de lo que acababa de oir; pero teniendo en cuenta el estado de su amigo, no quiso hacerle hablar más.

—Queda tranquilo, Luis; en este mismo instante voy á comenzar las pesquisas necesarias, y yo te juro que Paca parecerá.

Luis quiso hablar para manifestar su gratitud. Vicente no se lo permitió.

—Conviene que no hables, y que sigas en un todo los consejos de mi amigo Roberto.

Luis indicó con la mirada que le complaceria.

—Adios, pues, y descansa en mi eficacia.

Vicente, acompañado de Roberto, salió de la estancia en que se hallaba Luis.

—He aquí otra desgracia, amigo Roberto. Hay que obrar aceleradamente. Voy, pues, en busca de tu hermano, y despues..... despues Dios dirá; pero es preciso que yo dé con las huellas de Paca.

—¡Que Dios te ayude, amigo Vicente!

—Él te recompense por tu buen proceder, mi buen Roberto.

Dicho esto, se lanzó á la calle sin plan preconcebido; pero completamente decidido á encontrar á Paca.

CAPÍTULO XXXI.

Donde Simon no sabe cómo salir del atolladero.

Mientras que Vicente tropezaba con el inanimado cuerpo de Luis, y tenia lugar todo lo que hemos dicho en el capítulo anterior, la silla de manos en que iba Paca dirigióse hácia la puerta de Segovia, la cual pudo franquear merced á que el rufian pronunció al oido del jefe de la guardia el nombre del conde de Santillan, y esto fué suficiente para que la puerta quedase franca, apartándose respetuosamente los guardianes de ella para dejar franco el paso á la silla de manos de un tal elevado personaje.

Simon y los suyos, con la preciosa carga que llevaban, una vez se vieron en las afueras, encamináronse á buen paso hácia la venta del tio *Langosta* que era un *caballero* muy digno en un todo de la amistad de Simon y demás gente de su calaña.

Hallábase situada la tal venta en la misma carretera de Se-

govia y distante poco más de un cuarto de legua de la capital.

El tio Langosta, á quien Simon anteriormente habia confiado algo del *negocio* que proyectaba, esperaba impaciente la llegada de su amigo; habiendo cuidado de que su morada se hallase libre, pero completamente libre de testigos importunos.

Al divisar desde el umbral de la puerta la silenciosa comitiva que capitaneaba Simon, lanzó un suspiro de satisfaccion, y exclamó:

—¡Se hizo el negocio!

Entretanto, Simon y los suyos penetraron en la venta con la silla de manos en la que Paca seguia desmayada.

—¡Bendito sea Dios, compadre!—dijo Langosta—ya creia yo que os habia pasado algo desagradable.

—¿Crees acaso que se trataba de una operacion tan sencilla como la de hacer cristiano el contenido de uno de tus barriles?

—No lo decia yo por tanto; pero.....

—Déjate de peras y manzanas; cierra el portillo y alumbra y guia al sitio donde hemos de depositar el *bulto* que hemos traido.

Obedeció sin replicar el tio Langosta.

—Alumbra!

Aproximóse el ventero, candil en mano, en tanto que Simon con la ayuda de uno de los suyos, sacaba á Paca de la silla de manos.

—¡Nuestra Señora de la Almudena me valga! ¡Vaya una moza de rumbo!—exclamó relamiéndose de gusto el tio Langosta.

—¡Hola vejete! Parece que todavía no has perdido el gusto.

—¡Qué he de perder yo, compadre, qué he de perder! Los ojos son jóvenes siempre.

—Vamos, guia, que la moza pesa que es una bendicion de Dios.

—Á tu edad no me hubiera yo quejado por sostener semejante carga.

Langosta condujo á Simon y á otro de sus camaradas, que eran los que llevaban en sus brazos á Paca, á una habitacion del piso superior, que consistia en una sala con alcoba que comunicaba con un pasillo en donde tenia la puerta de entrada.

Depositaron en el lecho que habia en la alcoba el cuerpo de Paca, y salieron inmediatamente de la habitacion, bajando de nuevo al zaguan donde habian quedado esperando los demás camaradas de Simon.

—Vaya, Langosta, saca un jarro de lo bueno para que remojen la garganta esos buenos mozos—dijo Simon.

—Y que lo tengo de amigo; arrimáos acá.

Y sacó de un armario mugriento unos cuantos vasos y una jarra grande llena de vino de Arganda.

—Servíos vosotros mismos, y á medida de vuestro deseo.

Hiciéronlo así los circunstantes, llenando cada uno su vaso hasta el tope.

—¡A nuestra mútua salud!—dijo chocando el suyo con el de los otros Simon.

Y apuró de un trago hasta la última gota del fuerte líquido.

—Ahora, caballeros—continuó—podeis retiraros á donde os plazca, y si acaso os necesito nuevamente, que no será difícil, ya sabeis que sé donde encontraros; necesito quedarme á solas un momento con el tio Langosta.

—Vaya, hasta otra—dijo el aludido dirigiéndose á los bribones, que salieron por el portillo cuya puerta les franqueó Langosta, cerrándola de nuevo en cuanto hubo pasado por ella el último de aquellos.

—Toma; he aquí lo ofrecido.

—Venga—dijo alargando la huesosa y negra mano, y tomando con ella las dos onzas de oro que Simon le entregó.

—Ya ves que sé cumplir con los amigos.

—Y yo servirles.

—En eso estamos; pero he de encargarte en gran manera el mayor sigilo.

—Pierde *cuidiao,* que yo no hablo nunca más que lo que me conviene; pero es preciso que nos entendamos.

—Habla, pero deprisa, que á mí aun me resta algo que hacer.

—Cuando me propusiste este negocio, me dijiste que solo se trataba de tener *guardaa* á cierta moza algunos instantes, y que en premio á mi servicio me entregarias dos *peluconas.*

—¿Y bien?—murmuró impaciente Simon.

—La moza—contestó con mucha flema el zorro viejo—está en *efeto* allá arriba; las dos peluconas las tengo aquí en la mano; pero..... tú no me habias dicho que se tratara de dar *mulé* á *naide,* y esa moza está.....

—Desmayada, estúpido, ¿no lo has conocido?

—Yo no he sido *dotor* en mi vida, y la verdad sea dicha, en cuanto que ví que no abria ni cerraba los ojos, conociendo las *gromas* que tú gastas en ciertos casos, se me habia figurado.....

—Pues te habias figurado mal, ya lo ves.

—Corriente; yo lo decia porque en todo caso quiero tener limpia la *concencia;* á mí no me gustan gatuperios ni *flechurías* deshonrosas.

—Sí, sí; ya sé que eres todo un buen hombre.

—Esa es la pura.

—Ahora conviene que no te acuestes; yo me retiro, pero no tardaré en volver; voy á tomar órdenes.

—Pero esa moza.....

—Vuelvo á repetirte que solo está desmayada; rocíale las sienes con vinagre, y verás como se *espavila.*

—¿Y si cuando despierta grita?

—No lo hará; pero en todo caso díle que si da voces se expone á morir ella y tambien don Luis.

—Convenidos; le aplicaré la *melecina* del vinagre, y este y el aguardiente me lo pagarás cuando vuelvas, ¿no es esto?

—Toma, miserable avaro—dijo Simon depositando un peso duro encima del mostrador, y que Langosta se apresuró á guardar en uno de sus bolsillos.

—¡Avaro! Bien sabes tú que no lo he sido *enjamás;* la prueba es que no te cuento el aceite que hace dos horas gasto por tu causa, ni el que gastaré hasta que *guelvas*, si no tardas mucho.

—Vamos, ya veo te he de estar agradecido. Retira eso hasta que yo vuelva — dijo Simon señalando la silla de manos en que habian traido á Paca.

—Hasta pronto.

—Cuando quieras, compadre.

Salió Simon de la venta, y apresurando el paso como alma que lleva el diablo, se encaminó á Madrid y una vez en él, tomó el camino más corto para llegar al palacio de la condesa.

Esperaba ésta con gran ansiedad la llegada de Simon, de manera que habia dado las oportunas órdenes á fin de que, en cuanto se presentara, fuese inmediatamente introducido á su presencia.

Apenas le vió penetrar en su aposento, y una vez segura que de nadie podia ser oida, dijo dirigiéndose ansiosa á Simon:

—¿Y bien?....

—Nuestra es ya la paloma.

La condesa lanzó un suspiro de verdadera satisfaccion.

—Pero—continuó el truhan—no ha sido sin dificultades ni compromisos.

—¿Qué ha ocurrido pues?

—Nos hemos visto precisados á poner fuera de combate á don Luis.

La condesa palideció mortalmente y tuvo necesidad de

apoyarse en el respaldo de un sillon para no venir al suelo.

—No se alarme la señora condesa; todo ello no es nada; un pequeño arañazo que le obligará á guardar cama durante cuatro ó cinco dias.

—¿Y dónde ha ocurrido eso?—preguntó la condesa con voz temblorosa.

—En la calle: en ella nos encontró don Luis, y de tal modo se empeñó en que no lleváramos á efecto nuestro cometido, que nos hemos visto precisados á ponerlo en disposicion de que no hiciera inútil nuestro trabajo.

—¿Me aseguras que no ha muerto?

—¡Bah! puede estar tranquila la señora condesa.

—¡Ay de tí, si la herida que le habeis inferido le conduce al sepulcro!

Dijo esto con acento tan firme y resuelto, y fijó tal mirada en el rostro de Simon, que éste no pudo ménos de estremecerse.

—Repito que no hay que tener cuidado.

—¿Qué ha sido de él?

—Lo ignoro; pero no tardaré en saberlo si eso conviene.

—Conviene—dijo lacónicamente la condesa.

—Corriente.

—¿Y ella?

—En parte segura.

—Atiende, pues: asegúrate bien de la incorruptibilidad del guardian ó guardianes de esa mujer; averigua dónde se halla don Luis, y estudia la manera de apoderarte de él. Conseguido que sea esto, le conduces con toda la precaucion imaginable y con el cuidado que su estado reclame, á mi quinta del Pardo; las puertas de esa posesion se te franquearán con solo presentar esta tarjeta. Aquí la tienes junto con las señas.

La condesa entregó á Simon una tarjeta con su nombre y escudo de sus armas, y un papel en donde escribió ella las señas de la quinta.

—¿Necesitas dinero?

—Tengo aun.

Simon queria de alguna manera aminorar el resentimiento que la condesa le habia manifestado al saber que don Luis habia sido herido.

—Pues sin descanso empieza ahora mismo á dar los pasos convenientes.

—Al instante.

La condesa le indicó con la mano que se retirara, y Simon la obedeció al instante, alegrándose de no prolongar la escena.

Apenas se vió en la calle, dirigió sus pasos de nuevo hácia la venta del tio Langosta haciéndose á sí propio el siguiente raciocinio:

—«Esa señora me dará un sério disgusto si su palomo llega á morir!.... la verdad sea dicha, que me ha causado miedo. Afortunadamente no he apretado la mano, y creo que no hay temor de que por ahora le canten el *gori-gori* á ese señor: soy bastante práctico en esta materia. He sido generoso, no he pedido hoy dinero; pero no importa, ya me arreglaré de manera que lo cobre todo junto.»

Haciendo estas y otras reflexiones por el estilo, llegó á su punto de partida, á la venta; llamó de un modo especial, y no tardó en franquearle el portillo el tio Langosta, candil en mano.

—Vamos—dijo cerrando la puerta—más creí que tardarias.

—Déjate de charlar y alárgame un vaso de vino añejo puro.

—Se entiende, hombre; ya sé que á tí te gusta moro.

Dicho esto, escanció en un vaso, que llenó hasta el borde, parte del aloque que contenia un pequeño barril.

—Bebe conmigo, hombre!

—Con mucho gusto; no lo hacia por no aumentar el gasto; yo soy un amigo de mis amigos. Á tu salud!—dijo apurando de un sorbo el vaso que para sí se habia llenado.

—Á la tuya!—dijo á su vez Simon á su contrincante.—¿Y esa moza?

—Segun lo que me dijiste, la rocié con vinagre, que no he *escaseao,* te lo juro, y al poco rato de la operacion, lanzó un suspiro y entreabrió los ojos.

—Ya ves, pues, como no estaba muerta.

—Sí; ya lo he visto.

—¿Ha dicho algo?

—Ni media palabra. Cerró de nuevo los ojos y pareció como que descansaba.

—Subamos.

Dirigiéronse ambos al piso superior, y como siempre, el tio Langosta llevaba suspendido de la mano el vetusto candil, cuya amortiguada luz iluminaba el recinto por donde andaban.

Penetraron en la estancia donde se hallaba Paca: el tio Langosta aproximó la luz junto al pálido rostro de la infeliz doncella.

Ésta, sin duda, al contacto del súbito calor producido por la llama del candil, entreabrió sus hermosos ojos, fijando su atónita mirada en el semblante de los dos hombres que la espiaban. Cerrólos nuevamente, y pareció quedar sumida en nuevo letargo.

—La condesa—exclamó Simon—no tiene más que pedir respecto á este asunto.

Dicho esto, hizo una seña al tio Langosta, y ambos salieron nuevamente de aquella habitacion dirigiéndose á la tienda.

Una vez en ella, sentóse Simon encima de una pipa, y con tono de mando, díjole á su interlocutor:

—Cuelga ese candil, siéntate y escúchame.

Obedeció la órden el tio Langosta, y escuchó con la mayor atencion.

—Conviene en gran manera á una persona á quien sirvo, y que es generosa, el que esa moza que arriba está perma-

nezca oculta en esta casa durante tres ó cuatro dias. Haz, pues, de manera de ocultarla de un modo tal que nadie pueda apercibirse de ello.

—Todo eso que acabas de decirme está bien; pero yo no me entiendo de *andrónimas;* á tí este negocio debe valerte mucho, y las onzas que en el *antes* me *endiñaste,* son poca cosa para que yo me tome tantas molestias y arrostre *dengu-na* clase de compromisos.

—Lo ménos que tú te figuras es que esto va á valerme un tesoro, sin duda.

—Tú has hablado arriba algo entre dientes, de una condesa, y esa clase de *pájaras* suelen pagar bien los asuntos que se hacen por su cuenta.

Comprendió Simon la imprudencia que habia cometido, lanzando antes al azar la palabra condesa, que tan bien supo recoger el tio Langosta y que pudo ser oida de Paca; así es que procuró envolver al tio Langosta en el curso de su conversacion.

—Já! já! já! ¿Con que te has figurado que trataba de una condesa? No seas cernícalo, hombre; esa que tú has creido un título, no es otra cosa que el apodo que lleva cierta mujer de vida un poco airada, á la cual sirvo, y de la que espero sacar alguna utilidad, si bien dista mucho de ser rica.

El tio Langosta creyó ó no creyó lo que Simon acababa de decirle; pero lo cierto es que pareció darse por convencido con esta explicacion.

—¡Acabáramos de una vez! ¡Hombre, quién habia de *feguarse*.... pero de todas maneras, yo quiero saber lo que ha de valerme este servicio.

—Otras dos onzas.

—Eso es poco dinero. Sean cuatro, y no hay más que hablar.

—Vaya, hombre, sea lo que tú quieras: este negocio se ha hecho para tí.

—No habrás dado tú mal picotazo al bolsillo de esa condesa que no lo es.

—No hablemos más del asunto: á tí te queda confiada la custodia de esa moza, y ya sabes lo que te he encargado: nadie, absolutamente nadie, ha de oler lo más mínimo.

—Pierde *cuidiao*, hombre, que eso corre de mi cuenta.

—Pues adios, que aun me restan muchas cosas que hacer —dijo Simon, levantándose y disponiéndose á salir.

—*Aspérate* un momento, hombre! Nos habíamos olvidado de los alimentos.

—¿Qué alimentos?—repuso con sorpresa Simon.

—La comida de esa moza, hombre de Dios!

—¡Ah! Vamos, ya te entiendo. ¡Se te pagarán, hombre, se te pagarán!

—Pues no hay más que hablar: hasta la vista, mozo bueno.

—Queda á Dios, viejo camándulas.

Dicho esto, lanzóse Simon á la calle, y el tio Langosta atrancó de nuevo el portillo por la parte de adentro, murmurando entre dientes:

—Lo ménos que creerá ese mozo es que me he *tragao* la bola que me ha soltao respecto á la *condesia* de esa señora. Ea! vamos á dormir por ahora, que *denpues* ya veré yo si por el hilo descubro la hilaza.

Sacó de un rincon un felpudo; lo colocó en el suelo, junto al mostrador; arrodillóse sobre él; murmuró una plegaria con la mayor uncion; se persignó devotamente; apagó la espirante luz del candil; tendióse sobre aquel fementido lecho, y al breve rato quedó dormido.

CAPÍTULO XXXII.

El lector hace conocimiento con un nuevo personaje.

Dejamos á Roberto velando junto al lecho de Luis; á muy poco de haber salido de la botica Vicente, llamaba á la puerta de ella Enrique, jóven médico muy aventajado y hermano de Roberto.

Enterado por el último de cuanto hacia relacion con el enfermo, pasó el médico junto con su hermano á la trastienda donde tendido en el lecho, yacia dormitando fatigosamente el herido.

Examinó con escrupuloso cuidado el estado y gravedad de la herida; aprobó los medicamentos aplicados de primera intencion por su hermano, y saliéndose con éste de la trastienda, se dirigieron ambos hermanos nuevamente á la sala de la botica á fin de hablar con más libertad sin temor de molestar con su conversacion al paciente.

—A juzgar por tu semblante, Enrique, paréceme que no

hallas grave la herida, opinando como yo sobre el particular.

—En efecto; no solo no la creo grave, sino que por ahora no presenta ningun síntoma alarmante. La postracion del enfermo obedece más que nada á la pérdida de sangre que ha experimentado; por lo tanto, creo que atendiéndole con esmero, no tardará muchos dias en restablecerse. De todos modos, Roberto, hay que variarle de habitacion; ahí en la trastienda está mal, y además del contínuo ruido producido durante el dia por las distintas personas que entran y salen de esta botica, y que indudablemente le molestaria mucho, hay la de no ménos peso de que pudiera ser descubierto el asilo de ese jóven, y segun me has informado, eso podria acarrearle grandes perjuicios.

—Así es la verdad,

—¿No me dijiste que te habias reservado un cuarto del piso superior que has desalojado?

—Así es; mandé tapiar la puerta que comunica con las habitaciones, con el objeto de utilizar esa pieza como á dormitorio para mí, dejando la de trastienda á Ricardo, mi mancebo. Tengo la ventaja de poderme valer de la escalera misma que mandé construir aquí dentro cuando utilizaba todo el piso; el inquilino que tome en arriendo las demás habitaciones, subirá y bajará por la escalera general de los demás vecinos, cuyo portal de entrada ya sabes que está en la parte trasera de esta botica.

—¡Corriente! Tendrás que confiarte á tu dependiente; ¿tienes confianza en él?

—Como en mí.

—Así debe ser; porque tambien tú te hallas comprometido para con la autoridad, y aun yo mismo, por no haber dado el correspondiente parte.

—No lo ignoro; pero respecto á Ricardo estoy seguro.

—Creo que seria oportuno trasladásemos ahora al herido

aprovechando el estado de postracion en que se halla. Supongo que tendrás arriba algun lecho.

—Desde luego; tengo el que destino á mi uso.

—Pues manos á la obra; subamos á nuestro enfermo transportándole en el mismo colchon.

—Un poco penosa será la ascension, porque la escalera no es muy ancha que digamos; afortunadamente poco hay que subir.

Sin hablar una palabra más los dos hermanos verificaron el traslado del enfermo, usando toda clase de precauciones en tanto duró la operacion.

Entretanto Simon, al salir de la venta del tio Langosta, se dirigió por segunda vez aquella noche á Madrid.

—Pues señor, héme aquí convertido en general de operaciones, y maldito si sé por dónde debo comenzarlas. Lo primero que hay que hacer es indudablemente averiguar qué ha sido de don Luis, y dónde se halla. Despues.... el diablo ó mi santo patron decidirán. Dónde ó cómo averiguo yo?.... Juzgo que lo más prudente es ir á ver al *Raton,* ponerle en autos, y él, que es fecundo como nadie, seguramente me dará un camino para salir del atolladero; esto me costará algunos realejos, pero de todos modos no soy yo quien pago, y bueno es dar algo que comer á los buenos amigos. Nada, nada, vamos á la guarida del Raton; quiera el diablo que le halle en su cabal juicio; á ménos de tener algun negocio entre manos, ahora no puede estar en otra parte que en la taberna de la Manchega; vamos, pues, allá.

Pensando de esta manera, y decidido ya á confiarse al Raton, su *ilustre* amigo, encaminóse Simon hácia los barrios bajos, y despues de haber caminado largo trecho, penetró en un estrecho y oscuro callejon sin salida; acercóse sin vacilar á cierta puerta; hizo sonar de un modo particular el aldabon que buscó á tientas, y no se hizo esperar mucho la contestacion.

—¿Quién va?—exclamó desde dentro una ronca voz.

—Abre, Pascual, soy un amigo.

—No son estas horas de abrir á nadie.

—¿Ni tampoco al Palomo?

—No—contestó la ronca voz; pero á muy poco oyóse rechinar la llave en la cerradura, y se entreabrió la puerta, franqueando el paso á Simon.

—¡Gracias al diablo! Creí que no querias reconocerme—dijo Simon penetrando en el interior de la taberna.

—¡Toma!—graznó más bien que respondió el introductor—de modo que cuando un hombre duerme, y se despierta de pronto, ¿es fácil que reconozca á los amigos?

—¿No hay nadie en la casa?

—Abajo están de *tertulia,* Lamparones, el Currito, Matasiete, el Raton y dos ó tres más.

—Pues mira, empieza por guardarte ese durejo.

—¿Es bueno?

—Puedes guardarlo con confianza, que yo no los acuño.

—*Asina* me gusta. ¿En qué te *pueo* servir?

—Ante todo trae una luz á ese cuarto—dijo indicando una puerta que habia á su izquierda.

Pascual encendió un macizo velon, y seguido de Simon penetró en un estrecho cuartucho de ennegrecidas paredes, cuyo mobiliario consistia en una mugrienta mesa de pino, un banco, tambien de madera, y tres ó cuatro sillas cuyo asiento estaba formado de cuerdas de esparto enlazadas entre sí.

—Tráete dos vasos, dos botellas de lo bueno y algo que roer.

Desapareció Pascual, y á poco apareció trayendo consigo lo pedido; esto es, además del vino un plato con algunos trozos de atun en escabeche, y algunas aceitunas sevillanas en otro plato.

—Aquí está eso—dijo dejándolo todo sobre la mesa.

—Ahora, escucha; deseo hablar con el Raton un rato á

solas; por consiguiente, haz por manera de avisarle que estoy aquí, sin que los demás se aperciban de ello.

—¿Tienes algun asunto entre manos?

—En proyecto por ahora.

—¡*Pa* que á mí se me escape nada!....—dijo el tabernero.

Y dando media vuelta desapareció.

Poco tuvo que esperar la impaciencia de Simon: transcurridos que fueron breves segundos, apareció de nuevo Pascual acompañado del sugeto esperado con tanta ansiedad.

—Déjanos, Pascual, y procura continuar tu interrumpido sueño.

Giró Pascual sobre sus talones, y desapareció al momento.

—Creia ya que te habias muerto, ó cuando ménos, que te hallabas viajando—dijo el personaje nuevamente introducido.

Este es un tipo que merece describirse.

De pequeña estatura, de escasas carnes, de escuálido rostro, en el cual habia dejado profundas huellas la terrible enfermedad conocida vulgarmente con el nombre de viruela; pequeños y grises ojos, de mirada un tanto atravesada; roma nariz, boca grande, prominente barba, frente deprimida, y abultada cabeza, en la cual abundaban cerdosos y mal peinados cabellos; tenia el traje de este individuo cierta mezcla especial que hacia difícil definirle con propiedad; participaba lo mismo de lo seglar que de lo eclesiástico; era lo que pudiera llamarse, hablando con propiedad, un *potpourri*, que lo componian diferentes prendas. Rayaba el sugeto en cuestion en los cuarenta años de edad; su voz tenia más parecido á la de una mujer que á la de un hombre.

—Sí, amigo mio; mis muchas *ocupaciones* me han impedido durante algun tiempo el gusto de echar contigo un párrafo, apurando, como lo hacíamos en tiempos no muy lejanos, una botella de Arganda en tu amable compañía.

Y acompañó la palabra á la accion, llenando hasta el borde los respectivos vasos.

—Comencemos, pues, nuestra plática, apurando por via de comienzo el contenido de estos vasos. ¡Á tu salud!—dijo apurando el suyo de un solo trago el elocuente Simon.

—¡Sea!—replicó imitándole su amigo.—Comprendo que tu venida á esta casa y el empeño que has mostrado por verme á solas, no será solo por el gusto de que brindemos largo rato, sin más consecuencia que la de halagar nuestro paladar. Ya sabes que soy enemigo de los rodeos, y que en todos mis asuntos me agrada irme directamente al grano, reservando la paja para aquellos ménos escrupulosos.

—Efectivamente; debo confesarte que al venir directamente en tu busca, es porque necesito de tus consejos; sé los puntos que calza tu magin y el privilegiado olfato que te distingue; por eso, en el caso presente, no he dudado en hacer de tí mi consejero.

—Deja inútiles cumplimientos—dijo respirando con cierta vanidad el Raton, y prosiguió en tono un tanto protector y chancero:

—Aquí me tienes dispuesto á oirte y aconsejarte.

Simon guardó silencio breves instantes en que indudablemente aguzara su entendimiento, á fin de que no sorprendiera su *digno* amigo lo que él tenia empeño en ocultar.

—Parécesme muy preocupado—dijo éste—y te aviso que si obedece tu silencio á rebuscar en tu mente el modo de instruirme á medias del negocio que traes entre manos, me conoces muy poco, pues ya sabes que yo por el hilo suelo sacar el ovillo; con que no seas zarramplin y explícate á tu manera, y yo deduciré de ello lo que me parezca oportuno.

—Voy, pues, á confiarme á tí, en la seguridad de que habrás de guardarme el secreto.

—Los *caballeros* como yo—dijo irguiendo su descomunal cabeza el Raton—tienen por principio fijo el de no revelar jamás secreto que se les confia; abrevia pues, y al asunto.

—He aquí de lo que se trata: sobre poco más ó ménos, á

las nueve de esta misma noche y en el campillo de Manuela, ha sido herido un jóven que se llama don Luis, y me conviene en gran manera averiguar qué ha sido de él, quién lo ha recogido y en dónde se halla; todo esto antes de ocho horas.

El Raton llenó de nuevo su vaso, apuró su contenido, se limpió los labios con el dorso de la mano, y dijo con imperturbable calma:

—¿Cuánto voy ganando si te proporciono los datos que demandas?

—Eso dependerá de la premura con que desempeñes tu comision, y de la exactitud de tus informes.

—Precisemos: á tí te es conveniente saber cómo y dónde se halla ese don Luis y esto antes de las diez de esta mañana, ¿no es eso?

—Justamente.

—Es ahora la una de la madrugada, sobre poco más ó ménos; por consiguiente restan escasamente nueve horas para adquirir los informes necesarios; ahora bien: si yo me encargo de todo, en vez de aconsejarte, y te satisfago á la hora convenida, me entregarás cierta cantidad; si te lo participo ganando alguna ó algunas horas, la cantidad ascenderá; y si por el contrario, retardo los informes tocadas que sean las diez, la cantidad que fijemos disminuirá; ¿qué te parece?

—Aceptado; ponte inmediatamente en campaña — dijo Simon incorporándose y como dando por terminada la sesion.

—Poco á poco, amigo; aun nos resta algo: primero, saber dónde debo llevarte las noticias pedidas; segundo y último, convenir en la cantidad que en ese caso ú otro de los convenidos, debo percibir por mi trabajo.

—Sea lo que quieras. ¿Tienes pendiente algun asunto con los golillas, que te impidan el venir á encontrarme aquí de ocho á diez?

—Tengo varios y complicados; pero eso no te importe, que aquí vendré.

—Segundo: ¿te parece bien una onza si vienes á las diez, dos si es antes, y media en el caso de retardo?

El Raton, cuya perspicacia no tenia igual, habia adivinado cuánto le importaba á Simon adquirir las noticias pedidas, y juzgó que él no se veia capaz por sí mismo de averiguarlas, y por lo tanto, se propuso sacar todo el partido posible de la situacion.

—¡Ta! ta! ta! Estamos muy distantes, querido amigo; por lo tanto, no hablemos más sobre el particular; te agradezco haberme proporcionado ocasion de refrescar las fauces; doy al olvido cuanto me has dicho; vuélvome abajo, y tú busca á otro de ménos *categoría* que el Raton, y ese quizá te servirá por el mezquino precio que propones.

Simon quedóse sorprendido de la salida del Raton, y al ver que se disponia á dejarle, le sujetó por un brazo, entre huraño y cortés, diciéndole:

—Los hombres hablando se entienden.

—Sí, ya sé; pero tú eres muy poco espléndido para tus compañeros, y debias saber por experiencia que yo gusto de que se me pague sin regatear; así pues, ni un solo real he de rebajarte de lo siguiente: diez onzas si es á las diez; doce si á las nueve; por fin, aumentando dos onzas por hora á cuantas me anticipe á la señalada; y pasada que esta sea, con solo cinco me pagas.

Simon quiso hacer alguna objecion; pero el Raton no le dejó formular ni una sola frase.

—¿Sí, ó no? No admito discusiones sobre el particular.

—¡Sea!—dijo Simon lanzando un suspiro.

—Debo advertirte que cuando vuelvas aquí á esperarme, debes traer contigo el *trigo,* porque ya sabes que yo acostumbro á hacer aquello de *toma y daca.*

—Convenido.

—Pues tócala, y adios.

Chocaron sus manos aquel par de *angelitos.* El Raton salió

de la habitacion; hízose franquear la puerta de la calle por Pascual, á quien tuvo necesidad de despertar, y una vez al aire libre, aquel diminuto y deforme hombrecillo echó á volar á sus anchas, en pos de las noticias que le convenia adquirir.

Simon satisfizo el importe del gasto hecho, y á su vez salió á la calle y encaminóse á su vivienda dispuesto á tomar descanso por espacio de algunas horas, en la completa seguridad de que el Raton le traeria los datos que le eran necesarios.

CAPÍTULO XXXIII.

El Raton cumple su promesa.—Secuestro de don Luis.

Á las siete de la mañana penetraba Simon nuevamente en la taberna del Sotanillo, y sin detenerse en la sala del aparador, entróse resueltamente en la sala que ya conocen nuestros lectores. Al entrar en ella, no pudo reprimir un gesto de disgusto al ver sentado junto á la mesa á un viejecillo que apuraba con deleite, sorbo tras sorbo, una copa de aguardiente. Al emprender un movimiento de retirada, el viejecillo bebedor lanzó una homérica carcajada; Simon volvióse con presteza y miró con enojo á su burlon vecino: éste entonces le dijo:

—¿Acaso no conoces ya á tus amigos?

—¡Calle! ¡eres tú!

—Yo mismo soy: acaban de dar las siete; vé contando ese dinero, que yo te pondré al corriente *ce* por *be* de cuanto tú anhelas saber.

Simon no volvia en sí de su asombro, pues aunque estaba harto acostumbrado á reconocer á sus *amigos* bajo cualquier disfraz que se presentasen, nunca hubiera creido, á no hablar, que aquel viejecillo que tenia delante de sí fuera el Raton.

—Te confieso que estás perfectamente desfigurado, y que no hay golilla que te reconozca bajo ese disfraz—dijo Simon tomando asiento en frente de su amigo.

—Los señores de la vara negra, en España, son malos fisonomistas y muy poco perspicaces, y muy inferiores á mí en todo para que logren echarme la garra.

—Dejemos eso, y á nuestro asunto. ¿Sabes?....

—Lo que me encargaste, y muchas cosas más; empieza á contar quince onzas que me corresponden, y sabrás lo que deseas.

—¡Quince!

—Sí, hombre, sí, quince. ¡Oh! yo soy muy buen aritmético; son escasamente las siete y media, por consiguiente, me corresponden diez por un lado, y cinco por las dos horas y media que adelanto las noticias. ¿No es eso lo convenido?

Simon no respondió; sacó un bolsillo de seda verde y de él extrajo un monton de monedas de oro que fué contando hasta reunir la cantidad prefijada.

Los inquietos ojillos del Raton brillaron de codicia á la vista del oro que Simon sacó de su bolsillo.

—Mira tú, entretanto yo cuento, si alguien nos observa ó nos puede oir.

Levantóse el Raton, salió fuera del aposento, y á muy poco volvió á entrar en él.

—No hay nadie en la tienda; no es hora esta en que acostumbren á venir los parroquianos habituales de esta casa; además, por mera precaucion, podemos bajar la voz.

—Cuenta ese dinero.

El Raton examinó con escrupuloso cuidado las monedas una á una.

—¡Quince! la cuenta está cabal.

Y guardóse con gran contentamiento el oro en uno de sus bolsillos.

—Habla, pues.

—La explicacion se reduce á muy pocas palabras: tú don Luis se halla en la botica del licenciado Mendoza, que dista muy poco del sitio donde tuvo lugar la catástrofe.

Simon meditó cortos instantes con la vista baja y apoyada la frente entre sus manos.

El Raton le contemplaba en silencio, sonriendo maliciosamente.

—Creo que ya he terminado.

—No; todavía no.

—¿Cómo es eso?

—En primer lugar, debes comprender que me es necesario asegurarme de la exactitud de tus noticias.....

—¡Ah!.... es muy justo—exclamó el Raton—¿desconfias de mí?

—No es eso; pero como puedes suponer, la persona á quien sirvo y que prodiga tan generosamente su dinero, merece por mi parte.....

—Sí, sí; lo comprendo todo.

—Además.....

—Vamos; ya suponia yo que habia alguna otra razon. Desembucha de una vez; ¡qué diablo! Sé franco y confiesa que aun necesitas de mí.

—Pues bien, sí, lo confieso; tú eres muy sagaz, y me convienes; sírveme y no te pesará.

—¿Qué hay que hacer?

—Apoderarse de ese jóven, y sin maltratarle y con mucho cuidado, trasladarle con el mayor sigilo al retiro que le tengo prevenido.

—Grave y delicadilla es la cosa.

—Pues hay que hacerlo.

—¿Se pagará bien?

—Juzga por lo que te ha valido tu primer servicio. Te ofrezco hacer por tí cuanto me sea posible; no te quejarás.

—Confio en tí. Déjame ahora meditar breves momentos.

Simon esperó con ansiedad á que el Raton acabara sus meditaciones.

Poco duraron estas, pues por lo visto era el Raton sugeto que concebia sus planes de campaña con maravillosa rapidez.

—¡Esto es!—dijo frotándose las manos lleno de júbilo.

—¿Qué has pensado?

—Ante todo, habrá necesidad de auxiliares subalternos.

—Creo que no nos faltará gente que elegir; eso queda á tu eleccion.

—Convenido. Ahora atiéndeme—continuó bajando la voz de manera que solo de su interlocutor fuese oido en caso de que alguien les espiara desde cualquier sitio oculto—Precisamente el piso superior de la botica se halla desalquilado; la habitacion que se le ha destinado al herido, está en el mismo piso y comunica por medio de una puerta, hoy condenada, con los aposentos en cuestion.

—¿Y cómo sabes tú eso?

—¡Oh!—dijo el Raton—¿crees que yo hago las cosas á medias? En cuanto averigüé el asilo en que se encontraba nuestro hombre, quise cerciorarme de si se me habia engañado; formé mi plan de campaña, y como entre las muchas cosas que he aprendido en el curso de mi brillante carrera, entra el saber que los enemigos mayores de una familia, suelen serlo, con muy raras excepciones, aquellos individuos asalariados por las mismas, he formado mi plan de ataque; he adquirido algunas noticias referentes al mozo ó mancebo de la botica, y me he enterado que el tal dista mucho de ser un Salomon, que es muy aficionado á manejar el cubilete, y que no se desdeña de apurar una botella de Arganda en compañía

de un buen amigo. Precisamente estos informes me los ha suministrado un estudiante de farmacia, que es un truhan de primer órden, de quien es muy amigo el citado mancebo. Á las cuatro de la mañana sabia ya todo lo que te refiero; á las cinco me he apostado cerca de la botica para espiar la llegada de mi hombre, el cual se me habia dicho solia ir á aquella hora á su obligacion. Le ví llegar y le paré. Díjele que su amigo y mio, el estudiante en cuestion, me habia dado para él cierto encargo, por consiguiente le supliqué buscase medio de salir de la botica á eso de las seis, y que viniese á buscarme á aquella hora en la botillería de la esquina, donde tomaríamos un *piscolabis* y le diria la mision de que estaba encargado. Quedó conforme el hombre en todo, y entróse en la botica.

Mi objeto, al decirle que fuese primero á ella, era, como puedes comprender el de que tuviera ocasion de observar algo de lo que me convenia sonsacarle, puesto que me constaba no habia pasado la noche en la tienda, y por consiguiente nada podia saber de lo que en ella habia ocurrido durante su ausencia.

—Vamos, hay que confesar que sabes más que Brijan; eres un grande hombre.

—Con un cuerpo muy chico—observó sonriendo el Raton.

—Continúa.

—Abreviaré. Compareció el mancebo á la hora y punto de la cita. Inventé un cuento referente á nuestro comun amigo el estudiante; le hice beber; le convidé á cenar, fijándole la noche de mañana; aceptó muy complacido, pues dijo que como le toca hacer guardia, una noche sí, otra no, tenia por suya la de mañana; le ponderé la fiesta que nos aguardaba en compañía de varios amigos y *amigas*, y el pobre mozo, entusiasmado, casi me besó. En fin, poco á poco y con maña, le hice soltar la lengua, y por él supe dónde y cómo está instalado don Luis, agregándome que yo le inspiraba gran con-

fianza, pues por nada ni por nadie haria traicion al secreto que le habia confiado su amo, el licenciado, á los ojos del cual pasa por un muchacho discreto. Ahí tienes en globo y á la lijera, y ahorrando detalles, el cómo y por qué he sabido lo que te ha admirado antes.

—Veamos tu plan de campaña para efectuar el secuestro de don Luis.

—Primero, conviene que hoy mismo hayas alquilado las habitaciones que comunican con la que ocupa el herido; y eso antes de dos horas.

—Corriente.

—Yo, por mi parte, dispondré lo demás, y á las cuatro reunámonos aquí, donde nos daremos cuenta de lo hecho y de lo que hay que hacer.

Sin aguardar contestacion, el Raton se levantó, y despues de apurar el último líquido que quedaba en la botella, á la cual, durante la conversacion, habia hecho frecuentes y prolongadas caricias, salió apoyándose en la muletilla de mano que llevaba, primero, del que pudiéramos llamar *aposento reservado*, y despues, de la taberna.

Simon salió tambien á la calle, muy poco rato despues de haberlo verificado su amigo y consultor.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Á la hora convenida, viéronse de nuevo aquellos bribones: Simon tenia ya en su poder las llaves de las habitaciones, cuyo alquiler habia satisfecho.

—Bien—dijo el Raton—esta noche queda de guardia en la botica el mancebo; á las doce saldrá de ella el licenciado: entonces penetraré yo, y en tanto que entretengo al mancebo, tú, el Manco, el Mellizo, Jorge, el Largo y Sarapia, espiando la ocasion, abrís, con ayuda de los *instrumentos indispensables*, la puerta de comunicacion; sacais del lecho al herido; le en-

volveis con cualquier cosa: le bajais por la escalera principal de la casa, y os lo llevais.

—¿Y cómo?

—¡Válgame Dios, y qué romo eres! Pongo por caso: la *operacion* no podrá verificarse antes de la una; á eso de las doce y media, poco más, Sarapia y el Manco llegan á la esquina de la calle con una silla de manos; llegado que sea el momento oportuno, y mediante una seña que se hace desde el balcon, se aproximan los de la silla; se les abre la puerta de la escalera; penetran en el zaguan; bajais al herido; lo meteis en ella; os salís, y en paz de Dios.

—¡Magnífico plan!

—Al oscurecer, tendrás aquí los cuatro amigos que te he nombrado; se les dan las órdenes oportunas, y al avío. Convendria que aprovecharas el resto de la tarde, haciendo conducir á tu nueva morada algunos efectos que justificaran las entradas y salidas que hoy has de hacer en ella con distintos sugetos.

—Ya habia yo pensado en ello.

—Por mi parte, aquí me quedo para transformarme en mi habitual figura tan pronto anochezca; pues como comprendes, no he de presentarme á mi nuevo amigo, el mancebo, de distinto modo que lo he hecho esta mañana.

—Yo pensaba que habias adoptado ese disfraz por precaucion.

—Debia haberlo hecho, porque no me es muy conveniente mostrarme tal cual soy en plena luz del dia; pero me he expuesto porque no era cosa de presentarme hecho un vejete para conquistar á un hombre jóven, hablándole de fiestas y bromas. Luego, comprendiendo que tendria que salir nuevamente, vine aquí, que es donde tengo mi guarda-ropa, y me aderecé como ves en un santiamen.

—¿No hay más que hablar?

—Sí, hombre, sí, perdona; hay algo más que hablar.

—¿Y qué?

—¡Hombre, la cuestion de ochavos!

—Mañana por la noche tendrás tu dinero—dijo Simon disponiéndose á salir.

—No olvides que confio en tu largueza.

Salió Simon de la taberna, y en ella se quedó el Raton esperando la ocasion de variar de traje.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Si consiguieron ó no su objeto aquellos truhanes, de sobra lo sabe ya el lector, si se ha hecho cargo del capítulo en que se refiere la escena ocurrida entre la condesa y Simon en la quinta del Pardo. Solo nos resta decir que el célebre Raton no quedó muy satisfecho de la prodigalidad de su amigo Simon, y que éste creyó de buena fe tenia ya asegurado su porvenir, pues aquel desalmado no tenia en cuenta para nada los decretos de la Providencia.

CAPÍTULO XXXIV.

Qué habia sido de don Luis de Guevara.

Extraordinario efecto produjo en la córte la desaparicion de don Luis de Guevara.

Lo mismo el monarca que los ministros sabian dónde se ocultaba el caballero; pero todos ellos hacian, como vulgarmente se dice, la vista gorda; porque la causa de su duelo con el marqués Adelfi se habia sabido, y esto atenuó en gran manera la prevencion que contra el jóven habia.

Así fué que como no se le hizo objeto de persecucion alguna, produjo mayor extrañeza aquella desaparicion completamente incomprensible.

Sin embargo, como que tiempo antes, al principio de nuestra obra, habíase alejado de Madrid misteriosamente tambien, calmóse algun tanto la curiosidad general.

Pero como que nuestros lectores no están en el mismo caso en que se hallaban los jóvenes cortesanos del buen rey

Cárlos III, nos creemos obligados á decirles el paradero del héroe de nuestra obra.

En lo más pintoresco del Real Sitio, al pié de una de aquellas gigantescas montañas, no lejana de uno de los arroyos más cristalinos, se alza una preciosa quinta, que más bien parece la creacion de un génio, que la obra del hombre.

Indudablemente la casa aquella habia pertenecido en su orígen á alguno de aquellos primorosos artistas árabes, que tantos recuerdos de su génio fueron dejando esparcidos por España.

Un primoroso arco de herradura daba entrada á un ancho zaguan pavimentado con anchas losas de mármol.

Una escalera, obra indudablemente más moderna que el resto del edificio, conduce al piso principal.

Magníficos salones adornados con un lujo casi régio, constituyen la parte principal de la deliciosa morada.

Las ventanas que dan luz á aquellos, son unos calados ajimeces que dejan penetrar una débil y suave claridad en los aposentos.

Esto es la fachada principal del edificio.

En cuanto á la espalda de él, la arquitectura ha variado por completo.

Anchas y rasgadas ventanas en las habitaciones bajas, y extensos balcones en el piso principal, dan luz á estancias que indudablemente deben ser las que más se habitan en la casa.

Las ventanas bajas de que vamos hablando, se hallan festoneadas de jazmines y rosas de Alejandría, y hasta los balcones se elevan los delgados y flexibles brazos de las parras que nacen al pié de la casa.

Sobre la puerta principal se ve un escudo de armas, y en los cuatro ángulos del edificio tambien se ven colocados los mismos blasones.

¿Á quién pertenece, pues, aquella casa?

Si lo preguntais á cualquiera de los aldeanos del Real Sitio,

os contestarán llevándose respetuosamente la mano al sombrero:

—¡Oh! El palacio, lo mismo que todo el terreno comprendido desde aquel estribo de la sierra hasta este otro, todo pertenece á la señora condesa de Plasencia.

Ésta, como sabemos, habia cambiado, al casarse, su título por el de condesa de Santillan.

Penetremos por la puerta de la casa; no pasemos del piso bajo, é indudablemente nos encontraremos con alguno de los personajes que vamos buscando.

Era una mañana del mes de Noviembre.

La aurora fatigada de su largo viaje, al regresar de los otros hemisferios, á los que habia prodigado sus luces, se presentaba indolente y perezosa, y comenzaba á extender las doradas hebras de su nívea cabellera sobre los bosques que constituyen el Real Sitio.

Una de las ventanas que daban al jardin, y que pertenecian á la casa de la condesa, se abrió sin ruido, y una linda cabeza de mujer se asomó á ella.

Breves fueron los instantes que permaneció allí. Sin duda obedeció á un llamamiento interior, porque se le oyó decir:

—Voy en seguida.

Comprendemos que la curiosidad de nuestros lectores se habrá despertado con lo que llevamos dicho, y no queremos dilatarla más.

Penetremos resueltamente en la casa; atravesemos algunas habitaciones, y nos encontraremos en un gabinete abovedado, adornado con suma elegancia, en el fondo de cuya alcoba hay un lecho sobre el que está durmiendo un jóven.

Cerca de su lecho, encerrada dentro de una bomba de cristal, hay una luz que indudablemente ha velado toda la noche el agitado sueño del mancebo.

Una mujer jóven, la misma que hemos visto en la ventana, ha penetrado en el aposento, y despues de haberse cubierto

el rostro con una mascarilla de seda, se ha dirigido á aquella; la ha abierto, y ha estado algunos momentos contemplando la perspectiva sublime que la naturaleza le ofrecia.

Pero el jóven que dormia en el lecho, despertado sin duda por el débil ruido hecho por la dama, abrió los ojos, y dijo:

—¿Quién está ahí?

—Voy en seguida, mi querido enfermo; soy yo.

Y la jóven dejó caer un espeso transparente que cubrió todo el vano de la ventana; apagó la luz, y abriendo las puertas de la alcoba, penetró en ella.

—¿Cómo os sentís hoy, don Luis?—preguntó la dama al caballero.

—¡Ah! ¿sois vos, señora?—le dijo el jóven, á quien ya habrán reconocido nuestros lectores.

—Sí; yo misma, caballerito, yo misma que vengo á ver si el médico se ha equivocado en sus predicciones.

—He pasado la noche muy bien; pero os aseguro que mi medicina mejor ha sido veros al despertar.

—¡Hola! Galante estais por la mañana temprano!—dijo la dama con un gesto de graciosa coquetería.

—No os digo más que la verdad; podeis estar segura de que si así no lo sintiera, me guardara muy bien de deciros nada.

La dama se ruborizó lijeramente.

Contempló al jóven durante algunos momentos con una expresion tal, que cualquiera inteligente en el corazon humano, hubiese comprendido desde luego que en aquella mujer habia respecto á aquel hombre algo más que la amistad y la compasion.

—Con que hoy me puedo ya levantar, ¿no es cierto, mi bella enfermera?

—Sí tal; así lo dijo el facultativo.

—Y hoy tambien me revelareis esos misterios que tanto interés he tenido yo en averiguar, y tanto vos en ocultarlo.

—¿Y qué prisa os corre?—preguntó la dama haciendo es-

fuerzo en ocultar el embarazo que le causaba la pregunta del jóven.

—¿Y aun me preguntais qué prisa tengo en saberlo? Si comprendiérais que durante mi delirio he visto tantas cosas extrañas, de las cuales necesito explicacion..... Yo he sentido en mí, una noche, una sensacion extraña en todo mi sér, una nube de sangre cubrió mis ojos y perdí el conocimiento; despues estaba en una estancia desconocida para mí; mi buen Vicente estaba á la cabecera de mi lecho; luego unos hombres me arrebataron de él; cambié de domicilio; mil fantasmas sangrientos cruzaban sin cesar ante mi vista; más tarde debia ir sin duda en alguna silla de manos porque los dolores que me causaba mi herida eran más agudos; sufria mucho, hasta que el exceso de mi padecimiento me hizo volver á perder el sentido: cuando volví en mí, me encontré en esta estancia, y os ví á mi lado, señora; vos habeis sido el ángel que habeis estado constantemente junto á mi lecho, é infatigable siempre y siempre cariñosa, me habeis cuidado con el afecto de una madre, con el cariño de una hermana y con la ternura de.....

—¿De quién?—preguntó la dama que habia seguido con visible ansiedad el relato del jóven.

—De una amante iba á decir; pero perdonadme lo atrevido de esta frase. Ya comprendereis, señora, que habiendo habido en mí tantos cambios, tantos beneficios inmerecidos y tantas transiciones inexplicables, deseo saber dónde estoy, qué ha pasado en mí y quién sois vos, cuyos cuidados, cuyos desvelos y cuya abnegacion han hecho brotar en mi pecho un.....

—¿Quereis callar, desgraciado?

Y la jóven, haciendo un gesto de adorable confusion, puso su mano mórbida y suave sobre la boca del enfermo.

Éste besó con frenesí aquella mano, y el fuego que tenia en sus labios se comunicó sin duda á la dama, porque su rostro se enrojeció extraordinariamente.

—¿Qué haceis, caballero?—le dijo.

—¡Perdonadme! pero estando junto á vos, no sé lo que siento en mí.

—Vamos, vamos, no os altereis, que vuestra salud no está muy fuerte todavia.

—¡Oh! en cuanto á eso, vos me la dais y me la quitais; concededme el favor que os pido, y yo tambien, por mi parte, trataré de acceder á vuestros deseos.

—¿Pero, qué necesidad teneis de esas confidencias ahora?

—Contestando así, me demostrais que no conoceis el corazon humano.

—¿Tanto interés teneis en saberlo?—preguntó la jóven fijando en el mancebo una mirada profunda.

—Os lo repito: si es triste el misterio del tiempo que yo he permanecido así, tengo valor para escucharlo sin temblar; de cualquier modo que sea, necesito saberlo.

—Pues bien, escuchadme, y guardad en lo más profundo de vuestro corazon las palabras que voy á deciros.

La voz de la dama, se habia puesto grave y severa.

Los ojos, á través del antifaz, irradiaban una luz deslumbradora, y aquellos ojos se fijaban en el mancebo de una manera que hacian vacilar las pupilas de éste.

Se sentó á la cabecera de su lecho, y le dijo despues de algunos momentos de silencio:

—Antes que os hable una palabra respecto á ese misterio desconocido de vos, respecto á esas transiciones que ha habido en vuestra existencia, necesito que, puesta la mano sobre vuestro corazon, me contesteis categóricamente á lo que voy á deciros. ¿Qué es lo que sentís vos respecto á mí?

Luis se quedó mirando fijamente á la jóven.

Era tan extraña la pregunta de ésta, encerraba tanto en sí, que el jóven no se atrevia á contestar.

—¿No me respondeis?—volvió á preguntar despues del momento aquel.

—Me preguntais lo que siento hácia vos, y os aseguro que

ni yo mismo lo podré definir; hay una mezcla tal de sentimientos, que no comprendo si es agradecimiento, amistad ú otra pasion que seria hasta una locura el pensarla

—¿Por qué?

—Porque ni vos realizaríais nunca los ensueños que yo he tenido, ni yo tampoco podria aspirar á ello.

—¿Y por qué no?

—Señora.....

—Pues bien; yo os amo.

—¡Vos!

—Sí, yo; ¿os parece extraño que una mujer le diga á un hombre que le quiere? Os he dicho que os amo, y os lo repito, y tened presente, que lo mismo que os confieso este amor aquí, lo publicaria á la faz del mundo, sin tener por ello que ruborizarme. De amaros á ser vuestra manceba hay una gran diferencia; lo primero será siempre, lo segundo no será nunca; y de esta manera creo que mi amor puedo confesarlo con entera franqueza.

Luis no supo qué contestar.

Aquella pasion tan enérgicamente expresada, le halagaba y le asustaba á la par.

Por otra parte él no podia amar á ninguna mujer.

Habia jurado constancia eterna á María, y por ningun estilo debia defraudar las esperanzas que habia hecho concebir á la pobre niña.

Pero Luis, á pesar de tratar él mismo de convencerse que amaba á la hija del conde de Lazan, se llevaba un solemne chasco.

Luis estaba en esa edad de transicion en que el corazon, no formado todavía, se engaña muchísimas veces en los objetos de sus afecciones.

María fué para Luis la primera flor que encontró en su camino; pero flor que necesitaba estarla viendo contínuamente para que no se le borrara de la memoria su perfume.

Mientras veia á la pobre niña, mientras escuchaba su tierna y candorosa voz, mientras leia en los puros destellos de su mirada la virginidad de su alma, se creia que la amaba.

Pero habia transcurrido mucho tiempo sin verla, y en cambio habia visto siempre junto á la cabecera de su lecho una mujer jóven, que debia ser muy hermosa, como un ensueño de placer, y una mujer que posaba en él sus ojos de una manera embriagadora é incitante.

Así fué que insensiblemente la imágen de la dama iba ocupando el lugar que tenia María, y si bien habia algunos momentos en que la pobre niña trataba de luchar con la altiva señora, era casi siempre vencida.

Sin embargo, Luis tenia una dósis muy regular de buen sentido, y comprendia que no debia abandonar á la pobre jóven que habia confiado en su cariño. Con este propósito, que él creyó muy firme, se decidió á contestar á la dama.

—Os he dicho que os amaba—le dijo ésta al cabo de un momento—y aun no me habeis dado vuestra contestacion.

—Hay manifestaciones, señora, cuya magnitud es tan inmensa, que anonada nuestro corazon, máxime cuando uno se juzga harto pequeño para obtener una felicidad tan sublime; vos me amais, y mi corazon se ha estremecido de gozo al escuchar semejantes palabras; pero yo, señora, obedeciendo siempre á los sentimientos de honradez y franqueza que profeso, ni puedo ni debo engañaros: Yo no os amo.

El acento de Luis habia temblado lijeramente al pronunciar estas últimas palabras.

La dama le miró profundamente; adivinó lo que pasaba en su corazon, y envolviendo, por decirlo así, al mancebo con el fluido magnético que despedia su mirada, le dijo:

—Escuchadme, Luis, y no equivoqueis las sensaciones de vuestra alma; yo soy la duquesa del Bosque; desde que he nacido me he visto constantemente halagada por cuantas personas me han rodeado; la fortuna ha murmurado en mi oido

que era rica; el tiempo me ha dicho que soy jóven, y los hombres me han obligado á creer que era hermosa; pero ni la fortuna me ha envanecido, ni mi edad me ha hecho cometer lijereza alguna, ni mi belleza me ha deslumbrado; no he amado nunca, y el desden con que he escuchado constantemente las enamoradas frases de los caballeros de la córte, me han granjeado el nombre de «alma de hielo.» Y yo era muy feliz entonces. Pero os ví, y mi alma que siempre me habia gritado «desdeña,» me dijo entonces «ama;» y yo os amé con toda la fuerza de mi juventud, con toda la vehemencia de un corazon vírgen de amores. Vos, Luis, habeis amado á otra mujer.

—¿Yo, señora?—interrumpió el jóven sorprendido.

—Sí; os amo hace mucho tiempo y no queda particularidad de vuestra vida que no conozca; por eso os he dicho que amábais, pero que hoy lo que sentís hácia mí comienza á ahogar aquella pasion: entre la mujer que habeis amado y yo, existe una diferencia notable; no hablo de la de clase, hablo de la de corazones. Jamás os podria querer María con la vehemencia con que yo os amo; sí, Luis, os adoro como es imposible que nadie en el mundo ame; he concentrado durante largos años en mi corazon tesoros de cariño infinito que hoy son exclusivamente para vos; pedidme cuanta ternura deseeis, cuanta abnegacion, cuanto amor quepa en el deseo humano, pedídmelo, porque hay en mi alma veneros riquísimos en los cuales se puede anegar por completo la vuestra; respondedme, Luis, ya sabeis cómo yo os amo; ¿creeis vos que podreis amarme de la misma manera?

CAPÍTULO XXXV.

Un beso y una decepcion.

Doña Isabel, que habia avanzado demasiado ya en el camino á que su ceguedad y amor la habian conducido, no se hallaba dispuesta á retroceder, y sí, por el contrario, á arrostrar el todo por el todo hasta conseguir el objeto que se habia propuesto.

—Comprended—exclamó con trémulo acento, despues de algunos momentos de silencio, que se siguieron á las vehementes frases de amor con que terminamos el capítulo anterior—¡cuán grande debe ser el cariño que os profeso, cuando por vos he hecho lo que he hecho,olvidándolo todo, deberes, intereses y hasta mi propio decoro!

Luis comenzaba á sentirse fascinado; sin embargo, el recuerdo de otra mujer se mantenia fijo en su memoria y en su corazon, y esto le hacia no darse por vencido.

—Yo agradezco, señora, con toda la efusion de que es sus-

ceptible mi alma el interés que me manifestais; pero ese noble y grande sentimiento que hácia mí sentís, y del cual no me considero bastante digno, me obliga á hablaros con sinceridad; por eso os repito que mi corazon no es enteramente mio, y no me es posible disponer de él á mi antojo.

Doña Isabel escuchaba temblando las frases que salian de los labios de Luis; empero, no escapó á su gran penetracion lo conmovido del acento con que fueron dichas, y esto la hizo recobrar la esperanza de salir victoriosa en la lucha que habia emprendido; por lo tanto, continuó, si cabe, con más empeño é insistencia su apasionada conversacion.

—Gran dicha posee esa mujer; pero ¿sabrá apreciarla como se merece? ¿No será una de tantas jóvenes frívolas en quienes la pasion dura tanto cual durar puede un lijero capricho? ¿Sabrá amaros con la vehemencia, con el delirio que yo os amo? ¿Seria capaz en un momento dado de mirar con desden hasta su propia vida, como yo lo haria si la ocasion se presentase?

Isabel estaba sublimemente hermosa; brillantes los negros ojos, encendido el cútis, trémulo el acento y enrojecidos los labios, hubiera hecho languidecer al más austero cenobita.

Luis sintió palpitar su corazon de un modo desusado, y que una nube cubria sus ojos.

Por su parte, doña Isabel comprendia el terreno que iba ganando, y dispuesta á no desperdiciar la más mínima ventaja, continuó aproximándose más á Luis:

—¿Comprendeis la inmensa felicidad que debe embriagar la vida de dos séres que sepan amarse con un amor grande é infinito? ¿No debe asemejarse para ellos el mundo al paraíso? ¿Qué puede importarles todo lo demás que no tenga relacion con la dicha que disfrutan? ¿No ha soñado nunca vuestra fantasía gozar de tan inefable placer?

Las últimas palabras las pronunció la enamorada dama tan cerca del rostro de Luis, que éste aspiró con suprema

delicia el embalsamado aliento que se exhalaba del apasionado pecho de aquella; y dejándose llevar de sus impulsos, exclamó:

—Sí, sí, en efecto; he soñado más de una vez en eso que decís; y como vos, señora, creo que debe ser la suprema felicidad; pero he dudado siempre en creerla posible, y por más que haya juzgado á mi corazon capaz de amar hasta la sublimidad, me he dicho á mí mismo muchas veces: ¿dónde hallar el corazon de una mujer que sienta del mismo modo?

—Cerca de vos, á vuestro mismo lado está.

—¿Tanto me amais, pues?

—¿Os puede quedar de ello la más lijera sombra de duda?

—¿No confundís el amor sublime de que me habeis hablado, con el fuerte empeño de un capricho?

—La que como yo á tanto se arriesga por un hombre, ¿merece acaso que se dude de su amor? ¿Creeis, pues, que no he luchado conmigo misma con obstinacion durante mucho tiempo antes de hacerme esclava de la infinita pasion que me domina? Sí, Luis, Luis mio—continuó Isabel completamente exacerbada por el delirio de su pasion, y tomando una mano de Luis.—Tu amor es para mí lo que la luz al ciego; mi corazon habia permanecido completamente insensible y frio hasta que te conocí; desde entonces late más aceleradamente y con más vehemencia, y sus latidos cesarán por completo el dia que se convenciera de que el tuyo no le correspondia.

El suave contacto de la blanca y aristocrática mano que apretaba convulsivamente la suya; la voluptuosa mirada de aquellos hermosos ojos negros que brillaban como el carbunclo á través del aterciopelado antifaz, y por último aquellos frescos y rojos labios que se abrian con frecuencia solo para brindarle un amor infinito, dejando ver á través de ellos dos sartas de magníficas y blancas perlas, acabaron por trastornar el juicio de Luis, y dejándose arrastrar por la situacion,

besó con entusiasmo la finísima mano que la dama le habia completamente abandonado.

Al contacto de los labios de Luis, sintió Isabel circular con tal ardor su sangre, cual si ardiente lava hubiese penetrado dentro de su cuerpo.

—Sí, sí; tú sabes amar; tu corazon es digno del mio y tu rostro no puede ménos de ser tan bello como tu alma.

Luis, por medio de un movimiento rápido, arrebató el antifaz que cubria el bello rostro de Isabel.

El semblante de la condesa, en aquel momento, apareció hermoso como nunca.

Luis quedóse admirado al reconocerla, y experimentó una agradabilísima impresion.

—¡Ah!—exclamó Isabel bajando los ojos.

—¿Vos, sois vos, señora?

—Sí; ¿os pesa de ello, Luis?

—¡Pesarme, cuando os he indicado en más de una ocasion la admiracion que me causaba vuestra belleza! ¡Pesarme, cuando he descubierto en vos un manantial infinito de amor sublime! ¡Oh! nunca! nunca!—exclamó Luis completamente embriagado por la belleza de aquella seductora mujer.

Isabel, radiante de alegría, le interrumpió preguntándole:

—¿Me será dado creeros? ¿No os inspiro desprecio ó compasion?

—¡Desprecio! ¡compasion! Amor, solo amor infinito me inspiras.

—¡Oh! recordad que antes me dijísteis que vuestro corazon no os pertenecia.

—Y dije la verdad.

El rostro de Isabel palideció horriblemente al oirle.

Luis continuó:

—La verdad, sí, porque la mujer que desde hace tiempo tiene conquistado por completo mi voluntad, dominado mi corazon, eres tú, tú sola.

Isabel estuvo á punto de desvanecerse; tal fué la inmensa dicha que conmovió su sér al escuchar tales palabras.

Luis rodeó con sus brazos el torneado talle de la conmovida dama que no opuso la menor resistencia para impedirlo.

. . . . . .

. . . . . .

Tres dias han transcurrido desde que tuvo lugar la escena que acabamos de referir.

Isabel, completamente entregada á la dicha que inundaba su alma, habia dado al olvido todo lo que no tenia relacion con su amor.

Luis constituia para ella su mundo todo.

La verdad, y solo la verdad, le habia dicho al afirmarle que su corazon habia permanecido insensible hasta el punto en que á él le habia conocido. Su esposo no le habia inspirado jamás el menor amor.

Como toda persona que hace alarde de insensibilidad inquebrantable, al sentir Isabel herido su corazon por la flecha del amor, comenzó á renacer á nueva vida, y amó con arrebato, con delirante pasion, con tal entusiasmo y tal ceguedad, que sin tener en cuenta las vallas que se oponian al logro de sus ilusiones, sin calcular el horrible abismo que á sus piés abria, sin que le arredrase la idea de menoscabar su honra, liviana pompa de espuma que se deshace al soplo de la maledicencia, se entregó por completo á sus propias inspiraciones, dejando á su corazon una libertad que la conveniencia y sus deberes no le permitian concederle.

Un dia habia pasado desde que vió por última vez á Luis, y como quiera que las horas que transcurrian sin verle trocábanse para Isabel en interminables siglos, determinó, á pesar de lo necesario que le era el descanso á Luis para acabar de restablecer su salud, no demorar por más tiempo el placer de verle de nuevo. Dirigióse, pues, anhelante al aposento donde aquel se hallaba, y júzguese cuán grande seria su sorpre-

sa al contemplar vacío el lecho. Latíale con violencia el corazon hasta el extremo de tener que apoyar sobre él la mano como para sujetarle dentro del pecho, de donde parecia querer saltar; miró con extraviados ojos á un lado y á otro de la sala, y convencida al fin de que el hombre á quien tanto amaba, por quien todo lo habia sacrificado y olvidado, huia de ella haciéndola sufrir una amarga decepcion, lanzó un grito desgarrador, y vacilante é insegura volvióse en direccion á la puerta, en cuyo umbral, cruzado de brazos y contemplándola con una mirada severa, vió la acusadora presencia de su ultrajado esposo.

Isabel, sin exhalar una queja, cayó desvanecida sobre el pavimento.

CAPÍTULO XXXVI.

Donde se ve que Paca empieza á hacerse dueña de la situacion.

Para justificar la desaparicion de Luis, necesitamos retroceder algunos dias al en que tuvo lugar aquel acontecimiento.

En uno de nuestros capítulos anteriores dijimos que Paca se habia quedado en la venta del tio Langosta, bajo su custodia, con encargo especial de Simon de que para nada la dejase salir de ella ni comunicarse con nadie.

El ventero, tabernero ó bandido, que de todo tenia el rufian, cumplió tan al pié de la letra su encargo, que la jóven no vió en los tres dias que se siguieron al en que la dejó Simon en aquel lugar, más ni ménos que la figura desagradable del tio Langosta.

Tambien recordarán nuestros lectores que entre el ventero y Simon se cruzaron algunas palabras á propósito de la mision que el primero tenia, alguna de las cuales, á pesar del

aturdimiento consiguiente al estado anterior de Paca, llegó á sus oidos.

De momento no pudo hacerse cargo de ello.

Preocupada con la horrible escena que habia servido, por decirlo así, de prólogo para su estado, no podia pensar, no podia sentir, no podia razonar, no podia hacer más sino dirigir á todas partes sus atónitas miradas, buscando en vano una solucion para aquel estado.

Poco á poco fué recobrándose.

Desde luego comprendió que, por el momento al ménos, no habia intencion de hacerle daño alguno.

Recordó tambien que la fisonomía de Simon, por más que se le habia presentado bastante desfigurado, no le era desconocida.

Y dióse á pensar dónde y cómo la habia visto.

Y finalmente se le ocurrió que aquel hombre tenia un parecido extraordinario con un individuo que pocos dias antes se habia mudado á una habitacion que habia desalquilada en su casa.

Y una vez fija en esta idea, imaginóse que no le habria robado por cuenta propia, digámoslo así, puesto que era viejo, feo, no tenia trazas de ser rico, y la habia tratado con alguna consideracion, segun habia tenido tiempo de comprender en las breves frases que cambió con el ventero.

Además, el tio Langosta habíase presentado á ella en los primeros momentos que siguieron al en que volvió en sí, y haciéndola grandes reverencias, ofrecióle muy cortésmente que pidiese cuanto quisiera, que todo le seria concedido ménos salir de allí.

De todo esto dedujo la maja, que habia misterio encerrado en su rapto, y misterio que era preciso descubrir á todo trance.

Para este efecto decidió abordar francamente la cuestion, tan luego como Simon se presentara en la venta.

Pero éste tardó dos dias en hacerlo.

Durante ellos fué Paca afirmándose más en su resolucion.

La jóven era audaz, no conocia el temor, y antes que ceder cobardemente estaba dispuesta á luchar.

Como que la enojaba aquella reclusion; como que tenia presente el dolor y la inquietud de su madre, á quien habia dejado enferma; como que estaba inquieta por la suerte que habria podido alcanzar á Luis, á todo trance decidió hablar al tio Langosta, y cuando éste subió á la hora de costumbre á llevarle el cuotidiano refrigerio, le dijo, encarándose resueltamente con él:

—Vamos á ver, abuelo, ¿cree su merced que yo voy á estarme aquí toda la vida?

El ventero miróla sorprendido, y tratando de eludir la cuestion, haciendo una mueca á manera de sonrisa, repuso:

—Me *paece*, reina mia, que no se os trata mal en mi choza. Yo comprendo que para ese garbo y esa sal, esta casa es *mu probe;* pero no sé por qué imagino que su merced va á tener más suerte que el mismísimo *preste* de las Indias.

—Vamos, tio..... espantajo: ó su merced me contesta tan claro como el agua y tan breve como el viento á lo que voy á decirle, ó va á saber lo que es una maja del barrio de Lavapiés.

—No hay que *encampanarse* tanto, mi reina, que yo estoy dispuesto siempre á complacer á todo el mundo.

—En primer lugar, yo estoy acostumbrada á vivir como las aves en medio del espacio, y disfrutando de sol, de aire y de libertad; y como que aquí me ahogo, es necesario que abra la puerta y me deje marchar donde quiera.

—Pero, señora, ¿cree su merced que sea posible falte yo á mis deberes? Aquí donde me ve su merced, soy hombre de mucho *aquel,* y cuando alguien me da un encargo, por nada de este mundo falto á él.

—Pues si no salgo á la calle necesito por lo ménos que me

diga el carcelero cuánto tiempo voy á estar encerrada en este calabozo.

—Señora Paca, esa palabreja de carcelero no reza conmigo.

—¿Se ofende su merced? ¿Pues de qué otro modo puedo calificar á quien no me deja salir de aquí?

—Es que yo soy *mandao*.

—¿Por quién?

—Por mi compadre Simon que tiene grandes *conocencias* con altísimos señores y señoras de la córte.

—¿Y quién es Simon?

—Su merced se lo puede preguntar cuando venga por aquí.

—Puede no venir nunca.

El figonero se encogió de hombros de un modo tan significativo, que Paca dando un paso hácia él con ademan amenazador, le dijo:

—Quiero salir de aquí, maese bribon, y si no salgo por buenas, forzoso será que salga por malas.

Tan resuelta era la actitud de Paca, y tan enérgica la expresion de su rostro, que el tio Langosta acostumbrado á bravear en su juventud, y á gitanear en su vejez, y que tenia un alma completamente atravesada, no pudo ménos de murmurar retrocediendo un paso:

—¡Caracoles con la hembra! ¡Y qué brava viene!

—¿Lo ha oido su merced, abuelo?—volvió á preguntar Paca.

—Abuelo seré cuando tenga nietos. No tengo más que un hijo que se le metió en la cabeza cantar misa.

—¿Con que es cura?

—Para servirle, prenda.

—Pues me parece que le va á salir á su merced otro que á va ser cardenal.

—No pico tan alto, buena moza—repuso el tio Langosta poniéndose en guardia, como vulgarmente se dice.

—¿Con que es decir que no puedo salir de aquí?

—Vuelvo á repetirle que soy un fiel esclavo de lo que se me ordena, y como se me ha dicho que haga lo contrario de lo que vuesa merced desea en ese particular, lo haré así aun cuando me mire tan irritada.

—¿Y esa es resolucion formal?

—¡Y tan formal!

—Y el tio Langosta, dejando su actitud humilde, irguió algun tanto el encorvado talle, mostrándose dispuesto á rechazar cualquier agresion por parte de la maja.

Ésta comprendió que nada adelantaria por medio de una lucha personal, y dijo:

—Está bien: pues prepárese su merced, porque voy á conseguir mi libertad empleando todos los medios imaginables; en primer lugar, que las paredes de esta casa no son tales que puedan ahogar los gritos de una hembra como yo, y tales los voy á dar, que á una hora ú otra alguien los ha de oir y alguien vendrá en mi socorro, y entonces veremos á ver que contesta su merced.

Esta amenaza no dejó de producir su efecto en el ventero.

Á la verdad, las paredes ni las puertas podrian resistir mucho tiempo aquel ataque de nuevo género, y el ancho pecho y el timbre de voz de la maja estaban con harta elocuencia demostrando que tenia un pulmon fuerte y robusto, y que sus gritos era fácil que llegasen á oidos de los arrieros y trajineros que solian parar en la venta.

Sin embargo, intentó luchar, y dijo:

—Esta es una casa completamente aislada; por aquí se acerca difícilmente un cristiano, y por lo tanto se cansaria en balde su merced.

—Á pesar de eso, esté cierto de que alguien le ha de oir, y en prueba de ello que voy á dar principio ahora mismo.

Y la jóven, reuniendo todas sus fuerzas, lanzó un grito de

«Socorro,» «Favor,» tan agudo y tan prolongado, que el ventero, temblando como un azogado, se acercó á la puerta de la estancia, exclamando:

—¡Ave María Purísima! Si con esa voz hace temblar toda la casa! Vamos, prenda—prosiguió acercándose á Paca, y con acento lleno de humildad—sosiéguese su merced, que yo le prometo.....

—¿Dejarme libre?

—¡Oh! No se ganó Zamora en una hora. Yo me comprometo á dar aviso á mi compadre Simon, y suplico á su merced que espere hasta la noche al ménos, y si no ha venido, yo obraré entonces por mi cuenta.

—Muy largo es eso.

—Más lo fuera mañana.

—Por esa razon quiero yo acortarlo.

Y de nuevo volvió la jóven á lanzar otro grito, y de nuevo á atribularse el ventero, que exclamó corriendo hácia ella con ademan suplicante:

—¡Por las once mil vírgenes! señora Paca, ¿quiere su merced comprometer á un pobre padre de familia? Cuando yo os digo que hasta la noche no podrá venir Simon, es porque no puede ser de otro modo; os lo juro por la salvacion de mi alma.

—Está bien, pues esperaré hasta la noche; pero os prevengo que si tratais de jugarme una, os ha de pesar, que tengo las uñas bien afiladas y bien suelta la mano.

El tio Langosta comprendió que el caso era apurado.

Felizmente, en la venta, á la sazon, no habia ninguna persona extraña, ni por el camino pasaba ningun arriero que pudiese oir las voces de Paca. El ventero, despues de dar sus instrucciones al mozo que tenia y á los jayanes que habian traido la silla de manos desde Madrid, fuése precipitadamente en busca de Simon, á quien encontró satisfecho de lo bien que le saliera el rapto de Luis.

La condesa le habia pagado largamente sus servicios, repitiéndole sus instrucciones para que condujese á Paca á Toledo, y el rufian se disponia á marchar á la venta para cumplir su encargo.

Al escuchar las quejas del atribulado ventero, sonrióse, y le dijo:

—Vamos, compadre, de poco te asustas.

—Quisiera yo verte en mi lugar.

—Y saldria adelante, tranquilo, y con bien.

—Si no me hubieses dicho que tratase á la hembra con miramientos, hubiérale yo puesto en la boca una mordaza, y no temiera que sus gritos me comprometiesen.

—Sin necesidad de mordaza, ya verás como se viene conmigo más humilde que un perro.

—Me *paece* que la moza tiene muchas *agallas*.

—Vivir para ver, compadre.

—¿Es decir que irás esta noche?

—Sí.

—Y descargarás mi *concencia* del peso que tiene con la guarda de esa moza?

—Escrupulosa va volviéndose tu conciencia, Langosta.

—Tan escasa está de peso, que no tiene nada de extraño.

—Vaya, vé á ver si con estas cuatro zacatecas (1) adquiere tu conciencia el peso que le falta.

Y al decir estas palabras, sacó de su bolsillo cuatro monedas de oro que puso en manos del ventero, cuyos ojos brillaron codiciosamente.

—No te olvides que esa moza ha sido tratada en mi casa á cuerpo de rey.

—Lo comprendo, y como yo no falto jamás á mis palabras, te lo pagaré religiosamente.

---

(1) Onzas de oro mejicanas, que en lenguaje vulgar solian denominarse por el punto de donde procedian.

—No lo decia yo por tanto, que de sobras sabes que jamás he sido interesado.

—¡Ya lo creo!

Y con estas palabras puso término Simon á aquel diálogo, separándose el tio Langosta para volver á su venta, y su compañero para hacer los preparativos para el proyectado viaje.

CAPÍTULO XXXVII.

Cómo y por quién se libró Paca.

Conforme y como habia dicho Simon al ventero, presentóse á la hora convenida en la venta llevando una litera de camino, é inmediatamente subió al aposento en que se hallaba la jóven.

Al verle ésta apresuróse á decirle:

—Bien habeis hecho en venir, que de no hacerlo, os juro que hubiese habido un escándalo, del cual no sé cómo habríamos salido.

—No hay que impacientarse, hermosa Paca, que todo se andará Dios mediante.

—Pero ¿y mi libertad, que es lo que yo quiero?

—Al momento, prenda; que precisamente cuando Langosta ha llegado á avisarme, ya tenia yo pensado venir esta noche.

—¿Es decir que me dejareis libre?

—Yo mismo voy á tener la honra de conduciros á Madrid.

—Pudiérais muy bien excusarme semejante honra.

—No tal, que siempre me he preciado de cumplidor con las damas.

—Guardar podeis todas esas alharacas para esas grandes damas con quien, segun vuestro compadre, teneis trato tan frecuente, y decidme en el castellano de mi barrio, á quién habeis servido trayéndome aquí, y qué objeto os llevásteis con ello.

—Una apuesta sencilla entre unas damas, apuesta sin otras consecuencias que las que habeis visto.

—¿Y puede saberse el nombre de esas damas?

—Líbreme el cielo de tan gran pecado; que tan alto pican, que hiciéranme pasar algun mal rato si revelara sus nombres.

—Está bien, maese; vamos á mi casa.

—No tan de prisa, reina mia, que he de hacer que prevengan la litera.

—Si ahora no hay para qué usar el tapadillo, ¿para qué la litera?

—¿Creeis acaso que estamos tan cerca de Madrid?

—¿Cómo?

—Hay más de dos leguas.

—¿Pues sabeis que la burla puede costaros cara, señor bribon?

—Protégenme señorías muy altas y no ha de seguirme perjuicio por semejantes burlas.

Paca dominó su cólera puesto que iba á recobrar su libertad, é instó á Simon para que cuanto antes saliesen de allí.

Poco despues entraba en la litera, y al irónico saludo que Langosta le hizo, diciéndole:

—Vaya, prenda; me alegraré que guarde su merced un recuerdo de la venta del tio Langosta.

—Yo le juro á fe de Paca, que le tendré muy presente siempre—apresuróse á contestar.

Y la litera se puso en marcha, y Paca dióse á pensar sobre la extraña aventura.

Toda la noche lleváronsela andando, y la maja comprendió que habian recorrido más camino de las dos leguas que debian separarles de Madrid.

Y trató de abrir la portezuela de la litera, y vió que estaba cerrada por su exterior.

Llamó entonces con la mano, dando sobre la caja del vehículo, presentándose inmediatamente Simon en la ventanilla.

—¿Pero es que no vemos á Madrid todavía?—preguntó Paca.

—Ya llegaremos; ¡si vamos muy despacio!

Y volvió á cerrar la ventanilla.

Habia visto que era ya de dia, y recordando á la hora que salieron de la venta, supuso que habia tiempo muy de sobra, aun yendo despacio, para recorrer un triste trayecto de dos leguas.

Entonces se le ocurrió que cuanto habia dicho Simon podia ser un engaño.

Y por primera vez, realmente, desde que habia salido de su casa tuvo miedo.

Indudablemente no iban á Madrid, y no yendo á este punto, ¿dónde la llevaban?

Este pensamiento mortificóle de tal manera, que estuvo tentada para llamar nuevamente.

Pero la contuvo la reflexion de que nada adelantaria con el inflexible carcelero que llevaba, exponiéndose tal vez á una nueva humillacion.

Mas no por esto se resignó á dejarse conducir donde quisieran.

Por el contrario, formó la resolucion de huir, aprovechando la primera oportunidad que se le presentase para ello.

Midió sus fuerzas, vió si tendria valor suficiente para hacer-

lo, y comprendió que sostenida por el amor por un lado, y por el afecto filial por otro, podria lograrlo.

La ocasion que ella buscaba no tardó mucho en presentarse.

La litera en que iba encerrada, era una pesada caja de madera cuyas ventanillas y portezuelas se cerraban por la parte de afuera, y en la que se podia respirar gracias á un agujero colocado en la parte posterior de ella.

Esta caja era llevada por dos mulas que á su vez eran gobernadas por dos de los secuaces de Simon.

El rufian caminaba á la derecha del vehículo, caballero en un poderoso corcel que Dios sabe á quien habria pertenecido, y le seguian dos individuos más, montados en mulas y armados á la gineta.

Paca no sabia ni quién la acompañaba, ni dónde iba, ni quién era el autor de su rapto.

Pero decidida como estaba á salvarse de cualquier modo que fuera de aquel cautiverio, más horroroso cien veces que la muerte, comenzó á mirar por los agujeros de que hemos hablado anteriormente, con el objeto de ver si divisaba algun pasajero.

Pero aquellos eran demasiado pequeños, y la vista de la jóven no pudo distinguir absolutamente nada.

Sin embargo, resuelta de cualquier modo que fuese á acabar de una vez con aquella situacion, empezó á dar golpes sobre la caja de la silla.

Esto produjo el efecto que ella deseaba.

Crugió una llave en la cerradura de la portezuela, y el rostro innoble de Simon volvió á aparecer en ella.

—¿Qué se os ofrece?—le preguntó de mal talante.

—Me siento mal, y quisiera respirar un poco de aire—le contestó la jóven.

—Bien podíais haber guardado vuestros males para más tarde.

—Como eso no está en nuestra mano el evitarlo.....

—Pues bien, andaremos así un poco de tiempo.

—Es que yo desearia poderme bajar.

—Es imposible.

—Pero ved que dentro de esta caja me ahogo.

—Pues ahogáos en buena hora, que ya me vais moliendo la cabeza con vuestras eternas quejas.

—No os he pedido nada hasta ahora.

—¡Está bien! Y Simon prosiguió, dirigiéndose á uno de los muleteros—¡Eh! tú, Gonzalvillo! Cuida de poner las mulas á buen paso, que hemos de llegar á Toledo antes de las nueve de la mañana.

Paca no tuvo más remedio que resignarse á permanecer en la cerrada litera.

Pero quiso su buena suerte que en opuesta direccion á la que ellos llevaban, pasara un grupo de viajeros.

Saludaron á la lijera á los que custodiaban á la jóven, y prosiguieron á galope su camino.

La amada de Luis no quiso dejar desaparecer aquella ráfaga de salvacion que se le presentaba, pues habia escuchado la algazara que movian.

Precisamente aquel grupo se componia de personas alegres y dispuestas para cualquier lance que se les ofreciera.

Ramon de la Cruz, el que más tarde habia de dejarnos tan acabados modelos de las costumbres de la época con sus picarescos cuadros, jóven á la sazon y amigo de Francisco de Goya, pintor que ya comenzaba á adquirir fama, venia de Toledo donde habia ido á ver torear á su amigo José de la Parra (a) Joselito, famoso matador de toros y amante de la maja de más rumbo que habia en el Rastro despues de Paca y de Dolores, que era Concha, la amiga de éstas.

Acompañábanles dos ó tres amigos más y dos criados, y durante el camino proseguian la misma broma y la misma algazara con que habia salido de Toledo.

Paca, como ya hemos dicho, les oyó, y dando fuertes golpes en la caja del vehículo; púsose á gritar desaforadamente:

—¡Socorro! caballeros; ¡Favor! ¡Acudid en mi auxilio!

—¡Mala hembra, á quien Dios confunda! ¡Pues no trata de comprometernos la muy bellaca!

Y dió órden á los muleteros para que avivasen al ganado esperando que los viajeros no se apercibirian de los gritos de la maja.

Pero ésta volvió á repetirlos; Simon tornó á jurar, y el grupo de los viajeros se detuvo.

Joselito habia percibido algo, pues aun cuando un tanto confusas, llegaron á sus oidos las palabras de Paca, y entrando en sospechas al momento, pues ya les habia chocado aquella litera herméticamente cerrada, refrenó un poco su caballo, se volvió hácia sus amigos, y dijo:

—¿Has oido, Ramon?

—Sí, por cierto; me ha parecido oir una voz de mujer demandando auxilio—contestó el interpelado.

—¿Y crees que debemos dárselo?

—Con mil amores—repuso Goya—porque se me han pasado unas ganas de hacerle una caricia con mis pistolas á ese don descortés, que no ha contestado á la salutacion que le hicimos cuando pasamos por su lado, que no he podido olvidar todavía.

—Pues vamos con ellos.

Y diciendo y haciendo, todos volvieron grupas, y se dirigieron hácia Simon que hacia desesperados esfuerzos para alejarse de allí.

—¿Á quién llevais ahí dentro?—preguntó don Ramon de la Cruz con altivez.

—¿Y á vos qué os importa?—respondió de la peor manera posible el agente de doña Isabel.

—Cuando lo pregunto, por algo lo haré; abrid pronto esa litera, ó sino la abriremos á la fuerza.

—Seguid vuestro camino, y no os entrometais en asuntos que para nada os conciernen.

—Ya os he dicho que queremos saber quién va ahí dentro.

—¡Favor! ¡Socorro!—volvió á gritar Paca, que habia oido á sus salvadores.

—Ya estais oyendo—repuso Goya.

—¡Eh! Idos al demonio. Seguid adelante, porque sino.....

Y Simon le apuntó con sus pistolas.

Éste no se arredró, sino que al contrario, clavó las espuelas á su caballo y fué á lanzarse hácia el bandido.

Pero Simon, que no perdia de vista sus movimientos, disparó sus armas; y gracias á que el pintor tuvo tiempo para hacer dar á su caballo una vuelta, no sucedió lo que el raptor de Paca hubiera deseado.

Joselito, que vió el riesgo que corria Goya, sacó uno de sus pedreñales, y le disparó con tanto acierto, que uno de los bandidos cayó al suelo para no levantarse más.

Inmediatamente todos sus amigos se arrojaron sobre Simon y el otro bandido, pues los muleteros, juzgando el cuento mal parado y teniendo en cuenta la superioridad de sus adversarios, diéronse á huir con una lijereza que probaba cumplidamente que no se hallaban tan comprometidos en aquel negocio como lo estaban Simon y sus dos compañeros.

La lucha, como puede comprenderse, fué sumamente breve.

Simon cayó atravesado de un balazo, y el otro bandido, no sin haber sacado tambien algun rasguño, alejóse precipitadamente de aquel sitio sin que le persiguiesen nuestros viajeros, preocupados más bien con ver á la persona á quien acababan de salvar.

El poeta se aproximó á la litera, abrióla, y no pudo ménos de exhalar una exclamacion de asombro al reconocer á la persona que iba en ella.

—¡Paca!—exclamó.—¿Qué quiere decir esto?

—¡Joselito! ¡don Ramon! ¡don Francisco!—exclamó á su vez la maja, reparando en las personas que se acercaban á hablarle.

—¿Pero qué ha pasado aquí?—preguntaron todos á la vez.

Paca, á la mayor brevedad, contó lo que le habia ocurrido, y como que Simon no daba señales de vida, el otro bandido estaba muerto, y el tercero, lo mismo que los mozos de mulas, habian huido, no fué posible averiguar la verdad sobre aquel suceso.

—¿Ha visto su merced á mi madre?—preguntó Paca al torero.

—Hace siete dias que salimos de Madrid para Toledo, y ahora regresamos, y cuando yo salí todavía no habia tenido lugar ese lance.

—Vaya, vaya—dijo el pintor—vamos á Madrid cuanto antes, que esta moza tendrá ya ganas de descansar despues de lo ocurrido, y Cruz encontrará en esto asunto para uno de sus más excelentes cuadros de costumbres.

Paca, ya tranquila respecto á su suerte, volvió á meterse en la litera; hízose volver en opuesta direccion á las mulas, y todos juntos tomaron el camino de Madrid donde llegaron aquella misma noche, siendo conducida la maja á su casa acompañada por Joselito.

CAPÍTULO XXXVIII.

Primeras diligencias practicadas por Paca.

—Á fe mia que no sé ya cómo componérmelas para tranquilizar á la pobre anciana.

—Otro tanto me pasa á mí, y lo peor de la cosa es que me *paece* que comienza á sospechar alguna cosa.

—Tan es eso verdad, que me veo *apuraa pa* contestar á las preguntas que á cada mo nento me hace:—«¿Cómo Paca está tanto tiempo fuera de casa? Vosotras me ocultais algo; habladme con franqueza; por Dios no me engañeis!» Y la pobre vieja llora de tal modo que me parte las entrañas.

—¿Y qué le vamos á hacer? ¿Cómo nos componemos?

—Yo no desconfio aun de que Paca aparezca; estoy yo muy segura que mi Vicente no dormirá tranquilo hasta dar con ella.

—Tambien Joselillo trabaja sin descanso.

—Nada; es menester continuar mintiendo por no darle un golpe mortal á la pobre vieja.

—Se moriria si en el estado en que está, llegase á saber la verdad.

—¡Toma! Pues si yo que soy jóven y estoy buena, cuando Vicente vino á buscarme y me dijo:—«Luis está herido; Paca ha sido robada; vé á casa de su madre y ocúltale lo mejor que puedas y sepas lo que sucede, y cúidala,» créeme, me quedé tan *sorprendia* que á poco más me caigo redonda.

—No lo extraño, porque yo creí que Joselillo me embromaba; pero tuve que creerlo cuando tan de veras me pidió que aquí viniera *pa* que tuviera *cuidiao* de la pobre enferma.

—Y con hoy van ya cuatro dias.

—¡Vamos, esto es una picardía! ¿Qué hace la justicia?

—Dormir, como acostumbra.

—Y en tanto ¿qué habrá *sucedio* á nuestra amiga?

—Vaya *usté* á saber.

—*Miá*, Lola, á veces cuando pienso.....

—¿Qué piensas?

—¡Cá! ¡si me da *mieo* hasta el *icirlo*!

—¡Ave María! mujer, ¿pues qué es ello? ¿Qué piensas?

—¡Toma! pienso si la habrán asesinao.

—¡Dios nos valga!.... No quiero ni pensarlo.

Tal era el animado diálogo que sostenian Lola y Concha en el cuarto de labor de Paca, diálogo que cortó la repentina llegada de Vicente.

—¿Qué hay?—preguntaron con ansiedad y á la vez las dos mujeres.

—Nada, absolutamente—dijo completamente desalentado Vicente, dejándose caer, más bien que sentándose sobre una silla.

—Pues estamos aviadas.

—¿Y qué vamos á hacer? ¿Cómo nos compondremos? ¿Qué le diremos á la pobre vieja?

—Hay que seguir inventando algo para tranquilizarla—dijo Vicente.

—Yo—repuso Lola—ya no sé que decirle.

—Y la pobre esta noche la ha pasado muy mal.

Vicente, con los codos apoyados sobre sus rodillas, y sosteniendo su abrasada frente con ambas manos, parecia absorto en sus cavilaciones.

—¡Vamos, Vicente, por Dios! No te *achiques* tú tambien; no sea cosa que te nos pongas malo con el jaleo que llevas estos dias.

Vicente, fijando sus enamorados ojos en la bellísima Lola, le dijo:

—No te apenes por mí, querida Lola; afortunadamente mi salud es buena por ahora; pero mi corazon sufre horriblemente, horriblemente. ¿Qué ha sido de Paca? ¿Qué ha sido de Luis? ¿Quién puede ser el autor ó los autores de semejante atentado? ¿Cuándo se hará la verdadera luz que aclare estos misterios? He aquí, amigas mias, lo que da tortura á mi imaginacion; he aquí lo que me desespera.

—¿Es decir que tampoco has podido averiguar nada respecto de tu amigo?

—Nada, absolutamente nada. Mi amigo Roberto y su hermano Enrique me han ayudado eficazmente y me ayudan en mis pesquisas; pero han sido vanos cuantos pasos hemos dado hasta el presente.

—¡Ay Dios mio!—exclamó Concha sumamente afligida—¿Cómo nos vamos á componer?

Lola, á quien entristecia sobremanera el estado de afliccion en que se hallaba su Vicente, no queriendo aumentar su melancolía, y sí, por el contrario, tratando de animarle, hizo un esfuerzo sobre sí misma, y logrando dominar aparentemente el dolor que sentia su corazon, dijo:

—¡Ea! No hay que desanimarse. Lo que no se ha logrado ayer *puede* alcanzarse hoy; *en el entretanto*, no hay más remedio que seguir mintiéndole á la pobre anciana; Dios nos perdonará, porque él ve el motivo que á ello nos obliga.

—¿Pero qué la diremos, en cuanto se despierte y nos acose como acostumbra hacerlo con sus preguntas?

—¿Qué sé yo? Que no ha concluido aun el delicado trabajo que está haciendo en casa de esa señora, donde la hemos dicho que se halla..... Que esta mañana ha venido un momento y no ha querido interrumpir su sueño, contentándose con darla un beso..... Que tuvo que marcharse apresuradamente porque le conviene no perder ni un momento si ha de concluir el bordado á su debido tiempo, y que nos ha encargado dijéramos á su madre, que no tardaria en regresar aquí.....en fin, Concha, hay que hacer de tripas corazon y no desalentar; lo que nos conviene es ganar tiempo, y Dios dirá.

—¡Eres un ángel, Lola!—exclamó Vicente, mirando apasionadamente á su amada. Ésta hizo un delicioso mohin con su boca, y contestó sonriendo:

—Si yo fuera eso que dices, no pasaríamos lo que pasando estamos.

—Un ángel eres terrestre, lo repito, y yo el hombre más feliz del mundo, por haber merecido ser amado por tí.

Lola, con el instinto propio que poseen las de su sexo, comprendió que su amiga Concha no haria muy buen papel allí presenciando una escena de amorosas ternezas, y aunque era muy del gusto de Lola escucharlas, cortó el hilo de la conversacion emprendida con tanto calor por Vicente, diciendo:

—¿Queda aprobado mi plan?

—En un todo.

—Es lo mejor que podemos hacer—replicó Concha.

—Pues adelante con él y.... pero si no me engaño..... ¡Bendito sea Dios! Es ella; Paca, Paca; aquí la tenemos ya!

En efecto, Paca era en persona la que en aquel momento penetró en el cuarto arrojándose en los brazos de sus dos amigas que la besaban llorando de emocion y alegría.

Vicente, que como debe suponerse participaba de la alegría

general, deseaba conocer los pormenores que hacian referencia al robo de Paca; pero tuvo la suficiente paciencia para esperar á que se calmasen las mútuas caricias que se prodigaban las tres amigas.

Por fin se desprendieron de los brazos en que se estrechaban una en el seno de las otras, y Paca, enjugándose las lágrimas que se desprendian de sus hermosos ojos, dijo con voz visiblemente alterada:

—Y mi madre ¿cómo está? ¿qué le ha sucedido?

—Tranquilízate; la pobre vieja está muy inquieta por tu ausencia; pero nosotras, ayudadas por Vicente, le hemos hecho creer que te hallabas en la casa de una gran señora, y que te habia encargado un bordado delicadísimo, y con la condicion expresa de empezarlo y concluirlo en su propia casa; por lo demás, nada le ha hecho falta, á no ser tus caricias, que esas no podian igualarse para ella con las que nosotras dos la hacíamos.

—Quiero verla.

—Ahora no—exclamó Vicente deteniendo á Paca.

—¿Ahora no?.... ¿Por qué?

—Porque está durmiendo—dijo Concha—y le hace falta el descanso.

—Os doy mi palabra de no despertarla; pero dejad que la dé un beso.

—Sea; pero procurad no despertarla; una emocion repentina podria perjudicarla—dijo Vicente.

Dirigióse Paca apresuradamente al cuarto donde en su lecho reposaba la pobre anciana, en cuyo semblante se revelaba claramente la pena que atormentaba su maternal corazon.

Paca besó en la frente á su madre, bañándole el rostro con las lágrimas que se desprendian abundantes de sus pupilas; Lola y Concha que la habian seguido, lograron arrancarla de aquel sitio, temiendo que la enferma despertara de pronto.

—¡Gracias, gracias, amigas mias! gracias, don Vicente—ex-

clamó Paca en cuanto se halló de nuevo en su cuartito de labor, donde volvieron á reunirse los cuatro personajes.

—De nada tienes que dárnoslas, chica: hemos hecho lo que tú harias por nosotras.

—Ya sabes que eso es verdad, Lola.

—Pero ¿quieres contarnos lo que te ha *sucedío?*—preguntó Concha.

—Eso es lo que aguardo á oir con impaciencia.

—Antes decidme, amigo Vicente ¿dónde está él? ¿Qué le ha *pasao?*

Lola y Concha dirigieron á Vicente una inquieta mirada. Vicente, por su parte, trató de tranquilizarlas haciéndoles una imperceptible seña, y dijo contestando á Paca:

—Por lo que hace á Luis, os enteraré de todo cuanto le ha ocurrido; nada quiero callaros, porque seria peor andar con mentidas reticencias.

Seguidamente enteró de todo cuanto sabia respecto á Luis, asegurándole que la herida de aquel era leve, como podia ella enterarse, preguntándoselo á Roberto y Enrique, á cuya presencia ofreció él conducirla, para que oyera de sus labios la corroboracion de lo que él decia, y concluyó diciéndole que aunque al presente ignoraba por completo el paradero de su amigo, ofrecia hacer cuantos esfuerzos estuviesen á su alcance á fin de averiguarlo.

Paca oyó con la más viva emocion el relato de Vicente, y exclamó:

—¡Dios mio, cuántas desgracias en tan pocos dias!

—Tranquilizáos, Paca, y referidnos lo que á vos os ha ocurrido. Tal vez de vuestra narracion se desprenda algun dato que pueda darme alguna luz que me guie para dar con Luis.

Refirió Paca á sus amigos cómo habia sido robada; dónde fué conducida primero, y por quién habia sido salvada.

Como se trata de hechos conocidos ya del lector, no hay para qué repetirlos nuevamente.

—¡Ah, mi buen Joselito!—exclamó entusiasmada Concha cuando terminó la relacion de todo lo que le habia ocurrido.

—Sí; á él y á los suyos debo el verme libre de aquel malvado.

—En todo este negocio anda indudablemente una mano poderosa.

—¡Oh! De ello estoy muy segura, y juraria que esa mano es de alguna mujer, Vicente—exclamó Paca mal disimulando los celos que sentia solo con figurarse tal cosa.

—No me extrañaria—repitió Lola.

—Á fe de Paca que yo he de averiguarlo. Amigas mias, os pido el favor de que me aguardeis aquí hasta tanto que dé la vuelta; no os haré esperar mucho.

—¿Dónde vas?

—Mira, Lola, voy á ver á una señora que estoy segura me atenderá, y tal vez con su ayuda pueda averiguar alguna cosa de lo que tanto me interesa.

—Y yo por mi parte voy á ver á Roberto, por si ha adquirido alguna noticia.

—Sí, Vicente, por favor no dejeis de la mano este negocio.

—Bien sabeis la amistad que á Luis me liga, y debeis suponer cuán grande será el interés que tengo en aclarar este oscuro asunto. Esto diciendo, se despidió de las tres amigas y se ausentó á toda prisa.

—Si mi madre despierta, en el interin que estoy fuera, decidle que os he mandado un *recao* avisando que hoy vendria.

—¡Anda con Dios, mujer, y él te ayude!

—Descansa en nosotras.

Paca, sin detenerse, salió á la calle, dirigiéndose con acelerado paso al palacio de la condesa de Santillan. En él supo por el portero que la señora hacia tres dias que se hallaba en su quinta del Pardo.

Desconcertada quedó Paca con tal noticia, y á pesar del estado en que se hallaba su ánimo, no pudo ménos de chocarle

en gran manera el que aquella señora se hubiese ido á su quinta en estacion tan poco á propósito.

Resuelta á hacer por su parte cuanto le fuera dable por adquirir noticias del hombre por quien su corazon se interesaba de una manera tan viva, determinó ir á casa de doña Catalina de Sandoval, señora que le manifestaba gran cariño, y de la que estaba segura Paca se interesaria por ella. Concebir el proyecto y ponerlo en ejecucion fué todo una misma cosa.

Llegó, pues, á casa de la señora de Sandoval, y á poco de haberse anunciado fué introducida Paca á presencia de aquella.

—Vale más tarde que nunca — dijo la señora á Paca.—¿Te has dignado por fin acudir á mi llamamiento?

—Señora, he estado cuatro dias ausente de mi casa, bien á mi pesar y sufriendo mucho, por lo mismo no debe extrañaros.....

—¿Cómo, cómo es eso?.... Explícate, hija, explícate.

Refirió Paca, sin omitir el más mínimo detalle, todo cuanto le habia pasado.

Doña Catalina mostrábase admirada y un tanto conmovida.

—Verdaderamente tiene mucho de novelesco lo que me has contado. Y díme: ¿cuál es el objeto que aquí te conduce, querida mia?

—Es de ver si podré, por medio vuestro, saber algunas noticias acerca de un sugeto que me interesa—dijo Paca ruborizándose.

—¿Cómo se llama?

—Don Luis de Guevara.

El rostro de doña Catalina cambió súbitamente de color; no pasó este detalle desapercibido á la perspicacia de Paca.

—¿Y de qué y cómo conoces tú á ese caballero?

—Por habérsele presentado á mi madre un amigo suyo suplicándole le prestase refugio en casa, hasta tanto se pudiera

arreglar cierto asunto desagradable, que habia puesto á don Luis en el caso de ocultarse.

—¡Ah! Segun eso ¿era en tu casa donde estaba escondido?

—Sí, señora.

—Y naturalmente, no pudiendo don Luis resistir á los atractivos de tu hermosura, ¿te habrá hecho el amor?

Advirtió Paca algo extraño en el acento de doña Catalina, y comenzó á sospechar que aquella era quizá rival suya; así, pues, se propuso estar en guardia para no venderse á sí propia y ver si conseguia aclarar la duda que repentinamente habia nacido en su alma.

—¡Oh! no, ciertamente; á mí no me ha dicho nunca don Luis ni una sola palabra más allá de la otra; solo que mi madre está inquieta y tambien yo lo estoy, pues basta que haya estado en mi casa, sentiria que el pobre hubiese tenido algun mal tropiezo.

—Pues si no es más que eso, tranquilízate, pues presumo que ha tropezado muy á su gusto.

—¿Sabeis dónde está, pues?

—Por lo ménos lo presumo. Ese jóven está en moda; sé yo de varias damas que por él suspiran, y juzgo que una de ellas, la noble condesa de Santillan, es la que le retiene prisionero en sus amantes brazos.

Juzgue el lector cuánto estaria sufriendo la pobre Paca; sin embargo, haciendo un titánico esfuerzo, supo contenerse y disimuló hábilmente lo que por su corazon estuvo pasando.

—Creo haberos dicho que la señora condesa de Santillan se halla ahora y desde hace tres dias en su quinta del Pardo.

—Razon de más para que se trueque en evidencia mi suposicion; sí, querida mia, sí; esa mujer, olvidándose de lo que no debiera, habrá encadenado en sus redes al mimado doncel, é indudablemente en la quinta del Pardo, entregadas á las delicias de su amor criminal, vivirán las enamoradas

tórtolas gozando las delicias del paraíso; pero nada tendria de extraño que sorprendiera á los palomos el milano.

Doña Catalina ocultaba bastante mal el despecho que la dominaba. Paca quedó completamente convencida de que su interlocutora amaba tambien á Luis.

—Vaya, pues, señora; mil gracias por vuestra bondad.

—¿Te vas ya?

—He dejado mi madre al cuidado de dos amigas; hace cuatro dias que la pobre anciana llora mi ausencia, y tengo deseos de.....

—Sí, sí; comprendo que no quieras prolongar su angustia. No olvides traerme cuanto antes el bordado que te encomendé.

—No os haré esperar mucho tiempo.

—Adios, y repito que estés tranquila por lo que hace á don Luis.

Salió Paca de casa de la señora de Sandoval, dirigiéndose á la suya con el corazon angustiado; pues si bien es cierto que tenia casi la seguridad de haber averiguado lo que deseaba, en cambio habia comprendido que el corazon del hombre que ella amaba se lo disputaban otras mujeres á quienes la fortuna habia colocado en posicion de la que ella distaba mucho.

CAPÍTULO XXXIX.

El corazon de una maja.

—¡Ah! vamos, ¡gracias á Dios!—exclamó Lola viendo entrar á Paca.—Tu madre se ha despertado y arde en deseos de verte. Allí está Concha con ella.

Paca penetró en la habitacion donde se hallaba su madre.

—¡Por fin, hija mia!

—Sí, ya estoy aquí, madre—le dijo Paca besándola con efusion y cariño.

—Hija mia, tú estás pálida, ojerosa, ¿estás mala?—preguntó la anciana con solícito acento.

—No, madre, no; es que estos dias he trabajado mucho y tal vez sea eso.

—¡Válgame Dios, hija mia! Te estás quitando la vida.

—¡Bah! no hay miedo; me siento buena por ahora, gracias á Dios.

—¡Ea!—dijo Lola, disponiéndose á marchar con su amiga Concha—*Salú* y á más ver.

—Adios, mis buenas hijas.

—Procure *usté* descansar y ponerse buena pronto.

—Eso, eso; y en *llegando que sea* ese dia lo hemos de celebrar, á fe de Concha.

Despidiéronse las dos manolas de Paca y su madre, y salieron de aquella casa dirigiéndose á las suyas respectivas llevándose trás de sí más de un corazon de algun amartelado galan.

Paca, entretanto, no se apartó aquel dia casi ni un momento del lado de su anciana madre.

Á la mañana siguiente, hallábase Paca bordando en su cuartito, en tanto descansaba la enferma. La hermosa jóven estaba hondamente preocupada, tanto que apenas advirtió la llegada de su amigo Vicente.

—Felices, hermosa Paca ¿cómo sigue la enferma?

—Bastante mejor, segun me parece.

—Vuestra presencia habrá influido mucho en esta mejoría; pero á juzgar por vuestro semblante, paréceme, amiga mia, que de ayer á hoy ha aumentado vuestra melancolía. ¿Á qué viene abandonarse de tal manera al dolor?

—No; ¡si yo no estoy triste!

—He ahí una perla desprendida de esos hermosos ojos, que desmienten lo que afirmais. Si no estais triste ¿á qué viene llorar? Vamos, Paca, tened completa confianza en mí; reveladme, si me creeis digno de ello, la causa de vuestro pesar.

—Paca, con voz que el llanto embargaba, contestó:

—Sí, que tengo en *usté* confianza.

—En ese caso demostrádmelo, refiriéndome lo que os ocurre.

—Sí, os lo diré todo; tengo necesidad de vuestros consejos.

—Hablad, pues.

—Ocultaros lo que mi corazon siente por Luis, es inútil, pues harto lo sabeis.

—¿Y bien?

—Ya sabeis que ayer me propuse averiguar, si podia lograrlo, por medio de una señora, el paradero de vuestro amigo. La señora es la condesa de Santillan. Fuíme en derechura á su casa y no me fué posible hablarla, porque se me dijo se hallaba ausente de Madrid y en su quinta del Pardo.

—No veo el motivo para que eso os aflija de tal manera.

—Es que no es esa la causa. Escuchadme: no siéndome posible ver á la condesa, me fuí á ver á la señora de Sandoval; ésta se alarmó tanto cuando vió que me interesaba por Luis, que no le fué posible disimular lo que su corazon sentia, y que yo adiviné al momento.

—¿Qué?

—Doña Catalina ama á Luis. ¡Oh! no me cabe duda de ello.

—Aunque así sea, si él no la ama á ella nada hay perdido.

—Además, doña Catalina me dió á entender claramente que está celosa.

—¿De quién?

—Díjome que indudablemente Luis se hallaria en el Pardo con la condesa de Santillan.

—¡Ah!—exclamó Vicente cual si se fuera desvaneciendo la nube que ofuscaba su vista—Seguid.

—Poco tengo que añadir; segun me afirmó doña Catalina, la condesa ama á Luis, y ella es la que le retiene.

—Empiezo á ver claro en este negocio.

—¡Pero es posible eso en una mujer casada, en una gran señora!

—¡Ay, amiga mia! Si pudiérais penetrar los secretos de eso que llamamos el gran mundo, estoy seguro que os horrorizaríais.

—¿Comprendeis ahora el por qué estoy triste?

—Sí; pero debo advertiros que no debeis alarmaros.

—¿Creeis acaso que pueda yo figurarme, pobre de mí, el salir victoriosa, teniendo por rivales á dos tan hermosas señoras?

—Y estoy seguro que las vencereis.

—¡Yo!

—Sí, Paca, sí.

—Seria más que tonta en creerlo. ¿Quién soy yo al lado de ellas? ¿Qué valgo?

—Sois la virtuosa y bellísima doncella; sois un cristal puro que no ha empañado ni el más mínimo soplo de corrompido aliento; sois la flor silvestre que se mece ufana y sencilla en purísimo vergel; sois el ángel de bondad y abnegacion que la infinita bondad del Señor ha colocado junto á Luis, para velar por él y hacerle feliz. Entretanto, esas señoras que me habeis nombrado, ¿qué son? La una, una mujer que sin tener en cuenta las consideraciones que se le deben á un esposo, por más que éste repose en la tumba, hace gala de los ilícitos amores que la unen á un noble anciano. La otra, una gran señora que teniendo en bien poco su propio decoro y el honor del hombre á quien se uniera en los altares, no vacila en dar pasto, segun me habeis manifestado, con sus amores á la maledicencia pública: ambas son dos flores que han perdido la virtud del aroma que un tiempo las embelleciera; dos flores marchitas ya y que no pueden competir en modo alguno con la fragante rosa que se columpia ufana en su tallo, conservando intactos su aroma y su color. Conozco suficientemente á Luis, y tengo la seguridad de que su corazon se inclinará decididamente hácia el lado de la virtud: no tengais la menor duda de ello; suponer lo contrario, seria inferir una ofensa á la delicadeza de mi querido amigo.

—¡Ah! Si eso fuera verdad, ¡cuán feliz seria yo!

—Sí, mi querida amiga; no dudeis, y dejad obrar al tiempo; él se encargará de demostraros la verdad de cuanto os he

hablado. Me retiro en la seguridad de dejaros más tranquila; fiad en el porvenir; de lo que me habeis referido he sacado deducciones, que creo han de serme útiles para hallar al fin á Luis. Hoy trataré de averiguar si se halla ya en Madrid la condesa; mañana volveré á informaros de las noticias que haya podido recoger.

Quedó Paca abismada en profundos pensamientos. Las palabras consoladoras de Vicente no habian logrado desvanecer completamente los recelos que atormentaban su alma. Á su manera pensaba y deducia del modo siguiente:

—¿Quién soy yo, por más que diga don Vicente, para presumirme que el hombre que amo con todo mi corazon me prefiera entre las varias mujeres que ambicionan poseer su cariño? ¿Cómo podrá competir la humilde y pobre hija del pueblo con las bellas y ricas señoras que le rodean? ¿No seria demasiado mi orgullo en abrigar la menor esperanza? Podrá tal vez Luis no amar á esas dos señoras por las malas cualidades que tienen; pero entre las muchas de su misma clase y rango, ¿no es fácil que Luis encuentre una que más tarde ó más temprano le enamore completamente? Sí, no debo hacerme ilusiones; mucho le amo, más que le podrá amar mujer alguna; pero, desgraciadamente para mí, creo que me he enamorado de un imposible.

Apoyó lánguidamente Paca su abrasada frente entre sus manos, y así permaneció largo rato completamente abstraida en sus melancólicas y tristes reflexiones. De repente varió de posicion, y como inspirada por un súbito y leal presentimiento, se dijo:

—¿Acaso no pudiera acontecer que Luis se encontrara retenido, á pesar suyo, en poder de la condesa? Y si eso fuera cierto, ¿no debo yo, por más que esté completamente convencida de que he de sacrificar mi amor encerrándole en mi pecho, no debo, repito, poner de mi parte todo lo posible á fin de salvarle? Sí, este es mi deber; sacrifíqueme yo, pero que él

sea feliz. Bien sé que tal vez él ni repare siquiera en mi sacrificio, que por desgracia suele suceder que los altos no reparan en los bajos, y los pisan sin misericordia; pero si muero por él, y al espirar le veo dichoso, moriré contenta.

CAPÍTULO XL.

Donde volvemos á hablar de la hija del conde de Lazan.

Desesperada estaba María de Lazan desde el momento en que su padre le habia anunciado su resolucion irrevocable de dar su mano al vizconde del Juncal.

Comprendia perfectamente las razones que le daba el conde; comprendia que, efectivamente, dadas las condiciones en que se hallaba el pleito sostenido entre sus dos casas, aquel matrimonio era de gran importancia.

¿Pero y su amor? ¿Y su corazon que se hallaba tan vivamente interesado, su corazon que amaba por primera vez, que habia consagrado todos sus latidos y toda su felicidad al cariño de Luis?

El sacrificio era superior á sus fuerzas: la pobre niña no tenia valor para hacerlo.

Además, precisamente en aquellos momentos, Luis estaba en desgracia.

Hacerle ella traicion, seria doblemente inícuo.

Por otra parte su hermano estaba todavía en el lecho, herido á consecuencia de la venganza de Antonio, segun vimos en otro lugar; tambien él la habia hablado en el mismo sentido que lo hiciera su padre, y negarse en absoluto á la demanda de éste, tal vez pudiera ser que agravase su estado.

¿Pero cómo podria ella, cediendo á estas consideraciones, mentir al vizconde un amor que no sentia?

¿No tendria éste derecho á exigirle lo que ella por ningun estilo se encontraba con fuerzas suficientes para hacerlo?

En esta lucha, en este contínuo malestar, al cual se unia tambien la incertidumbre en que se hallaba respecto á la suerte que él podria alcanzar por su duelo con el marqués Adelfi, la pobre jóven pasaba dias de mortal angustia y de zozobra perenne, que hacian palidecer sus mejillas, y que rodeaban sus ojos de ese amoratado color que imprimen las lágrimas y los insomnios.

Y entretanto íbase aproximándose el dia que, segun el conde, debia celebrarse su enlace, y María estaba segura que aun en el mismo altar, no podria ménos de negarse á entregarle su mano.

En el momento que volvemos á encontrarla, se halla en su aposento, y precisamente es el mismo dia en cuya noche Luis recibió la herida que le infirió Simon.

Ha enviado un mensaje al vizconde del Juncal, y espera llena de impaciencia el momento en que éste se presente en su palacio.

Sentada en uno de los sillones de su cámara, la pobre niña se entregaba á profundas y dolorosas meditaciones á juzgar por las lágrimas que se veian asomar á sus ojos.

Sin embargo, resuelta, mientras viviese Luis, á no dar la mano al vizconde, habia formado su plan y se hallaba dispuesta á realizarlo.

Muerto su amante, no hubiera vacilado en casarse, porque

sabia que su sentimiento, su pena profundamente arraigada en su alma, la hubieran muerto al poco tiempo de su consorcio; pero vivo Luis, comprendia que no podria amar á otro que á él, y ni queria ni debia llevar al hombre que la confiara su honra, un corazon que abrigaba una pasion inextinguible hácia otro.

Largas horas se pasó con su linda barba apoyada sobre su mano derecha, cuando la voz de un paje vino á sacarla de su meditacion.

—El señor vizconde del Juncal!—dijo.

—¿El vizconde? Que pase—contestó la jóven.

Momentos despues se alzó el tapiz que cubria la puerta de la estancia, y el futuro esposo penetró en ella.

Inclinóse con galantería para besar la mano de María, y quedó altamente sorprendido al notar la extraña expresion de su fisonomía.

—¿Qué teneis, señora?—la preguntó.

—Tengo necesidad de hablar con vos de cosas bastante sérias, de cosas que atañen á vuestra felicidad y á la mia.

—¿Á nuestra felicidad?—Explicáos.

—¿Vos me amais, no es cierto?

—¡Oh! como los ángeles adoran á Dios.

—Pues bien, amándome como decís, comprendereis lo imposible que os seria entregar vuestro cariño á otra mujer.

—Pero..... ¿qué quereis decir con esto, María?—dijo el vizconde palideciendo, porque entreveia algo de terrible para su corazon.

—Esto significa que no puedo ser vuestra esposa—contestó María haciendo un esfuerzo.

—¿Que no podeis ser mi esposa?.... ¿Eso habeis dicho?—dijo el del Juncal con un acento en que se advertia el dolor que aquella revelacion le causaba—es imposible, señora, ¿no comprendeis que privarme de vuestro amor seria matarme?

—No morireis, vizconde, no morireis; os profeso una amis-

tad demasiado grande para que no pueda consolaros, y vos sois demasiado caballero para exigirme el cumplimiento de la palabra que mi padre os ha dado.

—¿Con que es cierto? ¿Con que no me amais?.... ¡Oh! ¡bien cruel sois, señora! ¿Á qué desde un principio no me dijísteis que no me pagábais, que nunca podríais pagar mi cariño? ¿Á qué no desengañarme entonces? Tal vez no hubiera sufrido tanto..... ¿pero, qué digo? ¡Si entonces os amaba ya con la misma pasion con que os adoro hoy!....

—Escuchadme, vizconde, escuchadme, y guardad en el fondo de vuestro pecho la más grande prueba de amistad que puedo daros confiándoos las amarguras y dolores de mi vida.

—¿Segun eso habeis sufrido mucho?—preguntó con marcado acento de interés el vizconde.

—Muchísimo. Vos sin duda habeis tenido una buena y cariñosa madre que os habrá rodeado con sus atenciones, que os habrá colmado de besos, que habrá pasado largas noches velando vuestro sueño, y que en cambio de sus desvelos, de sus cuidados, solo os habrá exigido una sonrisa, y ese nombre tan suave de «madre» que vibra tan dulcemente en el corazon de los que nos dieron el sér. Vos tendreis un padre cuyas delicias habreis colmado, habreis poseido una familia en quien depositar vuestras penas, un amigo que os haya consolado; pero yo nada de eso he tenido. ¿No es verdad que me compadeceis?

—¡Si que habeis sido muy desgraciada!—contestó el vizconde con acento en que se traslucia la emocion que experimentaba—pero ahora—prosiguió—ahora dejadme á mí que yo sea esa madre cuyas caricias no habeis conocido; esa familia, ese amigo, ese esposo, en fin, que os protegerá, que os consolará, y que os compensará con su cariño de todos esos goces de que no habeis difsrutado.

—¡Callad, vizconde! Ya os he dicho que eso no puede ser; escuchadme hasta el fin y comprendereis que no es culpa

vuestra ni mia el no poder aceptar el título de esposa vuestra.

Hizo el vizconde un gesto de dolorosa resignacion y prosiguió la hija del conde de Lazan:

—Ya conoceis el carácter de mi padre, y comprendereis lo poco dulces que habrán sido sus paternales conversaciones y sus cuidados hácia mí. Entregada siempre á manos mercenarias, mi vida ha sido un desierto inmenso, donde no encontraba ni esos placeres de la infancia, ni más tarde los goces de la juventud. Pasaron los años, y entré en esa otra fase de la vida, en que el alma siente una grande, una imperiosa necesidad de amar, no con el amor que tenemos á los juguetes cuando niños, sino con el amor dulce, reservado, intenso que se siente hácia otra alma que participa de las mismas sensaciones de la nuestra.

—Proseguid, señora—dijo el vizconde con interés.

—Yo oia hablar confusamente de amores; alguna que otra vez sorprendí á mis pajes murmurando palabras de un lenguaje desconocido para mí, á mis doncellas; y todo esto hacia hervir la sangre en mis venas, y en mis largas horas de soledad en mi cámara, mis ojos se llenaban de lágrimas, y entre mis sueños, de entre mi llanto, de entre mis suspiros, brotó un fantasma que se arraigó en mi imaginacion, y que á todas horas estaba ante mi asombrada vista. Sus miradas tenian un flúido especial, una irradiacion cual nunca habia visto en otras, y fijas siempre en las mias, con tanta dulzura, que yo no sabia apartar mis ojos de ellas. Sus labios articulaban algunos sonidos de una armonía tan extraña, tan misteriosa, que mi alma se anegaba de placer. De este modo pasé algunos, muchos dias, hasta que al cabo de ellos, ví realizado mi sueño.

—¿Qué decís, señora?

—La verdad, vizconde. Un dia ví entrar en mi aposento, acompañado de mi padre, á un jóven que me miró como nadie hasta entonces lo habia hecho. Ruborizada bajé la vista,

pero no fué tan pronto que no pudiera ver en su rostro el mismo que yo soñaba. ¿Qué quereis que os diga más? Yo le amé, y él correspondió á mi cariño; me ama, y yo le adoraré toda mi vida. Aquí teneis, señor, cuanto tenia que deciros; aprecio mucho mi honra y la vuestra para entregaros un corazon en el cual vos no tendríais más que el segundo lugar. Ahora que ya sabeis mi secreto, haced lo que os parezca; decídselo á mi padre si os place así; los excesos de su furor se estrellarán ante mi resolucion irrevocable.

Calló María, y durante algun tiempo no se oyó acento ninguno en la estancia.

Habia quedado asaz preocupado el vizconde con lo que acababa de oir para que pudiera contestar.

Mil encontrados afectos luchaban en su corazon.

Adoraba á María con el cariño que ella sola era capaz de hacer sentir, y su deber de caballero le obligaba despues de la confesion que le habia hecho, á renunciar á ella; su egoismo de amante, y de amante protegido por el padre, le incitaban á seguir adelante su proyectado enlace, forzando la voluntad de María; pero su honor, la delicadeza que le habian inculcado sus padres, se oponian á que hiciese semejante cosa.

Pero tener que renunciar á ella era superior á sus fuerzas; su corazon se desgarraba á semejante pensamiento.

Sin embargo, ahogando sus celos y su dolor, le dijo por fin:

—¿Con que segun eso, vuestro amante, el hombre dichoso que posee vuestro amor es?.....

—Permitidme, señor, que calle su nombre.

—Está bien, señora; me habeis hablado con franqueza, habeis tenido confianza en mí, y aunque me sea muy doloroso, procuraré hacerme digno, ya que no de vuestro cariño, al ménos de vuestra amistad.

—¡Oh! Gracias, vizconde, gracias!—dijo la jóven con un acento tal de alegría al ver deshecho su compromiso, que el del Juncal palideció intensamente.

—Hoy mismo escribiré á vuestro padre, anunciándole que me retracto de lo que le habia prometido, y será la primera vez que el vizconde del Juncal haya faltado á su palabra.

—¡Tal sacrificio!

—No hay otro remedio: ó ser vos desgraciada ó serlo yo; y antes que vos lo fuérais, daria mi vida. Siendo yo el que falto, el furor de vuestro padre recaerá sobre mí, y yo puedo resistirlo con más ventaja que vos.

—Pero....

—Es uno de los deberes de la amistad, señora. ¿Quereis que sea vuestro amigo? Pues dejadme hacer lo que debo—contestó el vizconde con una triste sonrisa.

Dichas estas palabras, y besando la mano que María le tendia, le dijo:

—Adios, María; esta es la última vez que os veo como amante; permitidme que os siga viendo como amigo.

—¡Oh! Siempre.

—Sin embargo, quisiera pediros un favor antes de marcharme.

—¿Cuál?

—Mi existencia, señora, por más que haya vivido en la opulencia y halagado por todo cuanto puede proporcionar la nobleza y el dinero, no ha sido más que un eterno dia sin sol y sin luz, dia de amargura y de tristeza que acabais de hacer mucho más terrible con vuestra negativa.

—Ya sabeis las razones que he tenido para ello, y á mi vez debo deciros que amor nacido en tan poco tiempo, y hasta conociendo apenas el objeto amado, no es posible que resista mucho tiempo las pruebas á que el amor de otras nobles damas puedan sujetarle.

—Estais en un error, señora—repuso el vizconde sonriendo tristemente—los hombres de mi familia no han amado más que una sola vez, y generalmente han sido desgraciados siempre.

—¿Y creeis que de eso puede hacerse regla general, aplicable á vos en ese caso?

—Sí, señora.

El vizconde pronunció estas palabras con un acento tal que María no pudo ménos de estremecerse.

—Os digo, señora, la verdad: no hay en la historia de mis antepasados una página de amores que no sea una página de desgracias.

—Vos exagerais, sin duda.

—No por cierto, y en prueba de ello, si me permitís, os haré leer un manuscrito donde estoy seguro que vuestros lindos ojos, que por las muestras que en ellos veo, han llorado mucho, tornarán á llorar por las desgracias de mi pobre familia.

—Duélenme siempre las ajenas desdichas, y las vuestras con doble motivo. Cuando os plazca podreis traerme ese manuscrito; pero recuerdo que antes íbais á pedirme una gracia.

—La de volveros á ver como antes os dije; la de consideraros como amiga, ya que no por esposa, y la de dar de este modo un lijero lenitivo á mis dolores.

—Mucho me temo que mi padre, desde el momento que se aperciba de vuestra negativa, os cierre la puerta.

—Ya haré yo de modo, señora, si vos me autorizais para ello, de que no se muestre tan severo.

—Pues ¿qué hareis?

—Permitidme que guarde el secreto.

—Dispensado.

Y durante algunos segundos, ambos jóvenes permanecieron silenciosos.

Despues alzóse el vizconde de su asiento, y dijo:

—Os ruego que no os ofendais por la lijera negativa que acabo de formular; pero el temor de ofenderos por una parte, y el ignorar todavía la forma en que he de hacer lo que se me ha ocurrido, me impiden el que os lo diga: más tarde lo sabreis.

—Cuando lo querais, vizconde.

Poco despues, el sobrino de Floridablanca abandonaba la estancia de María, que murmuró despues que aquel hubo salido:

—¡Gracias, Dios mio, porque he encontrado otro noble corazon!

CAPÍTULO XLI.

El vizconde demuestra á María la funesta estrella que habia perseguido á su familia.

El proceder del vizconde habia llenado de agradable sorpresa á María, que no esperaba tanta generosidad de parte de quien tan inexorable se habia mostrado en la cuestion del litigio, que como hemos dicho, habia estado sosteniendo con el conde de Lazan.

Así fué que cuando el vizconde se marchó y quedó sola en su estancia y pudo entregarse libremente á sus meditaciones, en medio de las que trataba de ver en su pensamiento la querida imágen de Luis, veia tambien junto á ella, contemplándola con suplicantes ojos, la del vizconde.

Al dia siguiente continuó del mismo modo, y María se reprochaba con mayor violencia aquello que ella calificaba de inconsecuencia.

En estos momentos fué cuando recibió de parte del vizcon-

de el manuscrito que le habia prometido, manuscrito que recogió maquinalmente sin atreverse á abrirle, temiendo dar con él mayor incentivo á aquella imágen que parecia ganar en su mente el terreno que iba perdiendo en ella don Luis.

Trató de buscar al lado de su hermano algun reposo para aquella agitacion en que su espíritu se hallaba, y le fué completamente imposible.

El joven vizconde de Lazan principiaba á convalecer, aun cuando muy lentamente, de su herida, y el dolor que esta le ocasionaba y el disgusto que le producia el forzado quietismo á que se veia sujeto, teníanle de un humor insoportable.

Si á esto se añade lo que su padre le habia dicho respecto á la negativa de María á su enlace con el vizconde, enlace que rehabilitaba su fortuna sériamente amenazada con la pérdida del pleito, se comprenderá muy bien que no estaria en disposicion de mitigar las penas de su hermana, sino que, por el contrario, habia de acriminarla por su conducta.

Así fué que la pobre niña salió llorando de las habitaciones de su hermano, y llorando volvió á penetrar en las suyas, dejándose caer sobre el blasonado sillon, deplorando entonces más que nunca la desdichada suerte que le habia privado de una madre tierna y cariñosa que comprendiese sus penas y las aliviase.

Maquinalmente fijáronse entonces sus ojos en aquel manuscrito, y queriendo consolar sus penas con las ajenas, recordando lo que el vizconde le dijera respecto á su familia, cogió aquel cuaderno y púsose á leerlo.

Desde los primeros momentos interesaba su contenido, y más de una vez durante su lectura llenáronsele de lágrimas sus ojos.

El manuscrito del vizconde del Juncal decia así:

Don Rodrigo Lopez de Paredes.

*
* *

Por el año de 1440 habia llegado á Valladolid, residencia de don Juan II de Castilla, el caballero don Rodrigo Lopez de Paredes, que habia permanecido en Francia durante muchos años, y cuya lucida hueste llamó la atencion de cuantos la vieron entrar en la capital.

Hervia la córte en parcialidades y bandos que se hacian encarnizada guerra, y cada uno de ellos trató, desde los primeros momentos, de atraerse al recien llegado.

Pero éste, contestando que únicamente habia venido para servir al rey, mantúvose en una neutralidad tanto más de extrañar cuanto que todo el mundo sabia que si el caballero estaba muy sobrado de hierro con sus hombres de armas, en cambio no eran sus rentas bastantes para poderle poner á cubierto de una desgracia.

Frente á la casa donde se aposentaba don Rodrigo, que á la sazon contaba sobre veinticinco años, hallábase la antigua casa solariega de los Zúñigas, representada entonces por la hermosa doña Beatriz y por su hermano don Diego, tan iracundo, mal encarado y altanero como su hermana era hermosa, sencilla y generosa.

Rodrigo era soltero; mas aun cuando las damas castellanas trataron de demostrarle, desde que llegó á Valladolid, que sabian apreciar en lo que realmente valia su figura arrogante y expresiva y su apuesto continente, no consiguieron que su corazon se diera por entendido.

*
* *

Son las doce de la mañana. Aun no hace media hora que Rodrigo ha abandonado su lecho, y á través de los vidrios que cubren las altas ojivas de su aposento, tiene fijas sus miradas en los balcones de la casa inmediata, detrás de los cuales

aparece de cuando en cuando una linda cabeza de mujer que se retira lijeramente, ruborizada al notar la tenaz mirada de su vecino, fija en su habitacion.

El conde no podia disimular un lijero movimiento de impaciencia, cada vez que la traviesa niña retiraba su rostro de la ventana.

Por fin, poco á poco fué venciendo su timidez, fué permaneciendo por más tiempo detrás de los vidrios, hasta que ruborizada alzó sus hermosos ojos y los fijó en los de Rodrigo, que esperando aquella mirada, brillaban sus pupilas con el fuego de un goce, tanto más vehemente cuanto más se habia dilatado.

Por un momento, aquellas dos miradas se encontraron, se confundieron en una sola, á través de ella vieron sus corazones, y aquella mirada fué el primer eslabon que unió sus almas para siempre.

La bella niña no acertaba á apartar sus ojos de aquellos otros, que en su más elocuente expresion la llamaban, la acariciaban y le mostraban esos horizontes de felicidad que habia soñado tantas veces, y cuya realidad no habia conocido todavía.

Á aquel llamamiento dulce, amoroso y puro, su pupila se dilataba; sentia en su seno una agitacion extraña; y trémula, pudorosa, en sus dulcísimos destellos mostraba á Rodrigo las impresiones de su alma.

Rodrigo comprendia lo que pasaba en el pecho de su vecina, y su mirada se hacia más intensa, más acariciadora; irradiaban sus pupilas un amor tan ardiente, que la pobre niña, subyugada, se dejaba envolver en aquella atmósfera embriagadora que el conde describia en su derredor.

*
* *

Doña Beatriz de Zúñiga era hija del mariscal don Diego Lopez de Zúñiga, personaje de gran importancia en el reina-

do de don Enrique III, y aun de mucha más en los primeros años de la minoría de su hijo don Juan.

Privada de su madre al nacer, alejada contínuamente de su padre por la política, aquellas afecciones pasaron á una extraña, á su nodriza María, mujer de un antiguo escudero de su padre. María, aunque dotada de esa ternura y sensibilidad exquisita, solo concedida por la naturaleza á las mujeres, estaba muy lejos de poseer esa segunda vista de una madre, que adivina en su hija el dolor antes que sus labios se lo hayan revelado; no tenia esas grandes al par que sencillas palabras de consuelo que dicta el corazon maternal; no tenia, en fin, esa fibra que descubre la menor lágrima, la más mínima huella de pesar en el rostro de la hija.

*
* *

Si Beatriz hubiera tenido una hermana, tal vez en ella habria encontrado el alivio que necesitaba; pero como en vez de esto tenia un hermano, cuyo placer consistia en matar los pajarillos que ella cuidaba, y en tronchar las flores que preferia, en vez de amarlo con todo el cariño de su alma, se estremecia involuntariamente á su presencia, y trémula y asustada procuraba evitar encontrarse con él.

Pero cuando su sufrimiento se hizo más terrible, más doloroso, fué á la muerte de su padre. Entonces empezó la verdadera tiranía. Dotado, como ya hemos dicho antes, de un carácter fuerte, irascible y voluntarioso, sacrificaba sin compasion á aquella pobre víctima, que no tenia ni fuerzas para oponerse, ni palabras para desarmar su cólera, ni una persona que la defendiera de los groseros modales de su hermano.

De ahí que esta alma tierna reconcentrase todas sus afecciones, deseando encontrar en una persona una mirada de cariño, una palabra de consuelo, para entregarle en cambio tesoros inmensos de adoracion, de lágrimas y de placer.

*
* *

Una mañana, al abrir las ventanas de su aposento, reparó en unos ojos que la miraban como nunca lo habian hecho otros.

Y la pobre niña se ruborizó.

Sin atreverse á levantar los suyos.

Temblaba como la hoja en el árbol.

Sus latidos se aumentaban doblemente.

Y una atraccion irresistible clavaba sus piés en el sitio donde estaba.

Por fin sus ojos se alzaron; su mirada se cruzó con la de su vecino, y sus pupilas se abrasaron en un beso prolongado de amor.

El misterio estaba revelado.

Beatriz amaba, y era correspondida.

Rodrigo era la realidad del fantasma que habitaba en su pensamiento.

*
* *

Pronto llegaron á entenderse la dama y el caballero.

Doña Beatriz amó á Rodrigo con su primero y único amor, y éste á su vez sintió por la encantadora Beatriz lo que hasta entonces no sintiera por ninguna mujer.

Durante algunos dias fué cielo sin nubes la existencia de nuestros amantes.

Pero al cabo de ellos se nubló de un modo terrible.

Don Diego, el hermano de doña Beatriz, dotado de un carácter colérico, brusco, arrebatado y altanero, verdugo más bien que hermano de la jóven, á consecuencia de las banderías en que la córte se hallaba dividida, hízose enemigo de Rodrigo, y las consecuencias recayeron de un modo formidable en su pobre hermana.

Sospechándolo ó ignorándolo, el caso fué que prohibió terminantemente á su hermana todo trato con el caballero, y al mismo tiempo la exigió que se casase con otro magnate de la parcialidad que él defendia.

Beatriz sintió que se le oprimia dolorosamente el corazon ante aquella exigencia.

Trató por medio de pretextos de oponerse á ello; pero irritado á su vez don Diego, exigióle un pronto y terminante cumplimiento.

La pobre niña no era posible que accediese á lo que se la exigia.

Su corazon pertenecia á Rodrigo, y carecia de fuerzas para serle perjura.

La cólera de Diego no conocia límites.

Puso en juego todos los recursos que le sugeria su ardiente saña, para evitar que su hermana viese al caballero, y como daba la casualidad de que éste habitaba frente á la casa de Diego, hizo trasladar las habitaciones de su hermana á otro punto, y el enamorado galan no pudo ménos de sentir extraordinaria opresion al ver que pasaban los dias y no solo no veia á su amada, sino que ni aun sabia nada absolutamente de ella.

En este estado, ocurriósele al monarca salir un dia de caza acompañado de sus caballeros.

El conde, aun cuando con el corazon desesperado porque nada sabia de su amada, no tuvo otro remedio que ir.

Los monteros habian descubierto un hermoso jabalí, á más de otras piezas menores, y la cacería prometia ser brillante.

*
* *

Rodrigo se apostó en uno de los sitios en que la naturaleza desplegaba esa riqueza salvaje que tanto engrandece las vistas del campo.

Á su frente se extendia el bosque con sus gigantescos olmos, sus seculares pinos y sus robustas encinas; las malezas entretegidas cubrian los claros que dejaban los árboles. Á su izquierda se abria una revuelta senda que conducia al camino y que venia á perderse en un oscuro precipicio abierto en las rocas, y en cuyo tenebroso fondo se distinguia una agua turbia y cenagosa.

Á unos cincuenta pasos de este precipicio, se alzaba el castillo señorial, cuyas denegridas torres cerraban el cuadro majestuoso que tenia ante su vista Rodrigo.

Pensativo por demás estaba el conde: aquella mudanza en el cuarto de doña Beatriz, aquella especie de clausura en que su hermano la habia puesto, le tenia con alguna inquietud. De cuando en cuando algun lijero rumor venia á sacarle de su meditacion, y empuñando la jabalina que tenia á su lado, dirigia al interior del bosque una mirada escrutadora.

Ferrando, que permanecia á algunos pasos de su señor con la ballesta preparada, participaba tambien de la preocupacion del conde.

De pronto, el sonido de una trompa de caza, atravesó el espacio; á su última vibracion se reunieron otras ciento que esperaban aquella señal, oyéndose en seguida los ladridos de los perros y los gritos de los monteros que los animaban con sus voces.

Á estas señales, el conde alzó la cabeza, preparó su arma y esperó á que la pieza pasase cerca de él para arrojársela. Entretanto las voces se oian ménos distantes, las trompetas resonaban con más fuerza, y la cacería se acercaba hácia donde estaban Rodrigo y su escudero.

Al cabo de un instante, un ruido que se sintió en la maleza les hizo estremecer, y un caballo que salió del bosque desbocado, con una dama encima, les hizo dar un grito de espanto.

Al aparecer el caballo, reconocieron á la que lo montaba,

á Doña Beatriz, y ambos se lanzaron á socorrerla; pero apartándose bruscamente la maleza, dió paso á un jabalí monstruoso, que con los ojos chispeantes, y arrojando por la boca sangre envuelta en la baba, se lanzó en medio de la plazuela quedando un instante parado, eligiendo sin duda la presa que habia de hacer.

Su eleccion no fué muy dudosa; dando un salto tremendo fué á caer á algunos pasos del caballo de doña Beatriz, que doblemente espantado partió como una exhalacion en direccion al precipicio, sin que bastase á contenerle las riendas que con mano trémula empuñaba la jóven.

—¡Tú al jabalí, y yo á la dama!—dijo Rodrigo entregando su jabalina á Ferrando y tomando su ballesta.

El riesgo era inminente, el caballo se hallaba próximo á la sima, y solo un milagro podia salvar á doña Beatriz.

El conde, con el corazon palpitante, pero con la mano bien serena, templó la cuerda, y encomendándose á todos los santos del Cielo, la soltó, y la saeta fué silbando á clavarse en el pecho del corcel, que vaciló un momento y cayó, derribando en su caida á su señora, que pálida de terror al principio, se desmayó al conocer la inmensidad del peligro.

Saltar Rodrigo de su caballo, correr á donde ella estaba y levantarla en sus brazos fué obra de un momento. Con la cabeza inclinada sobre el hombro del conde, cerrados los bellos ojos, pálida con esa palidez mate que tanto se asemeja á la muerte, Beatriz estaba sublimemente hermosa; Rodrigo la contemplaba con avidez, y se desesperaba no encontrando un recurso para hacerla volver de su desmayo.

Por fin, un débil estremecimiento que se esparció por todo el cuerpo de la jóven, manifestó que volvia en sí, y cuando entreabrió sus ojos, la alegría de nuestro conde fué infinita.

—¡Rodrigo!—murmuró con inefable delicia.

—¡Angel mio!—dijo el conde arrodillándose junto á Beatriz—¡Cuán feliz soy al volverte á ver!

—¡Cuánto te debo, Rodrigo! Sin tí, hubiera perecido indudablemente.

—El ángel protector de nuestros amores, no ha querido sumergirme en la desesperacion que tu muerte me hubiera ocasionado—dijo el jóven con pasion.

—¡Oh! ¡Y qué cruel hubiera sido morir, cuando el horizonte de mi felicidad se empieza á esclarecer!—contestó Beatriz temblorosa, como si aquel pensamiento le aterrorizase.

—No pensemos ya en lo pasado, y díme ¿por qué motivo te he encontrado en el bosque, cuando yo ménos lo esperaba?

—Iba al convento de Santa María del Monte.

—¿Al convento?—dijo el conde con extrañeza—¿Y á qué?

—A quedarme allí.

—¡Tú!....

—Sí; mi hermano me conducia á él.

—Pero ¿por qué causa?

—¡Porque te amo!—contestó con un acento tan lleno de sencillez y de pasion la jóven, que Rodrigo cayó ante sus plantas otra vez, murmurando:

—¡Oh! ¡Cuán digna eres de que yo *te consagre* mi amor! Y despues prosiguió—¿Con que segun eso, se halla tu hermano tan opuesto á nuestros amores?

—¡Muchísimo! No contento con haber mudado mis pajes, mis dueñas y mis doncellas, anoche me anunció con peores modales que otras veces, que ya estaba cansado de que su honra la mancillase con mis amores, que toda la córte lo sabia, y que era su resolucion irrevocable, que partiese al convento de Santa María, ó que olvidase mi amor.

—¿Y tú qué le respondiste?—preguntó Rodrigo anhelante.

—Ya lo ves, marchaba hácia el convento.

—¡Oh! ¡Bendita seas! ¡Cuánto te amo! Y cogiendo una mano que Beatriz le abandonaba, fué á llevarla á sus labios, cuando otra mano se interpuso separándolos violentamente, y una voz que hizo dar un grito á la jóven, dijo:

—¡De pié caballero! Á ver si como sabeis empañar la honra de una dama, la sabeis defender.

Levantóse el conde y se encontró con el hermano de su amada, que con el furor retratado en su semblante y la espada en la mano, le amenazaba.

Tirar de la suya Rodrigo y lanzarse sobre su adversario, fué una cosa tan rápida que no se puede explicar.

Al verlos Beatriz, se arrojó en medio de ellos exclamando:

—¡Por compasion, envainad esos aceros! Y dirigiéndose á su hermano le dijo:—¡Mátame, satisface en mí tu sed de venganza, pero no le toques á él!

—¡Aparta, infame!—le dijo aquél rechazándola con tanta dureza, que fué á caer sobre el césped desmayada.

—¡Oh! ¡Miserable!—dijo Rodrigo con los labios pálidos de coraje, y cayendo sobre don Diego Lopez de Zúñiga con la espada en alto—Yo vengaré ese ultraje con tu vida.

*
* *

La lucha fué muy corta.

Rodrigo hacia todos los esfuerzos posibles para vencer á su adversario, que lleno de ira, tirábale tan furiosas estocadas que difícilmente Rodrigo las podia parar.

Finalmente, tratando de esquivar en los movimientos de la lucha el tropezar con el inanimado cuerpo de Beatriz, quedóse un momento en descubierto, y aprovechándose de su descuido, alcanzóle la espada de Diego, que hiriéndole en un hombro, le hizo soltar el arma que tenia en la mano y caer al suelo cerca de su amada.

Ferrando acudió inmediatamente en auxilio de su señor, y mientras tanto, Diego llamando á sus escuderos recogió á Beatriz, la hizo conducir á la silla de manos, y poco despues salia del bosque dirigiéndose hácia el convento, á la par que murmuraba:

—Yo te juro, don Rodrigo, que si mi espada no ha conseguido arrebatarte la aborrecida existencia, yo sabré tomar cumplida venganza de tí.

*
* *

Largos dias se pasaron hasta que don Rodrigo pudo abandonar el lecho.

Durante ellos, ni habia tenido noticia alguna de Beatriz, ni le fué posible hacer llegar hasta ella ninguna de las referentes á su estado.

Y sin embargo, escenas sumamentes fuertes habian tenido lugar entre Beatriz y su hermano.

En vano habia tratado don Diego de obligar á ceder á la jóven.

Ésta habia formulado de una manera clara y precisa su voluntad, y ni los ruegos, ni las consideraciones, ni las amenazas pudieron hacerla ceder.

Convaleciente apenas don Rodrigo, rompióse la tregua que la córte de Castilla tenia ajustada con los moros, y el monarca hubo de reclamar el auxilio de todos los caballeros de sus reinos.

Rodrigo, tanto por obligacion, cuanto porque deseaba poner término á una existencia que sin Beatriz se le hacia completamente insoportable, ofrecióse al monarca para ir á combatir con sus lanzas á los musulmanes, y en breve tiempo aderezó su hueste y se dispuso á marchar.

Precisamente por entonces tuvo ocasion el rey de conocer los amores de Rodrigo con la hermana de Diego de Zúñiga.

Interrogó sobre el particular al caballero; refirióle éste lo que habia, y el buen monarca don Juan II, tratando de conciliar enemistades que tantas turbulencias estaban ocasionando á su reinado, llamó á don Diego y le pidió para Rodrigo la mano de su hermana.

No era posible desairar al rey, y el de Zúñiga no tuvo más remedio que ceder.

Pero salió del alcázar y murmuró con aquel acento á que él daba tanta expresion:

—¡Rey don Juan, mal hiciste en mezclarte en mis asuntos, porque he resuelto que don Rodrigo no sea el esposo de Beatriz, y no lo será!

Y al dia siguiente, cuando la mesnada de don Rodrigo Lopez salia de Valladolid llevando desplegado el pendon de su señor, Diego de Zúñiga salia tambien de la ciudad.

Las primeras noticias que en la capital se tuvieron de Rodrigo, fueron las de sus triunfos sobre los infieles.

*
* *

Asentado en el fondo de un ameno valle, á dos leguas de Orihuela, el ejército vencido de Ayub ha establecido sus reales.

Sentado sobre un monton de pieles de tigre, apoyada la cabeza en sus manos, se encuentra el caudillo árabe, solo en su tienda, considerando todo el baldon que sobre él ha de caer por la derrota que ha sufrido.

Es de noche: de cuando en cuando cruzan por el espacio los gritos de los atalayas, que vigilan todas las avenidas del campamento.

Excepto esos gritos, todo reposa en un profundo silencio en el campo de los moros.

Delante de la tienda del emir se pasean dos soldados africanos, cuyo rostro, tan negro como la noche, resplandece bajo las blancas cotas que cubren sus cabezas.

De pronto se detienen, y cruzando sus largas lanzas de dos hierros, quedan inmóviles á la puerta de la tienda.

La causa de su inmovilidad ha sido la aproximacion de

dos bultos, que conforme se han ido acercando á ellos se han podido distinguir mejor sus formas.

El uno de ellos, cubierto con un largo caftan negro, es un árabe; el otro, armado á la usanza castellana, es un cristiano.

El primero avanzó hasta la puerta de la tienda.

El segundo se detuvo á algunos pasos de ella.

—Franquead el paso!—dijo el moro á los soldados.

—¿Quién sois?—preguntaron aquellos.

—Miradme.

Y el árabe, desembozándose del caftan, mostró á los africanos su rostro, sin duda muy conocido de ellos, cuando apartando las lanzas, dijeron:

—Pasad, walí.

Y el walí levantó el tapiz que cubria la entrada de la tienda y se encontró frente á frente con Ayub.

—¡Que el Dios altísimo y único te proteja, emir!—le dijo haciéndole una zala tan profunda, como el absolutismo musulman exigia.

—¡Que él sea contigo, Kaleb! ¿Qué me quieres?

—Nuestros atalayas han cogido un cristiano, que venia, segun ha dicho, á comunicarte nuevas de un gran interés.

—Bien; mañana me las dirá.

—Es que ha dicho que urge para tu seguridad y la de nuestros soldados, que te hable en seguida.

—¿Eso ha dicho?.... ¿Será tal vez algun lazo?....

—Le recogeremos sus armas, y.....

—Calla, Kaleb; Ayub-Ebu-al-Gedar no ha temido nunca; que pase.

—¿Quieres que llame á tus soldados para que estén prevenidos?

—No; dejadme solo con él.

Kaleb salió de la tienda, y despues de haberse asegurado Ayub de que su yatagan salia con facilidad de la vaina, esperó con seguridad la llegada del cristiano.

Entró éste, se alzó la visera del casco, dejando ver la dura expresion del rostro del hermano de doña Beatriz, don Diego de Zúñiga, y dijo:

—¡Dios te guarde, moro!

—¿Qué me quieres?—le preguntó Ayub.

—Darte lo que deseas.

—¿Y qué es lo que yo deseo?—dijo sorprendido el emir.

—La venganza.

—La sorpresa de Ayub crecia, y no pudo ménos de exclamar:

—¿Y quién eres tú que así adivinas mi pensamiento?

—Un hombre que como tú desea vengarse, y que te necesita á tí para que le ayudes.

—Habla, ¿de qué modo lavaré mi afrenta?

—Dentro de una hora estará sobre vosotros el conde de Rivadeo con su gente, y sereis vencidos otra vez.

—¡Por Alá! que me das una noticia satisfactoria.

—Escucha hasta el fin; para conseguir nuestro objeto, es menester que todos tus infantes se pongan en marcha y vayan á internarse en los jarales que hay á legua y media de aquí.

—Ya penetro tu intencion: quieres dividir mis tropas para hacer más fácil su destruccion; ¿y tú no sabes lo que el emir Ayub hace con los traidores?

—Poco me importa lo que hace—contestó con desden Diego de Zúñiga—pero si hubiera querido hacerte traicion, ¿crees que hubiera venido á decírtelo?

—Es verdad: prosigue.

—Haz que se prepare la caballería, que un peloton se adelante para hacerles frente y empeñarlos en la accion, en seguida empezareis á retroceder hácia los jarales; el conde se lanza en vuestra persecucion; entretanto otro cuerpo de caballería carga por la espalda sobre los cristianos; á favor de la noche, el conde no puede ver vuestros movimientos, creerá vuestra huida real, y llegará hasta vuestra emboscada con

tan poca gente, que sereis, ó muy cobardes ó muy necios, si no vengais vuestra derrota.

—No me parece mal—repuso Ayub, despues de un instante de meditacion—pero, ¿quién me responde de que tú no me engañas?

—Mi vida que te entrego, hasta que hayas salido bien de la empresa.

—Aceptado: ¡Hola! Kaleb!

El walí se presentó á la tienda.

—Mis armas, mi caballo, y avisa á mis walíes que se levanta el campo.

. . . . . .

Un cuarto de hora despues, una masa informe se dirigia con el mayor silencio hácia los jarales de Orihuela, mientras una descubierta de caballería avanzaba por el camino donde habia de venir Rodrigo.

***

Era una mañana del mes de setiembre: un sol de otoño derramaba sus tibios resplandores sobre la ciudad de Valladolid, sol de que la pobre prisionera no podia disfrutar.

Sentada en una tosca banqueta de cuero, la pobre Beatriz miraba pasar tristemente las horas, que se le hacian más largas por la inmensa soledad y aislamiento en que se encontraba.

De pronto la puerta de la cámara se abrió y apareció en el umbral de ella la sombría figura del noble señor don Diego Lopez de Zúñiga, cuyo semblante resplandecia con un gozo cruel.

Un débil grito se escapó del seno de Beatriz, grito intraducible, que tanto podia significar el terror, porque sus males se aumentaran, ó la alegría, porque con su venida tuviesen término.

Adelantó algunos pasos el caballero, y fijando en su hermana una mirada de hielo, le dijo:

—¿Es decir, señora, que os habeis empeñado en moriros?

—Al ménos muriéndome dejaré de sufrir.

—¡Sufrir!.... ¡sufrir!—contestó con acento duro su hermano—¿y quién tiene la culpa de vuestro sufrimiento?

Alzó sus bellos ojos Beatriz, y los fijó en su hermano con una expresion tan triste, con una especie de acusacion tan dulce, que éste no pudo ménos de bajar los suyos involuntariamente, contestando á aquella muda acusacion:

—¡Ea! dejémonos de niñerías, señora; todo lo que ha pasado démoslo al olvido; desde ahora mismo vuelve á empezar para vos vuestra antigua existencia, y preparáos para formar mañana parte del cortejo de la reina, para recibir á la princesa doña Blanca.

Fué tan grande el asombro que se pintó en el semblante de Beatriz, tan enérgico, tan expansivo, que no pudo ménos de notarlo su hermano, que prosiguió sonriéndose:

—¿Qué, te extraña mi conducta ahora?.... Bastante sabes que tengo poderosos motivos para ello, y entre ellos, el principal es no tener que temer nada de la persona que me habia obligado á usar contigo tanto rigor.

El acento con que pronunció Diego estas palabras, hizo estremecerse á la pobre niña; la expresion que se retrató en su semblante, aumentó su temor, y una sospecha cruel hirió su imaginacion tan poderosamente, que sin poderse contener, exclamó:

—¿Y quién es esa persona de quien ya no teneis que temer?

—Vuestro amante, digo mal, aquel necio que quiso aspirar á vuestra mano.

—¡Rodrigo!....—murmuró con voz débil Beatriz, que empezaba á entrever algo de horrible en la satánica expresion del rostro de su hermano y en su extraño acento.

—Sí, Rodrigo Lopez, ese caballero tan fanático partidario

del contestable, cuyas lanzas destrozaron nuestras mesnadas en los campos de Medina.

—Y..... ¿qué le ha sucedido?....—preguntó Beatriz, cuyo temblor crecia por momentos.

—Nada; que llevado por su extremada arrogancia, se ha entrado por las fronteras de los moros, y despues de haberlos destrozado, ha caido á su vez prisionero, y el alcaide de Baza se habrá cobrado en su cabeza la sangre de sus soldados.

Al oir estas palabras, dichas con la más cruel indiferencia, sintió Beatriz que todas las fibras de su alma se partian en mil pedazos, y trás un grito desgarrador, un grito que expresaba una agonía infinita, cayó casi cadáver sobre el frio pavimiento de la estancia.

Lanzóse á socorrerla su hermano; tocó su frente y estaba helada; cortó con su daga los cordones de su vestido, puso su mano sobre el corazon de la infeliz amante, y el corazon no latia; entonces un remordimiento terrible y sombrío se alzó en su pecho, y casi loco se echó fuera de la estancia, gritando:

—¡Hernando, Perez, Farfan! ¡Todos id en busca del bachiller Cibdadreal, pronto, traedme un médico, que se muere mi hermana! ¡Idos ó temed mi cólera!

Temerosos del furor de su amo salieron algunos criados en busca del médico de Su Alteza, el célebre Fernan Gomez de Cibdadreal, y á los pocos minutos volvió Hernando con el célebre bachiller.

Entró éste en la estancia de doña Beatriz, donde don Diego la habia hecho trasladar, y desentendiéndose de éste, que sentado en un sitial junto al inanimado cuerpo de su hermana se mesaba los cabellos con desesperacion, se puso á observar con una atencion profunda á la pobre niña.

En la severa expresion de su rostro, en la tristeza que se esparció sobre él cuando tocó el pulso de la enferma, comprendió Diego que no habia esperanza alguna, y dió rienda

suelta á su furor, acusándose de ser el verdugo de su hermana.

—No es tiempo ahora de recriminaciones; vuestra hermana vive—dijo Fernan, que despues de haber aplicado un frasquito de esencia á la nariz de la dama, habia sorprendido una débil pulsacion en su muñeca.

—¡Oh!.... ¡Gracias!.... ¿No me engañais?.... Hablad, pedid cuanto querais, pero salvadla.

—Lo único que ahora quiero es quedarme solo con ella; su estado es grave, y necesito estudiarlo.

—Pero.....

—Un médico sabeis que tiene ciertas exigencias que son necesarias satisfacer.

—¿Pero vivirá?—insistió Diego.

—Ahora vive: despues os diré si vivirá.

Habia en la mirada y en el acento del doctor, un cierto no sé qué, que imponia á Diego de Zúñiga, y sin atreverse á contradecir sus deseos, abandonó la cámara seguido de las dueñas, doncellas y pajes que en ella habia.

Solo ya con Beatriz, sacó de un bolsillo de su ropilla un pomito de cristal herméticamente cerrado con su tapon de oro, lo destapó cuidadosamente y se lo hizo aspirar á la jóven, que trás un fuerte estremecimiento y un prolongado suspiro abrió los ojos.

—¿Cómo os sentís, hija mia?—le preguntó con paternal acento el médico.

Beatriz dejó vagar su mirada incierta por toda la estancia, sin fijarla en ningun objeto; pero de pronto una luz terrible hirió su espíritu, y exclamó:

—¡Ha muerto!....

—Vamos, calmáos, y decidme la causa de vuestro dolor; eso os aliviará, porque las penas al confiarlas á otra persona desahogan algun tanto nuestro corazon.

Era tan tierno, tan paternal, por decirlo así, el acento de

Fernan, que la pobre niña que hacia tanto tiempo no habia oido una voz semejante, se volvió vivamente hácia él, y le preguntó:

—¿Y vos que os compadeceis de mí, vos que me hablais de un modo como nadie lo ha hecho hasta ahora, quién sois?

—Un hombre que ha sufrido como vos, que como vos no ha encontrado en mucho tiempo quien le consuele de sus dolores, hasta que no esperando nada de los hombres volvió sus ojos á Dios; Dios tuvo compasion de él, y desde entonces se ha dedicado á hacer con sus semejantes lo que ninguno hizo por él: á consolarlos en sus dolores morales, y á mitigar sus padecimientos físicos; soy médico y amigo, señora. Ya sabeis quien soy, ahora: ¿quereis dejarme que cure vuestro corazon?

—¡Mi corazon!—repuso Beatriz con una sonrisa triste—¡Mi corazon está tan profundamente ulcerado, que es incurable!

—No digais eso, porque me haríais creer que no escuchais ni observais los consejos que os da el venerable abad de San Diego.

—¿Le conoceis?

—Hace mucho tiempo que es mi único amigo.

—¿Y os ha dicho?....

—Todo lo que de un ángel podia decirme, á pesar de que una madre como la vuestra.....

—¿Tambien conocísteis á mi madre?

—¡Tambien!

Sin duda este recuerdo debió excitar en él algo doloroso, porque inclinó la cabeza y permaneció silencioso algunos momentos.

Entretanto, Beatriz, que simpatizó con aquel hombre, tanto por la bondad que se reflejaba en su rostro, cuanto por ser amigo del abad de San Diego y haber conocido á su madre, es decir, á los dos séres á quienes ella habia amado y respeta-

do más, desahogó su corazon, antes que con las palabras, con un torrente de lágrimas, cuyo peso la estaba oprimiendo hacia algun tiempo.

—¡Llorad, niña, llorad!—dijo—Vos que aun teneis lágrimas para desahogar vuestra pena, llorad cuanto querais, y despues, si me juzgais digno de vuestra confianza, decidme la causa de vuestra afliccion.

—¡Ya lo habeis oido, ha muerto él!

—¿Rodrigo?—preguntó sorprendido el médico.

—Sí; ha sido cogido por los moros, que ya le habrán muerto.

—¿Y por dónde habeis sabido semejante cosa?

—Mi hermano me lo ha dicho.

—¡Le reconozco en eso, siempre cruel y vengativo!

—Ya veis como os decia que mi mal no tiene remedio.

—Os equivocais, lo tiene.

—¿Cuál es?—preguntó anhelante Beatriz.

—La esperanza.

—¡La esperanza! ¿de qué?

—De que tal vez aun viva don Rodrigo.

—¿Qué decís? ¡Dios mio! ¡si fuese cierto!.... pero no; vos quereis engañarme, quereis consolarme con esa esperanza que no se ha de realizar nunca.

—Vos no conoceis la costumbre de los moros; antes que todo quieren el dinero, y como no haya muerto el conde en el campo de batalla, me atrevo á responderos de que aun vive.

—¡Dios mio!.... ¡haced que sea verdad!

—Rogad, hija mia, rogad al que todo lo puede, y ahora decidme; ¿sabeis dónde han cogido á vuestro amante?

—Me parece que he oido decir algo de Baza.

—¡Ojalá sea cierto!

—¿Por qué?

—Porque en Baza tengo amigos que pronto lo sacarian de su cautiverio.

—Sí, sí—contestó Beatriz animada por las palabras del bachiller—ahora recuerdo que me dijo mi hermano que el alcaide de Baza se cobraria con su cabeza los soldados que Rodrigo le habia muerto.

—Entonces confiad; ahora mismo voy á enviar á Baza quien nos dará cumplida razon de todo.

—¡Oh! gracias, gracias; no sé qué encanto tienen vuestras palabras que siento más tranquilo mi corazon.

—Tampoco quiero que os abandoneis á una dulce esperanza, y que despues se os defraudase.

—Entonces ¿qué he de hacer?—preguntó con angustiado acento Beatriz.

—Poner confianza en Dios—contestó el médico.

Siguióse un momento de silencio, al cabo del cual, dijo éste sacando de su escarcela otro pomito y dándoselo á la jóven:

—Tomad; si alguna vez os sentís un malestar extraño en el corazon, pesadez en la cabeza, vértigos y cierta tirantez en los músculos, bebed unas cuantas gotas de lo que contiene este frasco y avisadme en seguida.

—Pero..... no comprendo.....—dijo Beatriz sorprendida del acento con que el bachiller habia dicho las últimas palabras.

—Es muy fácil; vuestra naturaleza está muy predispuesta para una enfermedad que empieza con estos síntomas, y que es necesario combatir inmediatamente. Entretanto, vuelvo á repetiros que os tranquiliceis, que dentro de pocos dias tendreis noticias del caballero, y creo que estas os pondrán mejor que podrian hacerlo mis medicinas.

—¡Dios os oiga!

—Cuidad de no dar á entender á vuestro hermano nada de lo que os he dicho respecto á don Rodrigo, ni le mostreis ese pomo.

—¿Por qué?

—Porque no conviene.

—No sé.....

—Vamos, sed franca: ¿quereis depositar toda vuestra confianza en mí?

—Siendo el amigo del abad de San Diego, habiéndolo sido de mi madre, y sobre todo habiéndome hablado con ese cariño paternal, al que tanto tiempo no estaba acostumbrada, ¿cómo no he de tener confianza en vos?

—Entonces, no digais nada á vuestro hermano, y aunque sufrais alguna cosa, acceded á cuanto él os exija.

—Pero.....

—Yo velaré por vos.

Despues de estas palabras, y de haberle dicho que le remitiria un calmante, que él mismo confeccionaria, abandonó la estancia.

En la antecámara encontró á Diego que esperaba con impaciencia su salida, y le preguntó:

—¿Cómo está mi hermana?

—Fuera de peligro; solo necesita algunos momentos de reposo, y con la bebida que os traerá mi criado dentro de algunos instantes, confio en que la tendreis completamente buena.

—¡Oh! gracias—contestó con efusion el caballero.

—¿Mandais alguna otra cosa?

—¿Qué os he de mandar yo, cuando despues de lo que habeis hecho solo deseo serviros?

Mediaron algunas protestas de amistad entre ambos, y trás ellas, abandonó el bachiller el palacio de Zúñiga, y se dirigió hácia su casa.

*
* *

Era por aquellos tiempos rey de Granada, Mahomed-Ebu-Osman, que escarmentado por los soldados castellanos, ha-

bia ajustado treguas con don Juan II, enviando por alcaides de sus fronteras, hombres de sano juicio, capaces de contener á sus soldados, si por acaso se les antojaba hacer alguna algara (1) por las tierras de los cristianos.

El alcaide de Baza era uno de estos hombres. Muza-Ebu-Osman, era primo del rey de Granada, y únicamente á él hubiera confiado el monarca granadino la alcaidía de la principal villa de sus fronteras.

Valiente hasta la temeridad, su juventud la habia pasado haciendo talas en la tierra de los cristianos, ó en los campos de batalla; siempre en las zambras, en los juegos de cañas, de sortija, y en los torneos, habia sido el que más habia brillado, y añadiendo á esto un corazon magnánimo, una nobleza de sentimientos extremada, y una generosidad sin límites, tendremos una idea aproximada de lo que era Muza-Ebu-Osman en su juventud.

Sin embargo, corrieron los años, y si bien la mayor parte de sus cualidades no se extinguieron, se amenguó por la inmensa avaricia que sustituyó á su excesiva prodigalidad.

Este fué uno de los motivos que le impelieron á solicitar del rey la alcaidía de Baza, donde lejos de las fastuosas fiestas de Granada podria realizar mejor su plan de economía.

Mahomet-Ebu-Osman, que conocia las buenas dotes de su pariente, no titubeó en concedérsela, y el nuevo alcaide reunió en pocos años un capital considerable, capital que en vez de disminuir su avaricia, la excitó más, hasta el punto de tener espías que le avisasen cuando pasaba algun rico señor castellano por la frontera para apresarlo, y exigir despues por su libertad un cuantioso rescate.

Aparte de este defecto, Muza-Ebu-Osman era un cumplido caballero, noble, instruido, valiente, y á pesar de sus años

---

(1) Correria.

casi se le podia disimular su avaricia por las otras buenas cualidades que poseia.

Fátima, su esposa, casada sin amor, jóven y unida por las conveniencias de sus familias á un anciano que casi le triplicaba la edad, ahogó toda la fuerza de sus pasiones, todo el ardor de su juventud en una caridad inmensa, en una bondad infinita que derramaba dulce bálsamo en las penas de los desdichados cautivos que gemian bajo el poder de Muza.

Para los musulmanes indigentes era un ángel del paraíso que el profeta ofrecia á sus elegidos.

Para los cristianos que gemian en las mazmorras del alcázar de Muza, era otra Santa Casilda, que bajaba del cielo á socorrerlo y consolarlo.

Fátima, pues, era querida de todo el mundo, y especialmente de su padre.

Ayub, sobrino de Muza, y el mismo que se habia apoderado de Rodrigo, merced á la traicion de don Diego de Zúñiga, faltando á todos los deberes y á todas las consideraciones, habíase detenido á requerir de amores á Fátima, siendo rechazado altivamente por ella. . . . . .

. . . . . .

*
* *

El alcázar de Baza era más bien una fortaleza que un palacio. Dominando la poblacion se ve la cima de una pequeña eminencia, sobre cuyos robustos cimientos se asentaba su inmensa mole de piedra, formando cubos, bastiones y murallas, cubiertas de saeteras y coronadas de caprichosas y caladas torrecillas que formaban un extraño contraste con los cuatro denegridos torreones que defendian los ángulos del edificio.

Un puente de madera sostenido por fuertes cadenas de hierro daba entrada al castillo, que rodeado de un profundo

foso, hacia impracticable la entrada para no ser sorprendidos.

Ballesteros africanos, de atezados rostros, paseaban sobre sus adarves, y en lo alto de sus torreones se veian los atalayas; todo indicada que Muza-Ebu-Osman no era hombre que dejase de tomar bien todas sus precauciones para no ser sorprendido.

*
* *

Atravesando el puente levadizo que defendia la entrada del fuerte castillo de Baza, se encontraba un ancho zaguan, en cuyo fondo se destacaba una maciza puerta de roble, asegurada por fuertes planchas de hierro, que daba paso á un magnífico jardin, en cuyos costados se abrian otra infinidad de puertas arqueadas y llenas de candados y cerrojos, que ocultaban las mazmorras donde gemian los infelices cautivos de Muza.

Á entrambos lados del zaguan se abrian dos magníficas escaleras de escasos y anchos peldaños de oro, en cuyas respectivas mesetas se paseaban constantemente, en la una dos soldados de la guardia berberisca, y en la otra dos eunucos con las manos siempre puestas en las empuñaduras de sus alfanges, y el ojo siempre alerta y fijo en la subida de la escalera.

La puerta de la derecha daba á los salones de recibir audiencia y habitaciones de Muza-Ebu-Osman.

La de la izquierda daba al serrallo.

Extensas salas con pavimentos de mármol y calados ajimeces que daban al jardin; tazas de pórfido, en las que se elevaban caprichosos surtidores de agua cristalina; flores en vasos de oro, pájaros en jaulas de nácar y coral, y mullidos almohadones de seda y terciopelo, eran los accesorios de aquella encantadora parte del edificio.

Mujeres de la hermosura más espléndida, desde la griega de purísimos contornos, hasta la doncella castellana de robustas formas y de continente altivo y severo.

Todas las naciones, todas las razas del mundo estaban representadas en el serrallo de Muza-Ebu-Osman.

El moravitho (ermitaño) más austero no hubiera podido ménos de arder en un fuego impuro al cruzar aquellas salas, donde entre flores, perfumes y fuentes, la africana de cútis de ébano lucia sus arrogantes formas ante la inmensa luna de acero bruñido que pendia de la pared, donde la indolente hija de la Georgia, envuelta en el manto que su negra y espesa cabellera le presta, se reclinaba con molicie en los mullidos cojines de damasco; mientras que la griega, tipo de pureza de líneas y de belleza de contornos, se miraba con coquetería en las aguas cristalinas que encerraban las tazas de pórfido de las fuentes.

Aquella triple embriaguez de la belleza, de los perfumes y de los cantares, llevaba en pos de sí otra más grande, más impetuosa, más ardiente, que era el amor, y el corazon más insensible, más frio, no hubiera podido resistir aquella tentacion que bajo tan seductoras formas se presentaba.

. . . . . .

. . . . . .

En la misma parte del edificio, aunque algo alejado de las habitaciones de las mujeres de Muza, se alzaba un pabellon, que más bien parecia hijo de la fantasía de un genio, que mansion edificada por los hombres.

Delgadas y airosas columnas de mármol sostenian una cúpula más airosa todavía; pavimentos de mosáico, pájaros y flores, perfumes y seda; todo lo de gusto más rico, más voluptuoso llenaba la estancia de Fátima *la Horra* (la honesta) mujer legítima de Muza.

. . . . . .

. . . . . .

*
* *

Sentada sobre los mullidos cojines de seda damasquina, Fátima, la hermosa entre las hermosas, segun la apellidaban los árabes, escuchaba indolentemente los sonidos de la guzla de cuerdas de oro que una esclava tañia, y aspiraba con voluptuosidad el ambiente que agitaba en su derredor otra esclava con un abanico de pluma.

Largas horas pasaron no escuchándose en la estancia más que los flébiles sonidos que arrancaba la esclava de la guzla, hasta que alzando perezosamente Fátima la mano indicó á sus mujeres que se alejasen; tan luego como desaparecieron bajo el elegante arco de herradura que servia de entrada á la habitacion se levantó con ligereza y dirigiéndose á un ajimez, fijó al través de las doradas celosías sus ávidas miradas en el jardin.

Solo entonces sus bellos ojos se animaron, solo entonces su seno se agitó con rapidez, y solo en aquel instante aquella fisonomía indolente, como dormida momentos antes, resplandeció con una llama nueva, que al extenderse por su rostro le hacia lucir su espléndida hermosura.

¿Qué habia en el jardin que tanto llamaba la atencion de Fátima?

Indudablemente no seria Muza-Ebu-Osman, porque en aquel momento se hallaba gravemente ocupado consultando á su consejo de walíes, alimes y wasires sobre un mensaje que el rey de Castilla le habia enviado.

Y la mirada de Fátima no era una mirada indiferente, sino tierna, dulce, acariciadora.

Y la agitacion de su seno era esa palpitacion fuerte, animada del amor.

¿Por qué entonces latia enamorado el corazon de la honesta Fátima, sino era por Muza?

Casada, ó mejor dicho vendida por su padre al arrogante pariente del rey de Granada, su corazon habia sentido hácia él respeto, pero jamás amor; mas educada por una madre sencilla y buena, nunca habia faltado al alcaide de Baza, no porque los más galantes caballeros de las diversas tríbus que poblaban la córte de Mahomet no le hubiesen tributado sus obsequios, sino porque la rectitud de su corazon los habia rechazado, valiéndole su conducta noble y honrada, el epíteto de *la honesta,* que le pusieron sus admiradores.

¿Qué significaba entonces la avidez con que miraba al jardin, y la enamorada expresion que tenia su rostro?

Significaba que Fátima era curiosa como todas las hijas de Eva, sea cualquiera la raza á que pertenezcan, y por curiosidad habia visto á Rodrigo.

Tambien era muy compasiva, y sus infortunios la habian lastimado profundamente, y aguijoneada sin cesar por la curiosidad y la compasion, que son las avanzadas del amor, la esposa de Muza habia mirado más de lo que debia á otro hombre que no era su marido, y que se presentaba bajo la doble aureola de su juventud, de su belleza y de su desgracia, y la consecuencia de todo esto era que Fátima á los veinte y ocho años, y ocho de casada, sentia un amor terrible, punzante, devorador hácia el conde de Rivadeo.

Habia luchado con ese amor cuyo solo pensamiento la ofendia; pero demasiado se sabe que las luchas, con esta pasion, la aumentan mucho más; y tras largas noches de insomnio, tras largos dias de aislamiento y de lágrimas, la bella mora se convenció de que Rodrigo ocupaba por entero su corazon.

De ahí nacia el afan con que miraba al jardin, y la caridad que afectaba para con los pobres cautivos, caridad que le permitia ver más de cerca al de Rivadeo.

La puerta de la mazmorra, donde sufria por segunda vez todos los horrores del cautiverio el amante de Beatriz, daba

en frente de los ajimeces de las habitaciones de Fátima; y ésta, ya que no podia verlo, se contentaba mirando las paredes, al través de las cuales le enviaba todos los enamorados suspiros de su alma, todas las más tiernas miradas de sus ojos.

Aquel dia su ansiedad, su impaciencia era más grande; habian llegado á sus oidos vagos rumores de evasion, que frustrada, podia tener terribles consecuencias para los que la habian intentado; y esto la tenia más agitada que de costumbre.

Pero nada veia que pudiera satisfacer su curiosidad; el jardin estaba mudo; nadie pasaba por él que pudiese calmar la febril impaciencia de la enamorada esposa de Muza.

Por fin abandonó el ajimez, y dando con un mazo sobre la plancha de oro, á su metálica vibracion un eunuco apareció en la puerta de la estancia.

—Que entre Zaida—le dijo la mora.

Desapareció el repugnante guarda del harem, y al cabo de algunos momentos una mujer anciana entró en la habitacion, á cuya vista exclamó Fátima, dirigiéndose con ansiedad hácia ella:

—Díme, Zaida, ¿qué hay?

—Calmáos, señora; dominad vuestra agitacion; no corre ningun peligro.

—¡Oh! Gracias—contestó con efusion Fátima, pintándose en su fisonomía una expresion de felicidad inmensa—pero háblame de él; ¿qué ha sido el ruido de esa noche? ¿qué esos rumores vagos que he escuchado en el jardin? Y díme, en fin, ¿qué le sucede? Háblame de él.

—¡Oh! Por Alhá, señora, os ruego que os tranquiliceis.

—¡Si lo estoy! ¿pero tú no comprendes mi impaciencia, no comprendes que yo le amo, y que no puedo escuchar otra cosa que no sea de él?

—Pues por la misma razon que tanto le amais, es menes-

ter que esteis muy tranquila para escuchar lo que tengo que deciros.

—¡Tú!....—dijo asustada doblemente Fátima, tanto por la extraña entonacion del acento de Zaida, cuanto por la triste expresion de que se revistió su rostro.

Siguióse á estas palabras un doloroso silencio; la esposa de Muza adivinaba algo de terrible en las extrañas palabras de su nodriza, que estaban en armonía con los presentimientos de su alma y con lo que habia escuchado en el jardin.

El amago de una desgracia que pudiera arrebatarle al hombre á quien habia adorado con la primera, con la más pura pasion de su alma, le aterrorizaba, heria en lo más íntimo su corazon, y trémula, temblorosa, no acertaba á interrogar á Zaida, temiendo descubrir aquella realidad terrible.

Zaida, por su parte, comprendia el estado de su señora, y temia aumentar su pena con las malas noticias de que era portadora.

Pero Fátima no era de esas naturalezas que tardan en tomar una resolucion y sobreponerse á la desgracia que las amenaza.

Alzando altivamente la cabeza, más hermosa todavía bajo aquella auréola de dolor, pero dolor que se dominaba, tranquilizó su rostro, y si bien con el corazon latiendo apresuradamente, preguntó con voz serena á la asombrada nodriza, que no sabia cómo explicarse la extraña transformacion de su señora:

—¡Habla! ¿qué hay? ¡Ya estoy serena!

—Pero.....—balbuceó la anciana sin atreverse á decir una palabra más.

—¿No me has oido?—volvió á decir la mora con acento duro y un tanto irritado.—¡Quiero saberlo todo, todo, ¿lo oyes? ¡Por terrible, por dolorosa que me sea la verdad, necesito saberla!

Á tal expresion era imposible seguir guardando silencio.

Zaida lo comprendió así, y contestó:

—Pues bien, señora; bién sabe el Altísimo y único señor, que no queria entristeceros; pero vos lo quereis.....

—Á lo que importa—la interrumpió Fátima impaciente.

—Anoche se quiso escapar el walí de los cristianos, acompañado de su compañero, y auxiliado por otros que habian sobornado á Alí, el jardinero; pero éste, buen servidor del Dios de los creyentes, lo descubrió todo al emir Ayub, y al poner el pié fuera del jardin, el emir acompañado de sus soldados, los sorprendió.

Calló algunos momentos Zaida, quién sabe si para tomar aliento, ó temerosa de entristecer á su ama con lo que seguia; pero Fátima, que anhelante la escuchaba, y que ya estaba resuelta á apurar hasta las heces la copa del padecimiento, le dijo:

—Sigue: ¿qué sucedió entonces?

—Que auxiliados por los que fuera los esperaban, se defendieron algunos instantes, hasta que uno de ellos cayó herido, y entonces el walí de los cristianos, cubriendo á los otros tres con su cuerpo, los obligó á huir, mientras que él hacia frente al emir y sus soldados, y cuando los demás se alejaron, entonces cruzándose de brazos se entregó á sus enemigos.

—¡Oh! siempre noble y grande!—dijo con entusiasmo la mora.—¿Y despues?

—Despues, señora, lo cogieron, lo encerraron en la mazmorra, y para evitar otra evasion, lo han cargado de cadenas.

—¡Oh!—dijo Fátima llevándose ambas manos al corazon, cuyos latidos se habian aumentado extraordinariamente durante la relacion de la nodriza, y prosiguió despues:—Y mi esposo, ¿qué ha hecho? ¿qué piensa hacer?

—El alto Sidy Muza-Ebu-Osman ha reunido su consejo, y creo que el resultado no ha sido el más favorable.

Al oir estas últimas palabras, todo el valor de Fátima desapareció, dejando su lugar al corazon de la mujer.

Torrentes de lágrimas inundaron sus ojos, y suspiros entrecortados salian de sus labios.

Zaida contemplaba con amargura el inmenso dolor de su señora.

Creyente fiel de los dogmas del Koran, aborrecia de muerte á los enemigos del profeta; pero demasiado afecta á Fátima, á quien habia criado, y á quien queria con el cariño de madre, no encontraba una palabra para vituperar su conducta, y padecia y lloraba tambien al ver su impotencia para aliviar el pesar de su señora.

Largo rato pasó ésta entregada á su dolor; y en la estancia no resonó otro ruido que el de los sollozos de ambas mujeres.

Por fin, gradualmente se fueron secando las lágrimas, se debilitaron los suspiros, y Fátima alzó su cabeza, pálido el rostro, pero sereno; en sus ojos brillaba un sombrío resplandor, y dirigiéndose á Zaida, le dijo:

—Es menester salvar al conde.

—¡Salvarlo, señora!....—contestó sorprendida la nodriza, y mirándola fijamente pues creia hijas de su acalorada fantasía las palabras que habia pronunciado.

—¡Sí, salvarlo! ¿Acaso crees que no?

—Muy imposible me parece, señora.

—Nada me arredra; yo sabré vencer todos los obstáculos: ¿quieres ayudarme?

—Pero ¿lo decís de veras?

—Nunca acostumbro á decir lo que no pienso hacer: ¿quieres servirme? responde.

—¿Y pudiérais dudarlo, señora?

—Entonces, creo que le salvaremos. Vé, averigua cuál ha sido la resolucion del consejo, y vuelve á participármela en seguida.

Salió Zaida de la estancia, y Fátima se quedó esperando su vuelta, entregada á sérias meditaciones.

*
* *

La resolucion del consejo fué la que lógicamente debia esperarse, dadas las condiciones en que se encontraba Rodrigo.

Habia derrotado á los infieles varias veces; el mismo Ayub habia sido vencido por él, y ya que tan propicia ocasion se les presentaba para deshacerse de él, no era prudente desaprovecharla.

Ya esta sola razon bastaba para excitar la severidad del consejo con Rodrigo; y si ahora le añadimos el castigo de la tentativa última, de la cual Zaida acababa de hablar á Fátima, puede comprenderse que se habia de mostrar inexorable.

Rodrigo y sus compañeros de prision habian intentado escaparse.

Su fuga fué protegida por una hija de Muza que rivalizaba con Fátima en caridad y afecto hácia los desgraciados, y á quien además impulsaba el amor que profesaba á Osorio, uno de los alféreces de Rodrigo que con él cayó prisionero.

Zoraya, que así se llamaba la hija de Muza, acechó una ocasion favorable, y cuando creyó que podria sin riesgo alguno llevarse á cabo la evasion, los sacó de sus mazmorras: ya se hallaban próximos á abandonar el castillo y á verse en libertad, cuando uno de los carceleros que pudo dar aviso á los soldados, presentóse á tiempo para apoderarse de los presos.

Zoraya, por instigacion de Osorio y de Rodrigo, se ocultó á fin de poderles ser útil en lo sucesivo, y los presos fueron conducidos de nuevo á sus mazmorras.

La ira de Muza no conoció límites, y como que precisamente por aquellos momentos llegó á Baza un enviado expreso del bachiller Cibdadreal, médico del rey don Juan II, y

amigo además de Beatriz, la respuesta que se le dió por Muza fué la de que Rodrigo y todos sus compañeros eran reos de nuevos crímenes, y que por lo tanto lo que el consejo determinara, seria lo que se hiciera.

El consejo determinó que se les castigase, y al saberlo Fátima dispúsose á poner en ejecucion el proyecto que tenia concebido.

*
* *

Don Rodrigo veia pasar ante sus ojos todas las ilusiones, todos los goces de su vida, goces, ilusiones y esperanzas que desaparecian para no volver jamás.

Nada sabia de Beatriz, y graduando por el pesar tan intenso que sentia, el que sufriria su amada, su dolor se aumentaba, y en veinticuatro horas que habian transcurrido desde que volvió á entrar en la mazmorra, habia padecido más que en todos los dias de cautiverio que llevaba.

Abstraido en lo más profundo de su pensamiento, no advirtió el ligero murmullo de algunas personas, que al parecer hablaban cerca de su prision, y solo salió de su meditacion al ruido que hicieron los cerrojos de su puerta al correrse, dejando franca la entrada de aquel antro.

Una mujer se adelantó por ella, llevando una lámpara en la mano, que dejó sobre el pilar que sostenia la cadena de Rodrigo.

Éste, sorprendido al principio, volvió á su estado de completa indiferencia, y alzándose de la paja que le servia de lecho, le dijo:

—¡El cielo os guarde, Zoraya!

Alzó la dama vivamente la cabeza, y fijando en Rodrigo, á través del velo que le cubria el rostro, sus ojos, en los que brillaba un resplandor siniestro, le dijo:

—Te equivocas, cristiano; no soy Zoraya.

—Pues ¿quién sois entonces?— preguntó á su vez el conde con alguna viveza.

—Soy otra mujer no ménos hermosa que Zoraya, y tan compasiva como ella, puesto que á lo que parece, tambien ha venido á visitarte—dijo la incógnita con un leve acento de amarga ironía.

—Padeceis un error, señora; Zoraya no ha bajado á mi prision; hablo de ella, porque he oido decir que Muza tenia una hija que era el consuelo de los cautivos de su padre, y creí que érais vos.

—Yo soy su esposa.

Y con ademan majestuoso se apartó el velo, dejando ver la hermosura espléndida, provocadora y enamorada de Fátima.

Rodrigo quedó deslumbrado, por decirlo así; la belleza de la mora, de otro género que la de Zoraya, se asemejaba mucho á la de Salonúth, y como la de ésta fascinaba, enloquecia, aunque esta fascinacion concluyese en el momento en que se la perdia de vista.

Durante algunos momentos el prisionero contempló profundamente á Fátima, que ruborizada tenia los ojos fijos en el suelo, y aparecia más hermosa aun bajo aquel rubor que encendia su rostro.

—Os doy gracias, señora—dijo por fin el cautivo—pues segun habeis dicho, la caridad os ha hecho bajar á mi prision, y siento no poderos ofrecer donde sentaros, pero ya veis que vuestro esposo no es muy caritativo, y me ha tratado como al último de sus esclavos.

Y con una ligera sonrisa un tanto irónica, y una mirada más expresiva todavía, la indicó aquellas paredes húmedas, aquella paja medio podrida, aquel poste de piedra, al cual estaba sujeto como un malhechor.

El movimiento que hizo arrancó de su cadena un ruido estridente que parecia un gemido, y que fué á herir en lo

más profundo del alma de Fátima, que no pudo ménos de cubrirse el rostro con las manos, exclamando:

—¡Oh! Esto es horrible!

Y mil entrecortados suspiros salieron de su pecho.

Y torrentes de lágrimas brotaron de sus ojos.

Rodrigo agradecia infinitamente á aquella mujer el interés que parecia tomarse por su suerte.

—¿Llorais, señora?—le dijo con su voz más tierna, más dulce, más elocuente.

Alzó Fátima sus ojos empapados aun por lágrimas, y al través de ellas dirigió al caballero una mirada tan intensa, tan expresiva, tan poderosamente impregnada de amor, que Rodrigo no necesitó preguntar, no necesitó averiguar qué clase de sentimiento conducia á la mora á su lado, y sorprendido, triste, contrariado, retrocedió algunos pasos, esperando á que Fátima hablase.

Por fin ésta lo hizo.

El movimiento de Rodrigo no se le habia escapado.

Las mujeres tienen un instinto especial para conocer la clase de impresiones que causan, y la que Rodrigo sintió, se habia retratado demasiado enérgicamente en su rostro, para que ella pudiera dudar.

Mordióse los labios, y amortiguando el brillo de sus ojos le contestó:

—¿Y quién seria capaz de ver tus desgracias sin conmoverse? Aunque pertenezcas á otra religion diferente de la mia, sufres, y el sufrimiento es digno de compasion, cualquiera que sea la persona que lo sienta.

—¡Oh! gracias, señora; ese pesar de que hablais, se disminuye algun tanto, cuando hay personas tan buenas como vos, que se compadecen de él. Ya veis si tendré motivos para estar triste, cuando me veo lejos de mi patria, de mis amigos.....

—¿De tu amada tal vez?—se apresuró á decir Fátima con acento incisivo y punzante.

—¿Para qué os lo he de negar? Ya que por mí os tomais ese interés, permitidme que os confie todas mis penas, todos mis disgustos; ¡se desahoga tanto el corazon cuando deposita sus pesares en un seno amigo!.... ¿pero, qué teneis?.... ¿palideceis?.... ¿os poneis mala acaso?....

—No..... no..... no es nada—contestó la mora con voz trémula—tal vez la atmósfera que se respira aquí dentro.....

La verdad era que Fátima se encontraba mal; pero no era por la atmósfera, sino porque la franca revelacion del caballero destruia todos sus sueños de felicidad, todas sus esperanzas de amor.

Rodrigo preferia deshacer de una vez el encanto de la mora de un modo indirecto, á tener despues que avergonzarse por manifestarla un amor que no sentia, ó que desdeñar más bruscamente.

En el corazon de Fátima luchaban la pasion y el orgullo.

Como mujer amaba, pero tambien era orgullosa, y aquel desden indirecto la humillaba, heria su amor propio, y hacia esfuerzos por ahogar aquella pasion y odiar al prisionero con el mismo furor con que antes le habia amado.

Dominándose algun tanto, le dijo:

—¡Ea! sigue tu confidencia, ¿amas, segun dices?

—Muchísimo, señora.

—¿Y te corresponden?

—Si así no fuera, un ballestazo de vuestros soldados me hubiera muerto hace mucho tiempo.

—¿Y es muy jóven tu amada?

—Diez y siete años tiene.

—¿Siendo tú noble, sin duda tambien lo será ella?

—Lo es.

—¿Y es muy hermosa?

—Tanto como vos.

Una tinta muy leve de carmin coloreó las pálidas mejillas de Fátima. Era el primer elogio, la primera palabra algo más

dulce, más cariñosa que le habia oido á Rodrigo, y aunque llegaba á ella únicamente por la comparacion con la otra, sin embargo, su corazon se estremecia de placer.

Pero acto contínuo reflexionaba que aquel hombre no sentia por ella más que agradecimiento, indiferencia tal vez, y estos sentimientos, que en todas las razas del universo se distinguen tanto del amor, en el caballero se marcaban con caractéres demasiado significativos para que ella pudiera hacerse ilusiones.

—¿Y tanto la quieres?—le dijo con un acento marcado de celos.

—Con un amor tan grande como la tierra y tan duradero como el sol—contestó con firmeza Rodrigo.

Esta vez ya no fué dueña de contener un ligero grito que partió del fondo de su alma, y de llevarse entrambas manos al pecho, como si quisiera ahogar los latidos de su corazon.

Las últimas palabras del conde le quitaban toda esperanza; y pálida, contraida, desesperada, le dijo con una expresion indefinible, dando algunos pasos para salir:

—Te agradezco la confianza que me has hecho, y procuraré en lo posible endulzar tu suerte. Adios.

—Él sea con vos, señora—le contestó Rodrigo adivinando la tempestad que rugia en el seno de la mora.

Conteniendo apenas sus lágrimas, salió ésta del calabozo, y ya en el jardin, dió rienda suelta á su llanto, sobre el seno de su fiel Zaida, que no encontraba palabras para consolarla.

Largo rato pasearon por aquellas solitarias calles, contándole la mora sus dolores á la anciana nodriza, que de más experiencia que ella, comprendia todo lo delicado del proceder de Rodrigo, al decirle que amaba á otra antes que ella, arrastrada por su pasion le hubiera obligado á darla una negativa, que seguramente la hubiera afectado más.

Todas estas razones, apoyadas por los consejos, y los consuelos que la edad y el cariño pueden dar, tranquilizaron po-

co á poco algun tanto á Fátima, cuando un nuevo incidente vino á complicar más la situacion de Rodrigo.

*
* *

En medio de la oscuridad de la noche, oscuridad que se hacia más intensa en los jardines, la esposa de Muza distinguió la confusa forma de una mujer, y recordando al punto la primera exclamacion de Rodrigo cuando ella penetró en su calabozo, no pudo ménos de pensar:

—¿Si será Zoraya?

Y presurosa trató de averiguar si su presuncion era cierta, y no pudo ménos de convencerse, llena de cólera, celos y despecho, de que era efectivamente la hija de Muza quien se dirigia al calabozo de Rodrigo.

La momentánea tranquilidad que en ella produjeran las razonadas palabras de Zaida, se desvaneció, y un infierno de celos rugió en su pecho, permaneciendo en el jardin todo el tiempo que estuvo Zoraya en el calabozo de los presos.

Cuando la hija de Muza salió de allí, Fátima no pudo ménos de exclamar con voz sorda:

—¡Oh! miserable cristiano, por Alhá te juro que tú y tu miserable cómplice habeis de sufrir tormentos más horribles que los que estoy sufriendo.

Y al dia siguiente, tras una noche de insomnio, de pensamientos de venganza y de horribles torturas, envió á buscar á Ayub á quien reveló pintándolo con los más negros colores el nefando crímen cometido por Zoraya y Rodrigo.

Precisamente estaba tratado el matrimonio entre Zoraya y Ayub, así es que la cólera de éste no conoció límites.

Pidió detalles á Fátima, dióselos ésta tal como sus celos se los inspiraron, y creciendo el enojo en el musulman á la par que la pasion cegaba á la esposa de Muza, formóse la ter-

rible nube que fué á descargar precisamente en el momento en que más daño podia causar á Rodrigo.

*
* *

Son las once de la mañana, y se halla reunido lo más granado de Baza, en el salon de las grandes ceremonias del castillo.

Formados en semicírculo, se veian los nobles, los sabios, los ancianos y los capitanes de Muza, y á éste mismo en el fondo del salon bajo una especie de dosel teniendo á su derecha á un alférez con el estandarte en cuyo centro campeaba el famoso *Le galib ile Alhá*, y rodeado de sus guardias, hasta que abriéndose de par en par las puertas, anunció con voz fuerte un maestresala:

—Los nobles enviados por el alto y poderoso rey de Castilla.

Compusiéronse todos los semblantes tomando un continente severo y digno de la gravedad del caso, y avanzaron hasta el centro de la sala nuestros antiguos conocidos Diego de Villanueva y el jóven conde de Benavente, seguidos de algunos soldados que se quedaron á la puerta.

Previos los saludos de ordenanza, levantóse Muza de los cojines que le servian de asiento, y les dijo:

—Nobles y valientes enviados del rey de Castilla: Bienvenidos. Todos los poderes del estado, asociado de mis wasires y de mis walíes, hemos impetrado del profeta con el rostro vuelto hácia la Santa Kaaba, que nos iluminase, y nuestra inteligencia esclarecida por la llama divina del querido del Señor, nos ha hecho comprender toda la justicia de vuestra demanda, y por lo tanto hemos accedido á ella. Que pase el cautivo—dijo dirigiéndose á uno de sus oficiales.

Salió éste y á los pocos minutos volvió acompañado de Rodrigo que nada sabia de lo sucedido, y que no pudo ménos

de sorprenderse al ver al hermano de doña Sol y al de Benavente, mucho más cuando el mismo alcaide, dirigiéndose á él, le dijo:

—Estás en libertad, cristiano. Tu rey nos pide que te entreguemos á él, y accedemos á su deseo. Puedes salir cuando quieras.

Nada expresó el rostro del conde: pudiera decirse que ya le era tan indiferente su libertad como su cautiverio.

Cuando más embebidos estaban sus amigos en felicitarle, se oyó ruido de fuertes pisadas que se fueron acercando hasta que apareció en la puerta la gigantesca figura de Ayub, que armado de todas armas, exclamó al ver al conde en poder de sus amigos:

—¡Eh! ¡Alto ahí! Aun no estás libre, perro cristiano.

Y dirigiéndose á Muza y á los asombrados caballeros que formaban el consejo, añadió con voz en que se advertia una cólera mal contenida:

—Yo, el emir Ayub, ante vosotros, lumbreras y brazos del Islam, y ante vosotros tambien, emisarios del rey de Castilla, declaro al walí de los cristianos traidor y mal caballero, y le acuso de seduccion en la persona de Zoraya, mi prometida, y á ella de cómplice en su fuga de la noche pasada.

—¡Mientes, miserable!—gritó Rodrigo rugiendo de furor y dirigiéndose con los puños cerrados convulsivamente hácia el calumniador.

—¡Mientes!—repitió tambien Muza pálido de coraje.

—¿Quién estuvo anoche á visitarte en tu calabozo?—preguntó Ayub á Rodrigo.

—Nadie—contestó éste con firmeza.

—Miente este hombre como un cobarde. Anoche estuvieron dos mujeres á verle: la una á prodigarle palabras de resignacion, de consuelo, á derramar sobre sus heridas el dulce bálsamo de la caridad; la otra á embriagarse con sus amores, á encenagarse en impuras caricias cuyo término fué estampar

el cautivo sus labios en la mano de la infiel ante los ojos del carcelero y ante los mios, que escuché cuánto habia pasado. La primera, era Fátima; la segunda, Zoraya. ¿Habrá alguno que me desmienta? Yo lo ví.

Y desnudándose de uno de los guanteletes, lo arrojó al medio de la estancia, exclamando:

—Y lo sostendré contra todo el mundo.

Á semejante testimonio, todos enmudecieron. El mismo Rodrigo callaba tambien, aunque por razones distintas.

Descubrir la verdad era comprometer á Fátima sin salvar á Zoraya.

Y en esta situacion, antes que disculparse de un modo que nadie creeria ya, resolvió callar y esperar resignado su suerte.

Muza tambien callaba; pero su silencio era feroz, terrible; dos veces llevó la mano á la empuñadura de oro de su yatagan, y dos veces lá volvió á bajar. Por fin dominando algun tanto la tempestad que bramaba en su corazon, dijo á dos de sus oficiales:

—Aliatar, encárgate del preso; y tú, mi buen Abenut, prende á mi hija.

Dirigiéndose hácia los mensajeros castellanos que apenas comprendian lo que pasaba, les dijo:

—Decidle á vuestro rey lo que habeis visto. Decidle que estaba dispuesto á entregarle mi cautivo; pero que ha faltado á todas las leyes del decoro deshonrándome en la persona de mi hija, y que por lo tanto ya no debe esperar salvacion más que del señor Altísimo y único, á cuyo justo fallo nos remitimos.

Quisieron oponer alguna resistencia, tanto Diego como el conde de Benavente; pero Muza hizo rodear al conde por sus guardias, y conociendo aquellos su impotencia se retiraron dejándole en manos de sus verdugos, no sin una secreta complacencia del hermano de doña Sol que no podia mirar tranquilo la vuelta de Rodrigo á Valladolid.

Entonces Ayub, volviéndose á uno de sus escuderos que le habia seguido, le dijo:

—Ebu-Iaguar corre y publica por los cuatro extremos de la ciudad la acusacion que he hecho y lo dispuesto que me hallo á sostenerla, sometiéndolo al juicio del Dios único y vencedor.

Y tras estas palabras, salió de la estancia con el semblante sombrío y amenazador.

Así que se vió solo, Muza dió rienda suelta á su dolor: era padre, y sus sentimientos, aunque ahogados por sus deberes de juez delante de personas extrañas, lejos de ellas renacian y le hacian padecer.

Al cabo de algunos momentos llamó á uno de sus oficiales, y le dijo:

—Que venga mi hija; quiero verla.

*
* *

Han pasado seis dias de los sucesos anteriores.

Un silencio sombrío reina en el castillo de Baza.

Son las doce de la mañana.

Todos los habitantes de la plaza fronteriza á los dominios castellanos, se dirigen con sus trajes de fiesta hácia la campiña.

Todo lo que es bullicio y agitacion en la ciudad, en el castillo es calma y abatimiento.

Y no porque nada falte en él.

Al contrario, todos los centinelas están en sus puestos, y sobre la ancha plataforma se ven formados los apiñados pelotones de las tropas berberiscas.

Pero en los semblantes de los centinelas, y en los ademanes de los soldados, vése cierta expresion triste y dolorosa que oprime el corazon.

El muetzin desde el mirabad de la grande aljamá de Baza, ha señalado las doce.

La gran puerta que da al jardin, al cual caen tambien todas las mazmorras, se abre con un rechinamiento que se asemeja mucho á un gemido.

Un peloton de etiopes con sus largas picas y sus blancos caftanes abre la marcha.

Despues siguen los atabales tocando una marcha fúnebre.

Tras estos viene el verdugo con sus satélites.

Luego todos los oficiales de Muza.

Y más lejos, el pregonero, un hombrecillo seco y jorobado, que lee de cuando en cuando con voz gangosa un pergamino que lleva en la mano.

Detras de él, sentada en un palanquin cuidadosamente cubierto, y llevado por cuatro esclavos africanos, Zoraya, la hija de Muza-Ebu-Osman, pálida, excesivamente pálida, pero serena, se deja conducir hácia el suplicio.

Á algunos pasos del palanquin marcha Rodrigo, con las manos horriblemente encadenadas, pero más altivo, más noble, más hermoso bajo la auréola de su martirio.

Finalmente Ayub, jinete en un soberbio corcel árabe de raza pura, armado de todas armas, llevando á su derecha el estandarte azul con caractéres rojos del profeta y seguido de sus taifas de soldados cerraban la marcha.

Al pasar toda esta comitiva por delante de los soldados y despues de los vecinos que corrian al campo, no podian ocultar la pena que les causaba la suerte de la angelical Zoraya, mientras que denostaban á gritos á Rodrigo diciéndole *rumi* en todos los tonos y con los acentos denigrantes, y los ademanes más despreciativos del mundo.

Zoraya correspondia á aquellas muestras de cariño con una sonrisa melancólica y triste, y algunas veces una lágrima pura y transparente como una perla brillaba en sus ojos.

El conde á cada insulto contestaba con una mirada tan

terrible, que los más audaces se estremecian al pensar en lo que podria sucederles si aquel hombre no estuviese sujeto, y á cada desprecio contestaba con una sonrisa cien veces más despreciativa.

Zoraya se sublimaba por medio de su martirio.

Rodrigo adquiria proporciones fabulosas con el heróico silencio que guardó en todos los dias que habian mediado desde los últimos sucesos, hasta el en que vamos hablando.

*
* *

Nada habia podido Muza sacar en limpio de la entrevista que tuvo con su hija.

Inocente como estaba de la acusacion que se le hacia, negó con indignacion los cargos de su padre.

Le confesó, sí, que habia estado en el calabozo; pero que eso no era extraño en ella, toda vez que en otras ocasiones y con otros cautivos lo habia hecho.

Muza no sabia qué pensar.

Su corazon de padre la creia; pero su conciencia de juez rechazaba aquella justificacion.

Por otra parte, la acusacion de Ayub, acusacion corroborada por el carcelero, eran pruebas demasiado ciertas para que pudiese dudar.

Sin embargo, faltaba una certeza.

El interrogatorio del conde habia sido demasiado corto, y habia dado muy pocos resultados.

Nada habia dicho.

Le preguntaron, y no contestó.

Le amenazaron, y se encogió de hombros.

Los jueces no sabian qué resolver.

No quedaba más recurso que acudir al juicio de Dios, para ver si el Altísimo é infalible daba la verdadera y justa sentencia á los culpables.

Este, pues, fué el acuerdo definitivo.

Zoraya escuchó semejante fallo resignada, y cuando se quedó sola, se arrodilló y rogó á Dios con todo el fervor y con toda la pureza de su alma.

Cuando concluyó su súplica, estaba más tranquila.

Zoraya habia rogado al Dios de los cristianos.

Amaba, y su amante era nazareno.

Y como nada hay que aproxime tanto á Dios como el amor, Zoraya estaba muy próxima á convertirse al cristianismo.

Al saber Rodrigo la suerte que le esperaba, ningun músculo de su fisonomía se alteró.

Con una expresion de indiferencia glacial, escuchó la sentencia.

Despues oró tambien, y puso su confianza en Dios.

Así pasaron dos dias.

Durante ellos, en medio del campo se formó un extenso círculo con tablas y árboles, al que se entraba por cuatro puertas que correspondian á los cuatro puntos cardinales.

Á la derecha se levantó un estrado magnífico, para el alcaide y sus oficiales.

Las ricas alkatifas (alfombras) de Alepo cubrian las tablas que formaban el pavimento.

El oro, el tisú, la seda, completaban los demás accesorios.

Otras dos galerías que habia á los costados, adornadas con más inferioridad, estaban destinadas para los ricos musulmanes.

Y finalmente, para el pueblo, no habia estrado ni galerías, sino el duro suelo, y por techumbre el firmamento.

Frente al estrado principal se alzaban dos cadalsos cubiertos de negro.

En el uno de ellos se veia una banqueta, junto á ella un madero perpendicular sujeto al tablado, y grandes haces de maderas resinosas en torno de él.

En el otro habia un banco grosero y un hornillo con varios

hierros, y á su pié se veian, á duras penas contenidos por esclavos africanos, cuatro caballos de pura raza y cerriles.

Entre los dos cadalsos se alzaba una magnífica tienda, y á su lado otra más sencilla.

En la puerta de la primera, sobre dos astas, veíase en la una un cartel, y en la otra un escudo.

En la puerta de la segunda, nada.

Aquella era la del acusador, la de Ayub.

Esta pertenecia á los jueces de campo.

Algunos soldados guardaban las cuatro entradas de la liza.

. . . . . .

. . . . . .

De pronto sonaron los atabales.

Y cuatro escuderos, puestos en las cuatro puertas de la valla, leyeron por turno el siguiente cartel:

«Buenos y leales musulmanes: Oid la sentencia que se ejecutará en la persona de Saida Zoraya, la hija del poderoso y magnífico Sidy Muza-Ebu-Osman, y del traidor *rumi* que ha abusado indignamente del candor de Saida Zoraya. Si para cuando los muetzines avisen la oracion de la tarde no se presenta ningun campeon á pelear por la inocencia de Zoraya, contra el más ilustre de todos los del pueblo escojido, el valiente de valientes, el querido del señor, el emir Ayub-Ebu-Al-Mokar; la paloma sin mancha hasta ahora, la inocente gacela de los bosques, Saida Zoraya, será arrojada á la hoguera, y en cuanto á su miserable seductor, se le sacarán los ojos y el corazon; se arrojarán al fuego, y su cuerpo será despedazado por cuatro caballos del desierto. Esta ha sido la sentencia dictada por el más fuerte de los padres, la poderosa columna del Islam, el poderoso Sidy Muza-Ebu-Osman, en la alcaidía de Baza á 10 de Setiembre del año 842 de la egira.»

Y tras estas palabras volvieron á sonar los músicos sus desacordes instrumentos, y todo volvió á quedar en silencio.

Así pasaron algunas horas.

No faltaron valientes musulmanes, de corazon generoso, que no creyeron la acusacion de Ayub, y que aceptando su desafío salieron á combatir con él; pero, ¡ay! eran demasiado débiles para aquel gigante que no tenia en el ejército árabe quién con él pudiese competir.

Todos midieron la arena, y ya nadie más pensó en defender á la inocente hija del alcaide.

Durante algunos momentos, notóse en los rostros de la multitud una marcada expresion de esperanza: confiaban en que Dios haria un milagro y salvaria á la jóven.

Pero el tiempo pasaba, el milagro no se realizaba, y á medida que se iba acercando el momento de la ejecucion, nobles y plebeyos, ricos y pobres, oficiales y soldados, sentian el corazon dolorosamente oprimido.

El tiempo transcurria con creciente rapidez.

Todas las miradas se dirigian hácia el campo, y de este á las torres de las mezquitas donde habian de aparecer los muetzines.

Y nada se divisaba á lo lejos.

Las cinco de la tarde iban á ser, y con ellas á darse lectura del último pregon.

Se oyó el primer grito del muetzin.

Al mismo tiempo leyeron los pregoneros la sentencia, y los escuderos de Ayub su desafío.

Sonaron por última vez las atakebiras, y nada respondió á su último gemido.

No habia esperanza alguna.

Los muetzines seguian chillando en sus mezquitas.

Á sus gritos se mezclaban los de la multitud que lloraba, y con vivas instancias pedia el perdon de Zoraya.

Una lágrima brilló en los ojos de Muza.

El pueblo era su esperanza.

Pero secándola prontamente con su mano, revistió su semblante de serenidad, y dió la señal para la ejecucion.

Todo el mundo calló.

La misma emocion que sentian, les hizo enmudecer.

Ya los verdugos habian puesto su mano sobre Zoraya, ya acercaban á los ojos de Rodrigo los hierros candentes, cuando un sonido distinto y prolongado, vino á suspender todo aquello y á hacer exhalar de todos los pechos un grito de alegría delirante, infinita, inmensa.

Rodrigo miró á Zoraya, y fijó sus ojos en el cielo con una expresion de gratitud indefinible.

Efectivamente: si por alguien sentia lo que iba á suceder, no era por él, sino por Zoraya, por aquella pobre víctima, de cuya muerte él era la causa involuntaria.

Entretanto el sonido del clarin se oia más claro, más inmediato, hasta que un caballero armado de todas armas, á la usanza castellana, y seguido de dos escuderos, se presentó á la puerta del palenque.

Así que dijo su nombre á los jueces, avanzó hácia el estrado de Muza, se inclinó respetuosamente, dió vuelta, y al pasar por delante del cadalso de Zoraya se llevó la mano al corazon haciéndola un saludo, como convenia á un caballero.

En seguida llegándose á la tienda de Ayub, se detuvo delante de su escudo, y cogiendo el hacha de armas que llevaba colgada del arzon de su silla, lo hizo pedazos gritando en el árabe más puro y castizo:

—Rompo estas armas porque son las de un traidor y un perjuro; y las rompo del mismo modo que le partiré el corazon, por haber mentido villanamente, diciendo que Saida Zoraya estaba deshonrada.

Una aclamacion inmensa fué á herir los oidos del incógnito paladin, mientras que el número de curiosos que se agolpaba á las vallas se aumentaba considerablemente.

Ciego de cólera Ayub salió de su tienda, y cabalgando precipitadamente en un magnífico corcel de batalla, dijo á su contendiente con voz trémula de furor:

—Necesito tu vida, infiel.

—Guarda la tuya, bandido—le contestó el encubierto.

Y ambos partieron á tomar campo á todo el galope de sus cabalgaduras.

Situáronse los jueces en sus puestos, y un instante despues, los sonidos de los instrumentos árabes daban la señal de acometer.

*
* *

Una ansiedad indecible reinaba en todos los espectadores.

Con poderoso estruendo se encontraron ambos campeones.

Las lanzas volaron hechas astillas.

La del desconocido falseó el coselete de Ayub, y á no haber sido por el sayo de mallas que llevaba debajo, no hubiese quedado muy bien parado.

En cambio el africano habia encontrado al caballero en el guardabrazo izquierdo con tan terrible golpe, que su lanza saltó en mil pedazos.

Nadie dijo una palabra.

Entre aquellos quince mil espectadores no habia uno que no siguiese con vivísimo interés todos los incidentes del combate.

Ambos lidiadores echaron mano, el uno á su corvo alfanje damasquino, el otro á su ancha espada de combate.

Entonces, en medio de aquel silencio profundo, se oyó un martilleo horrible, atronador.

Parecia que hercúleos ciclopes estaban golpeando sobre un yunque gigantesco.

Las fuerzas estaban perfectamente equilibradas.

Ayub era más forzudo; pero el desconocido era más agil.

Los terribles golpes que el moro le dirigia, los esquivaba con maravillosa destreza.

Pronto se vieron por el suelo, plumas, pedazos de tela y trozos de armadura.

Donde caia el alfanje ó la espada, arrancaba un trozo de acero envuelto en un centenar de chispas.

El brazo izquierdo del castellano estaba descubierto.

El costado derecho del africano habia perdido la pieza de armadura que le defendia.

Y ambos luchaban con furor.

Nadie se atrevia á respirar.

Fijos los ojos en ambos combatientes, todo el mundo esperaba con viva ansiedad el resultado del combate.

La espada del desconocido se alzó con fuerza sobre la cabeza de Ayub.

Cayó sobre su redondo casco, y se partió como si fuera de cristal.

Ambos echaron mano, el uno al hacha que llevaba en el arzon de su caballo.

El otro á su pesada maza de armas.

Y el combate se hacia cada vez más terrible.

Y debia durar muy poco.

Jadeantes ambos de cansancio, únicamente la cólera los sostenia.

Atento cada uno á los movimientos de su contrario, espiaban el menor descuido que pudiera con un golpe asegurarles la victoria.

Cada vez que el hacha ó la maza caian, se alzaban tintas en sangre.

La rabia de entrambos se hallaba en su apogeo.

De pronto el hacha de Ayub cayó á plomo sobre el almete del caballero.

Vaciló éste algunos momentos, y á no ser porque su caballo dió una vuelta, indudablemente hubiera sucumbido al segundo golpe que el africano le disparó.

Un grito de angustia salió de todas las bocas.

Sin embargo, se repuso algun tanto el desconocido, y empuñando con ambas manos la pesada maza, la dejó caer con tal furia sobre la cabeza de Ayub, antes que éste pudiera resguardarse, que abrió los brazos y cayó al suelo, exhalando entre bocanadas de sangre el último suspiro.

—*¡Le galib ile Alah!*—gritó el pueblo entusiasmado.

Zoraya fijó sus humedecidos ojos en el cielo.

Rodrigo tambien.

Una lágrima brilló en los ojos de Muza.

Otra resbaló por las mejillas de Fátima.

La del primero era de alegría.

La de la segunda de gozo y de desesperacion.

Y el pueblo tambien lloraba y seguia gritando.

Entretanto los atakebiras y los atabales resonaban, y los heraldos anunciaban la justicia del Dios único y misericordioso, cuando un sonido agudo, prolongado, que dominó á todos los demás, resonó en el espacio.

Era el desconocido, que con un pié apoyado sobre el cuerpo del africano, soplaba con fuerza en una preciosa corneta de marfil y oro.

Inmediatamente se notó un movimiento extraordinario entre la multitud.

Mientras que á lo lejos se veia una polvareda inmensa.

El dia iba amenguando visiblemente.

Un tropel de moros arrollando las guardias que impedian la entrada en la liza, penetró en ella, y subió al tablado donde se hallaba Rodrigo.

Otro peloton subió al de Zoraya.

Entretanto la polvareda aumentaba y se acercaba más.

—¡Ya estais libre, señor!—dijo uno de los árabes á Rodrigo.

—¡Ferrando!—grito éste con alegría reconociendo á su escudero.

Zoraya, levantada en brazos de los moros, fué bajada al palenque.

—¡Oh! ¡Cuánto quiere el pueblo á mi hija!—murmuraba Muza enternecido.

Pero de pronto se arrugó su frente, se alzó con viveza de su asiento y echando mano á su yatagan, exclamó con furia:

—¡Traicion, traicion, cerrad las puertas! ¡Á ellos, mis valientes caballeros, á ellos!

Y bajó al palenque seguido de sus caballeros y de sus guardias.

La causa de esto habia sido que el desconocido habia cogido á Zoraya entre sus brazos, seguido de dos pelotones de moros, á cuya cabeza iba Rodrigo, jinete en un caballo que habia salido allí sin saber de dónde.

En vano quisieron los soldados oponerse á su salida; poderosamente secundados por otros moros que habia fuera, salieron al campo libre, en medio de los gritos del pueblo, de las amenazas de Muza y de las trompetas que se oian más cerca.

Entonces corrieron á la desesperada.

Muza, seguido de sus soldados, les perseguia encarnizadamente.

Por fin, al volver un recodo del camino, un bosque de lanzas se abrió para dar paso á los fugitivos cerrándose á la aproximacion de sus perseguidores.

Al frente de estas lanzas se ostentaba el pendon de Castilla.

Depositada Zoraya en los brazos de Nuño y algunos otros criados de Rodrigo, se armó éste á la ligera, y tomando su lanza de manos de un escudero, dijo, volviéndose al desconocido que les habia salvado la vida:

—¡Adelante, Osorio, tomad mi enseña, y castiguemos de una vez á esos infieles!

Momentos despues no se veia más que un confuso tropel de hombres y caballos, del que se exhalaban de cuando en cuando, en medio de los gemidos de los moribundos y de

las imprecaciones de los combatientes, estos dos gritos de guerra:

—*¡Le galib ile Alah!*

—¡Castilla y Leon!

*
* *

El resultado de aquella lucha no pudo ménos de ser favorable á las armas cristianas.

Rodrigo volvió triunfante á Valladolid, y la pobre Beatriz, á quien su hermano habia sacado del convento, suponiendo cierta la noticia de su muerte, recibió inmensa alegría al saber que su amante existia.

Inmediatamente trató el caballero de ponerse en comunicacion con ella y el abad de San Diego por una parte, y por otra el bachiller Cibdadreal, interesados por ambos jóvenes, hicieron cuanto de su parte estaba para conseguir que la suerte de la pobre niña mejorase algun tanto.

En esta situacion ocurrió un incidente que fué el que verdaderamente determinó la suerte de Rodrigo, demostrando hasta qué punto arrastraron sus celos á la desdichada Fátima.

*
* *

Dias despues que Rodrigo recobró su libertad, penetraba por una de las puertas de Valladolid una litera tirada por dos robustas caballerías, y á cuya portezuela iba un caballero cubierto con un brillante arnés seguido de dos escuderos que cerraban la comitiva.

Así que entraron en la ciudad, el caballero se acercó al jayan que cuidaba las bestias y le dijo:

—Guia al meson de maese Nicodemus.

El villano se le quedó mirando con sorpresa, y al cabo de algunos momentos se aventuró á decirle:

—Señor, ¿habeis dicho al meson de maese Nicodemus? ¿pues no estarian mejor vuesas mercedes, en el «Moro coronado» ó en el del «Ciervo real?»

—¿Quién te manda hablar sin que te pregunten?—le dijo el caballero con voz de trueno—¡Guia y calla!

Se santiguó devotamente el buen jayan, y con la cabeza baja tornó á agarrar del ronzal á sus mulas y se dió á guiarlas por las calles de la regia villa.

Y en verdad que tenia razon para asombrarse y santiguarse.

La casa de maese Nicodemus tenia realmente la peor fama del mundo.

Se contaban cosas horribles de ella.

Se hablaba de orgías desenfrenadas que tenian lugar en las altas horas de la noche.

Se habian oido blasfemias y juramentos horribles.

Y en otras ocasiones, gritos que hacian erizar de espanto los cabellos de los honrados vecinos que vivian en las casas inmediatas.

Y choques de espadas y de copas, y de canciones obscenas.

Y llantos, risas y gritos de placer y de agonía.

Y aun habia alguna vieja quintañona que aseguraba, como artículo de fe, que estando ella un sábado á su ventana, á las doce de la noche, sintió un ruido extraño cerca de sí, miró á todas partes y nada vió.

Volvió á repetirse el ruido que se asemejaba al susurro de un beso, alzó la cabeza, y vió infinitas sombras que agitándose en el aire, se dirigian á la casa de maese Nicodemus, y desaparecian por el tejado.

Y aun añadia que las tales sombras se abrazaban y besaban con un escándalo tal, que encendieron de rubor su frente de ochenta años, y la hicieron retirarse á su cama, invocando á todos los santos.

Nosotros no sabemos á quién invocaria en las soledades

de su lecho de solterona la buena anciana, solo sí que la casa de Nicodemus era el terror del barrio.

Estos clamores, estas acusaciones y estos miedos, llegaron á oidos de la justicia, que se decidió á observar la causa de semejantes terrores.

Pero lo cierto fué, que sin saber cómo ni cuándo, las falanjes de corchetes, alcaldes y escribanos, desaparecieron, y que aunque el vecindario siguió diciendo que se oian las mismas voces, juramentos y carcajadas, la justicia contestó que eran aprensiones de los buenos vallisoletanos, y que la casa de maese Nicodemus era una honrada y tranquila posada, y su dueño un cristiano de chapa, que pagaba muy bien sus impuestos, y asistia á misa todos los domingos y fiestas.

Estas razones no calmaron la inquietud de los vecinos, ni las lenguas de las comadres del barrio.

Lenguas é inquietudes que tuvieron nuevo pábulo con haber agregado Nicodemus una taberna á su posada.

Pero la justicia esta vez no se contentó con decir que el tabernero era bueno y honrado, sino que bajo multa de un castellano de oro, prohibió á los habitantes de las casas inmediatas que molestasen á la autoridad con sus quejas, ni al honrado posadero con sus injuriosas suposiciones.

Desde entonces solo se murmuró en lo interior de las casas; pero al pasar cualquier persona por delante de la puerta de la taberna no se olvidaba de hacer la señal de la cruz, como si esperara ver salir por ella una legion de diablos que quisieran apoderarse de él.

He aquí el motivo del asombro del muletero.

¿Cómo era posible que un señor tan principal prefiriese el meson de maese Nicodemus al del «Moro coronado?»

Pero en fin, ¿qué remedio? El caballero habia dado muestras de incomodarse, y no era muy prudente contrariarle.

En medio de estos pensamientos la reducida comitiva llegó á la puerta del meson.

Nicodemus salió en seguida á recibir á sus huéspedes, y se llevó respetuosamente la mano á su caperuza.

Llamó el caballero aparte al honrado hostelero, y le dijo algunas palabras en voz baja.

Inmediatamente las maneras de Nicodemus se hicieron más humildes, y llamando á voces á sus criados, y dando él mismo el ejemplo, en un instante estuvo el caballero y dos señoras á quien acompañaba en el mejor cuarto de la casa; los escuderos calentándose en el hogar, las caballerías en la cuadra, y los asadores volteando sobre el fogon.

—¿Estais cansada?—preguntó el caballero á la más jóven de las dos señoras.

—No, Ebu-Ferik; me siento bien.

—Recordad, señora, que estamos en Valladolid, y que vos sois mi prima, doña Aldonza Diaz de Vargas, así como yo don Pedro de Vargas.

—Tienes razon.

—Pero, ¿qué locura ha sido la que hemos hecho?—dijo la otra anciana que aun no habia hablado.—¡Abandonar nuestro alcázar de Baza, por seguir una aventura loca!

—Calla, Zaida; ¿llamas aventura loca á una en que va interesado mi corazon, mejor dicho, una aventura de la cual depende mi felicidad, mi vida?

Los ojos de Ebu-Ferik irradiaron una luz terrible; pero en seguida se dominó, y dijo con voz perfectamente serena:

—Tiene razon la señora, y ni á vos ni á mí nos toca hablar ni contradecir una cosa que desee.

—¿Y cuándo vas á ver á ese amigo tuyo, que nos ha de dar noticias del conde?

—En seguida que vos me lo mandeis.

—Vé á verlo—dijo la jóven; pero en seguida repuso—no, no; vendrás cansado y con ganas de comer, descansa y come y despues irás.

—Como os plazca, señora.

En esto llamaron discretamente á la puerta, y el posadero entró seguido de dos mozos que llevaban la mesa.

Cubriéronla de manjares y vinos, se sentaron los recien llegados, y maese Nicodemus y sus satélites se retiraron.

Concluida la comida, el caballero se levantó y se dirigió á la puerta, diciendo:

—Voy á cumplir vuestro encargo.

—¡Cuán bueno eres!—dijo la dama con una expresion de sincero agradecimiento.

Ebu-Ferik ó Pedro de Vargas, como queramos llamarle, abandonó la estancia.

Salió á la calle, y preguntando llegó á las casas de San Pablo, morada en aquel tiempo de su alteza el rey don Juan II.

Preguntó por los soldados de la guardia morisca del rey, y al primero que encontró, le dijo:

—Oyes, tú, ¿sabes dónde habita el alférez don Diego de Villanueva?

—Sí, señor—le contestó el soldado sorprendido de los modales bruscos del caballero.

—Pues bien, si quieres ganarte un escudo, condúceme á su casa.

—Es que tambien tengo que desempeñar una comision de mi capitan.

—¿Tardarás mucho?

—¡Oh! no, señor; en cuanto á eso, ya verá vuestra señoría las buenas piernas y ligereza que tiene Gil Garcés.

—Entonces anda; aquí te espero.

Y púsose á pasear Ebu-Ferik por la plaza de San Pablo, mientras que el soldado echó á correr, hasta que desapareció por una de las boca-calles inmediatas.

Aun no habia transcurrido media hora, cuando ya estaba de vuelta el soldado.

—Cuando gusteis, señor—le dijo.

—Vamos allá—le contestó el lacónico caballero.

Anduvieron algunos pasos, cuando al salir de la plaza le dijo el soldado, señalándole á un caballero que se acercaba hácia ellos:

—Mirad, señor; ahí teneis al que buscais.

—Gracias, y toma.

Y una moneda de oro cayó sobre la mano del guia, que haciendo reverencias se marchó corriendo á reunirse á sus compañeros; para gastar alegremente la dádiva del desconocido.

Entretanto, éste habia estrechado la distancia que le separaba del hermano de doña Sol.

Se encontraron, y el desconocido le dijo:

—No tan de prisa, señor alferéz.

Volvióse Diego, y al reparar en el semblante de su interlocutor, no pudo ahogar una exclamacion de sorpresa, y dijo:

—¡Ebu-Ferik!

—No tan alto, si os place; Ismael y Ebu-Ferik son dos nombres que no pueden aplicarse á dos caballeros como nosotros; vos os llamais don Diego de Villanueva, y yo don Pedro de Vargas.

—¿Y qué os trae por la córte, señor don Pedro de Vargas?

—Necesito una casa con todas las comodidades necesarias para que puedan habitarla unas damas.

Los ojos de Ismael se fijaron con una expresion altamente escrutadora en el semblante de Ebu-Ferik, que sostuvo con una calma imperturbable aquel exámen inquisitorial.

—¿Acaso Fátima ha venido con vos?—le preguntó.

—Fátima sigue en su alcázar de Baza; es mi prima Aixa y sus esclavas.

—¡Ah! ¿con que es Aixa?.... yo creia.....

—Habeis creido mal—contestó secamente el moro.

—¿Y quereis una casa tranquila, eh? de apariencia modesta, aunque su interior sea suntuoso y magnífico; ¿no es esto?

—Habeis comprendido perfectamente mi idea.

—Pues bien, la tengo; contad con ella.

—¿Lo decís de veras? ¿y cuando podremos habitarla?

—Cuando gusteis.

—¿Dónde está?

—Venid conmigo, y os la enseñaré al mismo tiempo que tomais posesion de ella.

—¡Oh! ¡no sé cómo pagaros!....

—Ya estoy suficientemente recompensado—contestó Ismael lanzando una mirada indefinible á Ebu-Ferik.

Ambos tomaron la calle adelante.

Llegaron á una casa de apariencia bastante mediana.

Diego entró en un zaguan oscuro, se acercó á la pared, tocó un resorte perfectamente oculto á la mirada más perspicaz, y una puerta se abrió en el fondo de él.

Subieron una estrecha escalera, á cuyo final se abrió otra puerta; y cámaras, retretes misteriosos, habitaciones ricamente decoradas se presentaron á la asombrada vista de Ebu-Ferik.

—¿Os gusta la casa?—preguntó Diego.

—Muchísimo; esto supera á todo cuanto yo hubiera podido imaginarme.

—Pues desde este momento podeis disponer de ella.

—Entonces, con vuestro permiso, voy á buscar á mi prima y á traerla á tan encantadora mansion.

—¿Quereis que os acompañe?

—No, seria molestaros demasiado, y.....

Salieron á la calle otra vez, despidiéronse y cada uno tomó una direccion opuesta.

***

Fátima y los esclavos acompañados por Ebu-Ferik se instalaron en la casa que el alférez les proporcionara.

*
* *

Dos dias despues llamó á Ebu-Ferik la musulmana, y le dijo:

—Es necesario que entregues á Rodrigo este mensaje, y le sirvas de guia hasta esta casa.

El musulman palideció, pero se inclinó respetuosamente en señal de acatamiento á las órdenes de su señora.

Ebu-Ferik se habia criado con Fátima.

Niño, creció con ella, y cuando la jóven pasó á ocupar en el harem de Muza el lugar de esposa predilecta, Ebu-Ferik ocupó tambien en la pequeña córte del alcaide de Baza el cargo de uno de sus oficiales.

Ebu-Ferik amaba extremadamente á Fátima.

La menor insinuacion de ella era una órden para él.

De aquí que cuando la dama le significó su deseo de abandonar el castillo de Baza y trasladarse á Castilla en seguimiento del traidor que la habia desdeñado, Ebu-Ferik sintió un dolor horrible en el corazon; pero accedió inmediatamente á acompañarla.

Y él sabia que aquel viaje envolvia la pérdida de sus esperanzas, de su dicha y de su felicidad.

Ebu-Ferik habia conocido en otro tiempo al alférez con quien le hemos visto hablar.

Entonces estaba en Granada al servicio de su rey, y si habia pasado á Castilla á servir en la guardia morisca de don Juan II, habia sido únicamente por el mayor sueldo que tenia.

Fátima, ante la muestra de asentimiento dada por Ebu-Ferik, entrególe la carta de que le hablara, á fin de que la llevase á su destino.

*
* *

Tiempo hacia que habia cerrado la noche.

Rodrigo hallábase en su aposento departiendo con su alfé-

rez Osorio, cuando de pronto penetró un paje en la estancia, el cual presentándole una carta en una bandeja cubierta con un paño blasonado, le dijo:

—Señor, esto han traido para vos.

Tomóla Rodrigo, leyóla, reflejándose en su rostro la sorpresa, y preguntó despues:

—¿Está ahí quién la ha traido?

—Sí, señor.

—Díle que espere.

Salió el paje, y Rodrigo mostró la carta al alférez, diciendo:

—Ved; ¿qué opinais de semejante aventura?

Tomó Osorio la carta, y leyó lo siguiente:

«Si no teneis miedo, señor don Rodrigo Lopez, seguid al que os entrega esta carta, y vereis á una persona que se interesa por vos.»

—No debeis ir, don Rodrigo; ese es mi parecer.

—¿Y qué se diria entonces? Ya veis lo que ahí se me previene: «si no teneis miedo.....» ¡Hola, Ruiz Gomez! Mi espada y mi capa.

—Al ménos, permitidme que os acompañe — dijo Osorio mientras Rodrigo se ceñia la espada y se ponia la capa que un escudero le entregaba.

—No; me citan á mí solo, y solo iré. Con que hasta mañana, Osorio.

—Como querais, señor; hasta mañana.

Salió Rodrigo, y en una de las antecámaras encontró á un hombre embozado, cuyo rostro ocultaba completamente un antifaz negro. Llegóse á él y le dijo:

—¿Es á mí á quién esperas?

—Sí, señor.

—Pues bien, guia.

Y ambos salieron de la casa.

En cuanto á Osorio, así que se quedó solo en la habitacion, salió por otra puerta, atravesó algunos salones, entró en un

estrecho corredor, subió una escalera y llamó á una puerta que habia frente á ella.

—¿Quién va?—preguntaron desde dentro.

—Abre, Ferrando; abre pronto.

Abrió la puerta el escudero, y le dijo precipitadamente el alférez:

—Toma tus armas y tu tabardo, y vamos á escape.

—Pero ¿qué hay? ¿Acontece alguna desgracia á mi señor? —preguntó un tanto cuidadoso Ferrando.

—Tal vez; pero anda pronto, en el camino te contaré lo que únicamente sé.

Tomó el escudero sus armas, se envolvió en su tabardo, y ambos salieron á la calle, se pusieron á seguir con cautela los pasos del conde y su guia, que marchaban bien ajenos de semejante espionaje.

Cruzaron muchas calles y callejuelas, hasta que al fin se detuvieron en una casa de mediana apariencia.

El guia sacó una llave y abrió la puerta, diciendo á Rodrigo:

—Pasad, señor don Rodrigo.

Entraron ambos en un portal iluminado con un farol que pendia del techo, volvió el desconocido á cerrar las puertas, y subieron una estrecha y tortuosa escalera que los condujo á una cámara bastante pobremente adornada; el encubierto se dirigió á una puertecilla que habia á un extremo de la habitacion, la abrió y pasaron ambos; de este modo cruzaron algunas salas hasta que llegaron á un reducido aposento donde el guia dijo á don Rodrigo:

—Esperad aquí.

Y sin que éste supiera por dónde habia salido aquel, se encontró solo.

En los primeros momentos Rodrigo se creyó á oscuras.

Por fin sus ojos se fueron acostumbrando á las semitinieblas que reinaban en la estancia, y quedó completamente admirado.

Una preciosa bomba de cristal encerraba en su seno una luz, cuyo brillo amortiguaban ricas telas de seda puestas sobre ella, y encajada en un hueco del techo, despedia un resplandor sumamente suave que apenas dejaba percibir los objetos.

Rodrigo siguió en su inspeccion, y cada vez se encontraba más sorprendido.

Sobre unas paredes forradas de cuero negro se destacaban cuatro ángeles, que á juzgar por las inscripciones arábigas que tenian á los piés, representaban los cuatro arcángeles: Gabriel, Miguel, Azrael y Azrafael, que reconoce la religion islámica.

Los ojos de los cuatro, eran ocho brillantes de un tamaño disforme, que por sí solos valian un tesoro.

Los cinturones que plegaban sus túnicas flotantes estaban asimismo recamados de pedrería, y las inscripciones igualmente.

Á entrambos lados de cada ángel, que correspondian á las cuatro paredes del aposento, habia dos lunas de acero primorosamente pulimentadas, y cuyos marcos eran anchos listones dorados con cuatro rosetones en las esquinas, y en cada uno de ellos una joya de gran valor.

Un divan ancho con respaldos y capaz de contener dos personas, se veia en medio de la estancia, y perfumeros invisibles la embalsamaban con sus aromas.

Todo allí respiraba riqueza y voluptuosidad.

Era, más bien que una habitacion para personas humanas, la encantadora mansion de alguna hada.

Rodrigo no podia darse cuenta de lo que sentia; semejante riqueza era superior á todo cuanto habia visto.

Fascinado, por decirlo así, ante aquella esplendidez, no podia atinar el resultado que tendria su misteriosa aventura.

De pronto se esclareció toda la estancia.

La lámpara que estaba engastada en el techo, impelida por

un oculto mecanismo, descendió hasta salir completamente de su álveo.

El resplandor que se exhaló de ella al reflejar sobre los záfiros, las esmeraldas y los brillantes, les hacia brillar con tanta variedad de luces que ofuscaban la vista.

Rodrigo no pudo resistir aquellos torrentes de luz, y cerró los ojos.

Cuando los abrió, la lámpara habia vuelto á ocupar su sitio.

La semi-oscuridad que habia en la habitacion al entrar el conde en ella, volvió á reinar.

El aroma que exhalaban los ocultos perfumeros, se hizo más fuerte, más embriagador.

Un suspiro tierno, dulce, tímido llegó á los oidos del de Rivadeo, y le hizo volver la cabeza precipitadamente hácia el sitio donde habia sonado.

Sentada sobre el divan habia una mujer, cuyo blanco ropaje se destacaba sobre el oscuro fondo del asiento.

Rodrigo creyó que soñaba.

¿Por dónde habia entrado aquella mujer?

¿Acaso alguno de los ángeles que se veian en las paredes habia dejado su puesto, y animándose bajo el poderoso aliento de un encantador se hallaba en el divan para arrebatarle el alma como ya estaban fascinados sus sentidos?

Desde que entró en aquella casa, todos fueron misterios; pero los que estaba viendo, palpando, por decirlo así, en aquel instante, eran superiores á todos los demás.

Fijos los ojos en la dama, no encontraba palabras que decirla, ni se atrevia á moverse por temor de que aquel encanto se desvaneciera.

La incógnita tuvo necesidad de romper el silencio.

—Acércate, conde—le dijo—¿Acaso te causo espanto?

Al sonido de aquella voz, miró Rodrigo más fijamente y con más curiosidad á la dama.

Pero su rostro estaba cubierto por una especie de toca de gasa que impedia ver distintamente sus facciones.

Y sin embargo, aquel acento lo habia escuchado él en otra ocasion.

Su sorpresa crecia por momentos.

—¿Nada me respondes?—preguntó la desconocida.

—Dispensadme, señora; pero hay situaciones en la vida, que por lo inesperadas nos aturden.

—Yo creia que el conde de Rivadeo no era hombre que pudiera aturdirse por nada de cuanto viera.

—Os contestaré, señora: el conde de Rivadeo, en medio de los peligros, no olvida su serenidad; pero las felicidades le abruman, si bien es solo por algunos momentos.

—¿Luego la felicidad te dura muy poco y pierdes en seguida el recuerdo de ella? ¿Sabes que eso honra muy poco tu constancia, y augura muy mal para las pobres mujeres que te dén esa dicha que tan pronto olvidas?

—Veo con sentimiento que me habeis comprendido mal, ó yo me he explicado peor. He querido decir, que la felicidad inesperada me sorprende, me abruma un momento; pero que pasada aquella especie de vértigo que me causa, la olvido un tanto para pensar en el ángel que me la ha concedido. Y ahora que habeis comprendido mi explicacion, ¿me permitireis la honra de besar vuestra mano?

Rodrigo poseia en alto grado la galantería de aquel tiempo.

Despues era hombre, y ante aquella poderosa seduccion, ninguno hubiera podido permanecer insensible.

En casi todas las situaciones de la vida, ejerce una gran influencia la impresion del primer momento.

Una aventura vulgar no hubiera llamado su atencion.

Pero aquella casa, aquella habitacion tan fantástica como ricamente decorada, aquellos servidores invisibles, aquellas puertas que se abrian sin ruido, y sobre todo aquella mujer que habia entrado en la estancia cegándole, si cabe expresar-

nos así, con los torrentes de luz que despedia, permitiendo de este modo que no viera por dónde estaba la puerta que le habia facilitado el paso, y que se presentaba cubierta de gasas y rodeada de riqueza, débilmente iluminada por una luz artísticamente dispuesta, y circundada de una auréola de blancas nubes de seductora fragancia, le interesaba, le seducia, y exaltaba poderosamente su imaginacion.

Una dulce emocion se apoderó de la dama, al sentir el ardiente contacto de los labios del conde.

Se siguieron algunos momentos de silencio.

Por fin, dijo la desconocida:

—¡Álzate, conde, y siéntate á mi lado! ¡Tengo tantas cosas que decirte!....

Fué tan dulce, tan suave el acento de la dama, que Rodrigo creyó escuchar el acento de una de las huríes que el Koran ofrece á sus creyentes.

Y se aferró en esta idea, porque todo cuanto habia visto, le revelaba el orígen árabe de la dama con quien estaba hablando.

Sentóse en el mullido divan, y el suave perfume que la incógnita exhalaba empezó á turbar sus sentidos.

La agitacion siempre creciente de ella, aumentó la de él.

La estrechez del asiento, hacia que sus cuerpos casi se tocaran, y aquel contacto abrasaba al conde.

Éste volvió á coger aquella mano tan mórbida, tan suave, que no deseaba otra cosa.

Cansado de aquella situacion, fué á apartar el velo que cubria el semblante de la dama.

Pero ésta hizo un movimiento para impedirlo.

Y sin saber cuando ni cómo, sus dos cabezas se encontraron y sus labios se unieron.

El velo que cubria á la incógnita cayó por fin al suelo.

Rodrigo no pudo contener una exclamacion de sorpresa, ni ocultar un movimiento de disgusto.

Hasta se avergonzó del momento de embriaguez que habia tenido.

Y alzándose del asiento, exclamó con un acento en que se advertian cien afectos distintos:

—¡Fátima!

La esposa de Muza, pues era ella, no perdió el movimiento del conde, ni la expresion de su voz.

Húmedos aun de placer sus ojos, una lágrima se vió brillar en ellos.

Habia tenido algunos instantes de felicidad infinita, tanto más grande, cuanto que jamás la habia disfrutado.

Casada con Muza sin amor, su alma no se habia dilatado bajo los ardientes rayos de la mirada apasionada de un hombre.

Era hermosa, y el deseo de Muza se satisfizo.

Fué iniciada en ciertos misterios desconocidos hasta entonces para ella, y su corazon presintió que allí no estaba la felicidad completa.

Vió á Rodrigo, y sintió en su sér una cosa extraña.

Ella, que habia desdeñado á los caballeros, que á pesar del rigor de los musulmanes y de la reclusion en que tienen á sus mujeres, habian encontrado medio para decirle que la amaban, deseó al ver al conde, que la mirase, que le indicase que sentia por ella lo mismo que habian sentido los demás.

Pero al revés de esto, el conde no la miró jamás, y esta indiferencia acreció su amor.

Este amor la llevó á su calabozo, y ya sabemos lo que sucedió en él, y las consecuencias de aquella visita.

Pero Fátima amaba con la primera pasion y con el fuego de las almas africanas.

En cuanto supo que Rodrigo se habia escapado, no pensó más que en seguirle.

Y ayudada por un servidor fiel, lo consiguió.

Dió una cita al de Rivadeo, y merced al encanto de que

con todo gusto árabe supo rodearse, consiguió fascinarle un momento, y en el gozó con todos los goces, con todas las alegrías, con todas las felicidades de que estaba avaro su enamorado corazon.

Mas ¡ay! que aquel velo tan inoportunamente caido vino á deshacer su ilusion.

Comprendió el gusto del amante, y una lágrima sola, pero ardiente, desesperada, amarga, empañó sus pupilas.

Y con un acento sumamente dolorido, contestó á la exclamacion del conde:

—No apartes de mí tus ojos con esa expresion más cruel para mí que todas las palabras de desden que pudieras decirme. ¿Por qué te disgusta mi amor? ¿Acaso no soy bastante bella para agradarte? ¡Oh! si así fuera no perdonaria jamás á Alah, el no haberme dado esa belleza capaz de inflamar tu corazon! No vuelvas la vista á otro lado; ¡te amo tanto!....

—¡Señora!—murmuró Rodrigo sin saber lo que decir.

Su situacion era terriblemente comprometida.

Por una parte le halagaba el amor de aquella mujer, que por él lo habia sacrificado todo.

Por otra parte su corazon rechazaba la mentira; pues al decirle que la amaba, la habia de engañar.

El conde era un tanto aficionado á las aventuras.

Como á todos los hijos de Adan, no le disgustaban las descendientes de Eva.

La aventura en que se hallaba envuelto ¡era tan seductora!....

Y la mujer heroina de ella ¡era tan hermosa!....

Sin embargo, rechazó aquella voz dulce que tan fuertemente hablaba á sus sentidos, y tomó una actitud serena y reservada.

Fátima prosiguió:

—Mira, cristiano; si el amor se ha de juzgar por los sacrificios, el mio es inmenso. Yo no habia amado á nadie hasta que

te ví; yo entreveia una felicidad más grande que la que disfrutaba; pero jamás la habia deseado. ¿Para qué te presentastes ante mis ojos, si tan cruel habias de ser conmigo que no tengo otra culpa que adorarte con todo mi corazon? ¿Crees acaso que no te amo? ¡Oh! pluguiera á Alah que fuera eso, porque fácilmente te mostraria lo contrario. Fija tus miradas en las mias, á través de ellas leerás en el fondo de mi alma, y verás el amor que te profeso. ¿Quién podrá amarte más que yo en el mundo? Si hay alguna mujer que te diga semejante cosa, que venga, y cuando ella sea capaz de sacrificar su reposo, su honra y su vida por el hombre á quien adora, entonces creeré no que te ame más que yo, porque eso es imposible, pero sí tanto; y entonces, si tú la amas, tendrás que matarme, porque si no moriria ella, y mi muerte viniendo de tu mano seria aun una felicidad para mí.

—Señora—le dijo el conde esforzándose en dar á su acento una expresion severa—¿qué preferís en un hombre: una palabra que os halague un momento para daros un desengaño más terrible despues, ó una palabra franca, leal, que os quite la ilusion en el instante, evitándoos un dolor más terrible? Creo que apreciareis más la segunda, y esta es la que os voy á decir. No os amo..... ó mejor dicho, no puedo, no quiero amaros—prosiguió Rodrigo con ménos firmeza y bajando sus ojos, no pudiendo resistir la deslumbradora irradiacion de los de Fátima; no quiero amaros, porque para ambos seria una desgracia terrible.

—¿Y por qué?—preguntó la dama siempre con los ojos fijos en el conde.

—¿Por qué?.... dispensadme si no os lo digo, pero hay cosas que.....

—Que cuando se anuncian, se deben decir; ¿qué desgracia pudiera sobrevenirte amándome?

—No he dicho solamente de mí, creo que tambien he temido por vos; ¿creeis acaso que yo tengo miedo á algo en el

mundo? Para mí nada me aterra, pero sí por la persona á quien envuelva mi suerte.

—¿Con que es por mí? ¿por mí temes esa desgracia? y si temes es señal de que me amas..... ¡Oh! conde, repite otra vez esa palabra, deja á tu corazon que se desborde, anega el mio en los mares sin fin de felicidad que tus amantes palabras derraman en mi seno, y despues que vengan las mayores desgracias: ¿qué dolor más terrible hay para mí en el mundo que sufrir tu desden?.... Una mirada amorosa de tus ojos, una sonrisa tierna de tus labios, una palabra de cariño me harán fuerte para desafiar los peligros más grandes; vuelve, vuelve á repetir lo que has dicho, y mi corazon entero irá á dar las gracias al tuyo, confundiéndose en uno nuestros séres.

Rodrigo veia que aquello iba tomando mal giro.

Sabia por experiencia lo que eran los amores africanos.

Salonuth se lo habia demostrado bien claro.

Y no queria que Fátima fuese una segunda Salonuth.

Y sin embargo, la esposa de Muza excitaba poderosamente sus deseos.

Aquellos ojos negros, rasgados, húmedos aun y brillando de amor y voluptuosidad, hacian bajar los suyos al conde, que á su pesar los alzaba otra vez, miraba, y el rayo que de las ardientes pupilas de la africana se exhalaba, abrasaba las venas del caballero; aquellos labios encendidos, aquel seno que se aumentaba ó se deprimia, á impulsos de una fuerte agitacion; aquel perfume lánguido, suave y embriagador que emanaba de Fátima, todo turbaba, todo enloquecia, todo fascinaba al conde, que no era ningun San Anton para resistir las tentaciones que bajo tan bellas formas se le presentaban.

Sin embargo, San Anton venció á Satanás, porque la gracia del Señor le sostenia.

Rodrigo se defendió de Fátima, porque el recuerdo de Beatriz cruzó por su imaginacion.

Temió por ella la venganza de la mujer del alcaide de Baza, y recobró su serenidad.

Volvióse á Fátima, y le contestó:

—Habeis interpretado mal mis palabras; no os repetiré que os amo, porque no puedo amaros; ¿creeis que en la vida puedan sentirse dos amores? Yo he amado, he concentrado toda mi vida en una mujer; la he adorado como una madre adora á su hijo, con el más puro, con el más inmenso, con el más desinteresado cariño; pero ha muerto, y mi corazon ha muerto con ella tambien; ¿cómo quereis que pueda sentir amor hácia vos, cuando ni aun sensaciones tengo ya? Esta es la desgracia que queria evitaros. Comprendo vuestro cariño, y lo horrible que os ha de ser escuchar semejante confesion, pero vos lo habeis querido, y á mi pesar he tenido que complaceros.

Concluyó de hablar Rodrigo, y aun creia escucharle la mora.

La declaracion del conde la habia aterrado.

Por un momento germinó en su alma un odio profundo, un deseo del hombre que despreciaba su amor.

Pero era tan franco, tan dulce, tan melancólico al mismo tiempo, que aquellas palabras, que salian de un pecho herido, dulcificaban la llaga que en el suyo abrian.

Como se ve, el conde sabia mentir á las mil maravillas.

Pero su mentira tenia un objeto noble.

Alejar de Beatriz el resentimiento de Fátima.

Pero el amor de ésta se acrecia doblemente con la negativa del conde.

La mora era buena, y amaba con delirio.

El amor es la pasion que más purifica el alma y que hace brotar de ella los más generosos, los más grandes sentimientos.

Al engrandecerse, el cariño de Fatima cambió de objeto.

El alma del hombre á quien adoraba, estaba ulcerada ter-

riblemente, y ella queria derramar sobre aquella úlcera el bálsamo dulcísimo del amor.

En el fondo de este pensamiento habia bastante egoismo.

Pero era perdonable, ¡porque amaba tanto!....

Hubo algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos, lo rompió Fatima, diciendo:

—Á pesar de lo dolorosa que me ha sido tu franqueza, te la agradezco, conde; más doloroso, más terrible me hubiera sido que desdeñases mi amor por el de otra mujer; pero tú sufres, tú lloras en tu vida un vacío profundo, déjame á mí que enjugue tu llanto, déjame á mí que trate de atenuar el recuerdo de ese vacío. No te hablaré nunca de mi pasion; te hablaré de ella, me dirás su nombre y mis lágrimas correrán al par que las tuyas; mis cuidados, mis atenciones, mis desvelos te rodearán por do quier; seré la madre que padece al ver el sufrimiento de su hijo querido, y que se afana, se apresura á mitigar su pena. ¿Quieres más, cristiano? ¿quieres más? Pídeme consuelos, abnegacion, cariño, toda mi vida la sacrificaria por tí. ¡Oh! yo seré tu madre, tu hermana, tu amiga, ¡nunca tu amante! y bien sabe el dios Altísimo y Omnipotente el dolor que esto me cuesta: estar á tu lado, escuchar tu acento, recibir tus primeras miradas será mi única felicidad.

Era tan poderosamente enérgico el dolorido acento de Fátima, que Rodrigo sintió vacilar su resolucion.

Pero afirmándose más y más en su idea, repuso:

—No os canseis, señora; para mi alma, ya no hay consuelo; dejadme que siga mi solitaria carrera por el mundo, que el alivio ni lo espero, ni lo deseo tampoco.

—¡Oh! ¡De rodillas te suplico que aceptes mi oferta! ¡No hables de este modo porque sufro extraordinariamente! ¡Ya que desdeñas mi amor, acepta mi amistad! ¡Yo seré tu esclava, lo que tú quieras que sea, pero al ménos pueda verte y pueda consolarte!

Fátima habia caido á los piés del conde, y llorosa y palpitante se arrastraba ante él.

Rodrigo la rechazó, y le dijo:

—Es inútil; no acepto vuestro ofrecimiento.

Al sonido seco y duro de aquella voz, alzóse vivamente la africana.

Sus ojos se habian secado: una luz sombría se dibujaba en ellos.

Con su instinto de mujer habia adivinado que el conde le engañaba.

Fijó en él una mirada intensa, y le dijo:

—Te daba mi amor, y lo has desdeñado; te he ofrecido mi amistad, creyendo en tus dolores, y la rehusas tambien; te he suplicado de rodillas, y has rechazado mi súplica; pues bien, guárdate que llegue el dia en que tú me supliques tambien, porque seré inexorable.

Y tocando en la pared, volvió á bajar la luz, volvió á deslumbrarse Rodrigo, y cuando abrió los ojos, la dama habia desaparecido.

Aquella aventura le disgustó extraordinariamente.

Sin saber por qué, presentia una desgracia.

Estaba deseando salir de aquella casa; pero el tiempo pasaba y nadie venia á buscarle.

Cansado de esperar, empezó á llamar á grandes voces; mas sus gritos se ahogaban dentro de la misma estancia.

Entonces comprendió el sentido de las últimas palabras de Fátima: comprendió que estaba preso, y que su cautiverio seria ilimitado.

*
* *

Efectivamente, Fátima estaba desesperada, y su amor habia llegado á aquel extremo en que no se repara en nada; ni se detiene ante consideracion alguna.

Si don Rodrigo no la amaba porque su corazon pertenecia á otra mujer, tampoco ésta podria disfrutar de su amor.

Preferia verle muerto, á verle en otros brazos.

Sin embargo, no habia contado la celosa musulmana ni con el entrañable afecto que al caballero profesaban sus servidores, ni con la fuerza de voluntad y la energía de él.

Así fué que una y otros inutilizaron por completo su propósito.

Osorio y Ferrando se habian quedado á la puerta de la casa, cuando su señor penetró en ella.

Con suma impaciencia esperaron algun tiempo, impaciencia que se trocó en inquietud cuando pasaron algunas horas y vieron que no salia el conde.

Aguardaron algunos momentos todavía, y aquellos dos hombres se dirigieron una sola mirada, pero con ella se entendieron, y dándose un apreton de manos se dirigieron resueltamente á una de las ventanas bajas sobre la que caia un balcon de madera groseramente trabajado.

Trepar por la ventana y encaramarse al balcon fué obra de algunos segundos para aquellos dos hombres que se sentian dispuestos á sacrificarse por su señor.

Fuertes puertas defendian el paso del balcon á las habitaciones.

Detuviéronse algunos momentos indecisos sobre lo que habian de hacer; pero la inaccion no era para ellos larga, porque tirando Ferrando de su daga, la introdujo por las junturas de las puertas, y apoyando sus dos cuerpos con una fuerza prodigiosa, saltaron los barrotes interiores que las defendian y dejaron la entrada franca á los dos escaladores.

La habitacion en que se encontraron estaba completamente oscura.

Fueron tentando por las paredes hasta que Osorio exhaló una especie de grito de alegría: habia encontrado por fin una puerta.

Alzaron el pestillo, y gozosos, vieron que se abria, dándoles entrada á otra cámara tan oscura como la anterior.

Así sucesivamente, unas veces cediendo las puertas fácilmente, y otras empleando la fuerza, atravesaron muchas habitaciones, al final de las cuales se hallaron en un corredor sombrío, por el que se lanzaron con admirable decision.

Siguieron bastante rato por él, cuando allá á lo lejos distinguieron una luz débil, y hácia ella apretaron el paso.

Cerca ya, repararon que la luz se hacia más fuerte, y que de pronto una sombra se interpuso entre ella.

Deseosos de encontrar á alguno que les dijera lo que deseaban saber, aunque para ello tuvieran que recurrir á medios violentos, echaron á correr en direccion á la sombra que acababa de salir del centro de la luz y que les parecia que iba á su encuentro.

—¡No te muevas y responde!—gritó Ferrando asiendo por el cuello á la sombra.

Ésta se conoce que no gustaria de semejantes chanzas, porque repeliendo con fuerza al buen escudero, le dijo:

—¡Eh! ¡alto, canalla!....

—¡Ah! ¡loado sea Dios! ¿Sois vos, señor conde?....—exclamó entonces con alegría Osorio, abrazando á Rodrigo.

—¿Pero cómo estais aquí?—preguntó éste con extrañeza.

—Ferrando y yo, señor, os hemos seguido, y al ver que tardábais, no hemos podido resistir al deseo de saber si os habia acontecido alguna desgracia.

—¡Bravos corazones!—contestó el conde conmovido—vamos, vamos á casa, porque tengo deseos de salir.

Y volviendo á tomar el mismo camino por donde habian entrado, abandonaron la casa de Fátima.

Silenciosos fueron todo el tránsito hasta la del conde, y no porque ninguno de los dos servidores no anhelase saber lo acontecido á su señor; pero le veian callado y serio, y ninguno se atrevia á preguntar nada.

*
* *

Con la libertad de Rodrigo, volvió, es cierto, la felicidad de poder ver á doña Beatriz y concertar la anhelada union; pero tambien con ella aumentaron sus peligros.

En primer lugar, aquel desdeñado amante de Fátima, que le servia tan dócilmente en apariencia, pero que solo deseaba vengarse de ella, era un peligro terrible para Rodrigo, pues del mismo modo que la mora decia que antes que en los brazos de otra mujer, preferia verle muerto, así tambien Ebu-Ferik decia, que antes de que Rodrigo llegase á poseer á Fátima, le daria la muerte.

Por otra parte, el hermano de Beatriz era otro enemigo formidable de Rodrigo, y si á esto añadimos todo cuanto podia inventar el despecho y los celos en la desesperada Fátima, se comprenderá perfectamente que la situacion del caballero no tenia nada de agradable.

Pero éste, para nada se ocupaba de los peligros que pudiera correr.

Al recobrar su libertad de accion, solo pensó en realizar aquel proyecto tantas veces acariciado, y tantas veces desvanecido.

Dar su mano á Beatriz.

La pobre niña, por su parte, tampoco podia resistir más tiempo los inmensos dolores que le causaban toda aquella serie de venganzas y de animosidades, que sin saberlo, ella misma habia excitado.

Rodrigo, que sabia era inútil cuanto tratase de conseguir respecto al hermano de Beatriz, no tuvo otro remedio que dirigirse al abad de San Diego, á fin de que éste bendijera su union con todo el mayor recato posible, para evitar que nadie pudiese impedirla.

Pero Fátima no lo ignoraba.

La desesperacion de la musulmana no conoció limites cuando supo la desaparicion de Rodrigo.

Inmediatamente desplegó á su alrededor una vigilancia tal, que verdaderamente puede decirse que no daba el caballero un solo paso que no fuese por ella conocido.

Ebu-Ferik la ayudaba maravillosamente.

Es verdad que con su venganza tambien se hallaba interesado, y obraba con una actividad y un celo verdaderamente pasmosos.

Así que Rodrigo, sin poderlo presumir y sin poderlo evitar, por lo tanto, estaba espiado.

*
* *

En esta situacion llegó el dia destinado para que se verificase su union.

Doña Beatriz, pretextando la asistencia á una funcion religiosa en uno de los conventos de Valladolid, salió de su casa y bien pronto su litera se halló fuera de la ciudad, y en camino del monasterio de San Diego.

Al mismo tiempo tambien Rodrigo, acompañado de su fiel Ferrando, dirigíase por opuesto camino hácia el mismo punto.

A la vez que esto sucedia, Diego de Zúñiga recibia un pergamino sin sello, pero cuidadosamente enrollado, en el cual se le decia:

«Mientras tú estás muy tranquilo en tu casa, tu hermana está entregando su mano al conde don Rodrigo Lopez.

»Si quieres sorprenderlos y evitar esa union, corre inmediatamente al monasterio de San Diego.»

—¡Ira de Dios!—gritó el hermano de Beatriz dando un puñetazo sobre la mesa de roble que á su lado tenia—¡por mi nombre, que si es cierto lo que dice este miserable papel, yo les juro que con cien vidas que tuvieran no pagarian bastante mi deshonra!

Y llamando á sus escuderos vistióse apresuradamente, y poco despues salia de Valladolid emprendiendo á todo escape el camino hácia el monasterio de San Diego.

*
* *

Rodrigo y Beatriz hallábanse arrodillados ante el altar, mientras el abad de San Diego celebraba las ceremonias determinadas por el ritual.

En una de las capillas y completamente envueltos en la sombra, estaban Fátima, Ebu-Ferik y don Diego de Zúñiga.

—¡Oh! Hemos llegado tarde—exclamó Fátima con doloroso acento.

—Yo le mataré—murmuro Diego con voz sorda.

—Sí, sí, matadle—dijo la musulmana con acento indefinible.

Ferrando, á corta distancia de su señor, apercibióse de aquellas inmóviles figuras que sigilosamente habian entrado en el templo y que poco á poco habian ido colocándose de modo que pudieran ver perfectamente á los contrayentes, y aun estar cerca de ellos.

La ceremonia religiosa terminó.

Beatriz y Rodrigo estaban casados.

El deseo de ambos, aquella aspiracion tantas veces manifestada y que tantas alteraciones habia sufrido, realizóse por fin.

Un gemido desgarrador se exhaló de los labios de Fátima al terminar la ceremonia.

Al mismo tiempo un rugido de cólera brotó tambien de la garganta de Diego.

—Hijos mios—decia al mismo tiempo el abad á los recien casados—mucho habeis sufrido; por luengas contrariedades habeis tenido que pasar; pero felizmente todo ha terminado para vosotros, y únicamente lo que ahora debeis hacer es

procurar evitar en cuanto sea posible, los funestos efectos de la cólera de don Diego, que han de ser terribles.

—Más terribles de lo que os parece, padre—gritó en esto la colérica voz de don Diego, que de un salto y antes que nadie pudiera impedirlo, con la daga en la mano arrojóse sobre don Rodrigo.

Un grito desgarrador lanzado por Beatriz hizo comprender á su esposo el peligro que corria.

Trató éste de retirarse para poder sacar la espada; pero la rapidez del movimiento de Diego fué tal que inutilizó la idea de Rodrigo.

—Vas á morir—gritóle.

Pero de súbito, Fátima, sin poderse contener al ver el peligro de Rodrigo, lanzóse en medio de ambos con ánimo de separar á Diego, y éste que tenia alzado ya el brazo para herir, dejóle caer con tan desdichada suerte que la daga fué á hundirse en el albo seno de Fátima.

Un grito de horror brotó de todos los labios.

A este grito se siguió una carcajada que nada de humana tenia, y á ella la caida de un cuerpo.

Beatriz no habia podido resistir el peso de tantas emociones, y tuvo que ser conducida fuera del templo, en un estado que verdaderamente inspiraba temor.

El abad condújola á una de las celdas, mientras que Ebu-Ferik, Rodrigo y Ferrando trataban de auxiliar á la desdichada moribunda.

En cuanto á Diego de Zúñiga, lleno de ira y de despecho, habia salido tras de su hermana, sin que en aquellos momentos de tribulacion se apercibiese Rodrigo de ello.

***

Fátima estaba en sus últimos momentos.

Fija su mirada, que se iba enturbiando por grados, en la

del conde, en sus opacos destellos le daba la vida que por él, y solo por él estaba perdiendo.

Y sin embargo, en aquel rostro que palidecia por instantes, habia una expresion tal de felicidad, que se comprendia que para aquella mujer la muerte era un beneficio inmenso.

Así era. Morir por el hombre á quien habia amado, dar su vida por salvar la de él, era para aquella alma dolorida un goce supremo, una ventura que le hacia olvidar el dolor que su herida le causaba.

Rodrigo sufria horriblemente.

Tres mujeres le habian amado.

De ellas ignoraba la suerte de dos, y en cuanto á la tercera era un pobre lirio cuyo tallo habian cortado en la flor de su juventud.

Ebu-Ferik no podia, no encontraba palabras que decir en aquellos momentos.

Amar á una mujer con toda la fe de su alma; concentrar en ella su vida, sus sensaciones, su porvenir; relegar este amor al fondo de su pecho por temor de que su acento empañara la pureza de ángel de aquella mujer; verla despues amar á otro hombre, adorarle con la misma fe que ella era amada, y finalmente, verla espirar por haber entregado su vida para salvar la de su ingrato caballero!.... Hubiérase dicho que la puñalada de Diego de Zúñiga, al romper el albo seno de Fátima, habia roto tambien todas las fibras del alma del moro.

—¡Rodrigo!—murmuró débilmente la esposa de Muza.—¡Rodrigo!.... acércate más á mí..... ¡Déjame que te vea..... en mis últimos momentos!....

—Aquí me teneis, señora, tranquilizáos. ¿Quién os ha hablado de morir?—dijo Rodrigo con un acento que se esforzaba en aparecer tranquilo.

—¿Quién me habla de morir?.... esta felicidad que siento brotar en el fondo de mi alma, me dice que es la muerte que

se aproxima..... ¿quién te habrá amado más que yo en el mundo?.... ¡Ah, Rodrigo!.... ¡pregúntale á esa mujer que sufre en silencio!.... ¡á esa otra que te envia su amor envuelto entre sus insultos, pregúntales si hubieran sacrificado su vida por la tuya!.... ¡Ah! ¿por qué no me habias amado como yo á tí?...

—Señora.....

—Callad, Fátima; los esfuerzos que estais haciendo para hablar empeoran vuestro estado; ¿no es cierto, caballero?—dijo Ebu-Ferik dirigiéndose á Jacob, que profundamente pensativo no separaba sus ojos de la moribunda ni habia dicho una palabra.

—Dejadla que hable—contestó el médico en voz baja á Ebu-Ferik—dejad que esa alma sublime se desahogue; ¡pobre cisne! permitid que en sus últimos momentos entone el postrer canto á la vida.

—Teneis razon, señor—contestó Fátima, que con esa percepcion extraña que tienen los moribundos, habia escuchado las últimas palabras de Jacob—teneis razon..... ¡á qué negarle á un alma que se muere este postrer desahogo!.... ¡Oh! ¡Rodrigo!.... ¡si cien vidas tuviera, cien vidas perderia gustosa por este único momento de felicidad!.... estás á mi lado..... fijas tus ojos en los mios..... una lágrima acaso brilla en ellos... ¡Oh! ¿por qué no podré beberla como hubiese aspirado tu amor?.... ¡Estrecha con tus manos las mias..... siento un frio extraño que circula por todo mi cuerpo!... parece que se turba mi vista..... ¿iré á morirme ya?....

—¡Desgraciada!—murmuró Rodrigo, conmovido extraordinariamente.

—¿Dónde estás, Alah?—dijo Ebu-Ferik fijando una mirada insensata en el cielo.

—¡Pobre mujer!—decia Jacob contando en el pulso de Fátima los momentos de vida que le quedaban.

—No veo..... ¡Rodrigo!.... ¿será cierto que en esa eternidad donde voy á entrar..... no te haya de ver más? ¿No he de es-

cuchar ese acento..... que á pesar de lo duro que para mí ha sonado siempre..... tanto he deseado oir?.... ¡Oh! eso no puede ser!.... ¡seria el más horrible de los martirios!.... Díme..... díme si eso es cierto..... porque si es así, yo no quiero morir..... aun tendrá vuestra ciencia recursos para darme la vida..... pero bajais la vista..... nada me respondeis, no tengo más remedio que [illegible]....

—Señora—dijo Jacob—poned vuestra confianza en nuestro Dios; él es infinitamente misericordioso y bueno, y tal vez os dé el alivio que mi ciencia no pueda daros.

—¿Con que no hay remedio!....—dijo Fátima fijando sus miradas extraviadas en todas partes.—¡Rodrigo!.... ¡Rodrigo!.... ¿es cierto que me amas?.... vuelve á repetirme que ese amor que yo he soñado..... me pertenece por entero..... ¡Dices que me has amado siempre!.... siempre!.... ¡qué dulcemente resuena esa palabra en el fondo de mi alma!.... vuelve á repetirlo..... ¡es tan hermoso oir de boca del hombre que se adora..... una expresion de cariño! tú no amas á las demás mujeres..... ¿es verdad que no?.... ¿qué te importan las amenazas..... los halagos..... los amores de las demás..... cuando mi corazon es tuyo?.... ¡Oh! amado mio!.... ¡qué bien sabes expresar tu pasion!.... ¿qué mujer habrá que no te idolatre!....

El delirio de Fátima iba creciendo por momentos.

Sus mejillas se habian enrojecido, sus palabras, ora tiernas, suaves, acariciadoras, ora doloridas, iban envueltas entre la sangre que brotaba de sus labios.

Sus miradas brillaban de un modo extraño.

Era el último resplandor de aquella luz próxima á extinguirse.

Mudos y profundamente oprimidos aquellos tres corazones, no encontraban una palabra, ni aunque hubieran querido, tampoco hubieran podido pronunciarla.

—¡Oh!—gritó de pronto la mora—este frio glacial que siento en mis venas..... este velo que turba mis ojos..... este ardor

que devora mi pecho..... esta es la muerte..... ¡Dios mio! ¡Oh! no, no..... yo no quiero morirme!.... soy jóven.... la vida tiene mil atractivos..... para mí..... desde que él me ama..... ¡Rodrigo!....—prosiguió con exaltacion, y rodeando por medio de un esfuerzo supremo, con sus brazos, el cuello del conde.—¡Rodrigo!.... tú no puedes..... tú no debes consentir..... que yo muera!.... tú me amas..... ¿no es cierto?.... ¡Oh!.... siento una hoguera en mi corazon..... las palabras..... se ahogan..... en mi garganta..... dadme..... dadme agua..... yo quiero vivir..... ¡Ah!.... no te veo!.... ¡Rodrigo!.... ¿dónde..... estás?.... ¡Dios mio!.... ¡luz!.... ¡vida!.... ¡Rodrigo!.... te am.....

No pudo concluir la frase.

Una bocanada de sangre se llevó aquella alma tan pura, que tanto habia amado, y cuya muerte sublimaba su ardiente amor.

. . . . . .

Momentos despues, tres hombres arrodillados ante el cadáver de una mujer, expresaban en su sombrío silencio, el intenso dolor de que estaban poseidos.

La melancólica luz de la lámpara hacia más poderosamente lúgubre aquel cuadro.

Un ligero estremecimiento de Fátima fué ya la única señal que determinó su tránsito de la vida á la muerte.

Los tres hombres arrodillados junto al cadáver de la infeliz, lloraban silenciosamente.

. . . . . .

Beatriz recobró la razon.

Por mediacion del monarca, verificóse la reconciliacion entre don Rodrigo y don Diego de Zúñiga; pero ni don Rodrigo pudo ya ser feliz, ni tampoco lo fué Beatriz.

El cadáver de Fátima estaba constantemente entre ellos, y dos años más tarde, Rodrigo quedaba viudo.

. . . . . .

. . . . . .

*
* *

Don Fernando Lopez.

Era el año 1560.

Por este tiempo habia en medio de la frondosa vega de Granada, una casa donde vivia tranquilo y dichoso un anciano, llamado Andrés de Bobadilla, con su hija Clara.

Clara, que no tenia más goce que sus flores, sus cabras, y el cariño de su padre, dichosa con su ignorancia, no anhelaba salir de aquel estado. Hermosa como la tierra en que habia nacido, al retratarse su rostro en las aguas del límpido arroyuelo, arrojaba un grito de alegría, y con coquetería infantil se arreglaba sus hermosos cabellos bajo la linda toca que los cubria.

El anciano habia sido en su tiempo uno de los guerreros más esforzados, pero no le habian quedado ya más que sus laureles, su recuerdo, su hija, y la lindísima casa que habitaban, que la presencia de Clara hacia más encantadora todavía.

Clara tenia un amante.

Residiendo casi siempre en Granada, iba con alguna frecuencia á ver á su amada y al padre de ésta.

Él, que se llamaba don Fernando Lopez, la profesaba el cariño más tierno, la afeccion más desinteresada, el amor noble y puro del honrado caballero hácia la jóven casta y confiada, que no tenia más goce que verle á su lado.

Y don Fernando no podia amarla de otro modo.

Don Fernando Lopez era el más cumplido caballero de Granada.

Como noble, descendia de reyes.

Como valiente, el mismo emperador Cárlos V le habia abrazado con orgullo en más de una batalla.

Y como honrado, no habia mancha alguna que pudiera empañar la pureza de su blason.

Habia visto un dia á Clara en medio de la vega, y su corazon, que hasta entonces solo habia palpitado en medio de los combates, latió rápidamente al contemplarla.

Y la candórosa niña inclinó sus ojos con el rostro encendido de vergüenza, al ver la mirada insistente del gallardo jóven.

Y volvieron á verse otra vez, y finalmente, cuando don Fernando supo que Andrés de Bobadilla, aunque en aquel entonces nada poseia, habia sido un valiente y honrado soldado, no vaciló en hablar con ella, y declararle el amor que hervia en su pecho.

Por entonces el monarca español no estaba en guerra con nacion alguna, y varios caballeros fueron á Granada á admirar la belleza de su suelo y la incomparable hermosura de sus mujeres.

Uno, entre todos, se distinguia por su fuerza en los ejercicios que la requerian, por su destreza en el juego de la sortija, por su bravura en los combates, y por su gallardía en los torneos.

Bruto, arrebatado, casi feroz, encubria aquellos defectos bajo la máscara de una franqueza sin límites.

Ambicioso, bajo, cruel, lleno de todos los vicios de la especie humana, los encubria con la hipocresía más refinada.

Don Fernando, que era bueno y confiado, creyó en él y le llamó su amigo.

Sin secretos para él, una tarde lo llevó á la casa donde vivia el padre de su amada.

Eran las últimas horas de la tarde.

El perfume de los naranjos, el aroma de los jazmines, la fragancia de las rosas embalsamaban el ambiente; sus caballos iban pisando sobre una alfombra de flores.

Murmuraba el aura por entre las hojas de los árboles.

El plácido arroyuelo tendia en todas direcciones sus cintas de plata, liando aquel inmenso y encantador ramillete.

Los pájaros cantaban sobre las copas de los árboles.

Y como exhalándose de aquel centro de poesía la blanca casita de Clara se asemejaba á un grueso brillante engastado en aquel inmenso mar de esmeralda.

Aquellos ajimeces primorosamente festoneados de jazmines y de yerba.

Aquellas primorosas torrecillas.

Aquella naturaleza tan vírgen, como vírgen era la dueña de la casa, oprimia dulcemente el corazon.

La noche cerraba completamente.

Un concierto extraño, atronador, atravesó el espacio.

Concierto sublime que tenia por salon toda la tierra, y por techumbre la azulada cortina del firmamento.

Los pájaros, esas mil lenguas arpadas que habitan en los árboles, alzaban su himno de gracias al Dios único que les daba la noche como manto para ocultar sus amores, cómo refresco suave que templase los ardores del dia, como sombra bienhechora que envolviera entre sus pliegues sus plácidos ensueños.

En aquel instante una voz dominó todo aquel concierto, cruzó el espacio, y emanada sin duda del trono de Dios, hasta el mismo llegó su vibracion.

Era la voz de la encantadora hurí de aquel más encantador paraíso.

Era Clara.

Los ángeles y los pájaros tienen una afinidad inmensa entre sí.

Clara era un querube, y unia su acento al de sus hermanos para saludar al Padre de toda la creacion.

Don Fernando y su amigo detuvieron sus caballos.

No querian perder ni una sola nota de aquella armonía sublime.

Habia mucho de fantástico, mucho de ideal en aquella noche, en aquella naturaleza y en aquellos acentos.

Cesó la voz de cantar, y aun vibraba en lo íntimo de sus corazones.

Llegaron á la casa.

Una sombra blanca, diáfana y pura como la primera sonrisa de un niño, se destacó de las paredes de la quinta, y gritó con alegría infantil:

—¡Aquí está don Fernando, padre!

Y despues, ruborosa y palpitante porque vió otra persona extraña, se retiró junto al anciano, ocultando su cándido rostro en su seno.

¡Qué hermosa era Clara!

Tal debió parecerle tambien al que acompañaba á don Fernando, porque cuando abandonaron la casa iba muy preocupado, y á veces se le oia decir:

—¡Qué hermosa es!

Las visitas se repitieron algunos dias.

Al cabo de ellos el caballero abandonó la ciudad de los Gomeles y de los Abencerrajes.

Y don Fernando quedó solo otra vez.

No tenia más consuelo que ir á ver todas las tardes á la encantadora hurí de la *Casa del Ángel,* como la llamaban los vecinos.

Aquí, la voz argentina de Clara derramaba en su corazon una dulce melancolía.

La suavidad de sus miradas llenaba de deleite su corazon.

Y su pureza de ángel ejercia una influencia tal sobre todo cuanto la rodeaba, que al entrar en el círculo que aquella mujer describia en su derredor, se sentia un goce puro, infinito, prolongado, y que le alejaba á uno de todas las mezquindades de la tierra.

Don Fernando la amaba con un cariño sin límites.

Pero llegó un dia en que recibió un dolor horrible.

La guerra ardia de nuevo en el Milanesado y él tenia que ir á cumplir con su deber.

Y hubo lloros y protestas, pero no vaciló en sacrificar su amor por su deber.

Por fin, al cabo de un año volvió á Granada.

Cabalgó en su corcel, y se internó en la vega.

Su corazon no estaba como otras veces.

Un sombrío presentimiento le oprimia.

Sin comprender la causa, temia y deseaba llegar á la Casa del Angel.

La naturaleza se ostentaba como otras veces; rica, espléndida y riente.

Y sin embargo, al caballero le parecia que aquella hermosura era el último esfuerzo de una existencia próxima á extinguirse.

Los pájaros cantaban en los árboles.

Los arroyos susurraban resbalando sobre el suelo.

Las flores esparcian sus aromas al ambiente.

Y aquel cantar, aquel susurro, aquel perfume, aquella armonía misteriosa de la creacion, le parecian un encanto fúnebre, un himno postrero cantado á la vida.

Presa de una violenta agitacion, don Fernando clavó los acicates á su corcel, y en su rápida carrera iba cortando el espacio que le separaba de la Casa del Angel.

Conforme se acercaba, su corazon se oprimia doblemente.

Al cabo la distinguió destacándose de la verde enramada.

Frotóse los ojos porque le pareció ver un blanco sepulcro rodeado de sauces y cipreses.

Llegó á la plazoleta que se extendia delante de la casa, y contra la costumbre, nadie habia en ella.

Una soledad, un silencio profundo reinaba por todas partes.

Cada vez más agitado, el caballero echó pié á tierra.

Entró en la casa, cuya puerta estaba abierta, y aunque llamó, no recibió contestacion alguna.

Su corazon latió con doble rapidez.

Volvió á llamar, y el silencio continuó.

Aquello parecia un cementerio, y el eco de su voz, al repetirse por todas las habitaciones de la casa, tenia algo de lúgubre, algo de aterrador.

Don Fernando llamó á Clara y á su padre.

Una especie de gemido pareció contestar á aquel llamamiento.

El caballero, palpitante de emocion, se dirigió hácia donde la voz habia sonado.

Abrió una puerta y quedó petrificado.

Un grito de horror se exhaló de sus labios.

Tendido sobre el duro pavimento, y horriblemente ensangrentado estaba el cadáver del anciano.

Á pocos pasos, sobre unos almohadones de damasco, estaba Clara.

¡Pero en qué estado se hallaba la infeliz! Rotas y destrozadas las ropas que la cubrian, pálida, esparcido por su semblante ese manto lívido de la muerte, era casi un cadáver.

Sus ojos casi vidriados ya, se volvieron hácia don Fernando, que no acertaba á explicarse cómo se habia ejecutado aquel drama desgarrador.

El caballero se acercó á Clara para que se lo explicase.

Entre suspiros, entre frases entrecortadas, escuchó una accion infame.

El caballero amigo de don Fernando, habia estado hacia dos noches.

Seguido de una turba de escuderos, habia entrado en la casa.

El padre quiso defender á su hija.

Y ante su vista, que empezaban á velar las sombras de la muerte, se habia cometido el crímen más grande que puede imaginarse.

Clara habia sido deshonrada.

Y la pobre niña, perdida su auréola de pureza, tenia necesariamente que perder la vida.

Don Fernando escuchó aquella historia con los labios temblando de cólera y la frente surcada de profundas arrugas.

—¡El nombre de ese infame!—gritó ronco de furor el amante de Clara.

La desgraciada criatura se lo dijo.

Don Fernando profirió entonces un juramento terrible.

Se llevó inmediatamente á la jóven á Granada, y la puso en una casa donde pudiera ir poco á poco recobrando sus perdidas fuerzas.

Y al cabo de algun tiempo, Clara dió á luz una niña.

Entonces, don Fernando, despues de haber cumplido con el deber que se habia impuesto, trató de cumplir su juramento.

Se fué á Madrid, y buscó á don Diego de Acuña, que así se llamaba el infame que deshonró á Clara.

No le habló una palabra de la desgracia de la jóven; pero le convidó un dia á comer á su casa.

Y despues que acabaron, le dijo:

—Escuchadme, don Diego; tengo que contaros una historia.

—¿De amores, tal vez?—le preguntó el mal caballero con la imaginacion un tanto oscurecida por los vapores del vino.

—De amores justamente.

—Entonces hablad.

Y don Fernando le relató palabra por palabra lo mismo que le habia sucedido.

Y cuando llegó el momento de revelarle el nombre del infame que habia abusado de la jóven, le dijo:

—El nombre que pronunció Clara, fué el tuyo, Diego de Acuña; ¿lo oyes?....

Don Diego estaba aterrado.

Ante aquella voz vibrante que evocaba ante sus ojos las

sombras de aquellas dos personas sacrificadas por sus deseos, su conciencia se estremecia y quedaba sin aliento, sin voz, sin fuerzas para contestar á la agresion del caballero.

Éste prosiguió:

—Diego, ¿te acuerdas de Clara y de Andrés de Bobadilla?

Diego no contestó.

Por medio de un esfuerzo violento se desasió de don Fernando, y quiso levantarse.

Comprendió lo que de él debia esperar, y quiso prepararse para la defensa.

Pero la mano de aquel hombre le detuvo sobre el sitial, gritándole al mismo tiempo:

—¡Quieto, miserable! El término de tu vida ha llegado ya con el cumplimiento de mi venganza. No vas á morir como un caballero; morirás como un perro, y con una muerte digna de la vida que has llevado. Tienes en tus venas un veneno cuyos efectos no tardarás en sentir, y que te quitarán la accion para moverte, para gritar, para todo, ménos para escuchar las últimas palabras que voy á decirte.

Un grito ronco, que expresaba la desesperacion infinita de la cólera impotente de don Diego, se exhaló de su pecho.

Quiso llevar la mano á la empuñadura de su daga, y la mano volvió á caer pesadamente á lo largo de su cuerpo.

Su mirada fué amortiguándose por grados, y trás algunos esfuerzos, trás de algunos gemidos, trás de diversos ademanes cayó inerte sobre el banco en que estaba sentado.

Una sonrisa de cruel satisfaccion se dibujó en los labios de su enemigo.

—Ya ves, Diego—prosiguió el implacable don Fernando—cómo me he vengado y no te he muerto como caballero, porque no eres digno de que mi acero se escondiese en tu corazon; tú has emponzoñado mi vida, tú has hecho que el mundo para mí no sea más que un desierto; pero yo he vengado como debia la infamia que cometiste con Clara.

Entretanto Diego se revolcaba por el suelo, presa de los más atroces dolores.

Su semblante desencajado y el estertor que se exhalaba de su pecho, demostraban bien claro que aquel hombre iba muy pronto á dar cuenta á Dios de su conducta.

Efectivamente, un momento despues sus miembros se retorcieron en una última convulsion, y don Diego de Acuña quedó convertido en un cadáver.

Don Fernando entonces, sombrío y letal, se acercó á él, se arrodilló; y el ruego que se exhaló de aquel corazon noble y generoso, fué para que el cielo perdonase los extravíos de aquel hombre.

Un instante más tarde salia el caballero de su casa.

Una hora despues abandonaba á Madrid.

Llegó á Granada, y se encontró á Clara más hermosa que nunca.

Los pesares habian impreso en su rostro una tinta de melancolía, que era su nuevo encanto.

Don Fernando se acercó á ella, y le dijo:

—Clara, ya estás vengada.

—¿Qué quieres decir?—preguntó la jóven sorprendida.

—El hombre que te ofendió, ya no existe.

Y al recuerdo de su deshonra, las lágrimas asomaron á los ojos de la jóven.

Y el caballero hizo un esfuerzo, y continuó:

—Aun tengo que cumplir otro deber.

—No sé.....

—La hija que tienes, no tiene padre.

Clara miró con ojos extraordinariamente dilatados á su amante.

Éste hizo otro esfuerzo más violento, y prosiguió:

—Quiero que lo tenga, y ese padre seré yo.

La jóven se quedó durante algunos segundos sin poder decir una sola palabra.

La emocion la ahogaba.

Por fin exhaló un grito en que se exhalaron todas las sensaciones que la agitaban, y cayó desmayada en los brazos del caballero.

El esfuerzo que aquel hombre habia hecho, era infinito.

Iba á dar su nombre á un hijo de su enemigo.

Iba á rehabilitar á la pobre mujer deshonrada.

Pero Fernando era el más noble caballero de su tiempo, y aunque con el corazon desgarrado, no queria que la mujer á quién con tanto delirio habia querido, tuviera que ruborizarse algun dia cuando le preguntasen por la procedencia de aquella niña.

Dias despues, Clara era la esposa de don Fernando.

Una noche sola pasó el caballero bajo el techo conyugal.

Al dia siguiente partió para Flandes, con la firme intencion de hacerse matar por algun protestante.

Nueve meses despues cayó herido ante los muros de Amberes, al mismo tiempo que un mensajero que le enviaba su esposa, ponia en su noticia que la hija de don Diego habia fallecido, y que doña Clara habia dado á luz otra niña, que daba grandes esperanzas de vida.

Pero estas noticias no pudieron atenuar el efecto del balazo recibido.

Don Fernando falleció á los tres dias, despues de haber ido perdiendo gradualmente las ilusiones, y despues de haber visto que en su corazon habia un vacío inmenso que hizo imposible de llenar la infamia cometida por don Diego de Acuña.

CAPÍTULO XLII.

Donde se ve que doña Catalina es implacable en su venganza.

Necesario es, antes de continuar, que digamos cómo habia sabido doña Catalina lo que dijo á Paca, referente á don Luis, y lo que ella hizo para satisfacer su venganza.

Precisamente, al dia siguiente de aquel en que estuvo doña Isabel de Zúñiga en la tienda de Giacomo Zarini, segun hemos manifestado en uno de nuestros capítulos anteriores, éste, llevando consigo un pequeño frasquito que contenia un bebedizo, se dirigió á la casa de doña Catalina de Sandoval. Introducido inmediatamente á la presencia de aquella señora, que tenia en Giacomo una ilimitada confianza, se apresuró el perfumista á entregarle el bebedizo de amor que le habia encargado.

—¿El efecto de este rojo licor es seguro?

—No teneis que dudarlo.

—Parece imposible—dijo doña Catalina observando con

cierta delicia el líquido que contenia el frasquito—que con solo algunas gotas de este específico se pueda conseguir lo que no hayan podido lograr cuantos recursos haya empleado una mujer hermosa para hacerse amar.

Giacomo se sonrió, compadeciendo interiormente la necia credulidad de aquella mujer, y le contestó con un tono en que se revelaba la mayor seguridad:

—A do no alcanza el amor, llega la ciencia.

—Eso es verdad, y ya sé yo, Giacomo, que eres todo un sabio.

—Señora, mucho me falta para merecer con justicia ese venerado título; pero hago cuanto está de mi parte para alcanzarlo un dia.

—¿Quién duda que lo alcanzarás? Y dejando esto, ¿qué hay de noticias? ¿qué se miente? porque yo hace dos dias que no salgo de casa.

—Entonces me explico el no haberos visto durante ellos; pero lo que no comprendo, es el por qué mandásteis á casa á una amiga vuestra, para adquirir las noticias que ya os habia dado respecto á los amores de don Luis con María, la hija del conde de Lazan.

—¿Que yo te he mandado á una amiga?—repuso doña Catalina asombrada.

—Sí, por cierto.

—Y ¿quién era?

—¡Pues qué! ¿Lo habeis olvidado?

—Cuando pregunto, por algo será; ¿quién era esa amiga?

—Doña Isabel de Zúñiga.

—¡La condesa!

—La misma condesa de Santillan.

—¿La condesa te dijo que yo la habia rogado?....

—No usó vuestro nombre, pero yo creia que era á vos á quien aludia al decirme que cierta amiga le habia suplicado viniese á verme, á fin de que la informara acerca de los amo-

res de don Luis; yo, que sabia que aquella señora era una amiga vuestra, aunque sorprendido por la comision de que se habia hecho cargo, referí lo que ya vos sabíais, y que pareció desagradarle en alto grado, á juzgar por la contraccion de sus cejas.

Catalina no volvia en sí de su asombro.

—Amigo mio, te engañaste completamente en tus suposiciones.

—¡Cómo!

—Completamente digo, puesto que yo no he encargado ni á la condesa ni á nadie, que te viera y preguntara en mi nombre cosa alguna.

—Entonces, aquella dama.....

—Aquella dama—continuó doña Catalina, en cuya alma habia nacido negra sospecha—se informó en nombre propio, é indudablemente se valió de una estratajema para entablar contigo conversacion y sonsacarte á su placer.

—De manera, que á juzgar lógicamente.....

—Doña Isabel, la mujer insensible, invulnerable, como la llaman sus adoradores—dijo Catalina con irónico acento—ha caido presa en las redes de Cupido. Será cosa de ver la cara que pondrá el señor conde, si llega á apercibirse de ello. Tendria curiosidad y además interés en averiguar si es cierta la sospecha que ha nacido en mí, y que, no quiero negártelo, me martiriza cruelmente en este momento. Procura indagar.....

—Perded cuidado; haré por mi parte cuanto pueda á fin de complaceros.

—Adios, pues, y no olvides tu promesa.

Giacomo salió del aposento de doña Catalina; en sus ojos brillaba la alegría que embriagaba su alma.

—¿Amará la condesa á don Luis? ¡Oh! si fuera cierto..... el conde de Lazan.....

Esto diciéndose, se internó por las revueltas calles en direccion á su vivienda.

Por su parte, doña Catalina, presa el alma por el infierno de los celos, meditaba el modo cómo pudiera averiguar cuanto antes lo que hubiera de cierto en los amores que ella suponia mediaban entre Luis y la condesa.

—¡La altiva condesa de Santillan, doña Isabel de Zúñiga, la desdeñosa dama á quien todos veneran y admiran, la invulnerable virtud de la córte yendo á casa de Giacomo Zarini, y valiéndose de una superchería para averiguar asuntos que se relacionen con el amable y espiritual jóven don Luis! ¿Qué quiere decir esto? ¿qué significa? Claro se manifiesta: doña Isabel ama, y el objeto de su amor lo es precisamente el hombre por quien yo tanto sufro. ¡Ah! ¡Desgraciados ellos si mis sospechas se truecan en certidumbres! ¿De qué no fuera yo capaz por vengarme de una manera cumplida? ¿Pero cómo averiguar?.... ¿De quién valerme para saber?.... De éste.

En aquel momento penetraba en su aposento Gil Perez.

—Vienes como llovido del cielo.

—Gran placer me causa el que no te sea enojosa mi presencia.

—Bien sabes tú que no hay tal, pero en este momento debo confesarte me es doblemente satisfactoria tu vista porque necesito de tí.

—Aquí me tienes, y como siempre dispuesto á convertirme en humilde esclavo de tus menores [illegible]latos.

—No se trata aquí del esclavo sino del amigo.

—Uno y otro soy para tí.

—Siéntate y escucha.

—Habla, pues, hermosa mia! — dijo Gil Perez tomando asiento junto á Catalina.

—No he de negarte, y tú lo sabes, que anhelo vengarme de don Luis.....

La mirada de Gil tornóse momentáneamente sombría; doña Catalina lo advirtió, y mirando de un modo fascinador al galan que tan rendido por ella se mostraba, le 'ijo:

—¿Vuelven de nuevo los celos á emponzoñar tu alma?

—¿Qué quieres? no lo puedo remediar; el solo nombre de ese hombre conmueve y agita de un modo extraño todo mi sér; sé que le has amado, y.....

—Sabes que hoy le odio. Creí que estabas convencido de ello, y sentiria que mis palabras y protestas fueran letra muerta para tí.

—Harto sabes que no lo son.

—¿Pues por qué me ofendes con tus dudas?

—Por ser tanto mi amor.

—En ese caso, nada tengo que decirte.

Gil, que amaba con locura, como ya sabemos, á la hermosa viuda, acababa siempre por hacer cuanto ella queria; en esta ocasion, como en todas cuantas doña Catalina se mostraba con él resentida, aquel hombre se rendia á discrecion y hubiera hecho hasta imposibles por desarrugar el ceño de su amada.

—Vamos, Catalina—dijo con acento sumiso y tomando una mano de la bella en la que depositó un amante y entusiasta beso—perdona á un pobre loco sus arrebatos; manda, y como siempre, serás obedecida.

Catalina, que indudablemente ya estaba acostumbrada á aquellos cambios favorables para ella, miró á Gil rendido como siempre á su albedrío, y en pago de tal sumision concedióle una sonrisa.

—Así me gusta. Pero debo advertirte que me ofenden tus contínuas dudas; no ama bien el que recela. Yo ansío vengarme por odio, no por despecho, como tu supones algunas veces; el logro de mis fines colmará mi ventura y tambien la tuya.

Y lanzó á Gil una mirada tan arrebatadora, que éste se sintió enajenado de placer. La astuta viuda sabia poner en juego con gran utilidad para ella, todos los recursos de que disponia.

—Dispon, manda, ¿qué hay qué hacer?

—Una cosa muy sencilla: averiguar si es cierto que se aman y corresponden don Luis y doña Isabel de Zúñiga.

—¿Doña Isabel de Zúñiga?

—La misma, amigo mio.

—¡Imposible!

—Pues yo lo creo evidencia.

—Doña Isabel goza fama de austera virtud.

—Ríete de lo que pregona la fama.

—¡Parece increible!

—Cosas más raras se ven todos los dias.

—Vamos, te aseguro que me resisto á creerlo.

—No me acontece á mí otro tanto, y como al confirmarse mis sospechas, mi venganza seria segura, debes suponer mi afan por cerciorarme de lo que haya sobre el particular.

—De modo, que deseas.....

—La posicion que ocupas cerca de Floridablanca, pone á tu disposicion mil medios por los cuales puedes asesorarte convenientemente, y sin que se pase mucho tiempo.

—En efecto; poniendo sobre las huellas del asunto á los sabuesos que yo me sé, no tardaremos mucho en saber de pé á pá lo que de verdad haya en tal negocio.

—Tú y yo debemos desear que llegue cuanto antes el dia de la venganza.

—Sí, porque espero que aquel dia me hagas el más feliz de los hombres. Sin detenerme, voy á dar principio á las indagaciones.

—No retardes ni un momento el traerme las noticias que alcances.

—En cuanto las adquiera.

Gil besó apasionadamente la mano que Catalina le alargó, y retiróse, llena el alma de gratas ilusiones.

La encantadora viuda habia alcanzado de aquel hombre cuanto deseaba en aquel momento, y con impaciencia aguar-

dó el instante en que Gil se presentase de nuevo, á fin de aclarar ó desvanecer las dudas que tan cruelmente la mortificaban.

Hubieron de pasar veinticuatro horas mortales, que fueron para la impaciente señora veinticuatro siglos.

—¡Por fin!—exclamó al ver á Gil en su presencia.—¿Qué hay?

—Mucho y bueno.

El corazon de doña Catalina de Sandoval latia con extremada violencia.

—¿Has averiguado?....

—Los alanos de que me he valido, saben hacer las cosas pronto y bien.

—Habla, pues; te escucho con impaciencia.

—Todo es verdad.

Catalina hizo un soberano esfuerzo para ocultar la sensacion horrible que experimentó.

—Con que la condesa.....

—¡Oh! es muy curioso. ¡Parece increible! ¡Quién puede fiar ya en la virtud!

—Deja á un lado inútiles exclamaciones, y explícate sin rodeos.

—Doña Isabel de Zúñiga, la incorruptible condesa de Santillan, perdidamente enamorada de ese nuevo cupido, llamado Luis, ha hecho secuestrar á su doncel, valiéndose de un tuno llamado Simon, y hoy por hoy, la apasionada señora se entrega en su quinta del Pardo á las delicias y arrebatos del amor.

—¡Ah!—exclamó llena de ira y sin poderse contener doña Catalina.

Gil Perez tradujo aquel grito á su manera, creyéndole hijo de la satisfaccion.

—La ocasion para que realices tus proyectos de venganza, no puede ser más propicia.

—¡Oh! en verdad que sí, y te prometo que esta será pronta y ruidosa!

—Réstame darte otra buena noticia. Sabe, amiga mia, que ya pertenezco de hecho, á contar desde hoy, á la famosa sociedad de Los Caballeros del Amor.

—Te doy la más completa enhorabuena, y te ruego que me avises con anticipacion tu primera salida de noche en compañía de los Caballeros.

—Así lo haré.

—No lo olvides.

—Pierde cuidado. ¿Estás satisfecha de mí?

—¡Oh, sí! mucho, mucho!

—Eso colma mi alegría. ¿Tienes algo que mandarme? Ordéname; no puedes tú calcular cual es el afan que tengo para que mires cumplida tu venganza.

—Lo adivino; pero no quiero mezclarte por ahora en ella. Déjame, pues; quiero no perder ni un minuto en dar comienzo á mi plan de campaña.

—Avisa, si me necesitas.

—Así lo haré.

—Adios, pues, y hasta la vista.

—Adios.

Tan pronto como hubo desaparecido Gil Perez, doña Catalina se entregó por completo y sin reposo á su despecho. Los vivos celos que sentia aquella mujer, habian comunicado en aquel momento á su semblante una expresion de fiereza capaz de intimidar, no solo á una mujer, sino al hombre más animoso.

Paseábase agitadamente por su aposento murmurando entre dientes y con voz alterada:

—¿Qué haré?... ¿Qué será más conveniente para no errar el golpe?.... ¡Ah!—repuso golpeándose la frente y sonriendo malignamente—ya lo sé.

Sentóse, dicho esto, y escribió rápidamente, pero cuidando

mucho de desfigurar la letra, una carta que no era otra cosa que el anónimo que recibió á su debido tiempo el conde de Santillan, esposo de la enamorada doña Isabel de Zúñiga.

—He aquí—dijo agitando el billete con su diestra—el dardo mortífero que disparo; confio en que dará perfectamente en el blanco.

CAPÍTULO XLIII.

De cómo un padre recoleto puede servir perfectamente de intermediario en una intriga vergonzosa.

El padre Juan José Antonio de la Encarnacion, del convento de Recoletos, era un bendito y reverendísimo señor, de abultados y redondos mofletes, ojos pardos y saltones, de ancha y prolongada frente, grande y semi-roja nariz, cuyas ventanas, á fuerza de aspirar rapé, habian tomado proporciones colosales; de boca grande, guarnecida de amarillentos, salientes y fuertísimos dientes; mediana estatura y tan pronunciado abdómen, que bien pudiera, una vez sentado el padre, colocar encima de él y con todo descanso hondo plato rebosando en sopa.

Frisaba este santo varon en los cincuenta y cinco años.

La gula era su pasion favorita.

Era amable para con todo el mundo, y muy capaz de hacer un favor al prójimo si el hacerlo no le traia á él la más mínima molestia ni el más leve perjuicio, que de no ser así, tenia

siempre á mano el caritativo fraile un pretexto cualquiera para evadirse de la solicitud del demandante.

Tenia muy buenas relaciones en la córte.

Repartia los dias de la semana comiendo en casa de algunos magnates, y puede asegurarse que hacia honor á la mesa donde él se sentaba, pues engullia por cuatro, y menudeaba los tragos que era una bendicion.

Asimismo tenia destinadas las casas de algunas damas principales, á las cuales acudia con escrupulosa puntualidad el padre recoleto á tomar el chocolate acompañado de exquisitos bollos.

Hablaba poco y despacio, y comia y bebia mucho y de prisa.

Tal era en resúmen el nuevo personaje con el que va á trabar conocimiento el lector.

El dia en que da comienzo este capítulo, era el destinado por el *pater* á honrar la sibarítica mesa del ministro Floridablanca, y como supondrá el lector, no se hacia esperar á la hora en que se servia la comida cuotidianamente, antes por el contrario, adelantábase á ella como lo tenia por costumbre, temeroso sin duda de no llegar á tiempo.

—¡Bendígaos el cielo, amado hijo!—dijo con su bronca voz penetrando en el cuarto-despacho del secretario Gil Perez.

—¡Amen!—contestó brevemente el secretario revolviendo papeles y más papeles.

—Atareadillo andais, por lo que veo.

—Bien podeis decirlo, padre; tanto y de tal manera lo estoy, que apenas si tendré tiempo de comer, y volver á engolfarme otra vez entre estos papelotes; y bien puede asegurarse que no podré desocuparme en toda la tarde.

—¿Tanto urge la cosa?

—Muchísimo; tanto, que ha de quedar despachada hoy mismo.

—En ese caso, paciencia, hijo mio; la paciencia es una gran virtud—observó el reverendo sepultando sus dedos en la des-

comunal caja de rapé, y sorbiendo con evidente delicia media libra por lo ménos de tabaco.

—Lo que más siento es que hoy debia, á fin de cumplir cierta promesa que le hice, llegarme á la casa de doña Catalina de Sandoval, y no sé cómo arreglármelo, porque veo imposible el poder salir por lo ménos hasta las siete de la noche, y á esa hora precisamente tengo yo qué hacer en otra parte.

—Si el encargo es de tal naturaleza que pueda yo cumplirle, me ofrezco á hacerlo, pues bien sabeis que suelo ir de cuando en cuando por las tardes á tomar el chocolate en casa de esa señora: suponiendo que lo que tengais que decirle sea cosa que no esté vedada al sagrado ministerio que ejerzo, contad conmigo.

—En efecto—exclamó con grande alegría Gil—me hareis señalada merced.

—Pues decidme lo que ello sea.

—Sencillamente, que los caballeros amigos por quienes me preguntó, han decidido dar esta noche un prolongado paseo.

—¿Nada más que eso?

—Nada más; se trata de unos señores á quienes trata esa dama.

—Pues dad por cumplida la misión; terminado mi paseo acostumbrado, me llegaré á casa de la señora de Sandoval, á la cual comunicaré lo que acabais de decirme.

Impaciente sin duda el reverendo señor, viendo que se dilataba la acostumbrada hora de hacer la colacion, no apartaba sus ojos de la esfera de un gran reloj que encerrado en su correspondiente caja de madera, estaba colocado en el sitio preferente del despacho. Lanzó un prolongado suspiro de satisfaccion en el momento en que un criado, adornado con la vistosa librea de la casa, apareció en el umbral de la puerta anunciando con clara voz que la comida estaba dispuesta.

—¡Bendito sea el Señor! Ya comenzaba á desfallecer mi estómago; pues hoy, excepcion hecha de unas magras re-

vueltas con jamon y una perdiz escabechada, no ha entrado en mi cuerpo ningun otro alimento.

—¡Ea! Pues pase vuestra paternidad, y desquítese prontamente de la abstinencia que hoy ha sufrido.

Apresuradamente, y sin cuidarse de si le seguia ó no el secretario, se encaminó el bendito varon al comedor; se arrellanó en la poltrona que por costumbre solia usar cuando iba á comer á aquella casa, y decidido á pelear heróicamente con sus armas predilectas, que lo eran la cuchara y el tenedor, esperó con visible ansiedad el para él suspirado momento de comenzar la lucha contra los manjares que sucesivamente se le fueran presentando.

Terminada la comida, que fué suculenta, quedóse el buen *pater* dormitando en su sitial. Segun solia, duró la siesta una hora larga, y al despertarse se levantó, despidióse echando su paternal bendicion á los criados que danzaban á su alrededor, y no quedándole ya nada que roer en aquella casa hasta su nueva visita, salió á la calle respirando con toda la fuerza de sus pulmones el fresco airecillo que soplaba; dió su acostumbrado paseo, no sabemos si para hacer la digestion ó con el deliberado intento de hacer apetito para despachar convenientemente los deliciosos bollos que solian acompañar el chocolate con que le obsequiaba la señora de Sandoval.

Pausadamente llegó á la casa de la mencionada señora, y como quiera que era muy conocido en ella, apenas fué anunciado, obtuvo el permiso de presentarse ante la hermosa viuda.

—Hace ya rato que esperaba á vuestra paternidad; soleis venir más temprano los demás dias que teneis destinados á honrarme.

—Hija mia—dijo acomodándose en un mullido sillon—hoy he prolongado algo más mi acostumbrado paseo, porque hace dias que estoy algo inapetente, y siguiendo los consejos de mi prudente médico, me he excedido andando y á buen paso

un largo trecho; de todos modos, el paseillo creo que me ha sentado bastante bien, porque me encuentro perfectamente dispuesto á saborear el rico soconusco y los magníficos bollos con que soleis obsequiarme.

Doña Catalina tocó un timbre, y dió órden al criado que se presentó para que se le sirviese al instante el chocolate.

No tardó éste en aparecer seguido de otro criado, trayendo ambos el servicio pedido; sirviéronle al reverendo padre un tazon de grandes dimensiones lleno de chocolate, colocándole delante una bandeja con seis hermosos bollos, confeccionados por las reverendas madres Agustinas. Á su vez, doña Catalina tomó la jícara para ella destinada y la mitad de un bollo que á pequeños trozos dividió con el cuchillo. Retiráronse los domésticos y el *inapetente* fraile embistió á paso de carga y dando fin con pasmosa actividad á los manjares antes expresados. Zambullóse entre pecho y espalda el agua que contenia el gigantesco vaso para él destinado, limpióse los labios con la servilleta, aspiró con delicia un buen polvo de rapé, lanzó un suspiro de satisfaccion, y exclamó dirigiéndose á su interlocutora:

—La verdad sea dicha, que los bollos que os proporcionais son deliciosos y suculentos.

—Confeccionados están por santas manos; me los hacen de encargo las reverendas madres Agustinas.

—¡Que Dios las bendiga y les conceda su suprema gracia!

—Así sea—repuso hipócritamente doña Catalina.

—Habeis de saber, querida hija, que he recibido para vos cierto encargo.

—No adivino cuál pueda ser.

—El secretario del ministro, el señor Gil Perez, que está hoy sumamente atareado, me ha rogado al saber que esta tarde tendria yo el gusto de veros, que os dijese que vuestros amigos saldrán esta noche á paseo.

—¿Mis amigos? no sé cuáles puedan ser—dijo doña Catali-

na, que realmente en aquel momento no comprendia el significado que podia encerrar el aviso que le mandaba su íntimo amigo y adorador Gil Perez.

—¿No os ha dado más detalles?

—Absolutamente ninguno otro más.

—Es por cierto bien extraño; por más que haga, no caigo.....

—Pues hija, os repito que sus palabras han sido estas: «Decidle que los caballeros, sus amigos, saldrán esta noche.....»

—¡Ah! Vamos, ya sé de lo que se trata.

En efecto, doña Catalina comprendió se la avisaba, segun ella habia rogado se hiciera, dándole cuenta de que aquella noche hacia su primera salida por las calles, el que pudiera llamar su esclavo, Gil Perez, en compañía de los Caballeros del Amor.

—He cumplido, pues, mi comision.

—Y por ello quedo muy agradecida á vuestra paternidad, y si no os sirviera de molestia, á mi vez os rogaria, puesto que para regresar á vuestro convento teneis necesidad de pasar por la casa del ministro, que tuviérais la amabilidad de entrar en ella, y á nombre mio dijérais al señor secretario que esta noche, entre ocho y nueve de la misma, me avistaré con los caballeros mis amigos, paseando por la Cruz del Humilladero y el atrio de San Millan; como él, de fijo, les acompañará en su paseo y les hará saber el punto y hora donde deben hallarse conmigo, podrá tener efecto el encuentro; se trata, padre mio, de hacer una buena obra.

—Siempre habeis sido vos muy caritativa.

—Hago lo que puedo: consolar al prójimo. Hoy, por ejemplo, trato de reconciliar á una desgraciada familia, y para ello necesito que me acompañen esos caballeros cuyo concurso me es muy necesario.

—Pues quedad tranquila; veré al señor Gil Perez.

—No olvideis la hora y el sitio.

—Entre ocho y media y nueve de la noche, por la Cruz del Humilladero y el atrio de San Millan.

—Perfectamente.

—Ea, pues, ya es hora de que os deje.

Con gran dificultad pudo el reverendo levantar su pesada mole del sillon donde se hallaba sentado.

—Dadme vuestra bendicion, y hasta el próximo lúnes.

—¡Sed bendita de Dios, querida hija!

Doña Catalina besó sonriendo la seráfica mano que le tendió el reverendo, y despues de ofrecerla éste no dejaria de acudir el lúnes á verla de nuevo, salió del gabinete de la bella viuda, haciendo retumbar el pavimento con sus pesados pasos.

—Todo sea por amor de Dios—exclamó al verse en la calle—iré á ver al señor secretario; hagamos este sacrificio en pró de la humanidad.

Caminando pausadamente, se dirigió hácia la casa del ministro.

CAPÍTULO XLIV.

María se encuentra en un grave compromiso.

La lectura del manuscrito habia producido en María una impresion sumamente penosa.

Efectivamente, hay familias que parecen predestinadas á que el infortunio se cebe en ellas con violencia, y la del vizconde se hallaba en este caso.

Pero lo particular era que, como éste manifestara á María, las desdichas de su familia no habian tenido otro orígen ni reconocido otra causa que el amor.

Sin saber por qué, sin explicarse ni poderse dar cuenta la hija del conde de Lazan de la razon que la impulsara, fué lo cierto que no cesó de pensar en todo el dia en aquel funestísimo destino que presidia la suerte de aquella familia.

Más de una vez, durante la lectura, habíanse llenado de lágrimas sus ojos, habia palpitado su corazon con el desasosiego amoroso de aquellas damas, que tanta influencia ejercian en las vidas de sus respectivos amantes.

La imágen de Luis no estuvo tan presente en la imaginacion de María, como lo estuvo la del vizconde.

Y cuidado, que la pobre niña habia derramado muchas lágrimas en aquellos últimos dias especialmente.

Posterior á la visita que le hizo el vizconde, y en la cual le manifestó María la imposibilidad en que se hallaba de amarle, habia ocurrido la desaparicion de Luis de casa de la maja.

María cesó de recibir noticias de él.

Á la horrible soledad en que la sumia la voluntad de su padre, agregábase aquella inmensa soledad del corazon, soledad en la cual no habia más que lágrimas, sollozos y amargura.

Su hermano, el vizconde, yacia en el lecho donde le habia conducido la intemperancia de su conducta.

Su padre, preocupado con la solucion de aquel pleito en el cual iba envuelta su ruina, solucion que únicamente su hija podia darle por medio de su matrimonio con el vizconde, apenas si la veia y si lo hacia era con ceñudo rostro y desagradable aspecto.

De aquí que la jóven no tuviera más consuelo que el llanto, ni más confidente de su desdicha que las mudas paredes de su estancia.

En estos momentos fué, como ya hemos dicho, cuando recibió el manuscrito del vizconde.

Al dia siguiente de haberlo leido recordábale todavía.

Le parecia escuchar el acento melancólico y triste con que el vizconde le habia dicho:

—Ved, señora, si leyendo tanta desdicha teneis un resto de compasion en el alma para el representante hoy de todos esos desgraciados.

Y efectivamente, en su alma habia compasion para aquellas desdichas.

Al dia inmediato á la lectura de aquellos papeles, la doncella favorita de María, la que estaba enterada tanto de sus amores como de sus desgracias, presentóse en el aposento de

la jóven, precisamente en los momentos en que ésta se hallaba más inquieta y desasosegada.

—¿Dadme vuestra vénia, señora?—dijo Micaela desde el umbral de la puerta.

—Adelante.

La doncella penetró en la estancia, cuidando al hacerlo de cerrar la puerta tras de sí.

—¿Por qué cierras la puerta?

—Porque tengo un encargo reservado para vos.

—¿Para mí?

—Sí, señora, para vos.

—¿Y qué es ello?

—Esta carta—dijo mostrándole una la doncella.

—¿Y de quién es?

—Ya podeis presumirlo, señora; ¿hubiera yo admitido para entregároslo un billete que no fuera de don Luis?

El corazon de María palpitó con violencia, y su rostro se coloreó levemente.

Tomó la carta con mano trémula María, y Micaela, á fuer de prudente y astuta, abrió de nuevo la puerta que antes cerrara, quedándose á la mira por la parte de afuera, por si acertaba á llegar alguien.

He aquí el contenido de la carta:

«María:

»Os supongo informada del desgraciado lance cuyas fatales consecuencias me obligan á vivir encerrado y oculto, hasta tanto que los que se interesan por mi suerte alcancen el indulto apetecido.

»Entre todos los sinsabores que me agobian en estos momentos, el más doloroso para mí, el que ménos me resigno á sobrellevar, es el de verme privado de vuestra adorada presencia, el de gozar la inefable dicha de mirarme en vuestros bellos ojos, y oir vuestra purísima y argentina voz.

»¿Qué felicidad puede existir para aquél que ha entrevisto el paraíso, y desciende repentinamente al infierno?

»¡Oh! Si mi pluma fuese bastante hábil para saber retratar exactamente los sufrimientos de mi corazon, el vuestro, tierno y generoso, no podria ménos de compadecerme.

»Añádense á mis desgracias la de verme obligado á molestaros suplicándoos un favor que os puede causar violencia concederme, pero que se hace indispensable, si teneis en algo mi existencia.»

María, al llegar á este punto de su lectura, apartó los ojos de la carta, y exclamó con acento conmovido:

—¡Dios mio! Tiemblo de seguir leyendo. ¡Su existencia amenazada!

Largo tiempo permaneció sin determinarse á continuar la lectura, pero al fin se resolvió á hacerlo entre temerosa y anhelante.

«Se hace indispensable que os vea y os hable; vos, sola vos podeis, por más que ahora no os lo podais explicar, salvar mi amenazada vida.

»A pesar del riesgo que corro si soy descubierto, esta noche, entre ocho y media y nueve, os aguardaré en el atrio de San Millan; si desatendeis mi ruego, señal evidente será del poco interés que os inspiro, y en tal caso ¿qué me importa lo demás? ¿Para qué conservar una existencia que me seria odiosa sin vuestro amor?

»¿Qué arriesgais con acceder á mi súplica? Nada; sin necesidad de que descendais de la silla que os conduzca, yo, de pié junto á la portezuela, podré comunicaros lo que solo de vos puede ser oido. Accediendo me dareis dos veces la vida, una en el mero hecho de poderos contemplar, y otra evitando por vuestra mediacion el inminente peligro que la amenaza.»

María tuvo necesidad de enjugar con su pañuelo las lágrimas de que estaban inundados sus ojos.

»¿Querrá (terminaba la carta) la mejor, la más bella y pura de todas las mujeres, desatender el reverente ruego de su apasionado esclavo

Luis de Guevara?»

Absorta y pensativa quedóse la sensible jóven al terminar la lectura.

—¿En qué podré yo influir tan directamente para desviar el mortal golpe que le amenaza? ¿Qué podrá ser? Dudar de la sinceridad de Luis, es inferirle una ofensa; y por mucho que me ame, por muchos que sean sus deseos de verme, le conozco bien, y le creo incapaz de apelar á una indigna farsa; si no acudo al llamamiento, no lo dudo, no cuidará de ocultarse y entonces está completamente perdido; y de salir, por más que nadie me lo impide, ¿qué pretexto aparentaré? ¡Oh! ¡Dios mio! ¿qué es lo que debo hacer?

Tales eran los pensamientos en que se hallaba embebida la candorosa y bella hija del conde de Lazan.

—Negarme al inocente favor que de mí solicita seria hasta una inhumanidad, puesto que segun me afirma va su vida en ello; es, pues, hasta un deber en toda alma piadosa el de evitar una desgracia, tanto más cuando para alcanzarlo no hay que hacer grandes sacrificios. Debo acceder; estoy decidida á ello, y puesto que hoy hay ejercicios en la ermita del Humilladero, acudiré á ellos, y á la salida, pretextando cualquier cosa, haré que se dirija la silla que me conduzca al lugar de la cita á la hora convenida.

La sensible jóven estaba, como acaban de revelárnoslo sus propios raciocinios, dispuesta á acudir al llamamiento que se le hacia.

Guardó cuidadosamente la carta en lugar seguro, y de nuevo volvió á abismarse en sus reflexiones.

Sacóle de ellas la voz de Micaela, su doncella.

—¿Tiene algo que mandarme la señora?

—No.

—Entonces, me retiraré.

—Haz lo que gustes.

Ya en el umbral de la puerta Micaela, detúvola la voz de María.

—Micaela!

—Señora—dijo la doncella llegándose de nuevo junto á María.

—¿Mandaste que estuviera en disposicion de acompañarme la silla de manos?

—Perdonadme, pero nada he mandado.

—¡Pues qué! ¿No te dije esta mañana que deseaba asistir en tu compañía á los piadosos ejercicios que hoy tienen lugar en el Humilladero?

—Señora, me atrevo á aseguraros que nada me habeis ordenado.

La pobre muchacha tenia sobrada razon. María, por su parte, aunque haciéndose gran violencia en mentir, habia ideado aquel medio para que ni remotamente pudiera sospechar ni aun la misma Micaela el principal objeto á qué obedecia su salida.

—Es, pues, bien extraño; yo creia que te lo habia encargado.

—¿Quereis que dé las órdenes oportunas?

—Sí; que esté la silla, los criados y tú dispuestos á la hora conveniente; esto es, despues del toque de ánimas.

Salió la doncella del aposento de su señora, á fin de trasmitir las órdenes que de ésta recibiera.

María parecia satisfecha de haber hallado un medio que, sin dar que sospechar á nadie, le facilitaba el complacer la peticion que le hiciera el hombre que tan simpático le era á su corazon.

Á la hora convenida, se presentó vestida y arreglada convenientemente la predilecta doncella en el gabinete donde ya

la estaba esperando, dispuesta á marchar, la hija del señor conde de Lazan.

Señora y doncella se metieron en la silla de manos que las aguardaba ya con sus conductores, dispuesta en el zaguan de la casa, y una vez dentro de ella las dos mujeres, se emprendió la marcha en direccion á la ermita del Humilladero.

CAPÍTULO XLV.

Donde Gil Perez intenta cometer una felonía.

Reverentemente arrodillada se hallaba María junto á su doncella en el pequeño templo, y aun cuando aparentemente tranquila, distaba mucho de estarlo.

Realmente se hallaba muy inquieta.

Las horas corrian velozmente, y estaba ya muy próximo el instante en que debia acudir al punto designado por Luis.

Al fin terminaron los religiosos ejercicios.

María se apresuró á salir de la ermita seguida de su doncella, á la cual dijo:

—Me duele horriblemente la cabeza.

—Sin duda será efecto de las luces, y.....

—Creo—repuso María al respirar el fresco ambiente de la calle—que no habia de sentarme mal dar un pequeño paseo.

—Por lo ménos no creo que os perjudique; sin embargo, á estas horas.....

—Démos una vuelta por estas inmediaciones. Dirigíos hácia San Millan—dijo dirigiéndose á sus criados, á la par que entraba en la silla de manos.

Cerca estaban de sonar las nueve, cuando esta se alejaba de la ermita del Humilladero en direccion de las gradas de San Millan.

Ama y doncella guardaban profundo silencio.

La primera, segun juzgará el discreto lector, estaba entregada por completo á sus propios pensamientos.

La segunda no se atrevia á desplegar los labios, temerosa de molestar con alguna inconveniencia á su señora.

Como se ve, Micaela era una doncella modelo, pues si bien es verdad que no carecia del defecto de que solian adolecer y adolecen en el dia las jóvenes de su clase y condicion, por lo ménos tenia la virtud de no tomarse la libertad de hablar cuando comprendia que no debia hacerlo.

Por poco que hubiera pensado María en la extraña forma con que se le diera la cita, en lo intempestivo de la hora, y en lo inconveniente del sitio, no habria podido ménos de comprender que era imposible que hubiese cometido Luis la incomprensible ligereza de dar cita semejante á una dama de tan elevada alcurnia.

Pero María no vió más que el compromiso que la unia con el conde, que éste se hallaba en peligro, y hasta reprochándose como un crímen las horas que habia estado pensando en el vizconde, apresuróse á ahogar bajo el peso de su olvido las impresiones que éste con su conducta le produjera.

Sin embargo, no era lo que la jóven habia estado sintiendo todo el dia la dulce inquietud, el impaciente anhelo del corazon enamorado que espera gozar la inefable dicha de hablar algunos momentos con el objeto amado.

Era más bien el punzante dolor de un peligro desconocido; era el presentimiento de un daño, tanto más amenazador, cuanto ménos definido estaba.

La pobre niña achacábalo á la zozobra consiguiente á la accion que iba á cometer, pues de sobra sabia que contravenia las disposiciones de su padre con semejante entrevista; pero su corazon la arrastraba hácia ello, y sabido es que nada resiste á su incontrastable fuerza.

Al salir de la ermita, no pudo ménos de estremecerse.

La oscuridad de la noche, oscuridad que todavía hacia más densa la mortecina luz de los faroles que algunos años antes habian comenzado á ponerse en las calles, oprimióle tristemente el pecho, y no fué dueña de contener un movimiento de espanto que llamó la atencion de la doncella.

Pero su discrecion obligóle á callar, y únicamente cuando su dueña le habló, segun vimos al empezar el capítulo, fué cuando contestó.

Sin embargo, conforme iban internándose por lo que hoy es plaza de la Cebada, la inquietud de María iba en aumento.

La doncella percibia el ligero temblor que de vez en cuando agitaba los miembros de su señora, y finalmente le dijo:

—Señora: ¿qué teneis?

—¿Lo sé yo acaso?—repuso casi maquinalmente María.—La oscuridad que nos rodea me asusta, y.....

—¿Quereis que dé órden para que nos vuelvan á casa?

—¿Crees acaso que exista por aquí algun peligro?

—Me parece que no, y en todo caso, ya sabeis que llevamos, además de los lacayos que llevan la silla, otros cuatro; dos con los hachones, y dos armados por lo que pueda ocurrir. De mí sé deciros que no tengo temor alguno; pero si vos quereis.....

—No, continuemos, que ya no hemos de estar lejos de la villa.

—Ya lo creo; si no me engaño, estamos ya en el hospital de la Latina.

Efectivamente, en aquellos momentos la silla de manos llegaba delante de aquel edificio.

Entonces, en el silencio de la noche, percibióse, aun cuando lejano, una especie de alarido que hizo estremecerse á María.

—¿Qué es eso?—dijo.

—No os asusteis, señora; son los hermanos del *Pecado Mortal* que van cantando sus saetas.

—Te aseguro que estoy en una disposicion de ánimo fatal.

—Lo cual no puede ménos de sorprenderme cuando siempre os he visto tan animosa.

—Es que en estos momentos voy vagando por entre lo desconocido.

—No os comprendo.....

—¿Acaso me has visto salir alguna noche á estas horas?

—Cierto; no habia caido en ello.

—Esto por una parte, y por otra el pensar que mi padre pudiera descubrir el verdadero motivo de esta salida, me tienen sumamente inquieta.

—¿Pues á qué venir entonces por aquí?

—Porque lo ha querido él—repuso María con voz apenas perceptible.

—¡Él!—exclamó Micaela sorprendida.

—Sí, mujer; don Luis, que á todo se arriesga por verme.

—¡Os ama tanto!....

—Suya era la carta que te dieron esta mañana, segun presumiste, y en ella me pedia que viniese á verle, pues su existencia se hallaba en grave riesgo.

—¿Dónde habrá pasado todos estos dias? ¿no os lo ha dicho?

—No, y por cierto que me extraña.

—Ahora os lo dirá.

—¿Oyes?—dijo de pronto María prestando atencion.

—Serán sin duda, ó los hermanos del *Pecado Mortal*, ó los de la ronda de *Pan y Huevo*.

—El rumor parece anunciar una reunion numerosa.

Efectivamente, oíase á no larga distancia del sitio en que las jóvenes se hallaban, algunas carcajadas y voces cual si hablaran algunas personas.

En este momento uno de los criados se aproximó á la portezuela de la silla.

—Ya estamos en San Millan, señora—dijo—¿Qué ordenais ahora?

—Acercáos al atrio—repuso María.

La silla se puso en movimiento nuevamente, pero de súbito los dos hachones que llevaban los criados fueron arrojados violentamente al suelo.

Percibióse choque de espadas, la silla quedó inmóvil, y en la portezuela aparecieron dos ó tres individuos, que sin ceremonia alguna cogieron á María y á su doncella, diciéndoles:

—El menor grito, la más ligera voz que deis, os cuesta la vida.

Y uniendo la accion á la amenaza, las afiladas puntas de dos puñales pusiéronse ante el pecho de las dos aterradas mujeres.

—¡Dios mio!—exclamó María—¿Qué quiere decir esto?

—Ya lo sabreis.

Entretanto, los criados de la jóven estaban portándose como buenos.

Lo mismo los que llevaban los hachones que los dos que iban á manera de descubierta, echaron mano á las espadas y arremetieron con la media docena de enemigos que parecian haber brotado de la verja de San Millan.

—¡Favor! ¡Socorro!—gritaban.

—¡Presa de los Caballeros del Amor!—decian á su vez los acometedores—dejadla, que ya sabeis que no nos duele el puño.

Pero los criados no estaban en ánimo de ceder, y únicamente cuando uno de ellos cayó herido mortalmente y el número de los acometedores aumentó con dos de los que se ha-

bian aproximado á la silla de manos, fué cuando empezaron á cejar.

María y Micaela permanecieron mudas de terror y de espanto; pero en cambio, los criados gritaban desaforadamente:

—¡Favor! ¡Socorro!

—¡Ánimo!—gritó una voz á corta distancia—ya voy á socorreros.

—¡Pronto!—dijo á su vez Gil Perez, pues él era quien mandaba la cuadrilla de rufianes, que fingiéndose Caballeros del Amor, habian acometido á los guardadores de doña María—¡á cabad con esa gente!

Y dando el ejemplo, tendió á sus piés á otro de los criados.

Pero los dos que quedaban habian conseguido resguardarse contra la pared, y alentados por el auxilio prometido seguian haciendo esfuerzos de valor.

—¡Atrás, canalla!—gritó la misma voz que habia prometido auxilio.

Y una espada terrible, porque desde el primer momento dejó tendido en tierra á uno de los rufianes y desarmado á otro, llegó á tiempo de variar por completo la faz del combate.

Este fué ya muy breve.

El choque de las espadas, los gritos de los combatientes y las voces de algunos vecinos llamaron la atencion de una ronda, y á su aproximacion declaráronse en precipitada fuga Gil Perez y los suyos, dejando sobre el lugar de la lucha los cadáveres de tres de sus compañeros.

El caballero que tan oportunamente habia llegado en socorro de María, era precisamente el vizconde del Juncal, que se dirigia á su casa situada en la calle de D. Pedro.

Inmediatamente que supo por los criados quién era la dama que iba en la silla de manos, aproximóse á ella.

María habia concluido por desmayarse, y fué menester prodigarla prontos y eficaces socorros para que volviera en sí.

El vizconde no pudo ménos de sorprenderse del extraño capricho que habia tenido la jóven de ir á semejantes horas por aquellos sitios.

Pero se guardó bien de decir una palabra, y procuró tranquilizar á María en cuanto le fué posible, acompañándola hasta su casa.

CAPÍTULO XLVI.

Lo que puede suceder en la romería de San Eugenio.

Los que vivimos en pleno siglo XIX y hemos tenido la suerte de presenciar las romerías á que en la actualidad acude el buen pueblo madrileño, apenas podemos imaginarnos lo que eran aquellas antiguas fiestas, para las cuales estaban haciéndose preparativos seis meses antes de que llegasen, y de las que habia siempre materia para hablar otros seis despues que habian pasado.

De modo que entre la esperanza de lo porvenir y el recuerdo de lo pasado, pasábase el año hablando de la fiesta.

Y era de ver allí cómo las majas lucian su garbo, los *manolos* y los *chisperos* hacian alarde de su rumbo y de su *fantesía*, como decian ellos, y la clase media y la aristocracia, confundiéndose con el honrado gremio de la *manolería*, solazábase con su alegría, y á veces tambien servia de solaz á las majas, cuyos dichos y cuyas agudezas tenian por blanco á

aquellos pacíficos y honrados vecinos, víctimas expiatorias de algun pellejo de Arganda vaciado con más presteza de la que para el equilibrio de ciertas cabezas conviniera.

Dejando aparte la romería de San Isidro, que se llevaba la fama no solo entre las fiestas de primavera, sino entre todas las del año, la romería de San Eugenio era la que mayor boga tenia entre las gentes de Maravillas y del Avapiés, de las Vistillas y del Barquillo, y el afan de ir á coger bellotas al Real Sitio del Pardo era únicamente el pretexto para desocupar algunos pellejos de mosto y embaularse algunas tortillas del rico jamon de Candelario ó de escabeche de Laredo.

Es verdad que solia haber alguna cabeza rota y algun brazo estropeado; pero ¿qué importaba eso, si el dia se habia pasado alegremente, y podian los romeros regresar á Madrid trayéndose el taleguito lleno de bellotas del Pardo, objeto aparente de aquel dia de broma y de jaleo?

Así como no hemos podido comprender las rosquillas de San Isidro, ni los buñuelos de las verbenas, tampoco podemos comprender las bellotas del dia de San Eugenio, porque no sabemos que ninguno de esos benditos santos, cuyas festividades se solemnizan con aquellos comestibles, hubiesen merecido su canonizacion ni por haber comido rosquillas de Fuenlabrada, ni por haberse dado un hartazgo de buñuelos, ni por haberse estado engordando con bellotas.

Pero, en fin, el pueblo ha dado en conferirles semejante especialidad, y cuando él lo hace, él sabrá por qué.

Precisamente tres dias despues de aquel en que Paca habia sabido por doña Catalina de Sandoval la sospecha que abrigaba, ó mejor dicho, la semi-seguridad de que don Luis estaba en la quinta de la condesa de Santillan, era el dia de San Eugenio, dia en el cual hubiera sido un delito de lesa *manolería* el que Paca, Concha y Lola, es decir, la flor y nata de las Vistillas y Avapiés no se presentasen en el Pardo, en la incómoda calesa tirada por el jaco, empenachado y lleno de

cascabeles, y llevando en el estribo cada una de ellas un majo en calidad de amante ó de pretendiente.

Á punto habia estado Paca de no poder asistir á aquella romería, á no llegar tan oportunamente en su socorro el cronista, por decirlo así, de las majas, el famoso pintor de sus costumbres y el torero más conocido en todos los *redondeles* de la España de pan y toros del erudito don Melchor Gaspar de Jovellanos.

Felizmente, el estado de su madre habia ido mejorando; primero merced á los cuidados de que la hicieron objeto Concha y Dolores, y despues á los de la misma Paca.

Por lo tanto, nada hubo que se opusiera á que se presentase la jóven con sus compañeras en la característica romería.

Sin embargo, otro motivo tenia Paca para asistir á ella.

Precisamente el dia antes, sin decir á nadie sus propósitos, habia tomado una calesa dando órden al calesero de que la condujese al Pardo.

Una vez en el Real Sitio apeóse, y encargando al dueño del vehículo que le esperase en un sitio que le indicó, dirigióse resueltamente hácia el palacio.

Un primo de su padre estaba empleado en él, y despues que hubieron cruzado las frases de ordenanza, le dijo:

—¿Y Venancio por dónde anda?

—Le tenemos empleado ahora — repuso el pariente de Paca.

—¿De modo que no trabaja en los jardines?

—No; hace cuatro ó cinco dias estuvo aquí la señora condesa de Santillan, y como supimos por el mayordomo que queria aumentar el servicio de su casa, le hablé yo y al momento entró allí tu primo.

—Me alegro mucho.

—Si quieres verle ya le enviaremos á llamar; precisamente está aquí la señora condesa que vino hace unos cuantos dias,

como te he dicho, y á quien le sucedió una aventura bastante rara.

—¿De veras?—preguntó Paca para quien todo cuanto decia su tio tenia gran interés.

—Figúrate que como esta señora es tan caprichosa como todas ellas (eso es aparte) ocurriósele salir hace noches por el camino de Madrid, y segun parece, cerca de la Puerta de Hierro tropezó con un caballero que estaba herido gravemente: como es tan compasiva y tan buena ,se lo trajo á la quinta.

—¿Y sigue todavía en ella?

—Sí, por cierto.

—¿Y sin duda mi primo habrá estado cuidándole?

—Alguna vez creo que ha entrado. Con que, vamos, ¿quieres que le llame?

—¿Para qué? ya iré yo misma.

—Como quieras; es verdad, ya tienes motivos para conocerle porque en vida de tu padre, que en gloria esté, más tiempo pasábais en el Real Sitio que en Madrid.

—Ya lo creo.

Paca estaba impaciente por salir de la casa de su tio.

El verdadero objeto de su viaje habia sido el de ver á éste á fin de alcanzar por medio de su primo alguna noticia referente á lo que sucedia en casa de la condesa, pues sabido es que en los pueblos todo se sabe con facilidad.

Así fué que su alegría no conoció límites cuando supo que su primo estaba precisamente en aquella misma casa que tanto deseaba conocer.

Desde aquel momento, solo anheló dirigirse á ella.

Porque Paca habia concebido uno de esos proyectos audaces, que solamente á una mujer se le ocurren.

Queria saber si don Luis se hallaba en la quinta de doña Isabel de grado ó por fuerza; si la amaba, correspondiendo á la pasion que ella sentia por él, ó si únicamente estaba allí retenido por la fuerza.

En este caso, estaba resuelta á salvarle.

¿Cómo? No lo sabia. ¿Qué medios podria emplear ella, débil mujer, sin recursos y sin experiencia alguna? Los ignoraba, pero no por eso era ménos firme su resolucion.

Desde el momento en que Luis habia entrado en su casa buscando un asilo bajo su techo, habíase impuesto la obligacion de salvarle y de defenderle aun cuando para ello hubiera de exponer su vida.

Tenia muy presente de una parte el proceder de Luis la noche en que la salvó de la brutal acometida de los dos borrachos que encontró en la calle; y de otra, su amor nacido de aquella noche, que habia ido tomando cuerpo desde entonces, y se habia aumentado en los dias que permaneció el caballero guarecido bajo su techo.

CAPÍTULO XLVII.

Paca y Luis.

Apresuradamente se dirigió Paca hácia el palacio de la condesa.

Conocedora como era de las costumbres de las grandes señoras, puesto que con frecuencia se veia obligada por el oficio que tenia á tratarlas, supuso muy bien que dada la hora que era, no se habria levantado doña Isabel todavía.

En su consecuencia, como lo que ella deseaba era ver á Venancio, su primo, una vez que hubo llegado á la quinta preguntó al portero por él, y una vez que éste le hubo manifestado que estaba dentro, suplicóle que le hiciese salir.

No tardó mucho en presentarse en la portería el primo de Paca, que era un robusto jayan de veintidos años, colorado de rostro y un tanto romo de ingenio, el cual, tan luego como la vió, le dijo abrazándola alegremente:

—Adios, prima; ¡válgame la vírgen de la Paloma, y que rebuena moza que estás!

—¿Sabes, primo mio, que desde que sirves á la condesa, vas aprendiendo á ser lisonjero?

—¿Crees que es lisonja lo que te digo? Bien sabes tú que Venancio Romero jamás ha dicho una cosa por otra.

—Vengo en tu busca, porque necesito de tí un favor.

—Echa al punto por esa boca, que bien sabes soy todo oidos para complacerte en lo que pidas.

—Se agradece, rumboso. Pues es el caso que yo sé que hay en esta casa un caballero herido, por quien yo me intereso.

—¿Quién te lo ha dicho?—repuso Venancio frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Yo que lo sé, y sé tambien otras muchas cosas, que tú, mi pobre primo, estoy segura que ignoras.

—¿Y qué cosas son esas?

—¡Oh! si á contártelas fuera, tal vez perderíamos mucho tiempo, y no puedo perderlo.

—¿Tan de prisa vienes?

—He de tornarme á Madrid al momento.

—¿Pero no vendrás mañana á la fiesta?

—Maja y faltar el dia de San Eugenio á la fiesta, ¿has podido suponerlo nunca?

—Por eso lo decia.

—Con que, vamos á ver, Venancio; vente por aquí, que es menester que hablemos con un poco de recato y un poco de calma tambien.

Y Paca llevó á su primo fuera del jardin de la casa, diciéndole:

—¿No has sospechado tú, Venancio, algo respecto á ese caballero que con tanto misterio guarda la señora condesa de Santillan?

—Prima, cuando uno está en casa de esos grandes señores, es preciso que se acostumbre á ver, oir y callar.

—Lo cual no quita, sin embargo, que uno reflexione, que uno piense.

—Pero á tí y á mí ¿qué nos importa que la señora tenga ó deje de tener relaciones íntimas con ese caballero?

—Vamos claros, Venancio: ¿tú quieres hacerle un favor á tu prima?

—Demasiado lo sabes, para que me lo preguntes.

—Pues necesito que me dejes hablar cinco minutos con don Luis, que supongo será el caballero herido.

—Así se llama; pero francamente, lo que pides.....

—Es lo mismo que vas á concederme, porque sino tal vez pudiera ocurrirte algun daño.

—¿Á mí?

—Sí tal, que tales pudieran ser los cálculos políticos basados sobre esto, que á tí, por no haber facilitado la empresa, pudiera seguírtese algun mal.

—¿De modo, chica, que te has metido á conspiradora?

—¿Y quién no conspira en la córte, entre Floridablanca y el conde de Aranda?

—Pero, ¿y si la señora condesa llegase á descubrir?....

—Nadie mejor que tú puede saber qué horas son las mejores para ello. Yo calculo que ahora estará durmiendo todavía.

—Y con el frio que hace, mucho más.

—Pues entonces, vamos al momento.

—Espérate, que no es prudente que te vean entrar por la puerta principal.

—Pues tú dirás por dónde.

—Mira, da la vuelta á la casa, y vé á detenerte en una puertecita pequeña que verás en la tapia, y que es una puerta de servicio. Yo iré á abrir.

—Que no tardes.

—El tiempo preciso para dar la vuelta por el interior de la casa.

—¿Y podré hablar con don Luis?

—No mucho, porque podrian sorprendernos.

—Tú estarás vigilando.

—Mira, prima, que haber venido al Pardo para obligarme á mí á hacer estos papeles!....

—Tambien cuando triunfemos conseguirás lo que deseas.

—Ya sabes, prima, lo que yo quiero.

—Pues ya hablaremos de eso. Anda, que ya me voy hácia la puerta de la tapia.

Y Paca separóse de Venancio, y momentos despues iba á detenerse ante una pequeña puerta que habia en la espalda de la quinta.

Á poco abrióse esta, y apareció Venancio en ella.

—¿Y la condesa?—preguntóle Paca en voz baja.

—Duerme todavía.

—Pues aprovechemos el tiempo; anda.

Y Paca, empujando á su primo, hízole adelantar por un corredor largo y estrecho; hízole cruzar por un pequeño patio, volvieron á penetrar en nuevos corredores, hasta que finalmente fueron á detenerse ante una puerta que abrió Venancio, no sin decir á su prima:

—Te encargo que seas muy breve, y sobre todo que mires lo que haces.

—Tú vigila, y si oyes algo, ven al punto á avisar.

Y Paca, con el corazon palpitante, encendido el rostro, pero resuelta y altiva, penetró en el aposento.

Luis estaba bien ajeno de aquella visita.

Hubo un momento, como ya hemos manifestado, en que cegado, digámoslo así, por el encanto que aquella mujer describia á su alrededor, creyó que realmente todos los fantasmas de amores que en su imaginacion habia quedaron eclipsados por la espléndida belleza y el ardiente amor de doña Isabel.

Pero á aquella embriaguez sucedió la calma, y don Luis comprendió que era muy distinto aquel amor que por algunos momentos habia halagado sus sentidos, al verdadero, al único, al legítimo sentimiento del amor tal como él le concebia.

CALLAD, SEÑOR; PUDIERAN OIRNOS.

Y desde este momento principiaron á desfilar ante su calenturienta mente las imágenes de todas las mujeres á quienes habia amado.

Doña Catalina de Sandoval, María de Lazan, doña Isabel de Zúñiga, y finalmente Paca, sucesivamente fueron hablando á su corazon, sin que ninguna de las tres primeras dejasen en él la huella de un verdadero amor.

Sin embargo, al aparecer en aquella especie de cosmorama intelectual la figura de Paca, sucedió una cosa extraña.

Efecto quizás de la situacion excepcional en que habia visto á la jóven, efecto de la simpatía que necesariamente debia haber entre la persona salvada y el salvador, fué lo cierto que aquella imágen quedóse buen espacio fija en su pensamiento.

Es verdad que él habia salvado el honor de la maja la noche en que estuvo á punto de ser víctima de la brutal agresion que ya hemos mencionado.

Pero esto en nada disminuia el proceder noble y generoso, la afectuosa solicitud con que Paca se habia portado con él, y finalmente, el interés que estaba tomándose durante los dias que estuvo en su casa para asegurar su suerte.

Entonces, durante aquellas largas horas de soledad y de meditacion, fué analizando uno por uno todos los encantos de Paca, fué haciéndose cargo una por una de todas las virtudes que habia en su corazon, virtudes y encantos de los cuales no se hiciera cargo hasta aquellos momentos, á pesar de las muchas veces que la habia encontrado, ya en la botillería, ya en las fiestas, ya en los corrales de la comedia, ya en la plaza de toros, y encontró que efectivamente habia en ella un número mayor de perfecciones que en otras muchas mujeres que habia conocido.

Sin embargo, atribuyó la persistencia con que el recuerdo de Paca tomaba cuerpo en su mente, á la amistad, á la gratitud, pero nunca á otro sentimiento más tierno.

Así fué que al aparecer en su estancia, precisamente en los momentos en que estaba ocupándose de ella, la jóven, tendió hácia ella los brazos por un impulso irresistible, y hubiese exhalado una exclamacion de sorpresa á no impedírselo la misma Paca, que llevándose graciosamente el dedo á los labios, dijo con recatado acento:

—Callad, señor; pudieran oiros.

El estado de Luis era relativamente satisfactorio.

Cuando salió de Madrid, recordaremos que el mismo médico que le hizo la primera cura aseguró que la herida era cosa insignificante, y fué adelantando rápidamente en los dos ó tres dias que habian transcurrido.

Únicamente lo intempestivo de la hora, pues Paca, con toda intencion, habia ido muy temprano al Real Sitio, fué causa de que todavía estuviera en el lecho.

—Pero, Paca—repuso don Luis cuando la jóven se hubo aproximado á él—¿qué quiere decir esto? ¿Cómo es que os encontrais aquí?

—No podemos perder tiempo—dijo la maja en voz baja y un tanto temblorosa—sé que os aprisiona aquí el amor de una mujer.

—¿Quién os lo ha dicho?

—No hace al caso ahora. Lo que debeis hacer, es responderme con toda franqueza. ¿Os hallais en este sitio por vuestra propia voluntad, ó estais retenido por fuerza?

—Retúvome hasta ahora este maldito rasguño que recibí hace algunas noches á la puerta de vuestra casa.

—¿Es decir que el amor de doña Isabel?....

—Cuidado, Paca, cuidado con las palabras que pronunciais, que siendo el honor de las damas cristal tan puro, el menor aliento basta para empañarle.

—¿Os interesais por ella, señor?

El acento de Paca vibró de un modo extraño al hacer esta pregunta.

Don Luis la miró con atencion.

—Me intereso por gratitud—repuso.

—Está bien; en ese caso no debo permanecer aquí. Quedad con Dios, señor, y aliviáos pronto.

Y Paca se dirigió hácia la puerta de la estancia.

CAPÍTULO XLVIII.

Cómo se libró don Luis de manos de doña Isabel.

El caballero siguió mirando lleno de asombro á la maja.

El acento empleado por ésta, su agitacion, su misma impaciencia, aquel movimiento tan rápido al escuchar sus palabras, movimiento en el cual habia cierto despecho que no se pudo ocultar á los ojos del caballero, hiciéronle comprender que tal vez en aquello se encerraba un misterio, sin que sospechara en lo más mínimo que pudiera este ser un misterio de amor.

Sin embargo, interesóle tanto la actitud de Paca como su conducta, y le dijo deteniéndola casi cuando iba á franquear la puerta del aposento:

—Paca, ¿dónde vais?

—Puesto que para nada os hago falta, puesto que no puedo seros útil en nada, dejadme que me aleje.

—¿Pero os marchais enojada?

—No, por cierto; ¿qué razon tengo yo para ello? ¿en qué pudiera fundar mi enojo?

—¿Quereis explicarme cuál ha sido la razon de vuestra pregunta?

—¿Cuál?

—La de si estaba en esta casa por mi voluntad ó por fuerza.

—¿Pero estais, señor, por vuestra propia voluntad?

—Trajéronme sin ella aquí, y hoy tal vez me holgara de poder salir.

—¿Por qué no se lo habeis manifestado á la señora condesa?

—No es para este momento referiros las razones que á ello puedan oponerse.

—¿Pero vos querríais salir de esta casa?

—¿De qué sirve que tuviese deseos, si existen obstáculos que lo impiden?

—No es eso lo que yo os pregunto, señor; no es de los obstáculos de lo que yo quiero hablaros; deseo que realmente, con entera claridad, me digais si quereis evadiros del poder que os sujeta aquí.

—Y si os lo dijera, ¿qué haríais?

—Sacaros de aquí.

—¡Paca!

—Ya lo habeis oido. Guardárame muy bien ni de obligaros ni de obligarme, á no partir de vos la peticion; pero una vez resuelto, dejad todo lo demás á mi cuidado.

—Difícil creo que podais conseguirlo.

—¿Por qué? ¿Por hallaros bajo el poder y la vigilancia de una mujer celosa? no os importe, señor.

—¡Bravo, mi bella heroína! Veamos de qué manera cumplís con vuestra mision.

—En todo caso, podeis contar que no será por falta de voluntad, ni de esfuerzos para conseguirlo.

—Pero ¿qué interés os mueve en mi favor? ¿Qué pude yo hacer para inspirar vuestro afan de servirme?

—¿No os debo acaso la conservacion de mi honra?

—Es decir que únicamente la gratitud es la que os impulsa—repuso Luis con acento en el cual no era difícil advertir el despecho.

—No más, señor—repuso Paca ruborizándose enteramente.

—Está bien. ¿Qué otra cosa podria yo apetecer?

Paca salió de la estancia de Luis tan profundamente afectada, que su primo, que como sabemos estaba esperando y vigilando para que nadie pudiera interrumpirles, no pudo ménos de decir:

—Prima, ¿qué tienes? ¿Te ha dicho algo ese caballero que te pueda ofender?

—Calla, simple—contestó la jóven—ni don Luis es capaz de faltar á nadie, ni yo tampoco soy hembra que consienta á nadie que lo haga.

—Yo lo decia únicamente.....

—Está bien; no hablemos más sobre ese particular, que de asuntos más graves hemos de ocuparnos.

—¡Cáspita, prima! ¿sabes que vas infundiéndome temor con tus asuntos, y mucho me temo que esas conspiraciones no te produzcan algun disgusto?

—¿Qué he de hacerle? Comprometida ya, no hay otro remedio que seguir adelante.

—Sí, pero tú ¿qué ganarás con todo eso?

—Servir á los que quiero.

—Que si te ven en un aprieto, maldito si se acordarán de tí.

—Vamos, primo, no hables de lo que no entiendes; no te ocupes de eso y atiende lo que voy á decirte.

—Está bien: habla; tú sabes más que yo, y no podrás decir nunca que te he desobedecido.

—Es necesario que mañana ese caballero abandone este palacio.

—¡Toma! ¿qué necesidad tiene para eso de nosotros la señora condesa, que es quien bajo unas órdenes muy severas,

nos ha prohibido, no solo que le dejemos salir, sino que ni aun prestemos oidos á ninguna de sus proposiciones, no solo para huir de aquí, sino ni aun para llevar mensaje de ninguna especie, que pueda levantar aquellas órdenes y dejarle en libertad?

—Ahí está el caso, que como la condesa es enemiga política de don Luis, éste no puede pedirle su libertad; libertad que tampoco ella le concederia.

—Ya comprendo.

—En su consecuencia, es menester que tú lo hagas.

—Pero ¿tú sabes, prima, á lo que yo me expongo?

—Á que la condesa te despida, en cuyo caso entrarás al servicio de don Luis, con lo cual habrás ganado un amo que tendrá siempre algo que agradecerte.

Venancio mostrábase un tanto reacio para conceder á su prima lo que deseaba.

Si bien prestaba crédito á sus palabras, no lo hacia en absoluto; y era don Luis sobradamente galan, y Paca sobradamente hermosa, para que no entrase por algo en aquella supuesta conjuracion el amor.

Sin embargo, tales razones supo usar Paca, de tal modo le habló, y tanta habilidad demostró para comprometerle, que finalmente dijo que al dia siguiente él mismo sacaria á don Luis de su prision.

La condesa, con toda prevision, habia hecho retirar de la habitacion del caballero las ropas que llevaba cuando le hirieron, y que Simon, precavido á su vez, llevóse consigo al apoderarse de él en la farmacia del licenciado Roberto.

De aquí que hubo precision de subvenir á semejante necesidad, encargándose Paca de comprar las ropas necesarias y enviarlas aquella misma tarde á fin de que todo estuviera dispuesto.

Al dia inmediato era, como ya hemos dicho, el en que se celebraba la romería de San Eugenio.

Desde bien temprano, el trayecto que media entre la coronada villa y la Puerta de Hierro y entre esta y el Pardo, veíase cruzado por vehículos de todas las especies conocidas entonces, y más que todo, por una multitud que á pié entretenia lo fatigoso del camino con sus carcajadas, con sus chistes y con sus cantares.

Paca, Concha y Dolores, el triumvirato de la gracia y de la belleza, presentóse en la romería superando si cabe á los años anteriores en la riqueza de los collares y en el gusto de los trajes.

Vicente, Joselito, don Ramon de la Cruz y todos los aficionados á la broma, al jaleo y á la alegría que reinaba siempre en las fiestas de las majas, todos se hallaban en el Pardo, y todos ellos no pudieron ménos de admirar la gracia y la hermosura de Paca.

Sin embargo, habia en su rostro una nube de impaciencia y aun de zozobra que quitaba á su rostro gran parte de su alegría; pero sin embargo, tal era la belleza de aquel semblante, que aun esto mismo constituia otro de sus encantos.

Cuando llegó la hora en que habia quedado con Venancio, sin decir nada á sus amigas, separóse de éstas y momentos despues se reunia con su primo, que le dijo:

—No hay un momento que perder; la señora parece que trata de trasladar á don Luis á otra prision más segura, y segun tengo entendido, piensa hacerlo esta misma noche.

—Vamos allá.

Y los dos primos se dividieron del mismo modo que el dia anterior, yéndose Venancio por el interior de la casa hasta el aposento de don Luis, y Paca á la puerta de la tapia.

No se hizo esperar mucho la llegada del caballero.

Merced al traje facilitado por Paca, traje perteneciente á las clases del pueblo, podia perfectamente pasar por en medio de los mismos criados de la condesa, que difícilmente le hubiesen reconocido.

Cuando se vió en completa libertad, estrechó con efusion entre las suyas la mano de Paca, diciéndole:

—Gracias, gracias; no olvidaré jamás lo que habeis hecho por mí.

—Es necesario que os alejeis de aquí, señor—dijo Paca, tratando de ocultar su turbacion—alguien pudiera reconoceros, y á pesar de todo mi valor, muriérame de pena si lo llegaba á presenciar.

Luis miró á la jóven del mismo modo que lo habia hecho el dia anterior, y sonriendo con una expresion que hubo de aumentar el temblor y la turbacion de Paca, le dijo:

—No paseis temor, que por evitaros el más leve disgusto, evitaré caer en manos de mis enemigos.

Poco despues, Luis, reunido con Vicente, permaneció casi todo el dia por aquellas inmediaciones, hasta que llegó la noche y á favor de ella entró en Madrid yendo á hospedarse á la casa de Vicente.

Pocos momentos despues de haber salido Luis de la quinta de la condesa, ésta entraba en la habitacion de aquél, encontrándose á su marido, y produciéndose el desmayo de que hablamos en otro lugar.

CAPÍTULO XLIX.

Marido y mujer.

El conde de Santillan hizo conducir á su esposa al gabinete que ésta habitaba en la quinta; la depositaron en el suntuoso lecho que en él habia, y el conde, terminada que fué esta operacion, mandó alejar del aposento á los criados, quedándose solo al cuidado de la enferma.

Era el conde de Santillan hombre que rayaba en los treinta años de edad. Su rostro, sin ser hermoso, no dejaba de ser simpático. Alto, bien proporcionado, y de maneras distinguidas, pasaba plaza de petimetre en la córte.

Su moreno rostro estaba en el momento en que lo presentamos á nuestros lectores, cubierto de mortal palidez. Sus grandes y negros ojos parecian querer saltársele de sus órbitas, y brillaban de un modo siniestro.

Agitadamente media la estancia á grandes pasos, limpiándose de cuando en cuando con el blanco pañuelo el frio sudor que abundante bañaba su ancha frente.

Roncos y apagados suspiros exhalaba de cuando en cuando, y sus trémulos labios se abrieron al fin para murmurar:

—¿Con que es cierta mi desgracia? ¿El infame anónimo que he recibido, y cuya lectura ha trastornado mi sér, dice la verdad? ¡Oh! aun dudo; Isabel es incapaz..... ¿pero es que yo estoy ciego? ¡Desgraciado de mí y desgraciados de ellos!

Ni una sola frase más pronunciaron sus labios en el largo tiempo que medió hasta que la condesa comenzó á volver en sí, y abrió de nuevo sus ojos.

—¿Cómo os sentís, señora?—preguntó el conde llegándose junto á ella.

La condesa, á quien confundia la presencia de su esposo, no acertaba á responder.

El conde, sin que le fuera dado ocultar la emocion de que se hallaba poseido, continuó:

—Jamás me hubiera imaginado os fuese mi presencia odiosa hasta el punto de haceros perder el sentido su vista.

—¡Oh!—repuso con débil voz la condesa—no creais.....

—Yo creo lo que veo, amiga mia. Vuestro desvanecimiento es muy elocuente.

—Segun del modo que vos lo traduzcais—dijo doña Isabel incorporándose en el lecho.

Fugaz como una exhalacion cruzó por la mente del conde un sombrío pensamiento, y fijando una mirada acusadora en el rostro de su esposa, exclamó:

—Yo puedo perdonarlo todo, señora; puedo ahogar en mi pecho, sin que asomen á mis labios, los sufrimientos de mi alma; puedo vivir muriendo desesperado por causa de vuestros rencorosos desvíos; vos podreis jugar á vuestro albedrío, haciéndole pedazos, con mi ulcerado corazon; pero ni vos podeis, ni yo debo ni quiero consentir se convierta en frágil juguete el sagrado de mi honor.

—Señor conde: ¿es á vuestra esposa á quién os dirigís?—preguntó con firme y desdeñoso acento doña Isabel.

—Sí; á mi esposa es: á la noble condesa de Santillan, doña Isabel de Zúñiga, á la desdeñosa dama de corazon de hielo, modelo de virtuosos ejemplos y honestísimas costumbres, es á la que me dirijo.

El acento irónico del conde hizo asomar el carmin en las entonces pálidas mejillas de doña Isabel, la cual interrumpió á su esposo, diciéndole:

—Dejad á un lado irónicas reticencias, y explicáos con claridad.

—Efectivamente, creo que á entrambos nos conviene una franca explicacion.

—No la demoremos pues.

—Sea: harto sabeis, señora, el profundo y respetuoso amor que os profeso, y el desden á que por vuestra parte vivo condenado desde el dia en que os llamásteis condesa de Santillan. Cuantas pruebas de tierno cariño pueda dar el hombre más enamorado al dulce objeto de su amor, os las he dado yo, señora; si libertino en mis mocedades, he procurado borrar con mi actual conducta los extravíos de la pasada. Bien lo sabeis; jamás desde nuestro enlace ha asomado á mis labios, para con vos, el mandato, antes por el contrario, han prodigado la súplica, y vuestros menores caprichos se han convertido en órdenes para mí. Esclavo sumiso y reverente, esperaba que á fuerza de amor, de constancia y de solicitud, alcanzaria en tiempo más ó ménos lejano ablandar vuestro endurecido corazon; funesto error del que despierto ahora. En tanto llegaba el suspirado dia en que reconociérais vuestra injusticia, vivia yo, sufriendo por vuestros desdenes; pero completamente tranquilo respecto á vuestra virtuosa conducta. Jamás he celado vuestros pasos, porque al hacerlo hubiera creido inferiros un agravio; así es que á vuestro antojo habeis abandonado la córte en distintas ocasiones, dirigiéndoos á cualquiera de nuestras posesiones sin que yo haya opuesto á ello el más mínimo obstáculo, ¿no es cierto?

—No puedo negarlo.

—Nada, pues, hubo de extrañarme, atendida la rareza de vuestro carácter, el saber hace tres dias que os hallábais aquí, á donde no hubiera venido á molestaros á no ser por cierta carta en la cual se me significaba que era de todo punto necesaria mi presencia en esta quinta.

—Nada puedo deciros respecto á esa misiva que me significais haber recibido, porque nada sé de ella ni de su contenido, pero algo puedo contestaros á vuestras anteriores quejas.

—Estoy ansioso por escucharos.

—Seré breve.

—Como mejor os plazca.

—¿De qué modo conseguísteis mi mano? ¿lo habeis olvidado ya?

—Señora.....—balbuceó el conde.

—Ejerciendo conmigo una violencia—continuó la condesa.

—No fué tan grande la falta por mí cometida entonces que mereciese tan duro castigo.

—No debeis quejaros del desvío que os he manifestado, porque os advertí de él.

—Pero no podia yo imaginar que fueran eternos vuestros rigores.

—Vos podíais pensar lo que tuviérais por conveniente; pero yo estaba resuelta á cumplir mi ofrecimiento.

—Eso quiere decir.....

—Quiere decir que no sé á qué vienen vuestras quejas, puesto que ya debíais haberos acostumbrado á considerar nuestro alejamiento como cosa invariable.

El corazon del conde se hacia pedazos dentro del recinto estrecho en que se albergaba. Las frases de la condesa, lejos de disipar, aumentaban las crueles angustias que desde hacia algunas horas habian venido á aumentar los dolores que desde largo tiempo minaban el alma enamorada de aquel hombre. Sin poderse apenas contener, dijo á su esposa:

—Perfectamente, señora; ¿pero qué me decís á fin de disculpar la pérdida de vuestro decoro?

—Señor conde; hasta ahora he podido no amaros, pero no dejaros de creer caballero.

—¡Ah! ¿Con que, segun vos, deja de ser caballero el hombre que pide cuentas de su honra?

—Eso es, pues, lo que vos me exigís.

—Sí, eso os exijo. Este infame papel que abrasa mi mano —repuso el conde estrujando un papel escrito—me da cuenta de vuestras liviandades.

El rostro de doña Isabel tomó el color de un cadáver al oir el apóstrofe de su esposo.

—Segun eso, vos creeis.....

—Al leer lo que aquí se me dice, á tener frente de mí á su autor, le hubiera cortado el brazo con que se atrevió á escribir lo que os ofende y me ultraja; la indignacion que me produjo tal escrito superaba al desprecio que me inspiran aquellos que se valen del pérfido anónimo, sirviéndose de él como de un arma matadora y vil; vine aquí para entregároslo y haceros conocer que la maledicencia se ocupaba de nosotros, y al llegar á esta quinta, sé que en ella ha habitado durante vuestra permanencia un hombre jóven; esta noticia concuerda con la que se me da en el anónimo; os busco por toda la casa, y os hallo al fin en un aposento que no es el vuestro, y al verme en su umbral lanzais un grito desgarrador y os desvaneceis. ¿Podeis contestarme ahora si creeis que dejé de ser caballero porque osé interrogaros preguntándoos: qué habeis hecho, señora, de mi honra y de vuestro decoro?

Durante breves momentos permaneció la condesa con la frente inclinada sobre su pecho; pero irguiéndola nuevamente, contestó con seguro y firme acento:

—Dispuesta me hallo á todo, y se aviene mal con mi noble carácter el hipócrita fingimiento; así, pues, voy á contestaros

con toda la sinceridad de mi alma, y sin que ni poco ni mucho trate de atenuar mi culpa á vuestros ojos.

—¿Confesais, pues?....

—Que ni os amé, ni os amo, ni jamás podré amaros; que mi corazon, vírgen hasta hace poco del sublime sentimiento del amor, despertó por fin del letargo en que yacia adormecido; ama, y ama con toda la vehemencia de que él es capaz; he luchado por vencer la pasion que en él ha nacido, pero he luchado inútilmente; ella es más grande que mi voluntad.

—¡Señora!....—dijo el conde cuyas facciones estaban trastornadas, acercándose más hácia su esposa.

—Podeis matarme, ya lo sé; hacedlo; no quiero manchar mis labios con la mentira.

Temeroso, sin duda, el conde de no poderse contener si permanecia más tiempo en aquel aposento y en presencia de aquella mujer á quien tanto amaba, y la cual acababa de confesarle la pasion que por otro sentia, hizo un esfuerzo supremo sobre sí mismo, y logrando dominarse, miró á su esposa con ojos extraviados, en tanto que se apartaba de ella, y con voz cuya vibracion hubiera hecho estremecer á otra mujer ménos animosa, ó quizá ménos abismada en sus propios pensamientos, le dijo al retirarse:

—No se hará esperar mi resolucion.

La condesa, cuyas fuerzas habian agotado las encontradas emociones que habia experimentado en el transcurso de tan pocas horas, inclinó con desaliento su abrasada frente sobre el blando cojin de su lecho, y exclamó tan luego hubo desaparecido su esposo:

—Corazon, ¿por qué no te arranqué cuando diste el primer latido de amor?

CAPÍTULO L.

Los osos del rio.

En las afueras de la ex-puerta de Segovia, y en las inmediaciones del rio Manzanares, en medio de un grupo de casas, habia una más pequeña que las demás, casa cuyos inquilinos por efecto de lo poco que se presentaban en público, por la quietud que siempre reinaba entre ellos, y por la carencia de ruido que en ella se advertia, habian dado en llamar los vecinos de las inmediaciones la *Casa de los Osos.*

Toda la casa estaba ocupada por una misma familia, y lo mismo los amos que los criados, tan misteriosamente obraban, tan poco se les veia y tan insociables se mostraban para todo el mundo, que se les denominaba con el calificativo de *osos*, y bajo este nombre quedaban incluidos los amos y los criados.

Nadie sabia de dónde habian llegado los primeros, ni cuántos eran los segundos.

Lo único que se sabia positivamente era que aquellos tenian siempre su mano abierta para los pobres, que donde habia miseria siempre alcanzaban sus beneficios, y que si les llamaban osos, no era por otra cosa más que por su insociabilidad.

Jamás hablaban con nadie, á nadie veian, y solamente un criado anciano y tan agreste como ellos, era el único que se veia diariamente ir á la capital á comprar los artículos que necesitaban para el consumo.

Por conjetura sacaban las gentes que vivian en los alrededores, que los osos eran dos, puesto que decian algunos mozos de los lavaderos inmediatos, que en las altas horas de la noche habian visto pasearse á dos personas, que observándolas sin ser vistos, vieron que desaparecian tras la puerta de la casa que tanto preocupaba su atencion.

Sin embargo, á pesar de aquella curiosidad despertada con un motivo tan justo, no hubiera quedado de seguro ninguna persona de aquellos contornos que al saber que á los osos les sucedia alguna desgracia, no hubiese acudido inmediatamente á tratar de remediarla.

Esto nacia de los beneficios que, como antes hemos dicho, prodigaban á manos llenas.

Pero como nosotros no podemos atenernos solamente á las hablillas del vulgo, justo es que tratemos de penetrar el misterio que envolvia á los habitantes de la casita de la Vírgen del Puerto.

Franqueemos la puerta de entrada, y atravesando un estrecho y oscuro corredor, dejemos aparte una puerta que daba al salon en donde ya han asistido nuestros lectores á una de las reuniones que celebraron los amigos del pueblo.

Subamos una escalera de peldaños estrechos y carcomidos, al final de la cual hallaremos una puerta que nos permitirá el paso á una salita de paredes ennegrecidas y agrietadas, á cuyo final nos encontraremos otra que, abierta á su vez, nos

conducirá á una estancia que forma un extraño contraste con todo lo que hemos visto anteriormente.

Figuráos, lectores mios, un aposento octogonal, cuyas paredes están cubiertas de raso azul, y cuyo suelo desaparece bajo una tupida alfombra.

No hay ventana ninguna en esta habitacion.

Del techo pende una magnífica lámpara cuyas luces son las únicas que iluminan el aposento.

En el fondo de él, sobre una mesa de palo santo con primorosas molduras, se veia una magnífica luna veneciana encerrada en un marco ovalado de la misma madera.

No habia sillones en la habitacion, pero en cambio tenia magníficos almohadones de damasco del mismo color que el forro de las paredes.

Dos perfumeros colocados á entrambos lados de la mesa, embalsamaban por completo aquel aposento encantador.

Reclinada, más bien que sentada sobre los mullidos almohadones, se veia una mujer de hermosura incomparable.

La estatuaria griega estaba representada en ella admirablemente.

Sobre su rostro ligeramente moreno destacaban dos ojos negros y rasgados, cuya brillante radiacion era imposible resistir.

De una frente ancha y despejada se desprendia una nariz casi recta, bajo de la cual una rosa entreabrió sus pétalos dejando percibir dos hileras de dientes blancos y brillantes como el marfil, y pequeños é iguales como los de un niño.

Asentad esta cabeza, rodeada de anchas trenzas de cabellos negros, sobre unos hombros modelados con una delicadeza infinita; añadidle como adherentes un talle de una flexibilidad extrema, ponedle un pié y una mano en miniatura, y tendreis una idea de quién era la dama que se reclinaba voluptuosamente sobre los mullidos cojines de la oriental habitacion.

Cuando la presentamos á nuestros lectores, estaba sola.

Parecia presa de serias meditaciones, porque su frente se hallaba surcada de algunas arrugas, y su actitud era asaz meditabunda y pensativa.

El traje que vestia la dama era negro completamente, lo que hacia resaltar doblemente su espléndida belleza.

Sin duda sus pensamientos fueron sucesivamente ennegreciéndose más, porque su rostro tomó una expresion de odio tan implacable que casi causaba miedo.

De pronto, una pequeña puerta que habia en la estancia, se abrió casi sin ruido, y un caballero jóven y hermoso, pero con una hermosura tan fatídica como la de la dama, penetró en ella, y le dijo con un acento muy respetuoso, pero nada más:

—Cuando gusteis, Alina.

—Estoy á vuestra disposicion.

Y la dama, al decir estas palabras, arrojó una mirada de tan indescriptible expresion sobre el caballero, que éste no hubiera podido ménos de sorprenderse si hubiera podido interceptarla.

Pero estaba tambien muy preocupado, y con la cabeza apoyada sobre el pecho se entretenia en medir á grandes pasos la anchura de la sala.

Alina, puesto que ya sabemos que este era el nombre de la dama, se levantó, y dirigiéndose á otra puertecita, desapareció por ella, reapareciendo pocos momentos despues cubierta completamente con un ancho manto negro. Tambien el caballero estaba asimismo vestido con su traje de calle, y en cuanto vió á la enlutada, le ofreció galantemente el brazo, y sin trocarse entre ambos una palabra más bajaron la escalera, y en el zaguan se encontraron con un anciano que tenia en la mano una linterna.

Salió el criado, pues tal lo parecia el anciano por su traje de la casa, precediendo á sus señores, y despues de haber

cerrado la puerta con un grueso candado, se dió á caminar con direccion á la puerta de Segovia, alumbrando el camino con la linterna que llevaba.

No sabemos si hemos dicho ya que era de noche, pero si ha sucedido así, suplicaremos á nuestros lectores que nos dispensen esta repeticion.

Era de noche, y muy oscura, lectores mios, y doblemente tenebrosa en aquellos tiempos en que no se conocian los faroles que hoy alumbran la puerta segoviana, ni los que igualmente iluminan los lindos jardines de la Cuesta de la Vega.

Por lo tanto, nuestros amigos de la casa de la Vírgen del Puerto, tropezaron más de una vez, y aun si nuestras noticias no son inexactas, hubieron de dar un resbalon tal, que casi los labios del caballero hubieron de rozar la frente de la dama, haciéndola que se ruborizase extraordinariamente, rubor que pasó desapercibido á favor de la oscuridad de la noche.

En este estado, y sin que se hubiese cruzado palabra alguna entre ambos, llegaron nuestros personajes muy cerca de la casa del conde de Lazan, que habitaba el generalísimo francés.

—¿Os acordais, Alina, de hoy hace diez años?—dijo por fin el caballero con un acento concentrado.

—Sí.

—¿Recordais lo que os dije aquella noche memorable?

—Yo estaba sola en la misma quinta de mis padres, contemplando ante mi vista el cadáver del senador Aldobrantini; miraba el escudo de mi casa hecho pedazos, deshonrada mi antigua estirpe, cuando os presentásteis vos, y me dijísteis si queria vengarme. La sangre italiana corria en mis venas, y acepté con reconocimiento la oferta que me hacíais.

—Y la he cumplido. Yo tenia poderosos motivos para vengarme del conde, y todos los años, á la misma hora, ya sabeis que en cualquier parte que se haya encontrado, nosotros,

como dos sombras de maldicion, hemos ido siempre á ser los nuncios de alguna desgracia para ese hombre; hemos tratado de envenenar su vida y lo hemos conseguido, pero no con el veneno que mata instantáneamente, sino con ese otro que consume dia por dia, mes por mes y año por año, y que arrebata hasta la última creencia que pueda hacer agradable la vida.

—Venganza terrible, en la cual nosotros sufrimos tanto como el mismo de quien queremos vengarnos.

—No lo creais, Alina; el sufrimiento nuestro es un exceso del mismo goce que sentimos. ¿Creeis que no se goza con una venganza?

—Demasiado, pero ¡cuesta tan caro!—contestó la jóven con un acento particular.

—¿Estais cansada ya? ¿Os pesa el haber emprendido este camino?

—¡Nunca! Mi venganza es justa, y jamás vacilaré ante ella; pero hay cosas.....

Y la encubierta dama arrojó sobre el misterioso caballero otra mirada como la que le dirigió cuando estaban en la casa.

El jóven, esta vez como entonces, no pudo reparar en ella, y solo le dijo:

—Acabad, señora.

—Son asuntos mios particulares, que para nada tienen que ver con nuestro proyecto.

Y tras estas palabras, volvieron ambos á su anterior silencio, y apretaron el paso hácia el palacio que ocupaba el conde de Lazan.

Pensativo se hallaba el conde en sus habitaciones, cuando la aparicion de un criado llegó á arrancarle de sus meditaciones.

—Una dama y un caballero—le dijo el criado—solicitan vuestra vénia para hablaros.

—¿Por qué has dicho que estaba en casa?—repuso el conde de mal talante.

—Como el señor conde nada me habia dicho.....

—Está bien; que pasen.

Un momento despues, Alina y su misterioso acompañante, hallábanse en la estancia del conde.

Al verlos éste, no pudo ménos de exclamar con acento en que vibraba tanto la cólera como el terror:

—¡Alina Aldobrantini! ¡Mario Monteleone!

—Sí—repuso la jóven con severo acento—las dos víctimas de tus impurezas, conde. Hoy hace diez años que mi padre murió asesinado por tí, ¿recuerdas la fecha?

—¡Oh!

—Y hoy hace diez años y tres meses que la mujer que amaba fué villanamente ultrajada par tí, conde de Lazan—repuso el jóven que ya sabemos se llamaba Mario.

—¡Callad, callad!—exclamó el conde con acento en que vibraba el terror.

—¡No, no es posible callar, especialmente en el aniversario de aquellas dolorosas escenas: acuérdate de todos los crímenes que has cometido; recuerda bien todo lo que ha sucedido desde entonces: por donde quiera que has ido, te ha perseguido nuestra venganza; piensa que de lo que de existencia te quede has de vernos del mismo modo acusándote constantemente, arrojándote al rostro lo indigno de tu proceder!

—¡Piedad! ¡Perdon!

—No existe para tí—repuso Alina—¿Puedes devolvernos acaso lo que nos has arrebatado?

—¡Dejadme! ¡Alejáos de aquí!

—Pronto vas á quedar complacido; nuestra mision hoy está cumplida ya, conde de Lazan; ruega al cielo, porque el año que viene no te vengamos á ver, pues si volvemos, es muy posible que hayas tenido que llorar en tu familia una

nueva desgracia, mayor todavía de la que has tenido con tu hijo.

Y tras estas palabras, Alina y Mario, silenciosos como habian entrado, semejantes á dos fantasmas del remordimiento, y sin que el conde se atreviera á detenerles, salieron del aposento, abandonando poco despues el palacio.

CAPÍTULO LI.

De cómo cumplió García sus promesas.

Al siguiente dia en que tuvieron lugar los acontecimientos que hemos narrado en el capítulo anterior, el conde de Lazan se hallaba solo en su aposento, cuando acertó á entrar en él su antiguo amigo y confidente García.

El lector no habrá indudablemente olvidado la comision que el conde habia confiado á este personaje.

—Vamos, vale más tarde que nunca—exclamó el conde al ver aparecer á García.

—Pues créame el señor conde, que bien á pesar mio he retardado este momento.

—Lo que yo creo es que te hice un encargo, y que tú no has cumplido como me ofreciste.

—Eso es mucha verdad; pero ya sabeis, señor conde, que muchas veces el hombre propone y Dios dispone.

—Cuando se trata de complacer, se ponen los medios para conseguirlo; lo demás son pretextos más ó ménos capciosos.

—No, á fe mia; yo hubiera venido á veros cuando os lo ofrecí, pero se ha atravesado en mi camino nada ménos que todo un señor de casa y córte, y este buen sugeto ha sido la causa de mi tardanza.

—¿Un alcalde de casa y córte?

—Sí, por cierto, pues tal creo que lo sea don Leoncio Perez de Quintana.

—¿Y á santo de qué?....

—Á santo de que estaba yo con varios *caballeros* amigos mios en la botillería de Canosa echando una cana al aire, cuando acertó á pasar por allí su señoría, y só pretexto de que hablábamos demasiado alto, se empeñó el señor alcalde en que trasladáramos nuestra residencia; y como quiera que es un señor sumamente galante, nos proporcionó alojamiento en la cárcel, en cuyos aposentos he tenido el honor de vivir unos cuantos dias.

—Si en vez de entregarte á excesos, te hubieses ocupado de lo que debias, no te hubiera ocurrido ese suceso que lamentas.

—¡Oh! perdonad, yo no lamento nada; vos sois el que.....

—Sí, es verdad, yo soy; ¿á tí qué te importa que yo sufra más ó ménos?

—Si el señor conde me hace el honor de recordar algun hecho antiguo, comprenderá la injusticia de su reproche.

El conde palideció y arrugó sombríamente el entrecejo.

Los recuerdos de su pasada juventud le atormentaban de contínuo, y no pudo ménos de estremecerse al oir á García.

—Sí, sí; ya sé.....—balbuceó el conde.

—Bueno es que no lo olvideis, porque me parece que en aquella ocasion me porté de modo tal, y tan á vuestro gusto, que bien merece recordarse.

El implacable García parecia recrearse en mortificar al conde.

—Yo no lo niego; pero no es de eso de lo que se trata.

—Ya sé de lo que ahora se trata; pero me habeis acusado, y me defiendo.

—Estás insufrible, y pareces recrearte mortificándome.

—He aquí otra acusacion.

—Tú debes suponer la impaciencia que me domina, y sin embargo, nada has hecho para calmarla. Á consecuencia de tu encarcelamiento, nada has podido hacer, y heme aquí que hoy me hallo en el mismo caso que el dia en que te confié la delicada comision de que te hiciste cargo.

—Tampoco eso es enteramente exacto; hoy estais desgraciado en vuestras apreciaciones.

Contrastaba singularmente la humorística calma de García con la febril impaciencia que dominaba al conde. Éste exclamó:

—¿Has averiguado algo?

—Segun vos, nada; porque nada me importan vuestros asuntos.

—Hombre, ¡por las once mil vírgenes, deja á un lado las lamentaciones y las quejas! Nada tiene de particular que haya vertido la frase á que aludes, teniendo en consideracion el estado en que me hallo, y que tú conoces perfectamente. Yo no dudo de tí; sé que me has servido bien.

—Hasta el extremo de hallarme unido íntimamente á vos en cierto comprometido asunto.

—Sí, hombre, sí; eso es muy cierto—replicó el conde con tembloroso acento.

—Así me gusta, que lo reconozcais. Si hubiera yo podido prever que su señoría, el señor don Leoncio Perez de Quintana, tenia un genio como el que tiene; si se me hubiese ocurrido que desde la famosa botillería hubiesen de dar con mi cuerpo en la cárcel los caballeros golillas que hasta ella me escoltaron, yo os protesto hubiera procurado evitarlo á toda costa; pero como os he dicho al empezar nuestra conversacion, el hombre propone..... y un alcalde de casa y córte dispone.

Sin embargo, como yo no olvido jamás lo que no conviene olvidar, apenas me fueron abiertas las puertas del palacio que don Leoncio me dió por morada, en vez de ir á holgarme con mis amigos, en celebridad del fausto acontecimiento, me fuí á donde creí conveniente que debia ir, en busca de los datos que me pedísteis.

—¡Ah!—exclamó el conde con marcada ansiedad.

—Sí, señor conde; el buen García no ha perdido su tiempo, ha corrido de ceca en meca, y merced á su discrecion y diligencia, y en virtud de cierto dinerillo ofrecido á los caballeros que me han ayudado en mis pesquisas, he podido lograr saber lo que tanto se me habia encargado.

—¿Con que sabes?

—Tened en cuenta, señor conde, que debo algun dinero á los honrados sugetos que me han prestado su generosa ayuda.

El *buen* García no queria en manera alguna que el conde hiciera caso omiso de lo que á él más le interesaba.

—Eso es lo de ménos.

—No, por cierto; eso es lo de más.

—Quiero decir—añadió el conde á punto ya de dar al traste con su paciencia—que es lo de ménos el tener que hacer por mi parte un nuevo sacrificio; esto es, que no te hará falta lo que necesites para *saldar* esa deuda.

—Convenido; eso es precisamente lo que me tenia un tanto inquieto, porque hay ciertos compromisos que son sagrados, y un hombre como yo no gusta de faltar á ellos.

—Me parece—repuso el conde un sí es no es picado—que jamás he dejado de mostrarme espléndido.

—No lo niego.

—Pues al hecho.

—Sé ya á lo que obedece la obstinacion de vuestra bella hija en no querer admitir la mano del señor vizconde.

—Sepamos.

—Yo no sé de qué frase valerme para evitaros una desazon.

—¡Pues cómo! ¿qué hay?—preguntó el conde sumamente alarmado.

—Hay que doña María tiene un amante.

El conde se levantó, cual movido por un resorte, del asiento que ocupaba, y con la faz lívida y ronco acento, dijo á García:

—Mientes.

—Pues, no señor; no miento—respondió con el mayor descaro García.

—¡Un amante, mi hija!.... Vamos, no puedo creerlo.

—En eso hareis lo que os acomode; pero la verdad es verdad siempre.

—¡Oh! Si fuese cierto, si fuese cierto.....—dijo el conde golpeando violentamente con el puño el pupitre que cerca de él habia.

—Vais á lastimaros la mano, señor conde, y con eso no conseguireis el resultado que deseais.

—¿Y habrás indagado quién es el favorecido?—preguntó el conde sin hacer caso de la maliciosa observacion que acababa de hacerle García.

—¡Toma! Ya lo creo; á mí no me gusta hacer las cosas á medias.

—¿Quién es?

—Un amigo vuestro.

—¿Amigo mio?

—¡Ya lo creo! ¡como que se trata nada ménos que del elegante jóven don Luis de Guevara!

—¡Don Luis!—exclamó en el colmo de su asombro el conde.

—El mismo que viste y calza.

—No es posible; tú sueñas.

—Pues señor, hoy estais muy inclinado á dudar.

—¿Pero estás seguro de ello?

—Tan seguro, como seguro estoy de que tengo que entregar hoy mismo veinticinco peluconas amarillas á los amigos que me han ayudado á descubrir el misterio.

El conde comprendió que su *buen amigo* no relegaba al olvido la cuestion de maravedises, y á fin de que no le hiciera más observaciones sobre el particular, se apresuró á poner en sus manos la cantidad que García suponia adeudar á los que le habian ayudado á adquirir las noticias que acababa de suministrar.

—Toma, y paga—dijo el conde con acento un tanto irónico.

—Puedo aseguraros, señor conde, que siento tengais que hacer este nuevo desembolso; pero ¿qué remedio? no es cosa mia, y yo nada puedo hacer.

—Ni yo creo haberte regateado, ni mucho ménos suplicado que se me sirva de balde.

—Eso es muy cierto; pero creo que tampoco dudareis de mi caballerosidad.

El conde sabia de sobras hasta donde rayaba la caballerosidad de García, y dijo:

—No la he puesto nunca en duda.

—Eso me consuela; por lo demás, no pongais en duda lo que os llevo dicho, porque tengo pruebas.

—¡Pruebas!

—¡Vaya, y seguras!

—Haz el favor de explicarte con claridad y sin circunloquios.

CAPÍTULO LII.

Los proyectos de García.

—Pues como antes tuve ya el honor de decíroslo, al salir del alojamiento que me habia proporcionado la generosa magnanimidad de don Leoncio, anhelante por adquirir las noticias por vos demandadas, acudí á ciertos amigos á cuyo fino olfato no escapa nada, como se les ponga sobre la pista. Pusiéronse mis lebreles á husmear, y ayer por la mañana uno de ellos me aseguró estaban ya sobre las huellas del negocio en cuestion. ¿Creo que desearéis suprima ciertos detalles poco interesantes?

—Sí, sí; suprime lo que no me interesa.

—Corriente. Es el caso, pues, que valiéndose ya de unos, ya de otros, me pusieron en contacto con cierto mozo que sirve á cierta dama, á quien por lo visto no parece el don Luis costal de paja.

—¿Y qué?....

—Supe por él, que su ama estaba celosa porque habia descubierto los amores que mediaban entre vuestra hija y el señor de Guevara.

—Pero ¿eso qué prueba?

—Eso mismo dije yo á mi hombre.

—¿Y qué contestó?

—Mediante ciertas ofertas, le hice cantar de plano. Díjome que por la tarde debia llevar una carta que se suponia ser de don Luis, sin serlo. Le propuse que me entregase á mí la carta cuando la tuviera en su poder; convínose á ello, y á la hora y en el sitio convenido, nos vimos y me entregó el susodicho billete, el cual yo me ofrecí á llevar. Con las precauciones consiguientes, abrí la carta, y despues de enterarme de su contenido, la cerré de nuevo sin dejar la menor huella de la profanacion.

—¿Y qué decia?—preguntó el conde con impaciencia.

—En ella suplicaba don Luis de una manera tiernísima á vuestra hija, que por la noche, á eso de las nueve, buscase un pretexto cualquiera, á fin de verse con él en el atrio de San Millan.

—¿Y con qué objeto se mandaba esa carta á María?

—Con dos.

—¿Cuáles eran?

—Primero, cerciorarse de si eran ó no efectivos las susodichos amores; segundo, apoderarse de vuestra hija, caso de que acudiera á la cita convenida, porque seria prueba evidente de que ella y don Luis se amaban.

—¿Y María?....—preguntó con afan el conde.

—Acudió.

—¿Acudió?

—¡Vaya! acompañada de una doncella y los criados que conducian la silla de manos.

—Sí, sí; ahora lo comprendo todo; he aquí el motivo del asalto á la silla por aquellos rufianes, de cuyas manos la res-

cató el vizconde. ¡Don Luis de Guevara! ¡El hijo de mi amigo!

—Ya, ya; en cuestiones de faldas, fiad en los amigos.

—¡Abusar así de la confianza con que era recibido en esta casa! ¡Oh, yo les juro que ambos sentirán el peso de mi legítimo furor!

—Creo que no debeis entregaros á él por completo, si no quereis echarlo todo á rodar.

—¿Qué pretendes, pues? ¿Acaso he de mirar con indiferencia asunto de tamaña importancia?

—Nada de eso, pero yo en vuestro lugar lo tomaria de distinto modo.

Durante breves momentos guardaron silencio ambos personajes. El conde se paseaba, mostrando en todos sus movimientos el furor de que se hallaba poseido. En cambio García permanecia cómodamente sentado, afectando la mayor tranquilidad.

El conde fué el primero que se decidió á hablar.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que tú harias en mi caso? Aconséjame, porque yo no sé qué hacer.

—Lo primero, calmar la indignacion que os domina por completo.

—¿Crees acaso que eso sea muy fácil?

—Creo que el hombre debe tener sobre sí bastante imperio para hacer aquello que mejor le parezca; la fuerza de voluntad es una gran virtud.

—Déjate de moralidades que no son del caso, y habla.

—Precisemos la cuestion. Vos pretendeis casar á vuestra hija, ¿no es eso?

—¿Á qué preguntar lo que se sabe?

—Para concretar y deducir lógicamente lo que convenga hacer. Un obstáculo imprevisto habeis encontrado al querer realizar vuestros deseos; ese obstáculo es don Luis; pues nada más sencillo.

—No te comprendo.

—Que el obstáculo desaparezca.

—¿Cómo?

—El cómo importa poco; lo esencial es que desaparezca.

—¿Y con eso crees que mi hija?....

—Vuestra hija, por de pronto, se obstinará en su resolucion.

—Entonces.....

—Entonces se la encierra en un convento, se inventan mil patrañas para hacerla creer que el objeto de su amor, menospreciándola, ha desaparecido de la córte llevándose consigo á tal ó cual mujer á la cual ama frenéticamente; entonces el despecho logrará lo que no ha obtenido la obediencia.

Quedóse el conde pensativo durante algunos instantes.

—Creo que no vas por mal camino— exclamó de pronto el conde.

—¡Oh! yo siempre elijo los caminos más cómodos.

—Y en el caso de que adoptara tu pensamiento, ¿te encargarias tú de que don Luis?....

—En habiendo el dinero necesario para los gastos que se originan, no tengo ningun inconveniente en responder del éxito.

—No hablemos del dinero.

—No, señor conde, no, al contrario: el dinero es la llave maestra que.....

—Ahora como antes no me has entendido, y francamente esas repeticiones son de muy mal gusto.

—Yo no he querido ofenderos, sino aclarar.....

—Sí, sí, te comprendo; y para que tú tambien me entiendas, te diré que dispondrás en un caso del dinero necesario.

—Perfectamente; ahora disponed á vuestro antojo.

—¡Oh! gran violencia tengo que hacerme para no dar rienda suelta á mi indignacion. No puede ya caberme la menor duda acerca del innoble proceder de don Luis, y esto me exaspera hasta el punto de que, á tenerle delante, no me seria

dado contenerme. Es un infame, un mal caballero el que así abusa de la confianza que se le concede.

—Es jóven.

—¿Y eso basta?—dijo el conde cuyo furor iba en aumento.

—Siempre es alguna disculpa; vos tambien lo habeis sido.

La frente del conde se nubló de un modo muy visible.

—¡Oh! sí, yo tambien lo he sido, y harto me atormentan los recuerdos de mi juventud.

—¡Bah! eso no debe inquietaros; imitadme; yo relego el *ayer* al más oscuro rincon del *olvido;* lo que fué, fué, y ya no hay modo de evitarlo.

—Debiera no haberse ejecutado—contestó el conde profundamente conmovido.

—¿Quién sujeta sus pasiones en la florida edad de la juventud?

—La conciencia, que luego nos atormenta, debiera hablar más alto en esa edad de locuras y disipacion.

—¡La conciencia! ¿Y qué es eso? Confieso francamente que oigo hablar de ella cual si se tratara de un mito.

—¡Dichoso tú; no puedo yo decir otro tanto!

—Yo creo que la conciencia es acomodaticia, y si os hallárais ahora en estado de poder apreciar mis disertaciones, yo os haria ver.....

—No, no; déjalo para mejor ocasion.

—Convenido. Resolved.

El ánimo del conde fluctuaba entre mil encontradas dudas; así es que no se determinaba á decidir en la grave cuestion que tanto le preocupaba.

—Decidir..... decidir..... eso se dice fácilmente.

—Y más fácilmente se hace.

—Sin embargo, creo que seria conveniente que yo tuviese una explicacion con don Luis y con María antes de determinarme.

—Vos podeis hacer lo que gusteis; pero yo no lo apruebo.

—¿En qué razon te fundas?

—En una sencillísima.

—¿Y cuál es?

—¿Vos estais ó no sobrexcitado?

—Lo estoy, ¿á qué negarlo?

—Perfectamente. Habeis dicho antes, si mal no lo recuerdo, que á tener delante á don Luis, no seríais dueño de conteneros.

—Es verdad.

—Pues bien, juzgad vos mismo el final que tendria la escena de la explicacion vuestra con el susodicho caballero.

—¡Chit! calla.

El conde vió antes que su interlocutor á un paje que hácia él se adelantaba y que traia en su mano una bandeja de oro, en la cual habia una carta.

CAPÍTULO LII.

El conde recibe una noticia inesperada.

—Está bien—dijo el conde tomando la carta—podeis retiraros.

Una vez fuera el paje, el conde, sin abrir la carta exclamó:

—Es del vizconde, y sin duda me recuerda en este billete la promesa que le hice.

—Es lo más probable.

—Hoy me es preciso salir de esta situacion, y saldré; basta ya de condescendencia.

—Obrad, pues, con energía.

El conde abrió la carta y leyó para sí su contenido, que era el siguiente:

«Señor conde de Lazan:

»Mi respetable amigo: circunstancias imprevistas y que no me es dado evitar, me obligan hoy á desistir del honor que yo mismo habia solicitado respecto á mi enlace con vuestra adorada hija.

»Adjunta os remito una cesion firmada por mí, de todos los bienes que constituyen el litigio que ambos tenemos pendiente, y que desde ahora queda terminado en favor vuestro; pues he comprendido estudiando á fondo la cuestion, que es vuestro todo el derecho, por más que los tribunales hayan fallado en contra; y como por encima del dictámen de los señores jueces está mi conciencia, no quiero violentarla gozando de unos bienes, que, segun ella, os pertenecen por completo; por lo tanto, os ruego encarecidamente admitais la cesion que tengo el honor de remitiros, y os suplico á la par dispenseis las molestias que os haya podido ocasionar en el transcurso del litigio que hemos sostenido.

»Tengo el honor de ofreceros mis respetos, y repetirme vuestro afectísimo amigo:

El vizconde del Juncal.»

Atónito se quedó el conde con tan inesperada salida. ¿Á qué podia obedecer el repentino cambio del vizconde respecto á María? ¿Qué circunstancias eran esas á qué aludia en la carta?

García estaba contemplando al conde y tratando de adivinar en su fisonomía lo que aquél le ocultaba; pero la verdad es que no habia sacado nada en limpio de su observacion, y al terminar el conde la lectura de la carta, viendo que éste permanecia entregado á sus pensamientos, le pareció oportuno advertirle su presencia. Al efecto, se levantó y dijo:

—Si estorbo.....

—No; quédate—contestó el conde al mismo tiempo que tiraba del llamador.

Presentóse el mismo paje portador de la carta á muy poco tiempo despues de haber sonado la campanilla.

—Pasad aviso á doña María de que deseo verla, y que la espero.

El paje saludó respetuosamente y se retiró.

—Os aconsejo de nuevo que hagais acopio de calma y de prudencia.

—Tú juzgarás.

—¿He de presenciar la entrevista?

—Sí, pero oculto en ese gabinete—respondió el conde indicando á García la puerta de un aposento que comunicaba con la habitacion donde se hallaban ambos en aquel instante.

—Como gusteis.

—Desde ahí podrás oir perfectamente cuanto aquí hablemos.

—Procuraré no perder una palabra.

—¡Oh! yo te aseguro que en breve sabré á qué atenerme.

—Eso es cosa que debíais ya saber.

—Yo me entiendo.

—Siendo así, no digo nada, y con gran satisfaccion me parece observar que estais ahora ménos impresionado, y por lo tanto, en mejor disposicion que antes para sostener cara á cara una explicacion con vuestra bella hija.

—No te engañas.

—Es lo más prudente.

—Retírate, porque creo que se aproxima.

—Os recomiendo mucha calma.

Dicho esto, se ocultó García en el aposento que antes le indicara el conde.

Presentóse María, y á juzgar por la palidez de su semblante, bien podia asegurarse que la bella jóven estaba sufriendo horriblemente.

El conde fijó en ella una mirada severa, y le dijo con aire de enojo:

—Es preciso que hoy hablemos de cierto asunto que no ignoras, y que sepamos de una vez á qué debemos atenernos.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Siéntate y escucha.

La jóven obedeció el mandato del conde. Este continuó:

—¿Has tenido alguna entrevista recientemente con el señor vizconde del Juncal?

—Sí, señor; hace dos dias.

—¿Qué pasó en ella?

—Nada que merezca especial mencion.

—¿No te habló de su amor?

—Así lo hizo en efecto—contestó María, cuyo rostro se coloreó ligeramente.

—¿Insistió en ofrecerte su mano?

La jóven guardó silencio, y el conde continuó:

—Espero oir la contestacion á mi pregunta.

—No puedo negar que el vizconde me reiteró su ofrecimiento.

—Y tú.....

—Yo.....—balbuceó María.

—Tú ¿qué le respondiste? sepamos.

—Negué de nuevo mi consentimiento—contestó la jóven, respetuosa, pero enérgicamente.

—Aguardo oir razones que justifiquen la conducta que sobre ese particular observas, estimando en poco mi mandato.

—Yo, señor, no menosprecio vuestras órdenes.

—Entonces, ¿por qué no me has obedecido aceptando la mano del vizconde?

—Porque.....

La pobre niña temblaba, y no sabia qué contestar.

—Sepamos; no son lágrimas, sino razones las que de tí espero.

En efecto, de los ojos de María brotaba un raudal de llanto.

—¿Te obstinas en callar? ¿Crees acaso que desconozco los motivos en que se funda tu negativa? ¿Has creido que se me podia burlar con facilidad? Ten entendido, pues, que vives engañada; sé perfectamente que has dado oidos, teniendo en poco el respeto que me debes, á un miserable que ha abusado de la confianza que en él tenia yo depositada.

—Padre mio, yo.....

—No niegues, porque seria inútil, pues te repito que estoy muy bien informado, y sé á qué atenerme respecto á ese particular.

María, cada vez más asustada, no acertaba á pronunciar una sola palabra. El conde, cuya exaltacion iba aumentándose por grados, sin tener en cuenta los sufrimientos de su hija, que claramente se retrataban en su hermoso semblante, continuó increpando el mal proceder que con él se tenia.

—Una jóven honesta y respetuosa no debe dar oidos á galanteos que no estén autorizados por el asentimiento paternal, y mucho ménos debe hacerlo sabiendo que la persona que se los dirije no es aquella á quien su padre se inclina. ¿Conoces hasta dónde raya la caballerosidad del vizconde?

—Conozco algunas de sus bellas cualidades.

—Y á pesar de ello le has desairado.

—Yo..... yo.....

—¡He aquí el gran recurso de las mujeres! Balbucear palabras, derramar abundantes lágrimas y nada más; con esto creen que basta y sobra para justificarse cuando se las acusa; pero ya te he significado, al dar comienzo á nuestra conversacion, que quiero saber claramente si estás ó no dispuesta á obedecerme, á fin de que yo pueda obrar segun lo reclama mi dignidad. ¿Te obstinas en rechazar la mano del vizconde?

—Padre mio—exclamó María con voz embargada por el llanto—bien conoceis vos.....

—Nada de evasivas. ¿Estás dispuesta á obedecerme gustosamente?

—Gustosamente.....

—Ó disgustada, lo mismo da.

María hizo un gran esfuerzo sobre sí misma, y decidida á arrostrar del todo la cólera del conde, respondió:

—No deseo por ahora contraer matrimonio.

—¡Ira de Dios!—repuso el conde sin poderse contener.—

¿Has llegado acaso á acariciar la idea de que yo consienta al fin en autorizar tus locos amoríos?

—No, padre mio, no.

—No creas ni por un solo momento, que deje pasar sin el correctivo debido la desobediencia de que haces gala.

—Creed, padre mio, que quisiera.....

—Lo que tú quisieras no lo conseguirás; me sobra energía para evitarlo, y á fin de demostrártelo claramente, empezaré por alejarte del hombre á quien amas.

—Quizá esteis engañado—se atrevió á observar María, que en efecto creia que el conde hablaba por meras sospechas.

—Engañado, engañado..... no; harto me consta, y para que te convenzas de una vez, te diré que sé que tu bello Amadís se llama don Luis de Guevara.

CAPÍTULO LIV.

Donde se tocan las consecuencias de haber obrado mal.

Anonadada quedó María despues de oir pronunciar al conde el nombre de don Luis.

El conde, dispuesto á confundirla más y más, si era posible, no apartaba de ella su severa mirada.

—Juzgo que no abrigarás ya la menor duda de que conozco todos tus secretos.

—Sí; reconozco que he obrado mal no dándoos parte de los sentimientos que abrigaba mi corazon; pero confio en que vuestra paternal bondad sabrá dominar vuestro justo enojo, y me perdonareis.

—¿Eso crees?

—Mi única culpa consiste en haber oido las palabras de amor que don Luis me ha dirigido.

—¡Villano! ¡Quién podia esperar de él tamaño proceder!

—Quizá don Luis espere el momento oportuno.....

—¿De qué?....

—De hablar con vos, y manifestaros.....

—Es tarde para eso.

—No, padre mio; no lo es, si vos me quereis ver feliz—dijo suplicando tiernamente la pobre jóven.

—¡Feliz! ¿Acaso dejarias de serlo con el vizconde?

—Pero, puesto que ya sabeis.....

—Puesto que sé hasta donde ha rayado tu audacia y el atrevimiento de un jóven insensato, pretendes que en recompensa otorgue yo mi permiso para que se verifique un dia vuestro enlace, ¿no es eso?

—Yo me atrevo á esperar que, dando al olvido nuestra falta, nos otorgueis ahora vuestro perdon, y más adelante no pongais obstáculos á la felicidad de ambos.

—Jamás, no lo esperes. Lejos de eso, sabré obligarte á que comprendas tus deberes y obedezcas mi mandato, y en cuanto á don Luis, yo le haré conocer el peso de mi justo furor.

María cayó de rodillas á los piés de su padre, y juntando ambas manos, convulsa y temblorosa la voz, la pobre niña se propuso desarmar el furor de que aquél se hallaba poseido.

—¡Padre, querido padre, no desatendais mis ruegos!

—Antes desatendiste tú los mios, obligándome á convertirlos en mandatos.

—Por lo que más ameis en este mundo, doléos de mi afliccion.

—Levántate y cesa de suplicar inútilmente; tus ruegos redoblan mi animosidad.

María se levantó; pero temiendo no poder sostenerse en pié, se sentó en el sillon que más cerca tenia.

—El vizconde es un noble caballero, un dignísimo jóven cuya mano anhelaria conseguir más de una de nuestras hermosas y opulentas damas; yo le he ofrecido la tuya; pero tú te propones contrariarme; pues bien, te manifiesto que estoy resuelto á ser obedecido, ó de lo contrario, acabarás tus dias

en la soledad de un claustro; estoy decidido á ello. Tú decidirás.

—¡Dios mio, Dios mio!—exclamó para sí la desolada jóven.

—¿Callas? ¿Te obstinas aun?.... no sé cómo me es dado contenerme.

El conde calló porque percibió los pasos de una persona que se dirigia indudablemente en su busca.

Apareció el paje, y al verle el conde preguntóle al punto:

—¿Quién te ha llamado?

—Señor, una dama que acaba de llegar me ha rogado con tanta insistencia que os pase recado, que no he podido ménos aun á riesgo de afrontar vuestro enojo.

—¡Una dama! ¿ha dicho su nombre?

—Díjome que se llamaba Alina.

—¡Alina!

Y el semblante del conde descompúsose de tal modo, que no pudo ménos de advertirlo su hija.

—Padre mio, ¿qué teneis?—le dijo.

—Nada—contestó secamente el conde—véte á tus habitaciones, que ya veré yo lo que dispongo respecto á tí.

María obedeció silenciosamente, mientras su padre volviéndose hácia el paje, prosiguió:

—En cuanto á esa dama, que entre; y cuida mucho de que nadie llegue á interrumpirnos. Si tú hubieras cumplido con mis órdenes, no me viera yo en este caso.

El paje, un tanto confuso por la reprimenda que acababa de recibir, salió del aposento, penetrando á poco en él la dama á quien ya conocen nuestros lectores, compañera del extraño personaje que habitaba en las inmediaciones de la Vírgen del Puerto.

El conde habia procurado dominar la primera impresion, y al entrar Alina, le dijo:

—¿Es decir, señora, que os habeis propuesto, en compañía de Monteleone, martirizarme constantemente? ¿Por qué no

concluís de una vez con mi existencia? Si tanto os he ofendido, si realmente teneis motivos sobrados para quejaros de mí, concluid de una vez con todo! Es preferible á la existencia á que me habeis condenado.

—El quitaros la vida, señor conde, fuera todavía haceros sobrado favor; recordad toda la magnitud de vuestros crímenes, ved las muchas lágrimas que habeis hecho derramar, y comprendereis que todavía fuimos sobrado generosos con la venganza que hemos querido tomar.

—¿Es decir que os parece poco sujetarme al tormento de veros, de escuchar vuestras frases preñadas de amenazas, y temblar siempre, yo que jamás he conocido el temor?

—Eso prueba cumplidamente lo empañada que teneis vuestra conciencia.

—En fin, concluyamos de una vez; ¿qué es lo que quereis de mí?

—Hoy no vengo para hablaros de mi venganza; no es Alina Aldobrantini la que se presenta á acusar al conde de Lazan por la muerte de su padre, por su felicidad perdida; es la defensora de una causa justa, que viene á demandar una legítima reparacion.

—No os comprendo.

—Vuestro hijo ha estado gravemente herido, ¿y sabeis quién le hirió y qué causa hubo para su herida?

—¿Acaso lo sabeis vos?

—Sí, señor conde.

—Decídmelo, porque yo os juro que me mostraré completamente inexorable con él.

—Precisamente, vos ménos que nadie teneis derecho para castigar al que ha herido al vizconde.

—Explicadme vuestras palabras, porque llenándome estais de confusion, y hartas llueven ya sobre mi espíritu.

—Vuestro hijo, siguiendo el digno ejemplo que su padre le diera, vió una honrada jóven cuya belleza tuvo la suerte sin

duda de excitar sus deseos; consiguió hacerse amar de ella, y despues, como de costumbre, la abandonó.

—¿Y algun rival, sin duda, ha sido el autor de su herida?

—Era un rival mucho más digno que el vizconde.

—¡Alina!

—Mucho más digno que vos tambien.

—Reparad que estais en mi casa, y es á mí á quién hablais.

—Vos no debeis olvidar el derecho que tengo para hablaros así, y las gracias que habeis de darme.

—Terminemos de una vez.

—El que ha herido á vuestro hijo es un jóven escultor, sumamente honrado, que amaba á Luisa, que así se llama la jóven de quien os hablo, y que al ver el amor de vuestro hijo, no vaciló en dominar el suyo, en sacrificarse, creyendo que de aquella manera labraba la felicidad de Luisa.

—Pero bien; ¿á dónde vais á parar?

—Luisa, la desventurada jóven, seducida y abandonada villanamente por vuestro hijo, necesita una rehabilitacion.

—¿Qué quereis decir? ¿intentais acaso obligarme á que case á mi hijo con esa virtuosísima señora?

—No tan irónico os mostreis, señor conde; que alguna más virtud existe en esa pobre niña, que en muchas damas de las que vos sin duda estais acostumbrado á tratar.

—Virtud que tiene primero por guardador á ese escultor de quien habeis hablado, que no sabe despues resistirse á mi hijo, que ahora sabe Dios á qué otro nuevo peligro se verá expuesta, francamente, señora, tiene tan poco de segura, que no diera por ella absolutamente nada.

—Está bien; lo siento por vuestro hijo.

—¡Mi hijo! si eso me lo decís en son de amenaza, ya sabrá defenderse contra ese escultorcillo.

—Escultorcillo le habeis llamado, y viénenme ganas de contaros una historia á propósito de ese escultor.

—Perdonad, señora; pero no estoy para perder el tiempo escuchando historias de ese género.

—Os interesa más de lo que creeis; y habeis de escucharla, porque he venido con ese objeto.

El conde dirigió una mirada terrible á la jóven, mirada que ésta sostuvo de un modo tal que obligó al conde á bajar la suya, diciendo despues con acento entre furioso y humilde:

—¡Hablad!

Entonces Alina púsose á referir al conde un suceso ocurrido veinte años antes, suceso que nosotros, en nuestra calidad de novelistas, transformamos bajo la forma que verán nuestros lectores en el capítulo inmediato.

CAPÍTULO LV.

Qué hizo el conde de Lazan veinte años atrás.

I.

Sobre las cuatro de la tarde de uno de los dias del mes de marzo de 1766, un hombre, una mujer y un niño adelantábanse trabajosamente por el camino que desde la frontera francesa llegaba hasta la córte de España.

Una jornada faltaba á nuestros viajeros para llegar á Madrid, y sin embargo, en vista de la lentitud con que caminaban y de la fatiga y abatimiento que se retrataban en el rostro del hombre y de la mujer, comprendíase perfectamente que no podrian pasar de una venta que á corta distancia del lugar en que se hallaban distinguíase sobre una pequeña eminencia.

La mujer iba cabalgando sobre un asno, llevando en sus brazos un niño de unos dos años durmiendo sobre su regazo.

Envolvíase en su luengo manto, que la servia sin duda tanto para resguardarse del frio, cuanto para evitar las miradas indiscretas.

El hombre caminaba al lado de su compañera, y si su traje demostraba lo poco desahogado de su posicion, el polvo que llevaba encima, lo tardo y lento de sus pasos, el abatimiento de su mirada y la triste expresion de su rostro demostraban tambien de un modo elocuente que la jornada habia sido larga sin duda, y que otras anteriores habia hecho ya, y que el cansancio iba apoderándose de él de un modo formidable.

Con la cabeza baja caminaba, y únicamente cuando se sentia tal vez á punto de desfallecer, alzaba los ojos, fijábalos en su compañera, un resplandor extraño brillaba en ellos, y enderezando su estatura daba algunos pasos con energía hasta que otra vez tornaba á dominarle el anterior decaimiento.

La cabalgadura en que iba la mujer, apenas podia andar tampoco, amenazando á cada momento depositar en el suelo su carga y tenderse á su lado para no levantarse más tal vez.

Buen espacio caminaron sin que se cambiase la más ligera frase entre los dos viajeros.

De pronto el pobre jumento dió un tropezon tan fuerte en una piedra que habia enmedio del camino, que la mujer perdió el equilibrio, y hubiera caido al suelo, á no encontrarse tan cerca su compañero que pudo sostenerla, y sostener tambien al animal que vaciló á la violencia del choque.

Al brusco movimiento que hizo la mujer, separósele el manto que la cubria.

—¿Te has asustado, Azucena?—preguntó con cariñosa solicitud el viajero.

—No—repuso la interrogada con un acento dulcísimo y suave.

—¿Irás muy cansada, es verdad?—volvió á decirle su compañero.

—No es mi fatiga la que me molesta, es tu cansancio, Pedro; es el ver cómo te sacrificas por mí. Llena está mi alma de dolores viéndote andar, hace tantos dias, y sufrir del modo que estás sufriendo.

—¡Oh! pero todo tendrá su término pronto—repuso Pedro con acento sombrío.

—¡Dichosa venganza, que á tal extremo nos ha conducido! —dijo Azucena con acento indefinible.

—Yo te juro que la duquesa de la Jaridilla, ha de arrepentirse más de una vez de su proceder contigo.

—Calla, Pedro—repuso la jóven con el semblante ligeramente alterado por el terror.

Y hemos dicho la jóven, porque efectivamente jóven y hermosísima era la viajera que iba sentada sobre el jumento.

Como quiera que despues de pronunciadas las anteriores palabras, tornó de nuevo á envolverse en el manto, aprovecharemos los momentos en que permaneció descubierta para presentarla á nuestros lectores lo mismo que á su compañero.

II.

Ambos eran jóvenes y hermosos.

Azucena tenia efectivamente en su rostro algo de esa blancura aterciopelada de la flor cuyo nombre llevaba.

Dentro del óvalo que formaba aquel semblante, destacábanse dos poderosos ojos negros, rasgados, dominadores, ligeramente velados por una pestaña larga y espesa, y cubiertos por unas cejas primorosamente perfiladas.

La frente era ancha, despejada y algo prominente en el centro.

En la boca de aquella mujer estaba encerrada toda la pureza y toda la frescura de una niña, á la par que toda la delicadeza de detalles que un artista hubiese deseado para una de sus obras maestras.

Los dientes, esmaltados é iguales, encerrábanse dentro de unos labios rojos y encendidos que formaban el contorno de aquella boca encantadora.

La nariz era recta, acusando desde luego en el orígen de la jóven algo de las asiáticas.

Si añadimos á este rostro una barba redonda, digna complemento de él, y encerrándole dentro un marco de negros y rizados cabellos, tendremos una ligera idea de lo que era el semblante de Azucena.

Su traje era algo más rico que el de su compañero; pero lo mismo en el del uno que en el de la otra, habia algo que les daba carta de naturaleza entre los gitanos, que poco tiempo antes, y en virtud de una pragmática de Cárlos III, habian sido reducidos á la vida civil.

Efectivamente, aunque de cuatro ó seis años más Pedro que Azucena, parecia tambien esa belleza típica, por decirlo así, de la raza asiática; y sus ojos tambien eran negros y rasgados, y su nariz de una pureza extraordinaria, y su continente altivo y dominador.

Azucena podria tener unos diez y ocho años.

Pedro representaba veinticuatro.

El gitano, pues así podemos calificarle sin temor de herir su susceptibilidad, arregló cuidadosamente los pliegues del manto de su mujer, pues legítimamente lo era Azucena, diciéndole:

—Necesario es que lleguemos cuanto antes á la venta para que puedas descansar, y adquirir yo tambien alguna noticia respecto á la duquesa, que, segun juzgo, debe haber pasado por aquí hace dos ó tres dias.

—¿Tanto la temes?—preguntó Azucena.

—Entre ella y yo hay un duelo pendiente: por ella murió mi padre, por ella—prosiguió Pedro bajando la voz, y con acento en que vibraba el despecho, el dolor y la ira—fué deshonrada y muerta mi hermana; ya tú ves si tengo motivos para odiar á esa mujer.

—Dicen que es muy hermosa—exclamó Azucena fijando al través de su manto una mirada insistente en Pedro.

Éste, á su vez, fijó otra mirada escrutadora en su compañera, y despues, afectando un aire indiferente, repuso:

—Sí que es muy hermosa.

En aquel momento, el niño que Azucena llevaba en brazos, el cual no se habia despertado á pesar del violento choque anterior, hizo un ligero movimiento.

Esto sin duda despertó la atencion de Azucena, que dijo:

—Pero todavía no me has dicho, Pedro, este niño á quién pertenece.

—Ya lo sabrás—repuso el gitano frunciendo el entrecejo—á la duquesa.

—Lo que yo quiero saber, es quién es su padre.

—Su padre..... su padre..... su padre..... no te importa para nada.

Durante algunos segundos no se cruzó palabra alguna entre ambos personajes.

Una expresion sombría y terrible esparcióse por el rostro de Pedro.

Azucena caminaba tambien sumamente preocupada. De pronto alzó la cabeza, y dijo:

—Parece, segun he oido, que la duquesa era muy aficionada al trato y diversiones de la gente de nuestra raza.

—No hables de esas cosas, Azucena, tú no entiendes de ello, y mejor fuera tambien que no tuvieses que entender jamás.

III.

Entretanto, merced á un esfuerzo supremo hecho por el jumento, que quizás habia comprendido la proximidad de la cuadra, salvaron la pendiente en cuya cima se hallaba la venta, y apenas llegaron á ella, sorprendióles la animacion y el movimiento que en ella reinaba.

En el patio, y bajo un cobertizo de madera, hallábase una

pesada carroza de camino con algunas maletas atadas á la zaga, y otro coche de peor aspecto lleno de cajas y baules, guardados uno y otro vehículo por una media docena de lacayos.

En las cuadras apenas habia espacio, ocupado todo por las mulas de los coches, y por los caballos de los criados.

El ventero y todos los mozos de la casa corrian de una á otra parte con el aspecto de personas muy ocupadas en el hogar, al rededor del cual habia sentada una turba de mozos, palafreneros y lacayos; ardia un manojo de sarmientos que esparcia un benéfico calor por toda la estancia, y los fogones, las marmitas, y las cacerolas y los asadores apenas tenian reposo, demostrándose con esto la abundancia de huéspedes que habia en la posada.

Precisamente al llegar Pedro y Azucena á lo alto de la eminencia en que la posada estaba situada, por el camino de Madrid que al mismo sitio conducia, distinguióse una nube de polvo que hizo exclamar á Azucena al distinguirla:

—¿Qué es aquello, Pedro?

—Parece una tropa de jinetes que avanza rápidamente hácia este sitio.

—¿Qué podrá traer esa gente aquí?—exclamó Azucena con inquietud. Si fueran soldados que saliesen á nuestro encuentro.....

—¡Á nuestro encuentro! ¿Por qué?

—El rapto de este niño.....

—¿Quién puede saberle todavía?

—Un propio puede muy bien haber pasado delante de nosotros.

—No tengas miedo, Azucena; entremos y reposarás.

En aquel momento el ventero apareció en la puerta de la posada.

—Decid, maese—exclamó Pedro dirigiéndose hácia él—¿podrá vuestra merced darnos para mi esposa y para mí buena cama, buena cena y buen pienso para nuestra cabalgadura?

—No queda un rincon en la venta que no esté ocupado. Hásenos descolgado por aquí una dama de muchas campanillas, acompañada de una turba de criados y camareras que se han apoderado de todo.

—Es que nuestro dinero paréceme que es tan bueno como el de esa dama—repuso fieramente Pedro.

—No se lo niego á su merced—repuso con un tantito de sorna el ventero, fijando una mirada irónica en el miserable aspecto de los viajeros—pero si hubiera sabido antes que habíais de venir, habria dicho á la excelentísima señora duquesa de la Jaridilla que pasase de largo, pues no podia darle albergue en mi posada.

IV.

El nombre pronunciado por el ventero tuvo la virtud de dominar instantáneamente la ira que el tono de sus palabras habian despertado en el corazon de Pedro.

Un estremecimiento extraño conmovió tanto al gitano como á su compañera.

Azucena maquinalmente estrechó contra su seno al niño, cubriéndole con el manto, mientras que Pedro, mirando audazmente al posadero, le dijo:

—¿Habeis dicho que la duquesa de la Jaridilla está en la venta?

—¿La conoce su merced?

—Acaso:—repuso secamente el gitano—dejadnos entrar, y despues le llevaréis un recado de mi parte.

En este momento los jinetes en quienes nuestros viajeros habian reparado al llegar á la venta, habian seguido adelantándose por el camino; y mientras Pedro hablaba con el ventero, ganaron terreno de tal modo, que al pronunciar las últimas palabras el gitano, estaban á pocos pasos del ancho portalon que formaba la entrada.

Aquellos jinetes eran soldados de guardias walonas.

Eran doce, é iban mandados por un oficial al cual acompañaba otro caballero.

Éste, de altanero y hermoso semblante, aunque un tanto repulsivo, adelantóse hácia el grupo formado por Pedro y Azucena, gritándoles:

—¡Paso franco, mendigos!

Al sonido de aquella voz, estremecióse la gitana, y volviéndose súbitamente Pedro, hallóse de frente con el jinete.

Un relámpago de odio brilló en sus ojos.

Su mirada fijóse en él, y con acento en que la ira sofocaba al respeto, dijo:

—Bien sabeis, señor conde, que no somos mendigos.

Y permaneció firme en su puesto, sin hacer caso de Azucena, que con acento suplicante, le decia:

—¡Pedro!

El conde refrenó algun tanto su caballo, y frunciendo algun tanto el entrecejo, y nublando de un modo poco tranquilizador el semblante, exclamó:

—¡Mendigo ó no, apártate de ahí!

—No vayais tan de prisa, señor; tengo á mi mujer enferma y cansada, necesito reposo para ella y la venta está ocupada.

—¿Y yo qué tengo que ver con todo eso?—gritó el caballero.

—Pero tengo que ver yo—repuso Pedro conteniéndose á duras penas.

—Vamos, no estoy para bellaquerías; apártate de ahí, ó haré saltar mi caballo por encima de tí.

—¡Oh!—exclamó Pedro en cuyos ojos brilló un relámpago de cólera, y cuyos puños se apretaron convulsivamente—no lo hareis así.

—¿Me provocas?

—Líbreme Dios de cometer tal pecado, que el señor conde de Lazan pasa por ser un modelo de mansedumbre y de prudencia.

—¡Miserable!....

Y el conde lanzó su caballo con tanta violencia sobre el gitano, que éste no pudo apartar á tiempo la cabalgadura de Azucena, recibiendo ésta el choque, cayendo al suelo y dando un grito, al mismo tiempo que el niño, bruscamente despertado, rompia á llorar amargamente.

La cólera cegó á Pedro, el grito de Azucena y el llanto del niño hiciéronle palidecer horriblemente, y sacando una daga que llevaba bajo la chupa, lanzóse sobre el caballero, cogiendo violentamente las bridas del caballo.

El conde, que al hacer su anterior movimiento habíase prevenido, al ver brillar la hoja de acero en manos del gitano, sacó una pistola del arzon de la silla, y disparó á boca de jarro sobre el gitano.

Éste no pudo decir una palabra.

Al ruido de la detonacion siguió un grito desgarrador, horrible, indescriptible, grito lanzado por Azucena.

Despues siguióse la caida de dos cuerpos.

El gitano abrió los brazos, y cayó como una masa inerte.

La bala le habia deshecho el cráneo.

Azucena dió un paso hácia el conde, y alzando las manos al cielo, exclamó al caer sobre el cadáver de Pedro:

—¡Maldito seas, conde de Lazan!

V.

Al mismo tiempo una mujer, atraida por el rumor de las voces, por el rumor de la contienda, apareció en el balcon que caia precisamente sobre el portal.

Aquella mujer era jóven y hermosa.

Iba vestida, aun cuando de viaje, con un lujo extraordinario, y al reconocer á Pedro, que á la sazon echaba mano á la daga para lanzarse sobre el conde, su semblante cubrióse de un encendido carmin, murmurando:

—¿Por qué viene Pedro tras de mí?

Y apenas tuvo tiempo para acabar esta frase, porque sonó el pistoletazo del conde, y el gitano cayó muerto.

Entonces, al anterior carmin sucedió en el rostro de la dama una densa palidez, apoyó sus dos manos en el balaustre de madera del balcon, y exclamó con un acento sordo y amenazador, á la par que en sus ojos temblaba una lágrima:

—¡Desgraciado de vos, señor conde de Lazan!

Y separóse del balcon, dejándose caer sobre un canapé que habia en la estancia.

Fácilmente puede comprenderse el tumulto que se seguiria á la caida de los cuerpos de Pedro y de Azucena.

Todos los mozos de la venta, los lacayos de la duquesa de la Jaridilla, algunos arrieros que estaban calentándose en el hogar y los guardias walonas que iban acompañando al conde, todos se agruparon á la puerta, mientras el posadero decia:

—¡Válgame el cielo, y qué desgracia tan grande!

El conde arrojó una mirada de desden sobre el cuerpo de Pedro, y dijo:

—Merecido lo tenia, porque era un bribon de marca el tal Pedro Linares.

—Siendo así—exclamó el ventero santiguándose—¡que Dios le haya perdonado!

Y volviéndose á los mozos que rodeaban con entereza á Azucena, les dijo:

—A ver, entradme vosotros á esa buena moza y al chiquillo al cuarto del portal, y haced que vuelva en sí. Tú, Alonso, lleva á la cuadra ese animal, para que si se ha de morir no vaya á darnos ese espectáculo á la puerta.

Los mozos y los arrieros cogieron en brazos á Azucena y al niño, otros ayudaron á levantar al borrico, y despues de esto, mozos, arrieros y soldados penetraron en el ancho zaguan de la posada.

En aquel momento una camarera de la duquesa aparecia en la escalera que al primer piso conducia, pidiendo informes respecto á lo ocurrido.

—Decid, maese—preguntó entonces el conde, que todavía no habia podido dirigirse al posadero—¿esta duquesa y esos escuderos pertenecen acaso á la noble y alta señora duquesa de la Jaridilla?

—Sí, señor—repuso el interrogado.

—En ese caso, oid, prenda—prosiguió el conde dirigiéndose á la doncella—decid á vuestra señora que el conde de Lazan, enviado expresamente por nuestro buen rey y señor don Cárlos III, desea ofrecerle sus respetos.

Al escuchar la mision que el conde traia, y la calidad de éste, lacayos y arrieros inclináronse respetuosamente.

La doncella desapareció presentándose poco despues, anunciando al conde que su señora le otorgaba su vénia, pudiendo pasar cuando gustara á su aposento.

Dió el de Lazan sus disposiciones para que se alojaran como pudieran los guardias walonas que le habian acompañado, y arrojando una bolsa á los piés del ventero para que se le entregase á la gitana como indemnizacion por la muerte de su marido, subieron á las habitaciones ocupadas por la duquesa.

Entretanto, y en virtud de lo dispuesto por el ventero, Azucena fué trasladada al cuarto que habia en el portal, cuarto que servia para el mozo que se quedaba de vigilante por la noche por si acaso llegaba algun viajero á deshora, y en el cual estaban hacinados y en confuso desórden los sacos de cebada y de avena, aperos de labranza, muebles de algunas habitaciones y el colchon que constituia la cama del mozo que allí dormia.

Extendióse aquel en el suelo, y sobre él se depositó el cuerpo de la gitana.

Extendióse una manta en el otro extremo de la habitacion, y allí se puso el cadáver del gitano.

Grandes esfuerzos costó el hacer volver en sí á Azucena; pero cuando abrió los ojos y ante ellos se ofreció el ensangrentado cuerpo de su esposo, un ¡ay! desgarrador se exhaló de sus labios, volviendo á cerrarlos de nuevo.

Pero esta vez fué por poco tiempo.

Vuelta á la vida, el sentimiento embargó todo su sér, y desbordando el torrente de su llanto, subió este hasta sus ojos, y rompiendo por entre sus párpados, dos raudales de lágrimas principiaron á resbalar por sus mejillas.

Entonces, los mozos y los arrieros, comprendiendo que lo principal habia pasado ya, siguieron el ejemplo del ventero, que, aproximándose á Azucena, le dijo:

—Vamos, niña, ha sido una gran desgracia, ya lo veo; pero la verdad es que tu marido provocó al conde, y con estos señores sale siempre mal parado el que se mete. Tú eres jóven, eres hermosa, y el mundo es grande; y ¡qué demonio! como que con tus lágrimas no has de volverle á la vida, consuélate con que mucho peor hubiese sido que tú hubieses muerto tambien. El señor conde me ha dado esto para tí. Ello es verdad que estos señores cometen sus demasías, pero ¡qué demonio! tambien saben repararlas, y como dicen que los duelos con pan son ménos, puesto que tienes pan, da treguas á tus dolores, y el muerto al hoyo y el vivo al bollo.

Y el ventero, convencido de su filosófica peroracion, y convencido de que habia hecho su efecto, dejó la bolsa que el conde le diera junto á la cama, y salió del aposento seguido de las demás personas allí reunidas, á quienes el discurso del ventero parecióles tan bueno, que no sabiendo nada mejor que decir tomaron el prudente partido de callar.

Azucena, apenas si se hizo cargo de lo que acababan de decirle.

Completamente abstraida en su dolor, apenas si tenia la conciencia de lo que la rodeaba.

VI.

Largo tiempo permaneció llorando.

El velo de lágrimas que cubria su vista impedíale ver, y únicamente cuando en un momento de tregua alzó los ojos fijándose en el cadáver de su esposo, irguióse de repente, y adelantándose hácia él se arrodilló á su lado, y con un acento indefinible, con una expresion en que se revelaba todo un mundo de dolores, de celos y de desesperacion, murmuró:

—¡Ay, Pedro! ¡Bien habia adivinado mi corazon que la duquesa de la Jaridilla habia de ser tu perdicion! Tú no has sabido jamás todo el infierno de angustias en que he vivido, porque yo habia comprendido que tú amabas á la duquesa, porque yo sabia que entre ella y tú existia un secreto, que á pesar de todos mis esfuerzos no habia podido penetrar. ¡Oh, tú no me veias cuando á solas en mi habitacion, surcaba por mis mejillas el amargo llanto de los celos; porque yo te amaba, Pedro; te amaba con el primero, con el único amor de mi existencia; y muerto tú, no solo te juro no amar á ningun hombre, sino que desde este momento me consagraré á vengarte! Yo buscaré á ese conde miserable, á quien tú odiabas porque habia sido el amante de la duquesa; yo buscaré á ésta tambien, y al uno por tu amor, y al otro por mis celos, te juro que han de sufrir todo lo que yo he sufrido.

Y de nuevo tornó á llorar la gitana, pasándose de este modo algunos minutos, hasta que sintiendo ruido en la puerta de la estancia, depositó un beso en los helados labios del gitano, secó sus lágrimas y se levantó, volviéndose hácia la puerta.

Un ligero grito se exhaló de sus labios.

En el umbral de ella estaban la duquesa, el conde de Lazan, el ventero, y detrás de ellos, pero mirando á través de la puerta, los mozos, los lacayos, los arrieros y los guardias,

asombrados de que una tan gran señora descendiese á visitar á una tan humilde mujer.

Durante algunos segundos la mirada de la gitana, insistente, poderosa y enérgica, estuvo fija en la de la duquesa.

En aquella mirada habia un deseo tal de saber quién era la persona que ante sí tenia, que intuitivamente, si así podemos expresarnos, hubo de adivinarlo; porque adelantándose hácia ella, le dijo:

—¿Sois vos, señora, la duquesa de la Jaridilla?

—¿Qué se te ofrece?—preguntó la interrogada un tanto desconcertada por la pregunta de la gitana.

—Ya que habeis venido, quiero hablar con vos.

Habia tal imperio en aquel «quiero,» que lo mismo el conde que la duquesa no pudieron ménos de estremecerse.

Y sin duda la dama hubo de ver en los ojos de la gitana algo que la obligase á acceder, porque dijo:

—Bien; habla cuanto quieras.

—Ha de ser con vos sola.

—¡Conmigo!

—Señora—dijo el conde, que hasta entonces no habia terciado en la conversacion—dejad á esa pobre mujer, á quien sin duda su dolor extravía, y puesto que ya habeis satisfecho vuestro capricho, salgamos de aquí si os place.

—¿Todavía tienes valor de hablar, conde de Lazan?—exclamó Azucena dando un paso con ademan amenazador hácia el conde—¿Todavía te atreves á levantar tu voz en presencia de aquella á quien has arrebatado la luz de sus ojos? ¡Oh! ¡maldito seas, conde de Lazan! Valiérate más no haber nacido que haberte puesto en frente de mí, porque te aseguro que torrentes de lágrimas has de derramar por cada gota de la sangre de mi esposo.

El conde, á pesar de toda su audacia, no pudo ménos de impresionarse escuchando las palabras de la gitana.

Ésta, en uno de los movimientos que hizo, tropezó con la

bolsa que el ventero al marcharse habia dejado al lado de su cama.

Fijó sus ojos en ella, asombróse al propio tiempo; pero recordó sin duda despues, y la ira se reflejó de tal manera en su rostro, que al verle coger la bolsa, la duquesa maquinalmente retrocedió algunos pasos.

Pero Azucena no se fijó en ella.

Cogió la bolsa, como ya hemos dicho, y adelantándose hácia el conde, le dijo con un acento imposible de describir:

—Ahora recuerdo que me han dejado estas monedas de tu parte; es sin duda el precio en que estimas la sangre derramada. ¡Toma, conde miserable, este oro está abrasando mis manos, porque viene de la infamia de la venganza. No has muerto á Pedro porque te hubiese faltado al respeto; le has muerto porque entre los dos mediaba un secreto terrible que yo descubriré algun dia, y ¡ay entonces de tí! ¡tú has muerto de un pistoletazo á mi marido; tú morirás á manos del verdugo!

Y Azucena arrojó la bolsa á los piés del conde, y cogiendo de la mano á la duquesa, que estaba aterrada por lo que oia, prosiguió diciendo:

—Arrojad de aquí á toda esa gente, que he de hablar con vos sola, señora.

VII.

La duquesa, dominada por aquel acento, hizo que se alejaran todas las personas que la rodeaban, y cerrando la puerta de la estancia, quedóse sola con Azucena.

Ésta enjugóse el llanto que pugnaba por salir de sus ojos, y atrayendo junto á sí á la duquesa, y llevándola delante del cadáver de Pedro, le dijo con voz sorda:

—¿Le conoceis, señora? ¿recordais las veces que vuestros

ojos se han encontrado con los suyos? ¿recordais las frases que entre ambos se han cambiado? ¡Cuán ajena estaríais de que habia en el mundo una pobre gitana que conocia vuestro secreto, que ha estado viviendo desesperada, llevando la sonrisa en los labios y la muerte en el corazon, porque sabia que el hombre á quien amaba, el hombre que era su vida, el hombre que le habia jurado amor, fe y constancia al pié del altar, ese hombre os amaba á vos, señora, á vos que sois quien le ha muerto!

—¡Yo!—exclamó la duquesa con tembloroso acento.

—Vos, sí; vos sois quien le ha muerto; porque por vos venia á Madrid.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—La verdad; yo no sabia quién erais vos, yo no os conocia, yo no sabia más sino que existia una duquesa de la Jaridilla, á quien mi Pedro amaba. Vos le inferísteis alguna ofensa hacia algun tiempo, y Pedro venia á Madrid para vengarse de vos, señora; y yo os juro que su venganza, que es la mia hoy, será tan grande que todo el llanto de vuestra existencia no es bastante para llorarla.

—¿Pero de qué tenia que vengarse Pedro de mí?—exclamó la duquesa terriblemente herida por las frases de la gitana—¿Qué venganza es la que tú puedes tomar de mí? ¿Quién eres tú para poder amenazarme?

—Quien tiene derecho para ello. Ahora ya estais advertida, señora; os he traido junto al cadáver del hombre á quien burlásteis, para que recordeis siempre mis palabras. Su venganza es la mia, y yo os juro que presto, muy presto, habeis de sentir todo el peso de ella.

—Desprecio tus palabras, hijas del mismo dolor que te agobia. La duquesa de la Jaridilla está demasiado alta para que tus amenazas puedan alcanzarla.

—Pues le alcanzarán, no lo dudeis. Ya os he dicho cuanto tenia que deciros, os he avisado porque no quiero que jamás

podais culpar á nadie del daño que os suceda. Podeis salir, y dejadme que sola reze las últimas oraciones junto al cadáver del hombre á quien habeis muerto.

Tras estas palabras Azucena tornó á arrodillarse junto al cadáver de su marido, mientras la duquesa, maquinalmente, presa de un extraño terror, abria la puerta del aposento y salia de él, no sin arrojar una última mirada sobre el cadáver de Pedro y sobre la mujer que junto á él estaba arrodillada.

Al poco tiempo percibióse un movimiento y una agitacion extraordinaria en la venta.

La duquesa, á pesar del propósito que habia formado de pasar en ella la noche, dió orden, al salir del cuarto de Azucena, de ponerse en marcha inmediatamente.

Los lacayos engancharon las mulas á la carroza, los guardias que el rey habia enviado á recibirla y escoltarla, montaron á caballo, y no tardó mucho en tomar el camino de la córte la excelentísima señora duquesa de la Jaridilla, dama que habia sido de la reina doña María Luisa de Sajonia, esposa del rey don Cárlos III, y á quien ésta habia profesado un cariño extraordinario, afecto que tambien le profesaba el monarca, en términos, que al saber que regresaba á la córte despues de algunos años de ausencia, apresuróse á enviarle aquella escolta de honor para que la acompañase, y uno de los caballeros de su córte para que la recibiese.

Cuando se hubo perdido á lo lejos el rumor de la ruedas de los carruajes y las pisadas de los caballos, alzóse Azucena del suelo, y dijo dirigiéndose al cádaver:

—Adios, Pedro, reposa en paz, que cuando vaya á reunirme contigo, podré decirte:

—Estás vengado cumplidamente.

Y salió del aposento y llamó al ventero, y dándole algunas monedas de oro, le dijo:

—Tome vuesa merced; ahí tiene lo bastante para que se entierre con decencia á mi marido y se digan algunas misas

por su alma. En el cementerio del pueblo inmediato, enterradle y poned sobre su tumba una losa, para que yo sepa donde encontrarle. Haga vuesa merced lo que le digo, para que no tenga que reprenderle cuando vuelva por aquí; ahora déme el niño que llevaba en brazos cuando caí al suelo; y como presumo que mi cabalgadura no estará en disposicion de emprender el camino luego, ved si en vuestras caballerizas teneis algun caballo que pueda conducirme hasta Madrid: le compro, y le pagaré al contado.

El ventero, hablándole de aquel modo, mostrábase propicio siempre.

Prometió hacer lo que Azucena queria; facilitóle el caballo, al cual hizo trasladar todos los efectos que el jumento llevaba; pero en cuanto al niño, no pudo complacerla del mismo modo.

Buscósele por todas partes, interrogóse á todos los criados, pero no fué posible encontrarle.

En medio de la confusion producida por la muerte del gitano y el desmayo de Azucena, los mozos vieron que uno de los arrieros cogia al niño y entraba con él en la posada.

Despues no volvieron á verle.

VIII.

Sin embargo, uno de los mozos puso en manos de la jóven un papel que dijo le habia dado uno de los guardias walonas, al ponerse en marcha la comitiva de la duquesa.

Aquel papel que Azucena tomó con mano trémula, decia así:

«Azucena: te he amado como un loco, y me has desdeñado.

»Te casaste con un hombre que no te amaba, y le entregaste tu corazon desdeñando el mio.

»Hoy me vengo de tí; tienes un hijo, y este hijo crecerá en

mi poder aborreciendo á su madre. El dia en que te lo devuelva, te lo devolveré de tal modo, que maldecirás hasta la hora en que le concebistes.

Mariano Lopez.»

—¡Oh!—murmuró Azucena estrujando el papel entre sus manos—el miserable, como que ha permanecido dos años fuera del pueblo, ha creido sin duda que el niño era nuestro. ¡Infame cien veces! No sabe en realidad todo el daño que me ha hecho. ¿Qué hago yo ahora de mi venganza? ¿cómo realizarla, cuando me han arrebatado el elemento más indispensable? Pero no por eso me dejo abatir; no temas, Pedro mio, ignoro los medios que emplearé, pero yo te juro que quedarás vengado.

Y guardando aquella carta, y envolviéndose en el manto, sin temor á lo avanzado de la noche, y sin preocuparse por lo que pensar pudieran las gentes de la venta, subió á caballo, y poco despues iba galopando por el camino de Madrid.

CAPÍTULO LVI.

No hay falta que no lleve su castigo.

Durante el relato de Alina, el conde habia significado en su semblante la impresion que recibia.

Aquella historia, referida casi con los mismos detalles con que nosotros la hemos transcrito á nuestros lectores, oprimió dolorosamente el ánimo del conde de Lazan, que precisamente, como veremos, hallábase en aquellos momentos agitado por dolores de mayor consideracion.

Así fué que tan luego hubo terminado la jóven, le dijo:

—Pero ¿será posible que os mostreis tan implacable en vuestra venganza, que vayais eligiendo los momentos en que más daño puedan hacerme vuestras palabras?

—Recordad, señor conde, lo grave de la ofensa que me inferísteis. En aquellas horas de agonía, sobre el cadáver de mi padre, caliente todavía, juré tomar en vos cumplida venganza, y ya veis que no he faltado á mi juramento. Debeis desenga-

ñaros, la enormidad de vuestros crímenes lleva en sí tambien una enormidad de expiaciones, y aun cuando yo no viniese á recordaros todo lo que habeis hecho; aun cuando yo en estos momentos no me convirtiese en la voz de vuestra conciencia, el mismo remordimiento que habíais de sentir en esas horas de soledad y de quietud, en que el pensamiento se concentra en sí mismo y en que la mente se empeña con abrumadora persistencia en evocar el pasado, seria indudablemente más terrible que cuanto yo os pueda decir.

—¡Oh! no—repuso el conde con acento desconsolador—no hay nada para mí tan terrible, no hay nada que más me desespere, que el temor de veros aparecer ante mi vista, y el recuerdo que dejais en mi corazon despues que os habeis marchado. Hace años que os estoy viendo constantemente, tanto en los aniversarios de aquel desdichado suceso, cuanto en las situaciones más importantes de mi vida; y os juro que desearia más bien que me hubiéseis arrancado la vida de una vez, que no sujetarme al tormento á que me estais sujetando.

—Si hubiésemos obrado de ese modo, habria sido vengar un crímen con otro crímen, habria sido convertirnos en asesinos como vos lo fuísteis, y es necesario que resalte la diferencia notable que existe entre las víctimas y el verdugo.

—Como si no estuviérais siendo verdugos más terribles y más implacables que yo.

—Pero.....

—¿No os conmueve el ver la profunda amargura de que me hallo poseido, los dolores que me rodean, los disgustos, que tanto en el seno de mi familia cuanto fuera de ella, me asedian? Para vosotros nada hay que os contenga; creí que el dolor infundia respeto, pero sin duda vosotros lo juzgais de otro modo, y al dolor que por un estilo me agobia, añadís vosotros otro dolor más terrible.

—No somos nosotros, conde; es la consecuencia natural de vuestras culpas; no habeis sembrado más que desventu-

ras por donde quiera que fuísteis, y justo es que solo recojais llanto y desesperacion.

El conde nada pudo decir.

Encontraba tal vez lógico lo que decia la jóven, y no encontraba palabra alguna que oponer; quizás abatido por el mismo dolor quedóse sin fuerza para luchar contra aquella enemiga tan implacable.

Alina le contempló silenciosamente durante algunos segundos.

Por un momento resplandeció en su rostro una ligera tinta de compasion, tinta que se desvaneció inmediatamente para dar lugar á aquella misma expresion implacable que revelaba lo profundo del encono que sentia hácia el conde.

—¿Habeis comprendido bien toda la historia que os he contado?—le dijo despues.

—¿Por qué volveis á recordármelo? ¿Quién os ha podido enterar tan minuciosamente de lo ocurrido en aquel dia?

—¿Quién puede haber conservado en su imaginacion, grabadas con imperecederos caracteres todas las escenas de aquel dia?

—¿Quién creeis que haya podido conservar fijas en su memoria hasta las palabras que pronunció en aquellos momentos de prueba? Azucena únicamente, aquella pobre, viuda por vuestra culpa, es quien ha conservado fijos en su pensamiento todos los incidentes de aquel funesto dia.

—¡Azucena tambien! ¿Es decir que todos se han conjurado en contra mia?

—Todas las víctimas se han ido reuniendo en derredor de su verdugo.

—Y ¿qué es lo que intenta Azucena? ¿Qué venganza quiere contra mí?

—La infeliz no quiere venganza alguna, la única arma que hubiese podido esgrimir, desapareció sin saber cómo ni cuándo aquel mismo dia; y desde entonces, resignada con su suer-

te, aun cuando odiándoos con toda su alma, ha ido pasando la infeliz sin revelar á nadie esa historia, hasta que la casualidad me hizo encontrarla.

—Casualidad bien extraña, por cierto.

—Pero hay más todavía, señor conde; hay más que Azucena ignora y que tal vez vos ignorais tambien, segun la resolucion que adopteis en vista de lo que os he dicho.

—No os comprendo.

—Ya sabeis la accion que ha cometido vuestro hijo; ya sabeis tambien que Luisa es un ángel de bondad, es un ángel cuyas alas vuestro hijo ha arrastrado por el cieno. ¿Estais dispuesto á que cumpla vuestro hijo cómo debe?

—Explicáos mejor.

—Luisa necesita una reparacion; ¿creeis que vuestro hijo debe dársela?

—¿Qué cantidad cree necesaria esa desventurada para cubrir su honra?

—¿Qué habeis dicho? ¿Creeis acaso que el honor mancillado, el corazon herido, la esperanza y la ventura destruida, pueden rehabilitarse con un puñado de oro?

—¿Pues qué quereis entonces?

—¿Qué quiero? Lo que toda mujer honrada tiene derecho á exigir del hombre que tan villanamente la ha engañado: Luisa es digna de vuestro hijo.

—¿Esto más?

Y el conde, olvidando por aquello que él creia humillacion los disgustos que habia evocado la presencia de Alina, alzó fieramente la cabeza, mirándola con altivez.

—¿Es decir que juzgais que no debe rebajarse el señor vizconde de Lazan hasta dar su mano á la jóven que ha seducido y abandonado?

—No hubiera ella sido fácil, ni no se hubiese mi hijo atrevido.

—Sabeis que vuestro hijo tiene fama de burlador de damas

y buscador de aventuras, es decir, la misma que vos teníais, y comprendo que le disculpeis por esa misma razon.

—Pero ¿qué tiene que ver?....

—¿Sabeis quién es Luisa?

—Vos lo habeis dicho; una pobre huérfana, y yo os juro que, pues me dijísteis tambien el nombre del que ha herido á mi hijo, yo sabré encontrarle.

—Vos le dejareis en paz.

—¡Señora!

—Y le dejareis, no porque yo os lo mande, sino porque vos mismo habeis de evitar el tropezaros con él siquiera.

—¿Cómo?

—Azucena no sabe, como antes os dije, lo que yo sé; Azucena no conoce á Luisa ni á Antonio, pero en cambio los conozco yo.

—¿Y qué me importa los conozcais ó nó? ¿Creeis acaso que siempre voy á ser vuestro juguete? Todo tiene sus límites en este mundo, y la desesperacion le tiene tambien. Vos me habeis desesperado, y yo os juro que sacaré fuerzas de esa misma desesperacion, para oponerme de hoy en adelante á vuestros propósitos.

—¿Es esa vuestra última resolucion, señor conde?

—Vos misma la habeis provocado; no contenta con haberme acibarado la existencia, tratais tambien de arrastrarme hasta la deshonra.

—¿De modo que juzgais una deshonra la union de vuestro hijo con Luisa?

—Lo mismo eso que vuestra exigencia de que desista de vengarme del que ha herido á mi hijo.

—Pues las dos cosas tendreis que hacer.

—¡Jamás!

—No pronuncieis esa palabra, conde, porque acostumbrado debeis estar á que cuanto os he dicho ó yo he querido, se haya realizado.

—Pues yo os juro que no os saldreis con este último deseo.

—Lo mismo que con los demás.

—Pero ¿es que os habeis propuesto desesperarme?

—No sabeis quién es Luisa, y es preciso que lo sepais.

—Ya os dije que no necesitaba saberlo.

—Luisa, señor conde de Lazan, es la hija de Pedro y de la duquesa de la Jaridilla.

—¿Qué decís?

—Y Antonio es el hijo de la duquesa de la Jaridilla y del atolondrado calavera y burlador de mujeres, el conde de Lazan.

—¡Bondad divina!

Y el conde, completamente abatido por aquel último golpe, sepultó la cabeza entre sus manos.

—Ya veis—dijo Alina—como hareis lo que yo queria.

El conde no pronunció una palabra.

Un sollozo desgarrador se exhaló de sus labios, sollozo que sin duda tuvo la extraña virtud de conmover á Alina, que, palideciendo algun tanto y revelando en su rostro una ligera emocion, respetó el dolor del caballero, y salió de la estancia silenciosamente, mientras que éste se quedaba murmurando:

—¡Dios mio, Dios mio! ¡Cuánto os he ofendido para que así me esteis castigando!

CAPÍTULO LVII.

Triunvirato de majas.

Seis dias despues de las escenas á que han asistido nuestros lectores en los anteriores capítulos, hallábanse reunidas en casa de Paca sus dos amigas, Concha y Lola.

Luis habia abandonado definitivamente tanto la casa de la bordadora, como la de su amigo, donde, como sabemos, habia ido á refugiarse despues que hubo regresado del Pardo, porque habiendo entrado ya en vias de curacion la herida del marqués Adelfi, hacíase inútil guardar precaucion de ningun género.

El marqués no habia hecho reclamacion alguna; el rey amenguó su enojo sabiendo que el marqués estaba fuera de peligro, y por lo tanto, hacíase completamente inútil la precaucion del jóven.

Sin embargo, como que Luis no podia olvidar ni el encantador semblante de la maja, ni el servicio que de ella habia

recibido, todos los dias iba á verla, y Paca, á pesar de su natural desenvoltura y de aquel valor de que habia dado tan repetidas muestras, especialmente mientras estuvo en poder de Simon, no podia ménos de sentirse turbada é inquieta en su presencia.

Vicente, lo mismo que sus amigos, conocian la verdadera causa de la inquietud y del abatimiento de Paca; pero, sin embargo, ninguno de ellos habíase atrevido á decirle una palabra, ni áun el mismo Luis, y eso que realmente el jóven caballero encontraba cada vez más bellísima á la maja.

En el momento en que las encontramos nuevamente están preocupadas, y contra su costumbre, silenciosas.

Cada una ocupada en su labor, no hacen más que dirigir de vez en cuando su mirada hácia la puerta, cual si esperasen la llegada de una persona.

De repente Concha, fijando los ojos en sus amigas, exclamó:

—Pero, chicas; ¿qué diablo tenemos las tres, que estamos aquí sin decir una palabra?

—Tienes razon—contestó Lola—pero esto no prueba sino lo mucho más que queremos á nuestros hombres, de lo que ellos nos quieren, porque la verdad es que si las tres nos hallamos preocupadas, es debido únicamente á esa endemoniada conspiracion en que no sé por qué se han metido.

—¡Toma! Se han metido porque don Tadeo les ha comprometido, y ellos se creen que van á hacer la felicidad de España.

—Y mirándolo bien—repuso Concha—la verdad es que Floridablanca lo está haciendo cada vez peor.

—¿Y crees tú que el conde de Aranda lo haga mejor que Floridablanca?

—¡Toma, pues ya lo creo! Así lo dice Joselito, y me parece que no podreis negarme que tiene motivos para saberlo.

—Buenos motivos te dé Dios. Mira, Concha, la verdad es

que nosotras no entendemos nada de eso; pero si Vicente hubiera de creerme, no se hubiera metido en un berengenal que sabe Dios cómo va á concluir.

—Pero, chica, si los hombres no lo hacen, ¿quién lo ha de hacer? Nadie está contento con el conde de Floridablanca, y el rey no se atreverá á quitarle mientras que el pueblo no manifieste de un modo ostensible su descontento; ¿no lo crees tú así tambien, Paca?

—No sé de lo que hablábais—repuso Paca separando la mirada de la labor.

—Vamos, ¡válgame la Vírgen de la Paloma! ¡y qué tonta estás, hija! ¿Es decir que á tí te están hablando las personas, y tú como si tal cosa? Pues te aseguro que lo que es para esto no merecia la pena siquiera de que una se molestase en venir á verte.

—¿Qué quereis que os diga? Estoy preocupada sin saber por qué. Mi misma madre tiene tambien esa manía. Me habla muchas veces, y tan distraida estoy que apenas le contesto.

—¿Y tú no sabes en qué consiste esto?—preguntó Concha con acento ligeramente irónico.

—¿Cómo quereis que lo sepa? Á podérmelo explicar, debeis comprender que ya le habria puesto remedio.

—Es que hay cosas, querida Paca, que no se remedian con tanta facilidad. Ó mucho me engaño yo, ó las tuyas pertenecen al número de esas.

Paca no pudo ménos de sentir que el rostro se le enrojecia al escuchar las palabras de su amiga.

Dolores, á fin de alentarla algun tanto, apresuróse á decir:

—Vamos, mujer, que tienes tú tambien unas ocurrencias, que si no fuera por lo mucho que nos queremos, harian que nos incomodásemos.

—¡Toma! ¿y por qué? porque digo la verdad. Paca no tiene más ni ménos sino que está enamorada.

—¡Jesús mil veces!—exclamó la aludida con voz débil y haciéndose mucho más violenta su turbacion.

—Sí, hija, sí; y es en vano que trates de disimularlo, porque todo el mundo lo conoce, y yo he querido decírtelo varias veces, y siempre ha habido algun inconveniente.

—Y aun cuando así fuera—dijo Lola—¿qué de particular tendria?

—El estar enamorada, nada á la verdad, porque en el mundo estamos para eso; pero lo que sí tiene, es el que nada nos haya dicho á nosotras, cuando sabe que entre las tres no hay secretos.

—¡Pero si estás equivocada, Concha!.... ¡si yo no tengo secreto alguno!.... ¡si yo no amo á nadie!....

—Eso se lo explicas á otro.

—Lo que oyes.

—¿Á quién podria yo amar? ¿Quién veis que entre en mi casa que realmente merezca ser amado?

—Eso no lo digas, dí más bien que no tienes confianza en nosotras, que quieres reservarte tus secretos; pero no digas que en tu casa no entra hombre alguno que no sea digno de ser amado. Creo que si mi Joselito no se me hubiese presentado antes, y no me quisiera como me quiere, si me hubiese dicho algo, con la mejor voluntad le digo que sí.

—Pero, chica, ¿qué estás diciendo?—exclamó Lola.

—Yo soy así, ya lo sabeis; el pan, pan; y el vino, vino; lo que tengo en el pecho lo llevo en los labios, y si algun señor hay en la córte que pudiera haberme hecho tilin, es sin duda don Luis de Guevara.

—¡Ah!

Paca, con el rostro encendido por la emocion que experimentaba, no fué dueña de ahogar aquella exclamacion que acabó de venderla.

—¿Lo ves? ¿Comprendes que yo tenia razon cuando decia que estabas enamorada?

—¡Dios mio! ¡qué desgraciada soy!

—¡Desgraciada! Y ¿por qué?

—Porque la vergüenza me consumirá si como tú llegan otras á comprender el estado de mi corazon.

—¿Y qué hay de malo en ello?—dijo Lola—¿qué de particular tiene que te hayas enamorado de un real mozo? Mientras que en tu conducta no haya nada que te obligue á bajar la cabeza, ríete de lo que te diga el mundo.

—¿Y de lo que diga él?

Concha y Dolores se miraron silenciosamente.

Ambas comprendieron lo que queria decir su amiga, aludiendo quizás á la indiferencia del caballero.

—Vamos, Paca—dijo Concha despues—muy descontentadizo fuera, si no te encontrase más perfecciones y más honra, ó tanta por lo ménos, como tienen todas esas señoras con quienes él se trata.

—Y sobre todo, despues de lo que por él has hecho.

—¿Quién piensa en eso ahora?

—Él, si de agradecido se precia.

—Es que yo no quiero que me ame por gratitud.

—Que te ame y te corresponda, sea por lo que quiera.

Iba á replicar Paca, cuando una tosecilla seca que se percibió en el interior de la estancia, hizo exclamar á Concha:

—¡Y dale si es pesado y machacon este vejete! Ya vendrá ahora con alguna historia para Joselito.

CAPÍTULO LVIII.

El tentador.

—¿Dan vuestras mercedes licencia?—dijo una voz cascada y débil, contestando á las últimas palabras de Concha.

—Adelante, don Tadeo—repuso Paca, al mismo tiempo que murmuraba Lola:

—No sé qué haria para evitar que este viejo hablase con Vicente.

Don Tadeo, puesto que ya sabemos que así se llamaba la persona que acababa de entrar en el aposento de las majas, era un hombrecillo de unos cincuenta años, bajito, delgado, y de fisonomía astuta y sagaz.

Su mirada, recelosa y apagada por los cristales azules de los anteojos que llevaba constantemente, era tan perspicaz y escrutadora, que difícilmente se le podia ocultar nada.

Era tan meloso su acento, mostrábase siempre tan excesivamente cortés y agasajador, que no podia ménos de llegar

á ser molesto, fastidioso y repugnante, lo que dicho y hecho á tiempo, hubiera hecho de aquel individuo una persona simpática.

Vestia humildemente, pero iba sumamente limpio; decia que habia pertenecido á la servidumbre del duque del Infantado, de cuya casa habia salido por haberse indispuesto con el mayordomo, y que el señor duque, generoso como lo era con todos sus dependientes, le habia señalado seis reales diarios mientras viviese.

Con esta módica suma se iba sosteniendo, ayudándose sin embargo con otros emolumentos de una procedencia tan dudosa como la de aquél.

Don Tadeo se habia mudado á la casa de Paca, y ocupaba precisamente el mismo cuarto que anteriormente habitaba Simon, y desde donde habia estado haciendo sus curiosas observaciones respecto á la maja y á Luis.

Aquella habitacion era un magnífico observatorio para la casa de la jóven.

Don Tadeo se hizo bien pronto amigo de todos los vecinos.

Con todos se mostraba tan obsequioso, tan afable, que se captó la benevolencia del vecindario.

Sin embargo, á los pocos dias surgieron algunas disputas entre los vecinos, cosa muy rara hasta entonces, y estas disputas no fueron más ni ménos que consecuencia de habladurías y chismes de don Tadeo.

Pero tenia la rara habilidad de hacer que ninguno de aquellos chismes se le pudiesen achacar como tales, y únicamente se le podia tachar de ligero en decir palabras que pudiesen producir una excision.

Si se le hacia algun cargo por ello, pedia mil perdones, daba mil excusas, mostrábase tan dolorosamente afectado por lo ocurrido, que no habia más remedio que disculparle, y áun que pedirle perdon por el mal rato que haciéndole cargos por aquello se le habia ocasionado.

En casa de Paca habia entrado, lo mismo que en las demás, y en ella conoció, no solamente á Lola y á Concha, sino á Joselito y á Vicente.

Con una destreza superior á cuanto podamos decir, procuró desde los primeros momentos ver de qué pié cojeaban, como vulgarmente se dice, y presto comprendió que, como á la mayoría de los españoles gustábales murmurar del gobierno.

Una vez hecho este descubrimiento, el viejecillo en la soledad de su habitacion restregóse las manos sumamente satisfecho, murmurando:

—¡Van á quedar satisfechos de mí!

Desde este momento don Tadeo comenzó á hacer el papel de conspirador.

Habia muchos descontentos, segun decia, del gobierno de Floridablanca, y únicamente el conde de Aranda podia remediar aquella situacion tan desdichada.

Verdaderamente, el famoso ministro de Cárlos III habia tomado algunas disposiciones que fueron recibidas con desagrado.

Sus enemigos aprovechabánse de ellas para aumentar la guerra que le hacian, y conociendo él la tempestad que se iba formando, habia solicitado ya del rey que se le permitiera retirarse del poder.

Pero Cárlos no accedia, y la opinion pública, irritándose doblemente por la resistencia que encontraba, mucho más formidable; porque se la estaba excitando por quién tenia en ello interés, era fácil que llegase á producir un conflicto.

Circularon sátiras y libelos contra el ministro, y precisamente de ello sacó partido el viejecillo para engañar á Joselito y á Vicente.

Lo mismo el torero que el pintor hablaban respecto al gobierno más por lo que oian á la generalidad, que por verdaderas combinaciones, así fué que las primeras frases de don Tadeo les hallaron un poco reacios.

Sin embargo, éste no se desanimó por el primer ensayo. Con suma destreza fué sacando á los jóvenes los hábitos, las costumbres y las aspiraciones de uno y de otro, y de este modo consiguió halagar á cada uno por su propio flaco.

Cuando las jóvenes vieron á sus amantes comprometidos, ó por lo ménos muy adelantados en este terreno, instintivamente adivinaron un peligro, y aun cuando no pudieron definir cuál fuera, el cariño les hizo ver el riesgo, y apresuráronse á combatirlo.

Mas la casualidad dispuso las cosas de otro modo.

Á pesar del afecto que á don Luis de Guevara profesaba el monarca, afecto del cual tan repetidas pruebas le diera al presentarse en palacio, Cárlos III le echó una reprimenda, y Floridablanca, á su vez, reprendióle tambien, diciéndole que no era aquel el modo de pagar los favores que habia recibido de la córte.

La casualidad de que en aquellos momentos se hallase el ministro bajo la impresion producida por la lectura de uno de aquellos papeles escritos contra él, dió á sus palabras una acritud y una dureza impropias por completo de su carácter.

Ademas, precisamente no reparó que al censurar la conducta de don Luis habia dos ó tres personas delante, lo cual acabó de mortificar á éste, contestando con alguna destemplanza, con lo cual aumentó el enojo del ministro.

Don Luis salió de su cámara profundamente resentido, y dirigiéndose á casa de Paca, segun tenia por costumbre, dió rienda suelta á su cólera, sin reparar que estaba allí don Tadeo.

No desperdició éste la ocasion.

Apenas salió don Luis de casa de la maja, fuése tras él, alcanzóle á no muy larga distancia, y tan buena maña se dió, de tal modo supo aprovecharse de las mismas armas que él diera, que el jóven, con la impremeditacion propia de la edad y la irritacion consiguiente á lo que él juzgaba ofensa, entró

en la conspiracion ofreciéndose al conde de Aranda por medio de don Tadeo.

La adquisicion de don Luis sirvió al astuto viejo para vencer la resistencia que le oponian Vicente y Joselito, y precisamente el dia antes al en que nosotros presentamos en escena á don Tadeo, habíanse comprometido, aun cuando de palabra, los dos jóvenes.

De aquí el disgusto de las majas, de aquí las palabras que les hemos escuchado, y de aquí la poco benévola acogida que hicieron á don Tadeo al presentarse éste en la habitacion.

—¿Saben sus mercedes, señoras mias, que al entrar aquí se percibe un olor de gloria que encanta?

—Pues, don Tadeo—repuso Concha con desenfado—me la da de preciso, porque me parece que la gloria que su merced alcance, bien me la pueden clavar en la frente.

—¡Je!.... ¡je!.... ¡je!....—repuso el viejezuelo con su falsa sonrisita—esta Concha siempre ha de estar de broma.

—Pues no sé como es eso, porque tengo ganas de llorar!

—¡Jesús, María y José! Unos ojos tan hermosos como esos, no se han hecho para estar empañados por las lágrimas, y bien me sé yo que cuando el señor Joselito se haya quedado con el abasto de las carnes, por obra y gracia del señor conde de Aranda, brillarán esos ojos de alegría que será un contento.

—¿Pero quiere su merced decir que sucederá eso?

—¡Pues ya lo creo! Y muy pronto.

—¿Pero y si antes, como por desgracia hay en el mundo tanto soplon, se descubre y me los cojen á todos?

—Vamos, Dolores, que cuando vea su merced á mi señor don Vicente, pintor de la real cámara de nuestro buen monarca don Cárlos III, dará por bien empledos los disgustos que hoy pueda experimentar, porque con trescientos ó cuatrocientos doblones de costas, podrán dejar ya esos lindos dedos de ribetear escarpines.

—¡Oh! jamás he pensado en eso.

—Pero más de una vez habrá pensado mi señor don Vicente, y á mí tambien, aun cuando viejo, no deja de ocurrírseme que es muy doloroso que un rostro tan hechicero y unos encantos tan peregrinos, hayan de vivir oscurecidos en una modesta habitacion de estos barrios.

—Nosotras no hemos querido nunca más que ganarnos honradamente la vida, y poseer el cariño de nuestros hombres.

—Pero, hija, no quita lo cortés á lo valiente, y bien puede hacerse lo uno procurando el adelantamiento en lo demás.

—¿Y cree su merced que á mi Joselito le darán ese empleo?

—El mismísimo conde de Aranda—repuso don Tadeo bajando la voz y mirando á todas partes como si temiese que le escucharan—me ha empeñado su palabra, y la palabra de un caballero como él es muy sagrada.

—¡Jesús! ¡tengo una gana de que deje esa vida tan arrastrada que lleva!

—Ya se ve que sí. Expuesto á dejar la piel en las astas de un toro..... ¿y todo por qué? por unos miserables ducados que maldito si valen la pena que hacen pasar.

—Ya tiene razon su merced en eso.

—Lo mismo le sucede á mi Vicente. ¡Cuántos que valen mucho ménos que él, solamente porque han tenido favor, están ganando lo que quieren y disfrutando de las mayores consideraciones!

—¡Como que hoy es el tiempo en que únicamente medran los que Floridablanca quiere que medren!

—Pues esto está muy mal hecho, porque al fin y al cabo el que lo merezca, justo es que se lo dén.

Esa es la tendencia del señor conde de Aranda, y ya ven sus mercedes como todos los buenos españoles hemos de ayudarle.

—Eso es verdad—dijo Lola.

—Yo, con tal de ver á mi Joselito tranquilo.....

—Y yo lo mismo digo respecto á Vicente.

—Tambien para don Luis habrá la suya—dijo don Tadeo mirando intencionadamente á Paca, que apenas habia levantado los ojos de su labor.

—¿Y qué pueden hacer á don Luis despues de haberle dado el rey, nuestro señor, el condado de Castro-Nuño?

—Todavía hay muchas mercedes que hacerle, y el señor conde tiene ya en la mente lo que ha de hacer para premiar los servicios que no há mucho prestó en las colonizaciones de Sierra-Morena.

—Don Luis—dijo Paca alzando finalmente la cabeza—es muy posible que no acepte merced alguna del monarca, porque de ese modo creeria, y con razon, que se le pagaba por el servicio que habia prestado.

CAPÍTULO LIX.

Donde don Tadeo se ve obligado á hacer grandes esfuerzos para triunfar.

Las palabras pronunciadas por Paca, no pudieron ménos de impresionar á sus amigas.

—¡Pues es verdad!—dijo Lola—Parece que lo que don Tadeo nos propone, es simplemente comprar los servicios de nuestros hombres.

—Una de dos—prosiguió Paca—ó lo que se desea es justo, ó no lo es.

—¿Y quién duda que sea justo el cambio de gobierno que el reino está deseando?—dijo el viejo que no pudo ménos de estremecerse al escuchar las palabras de Paca.

—Pues si es justo, los que contribuyan á que se realice no pueden ni deben apetecer otra recompensa que la satisfaccion de haber contribuido al bien general.

—Eso prueba lo noble de su corazon—repuso don Tadeo

mordiéndose los labios con cólera—pero permítame su merced que le diga que tambien el desinterés tiene sus límites.

—En el terreno en que estamos hablando no hay límite alguno; ó se hacen las cosas desinteresadamente, ó no se hacen.

—Chica, tú has hablado poco, pero bueno.

—Y me parece que Vicente no volverá á pensar en adquirir ese título ni esos adelantos en su posicion que don Tadeo dice, si ha de ser por esos medios.

—Pues mira tú á quien se lo dices—repuso Concha—en cuanto venga Joselito, ya verás lo que yo le digo.

—Vamos, señoras mias, reparen sus mercedes que están un tantico obcecadas, y estos asuntos no son para tratarlos así.

—No sé lo que quieren decir esas palabras.

—Si Joselito hubiese pedido, por prestar su ayuda y la de sus amigos al señor conde, el empleo que antes dije, estaria en su lugar calificar de indigno el pedir semejante paga por un servicio del cual al fin y el cabo se podria prescindir.

—Pues eso debia hacer precisamente su merced—repuso Lola.

—No comprendo.

—Prescindir de Vicente y de Joselito, y buscar otros que se prestaran mejor, y que tal vez sirvieran más.

—¡Válgame el Santo Cristo de las Guardias! ¡Y qué impresionables que son las mujeres!

—¿De veras? ¿lo cree así su merced?

—Sí, señora.

—¿Y en qué se funda?

—Sencillamente, en que hace un momento se entusiasmaban á la idea de los adelantamientos que iban á alcanzar sus futuros, y ahora de repente, porque Paca ha soltado una palabra hija de su honrado corazon, ha sido lo bastante para que muden de ideas.

—Es que Paca tiene razon.

—¡Si yo no lo niego!....

—Pues entonces.....

—Lo que quiero decir, es que no todos los casos son iguales.

—Para obrar bien, todos lo son—dijo Paca.

—¡Ay! hija mia, en el mundo es necesario dejar que la cabeza obre tambien.

—De todas esas retóricas, don Tadeo, nosotras no entendemos una jota. Aquí se dice lo que se siente, sin meternos ahora en lo que la cabeza dice, lo que debe decir y lo que habla el corazon y todas esas tonterías. Nuestros hombres si en ese fregado se meten, es porque lo creen justo; si lo creen justo nada merecen por ello, y para no ganar nada y exponerse á que algun alcalde de casa y córte, dé con ellos en la cárcel, y se pudran allí hasta Dios sabe cuando, vale más, mucho más, que se estén tranquilos en sus casas.

—Tiene razon Concha—añadió Dolores.

—¿No estás tú en lo mismo que yo, Paca?

—Ya se ve que sí.

—Pero vengan acá sus mercedes; voy á convencerlas en un momento.

—¿De qué?

—De que no es eso lo que creen.

—¡Pero, qué! ¿Su merced trata de hacernos comulgar con ruedas de molino?

—¿No es justo que los hombres honrados, los de buena fe, ayuden al triunfo de la justicia y de la razon?

—¿Y quién niega eso?

—Ya llegaremos al final; tengan un poco de paciencia, que todo se ha de andar. Pues si aquello es justo, tambien lo es que se otorguen recompensas y mercedes á los que tienen verdadero derecho para ello, es decir, á los hombres honrados que pueden producir con su conducta un verdadero beneficio al rey y á la nacion.

Concha y Dolores se miraron sin saber qué decir.

Colocada la cuestion en aquel terreno, verdaderamente no podia rechazarse la idea de aquellos dos destinos.

Las dos majas, que se veian batidas, por decirlo así, con sus propias armas, fijaron sus ojos en Paca, como tratando de pedirle auxilio, puesto que no sabian qué decir.

Pero la jóven habia vuelto á su anterior preocupacion.

Don Tadeo paseó su mirada triunfante de una á otra de las majas, no pudiendo ménos de felicitarse de la distraccion de Paca, pues era la enemiga de quien más recelaba.

Concha, viendo que no encontraba una frase con que rebatir, en realidad, lo dicho por don Tadeo, y viendo que Paca no se habia apercibido, dijo:

—Con que, chica, ¿has oido lo que ha dicho don Tadeo?

Este volvió á inquietarse, fijando su mirada anhelante en Paca, que levantó la cabeza á la interrogacion de su amiga.

Pero felizmente, en aquel momento entraron Vicente y Joselito en la estancia.

Al verlos, el viejo dirigióse á su encuentro, y estrechándoles las manos, les dijo:

—Todo va bien, amigos mios—¿han hecho algo sus mercedes en pró de nuestro objeto?

—Sí por cierto—dijo Joselito—yo cuento con una cincuentena de compañeros, que cada uno de ellos, si llega el caso, se batirá como un leon.

—Pero, Joselito—dijo Concha terciando en la conversacion —¿lo has pensado bien?

—¡Pues no he de pensarlo, mujer! Las arbitrariedades y los abusos de Floridablanca no pueden tolerarse más.

—Todo el mundo está indignado ya—añadió Vicente.

—Pero ¿y si os sucede alguna cosa?—dijo Lola.—Acaso el conde de Aranda, ó los que sustituyan á Floridablanca ¿podrán compensarnos la pérdida que experimentemos?

—Si en eso pensásemos, nada se haria.

—Eso mismo digo yo.

—Hay muchos señores—añadió Joselito—que estan metidos en la danza.

—Y la piel de ellos, guarda la vuestra.

—Ya han visto sus mercedes la lista que les he manifestado, y en ella hay nombres muy importantes.

—Eso nos recuerda que nosotros debemos tambien poner los nuestros en ese compromiso—dijo Vicente.

—Sí, en verdad—repuso don Tadeo—tambien el señor don Luis de Guevara me ha dicho que vendria á firmar esta tarde.

—Pues vamos á poner nuestros nombres.

—¡Joselito, mira lo que haces!—dijo Concha que volvia á sus anteriores temores.

—Ya sé yo lo que hago, prenda; y don Tadeo no es persona que nos quiera mal.

—Pero eso de poner tu nombre en ese papel, es muy grave; si cayera en manos de los amigos de Floridablanca, me parece que todos tendríamos que llorar.

—¿Quién piensa ahora en eso?—dijo Vicente cogiendo la pluma para firmar.

Don Tadeo miraba ávidamente á los dos jóvenes.

Comprendíase que tenia un gran interés en aquellas dos firmas.

Dolores, al ver la accion de su amante, se estremeció, y maquinalmente fijó sus ojos en el viejo.

Entonces, presa de una angustia inmensa, presintiendo tal vez una desgracia, dirigióse hácia el pintor, y cogiéndole el brazo, le dijo:

—¡Vicente, por Dios! ¡no firmes ese papel!

Don Tadeo palideció intensamente.

Volvióse el pintor sorprendido, y al ver la palidez y la agitacion de su amada, no pudo ménos de exclamar:

—¡Lola! ¿Qué tienes?

—Que no firmes eso.

—¿Pero por qué?

—Por..... no lo sé, pero no quiero que te comprometas de ese modo.

—Nada, nada—dijo entonces don Tadeo, sacando, como vulgarmente se dice, fuerzas de flaqueza—no contrarie su merced los deseos de su amada; otra vez será de los nuestros.

—¿No comprendes que eso es una tontería?—dijo Vicente contestando á lo que la maja le habia dicho.

—Será lo que tú quieras, pero yo no estoy tranquila.

En este momento llamaron á la puerta de la casa, y poco despues don Luis de Guevara entró en la estancia.

Al verle Paca, coloreáronse sus mejillas, y su rostro se animó por completo.

En breve espacio se puso al corriente de lo que ocurria.

—Vaya, ¡qué diablo!—exclamó—lo que importa es que derribemos de una vez á Floridablanca.

—¡Pero, señor!—dijo Paca—¿Vais á ganar acaso algo con que caiga el conde?

—Nó; pero ¿qué importa eso? Me ha ofendido, y basta.

—Lo que es estas jóvenes—dijo don Tadeo—son partidarias sin duda del ministro, cuando tanto abogan por él.

—Tenga un poco más comedida la lengua, señor don Tadeo—dijo Concha—aquí no tenemos preferencia alguna, ni por Floridablanca ni por nadie.

—¿Pero si vosotras no entendeis de esto!

—Vamos, vamos, don Tadeo—dijo Luis—os he dado mi palabra de firmaros esta acta, y bueno ó malo, jamás he faltado á ella; dadme el papel, y concluyamos.

—Reparad, don Luis, en lo que os he dicho.

—No tengais miedo, Paca; todo ello no pasará de un motin como dicen que fué aquel otro contra Esquilache: mucho ruido, y salirse el pueblo finalmente con lo que queria.

—Así será, señor don Luis—repuso Tadeo—Usía ha puesto el dedo en la llaga.

—Pues firmemos—añadió Vicente.

—¿Es decir que de nada sirven mis ruegos?—exclamó Lola.

—Lo mismo que los mios—añadió Concha.

—Como que no tienen razon de sér en estos momentos.....

Y el pintor al pronunciar estas palabras, cogió la pluma y firmó al lado de su amigo Luis de Guevara.

Joselito imitóle á su vez, mientras las tres mujeres estrechamente abrazadas, demostraban en sus semblantes la contrariedad que experimentaban.

No pasó mucho tiempo sin que don Tadeo, despues de haber doblado cuidadosamente el pliego que contenia las firmas de nuestros amigos, abandonase la estancia de las jóvenes, y dirigiéndose á su cuarto les contempló durante algunos segundos, murmurando despues:

—Lo que es el marqués Adelfi y doña Catalina de Sandoval, han de quedar bien satisfechos de mí. Esto se llama matar dos pájaros de un solo tiro.

CAPÍTULO LX.

Ojeada retrospectiva.

Las últimas palabras pronunciadas por don Tadeo nos obligan á retroceder.

Es necesario que sepan nuestros lectores lo que sucedió, tanto en casa de doña Catalina de Sandoval, como en la de doña Isabel de Zúñiga, para que pueda apreciarse debidamente el trabajo de aquel astuto viejo.

Como que con estos antecedentes se enlazan tambien otros sucesos no ménos interesantes, suponemos que nuestros lectores no han de ver con disgusto esta semi-digresion, máxime cuando tan importante es.

Doña Catàlina habia creido que su anónimo dirigido al conde de Santillan produciria un terrible efecto.

Juzgaba que el esposo ofendido tropezaria con el culpable amante, y la espada del conde la vengaria de la deslealtad de don Luis.

Pero nada de esto sucedió.

El criado que á su completa devocion tenia en casa de doña Isabel, le dijo que, sin saber cómo ni cuándo, la jaula estaba vacía cuando llegó el esposo, y lo que es más todavía que en aquella desaparicion no habia tenido arte ni parte doña Isabel.

Don Luis habia desaparecido sin dejar huella alguna por donde pudiera suponerse que estaba.

Durante algunos dias doña Catalina, á pesar de toda su vigilancia, no pudo descubrir el paradero de su infiel amante, hasta que éste se presentó en la córte, una vez que estuvo convencido de que no se le habia de perseguir.

Para que se sobreseyera el proceso formado á consecuencia de aquel desafío, no fué ajena la doña Catalina, puesto que con mucho fundamento supuso que una vez tuviese la seguridad de que no habia de seguírsele perjuicio alguno, se presentaria, y de este modo le seria mucho más fácil averiguar lo que hacia. El inesperado desenlace que tuvo la tentativa respecto á la hija del conde de Lazan, disgustóla profundamente, haciendo severos cargos á Gil Perez, cargos completamente infundados, puesto que ya sabemos que á no ser por la inesperada aparicion del vizconde del Juncal, la pérdida de la jóven era segura.

El jóven, una vez libre ya, más por compromiso que por verdadero afecto trató de ver á la hija del conde de Lazan; pero en el mismo momento que se disponia á pasar á su casa, recibió una carta del conde, carta que le hizo cambiar de resolucion, impresionándole de un modo extraordinario.

Decia así:

«Señor don Luis de Guevara:

»Francas hallásteis las puertas de mi casa, y la amistad que al padre habia profesado, hícesela tambien extensiva al hijo.

»Vos mejor que yo sabeis cómo pagasteis tanta amistad y tan noble confianza.

»Las puertas que se abrieron para el hijo de mi amigo, para el hidalgo que necesitaba amparo y proteccion, y que se mostraba respetuoso y agradecido, se han cerrado para el caballero pérfido y desleal.

»Dentro de breves dias mi hija dará su mano al vizconde del Juncal, y únicamente cuando entre vos y ella se haya interpuesto el sagrado vínculo de otro matrimonio, será cuando podreis volver á la casa que tan mal habeis sabido apreciar.

»Entretanto os ruego que olvideis hasta su propio nombre.

El conde de Lazan.»

Fácilmente puede concebirse el efecto que la lectura de semejante misiva, habia de producir en nuestro amigo.

No podia comprender cómo ni por dónde habia sabido el conde aquellos amores, acabándole de sorprender la docilidad con que sin duda María cedia á su voluntad, cuando iba á casarse con el vizconde.

Durante algun tiempo permaneció sin saber qué hacer.

Despues cogió una pluma, y dirigió una carta á María.

En ella le pedia una entrevista; le indicaba lo que su padre le habia dicho, y la conjuraba en nombre de su antiguo amor, á que le diese una explicacion respecto á aquel matrimonio concertado tan repentinamente y tan próximo á verificrse.

Teniendo en cuenta que precisamente el medio de que se habia valido doña Catalina para hacer que la jóven saliese de su casa la noche en que Gil Perez debió apoderarse de ella, fué tambien otra carta de don Luis, pidiéndole una cita, carta cuya letra habia sido hábilmente falsificada por Gil, debe comprenderse que la jóven no se mostraria muy dispuesta á acceder á semejante peticion.

Por otra parte, la extraña conducta que Luis habia seguido con ella, aquel extraño silencio que se siguió á su repentina desaparicion de Madrid, no pudieron ménos de influir poderosamente en su ánimo.

La jóven ignoraba que don Luis habia sido herido, que despues habia estado en poder de doña Isabel, y que posteriormente, en Madrid, en los dias que permaneció en casa de Vicente, tuvo que adoptar dobles precauciones, tanto para que no dieran con él los que le perseguian, cuanto para evitar que la misma doña Isabel descubriese donde estaba.

Porque el jóven, por el relato que Paca le hiciera cuando por primera vez la vió en el Pardo, comprendió que la condesa de Santillan habia sido su verdadera raptora, y no únicamente por evitarse él un percance, sino por evitárselo tambien á Paca, hubo de procurar que su existencia no fuese de nadie conocida.

Pero María todo esto lo ignoraba; no habia visto más sino que el jóven no le habia dado noticias de sí en todo aquel tiempo, y que la única vez que lo hizo, ocurrióle una aventura que daba á sospechar si habria sido intencionado aquel suceso.

De aquí que no contestase á la carta del jóven, que éste se resintiera por ello, y que su enojo recayese por completo sobre la jóven que de tal modo se habia olvidado de su amor.

Entonces marchó á ver á doña Catalina.

La dama recibióle entre altiva y cariñosa.

No habia en ella ni la dósis bastante de prudencia ni de educacion para comprender lo difícil de su situacion, y esto precisamente fué lo que la perdió.

—Inútil es que os disculpeis—dijo á Luis, que trataba de ocultar su aventura—porque conozco perfectamente que los hombres son por lo regular olvidadizos y desagradecidos.

—Paréceme, señora, que no direis eso por mí, pues bien sabeis que de bien nacido me precio, y ni soy ingrato para el amor, ni desagradecido para el bien que se me hace.

—Inútil es cuanto me digais; sé perfectamente todo lo que de vos puedo esperar.

Esto, dicho con una entonacion que no pudo ménos de

desagradar al jóven, hízole fijar su mirada interrogadora en la dama.

Esta, á su vez, sin amenguar la tiesura de su aspecto, continuó:

—Hice por vos todo cuanto una mujer enamorada puede hacer; llegué hasta comprometer mi reputacion y mi fortuna; y vos, juzgando cosas baladíes ambas, habeis hecho lo que mejor os ha convenido en todo este tiempo, hasta que arrepentido sin duda, ó necesitado quizás, habeis vuelto á mí tratando de proseguir la farsa que en otro tiempo estuvísteis representando conmigo.

Todo el orgullo de don Luis sublevóse al escuchar la grosería de aquella acusacion.

Habríase apresurado á enjugar el llanto, á mitigar las quejas, si con las unas y con el otro se le hubiese presentado doña Catalina.

Pero desde el momento en que no solamente altanera sino insultante se le mostraba, arrojándole al rostro los favores que pudiera haberle hecho, el orgullo y el amor propio del jóven se sublevaron, y alzándose de su asiento, dijo fijando en la dama su mirada brillante de cólera y de indignacion:

—Señora, creo que no me habeis conocido, y á mi vez deploro yo tambien el no haberlo hecho hasta ahora.

Y tras estas palabras, y ántes que la dama del marqués del Alcázar hubiese tenido tiempo para decir una palabra, abandonó el jóven el estrado, dejándola confusa y suspensa.

Únicamente despues que hubieron pasado algunos segundos, fué cuando se dió cuenta de lo que habia sucedido, y retorciéndose las manos llena de desesperacion, murmuró:

—¡Miserable de mí! ¿qué es lo que yo he hecho? Razon tiene en abandonarme y despreciarme.

Y un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y comprimidos sollozos brotaron por fin de su pecho.

Largo tiempo permaneció así.

Al cabo de él fué calmándose su agitacion, cesaron de correr las lágrimas, y con acento ligeramente alterado, exclamó:

—¡Necia de mí! ¿Si él me amara, no hubiera comprendido que en las palabras que acabo de pronunciar no habia más que todo el despecho hijo de los celos? Sí; no tiene duda, ni me ama ni me ha amado, como dijo Giacomo Zarini; yo no le he servido más que de escabel para su fortuna, y una vez conseguida esta, no ha buscado más que un pretexto para abandonarme. ¡Oh! pero yo le aseguro que no ha de burlarse de mí, ya que la casualidad hizo, sin que pueda explicarme la razon, que el conde de Santillan no le hallase en su palacio, ya encontraré medio de castigarle de otro modo. Hola!—prosiguió aproximándose á la puerta de la estancia, y dirigiéndose al page que apareció en ella—avisa inmediatamente á don Tadeo.

El paje saludó respetuosamente, mientras doña Catalina se quedaba murmurando:

—Veremos si este viejo miserable, que tanto me debe, sabe pagarme en proporcion de los favores que le hice; y como así lo haga, yo le juro á don Luis que ha de guardar memoria de mí.

Pero súbitamente volvió á gritar en ella el amor que por el caballero sentia.

Porque en doña Catalina habia mucha parte de sensualidad, mucha parte de las faltas de educacion, hijas de la condicion en que se criara y del repentino cambio que en su posicion se verificara; pero la verdad era que en medio de todo esto habia amado y amaba al caballero con el único amor que habia tenido en su existencia.

Á la explosion de este mismo amor siguióse pronto otro rapto de indignacion, producido por el recuerdo, tanto de la indiferencia que don Luis acababa de demostrarle, cuanto por la conviccion de los nuevos amores á que se habia entregado.

En este nuevo momento, en esta nueva fase, digámoslo así, de aquella existencia que habia dado comienzo para ella con las revelaciones de Giacomo, apareció el paje en la puerta de su aposento, y le anunció la llegada de don Tadeo.

CAPÍTULO LXI.

Volvemos á encontrarnos con antiguos conocidos.

No habremos olvidado la escena que tuvo Alina con el conde de Lazan cuando fué á hablarle en favor de Luisa.

Conocido nos es ya tambien el orígen de ésta, y por lo tanto, justo es que veamos lo que hizo la jóven despues que hubo salido de casa del conde.

Una vez en la calle, la jóven entró en la silla de manos, y poco despues deteníase en la casita de la Vírgen del Puerto, con gran extrañeza de las pocas personas que vivian por aquellos contornos, que no estaban acostumbradas á que saliesen de dia los dueños de la misteriosa casita.

Al entrar Alina en sus habitaciones, preguntó á uno de los dos criados:

—¿Y mi hermano?

—Está en su cuarto. ¿Quiere la señora que le avise?—dijo el criado.

—Nó. ¿Ha venido Luisa?

—No, señora.

—Cuando venga, haz que entre inmediatamente.

El criado se inclinó respetuosamente, y Alina penetró en su aposento cerrando la puerta tras de sí.

—¡Qué horrible soledad, Dios mio!—murmuró soltando el manto que le cubria, y dejándose caer en un sillon.—Apenas puedo comprender cómo se han deslizado tantos años de mi existencia, en medio de este inmenso desierto. Hay momentos en que hasta la misma venganza á que me entrego, esa venganza á la cual he consagrado mi existencia, me abruma, me enoja, se me hace insoportable, porque realmente me veo sola, no en la soledad de la venganza, digámoslo así, porque en eso Mario me acompaña; me encuentro sola en la vida íntima, en la de las dulces satisfacciones del alma. ¡Cuántas veces al volver la vista á mi pasado siento que se llenan de lágrimas mis ojos, y que un profundo desfallecimiento se apodera de mi corazon! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Qué desgraciada me ha hecho ese miserable!

Y Alina escondió la frente entre sus manos, permaneciendo en aquella postura largo espacio.

Efectivamente, la existencia de la jóven era bien triste.

Consagrada por completo á la venganza desde que junto al cadáver de su padre Mario y ella se consagraron á perseguir á su verdugo, no habian cesado un dia en su tarea.

Abandonaron su país por seguirle; pero de tal modo guardaban las apariencias, de tal manera procuraban cumplir la especie de pacto fraternal que ambos jóvenes habian hecho, que únicamente se veian á las horas de comer, ó en los momentos en que se reunian para presentarse ante el conde de Lazan.

Uno y otro vivian bajo el mismo techo; pero sus habitaciones y su servicio eran totalmente distintos.

Los dos criados que tenian, pertenecian á la casa de Alina.

Entregados por completo á la venganza, solo se ocupaban de ella, y consecuentes con la idea que se habian propuesto, hicieron al conde de Lazan pasar dias llenos de una amargura infinita.

Donde quiera que iba el conde, iban ellos tambien.

Únicamente les acompañaban los dos antiguos criados de Alina, que adoraban á su señora con un cariño casi fanático, y que no habian querido separarse de ella en los azares y peligros á que se iba á exponer.

Jamás tuvo el conde enemigos más encarnizados que ellos.

Evocaban sus recuerdos, hacian que los remordimientos torturasen su conciencia, que los peligros amenazasen su vida; y si para distraerse se queria entregar á cualquiera diversion, la pálida faz de Alina, ó la más lívida aún de Mario, venian á enturbiar sus placeres.

En resúmen, el plan de Alina produjo sus resultados.

La vida del conde era un martirio contínuo que á cada instante aumentaba más su intensidad.

Alina, como hemos dicho, permanecia sentada en su estancia, sin que diera otra señal de existencia que el imperceptible movimiento de su seno al respirar.

La italiana era una mujer hermosa hasta lo infinito.

Y para añadir un encanto más á los que poseia con tanta usura, el dolor habia estampado en su rostro una palidez mate, sobre la que resaltaban doblemente sus negros y rasgados ojos y sus cejas y pestañas aterciopeladas.

Largo rato llevóse la jóven entregada á su preocupacion.

Y tal era esta, que no advirtió el ligero ruido que hizo una puerta al abrirse, ni el leve rumor de las pisadas de un hombre que penetró en la estancia.

Era Mario.

Se adelantó hácia ella, y despues de haberla contemplado algunos momentos, le dijo con voz vibrante y armoniosa:

—¡Siempre lo mismo, Alina!....

—¡Ah!.... ¿Sois vos?—exclamó ésta alzando la cabeza y fijando sus ojos en el jóven.

—Sí, yo soy, que os encuentro preocupada como siempre.

—¿Y qué otra cosa quereis que haga? ¿Acaso mi suerte puede proporcionarme otros motivos de placer?

—Yo creia que habia llegado á ocupar en vuestro corazon un lugar que me diera derecho á toda vuestra confianza, á ser yo el consuelo de todos vuestros males, y.....

—¿Y no lo sois acaso?.... ¿No sois vos mi único, mi mejor amigo?....

—¡Amigo!—dijo con un acento intensamente triste Mario —¿amigo solo?

—¿Pues qué queríais?.....—preguntó Alina.

Y sus manos oprimieron convulsivamente la finísima batista de un pañuelo que tenia sobre sus rodillas.

Y su seno se agitó algo más de lo ordinario.

Y una emocion vaga, desconocida, que en vano trató de ocultar, se apoderó de todo su sér.

Mediaron algunos momentos de silencio.

Al cabo de ellos, le dijo:

—Mirad, Alina; llevamos bastantes años de vivir juntos como dos hermanos, y jamás os he dicho la menor palabra que pudiera ofenderos; sin embargo, hoy voy á hablaros de otro modo que hasta ahora lo he hecho.

—No comprendo que significa.....

—Desde que tuvo lugar el acontecimiento que nos unió, creí que en mi corazon no cabia más sentimiento que el de la venganza; pero hace algunos meses que he sabido que aún podia albergar otro más dulce, más santo, más puro, que era el amor.

La agitacion de la jóven se hacia más crecida cada vez.

Y el acento de Mario era más tierno tambien, más insinuante.

Éste prosiguió así:

—Viviendo bajo vuestro mismo techo, viéndoos contínuamente junto á mí, admirando sin cesar vuestra belleza, sentí en mi pecho una cosa desconocida; lo achacaba al principio al deseo insaciable de mi venganza; pero ¡ay, Alina! me equivoqué. Aquel desasosiego, aquel mal extraño, se agravaba de dia en dia, hasta que llegó un momento en que analicé con detencion mi alma, y comprendí que os amaba por desgracia mia.

El jóven se detuvo otra vez.

Fijó su vista en la dama, pero el semblante de ésta era impasible.

Mas, á pesar de esto, los latidos de su corazon redoblaron su fuerza, y sus dedos oprimieron con más fuerza el pañuelo.

Mario continuó:

—He dicho que os amo por desgracia mia, porque no he abrigado nunca la esperanza de que vos me correspondais; vuestro corazon, más fuerte que el mio, vive solo para la venganza, por manera que solo tengo un sufrimiento más que añadir á los mios. He querido ahogar esta pasion en su gérmen, pero nació gigante ya, y no ha podido ménos de rebosar hasta mis labios para decíroslo: Alina, os amo con un delirio indescriptible: ¿qué puedo esperar para este cariño?

—Lo que deseais—le contestó con resolucion Alina—ese cariño tan inmenso como el vuestro.

Hay situaciones en la vida imposibles de describir.

La en que se encontraba Mario es una de estas.

La manifestacion repentina de la dama, y su manera de explicarse no pudieron ménos de sorprenderle extraordinariamente.

Alina comprendió lo que pasaba en el corazon de Mario, y le dijo al cabo de algunos momentos:

—¿Os ha extrañado acaso la franqueza de mi manifestacion?....

—Os lo diré francamente; no la esperaba.

—Pues bien, escuchadme y comprendereis mi conducta. Os conocí en una época bien aciaga para mi existencia, os ví tan muerto para el amor y la felicidad como yo lo estaba, y ansiosa de venganza como vos, me uní al hombre que podia ayudarme. El padecimiento tan terrible que tenia entonces, se amenguó con el tiempo, y pude mirar más detenidamente las cosas y las personas que me rodeaban. Entonces reparé en vos; me parecísteis hermoso y noble, sufríais tambien y yo aspiraba á consolaros. Vos siempre estábais grave y silencioso, parecia que no poníais atencion á lo que os decia, y que no os cuidábais para nada de mí, y esto me mortificaba extraordinariamente. En resúmen, comencé por aborreceros, y he concluido por amaros con toda la fuerza de mi alma; ahora he comprendido que lo que sentí por ese infame conde de Lazan no fué más que una fascinacion; pero que mi alma guardó intacta la purpurina flor de sus amores para vos; sí, Mario, os amo como se ama en nuestro país, con una pasion infinita, pero susceptible de un odio tremendo si es defraudada, y á tal estado llegaba ya, que si vos no me hubiéseis dicho nada, yo habria roto este silencio que me hacia daño.

—Gracias, Alina, gracias; no podeis comprender cuánto bien me haceis con esas palabras; he sufrido tanto callándoos la pasion que me consumia!....

—Pues ya han cesado vuestros sufrimientos y los mios, hoy solo debemos pensar en que nos amamos, pero.....

—¿Qué? Alina hablad—le dijo Mario sorprendido de la interrupcion de la jóven.

Esta vaciló todavía algunos momentos; pero instigada suavemente por su amante, le dijo:

—Creo que será inútil que os diga, que antes que á nuestro amor nos debemos á nuestra venganza.

—No os comprendo.

—El amor—le contestó Alina—es siempre exigente; ¿no es cierto?

—¡Oh! Ya lo creo; como que esto forma la mejor parte de sus encantos.

—¿Segun eso, vos?....

—¡Alina!

—Pues sobre eso quiero hablar; comprendo perfectamente que entre dos almas que se amen, esas exigencias sean muy naturales y muy justas; pero nosotros estamos hoy fuera de la regla comun; tenemos una mision que cumplir, y hasta entonces no debemos abandonarnos á nuestro cariño: ¿me habeis comprendido ahora?

—Sí, Alina; os comprendo y os admiro.

—¿Y consentís?

—Sí—dijo con no muy seguro acento el jóven.

—Gracias, Mario, gracias; ahora creo que os adoro más.

Y la dama tendió su mano al jóven.

Le atrajo hácia sí, y antes de que él pudiera comprender la idea de su amada, acercó ésta los labios á su frente.

Al contacto de aquellos labios ardientes se estremeció Mario, y atrayendo á su vez á Alina, unió su boca con la de su amada.

—Basta—le dijo ésta—ya hemos santificado nuestra union; ahora nuestra venganza.

—Teneis razon; no podemos entregarnos á esta hasta que no hayamos cumplido con aquella. Me han dicho que habeis estado en casa del conde.

—Sí; tenia necesidad de hablarle y de sacar partido tambien del lance que á su pobre hija le ocurrió la otra noche.

—¿Le habeis dicho algo de Luisa?

—Precisamente ese fué mi principal objeto.

—¿Le habreis dicho quién era?

—No he tenido otro remedio.

Y Alina refirió á Mario toda la escena que nuestros lectores han presenciado en casa del conde.

Cuando concluyó, dijo el jóven:

—Parece imposible que ese hombre sea tan duro, que no vea en todo cuanto le sucede el justo castigo de la Providencia.

—Mucho ha llorado; pero presumo que tiene mucho que llorar todavía. Por supuesto, que lo que se puede sentir es lo que sufren otras personas por su culpa.

—¿De modo que Luisa no puede abrigar esperanza alguna?

—De momento, nó.

—Eso quiere decir que confiais para más adelante.

—Sí; he concebido un proyecto.

—¿Cuál?

—Necesito saber dónde está la duquesa de la Jaridilla.

—¡Ah! Comprendo.

—Procurad averiguármelo, y quizás lo que yo no he podido conseguir, lo alcance la duquesa.

—¿Y Azucena?

—Cuando sea necesario, se presentará tambien.

—¿De modo que estais resuelta á jugar el todo por el todo?

—Sí; la suerte de esa pobre criatura me ha interesado tanto, que estoy dispuesta á hacer cuanto sea posible en su favor.

—Ya sabeis que, áun en esto, que es exclusivamente vuestro, podeis contar conmigo.

—Hoy no debeis decir ya que esto es exclusivamente mio; la proteccion que vamos á ejercer respecto á Luisa es de los dos.

En este momento apareció en el aposento uno de los criados anunciando la presencia de Luisa.

CAPÍTULO LXII.

Para qué llamaba doña Catalina á don Tadeo.

Don Tadeo era el mismo sér zalamero, adulador, astuto y sagaz á quien hemos visto en casa de Paca.

Un dia dijo doña Catálina á Gil Perez:

—Necesito que me proporciones un hombre discreto, un malvado á quien yo pueda tener siempre en mi poder para evitar que me haga traicion; pero que tenga talento, que no carezca de formas, y al cual se le pueda dar una idea para que la desarrolle.

—¿Qué piensas hacer de ese hombre?—le preguntó Gil Perez.

—Un agente diestro para todos mis negocios, una persona que pueda suplirte, cuando tú, por efecto del cargo que desempeñas junto á Floridablanca, no puedas trabajar por mí.

—Está bien; pero cuida de engañarme.

—Te advierto que lo necesito viejo, ó cuando ménos de una edad que pueda alejar toda clase de sospechas.

—Dices bien. Tendrás lo que deseas.

Precisamente á la sazon habia en Madrid, y estaba en la cárcel de la villa, un individuo que habia sido agente político del embajador español en Roma, el cual le habia remitido á España, acusándole de infidelidad.

Por su destreza, por su astucia, por su sagacidad habia conseguido alcanzar aquel puesto, y efectivamente habia llegado á prestar muy buenos servicios; pero llegó un momento en que se le descubrió que á la vez que cobraba del gobierno español, estaba tambien cobrando de la córte pontificia, y reduciéndole el embajador de España á prision, envióle al ministro Floridablanca para que se le juzgara con arreglo á la felonía cometida.

Floridablanca mostróse inexorable con él, y la suerte de don Tadeo, que tal nombre llevaba el pobre diablo, era bastante crítica.

En este estado tuvo lugar la peticion que doña Catalina hizo á Gil Perez.

El jóven secretario de Floridablanca dirigióse hácia la cárcel de villa un tanto pensativo, porque el asunto era de suyo espinoso y comprometido, y como que por efecto de la posicion que ocupaba cerca del ministro, era conocido en la cárcel y conocido tambien de don Tadeo, una vez en presencia de éste, apresuróse á entrar en materia, diciendo:

—Amigo don Tadeo, vengo en nombre de una persona que se ha interesado por vos, aun cuando á la verdad poco interés mereceis habiendo sido tan torpe vuestra conducta, y deseo que tengais en cuenta el verdadero estado en que os hallais.

—Os confieso con entera ingenuidad—repuso el redomado viejo que desde luego comprendió que se le necesitaba—que no he podido comprender bien lo que me quereis decir.

—Negaros que vuestra posicion es un poco crítica, me parece que seria una necedad.

—Desde luego, porque yo mismo lo conozco.

—Por lo tanto creo que estais en el caso de aceptar cualquiera proposicion razonable que tienda á mejorar vuestra situacion.

—Hablad, explicáos; que presumo no ha de ser difícil que nos entendamos.

—Es el caso, como os he dicho ántes, que hay una dama que se interesa por vos.

—Lo cual quiere decir que me necesita.

—Creo que aún más la necesitais vos, y os digo esto á fin de que no tengais exigencias exageradas que no habian de contribuir más que á perjudicaros.

—¿Cómo no he de comprender que necesita de mí esa dama, cuando si así no fuera pudiera muy bien haberse dirigido á cualquier otro?

—Paréceme que pecais un tanto de presuntuoso, señor don Tadeo.

—Y vos de reservado, señor don Gil.

—¿En qué os fundais para ello?

—En lo mismo que vos para lo otro.

—Dejémonos de palabras inútiles, y vamos realmente á lo que importa.

—Precisamente eso es lo que estoy deseando.

—Una dama, como os he dicho, oyéndome hablar respecto á vos, y como que el asunto vuestro ha dado tanto que decir, manifestóme su interés de tal manera, que juzgué oportuno ponerme á su disposicion para veros.

—¿Y qué desea de mí esa dama?

—En primer lugar, que seais discreto, obediente, reservado y habilidoso.

—¿Y qué servicios exige?

—Ella misma os los dirá cuando á ella os presenteis.

—Pero si tan mal están mis negocios, si tan desgraciada es la suerte que me amenaza, ¿cómo va esa dama á conseguir mi libertad?

—Si no la obtiene de un modo, la obtendrá de otro—repuso Gil Perez bajando la voz.

—¿Es decir que se trata de mi evasion?

—¡Ya lo creo! Pero es necesario que no perdais de vista el que continuais más sujeto que ántes.

—No comprendo.

—Desde el momento en que salgais de la cárcel, quedais á merced completa de la dama de que os hablo, y es preciso que le seais tan fiel, y la sirvais con tanta lealtad como merece serlo la persona que con una sola palabra suya pudiera sumiros despues en un lóbrego calabozo.

Don Tadeo quedóse pensativo un momento.

La proposicion era tentadora; pero tambien el compromiso con que se le amenazaba era verdaderamente grande.

—Podeis pensar todo el tiempo que gusteis—díjole Gil Perez—pero en el momento en que os decidais, tened en cuenta lo que haceis, porque la dama de que os hablo, será inexorable, y yo que he mediado en este asunto, lo seré quizás más que ella.

—Y decidme, señor Gil, ¿cuánto iré ganando en ese negocio?

—Por de pronto ganais la libertad, que me parece es un beneficio harto importante.

—No os lo niego; pero cuando van á hacerse cierta clase de trabajos, cuando hay comisiones particulares que evacuar.....

—¿Quién os ha dicho tal cosa?

—Es una deduccion lógica, pues presumo que esa dama no será tan filantrópica que ponga en libertad á un pícaro como yo por el solo placer de hacerlo.

Gil Perez se mordió los labios.

—Se os pagará con arreglo á la importancia de los servicios que presteis.

—¿Y cuándo no tenga servicios que prestar? Porque debeis

comprender, mi excelente señor, que si no se presenta ocasion en algun tiempo de prestar servicio, no seria justo que me muriese de hambre, ó me fuese á servir á otro dueño.

—Por ningun estilo.

—Ya veis si tengo razon.

—Pues bien; se os darán treinta ducados al mes, y las comisiones ó servicios especiales serán recompensados segun su importancia.

—Eso ya es otra cosa.

—Pensadlo bien, sobre todo, porque como vos teneis propensiones á la infidelidad, si aquí cometiéseis alguna, podria, segun os dije ántes, costaros sumamente cara.

—Descuidad, que la experiencia me ha servido.

—¡Quiéralo el cielo!

Don Tadeo aceptó.

Su fecunda imaginacion sugirióle los medios para engañar á la dama cuando lo creyese necesario, y la posicion que se le ofrecia era sumamente ventajosa para que no la aceptase.

En su consecuencia, pocos dias despues, y precisamente cuando estaba ya á punto de verse la causa, evadióse don Tadeo de la cárcel, sin que á pesar de cuantas diligencias se habian practicado, se le hubiese podido encontrar.

Y natural era que así sucediese.

El viejezuelo se hallaba oculto en el mismo palacio de doña Catalina.

Una vez que hubieron pasado los primeros momentos de peligro, dijo ésta llamando á su presencia á don Tadeo:

—Ya habeis visto lo que hice por vos; pues tened en cuenta que del mismo modo que soy poderosa y fuerte para defender á los que me sirven bien, soy dura é inexorable con los que me engañan. Estais advertido ya; obrad como más conveniente creais.

Don Tadeo adoptó las precauciones que la misma doña Catalina le indicó, y cambiando de domicilio y hasta de hábi-

tos y costumbres, trasladóse desde el barrio de Maravillas, donde siempre habia residido cuando estaba en Madrid, al del Rastro, donde era totalmente desconocido.

La casualidad hizo que fuése á vivir á la misma casa donde vivia Paca. Pero como ésta, á la sazon, no se hallaba en ella, porque la noche anterior habia ocurrido el rapto de que ya tienen noticia nuestros lectores, ni vió á la jóven en aquel dia, ni se enteró tampoco de las circunstancias por efecto de las cuales no estaba en su casa.

Por el momento, lo que á don Tadeo le convino fué orientarse respecto á la vecindad que tenia y á los elementos de que podia echar mano en caso de necesidad.

Todos los dias se presentaba en casa de Catalina apenas habia cerrado la noche, por si algo se la ofrecia, segun quedaron convenidos, y á esta obligacion no faltó un momento, dedicando los restantes á enterarse minuciosamente de todo lo que podia importarle referente á las gentes de su casa.

El dia en que doña Catalina le envió á llamar, precisamente era el mismo en que habia visitado á Paca, pues habia visto en su casa al poeta Ramon de la Cruz, al torero Joselito, al pintor Vicente Gonzalez, á don Luis de Guevara, y á algunos otros caballeros que no se desdeñaban de frecuentar el trato de las majas como Paca la Salada, Lola la Zapatera, y Concha, que eran las que realmente ponian la ley en aquellos barrios.

Una vez en presencia de la dama el vejete, inclinándose respetuosamente ante ella, le dijo:

—¿Qué tiene que mandarme la noble dama doña Catalina de Sandoval?

—Ha llegado el momento de servirme—repuso ésta con acento breve é imperioso.

—Mandad, que bien sabeis soy vuestro humilde siervo.

—¿Conoceis por casualidad, ó habeis oido acaso alguna vez hablar de un caballero que se llama don Luis de Guevara?

Al escuchar este nombre no pudo ménos de felicitarse el viejezuelo por la casualidad que aquella misma mañana le habia conducido á casa de Paca, donde indudablemente pensaba adquirir las noticias respecto á las que doña Catalina le pudiera decir.

Así fué que contestó sin vacilar:

—Sí, señora; tengo esa honra.

—¿Y de qué le conoceis?

—¡Oh! Eso fuera muy largo de contar—repuso don Tadeo dándose importancia—básteos, saber, señora, que le conozco del mismo modo que conozco tambien á otra porcion de personajes.

CAPÍTULO LXIII.

Doble mision que recibe don Tadeo.—Los celos de doña Catalina.

Sorprendida quedó doña Catalina escuchando al viejezuelo que era muy conocido de don Luis, y hubiera deseado alguna explicacion respecto á un conocimiento que, dadas las condiciones distintas de entrambos personajes, no podia ménos de reconocer un orígen sumamente interesante.

Sin embargo, dominó aquella curiosidad, puesto que el mismo don Tadeo parecia eludir el dar explicacion alguna, y puesto que lo principal para ella estaba conseguido, toda vez que su servidor conocia á la persona que ella deseaba, le dijo:

—¿Pero vuestras relaciones con don Luis son de simple conocimiento de la persona, ó de trato íntimo?

—Hasta ahora han sido de mero conocimiento; pero mañana, si os agrada, podrán convertirse en relaciones íntimas.

—No comprendo lo que quereis decir.

—Me parece, señora, que para serviros no teneis tampoco

necesidad de conocer más. Decidme lo que deseais, y yo os prometo satisfaceros cumplidamente.

Doña Catalina quedó pensativa durante algunos segundos.

Fijó sus ojos en su interlocutor con una marcada expresion de curiosidad, y hubo sin duda de desistir en el conocimiento que se proponia adquirir respecto á lo que pasaba en el fondo de su pecho, porque separó la vista con disgusto, murmurando:

—Vamos, es inútil cuanto haga.

—¿Decíais, señora?—exclamó don Tadeo, que habia conocido perfectamente lo de que se trataba.

—Nada. Decia que necesito me sirvais con entera fidelidad; que lo que os voy á decir no salga jamás de vuestros labios; pues sabiendo, como sabeis, que os hallais en mi poder, la menor imprudencia os podria costar muy cara.

—Inútil es, señora, que me hagais semejante advertencia; conozco perfectamente lo que os debo, mi noble y excelente señora, y no debeis por ningun estilo sospechar en mí la más leve sombra de felonía.

—Sin embargo, no creo que esté de más el advertiros.....

—Nada debeis advertirme, porque sé las obligaciones que tengo respecto á vos.

—Siendo así, es preciso que á todo trance y sin mezclarme en ello para nada, puesto que si yo hablo y obro así, lo hago en nombre de una amiga á quien deseo servir, es preciso, os repito, que me averigüeis de un modo exacto lo que hace don Luis de Guevara.

—Lo sabreis.

—Quiero conocer su vida, hora por hora; quiero saber sus amores, sus amistades, todo, en fin, lo que constituye la existencia íntima de una persona.

—Está bien, señora.

—Pero, guardáos bien de que pueda apercibirse que soy yo quien os dió semejante encargo.

—¿Creéisme tan falto de razon que no sepa las condiciones de una tan noble dama como vos, para que os fuese á comprometer?

—Está bien.

—De momento, puedo deciros casi que el caballero don Luis de Guevara gusta de la vida de la gente alegre.

—¿Cómo?

—Da la coincidencia de que en la casa que habito viven algunas majas, y precisamente nuestro don Luis va á verlas con sobrada frecuencia.

—¿Cómo habeis dicho? ¿Sospechais que don Luis ame á alguna?

—Ni lo negaria ni me atreveria á asegurarlo tampoco—repuso el truhan que habia sonreido imperceptiblemente escuchando el acento empleado por la dama, comprendiendo que era una cuestion de celos únicamente la que así la obligaba á obrar.

—¿En qué os fundais para ello?—volvió á preguntar doña Catalina cada vez más interesada.

—En que le veo con mucha frecuencia en aquella casa, en que una de las majas especialmente es bastante hermosa, y en que el don Luis ha tenido siempre fama de ser muy enamorado.

—¡Oh! Callad—exclamó la dama sin poderse contener.

—Perdonad, señora, no habia creido ofenderle, ni tampoco ha sido ese mi ánimo.

—Está bien; haced lo que os he dicho y procurad cumplir el encargo pronto y bien.

Don Tadeo comprendió que su mision estaba concluida. Sin embargo, quiso asegurarse algo más, y dijo:

—Pero en el caso en que saliesen ciertas las presunciones respecto á la existencia del tal don Luis, en el caso de que estuviere prendado de alguna de esas hembras de qué os hablé, ¿qué debo hacer?

—Herir sin piedad ni gracia—contestó doña Catalina con implacable acento.

—¿Cómo?

—Quiero decir—repuso la dama conteniéndose inmediamente—que con don Luis tiene esta amiga mia motivos particulares de resentimiento. Y si él persiste en su impertinencia, y se entrega á vergonzosos é inconvenientes amores, podreis obrar de manera que quede completamente castigado, con lo cual presumo que habeis de complacer mucho á mi amiga.

—¿Y bajo qué forma puede darse ese castigo?

—Eso es cosa vuestra; no soy yo quien debe daros el patron de ello. Puesto que teneis talento y no os falta maldad procurad que el castigo esté siempre en relacion con la falta cometida.

Don Tadeo salió de casa de doña Catalina plenamente convencido de que ésta amaba á don Luis, que don Luis la habria amado algun tiempo hasta que se excusó de ello, y que deseando vengarse del ingrato que la habia olvidado, confióle á él la mision de hacerlo.

Pensativo iba nuestro hombre por la calle, pensando en los medios de realizar en todas sus partes el deseo de doña Catalina, cuando de súbito vióse detenido por un indivíduo que le dijo, dándole una palmada en el hombro:

—¿Qué es eso, don Tadeo? ¿Ya no se acuerda su merced de los buenos amigos?

Alzó los ojos el taimado viejo, y al ver la persona que ante sí tenia, que era un moceton de algunos treinta años, alto, grueso, fornido, cejijunto, mal encarado y poco simpático, no pudo ménos de decir:

—¡Calle! ¿Sois vos, mi querido señor Gaetano?

—El mismo que viste y calza.

—¿Y el señor marqués Adelfi?

—Retiénele en el lecho cierta estocada que le puso á dos

dedos de la muerte, y precisamente hace dos ó tres dias que os estuvo nombrando.

—¿De veras? ¡Qué excelente señor! ¡Acordarse de un personaje tan ruin como yo! ¿Y qué decia, amigo Gaetano, qué decia?

—Que si os tuviera á mano, habia de confiaros una empresa de gran importancia.

—¿Y creeis piense todavía del mismo modo?

—Sí tal.

—Forzoso será acudir entonces á su presencia, que el ilustre marqués era persona que pagaba bien; ¿os acordais, Gaetano?

—¡Ya lo creo! Y doy gracias al diablo por esta casualidad, pues tenia encargo de buscaros.

Don Tadeo habia servido en Italia, como ya hemos dicho, de agente secreto al embajador de España en Roma.

Con este motivo habia recibido distintas misiones para el reino de Nápoles, y como que el marqués Adelfi, padre de nuestro héroe, era muy importante personaje, por medio de él habia conocido á su hijo, á quien habia servido tambien en algunas de sus empresas amorosas.

Gaetano era una especie de bravo, mitad bandido, mitad mayordomo que el jóven marqués tenia á su servicio, y como que los bribones se entienden fácilmente, él y don Tadeo supieron hacerlo durante el tiempo que éste permaneció en Nápoles.

De aquí su conocimiento, de aquí, segun decia Gaetano, el deseo que el marqués tenia de encontrarle, y de aquí la alegría experimentada por el italiano al tropezar tan inesperadamente con él.

Entrambos tunantes se dirigieron hácia la casa del marqués.

Éste, como ya hemos indicado, hallábase convaleciendo de la herida que le habia inferido don Luis.

Al ver al viejezuelo, exclamó:

—¡Gracias á todos los diablos del infierno que pareciste!

—Podeis creer, señor—contestó con su más meloso acento el aludido—que á saber que estábais en Madrid y que me necesitábais, hubiera acudido inmediatamente á vuestro lado.

—¿Y decís que no sabíais que estaba en Madrid, vos que todo lo sabeis, y que de todo os ocupais? Vamos, maese, dejadnos en paz con vuestras excusas, y contestad categóricamente á lo que voy á deciros.

—Preguntad, señor marqués.

—¿Conoceis á un don Luis de Guevara, que pasa por ser uno de los caballeros más galantes de la córte?

Don Tadeo le contempló asombrado.

Verdaderamente era una coincidencia muy extraña que las dos personas que le habian buscado, quizás para cometer un crímen, tuvieran el mismo objetivo.

—¿Por qué me mirais así?—preguntóle sorprendido el marqués—¿Acaso no conoceis á la persona de que os hablo?

—Le conozco perfectamente—repuso don Tadeo.

—Entonces, ¿qué quiere decir esa expresion de asombro?

—Que me sorprende que un caballero como vos, tenga motivos de resentimiento con don Luis, á quien siempre he creido.....

—Concluid; ¿á qué viene esa detencion?

—Le he creido algo loco; algo altanero si quereis, pero nada más.

—Será lo que querais, pero á mí me estorba don Luis, y es necesario que me le quiteis de enmedio.

—¿Quereis que muera?—preguntó don Tadeo, que no pudo ménos de estremecerse.

—Oidme unos momentos, maese bribon, y pensad despues lo que habreis de hacer para complacerme.

Y el marqués púsose á referir entonces á don Tadeo todo

lo que habia mediado en el asunto de Lola, hasta el momento en que fué herido en su desafío con don Luis.

—¿Qué decís á esto, maese?—pregúntole cuando hubo concluido.

—Que teneis razon en querer tomar la revancha, señor—repuso el miserable.

—Perfectamente. Veo que nos entendemos, y todavía nos entenderemos mejor. Necesito que veais el medio de apoderaros de Dolores, y de otra maja muy amiga suya llamada Paca, inutilizando por de contado á todos los hombres que puedan estorbar la ejecucion del plan que formeis.

—¿Es decir que vos no habeis pensado nada?....

—Nada absolutamente más que vengarme de don Luis, arrebatándole esa maja á quien, segun noticias, ama, y castigando á Lola por su esquivez.

—Está bien—repuso el vejete con aire pensativo.

—¿Qué os parece? ¿Saldreis bien con vuestra empresa?

—De otras más difíciles he salido, con que me parece que tambien saldré de esta.

—No economiceis nada, y por lo que pueda ocurrir, sabed que tengo una casa á propósito donde poder llevar á las mujeres.

—Muy bien; eso ya es una ventaja.

—Aprovechadla, y formad un plan acertado.

Poco despues don Tadeo abandonaba la casa del marqués, sumamente preocupado por lo que acababa de oir.

CAPÍTULO LXIV.

Cómo se habian reunido los libertinos.

La extraña proposicion hecha por el marqués Adelfi, no habrá podido ménos de extrañar á nuestros lectores, aun cuando por lo poco que de este personaje hemos indicado, ha debido comprenderse todo lo de vengativo que tenia su carácter.

En esta ocasion, su venganza habia recibido un poderoso incentivo.

Uno de sus amigos, precisamente el compañero en todas sus calaveradas, tan libertino y pervertido como él, el baron del Pinar, habia estado á verle dos ó tres dias ántes.

De igual manera que el marqués se habia prendado de Lola la Zapatera, el baron habia encontrado que Paca era sobradamente hermosa para que pudiera ser prenda de algun *chispero* de los del barrio de Maravillas, ó de algun *manolo* de los del barrio del Avapiés.

De igual modo que el marqués habia entrado algunas veces en la botillería de Canosa, en ocasion en que se hallaban en ella las tres majas, acompañadas de Vicente, Joselito, y de algun otro compañero de éste, y como ambos eran conocidos lo mismo de los toreros que del pintor, acercábanse á las mesas, y pasaban en sabrosas pláticas hasta el momento en que los hermanos del Pecado Mortal comenzaban su ronda, momento en que terminaba la tertulia.

Hubo un momento en que el baron, acechando una ocasion oportuna, se aproximó á la maja en los momentos en que ésta iba tambien á hacer entrega de sus labores y á visitar alguna de sus amigas, y deteniéndola, le dijo:

—Pero, vamos á ver, Paca, ¿es posible que hayais de mostraros tan esquiva conmigo?

—Señor baron, las mozas de mi clase, si son poco para llegar á convertirse en usías, son mucho para descender hasta mancebas.

—Pero es que yo os quiero mucho.

—Y yo agradezco ese amor; pero no puedo hacer nada más.

—Es que me estoy muriendo por tí—proseguia el baron apeando ya el tratamiento á la jóven.

—Pues, señor baron, que avisen á la parroquia para que le cubran á usía los sepultureros.

—¿Tomas á burla lo que te digo?

—Si en serio lo tomase, no volveria usía á escuchar una palabra de mis labios.

—¿Por qué?

—Porque á quien me ofende, sé castigarle como merece.

—Está bien; pero no olvides que á pesar de cuanto de él dudas, mi cariño es cierto; que una gota de agua consigue horadar una peña, y que si tu corazon es de roca, mi amor tiene confianza en ser el agua que le quebrante.

—Vamos, usía no sabe sin duda lo que se dice.

—Por saberlo tanto, te hablo de esa manera.

—Vamos, señor baron—aléjese de mi lado, que yo no merezco semejantes compañías.

—Es que yo quiero acompañarte.

—¿Pero es que no comprende usía, que no gusto yo de lacayos con tan noble librea?

Y la maja se detenia, cuadrábase delante del baron de tal modo, que éste avergonzado, y no queriendo quizás provocar un escándalo, alejábase de Paca, no sin murmurar:

—Por más que tú digas, tarde ó temprano has de caer en mi poder.

Como que precisamente se hallaba en el mismo caso que el marqués, contábanse uno y otro recíprocamente el escaso adelanto que hacian en sus amores, y en el medio empleado por el italiano para alcanzar el amor de Lola, vió el baron la marcha que debia seguir.

Sin embargo, el inesperado desenlace que tuvo aquella aventura obligóle á meditar algo más.

Lo mismo que el marqués, pertenecia á la asociacion de los Caballeros del Amor, y fácilmente podia exponerse al mismo percance que el marqués, si la jóven era violentamente conducida á aquella casa.

Podian en buen hora celebrar todas las bacanales, todas las orgías, todas las fiestas en que de buena voluntad tomasen parte las mujeres que les acompañaban; pero por ningun estilo podian hacerlo con mujeres que fuesen conducidas allí por medio del engaño ó de la ficcion.

Conociendo esto el baron, buscó una casa á propósito para llevar á cabo sus planes, fingiendo al mismo tiempo haber desistido del amor que manifestaba á la maja.

Por otra parte, Paca no estaba para apreciar el inesperado cambio verificado en la conducta de su perseguidor.

Merced á la especie de alejamiento fingido por éste, no conoció, ó por lo ménos no pudo tener, si lo advirtió una noticia

exacta respecto á lo ocurrido á Paca durante los dias que permaneció fuera de su casa.

Lo mismo Vicente, que Joselito y don Luis, callaron aquel suceso, y como que cada uno de los interesados en él no tenian gran interés en que se descubriera, el baron, si bien supo que Paca faltaba de su casa, no conoció la verdadera razon que para ello habia.

El espionaje que tenia establecido era sumamente ligero, hallándose reducido tan solo á enterarse de si en casa de la jóven entraba algun galan, y si éste la acompañaba cuando salia á la calle.

Como que nada de esto habia, no supo ni la existencia de Luis en la casa, ni el rapto de la maja.

Sin embargo, desde el momento que ésta regresó á su casa, las noticias del baron variaron completamente de aspecto.

La maja tenia un galan.

Y este galan no solo la acompañaba cuando bien le parecia, sino que iba á verla á su casa.

Semejantes noticias no pudieron ménos de hacer un efecto extraordinario en el baron.

Puesto ya éste sobre aviso, bien pronto averiguó que el galan de Paca, ó por lo ménos quien ellos se presumian lo fuese, era el caballero don Luis de Guevara.

Este descubrimiento acabó de llenar de cólera al baron.

Mas sin embargo, hábil en el disimulo, más á propósito para las guerras de emboscadas y de astucia, que para las guerras leales, disimuló perfectamente su despecho; pero en cambio activó con doble violencia los medios que pensaba emplear para conseguir su objeto.

En su consecuencia, juzgando más conveniente para sus planes que fuese el otro el que tomase sobre sí la responsabilidad de aquella empresa, dirigióse hácia la casa del marqués Adelfi.

—Éste me sacará del apuro—dijo.

Y en armonía con esta idea, apenas se presentó en sus habitaciones, le dijo:

—Vamos á ver, ¿en qué disposicion te encuentras, Julio?

—¿Sobre qué?—exclamó el marqués sorprendido por la pregunta de su amigo.

—No es para una aventura activa.

—Pues no te comprendo.

—¿Acaso has resuelto abandonar la aventura que te ha puesto en el estado en que te hallas?

—¡Oh! no!—exclamó el marqués cuyo rostro tomó una expresion implacable.—Yo le juro á don Luis, que tan luego pueda abandonar este fementido lecho, ha de darme cumplida cuenta de esta herida.

—¿Y es eso todo lo que anhelas?

—¿Cómo?

—¿Es decir que te resignas con la burla de que Dolores te hizo objeto?

—Jamás.

—¡Bravo! Así es como quiero verte—repuso el baron que no habia podido ménos de sentir alguna inquietud ante el silencio de su amigo respecto á aquel asunto.

—¿Por qué me has dicho eso?—preguntó éste.—¿Sabes algo acaso?

—Sé muchas cosas respecto á las cuales he venido á hablarte.

—¡Hola! hola! habla.

Y el marqués se incorporó en la cama, vivamente interesado por lo que acababa de decirle su amigo.

—¿Es decir que deseas vengarte de Lola y de su amante?

—Y de todos los que me han ofendido. ¿Acaso crees tú que puede satisfacerme pensar que todos ellos están gozando ahora con mi daño?

—Pues yo voy á comunicarte algo que ha de encenderte más en ira.

—Habla; concluye de una vez, porque con todas estas reticencias me vas enojando ya. ¿Acaso Paca se ha suavizado algo contigo?

—Absolutamente nada; por el contrario, he sabido lo suficiente para desear que de una vez le pongamos término á lo que tanto nos molesta.

—Segun eso, ¿tú has pensado algo ya?

—No; he venido aquí para que entre los dos lo combinemos.

—Pero.....

—La cuestion es, que don Luis de Guevara ama á Paca.

—¡Cómo! ¿qué has dicho?

Entonces el baron púsose á referir á su amigo todo lo que ya conocen nuestros lectores respecto á este asunto.

—Perfectamente—dijo el marqués despues que hubo concluido aquél—he aquí por donde vamos á quedar completamente vengados uno y otro.

—Esa es la misma idea que se me ocurrió á mí desde un principio.

—¿Es decir que tenemos, ó mejor dicho, que tienes una casa donde en caso necesario pueden ser conducidas nuestras dulcineas?

—Sí; pero ¿de qué modo van á ir?

—Esa es la cuestion; que se hace muy necesario no excitar sus sospechas.

—Y cuenta tú que si ellos llegan á oler alguna cosa, han quedado inutilizados todos nuestros esfuerzos.

—Desde luego esa ha sido una de las razones que he tenido yo para venir á verte á fin de que combinemos el medio seguro para desembarazarnos de ellos y apoderarnos de ellas.

El marqués quedóse algunos momentos pensativo.

Realmente, dado su carácter vengativo y tenaz, la proposicion que acababa de hacerle su amigo era realmente tentadora.

Como ya tuvimos ocasion de decir en otro lugar, Dolores para él, no era más que un empeño.

No sentia respecto á ella ese cariño, esa profunda simpatia, ese amor ardiente y abrasador que en momentos dados oscurece la mente, y que obliga al hombre á cometer locuras.

Habíale seducido la belleza de Lola, habíanle irritado los desdenes de la jóven, creció su afan con la burla que de su esperanza hizo don Luis, y cada dia que pasaba anhelaba con mayor violencia su curacion á fin de tomar venganza cumplida, tanto en el hombre que de un modo tan inesperado le arrebató su presa cuando más segura la creia, como en la mujer que tantos y tan repetidos desprecios le habia dado.

Uniéndose ahora á su venganza particular el saber que don Luis amaba á Paca, aumentó el gozo que le producia la idea del daño que podria causar el satisfacer las aspiraciones de su amigo, y en su consecuencia, dedicóse á buscar cuál seria el mejor medio que podria emplear para realizar su propósito.

Al cabo de un buen rato de reflexion, exclamó:

—Si yo tuviera aquí á un don Tadeo que conocia en Nápoles, pronto nos habria él sacado de todos los apuros.

—¡Y qué! ¿no está aquí?

—No lo creo; en fin, le daré encargo á Gaetano para que vea si le puede encontrar.

—¿Y si no está, hemos de abandonar por eso nuestra empresa?

—Por ningun estilo; entonces pensaremos lo que debemos hacer.

—¿Y por qué no lo pensamos desde ahora?

—Déjame, que harto he hecho escuchándote; no te impacientes, que tiempo de sobra nos quedará para pensar.

El baron, que como ya hemos dicho, queria, como vulgarmente se dice, sacar el ascua con mano ajena, no quiso in-

sistir más por el momento, y dejó á su amigo que resolviese aquel asunto como más conveniente juzgara.

El marqués llamó á Gaetano, que era un criado, como sabemos, en completa armonía con su amo, y le dió el encargo de que viera de encontrar á don Tadeo.

Gaetano dedicóse sin perder momento á cumplir el encargo de su señor; pero, desgraciadamente, á pesar de haber concurrido á todos los sitios donde las gentes de su especie tienen por costumbre asistir, no pudo dar con la persona que buscaba, hasta que la casualidad le deparó su encuentro en el momento que ya han visto nuestros lectores en otro lugar.

CAPÍTULO LXV.

Singulares coincidencias.—Cómo suelen encontrarse las personas que ménos se buscan.

Don Tadeo estaba sumamente orgulloso de las dos misiones que se le habian confiado.

Porque estaba seguro de que cualquiera de los dos habria de dejarle, no solamente la gran ganancia de aquel negocio, sino la fama que habia de proporcionarle, puesto que siendo tan elevada la categoría de aquellos personajes, no habian de dejar de recomendarle para otros asuntos del mismo jaez.

Se le habian dejado elegir los medios para inutilizar á las personas que podian estorbarle, y como que era para don Tadeo punto de honra el salir bien de aquel asunto, dedicó todos sus esfuerzos á conseguirlo.

Doña Catalina habíale dado un medio; pero este se ceñia exclusivamente á don Luis, que era quien á ella le interesaba.

Era menester que aquel medio se hiciese extensivo para todos.

Era preciso que todos ellos quedasen heridos por el mismo golpe á fin de que no fuese fácil que el que quedase libre inutilizara sus esfuerzos.

—Pues, señor—murmuró el bribon despues de largas horas de haber estado meditando—la verdad es, que no encuentro medio más aceptable que el de la conspiracion; pero este tiene un mal, y es que doña Catalina podrá hacer cuanto le dé la gana respecto á don Luis para evitar el que salga de la cárcel, ó que á mí me persigan á consecuencia de lo que don Luis pudiera declarar; pero, respecto á los otros, ya no estamos en el mismo caso, y la cosa más insignificante basta para verse uno en un compromiso; así es que aquí tenemos que pensar el medio que ha de emplearse con el uno y con los otros, medio que, sin embargo, vaya ligado de tal manera con la accion principal, que no forme más que una. Para esto es necesario que pensemos un poco, mejor dicho, es necesario encontrar una prision aparente donde poder llevar á Joselito y á Vicente, y que me los aseguren allí hasta que sea necesario. En cuanto á ellas, aun cuando sóbre una, puesto que para mí el encargo es únicamente de Paca y de Dolores, ya se arreglarán ellas por allí, y una mujer que es jóven y es guapa encuentra fácilmente acomodo. Con que así, lo más esencial es una casa que reuna las condiciones que yo necesito para el plan que me he propuesto.

Don Tadeo prosiguió reformando ó modificando en cuanto le fué posible el plan que conviniera, y dedicóse, como habia dicho, á buscar la casa que mejor respondiera á su objeto.

Informándose entre la gente que mejor podia servirle, habláronle de un cierto individuo que tenia una venta en extramuros de Madrid, más allá de la famosa puerta Segoviana, llamado el tio Langosta, el cual tenia la conciencia lo suficiente ancha para no retroceder ante ningun crímen.

Habláronle ventajosamente de lo retirado y tranquilo de aquel sitio, de la astucia y de la sutileza que el ventero desplegaba para engañar á todo el mundo y para que las autoridades nada pudiesen sospechar, y como que precisamente estas condiciones le convenian por completo, aprovechó un momento oportuno para trasladarse allí y tratar como se debia el asunto que tanto le importaba.

Sobrado conocido nos es ya el tio Langosta por el tiempo que en su casa permaneció Paca, y por las conversaciones que entre él y Simon habian mediado.

Uno y otro eran maestros en el arte de las sutilezas y del disimulo, y durante algun tiempo estuvieron observándose recíprocamente, como hacen dos tiradores de primera fuerza cuando la suerte ó la casualidad les coloca frente á frente.

Sin duda el conocimiento de su propia fuerza debió recíprocamente inspirarles confianza, porque el tio Langosta dijo:

—Vaya, señor mio, deje su merced de andarse con repulgos, y dígame á lo que viene. Uno y otro paréceme que valemos algo más que muchas gentes que nos rodean; por lo tanto abandonemos esos medios vulgares de tratar de engañarnos uno á otro, y dígame su merced qué quiere de mí, que yo á mi vez le pediré lo ménos posible por el servicio que le haga.

—Pues bien, maese, así me agradan á mí las gentes; hablemos como dos compañeros que tratan de hacer un negocio beneficioso para entrambos.

—Es que debo advertir á su merced una cosa—dijo el ventero.

—¿Qué?

—Que si ha de venir su merced haciendo ocultaciones de algun género, y no refiriéndome más que á medias lo que desea, le vale más, mucho más callárselo todo, porque yo no soy de los que se contentan con medias confidencias.

—Pero habeis de tener en cuenta, que á veces hay secre-

tos que á uno no le pertenecen, y que por lo tanto no puede ni debe hacer uso de ellos.

—Mire su merced que yo soy perro viejo, que no comulgo con ruedas de molino, y comprendo bien que cuando ha venido á verme, es porque me necesita, y necesitándome, justo es que trate de saber realmente de lo que se trata.

—Pero.....

—Nada más me hable su merced; yo soy así, clarito, y digo lo que siento.

Don Tadeo comprendió que se hallaba á merced del ventero.

Éste era sobradamente astuto, como ya hemos dicho; conocia la situacion en que se hallaba, y trataba en su consecuencia de sacar el mejor partido de ella.

Por otra parte, como habia dicho muy bien, gustábale conocer detalladamente los negocios en que tomaba parte, resultando de aquí, que como su curiosidad se habia excitado con lo que ya le habia dicho don Tadeo, queria llegar hasta el fin en sus descubrimientos.

Éste, á su vez, no era aficionado á entregarse con tanta facilidad; mas en aquellos momentos no tenia más remedio que hacerlo, porque si se le cerraba á la banda en absoluto, el ventero no queria ayudarle, podia realmente encontrarse en un grave compromiso.

—¿Sabeis, maese, que sois sobradamente exigente?

—Líbreme Dios de semejante cosa—repuso hipócritamente el tio Langosta, pero póngase su merced en mi lugar, y obraria de igual manera.

—¿Es decir, que está dispuesto á no ayudarme, en el caso de que no quiera decirle?....

—Ya se lo he dicho.

—¿Y me promete usted reservar cuanto yo le diga?

—¡Hombre de Dios! Eso no se dice siquiera. ¿No comprende que tan interesado estoy yo en callarlo, como lo está su merced?

Don Tadeo comprendió que en aquello tenia razon el viejo, y en su consecuencia, le refirió respecto á la mision que tenia, todo lo concerniente á la cuestion de las majas, sin revelarle el nombre de quien obraba.

Sin embargo, como en su conversacion hubo de pronunciar algunos nombres que el ventero conocia ya, por habérselos oido á su compadre Simon, púsose en guardia, principió á hacer preguntas, don Tadeo no tuvo otro remedio que contestar, llegando finalmente á saber el tio Langosta casi lo mismo que sabia don Tadeo.

Éste, para concluir realmente su mision, digámoslo así, le dijo cuando hubo concluido:

—Con que, maese, ya lo sabeis todo, ¿me ayudareis ahora?

—Falta, señor, que hablemos de lo principal.

—¡Diablo! ¿y qué entendeis vos por lo principal?

—Lo principal creo yo que es, y mucho me extraña por cierto vuestro asombro, la cuestion de dinero, respecto á la cual nada me habeis dicho, siendo así que es lo de que primeramente debiéramos habernos ocupado.

—Es verdad, pero si omití deciros nada, en cambio para mí sabia lo que os habia de dar, porque además del servicio que os he demandado, quiero pediros otro.

—Hable vuesa merced, que precisamente pagando bien yo estoy dispuesto á hacer todo cuanto se me pida.

—¿De veras?

—Ya lo verá su merced.

—Pues necesito seis hombres dispuestos á todo, y que sepan representar perfectamente el papel que les tengo destinado.

—¿Y no es más que eso?

—¿Os parece poco, maese?

—¡Ya lo creo! ¡Cómo que tengo yo un compadre que ni pintado para esas cosas!....

—Pero ¿y los demás? Como supongo que vuestro compadre no será más que uno solo.....

—Buscados por Simon, puede su merced descansar tranquilo.

—Pues, entonces, avisad á vuestro compadre; decidle lo que hay, y si le conviene el negocio, que me espere aquí mañana, que vendré al oscurecer.

—Una palabra ántes que se marche su merced: ¿habrá cuchilladas en este negocio?

—¿Por qué lo decís?

—Porque cuantas mayores probabilidades haya de peligro, más caro se ha de pagar.

—Podeis decirle á vuestro compadre que se le pagará como si el peligro existiera.

—En ese caso, estamos entendidos.

—Entonces, hasta mañana al oscurecer.

—Hasta mañana.

Y don Tadeo abandonó la vivienda de aquel bandido con trazas de ventero.

CAPÍTULO LXVI.

Los dos compadres.

Aunque tranquilo con las explicaciones que don Tadeo le habia dado, no estaba sin embargo satisfecho Langosta de su completa sinceridad.

Sabia que aquel hombre era un tuno muy redomado, y á pesar de no faltarle á él una buena dósis de malicia y socarronería, sucedíale lo que á todos los que carecen de instruccion, que desconfian siempre de las personas instruidas y de cierta posicion, porque les parece que en todo les engañan.

Hemos visto que, á pesar de los rodeos de que don Tadeo se habia valido, no habia tenido más remedio que confesar la verdad, y entregar su plan secreto á la discrecion de Langosta.

Pero éste, luego que su interlocutor se alejó, quedó contemplándole un rato, y luego empezó á pasearse por delante de la venta, mientras pronunciaba el monólogo siguiente:

—Este don Tadeo anda siempre metido en unos negocios..... la verdad es que con su *proteccion* podria uno ganarse muy bien la vida, si él fuera hombre de bien..... pero no se puede tener confianza, porque. ... ¿quién confia en esa especie de *picapleitos*, que á lo mejor le hace á uno ver lo blanco negro?.... Y eso que yo le paré á tiempo y le hice cantar claro..... ¡Cantar claro!.... Falta saber si verdaderamente cantó, ó si me ha contado un cuento para salir del paso, y nada más..... ¡Demonio! Esta gente *leida y escribida* le pone á uno en unos apuros, en unas dudas..... casi, casi valdria más que no se acordaran de uno para nada..... He aquí un hombre que no sabe qué hacer.... estoy navegando entre dos aguas.... Si le sirvo por una bicoca y él hace á costa mia un buen negocio, seria una lástima y hasta un desdoro para Langosta, que tiene fama de ser el más listo en diez leguas á la redonda, haberse dejado engañar por ese avechucho..... pero ¿y si no le sirvo, y el negocio se presenta bien, y él se vale de otro, y ese otro se chupa la breva que yo debia chupar?.... ¡Caramba! Tengo la cabeza como un bombo..... Dejemos descansar esta idea un poco á ver si se me ocurre entretanto algun pensamiento bueno, y veamos si estos muchachos..... ¡Tuerto!

El que habia sido llamado de esta suerte, en virtud de la falta de un ojo que sufria, apareció en la puerta de la venta, diciendo:

—Aquí estoy.

—Acércate aquí.

—Ya estoy.

—¿Qué hace ese caballero que llegó hace poco?

—Está escribiendo interin se le prepara la comida.

—¿Mataste el gato pardo?

—Sí, señor; por cierto que está que parece un cabrito.

—Mejor; lo que has de procurar es que esté tierno.

—Lo estará, señor; ¡y echa un olor! Hasta aquí llega, y conforta.

—Bueno. ¡Valiente conejo se va á comer ese señor! ¿Y el caballo?

—Listo.

—¿Cómo listo?

—Quiero decir que ya le he puesto su correspondiente racion de paja, y le he dado á oler el medio celemin de la cebada.

—Eso, eso. Vaya, veo que eres un mozo aprovechado, Tuerto. Si así continúas, no te pesará haber entrado á mi servicio.

—Espero que siempre estará usted contento de mí. Yo sirvo con celo y buena fe; puedo tal vez equivocarme, porque todos estamos expuestos á ello, pero nunca lo hago con mala intencion; y sobre todo, lo principal es que lo mismo sirvo para un barrido que para un fregado; á todo me avengo.

—Eso es lo *prencipal*, y más en estas casas, donde, como ves, tan pronto tiene uno que rozarse con un arriero, como con un personaje muy encopetado.

El Tuerto no mentia; lo mismo servia para un fregado que para un barrido, como en su lenguaje habia dicho.

Era uno de esos caractéres que lo mismo se adaptan al bien que al mal. Todo dependia de los que le dirigian ó le aconsejaban.

Déjase comprender que no era la venta del tio Langosta la mejor escuela de costumbres que se le proporcionaba.

Hacia poco tiempo que habia entrado á servir en ella, y el ventero le habia dado, y aun le daba diariamente, instrucciones que ya hemos visto lo morales que eran, y de qué manera el mozo las llevaba á cabo.

Pero no era eso solo lo que Langosta buscaba en él.

Queria tener un confidente, un interlocutor, una especie de asesor en momentos dados, pues estaba acostumbrado á que sus dependientes le secundasen fielmente en sus proyectos.

Por otra parte, es sabido que la gente de su clase, por más que se hallen colocados en distinta categoría, suelen prescindir de ella con frecuencia, y tratar ciertos asuntos en el terreno de la amistad y de igual á igual.

Pero desconfiado y receloso, como á los de su esfera acontece, iba sondeando al mozo poco á poco antes de otorgarle su confianza.

En cambio el fámulo sostenia el exámen perfectamente.

Podia en realidad sostenerle.

No era un criminal endurecido, no era todavía ni siquiera un bribon consumado.

Era lo que llamamos un mozo avispado, listo, dispuesto á ejecutar puntualmente lo que le ordenaban, y á ganar el jornal que por ello le pagaban.

Naturaleza egoista y utilitaria, aquella manera de obrar era calificada por él de una honradez á su modo.

Para él no existia en el mundo más que el que le pagaba y tenia el derecho de mandarle, y él, que recibia y tenia la obligacion de obedecer.

Poco le importaba que los actos que ejecutaba resultasen en perjuicio de otros, con tal que él cumpliera fielmente con su deber.

Y no era que le faltara inteligencia ó buen sentido para conocer y discernir lo malo de lo bueno, lo digno de lo reprobado, sino que á las ideas que dejamos enunciadas, venia á unirse una indolencia, una indiferencia que le impedia obrar de otro modo.

Muchas veces, en distintas ocasiones de su vida, la conciencia le habia reprochado ciertos servicios en que se habia empleado; pero él respondia siempre á las reconvenciones de la conciencia: «¿Qué me importa á mí todo eso? Yo no he de hacer más que servir á quien me paga: si eso está mal hecho, la culpa será suya y no mia.» Y se habia quedado muy tranquilo, hecha esta reflexion.

Así se apresuró á responder á las últimas palabras de su amo:

—Lo que ménos me importa á mí son las personas que vengan: yo tengo obligacion de servirlas, y lo mismo me da, sea quien sea.

—Sin embargo, hay que guardar la distancia debida. Á un traginero no se le puede, no se le debe servir con el *aquel* que un conde, pongo por caso.

—¡Toma! Pagándolo ¿por qué no?

—No me entiendes, muchacho.

—¡Vaya si os entiendo! Pero yo repito que el que paga y manda tiene derecho á que le sirvan, y que tanto vale un ochentin en manos de vos, *vervingracia*, como en las del mismísimo conde de Floridablanca.

—Sí; pero el servicio ha de ser siempre más esmerado para el último.

—Si lo paga mejor, es claro que sí.

—No, no; no es eso: ya hablaremos en otra ocasion de este particular: no estás tú al corriente de las cosas: hay que *desasnarte,* muchacho. Déjame ahora y cuida bien del *conejo.*

—Está bien, señor.

Langosta pronunció la palabra *conejo* levantando la voz, porque vió asomarse á una ventana que caia sobre ellos al caballero para quien se aderezaba el guiso á qué aludia.

El Tuerto se retiró, y el ventero, fingiendo que no habia visto al viajero, continuó paseando por delante de la puerta.

El caballero, despues de aspirar por un momento el aire libre y pasear una mirada por el contorno, se retiró cerrando la ventana, mientras que el ventero, una vez solo, habia vuelto á caer en su meditacion.

—Nada, lo dicho—continuaba—este don Tadeo..... es preciso estar prevenido..... ¡Cáspita! Y ahora que me acuerdo..... le he oido decir varios nombres, y entre ellos uno..... sí, es el mismo que decia aquella muchacha que estuvo aquí encer-

rada..... aquella Paca..... cabal; don Luis..... el mismo que viste y calza..... es verdad que hay muchos burros de un pelo, y un nombre no es bastante..... ¡Demonio! Convendria averiguar esto, porque si fuera lo que yo me figuro, tendria doble ganga..... ¿Cómo saldria yo de estas dudas?.... ¡Ah! Ya sé..... mi compadre Simon..... sí, sí..... ninguno mejor que él puede averiguarlo, y ponerme al tanto.

É inspirado por esta idea, entró en la venta, y despachó al mozo con encargo de buscar á su compadre en varios sitios, cuyas señas le dió, y decirle que viniera en seguida.

Entretanto quedó él al cuidado de la cocina, y sirvió al viajero la comida, entreteniéndole con distintas conversaciones para impedirle fijar la atencion en el plato que se le presentaba, y se le hacia pasar por excelente conejo.

No tardó Simon en llegar sin más tiempo del necesario para trasponer la distancia que separaba su casa de la venta, pues precisamente cuando el Tuerto llegó, se disponia á salir para reunirse con varios amigos á quienes pensaba contratar para cierto *negocio*.

Como sabia que su compadre Langosta no acostumbraba á llamarle, y mucho ménos con urgencia, á no ser para algun asunto de grandísimo interés, se apresuró á seguir al Tuerto, y al mismo tiempo y departiendo llegaron á la venta.

En aquel punto acababa el tio Langosta de levantar los manteles de la mesa del viajero, y al divisar á su compadre, no pudo contener una exclamacion, pues á decir verdad, no esperaba verle tan pronto.

—¡Carape! Eso se llama exactitud—dijo.—Entre usted aquí, compadre. ¡Tuerto! Llévanos un jarro de Valdepeñas *ligítimo,* y dos vasos allá *drento*, al jardin, y no me llames para nada, ni para nadie.

—Voy allá.

—¡Ah! No creo que piense en irse ahora ese señor, porque nada me ha dicho; pero si quisiera marcharse y te pidiera la

cuenta, le dices que el cuarto, la cuadra y la comida de él y del caballo, es todo junto cincuenta y cuatro reales.

—Está bien.

Y mientras llevaba el jarro y los vasos, murmuraba el mozo:

—Caros se venden en esta venta los gatos y la paja.

Entretanto, y despues de remojarse el gaznate, el tio Langosta abordó la cuestion sin rodeos.

—Compadre—dijo á Simon—¿conoce usted á un tal don Tadeo?....

—Sí, señor; no siga usted.

—¡Canario! No sea usted *súpito,* y déjeme decirle de qué se trata.

—Desde que ha empezado usted á hablar y á pronunciado ese nombre, me he figurado el asunto. Hay una conspiracion.

—Sí, señor.

—Bueno; pues á mí me ha dado el encargo de buscar unos cuantos, disfrazarnos bien, y como si fuéramos la ronda, prender á los conspiradores, y llevarlos á un encierro.

—¿Y no le ha dicho á usted adónde les van á encerrar?

—Ni adonde les vamos á encerrar, ni adonde les vamos á prender. Me ha dicho que él vendrá con nosotros.

—¡Valiente *trucha* es el tal don Tadeo! No, el que á él se la pegue.....

—Pues ¿qué hay?

—Mire usted si sabe ese hombre más que Brijan. Á usted no le ha dicho adonde han de llevar los presos, y á mí no me ha dicho quiénes eran los que hacian de ronda. Gracias á que somos compadres..... El encierro adonde han de llevar ustedes á los conspiradores, es esta venta: el mismo donde estuvo en otra ocasion la Paca.

—Ya. ¿Y sabe usted quiénes son esos conspiradores?

—Sé de alguno; y por eso le he enviado á llamar á usted.

Don Tadeo ha venido á encargarme que lo tenga todo dispuesto: yo..... la verdad, no me gustaba mucho ese negocio, porque mañana ú el otro puede descubrirse, y los que no tenemos nuestras cuentas muy corrientes con la justicia.....

—Bueno; al grano.

—Nada, que me hice de pencas por varias razones; la primera porque me venia con *arrodeos*..... *¡Misté á mí*, que siento crecer la yerba!.... Entonces ya no tuvo más remedio que cantar claro..... yo todavía me hice *de* rogar, porque he olido que en ese negocio se han de atravesar muchas pesetas, y..... la verdad..... uno no va tampoco á servir por un pedazo de..... pan..... Ya que uno se comprometa, que sea con alguna utilidad.

—Pero ¿no acaba usted, compadre?

—Voy allá. Pues decia que yo procuré sacar el mejor partido posible, y entretanto ver si podia hacerle hablar, porque á veces tambien sabe usted que por el hilo se saca el ovillo... y dicho y hecho..... don Tadeo nombró á algunos de los que vendrán presos, y entre ellos á un don Luis.

—¡Don Luis!—exclamó Simon.

—Yo entonces pensé si ese don Luis tendrá algo que ver con aquel otro de Paca..... aunque por el nombre solo no se puede sacar mucho en claro.....

—Sí, sí; no hay duda; es el mismo, dijo Simon. Voy al punto á averiguarlo, compadre; y si mis sospechas son ciertas, tenemos doble ganga.

—¡Cómo!

—Precisamente hay personas que pagan muy bien las noticias que se les dén de don Luis, y yo le habia perdido la pista hacia unos dias.

—Pues ya lo sabe usted.

—No; todavía no lo sé, aunque lo sospecho. Pronto tendré la certeza.

—Compadre, no olvide usted que yo le he dado la noticia.

—¿Quiere usted callar? Eso no se dice entre nosotros; esa es una mina que nosotros dos aprovecharemos.

Y despidiéndose del ventero, salió apresuradamente á hacer pesquisas respecto á don Luis, para dar noticias de él á la condesa de Santillan.

CAPÍTULO LXVII.

De cómo llegó á noticias de doña Isabel lo que se proyectaba contra don Luis.

Simon caminaba hácia Madrid embebido en sus reflexiones.

Conquistar nuevamente la confianza de doña Isabel era el pensamiento que con más tenacidad germinaba en su cerebro.

Hallar ocasion de volver á explotar aquella rica mina cuyo filon podia dar aún mucho de sí.

—Si yo me atreviera, pensaba, á ir á su casa, nunca mejor ocasion que esta. Los antecedentes que acaba de suministrarme el tio Langosta me sirven á las mil maravillas. ¿Qué puede sucederme? La buena señora estará airada en contra mia, eso es natural; pero tambien lo es que yo me justifique, y eso puedo hacerlo con facilidad porque realmente yo no tengo culpa alguna de que se hayan torcido los negocios que me confió y que yo llevé á efecto debidamente. Estoy seguro

que cuando deje entrever el peligro que corre *su don Luis*, se apresurará á emplear de nuevo mis servicios y en ese caso ya vuelvo yo á estar en grande. ¡Ea! pues, ánimo y emprendamos la batalla.

Esto diciendo, se encaminó decididamente hácia la casa de doña Isabel.

Llegado que hubo á ella, no vaciló y se hizo anunciar.

Doña Isabel se sorprendió, pero no le negó audiencia.

Entró Simon en el gabinete de la dama y la saludó humilde y respetuosamente.

La dama le miró con marcada frialdad y áun casi sin dignarse mirarle.

—Señora!..—se atrevió á decir Simon con acento temeroso.

—¿Qué se te ofrece? ¿Á qué vienes?

—Vengo á disculparme.

—¿De qué?

—Malo—pensó Simon—la señora está más cargada de lo que yo creia.

—Las muchas atenciones que debo á su excelencia me obligan á que trate de justificarme.

—No he pedido yo esa justificacion.

—Es muy cierto; pero le es muy duro á un hombre que trata de servir lealmente, el creer que le pueda acusar.....

—¿Acusar?....

—Créame la señora condesa, que en cuantos asuntos ha tenido la bondad de ocuparme, he cumplido fielmente; no ha sido mia la culpa si el término de los negocios no ha respondido á mis deseos y á mis trabajos. Si la señora condesa tuviese la amabilidad de prestarme atencion por un momento...

—Habla.

Simon guardó silencio algunos momentos, durante los cuales trató de recoger sus ideas.

—¿Y bien?—dijo doña Isabel con marcada impaciencia.

—Perdone la señora condesa mi silencio, reflexionaba el

modo como debia dar comienzo á mis descargas. Empezaré, pues, por la desaparicion de aquella jóven que se me encargó vigilara, teniéndola depositada en parte segura.

—¿Cómo cumpliste tu cometido?—repuso con duro acento doña Isabel.

—Fielmente, señora.

—El resultado desmiente esa afirmacion.

—No fué mia la culpa.

—¿Pues de quién?

—De la casualidad.

—¿De la casualidad?

—Esa es la verdad, señora condesa.

—Es muy cómodo para cierta gente el que se mezcle la casualidad en todos los asuntos que se les confia.

—Yo habia depositado á la jóven en cuestion, en seguro sitio.

—No lo seria tanto cuando salió de él en cuanto quiso.

—Aprovechó la ocasion en que, segun las órdenes que yo habia recibido, la trasladábamos á sitio más lejano y seguro.

—De haberlo hecho como era debido, no hubiera ella podido libertarse.

—Hízose, y, créame la señora condesa, cuanto era dable; pero en el momento que habíamos comenzado nuestro viaje, la prisionera, que es una moza resuelta y de empuje, encontró modo de libertarse.

—Pues ¿qué hizo?

—Comenzó á dar voces á tiempo justamente que cruzaban por el camino algunos jóvenes calaveras; oidos los gritos por ellos, nos detuvieron, y como nosotros opusimos resistencia, se entabló encarnizada lucha, durante la cual pudieron nuestros contendientes sacar de la litera á la manola y libertarla, en tanto que nosotros, vencidos por el número, despues de una desesperada resistencia, tuvimos que huir como nos fué dado, maltrechos y aporreados. Ya ve la señora condesa cómo

se debe á la casualidad y no á falta de solicitud la libertad de la susodicha jóven.

—Cuando se paga bien hay derecho á exigir mejor cumplimiento.

—¿Qué podia yo hacer?

—Prever toda clase de obstáculos y obrar á la segura.

—Pero.....

—No son brazos lo que hace falta en determinadas ocasiones, es cabeza.

—Yo, señora condesa.....

—Y cuando no se cuenta con el suficiente entendimiento, no se admiten ciertas comisiones.

Simon estaba confuso y áun avergonzado, aunque ello parezca inverosímil.

—Yo creí haber tomado bien mis medidas.

—Los resultados se han encargado de desmentir tus pretensiones.

—Puedo asegurar que mi buen deseo.....

—El buen deseo—dijo desdeñosamente doña Isabel—no es suficiente. Ademas que ya sé yo lo que para la gente de tu calaña significa el buen deseo.

—Créame la señora condesa.....

—Yo creo lo que veo, y me extraña que hayas tenido la audacia de presentarte ante mi vista despues de lo ocurrido.

—Eso probará á su excelencia, que si ha habido torpeza por mi parte, no ha habido mala fe.

—Lo que me prueba es otra cosa.

—Puedo jurar.....

—¿Acaso la gente como tú no juran en falso cuantas veces les conviene? Tú te has dicho á tí mismo: «Es preciso encontrar el modo de engañar á la señora condesa, y que ella cuide generosamente de saciar mi inagotable sed de oro.» Ni más ni ménos.

Como se ve, doña Isabel habia comprendido perfectamente

el intento que á su casa habia conducido de nuevo á aquel tunante.

Simon comprendió que le habian visto el juego, y que por lo tanto no era factible que él ganase la partida. Sin embargo, le quedaba, segun él, el gran recurso de qué echar mano, y por lo tanto aún abrigaba la halagüeña esperanza de reconquistar la confianza de la ofendida dama.

Resuelto á dar el último golpe, se determinó á jugar el todo por el todo, y revistiéndose de audacia, dijo con seguro acento:

—Se ha engañado la señora condesa respecto á mis intenciones.

—No trato de discutirlas.

—Puedo probar lo contrario.....

—No pido explicaciones.

—Y estoy muy seguro de que su excelencia se convencerá de que se ha equivocado al calificarme.

—¿Equivocado? ¿Acaso has creido que yo he podido creerte otra cosa de lo que eres? ¿Hay necesidad de calificar á un miserable, á un canalla?

Otro cualquiera de seguro se hubiera desconcertado, pero Simon era hombre en quien no hacian gran mella las verdades que se le dirigian, por más que éstas fueran tan duras como las que acababa de escuchar.

—No puedo negar—contestó tranquilamente—que mi conducta pasada, antes de conocer, para dicha mia, á la señora condesa, era depravada; pero desde aquel entonces procuré enmendarme, y lo conseguí.

—Reincidiendo á cada momento en tus bellas hazañas.

—Apartándome—contestó con la mayor seguridad—del mal camino que habia emprendido, y procurando hacerme hombre de bien.

—No sé qué debe admirarme más, si tu audacia ó mi paciencia.

—Si admití, y aun pedí dinero á su excelencia.....

—¿Qué me importa á mí el dinero que te he dado?

—Él sirvió para la gente que tenia precision de buscar, y como sé que sin oro nada de ella se consigue, me ví precisado á pedirlo.

—Está muy bien; yo no pido cuentas.

—Yo no puedo olvidar lo que debo á su excelencia.

—Puedes hacer lo que gustes respecto á eso, y si no tienes nada más que exponer, puedes retirarte.

—Si la señora condesa aún tuviera la bondad de oirme un momento más, la pondria al corriente de algo que le interesa.

—¿Á mí?

—Tal creo.

—¿Qué es ello.

—Se trata de don Luis.

Simon fijó los ojos en el semblante de doña Isabel, que palideció densamente al escuchar el nombre que acababa de pronunciarse.

—¡Don Luis!

—El mismo, señora condesa.

Doña Isabel se repuso instantáneamente, y contestó procurando que su acento no revelara la emocion profunda que su alma sentia:

—¿Qué ocurre?

—Algo muy grave.

—¿Y puede importarme el asunto á mí?

—Segun y conforme.

—Explícate, pues, con claridad.

—Es el caso que yo, deseoso de justificarme á los ojos de la señora condesa, he procurado sin decirle nada, servirla.

—¿Vas á encomiar tus servicios?

—Nada de eso—contestó humildemente aquel solapado bribon.

—Pues suprime las digresiones.

—Creyendo que podia interesar á su excelencia todo lo que referirse pudiera á don Luis, me propuse vigilarle de cerca á la jóven que antes fué mi prisionera, y aun trato de ponerme en contacto con algunas otras personas, á fin de dar cuenta á su tiempo de lo que conseguido hubiera en mis pesquisas.

—¿Y hoy vienes á eso?

—Justamente.

—Pues, habla.

—En primer lugar, estoy plenamente convencido de que Paca ama con toda su alma á don Luis.

—Y él.....—repuso afectando la mayor indiferencia doña Isabel, á pesar del rudo combate que en su pecho se libraba.

—Él, por su parte, aparenta corresponder al amor de la manola.

El corazon de la dama latia con extremada violencia.

—Hace en ello muy bien.

La aparente tranquilidad de doña Isabel comenzaba á desorientar á Simon.

—Ese caballero es el niño mimado del bello sexo, porque tambien suspira por él, aunque sin verse correspondida, doña Catalina de Sandoval.

—¿Tambien eso has averiguado?

—Sin que me quede duda de ello.

—¿Has concluido ya?

—Aún no.

—¿Hay más?

—Resta lo grave.

—Sepamos.

—Doña Catalina, ansiosa por tomar venganza del hombre que la desdeña, ha tenido bastante astucia para hacer que éste se mezcle con tres de sus amigos en cierta conspiracion.

—Ya entiendo.

—El momento de prender á don Luis está cercano, y su perdicion es segura; yo puedo librarle; tengo medios para ello. ¿Quiere la señora condesa que le libre?

—Si ese caballero conspira, comete una falta imperdonable, y es justo que expie su delito. No puedo dedicarte más tiempo; por lo tanto, démos por terminada esta entrevista.

Simon no se atrevió á replicar, saludó y salió de aquel aposento, diciendo para sus adentros:

—Me he llevado chasco: creo que el filon no da ya más oro.

Doña Isabel, en cuanto se vió sola, dió rienda suelta á su contenido llanto.

—¿Haré bien en abandonarle á su destino? ¿Debo salvarle? ¡Que no sea yo dueña de arrancar de mi corazon este amor que me avasalla!

Sumida en tales reflexiones, quedó hasta el momento en que su doncella favorita le anunció que ya estaba dispuesta la litera que debia conducirlas á la novena.

CAPÍTULO LXVIII.

Conferencia.

Dejemos á doña Isabel encaminarse á las Descalzas Reales, y volvamos entretanto al palacio del conde de Lazan.

Sabemos que el vizconde del Juncal, á consecuencia de su entrevista con María, y con una delicadeza digna de los mayores elogios habia escrito al conde de Lazan renunciando á la herencia, causa del litigio que entre las dos familias habia, en favor del conde, á pesar de habérselos adjudicado á él los tribunales, y renunciando asimismo á la mano de María, so pretexto de compromisos anteriores.

Aquella renuncia sorprendió de tal manera al de Lazan, que no supo durante largo rato si agradecer ó si ofenderse por ella, si considerarla como un favor ó como un desaire.

Su primer movimiento tan luégo como pudo recobrarse de su sorpresa, fué llamar á su hija, y tener con ella la explicacion á que hemos asistido, y en la cual la tierna niña, no

acostumbrada al fingimiento ni á faltar á la verdad, confesó sin rodeos que amaba á don Luis.

La consecuencia inmediata de esta confesion, ya hemos tenido ocasion de verla en la misiva que el conde dirigió al jóven prohibiéndole volver á poner los piés en su casa en castigo de haber abusado de su amistad sorprendiendo el corazon de una inocente niña.

Y por fin conocemos igualmente todas las intrigas puestas en juego por unos y por otros, hombres y mujeres, rivales en amor y enemigos políticos para desesperar y perder á don Luis, ya derrumbando el pedestal de su poder é influencia en palacio, ya infiriéndole una herida mortal en el corazon haciéndole perder el amor de la que él adoraba como á una divinidad, con un cariño tan puro y casto como el objeto á quien estaba consagrado.

En virtud de todas estas intrigas habian conseguido que María, engañada sobre las verdaderas intenciones de don Luis, y creyendo que se burlaba de ella, no solo se negara á asistir á la cita que éste le pedia con tanta instancia, sino que ni áun se dignara siquiera contestarle.

Tal era el estado en que este asunto se hallaba en el momento en que entramos en el palacio del conde y llegamos á su cámara, donde le encontraremos.

Severo, cejijunto y altivo, ora paseaba con agitacion por aquella vasta estancia, ora se paraba un momento delante de una mesa sobre la cual habia un pupitre, y encima de él un pliego que el conde contemplaba, tomándole, releyéndole, y arrojándole de nuevo donde estaba, volviendo á pasear y pronunciando palabras sin coherencia.

—¡Oh! no es posible—decia—no es ni siquiera aceptable semejante disculpa..... esto es un agravio..... y sin embargo, no puede expresarse en términos más delicados..... ¡Ira de Dios! Ni aún me es dado enojarme, y manifestar mi enojo..... He aquí las consecuencias..... ¡Y aún hay quien desea tener hijas!

¡Oh! las mujeres..... las mujeres son la deshonra de las familias, y la ruina de las casas.

Y como si su conciencia le reconviniera por aquella blasfemia con que envolvia una horrible acusacion, sin reparar en ello, á su madre y á todas sus parientas, paróse de repente, permaneció un segundo como ensimismado, y continuó diciendo:

—Es cierto: ¿qué podia hacer ella, pobre y cándida niña, que ignora completamente las astucias de los hombres, contra los poderosos medios que para interesar su corazon habrá empleado el libertino más famoso de Madrid? Pues qué, ¿no es sabido que tal es su habilidad que ninguna mujer se le resiste?.... ¡Por mi nombre! daria cualquier cosa por tenerle en mi presencia para castigar su osadía.....

Y cruzaba á largos pasos la estancia.

Luego volvia á pararse y continuaba su monólogo, diciendo:

—Es el caso que no puedo tampoco mostrarme enojado con él: conmigo siempre ha sido atento, respetuoso, deferente; con María no se ha extralimitado en lo más mínimo de las consideraciones que deben guardársela; siempre nos ha guardado toda clase de miramientos..... ¡Oh! ¡Terrible posicion la mia! Parece que todos se han confabulado para ofenderme de tal suerte, que no me sea posible desahogar mi enojo con ninguno, y tenga que convertirlo en desesperacion.....

Aquí llegaba de sus reflexiones, cuando se levantó el pesado cortinaje que cubria la puerta de comunicacion con la antecámara, y un criado con la librea de la casa apareció en el dintel, diciendo:

—El señor vizconde del Juncal pide permiso para entrar.

—¡Ah! que pase. El cielo me le envia.

El conde trató de dar á su rostro una serenidad que en su ánimo no existia, y se adelantó á recibir al vizconde, que al presentarse en la puerta se inclinó respetuosamente, y dijo:

—Sentiria, señor conde, haber llegado en mala hora.

—Nunca lo es aquí para vos; en cuanto á nosotros, siempre hemos estimado como muy buenos los momentos que os habeis dignado concedernos vuestra grata compañía.

—No sé cómo agradecer tamaña honra, señor conde.

—Dando de mano á los cumplimientos y tomando asiento, pues tenemos que hablar.

—Así lo creo, cuando habeis estimado oportuno llamarme.....

A una indicacion del conde tomó asiento el jóven en un cómodo sillon, y ocupando el dueño de la casa el que se hallaba colocado junto al pupitre, continuó:

—¿Sabeis que he recibido vuestra carta?

—Sí, señor conde; pues si no me equivoco la veo encima de vuestro pupitre.

—En efecto, es la misma—dijo el conde doblándola.

—Os suplico que no atribuyais á curiosidad un hecho sumamente natural. La teneis extendida, conozco mi letra, y como no han mediado entre nosotros otras comunicaciones por escrito, al verla casualmente, he deducido que es ella.

—No pretendo atribuiros defectos que no teneis. Mi accion de doblar la carta no ha sido tampoco otra cosa que uno de esos actos impremeditados, sin intencion de agraviaros.

—No cabe en mi imaginacion semejante idea, señor conde.

—En esta carta renunciais á todos vuestros derechos respecto á la herencia que de tantos años vienen litigando nuestras familias.

—Así es, señor conde.

—Derechos que hoy os ha afirmado el tribunal fallando en vuestro favor.

—En efecto.

—Pues bien, reconociendo en vos la mejor buena fe al hacer esta renuncia.....

—Sentiria que la pusiéseis en duda.

—Y agradeciéndoos, como es debido, tamaña generosidad...

—No hay en ello ningun mérito que agradecer.

—No puedo aceptar tan noble desprendimiento.

—¡Cómo!—exclamó el vizconde saltando de su asiento, pues no esperaba aquella contestacion.

—Como lo oís. No necesito recordaros la historia de ese pleito porque en él mismo la habreis visto. Nuestros antepasados, sobrado susceptibles en estas materias, daban gran importancia á veces á nimiedades, y así como en casos de honra no admitian otra transaccion que la espada, en asuntos de intereses no toleraban otro arreglo que los tribunales, olvidando el adagio que enseña que por malo que sea un arreglo amistoso, siempre será mejor que la engañosa tramitacion de un pleito. Esto fué causa del que nos ocupa.

—Lo sé.

—Á la curia le convenia dar largas al asunto, como que se trataba de una herencia cuantiosa, y de esta suerte ha venido trasmitiéndose, por decirlo así, de generacion en generacion hasta nosotros.

—Todo eso es muy cierto.

—Un poco más práctico yo en asuntos de esta especie, consideré que por el camino que íbamos, solo conseguiríamos destruirnos mútuamente, haciendo que sobre nuestras ruinas se levantaran otros, y engordaran con nuestros despojos. Desde entonces díme á cavilar buscando un medio de terminar el litigio de un modo honroso, cuando la casualidad vino á favorecer mis deseos. El amor que manifestásteis á mi hija allanaba el camino, y por medio de él, por medio de un matrimonio, podia perfectamente darse por terminado sin desdoro ni humillaciones para ninguno.

—Así lo comprendí yo tambien.

—¡Juzgad con qué gozo acogeria yo las proposiciones que en este sentido se me hicieron! Pero este gozo se ha convertido en pena con vuestra carta.

—No alcanzo la razon.

—Si no os conociera tanto, podria mirar esa carta como una ofensa.

—¿Ofensa?

—Sí por cierto. Esa renuncia que yo no os he pedido; esa renuncia, precisamente en el momento en que los tribunales han fallado en vuestro favor; esa renuncia, en fin, que nada autoriza, sino lejos de ello, cuando igualmente renunciais á la mano de mi hija, tiene todos los visos de un regalo..... por no decir de una limosna.

—Ruégoos, señor conde, que os digneis dar otra interpretacion á mis intenciones. Si yo hubiera pensado que en el paso que daba existia para vos la menor humillacion, seguramente nada hubiera hecho.

—Así lo he considerado, y por eso os hablo como amigo: de otra suerte os lo diria si sospechara en vos el pensamiento de deprimirme.

—Me habeis hecho justicia.

—Sin embargo, á pesar de todo mi buen deseo, siento deciros que me es imposible aceptar vuestra renuncia.

—No veo la razon.

—Cuando no fuera la de decoro, habria siempre la dificultad de armonizar la renuncia de los bienes con la renuncia de la mano de mi hija: es decir que la generosidad primera parecia paga del desaire segundo.

—Señor conde, me duele en el alma que un exceso de pundonor os haga interpretar mis actos de un modo que ni por asomo me ha ocurrido.

—Observad que os he dicho *pareceria:* esto os debe probar que no soy yo, sino la sociedad, quien lo juzgaria así.

—La sociedad se equivocaria.

—¡Se equivoca tan á menudo! Y sin embargo, no tenemos más remedio que pasar por sus equivocaciones. Así, pues, yo espero que apreciando mis razones, retirareis esa renuncia.

—Señor conde.....

—Creeria que, en efecto, teníais la intencion de humillarme, si no lo hiciéseis.

—Es que.....

—No hablemos más de eso, sino vengamos al segundo extremo de vuestra misiva, ó sea la renuncia de la mano de mi hija.

—Siento que compromisos anteriores.....

—Vizconde, sois el jóven más delicado y generoso que conozco. Si todas vuestras excelentes prendas no os hicieran apreciable, bastaria para ello vuestra conducta en la ocasion presente.

—No alcanzo, señor conde.....—balbuceó el jóven.

—El sacrificio es inútil. Yo he hablado con mi hija, y sé que no otros compromisos, sino la confesion que ella os ha hecho de un amor insensato, es lo que os ha decidido á dar este paso, á riesgo de poneros en mal lugar, cargando con todas las responsabilidades del rompimiento de una palabra.

—Creed, señor conde.....

—Es en vano negar. Lo sé todo, y por lo mismo tampoco puedo aceptar esa renuncia. Mi hija obedecerá á su padre, y será vuestra esposa.

—Debo haceros presente, señor conde, que no pretendo ni acepto el papel de tirano.

—¿Y quién os dice que lo seais?

—Es una tiranía imponerme á vuestra hija sin su amor, y yo no aceptaré jamás su mano así.

—Mi hija es harto jóven para conocer cómo se debe amar á un marido, y yo os respondo de que será vuestra esposa.

—¡Nunca, si ha de ser para hacerla desgraciada y ser yo tambien infeliz!

—Vos no tendreis que quejaros de vuestra esposa. Es honrada y sabe cuáles son sus deberes.

—Pero la violencia puede matarla.

—No habrá violencia: el convencimiento os la entregará. ¿La aceptais de esa suerte?

—¡Ah! ¿Por qué negarlo? Eso seria mi mayor ventura.

—Descuidad, pues; yo la hablaré, y espero hacerla conocer lo que la conviene, y que os dé gustosa su mano.

—En ese caso, mi renuncia.....

—Todo quedaria arreglado de esa suerte.

Despidióse tras esto el vizconde, y el padre de María volvió á quedar solo, pensando quizá en el medio de obtener de su hija el consentimiento que tanto deseaba.

CAPÍTULO LXIX.

Proposiciones.

La conferencia con el vizconde abrió una nueva serie de reflexiones en la imaginacion del conde de Lazan.

No se cansaba de ensalzar su conducta delicada y generosa, por más que no le fuera dable aceptar sus ofrecimientos.

El desprendimiento con que renunciaba á una herencia cuantiosa sin que al parecer le costara ninguna pena, la seserenidad con que al renunciar á la mano de María, asumia él toda la responsabilidad, y para evitarla á ella disgustos, se declaraba culpable exponiéndose á las reconvenciones que podian dirigirle por su ligereza en romper una palabra empeñada, eran otros tantos actos que el conde no sabia cómo agradecer.

Y sin embargo, la verdad es que al no aceptar la herencia que le regalaba el vizconde, quedaba casi arruinado el padre de María.

El conde de Lazan habia gastado en otro tiempo con bastante prodigalidad; su hijo no tenia mucho más juicio, y entre caballos, toreros, juego y queridas, las rentas y áun los pedazos del patrimonio se desmoronaban insensiblemente.

Ni siquiera se les habia ocurrido pensar que una parte de aquellas posesiones estaba en litigio, y que el dia en que los tribunales fallaran, si lo hacian en contra suya, no solo perderian el dominio y la posesion de lo que se trataba, sino que hasta se les exigiria el pago de las rentas; y si este caso llegaba, se verian en grande aprieto.

Ninguna de estas consideraciones se habia ocurrido á los de Lazan, y tranquilos, como si jamás hubieran de ser desposeidos habian continuado gastando.

Es verdad que tampoco podian hacer otra cosa, puesto que no les era dable rebajar un punto de su posicion y de su influencia en la córte; así que áun conociendo su desgracia, áun sabiendo á ciencia cierta su ruina, no habrian menoscabado en lo mas mínimo su orgullo, y solo era posible remediar aquella catástrofe con el matrimonio concertado, única solucion honrosa que para semejante apuro existia.

En esta situacion, todas las esperanzas del conde estaban en su hija, y como que su buen sentido no le ocultaba la posicion en que iba á quedar como consecuencia de su negativa á aceptar la renuncia del vizconde, trataba de hacer que á toda costa se verificara aquel enlace que habia de dejarle en pacífica posesion de lo que á la sazon tenia.

Bien se imaginaba que tal vez su yerno le pediria cuentas, y habria de dárselas cumplidas, lo cual tambien era otro apuro para él; pero fuera de que no era seguro este paso, dados el cariño y el respeto que á María y á él respectivamente profesaba el del Juncal, quedaba siempre el recurso de arreglar este asunto, como vulgarmente se dice, á puerta cerrada, y esto le haria variar grandemente de aspecto.

El vizconde era generoso, compasivo, desinteresado, y si

sabia que su exigencia ponia en compromiso al padre de su esposa, seguramente renunciaria á ella, ó la modificaria; y en cuanto al conde, no se consideraria ofendido ni humillado por concertar un acomodamiento con su hijo político, y se resentiria profundamente hasta de que se lo propusiera el que, en el caso contrario, debia considerar como un extraño.

Así pensaba paseando con agitacion ó parándose y permaneciendo durante algunos segundos cruzado de brazos, mirando al suelo, con la cabeza inclinada sobre el pecho y enteramente absorto en sus reflexiones.

Al cabo de un rato de meditacion, levantó la cabeza, pasóse la mano por la frente, y exclamó:

—Sí, sí: esto es: no queda más remedio. Por otra parte, no creo que sea tan gran sacrificio.

Y agitando la campanilla de plata de su escribanía, dijo al criado que se presentó á la puerta:

—Á la señorita que la espero aquí.

El criado saludó respetuosamente y desapareció para volver luego y anunciar que la señorita le seguia.

—Dejad paso—dijo el conde—y que no se nos interrumpa.

El doméstico sostuvo la tapicería interin entraba la jóven, é inclinándose luégo respetuosamente, se alejó.

María avanzó algunos pasos en la estancia, y se quedó parada á corta distancia de su padre.

—Acércate—le dijo éste—y siéntate á mi lado, pues tenemos que hablar.

Hízolo así la jóven, y el conde continuó:

—No quiero preguntarte si has reflexionado acerca de nuestra última entrevista; no quiero recordarte tampoco cuál ha sido la conducta de don Luis: solo deseo poner en tu conocimiento que he recibido una carta del vizconde, que para evitar repeticiones, puedes leer.

Y esto decia presentándole el billete que hemos visto sobre el pupitre, el cual la jóven recorrió rápidamente.

—¡Noble conducta la del vizconde!—exclamó María.

—Compárala con la del otro, y deduce las consecuencias.

—Padre mio.....

—Óyeme ahora. Muchísimos años hace que entre la familia del vizconde y la nuestra se sigue un pleito sobre posesion de unas fincas, que constituyen la mayor parte de nuestro patrimonio. No necesito decirte que los gastos que á uno y á otro nos ha producido este malhadado litigio, han sido inmensos; y más á mí, porque, conociendo que la pérdida de esos bienes seria casi nuestra ruina, he debido defenderlos con más tenacidad, y á toda costa.

—Ya lo sé, padre mio.

—Hace algun tiempo deseaba yo evitarme estos gastos, que en último término me llegarian á producir el mismo resultado que si perdiera mi patrimonio, y no hacia más que meditar qué medios emplearia para ello, cuando la casualidad vino á secundar providencialmente mis proyectos. El vizconde te vió, y te amó.....

—Me lo confesó, y yo no acepté su amor.

—Así es; pero él creyó que en aquella ocasion dictaba tu respuesta la cortedad, la sorpresa, ese pudor propio de la jóven que oye por primera vez sonar en su oido la palabra amor. Por esta causa él no se desanimó, y siguió amándote, esperando que el tiempo y su rendimiento te harian al fin participar de sus sentimientos, y confesárselo.

—No he podido hacer más que agradecerlo.

—Yo ví en este sentimiento la mano de la Providencia, y consideré salvada nuestra dignidad y nuestra posicion. La familia del vizconde no desmerece en nada de la nuestra; él es un jóven, que á sus notables prendas físicas reune excelentes cualidades morales; esta alianza nos honra; él la deseaba, y por mi parte no tenia que hacer más que aceptar, para que el larguísimo pleito que nos venia consumiendo quedara transigido, y nosotros continuáramos en posesion de un patrimo-

nio, que de una ó de otra manera al fin habia de recaer en vosotros.

—Conozco perfectamente vuestro pensamiento, pero.....

—Juzga tú si acogeria con gusto su peticion—continuó el conde sin pararse ante la contestacion de su hija, cuando en ella veia la conclusion de todos los disgustos y el renacimiento de la paz en nuestra familia.

—El destino no quiso.....

—Nuestra mala suerte te hizo conocer á don Luis, que si por su nacimiento en nada desmerecia de nosotros, no era por su conducta digno de tu mano ni de tu cariño.

—Vos, padre mio, no le juzgásteis así cuando le protegísteis.

—Esa reconvencion, María.....

—No, padre mio! ¡Líbreme el cielo de reconveniros! Trato solamente con esto de disculpar el afecto que pudo inspirarme; pues si vos, con más experiencia, más edad y más conocimientos, os habeis equivocado y le habeis prestado toda vuestra influencia y apoyo, no es de extrañar que yo le cobrara cariño, careciendo de esas circunstancias.

—Enhorabuena; no necesito repetir lo que desde entonces hasta ahora ha pasado: renovaríamos nuestra conversacion anterior, y hay cosas que vale más no tratar dos veces.

—Es cierto.

—Pero si prescindo de esto, no puedo ménos de manifestarte nuestro estado actual, de decirte que hoy mismo, hace pocos minutos, he tenido una entrevista con el vizconde.

—¿Se ha presentado?

—Le mandé yo llamar. ¿Debia dejar sin contestacion su misiva, cuando abrazaba extremos tan trascendentales?

—Es verdad.

—Aunque agradeciendo su generoso proceder, nuestra dignidad no nos permite aceptar la cesion que de esos bienes nos hace, y especialmente cuando los tribunales acaban de fallar á su favor. Seria recibir una limosna.

—Teneis razon, padre mio.

—Pero al no aceptar, tenemos que devolver; y no solo los bienes, sino las rentas que en tantos años de posesion hemos disfrutado, ó entablar nuevo recurso.

—¿Y por qué no devolver?

—Porque esa devolucion es nuestra ruina, porque no bastaria el resto de lo que poseemos para satisfacerle lo que se le debe, y nos veríamos literalmente en la calle y sin un real. ¿Te parece esta perspectiva de mendicidad digna del conde de Lazan?

—¡Dios mio!

—El único medio es volver á entablar recurso, no con esperanza de ganar, pues estoy convencido de que eso no será, sino para dar largas al asunto, para dilatar la entrega todo lo más que me sea posible, y evitar, si puedo, que al ménos durante mi vida vean nuestros émulos cómo se derrumba y desaparece la casa de Lazan.

—Hacedlo, pues, padre mio.

—Pero ese medio es costoso. Tú no sabes los sacrificios que me he tenido que imponer para hacer que el pleito dure hasta hoy. Resultaria, por consiguiente, que le haria vivir algunos años más, y cada vez seria más espantosa la miseria que esperaria al que tuviera que entregar los restos de esta fortuna.

—¿Qué hacer entonces?

—No hay otro medio hábil para terminar honrosamente este desagradable asunto, que tu matrimonio con el vizconde.

—Padre.....

—María, no te hago el agravio de suponer que continúes amando al que no es digno de ello.

—De ninguna manera.

—En ese caso, y puesto que tu destino es unirte á alguno, mejor es el vizconde que otro. Tú misma has confesado que

te era simpático, te ama, nos aprecia, y sus cualidades le harán ser un buen esposo.

—Pero no le amo, padre mio.

—Por otra parte, ¿permitirás que haciéndose él mismo responsable del rompimiento de su palabra, como ves en su carta, provoque un lance en que acaso tengas que lamentar la muerte de tu padre ó de tu hermano?

—¡Cielos! ¿por qué?

—¡Cómo! ¿Piensas acaso que aunque yo esté penetrado de la verdadera causa de su renuncia, puedo dejar esta carta sin otras explicaciones? ¿Crees bastante decir que compromisos anteriores le obligan á ello?

—Pero ¿no ha hablado con vos?

—No importa; eso dice la carta, y eso es una evasiva, un subterfugio para encubrir un desaire, y ese desaire no puede recibirle el conde de Lazan.

—¡Dios mio! ¿Con que no hay esperanza?

—No te exijo, ni él lo hará tampoco, que vayas inmediatamente al altar: ¿quién sabe si al fin el trato contínuo y el mútuo aprecio podrá convertir la simpatía en amor? Basta que alientes sus esperanzas; basta que le prometas ser su esposa.

—Padre mio, perdonadme: esa promesa no puedo hacerla todavía.

—Puedes, sin embargo, emplear toda tu voluntad en olvidar un amor indigno de tí.

—¡Oh! Eso sí que lo haré.

—Basta con eso.

—Permitidme á ese fin ir á ver á mi tia, la abadesa de las Descalzas Reales. Sus consejos, tal vez me sean útiles en la profunda pena que me aqueja.

—Vé, hija mia, y que el cielo te ayude y te proteja.

—Mañana mismo la veré.

Y la jóven se alejó con el corazon prensado por el dolor.

Cuando se halló sola rompió á llorar; pero poco despues la reflexion vino á reconvenir al sentimiento, y sus lágrimas se secaron.

Era que á pesar del amor que profesaba á Luis, el orgullo de haber sido pospuesta á otra, y el despecho de haber sido engañada, se revelaban en ella, y la gritaban que era una debilidad indigna verter llanto por un traidor.

Al dia siguiente, precisamente á la misma hora en que doña Isabel de Zúñiga se dirigia á la novena, llegaba tambien á la puerta del locutorio la hija del conde de Lazan.

La abadesa de las Descalzas Reales bajó un solo momento, el preciso nada más para dar un cariñoso beso á su sobrina, con quien se disculpó por no poderla atender en aquella ocasion á causa de la novena, pero invitándola á que fuera al dia siguiente por la mañana, ya que tanto deseaba consultarla sobre asuntos de interés, segun le decia.

María, una vez allí, entró en el templo, donde el concurso y la música hacian pasar una tarde agradable.

Allí encontró gran número de personas conocidas, pues sabido es que en la época que nos ocupa, las funciones religiosas eran verdaderos puntos de reunion adonde acudian las damas de la córte, más por exhibirse que por verdadera religiosidad, y los hombres para ver á las mujeres, para pasar el rato, ó para comentar la música que se habia tocado ó la elocuencia del predicador que habia hecho la plática.

Doña Isabel vió entrar á María en el templo, y al observar la palidez de su rostro, se sintió un momento conmovida; pero no tardó en recordar que era su rival, y la dirigió una mirada en que se encerraba un odio profundo.

La funcion terminaba: los circunstantes se iban retirando, y María continuaba pidiendo realmente al cielo fuerzas para olvidar á Luis, y doña Isabel seguia mirándola y espiando tenazmente todos sus movimientos.

Por fin María acabó su oracion.

Levantóse, enjugó una lágrima que aún se balanceaba en sus párpados, próxima á caer, y se dirigió á la puerta del templo.

Al llegar á la pila del agua bendita, encontró á doña Isabel que, con maliciosa sonrisa, la presentó los dedos mojados, diciéndola:

—Mucho habeis orado; deseo que el cielo oiga vuestras oraciones.

—Gracias—respondió la jóven humedeciendo sus dedos en los de la condesa de Santillan.

—No lo dudeis; Dios escucha los ruegos, cuando son justos. Si habeis suplicado por quien sea digno de vuestras súplicas.....

—Por mí misma, señora.

—¡Bah! ¿Y no iba unido á vos el recuerdo ó el nombre de alguna otra persona?

—No comprendo lo que me quereis decir.

—¿De veras?

—Bien sabeis que yo conozco pocas personas. Vos, en cambio, cuya posicion en la córte os pone en el caso de alternar con los que gozan del favor real.....

—¡Hola! ¿Todo eso sabeis?

—¿Quién no lo sabe en Madrid, señora?

—En efecto; en Madrid todo se comenta. Ved; hasta ha habido quien ha dicho que vos rompíais vuestra boda con el vizconde del Juncal, á causa de otros amores.

—Supongo que nada ofensivo á mi decoro habrán añadido.

—De ningun modo; así creo que habrán interpretado tambien mis relaciones con las personas favorecidas por Su Majestad.

—No he citado á nadie, señora.

—Yo quiero ser más explícita, porque al propio tiempo voy á haceros una advertencia por vuestro bien: don Luis se ha hecho ya imposible para las dos.

DA MARIA, YA SE HA HECHO IMPOSIBLE, D. LUIS, PARA LAS DOS

—¡Ah, señora!....

—El noble que desciende al indigno terreno de tratar amores con una menestrala, y viviendo en su compañía, es indigno de que ninguna mujer de su clase acepte el menor homenaje suyo.

—Pero sabeis.....

—Mucho más de lo que vos imaginais. Os miraba como una rival, pero hoy os compadezco y vengo á deciros: ¿Quereis ser mi aliada? Ambas nos vengaremos.

María la miró como no comprendiendo lo que le decia, y exhalando un ligero grito se dejó caer en los brazos de su doncella.

CAPÍTULO LXX.

Los celos de doña Isabel de Zúñiga.

El ligero desvanecimiento que produjeron en María las palabras de doña Isabel, satisfizo algun tanto, aun cuando en parte insignificante, el celoso anhelo que existia en el corazon de la dama.

Hizo ademan de prestarle algunos socorros; mas como en un brevísimo espacio recobró la jóven el uso de sus sentidos, doña Isabel apresuróse á salir del templo penetrando bruscamente en la silla de manos que á la puerta la esperaba.

—Á casa al momento—dijo á los criados.

Y obedeciendo estos su órden, en breve espacio salvaron la distancia que les separaba del palacio de Santillan.

Una vez la condesa en su cámara, dió órden para que inmediatamente fuesen á buscar á Simon y le introdujesen en su aposento, y dejándose caer en un sillon murmuró con dolorido acento :

—¡Dios mio! ¿En qué pude yo ofenderte para que de tal modo me hayas castigado! ¿He sido yo culpable de encontrar en mi camino un hombre que precisamente viniese á responder á la necesidad inmensa que de amar existia en mi corazon? ¿Por qué presentármele así para que yo le hiciera entrega de toda mi alma, si habia de corresponderme con tamaña deslealtad? ¿Qué es lo que siento dentro de mi corazon? Apenas acierto yo misma á dar cuenta de las sensaciones extrañas que experimento.

Y doña Isabel, alzándose del sillon, púsose á pasear por la estancia, diciendo al cabo de algunos momentos:

—Antes no podia escuchar el más sucinto relato respecto á una desgracia sin que mis ojos se llenaran de lágrimas y se oprimiese mi corazon dolorosamente, y tan cambiada me encuentro hoy, que experimento una cruel satisfaccion haciendo el daño, como acaba de sucederme con esa pobre niña. ¡Pobre niña, he dicho!—prosiguió la dama con irónica expresion—¡Pobre niña he dicho, cuando ha sido ella precisamente la que ha venido á arrebatarme el bien de que disfrutaba! ¿Pero ha sido ella sola? ¿Es ella la verdadera culpable de mi estado? No, hay otra mucho más miserable, hay otra que con cien vidas que tuviera no pagaria el daño que me ha hecho, y á la cual yo he dejado impune, haciendo sufrir en cambio á la ménos culpable.

El acento de doña Isabel vibró tan implacable al aludir á la otra dama que le habia arrebatado el cariño de don Luis, y que sin duda era doña Catalina, que apenas parecia posible que un rostro tan encantador pudiese expresar tan fielmente la celosa y terrible venganza de un corazon tan destrozado.

—Esa doña Catalina de Sandoval—prosiguió la dama—esa mujer sin pudor, y cuyas intimidades con el marqués del Alcázar le han dado alguna representacion en la córte, es más culpable, infinitamente más que la desdichada doña María á quien mis celos acaban de herir.

La dama dejóse caer sobre su anterior asiento, y escondiendo la cabeza entre sus manos, permaneció un buen espacio en aquella actitud.

Despues bruscamente la separó, y dijo:

—Pero ¿puede haber mujeres culpables donde existe un hombre criminal? No ha sido doña Catalina, ni doña María, ni aun yo misma las culpables de lo que ha sucedido; aquí el único culpable lo ha sido don Luis; don Luis cuyo ambicioso corazon sin reconocer freno ni límite de ninguna especie, ha solicitado el amor de cuantas ha visto, engañándolas como á mí me ha engañado, fingiéndolas lo que no sentia, y haciéndonos sufrir tormentos inconcebibles.

Y otra vez volvió á callar, permaneciendo abatida breves segundos, hasta que alzando nuevamente la cabeza, murmuró:

—¿Puede existir mayor avilantez, falsía mayor que la de que ha estado dando tan repetidas pruebas don Luis? ¿Por qué vino á despertar mi alma que dormia, si su propósito era únicamente burlar mi fe? ¡Oh! Quisiera conocer un tormento que pudiera igualar al mio, siquiera para hacer que lo gustase, y compensara al ménos lo mucho que he sufrido!

Otra vez volvió á ocultar el rostro entre sus manos, hasta que de pronto, cual si hubiera concebido repentina idea, alzóse del asiento, exclamando:

—¿Y no he de decirle á don Luis todo lo inícuo de su proceder para conmigo? ¿No he de arrojarle al rostro todo el dolor que hay en mi corazon, dolor envuelto con la infamia de su conducta? Sí, sí; voy á escribirle, será el primero y el único billete que tendrá mio, pero de tal manera estará escrito, que aun cuando quisiera llevar su felonía hasta el último extremo, haciendo vergonzoso alarde de mi carta, como quizás lo habrá hecho de mi amor, no se atreverá á ello por el poco favor que le resultaria de ser conocido lo que le digo.

Doña Isabel, á la par que decia estas palabras, presa de una

agitacion febril, se aproximó á una mesa y se puso á escribir.

Temblábale el pulso; la ira que sentia oscurecia su razon, y las lágrimas de los celos y del despecho, subiendo hasta sus ojos, la impedian ver lo que escribia.

Rasgó dos ó tres hojas del papel, no satisfaciéndole sin duda las ideas que habia trazado en él, ó la forma en que las habia emitido.

Finalmente, su razon fué serenándose algun tanto y pudo escribir lo siguiente:

«Caballero:

»Apenas sé cómo comenzar una carta á la cual la torpeza y doblez de vuestra conducta han creado dificultades que no sé de qué manera salvar.

»He procurado ver el medio de dominar mi justa indignacion, de evitar que el corazon herido atropelle lo que el decoro y la sensatez exigen, pero todo es imposible.

»Tal os habeis portado conmigo, tuvísteis un modo tan indigno de proceder con la mujer que tantas y tantas pruebas os dió de su amor, que apénas si encuentro una frase que pueda expresar verdaderamente todo lo grande de la felonía que habeis cometido.»

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—murmuró doña Isabel interrumpiendo su escrito—¡Si áun cuando recuerdo todo lo que me ha hecho, no puedo cesar de quererle!

—¿Por qué no continuais vuestra carta, señora?—dijo en esto una voz á espaldas de doña Isabel, miéntras que una mano sobradamente ligera arrebataba el papel en que ella escribia, ántes de que pudiese impedirlo.

Estremecióse la dama, y un grito se exhaló de sus labios al reconocer, en la persona que acababa de hablarla, á su esposo.

Volvióse vivamente, y el conde, á dos pasos de ella, tenia en su mano la carta que acababa de coger.

Irguióse con altivez la dama, y dijo:

—Caballero, ¿cuándo os he dado derecho para que os apodereis de los papeles que estoy escribiendo?

—Tomad, señora—contestó don Rodrigo entregando la carta que habia cogido—no necesito tenerla en mi poder, toda vez que ántes me habia enterado de su contenido.

—Accion bien indigna por cierto.

—Supongo que no tratareis de quitarme el derecho que ante el mundo tengo, por lo ménos, de conocer todo aquello que haga mi esposa, y con lo cual pueda poner en ridículo mi honor.

—Paréceme que ya os dije un dia lo que habia sobre el particular: si no me es infiel la memoria, y tened en cuenta que no suele sérmelo tratándose de asuntos de tal naturaleza, recuerdo, pues, que os hube de decir que amaba á otro hombre; que si bien ante los hombres era vuestra esposa, ante Dios mi corazon estaba libre, y por lo tanto, habia hecho donacion de él á quien mejor me habia parecido; hube de añadiros tambien que quien como vos, por medio de una felonía únicamente, habia podido ganarse mi mano, no podia nunca aspirar á otra cosa, ni debia quejarse por una situacion que él y solo él habia creado. ¿No fué eso todo lo que os dije, señor conde?

—¡Oh! señora! Es que hay cosas que áun cuando se digan, ni deben, ni pueden creerse.

—Sin embargo, motivos teníais respecto á mí para creer cuanto yo dijera.

—Es que esos motivos, permitidme que os diga que si los habeis tenido, fué únicamente gracias á la condescendencia mia.

—¿Á vuestra condescendencia?

—Sí, señora.

—Vamos, conde, permitidme que juzgue una chanza lo que no es posible que vos digais en serio.

Doña Isabel habia conseguido reponerse.

En los primeros momentos sobrecogióse de tal modo al reconocer la voz de su esposo, que tal vez si éste hubiera intentado cometer cualquier violencia, no se hubiese hallado con fuerzas para impedirlo.

Pero pronto se sobrepuso á aquella pasajera debilidad.

Recordó que en la carta que estaba escribiendo no se hallaba el nombre de la persona á quien se dirigia, y esto la tranquilizó.

Porque á pesar de cuantas quejas abrigaba respecto á don Luis, la sola idea de que corriese un peligro, la afectaba dolorosamente.

Y precisamente sabia que su esposo ignoraba hasta entonces el nombre de su amante.

Así es que su primera idea fué la de si ella habria cometido la imprudencia de estamparlo en la carta.

Mas ya segura de que no, y además, vista la actitud tomada por el conde, recobró su serenidad, y pudo afrontar la escena que previó desde luego que iba á seguirse.

Porque desde la que nuestros lectores presenciaron, el mismo dia en que se escapó Guevara de la quinta del Pardo, habia eludido con suma destreza toda explicacion con su esposo.

Habian cruzado sí algunas palabras más ó ménos intencionadas, alusiones hechas sobre aquellos sucesos; pero nada más.

Y no era porque don Rodrigo no estuviera muriéndose de celos.

Ya hemos dicho que amaba á su esposa; pero desde que supo por el anónimo primero, y por los mismos labios de doña Isabel despues, que ésta amaba á otro hombre, desarrollóse su amor de un modo poderoso, y sintió unos celos horribles.

Celos que le destrozaban el corazon, y que hacian de su existencia un tormento insoportable.

Pero aquel hombre, valiente y arrojado ante el enemigo, era débil y tímido ante su esposa.

Porque doña Isabel era una mujer valiente.

Desde el primer dia se le habia impuesto de un modo poderoso y enérgico, y él cedió fascinado por el extraño poder que ella habia ejercido desde el primer momento en que la vió.

La condesa sabia perfectamente la fuerza que tenia, y usaba de ella, y aun quizás abusaba; pero realmente ella se habia mostrado sumamente franca con don Rodrigo al celebrar su matrimonio, y no tenia éste motivo de queja, toda vez que asintió á casarse con una mujer que le dijo que ni le amaba, ni le amaria jamás, y que nunca la exigiera cuentas respecto á los sentimientos de su corazon, porque no se las daria.

CAPÍTULO LXXI.

De qué modo puede interrumpirse la conversacion de dos esposos.

Las últimas palabras de doña Isabel irritaron doblemente al conde, que sin poderse contener la dijo:

—Señora, no hablo de chanza, porque tampoco de chanza fué la ofensa que me inferísteis, os he hablado con verdad, y paréceme que reunís á una ligereza que calificar no quiero, sobrada impudencia para hacer alarde todavía de lo que debiérais ocultar.

—Lo ocultara si ántes no lo hubiera prevenido—repuso doña Isabel.—Si al enlazarme con vos lo hubiese hecho en las condiciones en que otros matrimonios se verifican, estad cierto, señor, que os lo ocultara.

—¿Y creeis acaso que en el mero hecho de haberos casado conmigo en las condiciones que lo hicísteis y por haber yo asentido á lo que me dijísteis vos, os hallais autorizada para poner mi nombre en ridículo y para mancillar mi reputacion?

Si yo os he confiado mi honra, señora, no ha sido para que la arrastreis por el lodo.

—¿Y creeis acaso que no sé yo guardar mi decoro?

—Mal guarda su decoro la que esconde bajo el techo conyugal á un amante, y la que tiene que reprocharle quizás un abandono ó una traicion de la manera que vos lo hacíais en esa carta cuya continuacion he venido á interrumpir.

Efectivamente, el conde habia entrado en la cámara de su esposa momentos despues que doña Isabel se habia puesto á escribir, y tan abstraida estaba en su propio pensamiento que no advirtió el rumor producido por sus pasos.

El conde se adelantó con suma precaucion hasta colocarse detrás de su esposa, y aun cuando con alguna dificultad leyó todo lo que ésta con mano febril habia ido escribiendo.

Realmente en lo que el conde acababa de decir tenia razon; doña Isabel no podia por ningun estilo prevalerse de las condiciones especiales y de lo que en su matrimonio habia mediado para cubrir de ignominia el nombre de su esposo.

Ella misma lo comprendia así, que no era la condesa de Santillan mujer de tan limitado talento que se creyese autorizada para proceder del modo que lo hiciera.

Así fué que á las frases de su esposo, apresuróse á contestar:

—Ya os dije, señor, dias pasados, cuando de este asunto me hablásteis, que os habia faltado; que realmente yo no tenia derecho para entregar mi corazon á ningun otro hombre; que érais dueño de mi vida, y que podíais hacer de ella el uso que por más conveniente tuviéseis.

—Pero si es que yo no puedo hacer ese uso, Isabel; si es que yo os amo con un cariño como jamás pensaba que pudiese amar.

Doña Isabel comprendió que en aquel amor estaba su verdadero peligro.

De sobra sabia que de nada la hubiese servido su voluntad para oponerse al amor de su esposo, si no le hubiera dominado desde el principio; pero siempre habia temido que el cautivo rompiese su cadena y exigiera lo que de derecho le correspondia.

Precisamente toda la fuerza de doña Isabel para sostener aquella situacion tan violenta habia consistido en el exacto cumplimiento de sus deberes.

El conde no podia reprocharle la accion más insignificante, no podia formular contra ella la acusacion más leve; así era que dominaba doña Isabel con la grandiosidad de su sacrificio, la grandeza de los mismos derechos que don Rodrigo habia adquirido con su enlace.

Pero desde el momento en que ella habia descendido de aquella altura, desde que el conde pudo no solamente reprocharla, sino vituperarla por haber llevado la deshonra y la vergüenza al hogar doméstico, la situacion de ella podia variar mucho.

En vez de ser ella quien acriminase, no tenia otro remedio que sufrir las recriminaciones de su esposo, y esto, dado el carácter orgulloso de la dama, era realmente terrible para ella; sin embargo, no se intimidó, á pesar de tener en contra suya todo lo desfavorable de su situacion.

Habia creido que el conde habria olvidado ya el amor con que en otro tiempo la persiguiera, en cuyo caso estaba segura.

Mas desde el momento en que este amor tornaba á mostrarse, y se mostraba realmente gigante, segun se desprendia de las palabras que el conde acababa de decir, el peligro para ella arreciaba, y habia de serle muy difícil poderle evitar.

Sin embargo, trató de luchar.

Mostrar que tenia miedo era declararse vencida, y ser vencida en aquellas circunstancias hubiera sido para doña Isabel el colmo del envilecimiento.

Si cuando no tenia mancha ninguna en su honra, si cuando estaba vírgen su corazon no habia permitido al esposo que se aproximase á ella, consentir que entonces lo hiciera estando llena por completo su alma con el cariño de otro hombre, hubiese sido, segun el modo de pensar de doña Isabel, la accion más inícua que pudiera existir.

—Bien sabeis, señor—dijo despues de algunos momentos de silencio—todo cuanto os dije ántes de verificarse nuestro enlace; os habíais atrevido á mí, y no quise que hubiese un hombre en el mundo que pudiese decir jamás que habia logrado de mí un favor sin ser mi esposo.

—Bien los habeis concedido á otro.

—¿Y no os dije que me reservaba la libertad de mi corazon?

—Sí, señora.

—¿No os dije tambien que no me era posible responderos de lo que sucederia el dia de mañana?

—Es verdad.

—¿Y no accedísteis vos á todo cuanto os dije?

—¡Oh, sí, por mi mal!

—¿Podeis por lo tanto acusarme de desleal? ¿Podeis decirme con entera verdad que yo os he faltado? Responded, caballero, responded con entera franqueza.

—Yo no puedo responderos más sino que os amo.

—Y yo no puedo corresponderos.

—Es que soy vuestro esposo—repuso el conde con acento tembloroso de ira y de amor.

—Por más que seais mi esposo, quiero concederos tambien que sois caballero y me empeñásteis vuestra palabra, y vuestra palabra debeis cumplirla.

—¡Doña Isabel!

—Cuanto vos digais será inútil.

—Pero si segun se desprende de esa carta que estábais escribiendo, han correspondido á vuestro amor con la falsía; si

el miserable en quien fiábais ha burlado vuestro amor, ¿por qué no obrais del mismo modo?

—Porque eso fuera igualarme á él en la doblez y en la falsía, y yo he obrado siempre con lealtad. Bueno ó malo, favorézcame ó no, digo siempre la verdad, y en su consecuencia, á la doblez y á la falsía con que me traten, jamás corresponderé con otra falsía y otra doblez, sino que sufriré, lloraré, tal vez trate de vengarme, pero no otra cosa.

—¿Y por qué no admitirme en vuestra venganza? ¿Por qué no darme un lugar en ella?

—Porque fuera locura en mí admitirlo, y rebajaros vos demasiado.

—Pero ¡decidme quién es ese hombre, señora! Ardo en deseos de conocerlo, así como ardo en deseos de vengaros y de vengarme. Si vos comprendiérais, doña Isabel, el horrible tormento á que vos misma me habeis condenado, de fijo que tendríais alguna piedad de mí. Ya sabeis, porque así os lo dije cuando de mi amor os hablé por primera vez, que os amaba con un cariño extraordinario, cariño que finalmente me llevó al extremo que sabeis, extremo que he deplorado mucho más de lo que os imaginais, y respecto al cual diera toda mi vida por hacérosle olvidar.

—Pero no comprendo á qué pueda venir todo eso, señor conde. Harto sabeis ya mi modo de pensar respecto á ese asunto, y en su consecuencia, ni vos debeis hablar más sobre él, ni yo escuchar lo que indudablemente renueva heridas pasadas.

—¿Y las mias?—preguntó don Rodrigo con acento desesperado.—¿Acaso creeis que nada signifiquen y que nada valgan? Vamos, doña Isabel; convencéos de que habeis procedido con una ligereza tan grande, que á no ser quien es vuestro esposo, y á no amaros tanto, es muy posible que hubiéseis tenido un grave disgusto. Pero de todos modos, guardáos, señora, guardáos mucho, porque la paciencia tiene sus límites

tambien, y tal podria ser el despecho que me produjese mi amor herido, tal la ira que hicieran nacer mis celos, que llegare á ofuscárseme la razon, y no sé hasta donde podria llegar entonces.

La amenaza del caballero devolvió á la dama la energía y la resolucion que pudieran haberle faltado á seguir el conde otra marcha distinta.

Alzóse fieramente de su asiento, y fijando una mirada altiva en el conde, le dijo:

—¿Qué habeis querido decirme con eso, señor conde?

—Nada, doña Isabel; hoy no quiero deciros nada, pero tal vez mañana pudiera ser mucho.

—¿Quiere decir que me amenazais?

—No; os prevengo, y bien sabeis que desgraciadamente para vos os hallais en esta cuestion en un mal terreno.

—¿Es decir que suponeis sin duda que por esa consideracion vaya ahora á humillarme ante vos?

—¡Doña Isabel!

—Estais en un error. Yo podré confesar mi falta, podré reconocer que he obrado mal; pero estad cierto que ni me humillaré ante vos, ni os pediré perdon, porque motivos no existen para ello, ni podeis aterrarme con todas las amenazas y con todos los propósitos que abrigueis.

—Deploro que os descompongais de tal manera, doña Isabel, cuando para ello no os dí motivo—repuso el conde visiblemente afectado por las palabras de su esposa—pero ved lo que haceis, porque á pesar de vuestra altivez, á pesar del tono y del aspecto que tomais, y con el cual creeis poderme intimidar, es posible que cese de ser lo que hasta ahora he sido para convertirme en.....

—¡Caballero!

—Dejadme que concluya.

Pero el conde no pudo conseguir su intento por más que doña Isabel no se opuso.

Precisamente de súbito se alzó el tapiz que cubria el hueco de la puerta, y un paje dejó franco el paso á Simon.

Éste se habia presentado en el palacio espontáneamente y sin que los criados que en su busca se habian enviado hubiesen dado con él.

El bribon, á pesar de que la última vez que habló con la condesa, habia sido tan bruscamente tratado por ella, comprendiendo que quien necesita no debe ser quisquilloso, y que los que sirven á los grandes deben sufrir sin quejarse de sus impertinencias, como que sin duda le convendria volver á verla, hizo caso omiso de su anterior conducta, y fué á su casa.

Los criados, como que habian recibido órden de ir á buscarle al momento, al verle se alegraron, y se apresuraron á hacerle pasar á la estancia de su señora.

El conde habia entrado en ella, como sabemos, pero dió la casualidad que los criados no lo sabian, y creyendo que su señora estaria sola, hicieron entrar al bandido.

Sorprendido quedó éste, y no lo quedó ménos el conde que advirtió al momento la turbacion de su esposa.

Porque efectivamente, doña Isabel, á pesar de todo su dominio, no pudo prescindir de alterarse al ver á Simon en presencia de su esposo.

CAPÍTULO LXXII.

Á qué iba Simon á ver á doña Isabel.

Desvanecida á los pocos instantes la impresion que habia producido tanto al conde como á doña Isabel la repentina aparicion de Simon, dijo el primero dirigiéndose al último con altanero acento:

—¿Quién sois y con qué derecho os presentais aquí sin demandar antes para ello el permiso oportuno?

Simon no supo qué responder y se contentó con mirar á doña Isabel como suplicando su inmediata intervencion.

La noble dama aunque no enteramente repuesta del todo, tomó la palabra.

—Yo habia dado órden de que se le buscase é introdujese á su llegada.

—¡Ah! eso es distinto; no hay que extrañar la sorpresa que me ha producido la aparicion de ese hombre porque no os suponia en relaciones con jente de tal jaez.

El conde pronunció sus últimas palabras acentuándolas con marcado desprecio.

Doña Isabel pareció no advertirlo, y contestó:

—Es el mandadero del convento de Capuchinos.

—¡Mandadero!—dijo el conde fijando su escrutadora mirada en la persona del perillan—nadie lo diria—objetó con cierta ironía—más bien tiene trazas de soldado.

Simon no las tenia todas consigo y deseaba de todas veras que tuviese pronto término aquella escena.

—Comprendo que tendreis que tratar de graves asuntos con el mandadero de la Santa Comunidad, y no quiero robar el tiempo á las piadosas obras en que indudablemente quereis invertirlo.

—No es asunto de tanta perentoriedad.

—Nada, señora, os dejo libre; tiempo nos queda sobrado á nosotros de vernos y hablarnos.

El conde saludó á su esposa, y al retirarse lanzó una severa mirada á Simon que no supo soportarla sin bajar los ojos.

En cuanto el conde desapareció, doña Isabel sin dignarse casi mirar á su interlocutor, le preguntó:

—¿Se te ha dicho que deseaba verte?

—Nada sabia—contestó humildemente Simon.

—¿Y no pudiste comprender en nuestra última entrevista que sin ser llamado no debias presentarte aquí?

—Perdóneme su excelencia; pero yo juzgaba que el otro dia, que tuve el honor de hablarla, estaba la señora condesa de bastante mal humor por circunstancias que no están á mi alcance adivinar ni comprender, y á consecuencia de ello creia yo que era debido el serio modo con que recibió á éste su humilde y leal criado.

—¡Ah! ¿eso creiste?

—Sí, excelentísima señora, eso creí; pero no por eso dejé de considerar ser de mi obligacion el cuidar de enterarme de todo aquello que pudiera interesarla.

—Al fin me convencerás de tu leal solicitud.

—Haré cuanto pueda para ello.

—Sin embargo, sobre ser ese punto difícil de conseguir, has agregado hoy un nuevo motivo de disgusto con tu repentina aparicion.

—No ha sido mia la culpa, créalo su excelencia, pues apenas he llegado y preguntado por la señora condesa, se me ha introducido al instante á su presencia.

—Bien; dejemos eso, y sepamos qué ocurre, y cuál es el motivo que aquí te ha conducido.

Simon habia comprendido perfectamente que cuando el criado de confianza de doña Isabel se habia apresurado á franquearle el paso, era señal evidente de que ésta deseaba verle; por más que nada le habia indicado el doméstico, estaba plenamente convencido que aquella vez no saldria del palacio de la condesa tan despechado y mohino cual lo habia hecho en la anterior ocasion; por lo tanto, completamente tranquilo sobre el particular, contestó sin vacilar y con resuelto aunque respetuoso tono:

—He venido á dar á la señora condesa noticias que la importan.

—Mucho saber es eso.

—Digo lo que creo.

—Habla.

—Se trata de don Luis.

El bribon usaba de ese nombre cual de un talisman, porque estaba muy seguro del efecto que causaba el oirlo á doña Isabel.

—¿Y bien?—replicó la dama sin que le fuera dado disimular su emocion.

—Creo recordareis que el otro dia hablé de la intriga en que cierta dama habia logrado mezclarle.

—En efecto, algo recuerdo.

—Tambien indiqué que la trama, ó mejor dicho la conspi-

racion en que toma parte el susodicho jóven, era conocida de álguien allegado al gobierno, y que éste habia tomado las medidas necesarias á fin de castigar con severa mano á los conspiradores.

—Sí, sí, recuerdo algo de eso—dijo con impaciencia doña Isabel.

—Entónces, me ofrecí porque podia hacerlo, á impedir que los golillas echasen el guante á don Lnis.

—¿Y hoy?

—Como se me ordenó que nada hiciera.....

—¿Qué?—preguntó con visible afan doña Isabel.

—Nada hice por no disgustar á su excelencia.

—¿Y es eso todo?

—Nó; hay algo más.

—Pues sepámoslo.

—La órden de prender á don Luis de Guevara está ya dada.

Mortal palidez cubrió el rostro de doña Isabel. Simon continuó:

—He creido que esto podria importaros, y he aquí el motivo de mi venida.

La condesa, repuesta algun tanto de la desagradable impresion que le produjo el saber que estaba ya dada la órden para encarcelar á don Luis, adoptó de nuevo una actitud reservada, y contestó con severo acento:

—Creo tambien que el otro dia te indiqué que es muy justo se castigue al que delinque. ¿No es eso?

—Así fué.

—Pues por ahora no he variado de modo de pensar.

—Es que yo no creo que don Luis haya delinquido.

—Esa será cuenta de sus jueces.

—¡Desgraciado del que cae en manos de esos respetables señores!

—Pues lo más prudente es procurar no caer.

—Tuve la honra el otro dia, de indicar á su excelencia que doña Catalina de Sandoval, sea por despecho, sea por lo que fuere, era la que habia tendido la red en que inadvertidamente habia caido el noble jóven á quien me refiero.

—Edad tiene suficiente, y bastante criterio, para saber á ciencia cierta lo que hace.

—¡Oh! señora, los amigos á veces son causa de que los hombres más avisados cometan multitud de torpezas.

Doña Isabel guardó silencio.

Simon decíase entre sí:—No quiere dar su brazo á torcer; sin embargo, no me cabe duda de que me habia mandado llamar, y el llamamiento no obedece á otra cosa más que á la cuestion de mi hombre; pero está visto que quiere hacerme ver que si se interesa al fin por él, lo hace únicamente movida por la compasion. Hagamos bien el papel.

Como se ve, no estaba muy desacertado el ladino Simon en sus reflexiones. Engañar á aquel tuno era punto ménos que imposible, y por más esfuerzos que doña Isabel hiciera á fin de convencerle que ya nada le importaba don Luis, no era muy fácil que interiormente se convenciera Simon por más que verbalmente dijera lo contrario.

—Es el caso—dijo rompiendo de nuevo el silencio el muy bellaco—que me temo mucho lo pase muy mal ese noble mancebo.

—No está en mi mano remediarlo.

—¡Oh! no digo yo tal cosa!

—Pues, entonces.....

—Francamente, yo creia que siquiera fuese por compasion, no hubiera desagradado á la señora condesa el terciar en el asunto.

—Cansada estoy de hacer bien, y de recibir mal premio.

—¡Ah! yo ignoraba que don Luis.....

—¿Quién te habla de ese caballero?—repuso gravemente la dama.

—Creí que aludia á él la señora condesa.

—Sin duda te has imaginado que no tengo yo cosas más sérias en qué pensar, cuando crees.....

—Yo nada creo, ni tengo motivos para ello—se apresuró á decir Simon, comprendiendo que era eso lo que deseaba aquella señora excelentísima.

—¿Qué puede importarme á mí ese jóven?

La pobre condesa olvidaba, al obrar cual lo hacia, que Simon tenia de sobra motivos suministrados por ella misma para poder apreciar en lo justo lo que podia haber mediado entre ella y don Luis, y creia fácil cosa el convencer á su taimado interlocutor de que nada podia haberle importado nunca el jóven de quien se trataba. Hay que convenir en que en ocasiones dadas, las personas de más claro criterio suelen obrar lo más inocentemente que darse pueda. Doña Isabel se hallaba en uno de esos momentos; Simon sabia demasiado á qué atenerse, y estaba dispuesto á ganar la batalla, fuese como fuese.

—Comprendo que á la señora condesa no le importe ese jóven gran cosa; pero atendido el generoso corazon y compasivos sentimientos que en él abriga el de su excelencia, y teniendo por mi parte en cuenta la proteccion que en tiempo no muy lejano se dignaba dispensar á don Luis, me habia imaginado que no veria con gusto la ruina de ese caballero.

—No le deseo mal alguno.

—¡Oh! eso desde luego me lo figuro, porque la señora condesa no quiere mal á nadie; pero confieso que habia creido de buena fe le seria grato hacer algo en pro de un amigo que se halla expuesto á un inminente peligro; espero que su excelencia se digne perdonar mi equivocacion.

Por lo visto, Simon queria tratar el asunto bajo forma distinta. Para él, el principal objeto era el de que se le ordenara hacer algo, y eso estaba seguro de conseguirlo, con gran provecho por su parte.

—Equivocado completamente, nó—dijo doña Isabel.

—En ese caso.....

—Quiero decir que la suerte de ese jóven no puede serme del todo indiferente, siquiera sea por las relaciones que han existido entre mi familia y la suya.

—No está malo el pretexto—pensó Simon, y agregó en alta voz:

—Indudablemente ese es un motivo, que hasta cierto punto obliga á la señora condesa á mirar con algun interés á esa persona.

—Por eso le he dispensado en anteriores ocasiones mi proteccion.

—Facilito es engañarme á mí—seguia pensando el taimado Simon.—Despues de la de marras, creerá esta señora que se me puede hacer tragar el anzuelo? Deseando está ella encargarme que haga cuanto pueda por su pichon; ¡qué suerte tienen algunos hombres!

—Desde luego me figuré siempre—repuso contestando á doña Isabel—que el interés que la señora condesa ha manifestado en pasadas ocasiones hácia ese caballero, era debido á relaciones de familia.

—Desgraciadamente para él, no ha sabido apreciar en lo que valian mis consejos y mis beneficios.

—Algo hay que perdonarle á un jóven.

—Sí; pero no quiero dar lugar á torcidas interpretaciones.

—¿Y qué motivo hay para ello?

—El vulgo es malicioso y lenguaraz, y seria harto sensible para mí el que hubiera quizá quien supusiera en mí actos é ideas que jamás he tenido ni pienso tener.

—No es fácil que tal cosa suceda.

—Pero podria suceder, y yo tengo en mucha estima mi propio decoro.

—No veo la razon de que nadie se entere de lo que nada le importa.

—No comprendo cómo don Luis se ha cegado hasta el punto de no meditar lo que hacia al meterse á conspirar.

—Ha seguido á algunos amigos suyos que de buena fe como él se han metido en la boca del lobo, y preveo que el resultado ha de serles fatal: las órdenes expedidas me consta que son severas.

—Siendo así, veo que será preciso hacer algo por ese muchacho.

—Sino, créame la señora condesa, que lo va á pasar mal.

—Ante todo, no quiero que mi nombre suene para cosa alguna en este asunto.

—Descuide su excelencia.

—¿Cuentas con medios para poder por tu parte librarle del golpe que le amenaza?

—Aunque hoy es algo más difícil que lo era el otro dia, atendido al estado en que se halla el asunto, yo removeré tierra y cielo siempre que se trate de hacer algo que la señora condesa ordene.

—Se supone que necesitarás dinero.

—Tal creo, pero en este momento no puedo asegurarlo, y ruego á su excelencia que crea no es el oro el móvil que me obliga á servirle con tanta solicitud, sino el agradecimiento.

—Tiempo habrá de pedir—pensó Simon—hoy conviene hacerme el desinteresado.

—Preciso será creerte al fin.

—Hablo con la mayor sinceridad.

—De todos modos, no te abstengas de pedirme lo que sea necesario.

—Así lo haré cuando sepa á qué atenerme.

—Procura, pues, salvarle.

—Lo haré.

—Y como desearia poder reconvenirle de viva voz y aconsejarle prudentemente, quisiera vieras el modo de proporcionarme una entrevista con él.

—Contad con ello. ¿Tiene algo más que mandarme la señora condesa?

—Puedes retirarte.

Simon saludó, y salió del gabinete de la condesa, diciéndose para sí:

—Está muertecita por él, eso ya lo sabia yo. Hay que convenir en que ese don Luis es un mozo afortunado.

CAPÍTULO LXXIII.

Donde Simon, por querer salir del paso, da lugar á un nuevo compromiso.

Muy satisfecho de sí mismo se disponia ya Simon á bajar la escalinata que conducia á la planta baja del palacio, cuando sin saber por dónde, se le apareció en frente nada ménos que el altivo conde de Santillan, el cual, con imperativo modo, le dijo:

—Sígueme.

Simon no se atrevió á replicar, y siguió al conde hasta el propio aposento de éste.

Una vez dentro del gabinete, el caballero con la mayor tranquilidad del mundo, se llegó á la puerta, la cerró, guardóse la llave en uno de los bolsillos de su chupa, llegóse á una mesa, abrió varios cajones, de uno de ellos sacó una pistola de arzon, la examinó con detenimiento y Simon la miró con espanto, de otro cajon extrajo una abultada bolsa de seda,

cuyo contenido, que era el de una fuerte suma en monedas de oro, vació encima de la mesa, hecho lo cual, sentóse con la mayor imperturbabilidad en el magnífico sillon que se hallaba colocado junto á la susodicha mesa, y que estaba situado precisamente frente por frente de la puerta de entrada que ántes habia cerrado.

Simon empezaba á sentirse mal, y á pesar de la agradable vista que le proporcionaba el monton de oro que frente de sí tenia, hubiera dado algo bueno por encontrarse léjos de aquel sitio.

El pálido y severo semblante del conde, su grave continente, la accion de cerrar la puerta y guardarse la llave, y sobre todo, la larga pistola que el caballero tenia colocada al alcance de su mano, no daban muy buena espina á aquel tunante, que cual todos los valientes de oficio tenia chico corazon en lances apurados.

El conde fué el primero en romper el silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Simon—balbuceó éste.

—¿En qué te ocupas?

—Señor, yo.....

—Comprendo; siendo varias tus ocupaciones, no sabes en este momento á cuál de ellas dar la preferencia, ¿no es esto?

La turbacion de Simon aumentaba por grados y muy visiblemente.

El conde le observaba muy atentamente.

—En una palabra—continuó el conde — tú eres lo que en buen español se llama un bribon de siete suelas.

—Eso de llamarme bribon.....—gruñó Simon haciendo un movimiento brusco.

El conde tomó la pistola, y con ella apuntó á la cabeza de su interlocutor; éste se puso densamente pálido, y comenzó á temblar como un azogado.

—Quieto—dijo el conde apuntando.

—¡Por Dios, señor conde! ¿Qué intentais hacer?

—Sencillamente, despedazarte el cráneo en cuanto hagas otro movimiento que no me parezca del todo bien.

Copioso sudor bañaba la frente de Simon, el cual interiormente se encomendaba á todos los santos y santas cuyos nombres le eran conocidos. Por fin, procurando mover apenas los labios, é inmóvil cual si fuera una estátua, se determinó á implorar gracia.

—¡Por las once mil vírgenes, señor, tenga su excelencia piedad de mí, que ningun daño le he hecho!

—Eso es lo que saber quiero.

—Puedo jurar.....

—Debo advertirte que hago poco caso de ciertos juramentos.

—¿Qué quiere, pues, que haga el señor conde?

—Responder con franqueza á lo que yo te pregunte.

—Estoy dispuesto á ello.

—Bien entendido, que estoy dispuesto á castigarte, caso que trates de engañarme.

—Yo diré la verdad de lo que sepa.

—Si así lo haces, cuenta con mi recompensa; aquí, como ves, tengo á mano oro con que saciar tu codicia.

—Ya lo veo—dijo Simon dirigiendo una mirada ambiciosa al monton de oro.

—En mi mano, cual puedes observarlo, está esta pistola cuyo tiro es seguro, y debo advertirte que me envanezco de ser un gran tirador.

—No lo pongo en duda—contestó temblando de nuevo el interrogado.

—Ahora bien, opta por una de ambas cosas.

—Por mi parte la eleccion está hecha.

—Eliges?....

—El oro, señor conde, el oro; me resigno.

—Corriente; tuyo será el dinero si me sirves bien.

—¿Qué hay que hacer?

—Ponerme al corriente de aquello que te pregunte.

Demasiado comprendió Simon lo que el conde podia desear saber; pero él revolvia en su mente el modo de desviarle del verdadero camino con dos fines; primero con el de no perder á la condesa, y segundo con el de embrollar la cosa de manera que él pudiera sacar provecho. Bien resuelto á hacerlo así, se apresuró á contestar con el tono de la más perfecta probidad:

—Pregunte el señor conde y procuraré satisfacerle.

—Así has de hacerlo si tienes algun apego al oro, y sobre todo á tu vida.

—Aprecio en cuanto valen ambas cosas.

—Más vale así: comienzo, pues.

Breve pausa siguió á las palabras del conde.

Simon aprovechó aquel pequeño intervalo ó tregua, si se nos permite la frase, para reponerse del todo y prepararse á contestar de un modo oportuno.

El conde meditaba el cómo entablar sus preguntas de cierta manera; en una palabra, le repugnaba tener que hablar de cosas que tan de cerca atañian á su honor con un hombre tal como el que tenia delante de sí; pero últimamente se decidió á hacerlo fuera del modo que fuera, porque anhelaba saber á qué atenerse con completa seguridad.

—¿Qué clase de servicios has prestado y prestas en la actualidad á la señora condesa?

—Ninguno que tenga nada de particular—contestó con el mayor aplomo Simon.

—Alguno será.

—Bien escasos, á fe, segun la gratitud que la debo.

—Pero ¿de qué género de servicios son?

—La mayor parte de ellos se han reducido á ser portador de parte de la señora condesa, de algunos auxilios en pro de determinadas personas cuyo estado era lastimoso.

—Eso es muy laudable; pero indudablemente habrás tambien sido portador de alguna otra mision para alguno que no estuviera en tan precario estado.

—Señor, yo.....

—Nada de reticencias; la verdad, solo la verdad.

—Es el caso, señor conde, que no sé qué contestar á su excelencia.

—Vamos, veo que prefieres el plomo al oro.

Y apuntó de nuevo á Simon.

—Prefiero el oro; créame el señor conde—se apresuró á decir.

—Pues á ganarlo en buena ley.

—De eso trato.

—Debo advertirte que los límites de mi paciencia son algo escasos, y al par es bueno que sepas que suelo tener caprichos bastante raros; y es el caso, que me ha entrado cierta comezon de disparar sobre tí, por ver la figura que hará un tunante de tu calaña clavado á una puerta.

—Puede el señor conde tirar sobre mí si le acomoda; yo por mi parte ni puedo impedirlo, ni hacer otra cosa que decir cuanto sepa de lo que me pregunte.

—Eso último es lo que yo deseo que hagas.

—Pues repito que estoy dispuesto á ello.

—En ese caso, quiero saber si alguna vez has traido á la señora condesa algun encargo de algun caballero, ó al revés, si es ella la que te ha confiado la mision de que á alguno te dirijas.

—Algo hay de eso, señor conde.

Como se puede comprender, el hábil Simon habia formado ya su plan, y de aquí el que mostrara tanta serenidad.

—Sepamos.

—Sobre todo, ruego al señor conde que no me comprometa.

—Yo he nacido caballero, y no lo olvido con facilidad.

—Ya me lo figuro, pero no extrañe su excelencia que le haya hecho tal peticion, porque puedo tener que nombrar á algun caballero cuya posicion actual sea tal, que pudiera perderme con facilidad.

—Nada temas; habla.

—Despues de todo, nada malo puede deducirse de lo que á mí se me ha confiado. Todo se reduce á alguna corta entrevista.

El conde escuchaba con febril impaciencia.

—Estoy, estoy; no pases adelante; solo quiero saber el nombre del caballero en cuestion.

—Vuelvo á repetir á su excelencia, que nada que pueda ofender á mi señora, la condesa, ni puedo decirle, ni creo tenga la menor importancia la amistad que une á mi señora doña Isabel y al caballero don Gil Perez.

—¿Se trata del secretario del conde de Floridablanca?—dijo verde de coraje.

—Comprenda el señor conde si ese caballero podria perderme.

—Basta; estoy satisfecho; toma.

Y alargó á Simon un puñado de oro, que aquél tomó trémulo de alegría.

—Procura dejarte ver conmigo; acaso te necesite, y no te pese de ello.

—Quedo á vuestra disposicion.

El conde se levantó; abrió la puerta y franqueó el paso á Simon, que salió por ella muy satisfecho de sí propio.

—Te clavaste, amigo—iba diciendo para sí—yo he hecho lo que he podido por salir en bien del paso; ahora arréglate como puedas.

El conde penetró de nuevo en su gabinete, del que solo habia salido para guiar á Simon; dejóse caer desalentado en el mismo sillon que antes ocupaba, y murmuró:

—Lo entiendo todo perfectamente; mis opiniones contra-

rias á las de Floridablanca, y mi amistad con el de Aranda han inducido al secretario Gil Perez á hacer la córte á mi esposa, con el doble fin de deshonrarme y sorprender mis secretos. ¡Oh! ¡Juro al cielo que mi venganza no ha de hacerse esperar!

CAPÍTULO LXXIV.

Donde María comprende que debe obedecer á su padre.

Repuesta María en pocos momentos, no quiso entrar á reposar en el convento, como la aconsejaba la doncella, sino que volvió á ocupar la silla que hasta allí la habia conducido, y regresó á su casa.

Aquella noche fué cruel para ella.

No podia arrojar de su corazon el amor que profesaba á don Luis, si bien su dignidad herida la aconsejaba romper completamente con el que á su entender habia traicionado tan villanamente su cariño.

Por más que su corazon se desgarrara al tener que arrancar ella misma de él la imágen querida que tanto habia acariciado, no dejaba de participar de lo que podríamos llamar preocupaciones de raza, y que consistian en que un noble se deshonraba y deshonraba á su familia desde el momento que miraba con amor á una plebeya, y mucho más si esta era una menestrala.

Se les dispensaba con facilidad, se les perdonaba una distraccion, un galanteo, un capricho con una mujer del pueblo, y á veces hasta se celebraban las circunstancias que á aquel hecho habian acompañado; pero semejantes relaciones no podian ni debian tomarse jamás en serio, so pena de convertirse en el ludibrio de todo el círculo más ó ménos aristocrático que frecuentaba el interesado.

María llevaba algo más léjos sus exigencias.

Sus rectos principios, su sentimiento de justicia, ni aún podia tolerar esos amores de burlas por todos tolerados, y que tan en boga estaban: creia que lo malo, malo era en todas las esferas y condiciones, y no sabia qué ley ó qué principio autorizaba ese privilegio para que lo que se consideraba en una clase como una afrenta, se permitiera en otra como moneda corriente; así es que exigia en el hombre que aspirara á su amor, no solo que la amara, sino que le fuera consecuente y fiel hasta el extremo de no faltarle ni por espacio de una hora.

Todas las razones en que los libertinos de su época se apoyaban para disculpar sus atentados á la moral, las miraba como sofismas que su recto juicio no podia aceptar.

Júzguese, en vista de esto, cuál debia ser la agitacion en que pasó la noche.

Pero ni una sola de sus doncellas se apercibió de sus lágrimas y de su profunda pena.

Al amanecer del siguiente dia, dispúsose á ir á las Descalzas Reales, como habia convenido con su tia en la tarde anterior; pero cuando la hora se acercó, y despues de haber reflexionado detenidamente sobre el paso que iba á dar, llamó á su doncella, le ordenó que deshiciera su tocado, y envió un recado á su tia excusándose de asistir á la entrevista, y aplazándola indefinidamente.

Terminadas entrambas operaciones, dispuso que la dejaran sola, sin duda para pensar mejor lo que tenia resuelto.

Entonces sacó de un cajoncito, hábilmente disimulado en

un mueble, varias cartas atadas con una cinta verde, y desligándolas, fué leyéndolas una por una con una atencion, con un detenimiento, que no parecia sino que se habia propuesto estudiar una por una todas las frases de que se componian.

Hubiérase podido adivinar el contenido de aquellos billetes, con solo examinar el rostro de la jóven.

Ya severo, ya risueño, era un espejo fiel donde se reflejaban todas las impresiones que recibia con la lectura de aquellas misivas.

Á veces se le escapaban palabras incoherentes; pero que revelaban bien á las claras el estado de agitacion de su ánimo, y el resultado de la comparacion á que en su mente sujetaba á aquellas palabras:

—¡Traidor!—decia.—¡Qué bien lo finge!..... ¡Y decir que todo esto es una mentira!.... Parece imposible..... ¡Dulcísima, bellísima perspectiva!.... ¡Ah! no hay palabras para calificar esta conducta!.... Abrir las puertas del cielo, para despues hacer rodar hasta el abismo..... ¿Es posible que un caballero, que un noble que disfruta del favor del rey, arrastre su dignidad hasta el extremo de sostener torpes y repugnantes amoríos con una bordadora, con una menestrala, con una de esas mujeres cuyo nombre va siempre acompañado de un mote?..... ¡Libertino!.... ¿Y es cierto que yo le amo á pesar de eso?.... No, no; yo no puedo, yo no debo amarle..... Sal de mi corazon, culpable amor: sal, y si te niegas á salir seré capaz yo misma de arrancarte y arrojarte del sitio en que te anidas... No; la hija del conde de Lazan no debe oir frases de amor, que no son más que la repeticion de las que se han dicho á otra mujer á espaldas suyas..... ¡Y aquella cobarde emboscada!.... Ahora ya no dudo de que fué dispuesta, ó por lo ménos autorizada por él..... ¡Qué infamia!.... Sí, sí; doña Isabel dice bien: es imposible para las dos..... ¡Y ella! ¡La condesa de Santillan! La que pasa en la córte por una virtud indomable!.... ¡Dios mio! ¿á quién creer? ¿en quién confiar?

Y apoyando la frente en sus manos, dejó correr sus lágrimas, que al ménos servian de alivio al terrible sufrimiento que le martirizaba.

Por fin, ya más tranquila volvió á doblar y á atar cuidadosamente las cartas, las guardó en el sitio que antes ocupaban y se asomó á la ventana que daba al jardin.

Aquella vista pareció alegrarla un poco.

Destacábase su bello y regular busto entre las madreselvas que festoneaban la ventana, y el delicioso aroma que esta delicada planta esparcia por el aire, parecia que era el perfumado aliento de aquella celestial criatura, cuya belleza no bastaba á destruir ni la pena que la torturaba, ni la palidez que el insomnio habia esparcido sobre su rostro.

Apoyó un momento el codo en el alféizar de la ventana y el rostro en la mano, y continuó diciendo:

—Tiene razon mi padre..... Los Lazan no pueden descender un ápice del puesto que ocupan en la escala social, y solo este matrimonio puede conservársele.... por otra parte, el vizconde me ama, es galante, atento, respetuoso..... la prueba de ello es su carta..... en nuestra conversacion se mostró amable, rendido..... no creo pecar de confiada esperando que me dará tiempo para amarle..... seremos por ahora buenos amigos.....

Y resuelta, como obedeciendo á un pensamiento, á una fuerza superior, bajó al jardin en busca de la fresca brisa matinal para templar el ardor de su frente.

Largo rato paseó, meditando mientras aspiraba el suave perfume de las flores, y consultando de tiempo en tiempo la altura del sol, como si esperase un momento dado.

Por fin, debió llegar este, cuando la jóven volvió á su habitacion, y dijo á su doncella:

—Pregunta si está en casa mi padre, y puede recibirme.

No tardó en volver, diciendo que el señor conde estaba en casa, y parecia ocupado; pero que no habiendo dado ninguna

órden en contrario, creian que no tendria inconveniente en recibir la visita de su hija.

María bajó, y al entrar en la antecámara vió levantarse por cortesía á una jóven que en ella estaba.

Su belleza llamó la atencion de la hija del conde de Lazan, quien despues de corresponderla con una graciosa inclinacion de cabeza, le preguntó:

—¿Esperais á alguien?

—Sí, señorita; he traido una carta al señor conde de Lazan.

—¿Y ha de contestaros?

—¡Oh! no tengo prisa.

—Puedo recomendarle que apresure el despacho.

—No, señorita; suplícoos que nada le digais.

—Sea, pues. ¿Cómo os llamais?

—Luisa.

María, sin detenerse más, entró en la habitacion de su padre, á quien encontró hondamente preocupado, y con una carta en la mano, que estrechaba con violencia.

Antes de pasar adelante, séanos permitido hacer una digresion para manifestar al lector qué causa producia aquella agitacion del conde, y el contenido de aquella carta.

Precisamente, al propio tiempo que María recorria el jardin buscando alguna distraccion á sus penas, y la firmeza necesaria para sus resoluciones, disponíase el conde de Lazan á salir, y su ayuda de cámara daba la última mano á su traje, cuando un lacayo se presentó anunciando que habia en la antesala una jóven que deseaba ver al señor conde.

—¿Qué quiere?—preguntó éste con sequedad.

—Dice que es portadora de una carta.

—¿Y por qué no la ha entregado?

—Ya se lo hemos dicho; pero insiste en que debe entregarla en propia mano.

—Vamos, comprendo; vendrá á pedir con pretexto de cualquiera cosa.

—No parece que tiene traza de pedir: lejos de eso, ha dicho que tanto como á ella interesa esa carta al señor conde.

—¿A mí? ¡Bah! ¿quién hace caso?.... Que espere.

El criado saludó y salió.

El conde acabó de vestirse con toda tranquilidad, y cuando lo tuvo por conveniente salió á la sala, tiró del cordon de la campanilla, y dijo al criado que apareció en la puerta:

—Que entre esa jóven.

Nuestros lectores conocen ya á Luisa, la infeliz jóven seducida por el vizconde de Lazan, y cuya seduccion habia costado al mancebo una estocada que le habia tenido á las puertas de la tumba; por consiguiente, nos creemos dispensados de hacer su retrato.

La jóven se presentó, y su belleza, así como su aire de modestia, no pudo ménos de llamar la atencion del conde, que resuelto á hablarla con dureza, modificó inmediatamente su acento, y la dirigió la palabra con afabilidad en estos términos:

—¿Por qué razon..... qué causa motiva ese deseo que habeis manifestado de hablar conmigo?

—Señor conde, tenia que entregar esta carta en propia mano.

—Siento haberos hecho esperar; por esto dije que podíais...

—Darla á los criados..... lo sé, y lo hubiera hecho por no molestar; pero me habian exigido y habia prometido entregarla en mano propia.

—Venga, pues, esa interesante misiva.

—Aquí está, señor conde.

Y la jóven le entregó un billete, retirándose luego dos pasos discretamente.

El conde la abrió, miró la firma, sus cejas se fruncieron, sus labios murmuraron un juramento, y fijó una mirada irritada en la jóven que la sostuvo con una suavidad inexplicable, y le dijo:

—¿Me permitireis, señor conde, retirarme á la antecámara interin os enterais de esa carta? Allí esperaré vuestras órdenes.

El conde de Lazan no encontró palabras que contestar, y la jóven salió á la antesala.

Repúsose el conde, paseó una mirada en torno, y viéndose solo, fijó sus ojos en la carta, y leyó lo siguiente:

«Señor conde:

»Nada me habeis contestado acerca de nuestra última entrevista, y por consiguiente os escribo para notificaros que la portadora es Luisa, la hija de la marquesa de la Jaridilla, la jóven seducida por vuestro hijo, y causa de la herida que hoy le retiene en el lecho.

Alina.»

Sorprendido quedó con su lectura el de Lazan, y ya se disponia á llamar á Luisa, cuando llegaron á anunciarle la visita de su hija.

—Que pase—dijo el conde tratando de reponerse.

Sin embargo, no lo consiguió tan completamente como deseaba, pues su hija, al entrar, le dijo:

—¿Qué teneis, padre mio?

—Nada, María.

—Os encuentro demudado.

—No es nada, te lo aseguro. ¿Cómo es que hoy te veo tan temprano?

—Porque tengo que hablaros.

—¿Y es urgente la conferencia?

—Segun: Yo creo que ciertos propósitos cuanto ántes se lleven á cabo mejor.

—¿Has visto á tu tia?

—La ví ayer; pero solo pude saludarla, pues los deberes de la funcion religiosa reclamaban todo su tiempo. Me citó para hoy, pero como no he creido necesario molestarla, le envié recado de que no iria.

—¿Pues no querias pedirle consejos?

—Ya no los considero precisos.

—¡Cómo!

—Sí, padre mio. He reflexionado, y comprendiendo la justicia de vuestras observaciones, cedo á ellas y estoy dispuesta á dar mi mano al vizconde del Juncal. Solo os suplico que me permitais hablar con él, á fin de que por acuerdo mútuo podamos fijar las condiciones.

—Gracias, hija mia; no esperaba otra cosa de tu cariño filial, y de los principios que te hemos inspirado. No dudes de que el cielo te recompensará haciéndote feliz y aumentando en todo tu prosperidad.

—Y ahora, padre mio, dadme vuestra bendicion.

—Mis brazos, hija querida, pues solo así puedo darte á conocer cuánto te quiero.

Y el conde la abrazó cariñosamente.

—Ahora recuerdo—dijo María—que he encontrado en la antesala una jóven.....

—Sí, ya sé.....—balbuceó el conde frunciendo el ceño.—Me ha traido esta carta.....

—Eso me dijo.

—Cuando tú entraste me ocupaba de ella.

—En ese caso no os quiero estorbar, pues veo que os preocupa mucho.

—Cierto que.....

—Hasta luego, padre mio.

Y despues de inclinarse respetuosamente, salió la jóven en direccion de su estancia.

CAPÍTULO LXXV.

El conde de Lazan experimenta una nueva contrariedad.

—Por vez primera durante mucho tiempo, me es dado saborear la dicha de verme complacido en alguno de mis deseos. ¡María es un ángel!

Así se expresó consigo mismo el conde en cuanto quedó solo en su gabinete; pero la momentánea sensacion de placer que acababa de experimentar con el asentimiento otorgado por su hija referente al enlace que deseaba imponerla el conde, desapareció rápida, cediendo su lugar á la negra melancolía que cual dueño absoluto se habia apoderado del corazon de aquel hombre desde hacia largo tiempo. Fijó maquinalmente la vista en la carta de Alina, lanzó un suspiro, y dijo:

—Los designios de la Providencia son inexcrutables.

Agitó el cordon de la campanilla, y á muy poco apareció un criado.

—Á esa jóven que aguarda en la antesala, que pase.

El criado se retiró, y á muy breves momentos Luisa penetraba en el gabinete del conde.

—Dejadnos solos.

Saludó el criado, y obedeció la órden que le acababa de dar el conde; éste continuó dirigiéndose á la jóven que permanecia de pié, y con los ojos inclinados hácia el suelo, le dijo:

—Sentáos, jóven.

Luisa obedeció maquinalmente, sentándose en la silla que más cerca de sí tenia.

—Aproximáos más. ¿Acaso os causo espanto?—dijo el conde procurando dulcificar la voz cuanto le fué posible.

—Respeto sí me lo infundís, pero no espanto—contestó la bella jóven tomando asiento más cerca del conde.

El anciano caballero clavó sus ojos en el rostro de Luisa, cual si quisiera leer á través de él los arcanos de su jóven corazon.

La desgraciada y modesta niña no pudo resistir el fulgor un tanto siniestro que brillaba en las negras pupilas que en ella se hallaban fijas.

—Prefiero que sea así como lo decís, porque por regla general, el que sabe respetar no suele mentir.

—Yo he procurado siempre no manchar mis labios con la mentira—contestó con natural ingenuidad Luisa.

—Habeis hecho bien; y os aconsejo que en adelante y por bien vuestro, no varieis de sistema.

—Procuraré por lo ménos hacerlo.

—En ese caso ¿podré esperar que respondais con entera sinceridad?

—No lo dudeis, señor conde.

—Corriente. ¿Teneis noticias exactas acerca de vuestro verdadero orígen?

El rostro de Luisa se coloreó instantáneamente, y despues de breve silencio contestó la bella jóven con acento conmovido y apenas perceptible:

—No, señor conde.

—¿Ni habeis tratado nunca de inquirir noticias que puedan daros luz sobre ese particular?

—Durante mucho tiempo creí que eran mis padres, los dos honrados ancianos en cuya compañía vivia; á la muerte de aquél á quien yo creí que debia el sér, supe que no me ligaba á él ni á su buena esposa otro lazo que el de la gratitud. Mi madre adoptiva se hallaba en estado muy grave de salud cuando espiró su marido, y no tardó en seguirle á la tumba. ¡Dios sea servido recompensar á ambos en la otra vida lo que hicieron en esta por la desventurada huérfana!

De los ojos de Luisa se desprendieron algunas lágrimas al invocar la memoria de aquellos á quienes tanto cariño y gratitud debia.

El conde, que continuaba sin apartar la vista del rostro de su interlocutora, se conmovió algun tanto al observar el abundante y silencioso llanto de aquella criatura que delante de sí tenia, y cuya suerte habia amargado más y más con alevosía premeditada su propio hijo.

—Tranquilizáos, jóven, y perdonadme el que necesariamente me vea forzado á renovaros recuerdos que han de seros dolorosos. ¿Os hallais en disposicion de poder continuar contestando á mis preguntas?

—Hablad, señor conde, yo procuraré satisfaceros.

El conde pareció reflexionar durante algunos instantes.

—He de hablaros de mi hijo.

Luisa se conmovió visiblemente.

—Dispuesta estoy á contestaros.

—¿Sabíais quién era él cuando le conocísteis?

—¡Oh! no señor; os lo juro. Siempre le creí un modesto artista, sin más fortuna que su trabajo y su honradez. Únicamente supe la verdad, cuando ya no me era posible rechazarle de mi lado.

—¿Él os habia ofrecido?....

—Su mano y su nombre.

El conde frunció las cejas, y continuó su interrogatorio, que como debe suponer el lector, martirizaba de un modo indecible á la pobre Luisa:

—Decidme, ¿qué clase de relaciones os unian al jóven que tuvo el desgraciado lance con mi hijo?

—Las de la amistad más pura.

—¿Le conoceis desde hace mucho tiempo?

—Sí, señor conde; ese jóven era vecino mio desde mucho antes que espirasen los honrados ancianos que me habian prohijado, y á su muerte me ofreció su desinteresado amparo, que en ninguna ocasion ha desmentido. Jamás el hermano más cariñoso pudo desvelarse con tanta ternura por su querida hermana, como lo ha hecho Antonio por mí.

—Bien ha demostrado su interés hácia vos, en el lance que ha tenido con Cárlos.

—¡Ah! señor! no hubiera yo querido que las cosas llegasen á tal extremo.

—Lo creo; no trateis de sinceraros.

—Si mi sangre toda pudiese borrar la doble desgracia que hoy lamento, la verteria muy gustosa y sin exhalar una queja.

—¿Sereis bastante franca para decirme las esperanzas que hoy alimentais?

—¡Ah! señor! en esto como en todo os diré la verdad.

—Deseo oiros.

—Habeis hablado de esperanzas, ¿decidme cuál puede abrigar mi humildad?

—¿Creeis que Cárlos os haya olvidado?

—¿Existiria yo acaso, si eso creyera?

—Entonces, señal evidente es que no las habeis perdido todas.

—Las que se relacionan con mi felicidad futura, todas, absolutamente todas, las he perdido.

—¿En qué os fundais?

—Señor conde, ¿qué le es dado esperar á la modesta costurera, perdida ya á los ojos de Dios y á los propios ojos de su corruptor, siendo éste el ilustre hijo del muy noble conde de Lazan?

—Vos y yo lo sabremos en breve.

Con mano convulsiva agitó el conde la campanilla, y al criado que se presentó al sonido de aquella, le preguntó:

—¿Sabes si don Cárlos se halla fuera del lecho?

—Está leyendo en su gabinete.

—Vé y díle que se llegue aquí al instante.

Apenas se ausentó el criado, Luisa, temiendo ser testigo de alguna escena borrascosa, se levantó é hizo ademan de marcharse.

—Quedáos, jóven, quedáos.

—Por favor, señor conde, yo no quisiera ser causa.....

—Os he dicho antes que en breve sabríais lo que os era dado esperar.

En aquel momento penetró en el gabinete don Cárlos, el cual hacia solo dos dias que empezaba á abandonar el lecho durante algunas horas del dia. La palidez de su rostro se aumentó hasta el punto de asimilarse al de un cadáver, cuando se fijó en la presencia de Luisa.

—Sentáos—le dijo el conde, al advertir que apenas le era dado permanecer de pié sin vacilar.

Cárlos se apresuró á obedecer la órden emanada de su padre.

El conde continuó con severo acento, é indicando á su hijo que mirara á Luisa:

—¿Conoceis á esa jóven?

—No puedo negarlo—contestó Cárlos con voz alterada.

—Decid más bien que no debeis negarlo.

—Así es, en efecto.

—¿Nada significa para vos su presencia en este sitio?

—Yo..... padre.....

—Son inútiles las reticencias que trateis de usar para justificaros á mis ojos. Responded sinceramente, y advertid que os lo mando.

—Preguntad.

—¿Es cierto que habeis ofrecido uniros ante Dios en los altares con esta jóven?

Cárlos guardó silencio, contentándose con bajar la cabeza; Luisa aguardaba ansiosa la respuesta del hombre á quien tanto amaba, y cuyo silencio no comprendia.

—¿Olvidais que os he hecho una pregunta? Contestad concretamente á ella.

—Es verdad—dijo Cárlos con débil voz y sin osar á levantar la frente.

—Y si á favor de promesas por vos hechas repetidas veces, y apoyándoos en el amor que habíais logrado inspirar á una huérfana desvalida, habeis conseguido apoderaros de su inmaculada honra, ¿por qué no habeis tratado de cumplir lo que habíais prometido? Contestad.

—Temí vuestro enojo.

—Antes debió conteneros esa consideracion. ¿Amais á Luisa, ó habeis mentido al asegurárselo así?

—No he hecho otra cosa que seguir en eso los impulsos de mi corazon.

—Entonces, apresuráos á reparar vuestra falta.

—¡Cómo! Me proponeis.....

—¿Crees acaso, y no extraño que así lo creas, que te desdorarias con unir tu noble clase á una mujer de plebeyo abolengo?

—Confieso que.....

—Aunque eso no debia en manera alguna ser motivo suficiente para que tú cumplieras como hacerlo debe siempre un honrado caballero, debo manifestarte, que esa jóven por tí engañada, debe el sér á persona de alta gerarquía.

Luisa, á quien Alina habia dado á entrever algo, aunque muy vago, respecto al asunto de su nacimiento, hizo un significativo movimiento, pero se contuvo ante la severa actitud del conde. Además, hay que confesarlo: en aquel momento el corazon de Luisa estaba pendiente de la resolucion que adoptara su adorado Cárlos.

Cárlos, por su parte, hubiera muy gustoso aceptado el permiso que le concedia su padre, y con gran contentamiento suyo se hubiera apresurado á reparar su falta; pero recordaba el artículo escrito en los estatutos de los Caballeros del Amor, en que se prohibia terminantemente á sus adeptos el contraer matrimonio bajo ningun pretexto ni por ninguna causa, por sagrado que fuera, so pena de batirse con todos los demás caballeros el que faltase á tan sagrado juramento, y esto, como es de suponer, le impedia á él ofrecer su mano á la mujer á quien amaba.

Luisa, cuyo corazon palpitaba con extremada violencia, parecia tener la vida concentrada en la contestacion que se esperaba de los labios del hombre á quien ciegamente amaba.

El conde á quien empezaba á irritar el incomprensible silencio de su hijo, tomó de nuevo la palabra.

—Y bien, caballero, ¿no os apresurais á solicitar la mano de la jóven aquí presente? Contestad: ¿quereis ó no quereis reparar vuestra falta cumpliendo como honrado dando á Luisa el nombre de esposa vuestra?

Cárlos hizo un heróico esfuerzo sobre sí mismo y por fin contestó con empañada voz:

—No puedo hacerlo; es imposible de todo punto.

Luisa, al oir tan inesperada respuesta, se levantó cual movida por resorte del asiento que ocupaba, quiso dar un paso, pero vaciló y cayó sin sentido sobre la mullida alfombra que cubria el pavimento.

El conde acudió en socorro de la desgraciada jóven, la levantó entre sus brazos y la colocó lo mejor que pudo en el

ancho sillon que él ántes ocupara. Despues miró á su hijo y con reconcentrado furor, le dijo:

—En qué se funda vuestra negativa?

—¿No os basta, padre mio, el que os diga que no puedo aunque quiera cumplir como es debido?

—Nó, no me basta; ¿es acaso eso una disculpa digna?

—Creed que nadie más que yo anhelaria complaceros.

—Pues entonces, cumplid como es debido.

—Repito que no es posible.

—¡Sois un miserable!

—¡Padre!—dijo Cárlos poniéndose de pié y temblando de coraje.

—Un miserable, lo repito; solo habeis venido al mundo para darme un disgusto tras otro.

—Yo..... padre mio.....

—Salid, salid inmediatamente de mi presencia.

Cárlos inclinó la cabeza, y se retiró.

El conde agitó por tercera vez la campanilla.

—Al momento, que vengan las doncellas de la señorita para atender á esa jóven.

El doméstico salió precipitadamente del gabinete en busca del auxilio pedido. Entonces el conde, dando rienda al dolor que le atormentaba, exclamó:

—¿Puede haber más contrariedades acumuladas en contra mia? ¿Cuándo terminarán mis aflicciones? ¿Cuándo pondreis término á mi sufrir, Supremo Dios!

CAPÍTULO LXXVI.

La prision.

La misma noche, y á la misma hora poco más ó ménos en que tenian lugar en casa del conde de Lazan los acontecimientos que hemos narrado en el anterior capítulo, se hallaban reunidas en casa de Paca sus amigas Dolores y Concha, y sus tres pretendientes; esto es: don Luis, Vicente y Joselito.

Entretenidos se hallaban nuestros personajes en sus sabrosas pláticas, cuando de repente vieron aparecer en la sala en donde se hallaban, á don Tadeo, el cual con el semblante alterado y fingiendo hallarse en extremo conmovido, dijo al aparecer:

—¡La paz de Dios sea en esta casa!

—Viene su merced, al parecer, muy alterado.

—Y no en vano, Joselito—contestó don Tadeo—porque he venido jadeando á fin de poderos comunicar una noticia poco grata.

—¿Cuál?—preguntaron á coro las tres mujeres.

—¿Qué ocurre?—exclamó don Luis.

—Ocurre—dijo bajando la voz don Tadeo—una cosa sumamente grave.

—¡Hable su merced por Dios!—observó Paca.

—No os alarmeis, hijas mias.

—Pero sepamos de una vez lo que hay—repuso Vicente.

—Hay, que los señores de golilla y vara, como á buenos sabuesos que son, han olfateado la conspiracion en que nos hallamos mezclados.

—¡Jesús!—exclamó Paca con desfallecido acento.

—El corazon me lo daba—agregó Dolores.

—Tambien á mí, bien lo sabeis—dijo Concha.

—¡Eh! No hay que amilanarse, que no está todo perdido.

—¿Cree su merced que ignoran nuestros nombres?

—Nada de eso, Joselito; y áun tengo seguro aviso de que se nos anda buscando.

—¡Ay, Vírgen mia!—dijo Paca llorando.

—No te aflijas, Paca; aun no estamos en poder de esos señores que nos buscan, y á fe de Luis que me llamo, te aseguro que como no se dén mucha prisa en echarnos encima la garra, trabajo les ha de costar conseguirlo mañana.

—Bien lo decia yo; bien me oponia en que os enredárais en ese asunto; pero no quereis nunca hacer caso de las mujeres, y al fin hénos aquí llorando ya vuestras locuras.

—Tiene razon Dolores que le sobra, y la tenemos Paca y yo tambien en lamentarnos de que no nos hayais hecho caso cuando os advertíamos que no os comprometiéseis. ¿Qué nos importa á nosotras que gobierne éste ó aquél? ¡Válganos Dios, y qué disgusto tan grande! ¡Ay Joselito de mi alma! ¿Qué será de mí si te llegan á prender?

—No te apures ántes de tiempo, mujer—contestó Joselito tratando de consolar á su amada Concha.

—¡Vaya! Dejémonos de inútiles lamentaciones, y sepamos á qué atenernos.

—Tiene razon Vicente—dijo don Luis.

—¿Qué hacemos?—preguntó Joselito.

—Segun mi opinion, lo más oportuno es buscar un sitio seguro donde ocultarnos por de pronto.

—Aprobado por mi parte—contestó Vicente.

—Tambien por la mia—dijo Joselito.

—Desde luégo eso es lo más prudente, pero tambien juzgo que lo será el no salir de aquí hasta hora más avanzada.

—No opino lo mismo que su merced, señor don Luis.

—Sepamos por qué, señor don Tadeo.

—Cuanto más tardaremos en salir, ménos gente transita por las calles, y por consiguiente más fácil es llamar la atencion de los corchetes, en tanto que ahora, entre el tropel de personas que cruzan de un lado á otro plazas y calles, es mucho más fácil escurrir el bulto sin tanto peligro de ser reconocidos.

—Eso es mucha verdad—repuso Concha.

—Francamente, me es muy duro tenerme que separar tan pronto de tu lado.

—Hombre, no falta más sino que ahora te detengas por eso: ya no estaré yo tranquila hasta tanto que tenga la certeo za que estais todos en parte segura: á fe de Concha que esta noche no pegaré los ojos.

—¿Qué se decide?—preguntó don Tadeo.

—¡Por Dios, amigos! Seguid el prudente consejo de don Tadeo; estoy temblando como una azogada; á cada momento se me figura que estoy viendo aparecer por esa puerta la imponente figura de un alcalde de casa y córte rodeado de los ministriles que os han de prender.

—Vamos, Paca, tranquilízate; enjuga esas preciosas lágrimas.

—¡Ay, Luis! No sé por qué se me oprime el corazon de un modo extraño!

—¡Y á mí tambien!—dijo Dolores.

—Estos hombres no quieren nunca hacer caso de nuestros consejos, y en cambio se fian de los de cualquiera: ¿quién sabe si el mismo que les metió en ese lío ha sido el mismo que habrá soltado la lengua?

—Vaya, Concha, no digas eso.

—Es que yo, Joselito, tengo el corazon muy leal, y hace tiempo que me predice el disgusto que ahora estoy pasando.

—Ya no tiene remedio, hija mia!

—Por eso os decíamos ántes que miráseis lo que hacíais.

—Vaya, Dolores, hay que convenir en que Joselito acaba de decir la gran verdad: «ya no tiene remedio.» Á lo hecho, pecho: ¿qué adelantamos ahora con hablar de cosas pasadas? Nada, absolutamente nada; veamos el modo de remediar el conflicto en que nos vemos, y asunto concluido.

—Eso es hablar en razon—dijo don Tadeo.

—Pues, ea, decidamos tranquilamente cuando debemos salir de aquí y á donde nos dirigimos; con eso puede que recobren su perdida tranquilidad estas bellas muchachas cuyos semblantes revelan el terrible miedo que se ha apoderado de sus sensibles corazones.

Luis, en tanto que hablaba, miraba apasionadamente á Paca, de la cual tenia cogida una mano entre las suyas.

—Por mi parte—dijo Vicente--estoy dispuesto á hacer cuanto se indique.

—Y yo lo mismo—agregó Joselito.

—Convengamos, pues, en que siguiendo el consejo de don Vicente, el cual ha merecido la aprobacion de estos jóvenes, hay que salir de aquí inmediatamente.

—Convenido—dijeron á la vez Vicente y Joselito.

—Falta ahora saber si conviene que busquemos para todos el mismo refugio, ó bien que por separado cada uno trate de hallar el suyo.

—Paréceme, amigo Luis, que habíamos de pasarlo algo mejor estando reunidos.

—Dice bien su merced, don Vicente.

—No opino yo lo mismo, Joselito.

—Pues, hable su merced.

—Eso es, exponga su pensamiento el señor don Tadeo.

—Creo que estando juntos se pierden todos al perderse uno, mientras que buscando asilo separadamente, podemos acaso salvarnos todos, ó por lo ménos no es fácil que todos nos perdamos.

—Dice muy bien su merced—repuso Concha.

—No soy de la misma opinion—agregó Vicente.

—¿Y por qué?—preguntó Concha.

—¿Qué me importa á mí salvarme, si mis amigos se llegan á perder?

—Bravo, Vicente, bravo; pensamos de igual manera—dijo don Luis ofreciendo su mano á Vicente.

—Y yo tambien digo lo mismo.

—Pues entonces, Joselito, está decidido: lo que sea de uno será de todos.

—Nada tengo que oponer—agregó don Tadeo hipócritamente.—Pero urge, señor don Luis, que procuremos ponernos en salvo.

—Sea cuando ustedes quieran.

—¡Jesús!—exclamó Paca aterrorizada al ver aparecer en el umbral de la puerta la severa figura de un alcalde de casa y córte, rodeado de sus correspondientes alguaciles.

—Te has perdido—murmuró Concha por lo bajo mirando á Joselito.

—No se nos habia engañado—dijo el magistrado á uno de sus acompañantes.

—Y penetró en la sala.

—¿Quién es el llamado don Luis de Guevara?

—Aun cuando no es muy oportuno el modo de saludar de su señoría, no hallo inconveniente en decir que yo soy el sugeto que acaba de nombrar.

—No me hallo en el caso de recibir lecciones del señor de Guevara—objetó el hinchado alcalde.

—Ni yo pretendo sentar plaza de pedagogo del señor alcalde.

—Excusemos pláticas que no son del caso; don Vicente Gonzalez.....

—Héme aquí—respondió el aludido.

—¿El torero llamado Joselito?....

—Para servir á su señoría, así me llaman.

No hay para que decir el espanto y consternacion de que se hallaban poseidas las majas; agrupadas las tres, estaban temblando, y de sus hermosos ojos corrian abundantes lágrimas.

El alcalde, despues de haber hablado algunas palabras en voz baja con uno de sus ministriles, tomó de nuevo la palabra dirigiéndose á los tres hombres antes citados:

—Pues, señores mios, en nombre del Rey, (que Dios guarde) dáos á prision.

—¿De qué se nos acusa?—preguntó don Luis.

—De conspiradores contra el leal gobierno de su señoría el señor conde de Floridablanca.

—¿Y á mí?—repuso don Tadeo.

—¿Quién sois vos?

—Don Tadeo.....

—Basta—dijo el alcalde sin dejarle terminar—no tengo respecto á vos órden alguna.

—Pues es muy justo que á mí se me prenda tambien.

—¿Por qué razon?

—¡Oh! Callad—dijo don Luis admirado de la leal abnegacion de don Tadeo.

—No, señor don Vicente; no ha de ser así sin que por mi parte diga en presencia del señor alcalde, que yo tambien formaba parte de la conspiracion.

—Podrá ser así, pero no gusto en extralimitarme; y como

quiera que no he recibido órden alguna que haga referencia á vuestra persona, no procedo á prenderos por más que en ello tuviera gran gusto, baste que os confesais tambien conspirador, pero pierda cuidado su merced que no lo olvidaré, contentándome interinamente con que se vigile con eficacia hasta el momento oportuno.

—¿Qué habeis hecho don Tadeo? ¿Qué ha logrado vuestra leal pero imprudente revelacion?

—He cumplido como bueno, y eso me basta, don Luis; ahora venga lo que venga.

—Vamos, señores.

—Un momento; señor alcalde, no se los lleve tan pronto por piedad!—exclamó Paca juntando ambas manos en ademan suplicante y con voz entrecortada por la emocion.

—¿Quién es esta moza?

—Señor alcalde—dijo don Luis pálido de coraje—esta jóven tiene honrado nombre y vuestra vara no os releva de que cumplais con los deberes que impone la cortesía á todo hombre que es bien nacido.

—Muchos bríos tiene el mozalvete—dijo el alcalde mirando insolentemente á don Luis.

—Tengo los que me acomodan, señor alcalde.

—Ya procuraremos que se os aplaquen, basta ya de conversacion; seguidme.

Las majas se arrojaron cada una en brazos de su respectivo prometido, y ellos procuraron desprenderse de aquellos tiernos lazos del mejor modo que les fué posible.

Don Luis, Vicente y Joselito salieron de la habitacion, y entre una doble fila de corchetes atravesaron el patio; en la calle y guardadas por alguaciles habia dos sillas de mano. En una hicieron subir á don Luis, y á Vicente y Joselito en la otra.

Tadeo se separó de las majas ofreciéndolas trabajar sin descanso en favor de los presos, y lleno de gozo interior se perdió en el laberinto de las calles.

Las sillas de mano se pusieron en movimiento, y escoltadas convenientemente tomaron sus conductores distinto camino despues de haber hablado en voz baja y breves momentos el señor alcalde con uno de los alguaciles que no era otro más que Simon en cuerpo y alma.

El señor alcalde guiaba la escolta que acompañaba la silla en que iba don Luis, y aquella que seguia á la en que iban Vicente y Joselito era mandada por Simon, el cual se encaminó con su comitiva en direccion al camino de Toledo.

Despues de media hora de marcha, se detuvo la comitiva mandada por Simon á la puerta de la venta del tio Langosta. Ambos *honrados* personajes hablaron en voz baja muy pocas palabras.

—Corriente.

—En tí confio, Langosta; mucho ojo, tu pellejo responde de los presos.

—*Descuida,* Simon, que no se han de escapar.

Despues de tomadas las medidas convenientes, colocados ya los presos en lugar que Langosta juzgó seguro, Simon y los suyos regresaron á Madrid.

En tanto, don Luis era conducido al castillo de Villaviciosa, dónde el alcaide le admitió á su llegada, despues de haber examinado la oportuna órden que le entregó el señor alcalde de casa y córte que escoltaba al preso.

CAPÍTULO LXXVII.

María concede su mano al vizconde.

Continuaba Luisa en casa del conde de Lazan, en donde se le procuraban los remedios que la gravedad de su estado hacia necesarios.

El conde se hallaba indeciso sobre el partido que debia tomar; preocupábale grandemente el estado de aquella jóven, y la negativa formal de su hijo, respecto á darle su nombre. Desde el dia anterior en que habia tenido lugar la borrascosa escena que conoce el lector, el anciano conde no habia dejado de pensar en ella y en las funestas consecuencias que de sus resultas podian sobrevenirle.

Profundamente preocupado se hallaba, cuando el criado le anunció la llegada del señor vizconde del Juncal, al cual habia enviado una misiva. Procuró el conde desvanecer, siquiera fuese por un momento, la negra melancolía que le dominaba, y fingiendo una alegría que se hallaba muy léjos de

poseer, recibió al caballero mencionado, al que estrechó la mano entre las suyas con verdadera efusion.

—Bien venido sea á mi casa el señor vizconde.

—Ese, como comprenderá el señor conde, es mi mayor deseo.

—Hacedme la señalada merced de tomar asiento, pues deseo que conversemos un corto rato sobre el asunto que á ambos nos interesa.

—Debo confesar al señor conde—dijo el de Juncal despues de tomar asiento—que estaba muy léjos de esperar el favorable cambio que, segun su carta, se ha operado en el ánimo de su señora hija.

—Y sin embargo es así, ni más ni ménos.

—¿No será que el buen deseo del señor conde hácia mí, le hagan ver las cosas bajo un prisma engañoso?

—Nada de eso, amigo mio; puedo aseguraros que María, acepta espontáneamente y sin ningun género de violencia, la mano con que la honrais.

—Dejando aparte que el honrado y favorecido fuese yo en ese caso, no debeis extrañar las dudas que se me sugieren, y que en manera alguna os ofenden. ¿Cómo explicarme cambio de tal naturaleza en tan breves dias?

—Eso no sabré explicároslo yo; pero lo que sí puedo aseguraros, es que mi hija, sin apremio de ninguna clase por mi parte, me ha colmado de alegría, concediendo por su propia voluntad lo que ántes negara á mis ruegos y mandatos.

—Convendreis, sin embargo, en que es bien extraño tal modo de proceder.

—¿Y por qué, amigo mio?

—¿Cómo por qué?

—Y lo repito.

—No me parece el carácter de María muy mudable.

—Y la haceis justicia en eso.

—Entonces más en mi abono.

—María es una jóven de muy recto criterio.

—No lo he puesto jamás en duda.

—Siendo, pues, discreta y honrada, ¿tiene algo de particular que haya meditado con calma, y como resultado de sus meditaciones se haya verificado el cambio que tanto os sorprende?

—Pudiera muy bien ser eso que decís, y no me halagara á mí poco el que así fuera; pero ¿qué quereis, señor conde? Estoy tan poco acostumbrado á los favores de la fortuna, que no puedo avenirme con la idea del repentino cambio, que á ser sincero, llenaria mi alma de inmensa felicidad.

—Pues me congratulo en poder anunciaros que esa dicha que ambicionais poseer es vuestra completamente.

—¡Ah! Si así fuera, creed, señor conde, que me consideraria el más feliz de los mortales, y vos habríais sido el embajador dichoso de mi ventura.

—Desde luego, pues, me engalano con ese pomposo título.

—¿Tan seguro estais de lo que decís?

—Señor vizconde, no acostumbro yo á chancearme nunca, y ménos en asuntos tan delicados.

—Perdonad, que no ha sido mi ánimo ofenderos.

—Así lo creo; y es más, comprendo que amando, como en distintas ocasiones me habeis afirmado amar á María, comprendo, repito, que el mismo exceso de vuestra dicha os haga dudar de ello; pero yo me reservo el medio de convenceros completamente, disipando por completo hasta la menor de vuestras enemigas dudas.

—¿Y cuál es ese medio prodigioso?

—No tardareis en conocerlo.

—Os ruego humildemente no prolongueis mi martirio.

—Merecíais que retardara el momento que anhelais.

—¡Oh, por Dios, señor conde!....

—No; no quiero llevar mi venganza hasta ese extremo—dijo sonriendo el conde.

—Contad con mi eterna gratitud.

—Vuestra amistad me basta.

—Con ella bien sabeis que podeis contar.

—Así lo creo, y aun me figuro que antes de mucho se aumentará algun tanto.

—¿Vais á darme á conocer?....

—¿El medio eficaz de convenceros de que es cierto lo que os he hablado? Sí, señor vizconde, en el acto.

Agitó la campanilla y apareció el criado.

—Guiad al señor vizconde al gabinete de mi hija. Id, señor vizconde, allí hallareis sin duda las pruebas de cuanto os he dicho.

Saludáronse ambos personajes, y el vizconde, á quien precedia el criado, se encaminó al gabinete de María y á muy poco de haber sido anunciado, penetró en él despues de otorgada la vénia para ello que no se hizo esperar.

El rostro de la encantadora jóven se coloreó ligeramente al aparecer el vizconde delante de ella.

—Pasad, amigo mio—dijo María con dulce y amistoso acento.

—Gracias mil os doy por haberme permitido una vez más el ponerme á vuestros piés.

—Vos, caballero, honrais siempre la casa que pisais.

—Yo agradezco en lo que vale la buena opinion que acerca de mi persona habeis formado.

—Suéleme agradar el hacer justicia á todo el mundo; pero os suplico no permanezcais de pié, señor vizconde.

—Apresúrome á aceptar vuestro permiso.

El vizconde, cuyo corazon palpitaba con extremada violencia, tomó asiento cerca del que ocupaba la encantadora María.

—He entrado en vuestro aposento, bella María, acariciando una esperanza, ¿saldré de él habiéndola perdido?

María bajó sencillamente los ojos y contestó:

—No quisiera ser yo causa de que la perdiérais.

—En vos solo consiste el que la conserve.

—Si es así, no será difícil que la consigais.

La emocion del vizconde crecia por momentos, y en cambio la pobre María se hallaba en uno de los instantes más difíciles de su vida. Tenia ante sí al hombre cuya mano habia rechazado no hacia muchos dias, y al que al presente estaba dispuesta á unirse no solo sin violentar su voluntad sino hasta casi sintiéndose inclinada á él; juzgue, pues, el lector si en efecto era un tanto violenta su posicion.

—Conoceis perfectamente, tan bien quizá como yo mismo, el estado de mi corazon respecto á vos, y yo conozco cuál era hasta hace poco vuestro modo de pensar respecto á mí, ¿me será dado creer el favorable cambio que se me ha asegurado habeis experimentado en mi favor? ¿podré creer que sea tanta mi felicidad?

—El que os ha hablado de él debe estar bien informado.

—¡Oh! apenas me atrevo á creer tanta ventura, ¿pero acaso el sí por mi apetecido es debido á vuestra sumision?—preguntó el vizconde con voz alterada.

—Es espontáneo.

El rostro del vizconde palideció de pura alegría.

—¿Y me será dado saber á qué se debe tan favorable cambio?

—Á vuestra solicitud, á vuestro muy noble proceder, á la lectura del manuscrito que me confiásteis, á mis meditaciones sobre todo lo que os llevo dicho, y á los impulsos de mi corazon que al fin ha hablado en favor del que creo que lo merece.

—¡Bendito sea este instante que ha de ser uno de los más felices de mi vida! ¡Benditos los labios que tales palabras acaban de pronunciar! Perdonadme, María, si la emocion que experimento me hace pronunciar un diluvio de palabras. Para colmo de mi felicidad, réstame oir de vuestros labios las últi-

SEÑOR VIZCONDE, VUESTRA ES MI MANO.

mas que han de coronar el edificio de mi dicha: ¿aceptais gustosa mi nombre?

—Señor vizconde, vuestra es mi mano.

—¡Bendita sea!—dijo éste doblando en tierra una rodilla é imprimiendo amorosa y respetuosamente sus labios en la blanca mano que María le alargó.

CAPÍTULO LXXVIII.

Al siguiente dia de la prision de don Luis.

Don Luis se paseaba agitadamente por su calabozo; las más lúgubres ideas se amontonaban en su mente. ¿Á qué obedecia el haberle separado de sus amigos? ¿Acaso su culpa no era igual á la de aquellos? ¿Cómo Tadeo no figuraba en la lista de los conspiradores? ¿Qué suerte le estaba reservada?

De repente le sacó de sus meditaciones el ruido producido por el chirrido de la cerradura de la puerta de su calabozo; esta al fin giró sobre sus goznes y franqueó el paso á una dama á la cual acompañaba uno de los llaveros.

—Dentro de una hora abrid de nuevo; para entónces ya habré concluido y podré salir.

—Está bien, señora—murmuró con ronca voz el llavero, el cual desapareció cerrando tras sí la pesada puerta que acababa de abrir.

Una vez libre de importunos testigos, la dama avanzó

hácia á don Luis, y descubriendo el rostro que antes cubria túpido velo, le dijo:

—¿No me esperabas, verdad?

—¡Doña Catalina!—exclamó admirado don Luis.

—Sí, doña Catalina de Sandoval en persona.

—¿Qué venís á hacer aquí, señora?

—Vengo á verte.

—¿A verme?

—No comprendo á qué viene esa admiracion.

—¿Quereis que no me sea dado sorprenderme al saber que solo por verme habeis venido hasta este triste lugar?

—Así discurren los ingratos.

—No os comprendo.

—Amárasme á mí cual ya sabes que yo te amo, y sin necesidad de explicaciones comprendieras mi venida.

—Señora, no creo que sea esta ocasion ni sitio oportuno para hablar de ciertas cosas—contestó don Luis con visible enojo.

—No opino yo de esta manera, antes por el contrario, juzgo el sitio muy á propósito y la ocasion la más conveniente para que hablemos de lo que nos importa.

—Confieso mi torpeza; no lo comprendo.

—En breve se aclararán tus dudas.

—Explicáos.

—Eso haré y por partes: ¿sabes por qué estás aquí?

—Lo sé.

—¿Estás seguro de ello?

—Estoy seguro de lo que se me ha dicho al prenderme.

—¿Y fué?....

—Que se me prendia por conspirador.

—Ese fué el pretexto.

—¡Cómo!

—Pero no la causa—dijo Catalina interrumpiendo á don Luis.

—¿Decís que no estoy preso como conspirador?

—Eso digo. Si así fuera, no tendria el alcaide de esta fortaleza la órden de permitirte solazarte durante algunas horas del dia, paseando por los patios de este castillo.

—En efecto, eso se me ha dicho.

—Permiso que terminará tan pronto como se entreguen al privado ciertos papeles que te comprometen muy directamente. Hasta ahora, no sabe nada el conde de Floridablanca respecto á tu complicidad con los conspiradores.

—Entonces, ¿por qué se me ha preso?

—¿No lo adivinas?

—Á fe que no.

—Pues yo soy la causa de tu encarcelamiento.

—¡Vos!

—Sí, yo he alcanzado el auto de tu prision.

—¿Y con qué objeto?

—Eso es lo que te haré conocer.

—Hacedme la merced de esplicaros.

—¿Crees que se puede ofender impunemente el amor propio de una mujer?

—Señora, yo no creo haber dado motivo.....

—Harto te consta lo contrario.

—Puedo aseguraros.....

—Mucho me has ofendido, tú no lo ignoras; yo por mi parte he procurado vengarme á mi manera.

—¿Podreis explicarme en qué consisten las ofensas que os he inferido?

—¿Y osas preguntarme tal cosa?

—Ya lo veis—respondió tranquilamente Luis.

—¿Tan pronto has olvidado tus promesas?

—No sé que estas sean de tal naturaleza, que merezca se tomen en cuenta como á ofensas.

—Promesa hecha y no cumplida, infiere afrenta.

—No tenemos el mismo modo de ver las cosas.

—Pues yo lo miro así.

—En suma, ¿de qué os quejais?

—De tu ingratitud.

—¿De mi ingratitud?

—De tu deslealtad, de tu perfidia.

—Señora, ¿habeis venido aquí con el solo objeto de insultarme?

—He venido para que sepas lo que de mí puedes esperar y lo que debes temer.

—En suma, ¿qué pretendeis?

—¿Qué puedo yo pretender, á no ser tu amor? Ese amor que colmó un dia mi dicha, y sin el cual para mí no existe la felicidad.

—¿Es, pues, vuestro amor terrible?

—¿Eso dices?

—¿Qué más hiciérais si me odiárais?

—Sí, dices bien; terrible, tanto como inmenso; capaz de todo lo sublimemente bueno y de todo lo horriblemente malo. Te amo, y bien lo sabes tú, cual no ha de ser capaz de amarte mujer alguna sobre la tierra; quiero, cual en otro tiempo, reinar sola y en absoluto en tu corazon, y desgraciada de aquella que me dispute ese preferente lugar, y desgraciado tambien de tí si llega eso á suceder.

—¿Acaso no soy libre para amar á quién más me acomode?

—No—replicó doña Catalina con airado y firme acento.

—He ahí una cosa que yo ignoraba—dijo don Luis con tono ligeramente sarcástico.

—Tú juraste amarme eternamente, y yo creí en tus juramentos.

—No digo lo contrario.

—¿Y cómo has cumplido lo jurado?

—No lo recuerdo, señora.

—¡Ah! no lo recuerdas?—repuso doña Catalina en cuyos ojos brilló un relámpago de ira.

—No, y os suplico que procureis tranquilizaros—contestó aparentemente tranquilo don Luis.

Doña Catalina, cuyo estado de exaltacion iba en aumento, le replicó sin tratar de dominar la cólera de que se hallaba poseida:

—Yo procuraré refrescar tu memoria.

—¡Oh! no os tomeis esa molestia!

—Has cumplido, postrándote á los piés de doña Isabel de Zúñiga, de la incorruptible dama, de la virtuosa y fiel esposa, cuyo inquebrantable honor se ha quebrado en tus manos cual frágil cristal al contacto del duro diamante. Has cumplido, rindiendo tus obsequios á la bella hija del conde de Lazan, y á otras varias que no quiero enumerar; así has cumplido.

—Y bien, señora, no trato de negaros que sea verdad parte de lo que acabais de decir; pero creo que al hacerlo, en nada os he ofendido.

—¿Tal supones?

—Hago más; lo afirmo.

—¿Es posible que de ese modo proceda aquel que se llama caballero?

—Señora, hablemos en razon. Decidme: ¿he ocupado yo solo y por entero vuestro corazon? ¿Habeis prodigado á mi sola persona vuestras amantes caricias?

—¿Y puedes dudarlo?

—Hago más que dudar, pues que me consta lo contrario.

—¿Te atreves á afirmar?....

—Contesten por mí el señor marqués del Alcázar y algun otro caballero.

—¿Quién, quién?—preguntó airada la despechada dama.

—El buen secretario del muy noble señor conde de Floridablanca, el señor Gil Perez, á quien distinguís y favoreceis.

—Eso es una impostura; ese hombre me ama, es mi esclavo, pero no mi amante; lo juro.

—Pues creed que el vulgo lo comenta de otro modo.

—¿Y qué me importan á mí las murmuraciones del vulgo? Bástame saber que es mentira la imputacion.

—Ni pretendo recriminaros, ni tengo derecho para ello; sois dueña de vuestro amor y de vuestra persona, como yo lo soy de mi corazon y de mi personalidad.

—Concluyamos.

—Eso deseo.

—Obran en mi poder papeles que te comprometen.

—Así creo haberlo oido ántes.

—Dentro de veinticuatro horas puedo hacer que se te abran las puertas de esta prision y se te franquee el paso fuera de esta fortaleza.

—Y espero que si de vos depende, en breve me veré libre.

—Ese es mi mayor anhelo.

—Entonces, señora, ¿por qué no os apresurais á cumplirlo?

—He de poner mis condiciones.

—Hablad.

—¿Comprendes la suerte que te espera si los papeles de que te he hablado llegan á manos del ministro?

—No ha de ser muy lisongera.

—Me complazco en que veas tan claro.

—¡Oh! No suelo hacerme ilusiones en determinados momentos.

—Ahora bien: yo puedo darte á elegir entre la muerte y la libertad.

—Por más que no crea que mi vida corra riesgo, no quiero discutir y elijo la libertad.

—Pasemos á las condiciones.

—Es verdad; lo habia olvidado.

—Sé que veneras la memoria de aquella á quien debes el sér, hasta la supersticion.

—¡Oh, mi santa madre!—dijo conmovido don Luis.—Sí; la venero y respeto; es sagrado para mí su recuerdo.

—Pues bien—repuso doña Catalina—júrame por su sagrada memoria amarme eternamente, ser mio, enteramente mio, y en breve te verás libre.

—Señora—contestó gravemente don Luis—no me es dado hacer tal juramento.

El rostro de doña Catalina se tornó horriblemente pálido, y con acento convulso preguntó:

—¿Por qué?

—El corazon no se manda, y ya tuve el honor de indicaros en otra ocasion lo que de mí podíais esperar; amistad sincera y leal; pero amor..... imposible.

—¡Imposible!—murmuró temblando de ira doña Catalina pasándose la mano por su pálida y contraida frente.

—Siento que á hablaros así me hayais obligado teniendo motivos sobrados para prever cuál pudiera ser mi respuesta.

Guardó silencio breves momentos la desairada dama, y al fin, procurando dominar la agitacion de su pecho, dijo mirando á don Luis de un modo especial:

—Mucho amais á esa mujerzuela.

—¿Á quién os referis?

—A esa maja desgarrada que os ha vendido sus encantos.

—Doña Catalina—contestó con airado tono don Luis—esa, á quien llamais mujerzuela, es una honrada y modesta criatura; y, sabedlo, no pertenece al género de las que hacen comercio de su honra.

—Con mucho ardor tomais su defensa—agregó la ofendida dama adoptando el sistema del desprecio y dejando de tutear á don Luis.

—Hago lo que debo, y más se merece, creedlo.

—¿Acaso la amais de veras?

—Podeis burlaros cuanto querais; pero si teneis empeño en que satisfaga á esa pregunta lo haré cumplidamente.

—Me complaceríais en extremo.

—Pues bien; oidlo: la amo, la amo como nunca amé, con delirio, ella es mi ilusion, el complemento de mi felicidad.

Doña Catalina no fué dueña de sí misma al oir la franca respuesta de don Luis.

—¡Ay de ella!—dijo con ronca voz.

—¿Qué significa esa amenaza?

—Advertiros que á contar desde este momento, tendrá esa mujer en mí una enemiga terrible é implacable.

—Y osareis.....—preguntó don Luis con emocionado acento—osareis intentar?.....

—Todo, todo, por vengarme cumplidamente—contestó la implacable dama.

—Comprendo que, ofuscada, intenteis contra mí el tomar venganza; pero no puedo creer que la ejerzais en la persona de quien nada os ha hecho.

—¿Nada? ¿Decís que nada me ha hecho? ¿No acabais de herir mortalmente mi corazon al decirme que amais á esa maja cual nunca habeis amado? ¡Oh! temblad, temblad por ella que queda enteramente en mi poder y lejos de vuestra proteccion!

Don Luis leyó en los ojos de doña Catalina la seguridad del peligro que corria Paca, y tembló ante la inminencia de aquel peligro, y haciendo un esfuerzo para dominar su cólera procuró calmar la fiereza de su interlocutora.

—Doña Catalina, no puedo yo creer que vuestro sensible corazon se endurezca hasta el punto de cometer un crímen.

—Pues creedlo, vos me le habeis despedazado, y yo procuraré hacer otro tanto con el vuestro.

La cerradura rechinó; habia transcurrido la hora y el llavero acudia á cumplir la órden que se le diera.

—Por última vez—dijo rápidamente doña Catalina—la libertad con mi amor si jurais.

—Yo no blasfemo.

—Entonces, temblad por vos y por ella.

En este momento giró la puerta á impulsos de la mano del llavero, y éste se presentó en el calabozo.

—Señora—dijo humildemente—ha pasado la hora.

—Os sigo—contestó doña Catalina lanzando á don Luis su última y vengativa mirada.

—Señor caballero, si gustais, podeis seguirme; el señor alcaide me ha ordenado os dijese os espera en el patio, por si gustais respirar el aire libre durante algunos momentos.

—Aprovecho con sumo gusto tan cortés invitacion—contestó don Luis cuya frente ardia.

Doña Catalina, que habia guardado silencio, repuso aparentando la mayor dulzura:

—Ya sereis afortunado, señor don Luis, si en tanto que permanezcais en esta fortaleza, se os concede tan inapreciable bien; mucho lo dudo.

Don Luis nada contestó, aunque comprendió perfectamente la amenaza.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Como cosa de una hora hacia que doña Catalina habia abandonado la fortaleza.

Don Luis gozaba en el patio del castillo del inefable bien de respirar el aire libre, y mantenia con el alcaide, que lo era un cumplido caballero, amigable conversacion; el preso habia simpatizado por completo con aquél á cuya guarda se habia confiado su persona.

—Alejad de vos las preocupaciones, porque os lo repito, jóven, cuando en el auto de vuestra prision no se mencionan ciertas frases que yo me sé, cosa es clara que no ha de ser largo ni duro vuestro cautiverio. Encomendé que se os diera un calabozo que nada tiene de repugnante, aparte de los cerrojos—agregó sonriendo el alcaide.

—Y yo os lo agradezco en el alma.

—Nada tenéis que agradecerme; soy esclavo de mi deber, pero cuando puedo, sin faltar á él, tener algunas consideraciones con aquellos cuya custodia se me confia, lo hago con mucho gusto, y experimento al hacerlo, grata satisfaccion.

—Eso prueba la bondad de vuestra alma.

—Eso prueba que tambien yo he estado encerrado más de una vez.

—Sin embargo, no todos los que lo han estado y se ven en vuestro caso, hacen lo mismo que vos.

—Tanto peor para ellos. Creedme, yo gozo el dia que le digo á uno de los encarcelados: « estais libre. »

—Lo creo.

—En cambio, cada nuevo huésped que me llega tengo un disgusto.

—Y por desgracia eso se verificará á menudo.

—Y tan á menudo; no pasarán muchos minutos sin que me llegue uno.

—¿Creeis?....

—Lo sé positivamente porque he tenido ya el conveniente aviso.

—Lo siento por el preso y por vos.

—Gracias, amigo mio.

—Esto de poder respirar el aire libre da media vida—dijo don Luis aspirando con delicia el fresco ambiente.

—Pues creo que de ese placer no se os privará por ahora.

—¡Dios haga que así sea!—contestó lanzando un profundo suspiro don Luis.

—¡Eh! ¿Qué os decia yo?

—¿Qué ocurre?

—Ved, he ahí—dijo el alcaide marcando un punto del camino que al castillo conducia—ved ahí una silla de manos y los señores golillas.

—¡Ah! Ya comprendo, en esa silla de manos.....

—Viene mi nuevo huésped.

Efectivamente, á los pocos momentos llegó al castillo la silla y sus guardianes.

No tardó en aparecer el preso acompañado de los alguaciles que le custodiaban.

—¡Qué veo!—exclamó don Luis.

—¿Qué os ocurre?—le preguntó el alcaide.

—Me sorprende que sea el caballero que aquí se dirige el preso.

—¿Le conoceis?

—Algo.

El alcaide se encaminó al encuentro del recien llegado.

Don Luis murmuró:

—¿Por qué habrán preso al conde de Santillan?

CAPÍTULO LXXIX.

El conde de Floridablanca.

Nos es de todo punto necesario dar á conocer á nuestros lectores, siquiera sea muy ligeramente, los principales acontecimientos de la época á que hacemos referencia, especialmente aquellos que se relacionan más directamente con alguno de los personajes históricos de quienes hacemos mencion en el trascurso del relato que venimos refiriendo, y hemos esperado para hacerlo, precisamente el momento en que nos es de todo punto indispensable presentar á nuestros lectores uno de los hombres de más significacion política de aquellos tiempos, tal como lo era el conde de Floridablanca, privado del señor rey D. Cárlos III.

Perdone, pues, el lector el pequeño paréntesis que nos vemos obligados á hacer, cediendo un pequeño espacio al juicio de un reputado historiador respecto al eminente jurisconsulto que acabamos de nombrar.

Es innegable que Cárlos III fué uno de los monarcas españoles que con más gloria suya y mejor acierto rigió los destinos de la española monarquía. Su principal talento, segun nuestra humilde opinion, fué el tino con que supo elegir los hombres de que se rodeaba, y entre ellos figuró en primera línea el hábil político, el eminente hombre de Estado conde de Floridablanca.

Como quiera que el principal objeto que nos guia en esta ocasion es el de dar á conocer á nuestros lectores en qué estado se hallaba la privanza del conde de Floridablanca en el momento en que tuvieron lugar los acontecimientos que hemos referido en el primer tomo de esta novela, así como en los que sucesivamente tenemos que referir, nos concretaremos á hacer de ello una ligera reseña.

Apénas si ha habido ningun grande hombre que no haya tenido sus detractores, y no habia de ser una excepcion el buen conde de Floridablanca, mucho ménos teniendo, como tenia, sobra de talento y participacion en el poder.

Una de las creaciones de más utilidad é importancia y de más trascendencia para el sistema general de una buena gobernacion que se debiera al genio de Floridablanca, fué sin disputa la Junta de Estado, y que por lo mismo no sin razon se la denominó despues *Gobierno del señor rey D. Cárlos III.*

Á pesar de la conveniencia y utilidad de esta creacion, del mérito indisputable de la Instruccion reservada para su gobierno, y del que á los ojos de los sabios y de los políticos contrajo el autor de este documento memorable, esta misma obra dió ocasion y sirvió de pretexto á los enemigos de Floridablanca, para tratar de indisponer al monarca con su primer ministro, representándosela como una invencion para influir en los negocios de todos los departamentos á costa de rebajar la autoridad soberana, cuando en realidad de verdad y como lo exponia el mismo conde al rey, lo que con esto disminuia era la arbitrariedad ministerial, puesto que cada se-

cretario del despacho sometia los asuntos de su ramo al juicio de los otros, y todos juntos se sujetaban á las reglas y principios consignados en la Instruccion, modificados y aprobados por el monarca, que por otra parte quedaba en libertad de conformarse ó nó con lo que le propusiera la junta de ministros.

Por otra parte, sus reformas administrativas, en cuya parte se veia la tendencia á favorecer á las clases pobres y á mejorar la condicion de los hombres laboriosos, así en las profesiones literarias como en las industriales, y á reducir los privilegios de la nobleza y de las clases exentas, le habian suscitado enemigos entre estas últimas, que hablaban con cierta ironía y menosprecio de su modesta alcurnia, y de cierta familiaridad y franqueza en sus modales que conservaba á pesar de los muchos años de poder ministerial, que hubieran podido enorgullecer á cualquiera otro, y de lo cual hacian objeto de sarcasmo, en vez de hacerlo de merecimiento, no pocos de los que pertenecian á la antigua grandeza española.

El más encarnizado enemigo de Floridablanca entre los que tenia en la clase noble, lo era indudablemente el conde de Aranda, que aunque le habia felicitado por su elevacion al ministerio, y no podia ménos de reconocer su gran talento y habilidad administrativa y política, no podia avenirse con el carácter del privado tan diametralmente opuesto al suyo.

Jurisconsulto y nacido en el estado llano Floridablanca, militar y aristócrata de cuna aun más que de costumbres Aranda, ingénuo y terco éste en demasía, acostumbrado á hacer prevalecer sus dictámenes, y propenso á irritarse cuando no eran seguidos ó hallaban alguna oposicion; aquél más reservado y más flexible, aunque no muy paciente para sufrir censuras hechas con aspereza ó con aire de superioridad; ya en su larga y frecuente correspondencia oficial como confidencial, en concepto de ministro de Estado el uno y de embajador el otro, habíanse cruzado muchas veces entre los dos pala-

bras y frases ya en tono sério, ya en lenguaje semi-festivo, bien irónicas, bien ágrias y algunas veces cáusticas, que por más que la política y la cortesanía acudieran á endulzarlas con algun correctivo, expuesto en son de franqueza que modificara su acritud, es de admirar que entre dos personajes de tal calidad y ambos puntillosos, no pararan en rompimiento.

Á consecuencia de haber enfermado su esposa doña Teresa en París, tuvo el de Aranda que mandarla á España, y no pudiendo sobrellevar sino con gran disgusto esta separacion, resolvió abandonar la embajada de aquella nacion, que le estaba confiada, é hizo dimision de su cargo en mil setecientos ochenta y siete, la cual le fué aceptada por el monarca, y en virtud de ello regresó á España nuevamente el conde de Aranda. Á su llegada á Madrid no demostró al ministro más simpatías de las que habia manifestado por escrito en tanto fué embajador en la nacion vecina. El general conde de O'Reilly era tambien enemigo de Floridablanca que habia sido relevado á instancia suya del mando de Andalucía, pero que no acertaba á vivir en la córte sin el favor y las atenciones que en otro tiempo habia gozado y de cuya pérdida culpaba tambien al ministro predilecto del rey. Por ser dos condes los que más se significaban en contra del que lo era de Floridablanca, consignó un escritor de aquella época la frase de un político que dijo: «Tres condes hay en Madrid que no pueden caber juntos en un saco.» Con lo cual predecia no habian de tardar en estallar las desavenencias surgidas entre dichos personajes, como así sucedió en efecto.

El primer pretexto que tomaron los dos primeros para indisponer al segundo en el ánimo del monarca que tanto le amaba y favorecia, fué un Real decreto que se publicó en diez y seis de mayo de mil setecientos setenta y ocho, designando á las personas á quienes se habia de dar el tratamiento de *excelencias*. Lo que sirvió de asidero al de Aranda para querellarse ante el monarca contra el decreto de veinte y cinco

de mayo, fué la última parte en que se declaraba iguales en honores militares á todos los que tenian el tratamiento entero de Excelentísimos, pero viendo que nada se resolvia á su demanda, dirigió otra representacion al ministro de la Guerra para que revocase el decreto de veinte y cinco de julio, exponiendo los repetidos lances que iban á sobrevenir entre los jefes militares de provincia y los nuevamente condecorados.

Al mismo tiempo que estos acontecimientos tenian lugar, comenzó á circular una amarga sátira contra Floridablanca, y de rechazo tambien contra Campomanes, cuyo título era: «*Conversacion que tuvieron los condes de Floridablanca y de Campomanes el* 20 *de Junio de* 1788.»

En este escrito se censuraba el decreto de honores militares y además se acumulaban un sinnúmero de cargos calumniosos contra aquellos dos esclarecidos magistrados, y tal documento alcanzó gran boga entre la nobleza y la clase militar, habiendo contribuido mucho las damas de la córte á la propagacion de semejante libelo el cual servia de sabroso entretenimiento y daba materia á la murmuracion en las tertulias y reuniones.

Agregóse al mencionado y calumnioso escrito cierta fábula titulada *El Raposo,* la cual vió la publicacion en el *Diario de Madrid* (4 de Agosto 1788); en ella se pretendia retratar al conde de Floridablanca haciendo de su persona y carácter una apología tan indigna como infame. De esta fábula tuvieron el atrevimiento de mandarle á él mismo unas copias manuscritas á San Ildefonso, en una de las cuales creyó reconocer la letra de cierta dama de la nobleza que le era muy conocida.

El más grande hombre tiene sus defectos y formaban parte de los de Floridablanca el no saber sobreponerse á ciertos ataques mostrándose por el contrario sensible á tales pequeñeces.

Ordenó al superintendente de policía que investigara el

orígen y autores de los escritos que contra él circulaban y del objeto que se proponian sus enemigos.

Recayeron sospechas sobre algunos personajes militares que eran conocidos por desafectos al ministro y sobre ellos se hizo sentir el ministerial enojo. Para alejar políticamente de España al consejero de Guerra marqués de Rubí, nombrósele para la embajada de Prusia, so pretexto de necesitarse allí un general de sus circunstancias. Comprendiólo él, hizo renuncia y en las contestaciones que tuvo con el ministro expresóse con bastante destemplanza y á consecuencia de esto, se le envió de cuartel á Pamplona. Dióse el mando de la provincia de Guipúzcoa al inspector general de caballería don Antonio Ricardos. Al conde de O'Reilly la comision de hacer un reconocimiento en las costas de Galicia. Hízose salir á su cuñado don Luis de las Casas á su gobierno de Oran, y hasta se significó al marqués de Iranda los inconvenientes de recibir en su tertulia personas que sin duda eran tenidas por enemigas del ministro de Estado.

Á pesar de haber revocado el rey el decreto sobre honores militares y de los destierros políticos de que hemos hecho mencion, no cesaron sin embargo los ataques que de contínuo se dirigian al primer ministro. De ser aquellos y tal vez algunos otros generales los que á su juicio habian formado empeño en desacreditarle ó indisponerle con el rey y conspirar para su caida, infiérese harto claramente del escrito de defensa que le obligaron á hacer. Sea como quiera, es el caso que tanto mortificaba á Floridablanca aquella especie de persecucion, que á pesar de continuar gozando de la confianza del monarca, quiso responder á todas las acusaciones que se le dirigian, presentando al rey un difuso y concienzudo escrito, que contenia una relacion de todos sus actos ministeriales desde 1777, con el título de *Memorial á Cárlos III*. Notabilísimo documento, cuyo contenido ensalzan todos los historiadores que de él se han ocupado, y del cual dice un historiador

extranjero: «Honra su memoria este trabajo, como hombre y como ministro, y puede considerarse como la última de sus ocupaciones en el reinado de Cárlos III.»

He aquí como terminaba el notable escrito á que nos referimos:

«Justo será ya dejar en reposo á V. M., y acabar con la »molestia de esta difusa representacion. Solo pido á V. M., que »se digne desdoblar la hoja que doblé en otra parte, cuando »referí la bondad con que V. M. se dignó ofrecerme algun des»canso. Si he trabajado, V. M. lo ha visto, y si mi salud pade»ce, V. M. lo sabe. Sírvase V. M. emplearme en algunos traba»jos propios de mi profesion y experiencia, allí podré hacerlo »con más tranquilidad, más tiempo y ménos riesgo de errar. »Pero, señor, líbreme V. M. de la inquietud contínua de los »negocios, de pensar y proponer personas para empleos, dig»nidades, gracias y honores; de la frecuente ocasion de equi»vocar el concepto en esta y otras cosas, y del peligro de aca»bar de perder la salud y la vida en la confusion y atropella»miento que me rodea. Hágalo V. M. quien por quien es, por »los servicios que le he hecho, por el amor que le he tenido »y tendré hasta el último instante, y sobre todo por Dios nues»tro Señor, que guarde esa preciosa vida los muchos y felices »años que le pido de todo mi corazon. Real Sitio de San Lo»renzo, á 10 de octubre de 1788.»

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Ya conoce ahora el lector en cuál estado se hallaban los asuntos del conde de Floridablanca en el momento en que vamos á ocuparnos de dicho personaje.

CAPÍTULO LXXX.

Los consejos del conde de Fuentidueña.

Cuatro dias habíanse transcurrido desde los acontecimientos que hemos narrado en los capítulos anteriores.

El conde de Floridablanca hallábase solo en su despacho, y á juzgar por su actitud, se podia deducir que se encontraba profundamente preocupado.

La luz que despedia la animada llama del quinqué, colocado sobre la mesa, daba de lleno sobre el inteligente rostro del eminente hombre de Estado.

La casi imperceptible contraccion de sus cejas, la tristeza de su mirada, fija á la sazon en un papel escrito que ante sí tenia, decian bien claramente que el ministro experimentaba alguna contrariedad reciente, que habia venido á aumentar el número de los disgustos que de contínuo le asediaban.

Cuando más abstraido se hallaba en sus meditaciones, sa-

cóle de ellas la voz de un criado, que anunció respetuosamente, aunque en voz alta:

—El señor conde de Fuentidueña.

Á una seña del ministro se retiró el criado, apareciendo en breve el personaje que acababa de anunciar.

El conde de Fuentidueña y Giacomo Zarini eran una misma persona.

El conde de Floridablanca habia sido su amigo. Cuando el primero pasó á Roma, á tratar el delicado asunto de la expulsion de los jesuitas, el segundo le prestó cierta clase de servicios, muy dignos de ser tomados en consideracion, y tal proceder aumentó más y más la amistad que unia á ambos personajes.

Andando el tiempo, perdiéronse de vista, y á pesar de hallarse el conde de Fuentidueña en Madrid desde hacia dos años, no acudió á su antiguo amigo hasta que lo juzgó oportuno, y Floridablanca, no solo le recibió con verdadero cariño, sí que tambien, merced á su influjo, consiguió rehabilitar por completo á su amigo, al que fueron devueltos sus títulos y honores.

Dada esta breve explicacion, pasaremos á explicar la escena que entre los dos amigos tuvo efecto.

Al aparecer el conde de Fuentidueña en el despacho del ministro, éste se incorporó y le alargó la mano, que aquel estrechó con efusion entre las suyas.

—Vengo á darte las gracias.

—No merecia la pena de que por eso te molestases.

—Lejos de ser así, tengo gran placer en poder expresarte de viva voz la gratitud que hácia tí experimenta mi corazon.

—Gran cosa es el hallar á un leal entre tanto ingrato.

—No has de contarme jamás en el número de esos últimos.

—¡Dios lo haga y así lo deseo!

—¿Acaso dudarias?

—Siéntate, amigo mio.

El conde de Fuentidueña aceptó la invitacion, y conociendo que á su amigo le aquejaba algun pesar, le dijo con tono de leal solicitud:

—Algo te sucede. ¿Qué nueva contrariedad amarga tus instantes?

—Nueva, tú lo has dicho, pero del mismo género que otras muchas de las que me mortifican.

—¿Seria indiscrecion el preguntarte?....

—No, amigo mio; se trata de un nuevo desengaño.

—¿Un desengaño?

—Sí—dijo el de Floridablanca melancólicamente—y son tantos y tantos los que vengo sufriendo de algun tiempo á esta parte, que aquí para entre los dos te diré que ya se me va apurando la paciencia.

—En efecto; carga pesada es la que descansa sobre tus hombros desde hace ya largos años.

—Carga que deseo soltar, te lo aseguro.

—¿Es cierto, pues, que has intentado presentar la dimision al monarca?

—No.

—Pues el vulgo así lo murmura.

—Pues hoy por hoy se engaña; no trato de presentarla.

—¡Ah!—dijo con visible satisfaccion Fuentidueña.

—Y digo eso hablando en puridad; porque hace ya dias que la presenté.

—¿Eso has hecho?

—Sí, mi buen amigo; empero, á pesar de las sólidas y buenas razones en que fundé mi respetuosa peticion, mi amado monarca no ha tenido á bien concederme el descanso que tanto he menester.

—Y, perdóname que así me exprese; el rey ha obrado muy juiciosamente en ello.

—Líbreme el Señor de censurar el más mínimo de los actos

de mi soberano; pero, créeme, amigo mio, la carga va haciéndose en extremo pesada, y yo voy perdiendo la fuerza que hasta hoy me ha ayudado á sobrellevar su peso.

—Comprendo los sacrificios sin cuenta, los sinsabores y los desvelos que soportas, pero la patria y el rey necesitan de ellos, y eres tú demasiado buen español y leal súbdito para no continuar sacrificándote en pró de la una y por el bien del otro.

—Yo haré cuanto pueda, pero temo poder poco tiempo.

—¿Qué te lo hace creer así?

—Lo que antes te signifiqué, los desengaños.

—¿Hasta ese extremo te mortifican?

—Sí, no puedo negártelo. Cada dia un nuevo escrito que me calumnia, á cada hora una nueva intriga fraguada en mi desdoro, á cada momento nuevas y más complicadas conspiraciones en contra mia; los amigos de ayer, enemigos hoy y unidos éstos á aquellos que más favores me deben; esto se me hace insoportable, te lo confieso; á cada nueva decepcion que sufro, experimenta mi corazon un rudo golpe. ¿Quién hubiera de decirme que el conde de Santillan fuera uno de mis más ardientes detractores? ¿Ni quién pudiera imaginarse tampoco que don Luis de Guevara se revolviera en contra mia? El primero jamás dejó de tener aficiones hácia el conde Aranda, pero á pesar de no haberle podido atraer jamás á mi bando, nunca le hubiera creido capaz de ejercer la calumnia en mi persona; el segundo me ha encontrado dispuesto siempre á protegerle y á encumbrarle, y sin embargo, háme puesto en la dura alternativa de tener que tomar severas medidas en su contra.

—¿Está preso?

—Sí.

—¿Y el conde?

—Tambien.

—Has obrado cuerdamente.

—Sí; me ponen en el caso de tener que desterrar á unos y encarcelar á otros, y como quiera que el tener que proceder con tal dureza, me repugna, de aquí el que quisiera se me hubiese permitido retirarme del poder.

—La patria necesita de tí, y ella es primero.

—Bien conozco que en los momentos actuales pudiera ser un inconveniente mi retirada, y comprendo en parte la negativa del rey á acceder á mis deseos.

—¿Quién pudiera sustituirte dignamente?

—El mismo conde de Aranda.

—Yo respeto mucho tu opinion, pero perdóneme el general si no le creo el más á propósito para ocupar el alto cargo que tú ejerces.

—¿Y eso por qué?

—Es demasiado impetuoso su carácter, se arrebata fácilmente, cree siempre que su opinion es la mejor, y de ella no se separa por más que se le ocurra un desatino; es de aquellos que creen que basta con la buena intencion, y esa no es la cualidad más sobresaliente que ha de adornar al que gobierna.

—Aunque así sea, otro habrá sin ese que pueda sustituirme.

—No sé verle.

—¡Diablo!—dijo el conde sonriendo—¿y si yo muriera hoy ó mañana?

—En ese desgraciado caso, habria que elegir á alguno á fin de que ocupara el lugar que tú dejaras, bien lo comprendo; pero no quiere decir que se hallase el que pudiere sustituirte dignamente para la prosperidad y bienestar de la patria.

—Amigo mio, la amistad que me profesas hace que creas mi sustitucion más difícil de lo que es en realidad.

—Pues son muchos los que piensan como yo.

—Así será, no lo dudo; pero yo me permito creer lo contrario.

—Porque siempre fué mucha tu modestia.

—Nó; porque realmente pienso así.

—Sea lo que tú dices, pero aun así tropezaria con mil dificultades tu sustituto.

—¿Cuáles?

—Hace ya años que estás al frente de los negocios del Estado.

—Esa es una gran verdad.

—Aparte de tu reconocida habilidad política, ¿crees que seria muy fácil el que se impusiera en poco ménos que en horas de los intrincados negocios que tú tienes hoy tan á la mano, el nuevo ministro, mucho más teniendo en cuenta el actual estado de cosas de Europa?

—Eso pudiera ofrecerle algunas dificultades.

—Y algo graves.

—No lo niego.

—Pues creo que aunque fuese esa la única y sola razon, es por sí sola bastante poderosa para obligarte á continuar en el puesto que ocupas.

—Bien á pesar mio—repuso tristemente el ministro.

—¡Oh! si me permitieras que te diera un consejo.....

—¿Y por qué no, amigo mio? jamás de nadie los he desatendido si me han parecido oportunos.

—Como siguieras el camino que yo te indicara, pronto te hallarias libre de las dificultades que tus enemigos siembran á tu paso, dificultades que se vuelven en contra de la nacion.

—¿Y qué crees que es necesario hacer para conseguir eso?

—Sencillamente, matar.

—¡Oh! jamás; la sangre me repugna.

—Tampoco soy yo sanguinario, pero en ciertas ocasiones se hace indispensable el derramar una poca á fin de evitar que corra mucha.

—No digo lo contrario.

—Si tuvieras tiempo que perder, podria referirte cierto pa-

saje histórico en que danzó uno de mis antepasados y que es ahora muy del caso.

—Habla, amigo mio, te escucho con atencion.

El conde de Floridablanca dió órden al conserje que en tanto él no le llamara, no se permitiera interrumpir la conversacion que iba á tener con el conde de Fuentidueña para anunciarle la llegada de persona alguna.

. . . . . .

. . . . . .

Una vez de nuevo solos los dos amigos, el conde de Fuentidueña dió comienzo á la ofrecida historia que es la que sigue.

CAPÍTULO LXXXI.

Qué era lo que ocurria en Valladolid el año de gracia de 1440.

Sumamente preocupada se encontraba la córte del rey don Juan II de Castilla, á consecuencia de un suceso grave en sí y mucho más por las consecuencias que pudiera traer en pos de sí.

El príncipe don Enrique, que á la sazon contaba quince años, y con el que ya empezaba á privar un doncel de su cámara, que se llamaba don Juan Pacheco, abandonó á instigacion suya el alcázar y se fué á la casa del almirante de Castilla, enemigo de don Alvaro de Luna y partidario del rey de Navarra y del infante don Enrique. Tal suceso, acaecido en medio del dia y á la faz de una córte asaz dividida y turbulenta, no pudo ménos de causar sensacion, y se aumentó considerablemente cuando al ir el conde de Castro y Ruy Diaz de Mendoza, mayordomo mayor del rey á decir al príncipe que se volviese al alcázar, les impuso por condicion el destierro

del doctor Periañez, Alonso Perez de Vivero, contador mayor del rey, y Nicolás Fernandez de Villamizar, hechuras los dos últimos del condestable, y acérrimos defensores suyos los tres.

Tal respuesta, que era un reto al poderoso privado, puso en terrible confusion al débil rey; pero que instigado por su esposa doña María, que odiaba al favorito, odio cuyos motivos explicaremos más adelante, accedió al fin, y las órdenes de destierro fueron firmadas.

Un acontecimiento de esta especie, que si no demostraba una completa caida, por lo ménos daba á entender que el poder del condestable amenguaba, no pudo ménos de ocasionar grandes reuniones de los partidarios de entrambas facciones, que acudieron en seguida á las casas de sus respectivos jefes.

Describir el furor que se apoderó de don Alvaro al saber la separacion de sus tres amigos, seria imposible; baste decir, que el doctor Periañez era su cabeza, Perez de Vivero su corazon, y Fernandez Villamizar su brazo.

Él los habia elevado, los habia ennoblecido, y ellos le pagaban con una adhesion sin límites.

***

Paseándose á largos pasos en la extensa cámara de su palacio, estaba don Álvaro de Luna, abstraido completamente en sus ideas.

Hernando Velasco, su paje favorito, se mantenia de pié á respetuosa distancia, contemplando tristemente el mudo dolor de su amo.

El conde de Fuentidueña, su amigo más íntimo, sentado en un dorado sillon, se entregaba tambien á análogos pensamientos que el condestable.

Largo tiempo permanecieron en silencio, hasta que don Álvaro, parándose delante del paje; le preguntó:

—¿Pero estás cierto de lo que me has dicho, Hernando?

—Por desgracia, demasiado; he visto yo mismo las órdenes de destierro.

—¿Y tan perentorias eran que no han podido venir á darme el adios de despedida?

—Como que no se les daba más tiempo que el preciso para montar á caballo y partir.

—Han querido evitar que yo viera al rey y le hiciera variar de resolucion; esto significa que ó me temen ó me desprecian. Véte, mi buen Hernando, descansa, que bastante necesidad tendrás de hacerlo.

Salió el paje, y el condestable se dejó caer en un sillon, donde sepultando la cabeza entre sus manos, permaneció largo tiempo, que nosotros aprovecharemos para dar á conocer á nuestros lectores estos dos nuevos personajes.

*
* *

Don Álvaro de Luna, hijo del antiguo copero del rey don Enrique III y de una mujer de baja esfera, fué puesto por su tio el arzobispo don Pedro de Luna en la cámara del rey don Juan, cuando éste era aun muy niño.

Dotado de una inteligencia superior á su edad, comprendió el inmenso partido que podia sacar de la situacion en que la córte se encontraba.

Doña Catalina de Lancaster, madre del rey, era asaz impresionable todavía para no reparar en el travieso paje, y sobradamente hermosa para que á éste no le satisfaciese su conquista.

Dado este paso, el segundo solo dependia del tiempo. Muchos años consagró á apoderarse del corazon del rey, y como por su suerte éste era demasiado débil, abandonó en manos de su favorito una corona harto pesada para aquellas sienes femeniles.

La hábil negociacion de Tordesillas, que dió por resultado el casamiento del infante don Enrique con la hermana del rey y el casamiento de éste poco antes con doña María de Aragon, añadieron al favorito el título de conde de Santistéban de Gormaz y el señorío de la villa del mismo nombre.

Entonces su ambicion se desembozó completamente, y la nobleza castellana se apresuró á coligarse contra aquella potencia que se elevaba y que amenazaba á sus fueros y privilegios. Esto, como era natural, tuvo sus consecuencias, que fueron las de obtener el condestable nuevas rentas y nuevos señoríos, para sostener las lanzas que le hacian falta para sofocar las rebeliones que su poder siempre en aumento le suscitaba.

El enemigo más poderoso que tenia era la reina: él lo conoció así, y procuró inutilizarla por medio del amor. Doña María tenia esa hermosura bravía de la edad media, de pasiones fuertes y abrasadoras; el amor del niño rey no bastaba á aquella alma fogosa, y el audaz condestable tan enamorado como ambicioso, añadió aquella nueva flor á la corona de sus triunfos; mas como la pasion de la reina era cada dia más exigente, y el fuerte del condestable no era la constancia, de ahí que aprisionado en las redes de otros nuevos amores, se olvidó de doña María, olvido que ésta no le perdonó, aborreciéndole tanto como antes le habia amado.

*
* *

El aspecto de don Álvaro, en la época que lo presentamos al lector, causaba una mezcla de miedo, veneracion y lástima imposible de describir.

Jóven todavía, pues solo tendria cuarenta y cinco años, la grandeza de los pensamientos que en su imaginacion bullian, habian surcado su frente de profundas arrugas; la costumbre de mando y el orgullo que le dominaba, habian dado

á su boca una expresion desdeñosa y altiva; y los inmensos dolores que habia sufrido, las decepciones de que era víctima, y la contínua lucha que estaba sosteniendo, habian impreso en su semblante una sombra de hastío, de desaliento, imposibles de describir; únicamente aquel corazon soberbio que jamás se abatia, se reflejaba en sus grandes ojos negros, en los que podia decirse que se habia reconcentrado toda su vida.

Tal era, á grandes rasgos, el opulento magnate, el alto y poderoso condestable de Castilla, el privado del rey don Juan II.

*
* *

En cuanto al conde de Fuentidueña, poco tenemos que decir; criado con don Álvaro, creció con él, con él entró en la cámara del rey, y más que amigos se profesaban el cariño de hermanos; era el depositario de todos sus triunfos, sus zozobras y sus pesares; era el único corazon en quien depositaba toda la amargura que atesoraba el suyo, y el único que le prestaba fuerzas, y con cuyo apoyo pudiera contar.

Ya que conocemos á entrambos, justo será que volvamos al punto en que suspendimos nuestra narracion.

Algun tiempo trascurrió sin oirse otro ruido en la estancia que la respiracion anhelante del condestable, y algun que otro murmullo que se escapaba de los labios del conde, cuando aquél, alzando su cabeza y sacudiéndola como si quisiera alejar las ideas que le preocupaban, volviéndose al de Fuentidueña, le dijo:

—¿Qué piensas de lo que está sucediendo?

—Que si esto hace el príncipe ahora que es un niño, cuando tenga cinco años más, nos va á dar mucho que hacer.

—No ha salido el golpe de él, no; todo ha sido obra de

Pacheco, ese donceí que yo introduje en su cámara, y que hoy, como todas mis hechuras, se vuelve contra mí.

—Buen remedio; inutilízalo antes de que pueda hacerte daño.

—¿Y de qué me serviria? ¿Crees tú que la muerte de un hombre pueda alejar de mi cabeza el golpe que me amenaza? Moriria uno y quedarian cien; haria lo mismo con aquellos, y brotarian otros nuevos; la reina, vengativa como mujer, y doblemente como mujer desdeñada, es un enemigo poderoso, al cual no puedo destruir sin causar mucho ruido; el rey de Navarra, el infante don Enrique, los condes de Castro, de Benavente y otros, Alonso de Zúñiga y su primo Diego; estos Zúñigas, á quien Dios confunda, y que son mis más encarnizados enemigos, todos ellos no me causarian espanto en un campo de batalla; pero en Valladolid, donde tengo tantos adversarios, donde habita un rey débil, que se inclina al último parecer; que lo mismo que ha firmado las órdenes de destierro de mis amigos, firmará mañana la de mi muerte, si se lo dicen, me dan miedo; ¡á mí que nunca lo he conocido!

—Pues reunámos nuestras lanzas, y arrojémosles de la ciudad.

—¿Y crees tú que si no hubiera tenido mis gentes en Bonilla, estaria en el caso en que me encuentro? Caro hubiera pagado ese rey que se entromete á gobernar casas ajenas y esa nobleza que en su mayor parte me debe lo que es, el haber atentado á mi poder; pero estoy solo, completamente solo.

—No te entiendo.

—¿De qué me sirves tú, y dos ó tres cientos de buenas y leales lanzas, contra las fuerzas de mis enemigos? ¿De qué me sirve mi astucia si no puedo prever de donde viene el golpe? ¿Crees tú que yo hubiera podido precaver que ese Pacheco, ese hombre alzado por mí del polvo, pagara mis beneficios hiriéndome en lo más sensible de mi corazon, en mi amistad?—Y prosiguió el condestable con un acento de amar-

gura inmensa.—A pesar de que no debia extrañarme eso, porque á cuantos he hecho beneficios, otros tantos me han sido ingratos; yo he ennoblecido á mis criados, y se han vuelto contra mí, yo casé al infante don Enrique con doña Beatriz, que le llevó en dote el señorío de Villena, y está trabajando para mi ruina; y, finalmente, he hecho respetar á Castilla por los moros, he ajustado la paz de Portugal, he hecho de ella un reino que respetan hasta los extranjeros, y en pago el rey sacrifica mis afecciones, me abandona á mis propias fuerzas, y me deja á merced de esa turba de rebeldes, que desean mi caida para disputarse mi puesto.

—¡Oh! pero ese caso no llegará jamás: diez espadas de traidores no valen tanto como la de un leal, y en último caso, abandonaremos la ciudad, nos retiraremos á cualquiera de las villas más cercanas, apellidarémos la tierra, reuniremos nuestras mesnadas, dejaremos flotar al aire nuestros pendones y veremos quién vence en la lucha.

¿Y tú crees que nos dejarian salir de Valladolid, ni que yo tampoco lo habia de abandonar? Desengáñate, Gutierre, no no nos queda más remedio que luchar, luchar y morir con honor si llega el caso, que llegará; ya me faltan las fuerzas, esta lucha incesante me cansa, aun no se ahoga una conspiracion, cuando brota otra nueva. Yo he servido al rey con lealtad, y si me ha dado cargos y dignidades, ha sido en premio de mi sangre derramada por su causa; yo he gastado mi vida en estas luchas contínuas; mi carácter, siempre franco y leal, ha tenido que doblegarse á ser traidor para sorprender las traiciones de mis enemigos; enemigos que tenia y tengo, porque he aspirado á la unidad de la corona, á la centralizacion del poder, porque no podia soportar la mengua de que en un reino hubiera cien nobles que fueran más reyes que el de legítimo derecho lo debia ser; he luchado, he sido envuelto en un torbellino de infamias y de traiciones, y he podido contrarestarlo hasta ahora, porque os tenia á vos-

otros que érais mis brazos; pero hoy, que poco á poco os irán alejando de mi lado; hoy, próximo á quedarme solo, tengo miedo; estoy débil, viejo, porque esta contínua guerra ha secado mi corazon, ha encanecido mis cabellos y ha destruido mi cuerpo; aislado completamente, despues de haber sido tanto tiempo verdugo, me llegará mi la vez de ser víctima; entonces—prosiguió con un acento en que se traslucia una agonía infinita—irá mi nombre á la posteridad envuelto con el odio de mis enemigos, que harán de él una página sangrienta en la historia; pasaré como una de esas nubes terribles que dejan tras sí una huella profunda de luto y desolacion. Moriré sin haber sido comprendido siquiera.

*
* *

Al pronunciar estas últimas palabras volvió á inclinar la cabeza, y el conde no pudo ménos de sentir y respetar el inmenso dolor de su amigo. Por fin, al cabo de algun tiempo, le dijo:

—¡Qué diablo! No hay que perder la esperanza; quizá todavía tengamos algun remedio.

—¡Oh! si yo pudiera contar con el conde de Rivadeo, no me apuraria.

—¿Y por qué no?

—¿Crees tú que no lo habrán ya atraido á su partido el infante y los condes?

—Mucho lo dudo; creo que don Rodrigo es el único caballero que hay hoy en la córte, y el único tambien que esté decidido á no servir á nadie más que al rey; como riquezas, no creo que haya ningun noble en Castilla que pueda competir con él excepto tú, y como dignidades, un hombre que está enlazado á la casa real de Francia, tampoco es posible que le halague más un blason, comprado á costa de una rebeldía.

—Si yo supiera que podia contar con su apoyo.....—dijo el condestable, mientras que su rostro volvia á resplandecer con una ráfaga de esperanza.

—Nada se pierde con tantearle; háblale tú mañana, y si es de los nuestros, el triunfo es seguro.

—Ya lo creo; auxiliado por sus soldados, poco me importarian todos los rebeldes de Valladolid.

*
* *

Precisamente el conde de Rivadeo habia llegado de Francia pocos dias antes, donde habia estado sirviendo al frente de sus lanzas reuniendo una hueste bastante numerosa, y todos los bandos en que se hallaba dividida la córte á la sazon todos le saludaron como una esperanza, creyendo que se inclinaria hácia el lado de alguno.

Pero el noble caballero no se mostró dispuesto á patrocinar rebeldías ni á servir ambiciones.

Respetuoso con el monarca, formuló tan claramente su opinion respecto á las banderías de la córte, que los señores castellanos no pudieron ménos de confesar que ó el conde de Rivadeo tenia más ambicion que todos ellos y aspiraba al poder apoyado por sus soldados, ó era un solemne belitre que no entendia nada en materia de conspiraciones.

Largo rato siguieron hablando, combinando el medio de atraerse al conde de Rivadeo, cuyo objeto veremos más adelante si pudieron conseguir.

*
* *

Antes de que sigamos adelante con nuestra narracion, nos es preciso retroceder dos dias antes de que el príncipe abandonara el alcázar.

Son las cinco de la tarde. Estamos en la cámara de la reina doña María de Aragon, esposa de don Juan II. Los últimos rayos del sol penetraban á través de los vidrios de colores que cubrian las ojivas del alcázar de Valladolid, y su luz triste y opaca revestia de una tinta fantástica todos los objetos de la habitacion.

Sentada en un nada cómodo sitial, apoyada la cabeza en sus manos blancas como el armiño, doña María de Aragon se hallaba entregada á sérias meditaciones.

Nada interrumpia el silencio que reinaba en la estancia, más que el acompasado pasear de los donceles que hacian la guardia á la puerta, y el ligero crujir de sus armaduras.

La reina doña María de Aragon era una dama que podria tener unos veinticuatro años; su hermosura era espléndida, si se nos permite decirlo así, era esa belleza característica á la edad media, y cuyos tipos más pronunciados pertenecian á las razas aragonesa y navarra; cútis ligeramente moreno, ojos negros, rasgados, abrasadores, pelo negro, boca y nariz regular, labios encendidos y dientes de marfil. Tal era la reina doña María; dotada de pasiones violentas, amaba con frenesí y odiaba con furor.

Niña aun, las razones de Estado la hicieron casar con un rey niño tambien, y asaz enamorado para que la admirase el primer dia, y al segundo abandonase sus brazos por los de otras de sus cortesanas.

Casada sin amor, olvidada por su esposo en medio de una córte que todo era aventuras galantes y conspiraciones, no podia hacer otra cosa que conspirar y dejarse enamorar.

Don Álvaro, que contaba con la poderosa hermosura de la reina para embriagar á don Juan II, no pudo ménos de temblar al ver que salian falsas sus esperanzas; y que la reina, entregada á sus enemigos, era un arma terrible, y que tal vez pudiera darles la victoria.

*
* *

En tal situacion, él, que tanto tenia de galante como de ambicioso, pensó inutilizar aquel instrumento por medio del amor, y lo consiguió.

Así pasó algun tiempo hasta que empezó á entibiarse aquel cariño, viniendo poco despues el olvido.

Acabado el amor, vino á ocupar su lugar el odio, y doña María, excitada por los émulos del privado, puso en juego cuantos medios pudo para derribarle. Difícil era, puesto que en aquellos dias en que parecia haberse eclipsado completamente su estrella, aquel hombre dominaba, hacia temblar á los mismos que creian tenerlo en su poder. Sin embargo, estando en Valladolid todos sus más poderosos enemigos, teniendo el condestable todas sus lanzas repartidas en diversos puntos lejanos de la córte, interceptadas todas las comunicaciones, poco se podia prolongar su caida.

En tal estado las cosas, y con semejantes esperanzas, la presentacion en Valladolid del conde de Rivadeo al frente de siete mil peones y tres mil caballos, hizo variar completamente el estado de las dos facciones.

Habian notado en don Rodrigo demasiada aficion al rey para venderse á los rebeldes, y don Juan II para ellos representaba á don Álvaro de Luna.

Forjáronse mil planes, hiciéronse mil tentativas, pero el de Rivadeo permaneció firme, encerrado entre su lealtad y su honor.

La reina, contrariada al ver aquel refuerzo tan poderoso, como no esperado, que se venia al condestable, se desesperó y ponia en tortura su imaginacion buscando un medio para deshacer aquel obstáculo.

*
* *

Tal era la situacion en que se encontraba la reina doña María de Aragon en el momento que la presentamos al lector.

Mucho debian preocuparla sus pensamientos, cuando no advirtió que un paje alzaba el tapiz que cubria la puerta, y que anunció:

—El señor conde de Rivadeo.

Alzó la reina sus ojos y los fijó en el jóven que, llegándose á ella, le hizo una reverencia y arrodillándose, dijo:

—¿Me permitireis señora, que tenga la honra de besar vuestra mano?

—Tomadla, pues lo mereceis; sois el único que se acuerda que en una de las cámaras del alcázar habita una pobre mujer que tiene un esposo que la abandona, y una corona de nombre.

—Señora, permitidme que os diga que el rey don Juan, si se aleja de vos, no es por su voluntad; demasiado veis el estado en que se halla Castilla, para que no comprendais que los negocios son los que le arrebatan de vuestro lado.

—Y entónces ¿de qué le sirve el condestable?—dijo doña María con un acento de marcada ironía.

—Hay asuntos que solo un rey puede despachar.

—Tal vez el irse á adormecer en los brazos de alguna de las cortesanas que le arroja su privado.

—¡Señora!....

—¿No teneis que contestarme? Conoceis que mis palabras son verdaderas, y os callais.

—Lo que veo es que estais muy prevenida contra el condestable.

—¡Prevenida contra el condestable! ¿pues qué, le juzgais vos más favorablemente?

—Veo en él, el delegado de mi rey, y como tal le juzgo.

—Y esas tropelías que á nombre de un rey, que en nada ni para nada se toma su parecer se hacen, esas justicias que se ejecutan, esas vejaciones de los pueblos, todo eso ¿cómo lo juzgais?

—Como una cosa necesaria, para obligar á una nobleza turbulenta y orgullosa, á que reconozca el poder de un legítimo señor.

—¿Luego vos le admirais?—dijo la reina con un acento en que se notaba el despecho que sentia.

—Sí, señora; le admiro, porque únicamente él pudiera hacer lo que ha hecho; porque él únicamente pudiera sostener la lucha tantos años con los dos poderes más formidables del reino, la Iglesia y la nobleza; porque únicamente él pudiera, sin perjuicio de las contiendas civiles que tienen dividido el reino, haber ajustado las paces con Portugal, rechazado los moros de sus fronteras, y sostenido la guerra con el rey de Navarra. Creedlo, señora, para los tiempos que atravesamos hace falta un hombre de hierro que haga respetar las leyes y la corona.

—¡Unas leyes dadas por él, y una corona que casi es suya tambien! Por Dios, señor conde, que os ha hechizado ese hombre, como dicen que ha hechizado al rey.

—Me han hechizado sus hazañas. Don Álvaro podrá ser ambicioso, pero eso no quita para que sea un buen caballero.

—¿Y sin duda por efecto de esa admiracion que le profesais, habeis puesto á su disposicion vuestras mesnadas?

—Mis gentes y yo, hemos venido exprofeso á servir al rey, y el condestable es la personificacion de su señoría don Juan II; todo lo que sea en su servicio lo haré, y el dia en que no quisiera prestarles mi apoyo, me volveria á Francia; pero asociarme á esos bandos de rebeldes, nunca lo haré.

***

Miróle profundamente doña María, y mordiéndose los la-

bios con furor, dejó caer la cabeza entre sus manos, permaneciendo largo rato en esta postura; Rodrigo la contemplaba sin atreverse á romper el silencio que reinaba en la cámara: el dia declinaba visiblemente y los débiles rayos de luz que penetraban por las ventanas bastaban apenas á iluminarla, revistiendo de sombras las paredes del aposento, de cuyo fondo oscuro se destacaba la bella figura de doña María de Aragon. Por fin ésta alzó la cabeza, brillando en sus ojos dos lágrimas, á través de las cuales lanzó á don Rodrigo una mirada intensa, dolorida, una de esas miradas capaces de tornar á un esclavo en señor, y á un caballero en asesino.

*
* *

El conde sostuvo aquella mirada con valentía, pero poco á poco sus pupilas no pudieron sostener la dulce irradiacion de las de la reina, y con voz conmovida la preguntó:

—¿Llorais, señora?

—Sí; lloro porque me veo sola, abandonada completamente en las soledades inmensas del alcázar; lloro, porque no tengo un corazon que se asocie á mis pesares, que me consuele y me dé fuerzas en la lucha que estoy sosteniendo; lloro, porque entre tantos caballeros como hay en Castilla, ninguno presta su apoyo á una pobre reina que se ve sin esposo, porque el condestable se lo arrebata; á una pobre madre que se ve sin hijos, porque ese mismo condestable los aleja de su lado; lloro, en fin, porque me veo escarnecida, humillada por ese hombre que, nacido del polvo, se alza orgulloso y trata sin respeto á una mujer, nieta de reyes, y esposa de su monarca.

—Calmáos, señora, calmáos; deploro la fatalidad que ha hecho que vos y don Álvaro vayais por distinto camino; pero no está en mi mano poderlo remediar. Llorais porque os falta un corazon que se asocie á vuestros pesares; uno tengo, gran-

de, enérgico, leal, y que me atrevo á ofreceros. ¿Quereis aceptarlo? Tendreis ese amigo que apeteceis, amigo que os consolará, y que siempre permanecerá leal á su rey.

—Acepto vuestra oferta—contestó la reina con efusion, y despues preguntó con encantadora coquetería:

—¿Y seguireis siendo partidario del condestable?

—Señora—dijo Rodrigo con respetuosa entereza; los hombres de mi raza, nunca han faltado á su palabra; he jurado pleito homenaje al rey don Juan II, y si mañana, otro que el condestable se me presentase investido con los poderes de Su Señoría, le obedeceria, porque él no me representaria, tal ó cual nombre, sino al rey.

*
* *

No pudo contenerse la reina; hizo un ligero movimiento de despecho, ocasionado por las últimas palabras del conde, pero reponiéndose en seguida, dijo:

—Dejemos ya esa conversacion; vos me habeis ofrecido vuestra amistad y yo la he aceptado; más habeis hecho vos, que hace seis dias que me conoceis, que mis castellanos que hace años me tienen á su lado; ¡no podeis figuraros cuánto bien me habeis hecho!—prosiguió la reina, queriendo ocultar bajo aquellas palabras de afecto, el profundo disgusto que la causaba la lealtad fanática del conde—me parece que ya no estoy tan sola en el mundo. ¡Oh! la amistad es el consuelo de las almas doloridas, y creo que voy á rogar á Dios esta noche con más fervor, puesto que he encontrado el amigo que tanto anhelaba.

—Vos me recordais una cosa que habia olvidado, la hora de vuestras oraciones.

—Sí, el bálsamo de los que sufren, es la oracion; ahora en vez de uno, tendré dos consuelos. Id con Dios, señor conde, y no dejeis de venir mañana.

—Es demasiada honra para mí, para que la olvide. ¡El cielo guarde á vuestra alteza!

Y besando la mano que la reina le tendia, se dirigió á la puerta, se inclinó profundamente, y desapareció trás el tapiz que la cubria.

*
* *

De esta escena que, como hemos dicho en otro lugar, se habia verificado dos dias antes que el conde de Fuentidueña hubiese celebrado la entrevista con el condestable, entrevista con lo cual hemos principiado esta historia, tuvo don Álvaro noticias al participarle su amigo que el conde de Rivadeo habia contestado clara y categóricamente que él no defendia más que al monarca; y que, puesto que don Alvaro era quien le representaba, estaba á su lado para defenderle.

—Pero—añadió el de Fuentidueña—el conde de Rivadeo opina del mismo modo que yo, Álvaro. Es necesario matar si no quieres ser muerto. Hubo un tiempo en que la nobleza castellana se rompia antes que doblegarse, mientras que hoy se doblega cuando se cree más débil; obtiene favores y alcanza mercedes á fuerza de humillaciones: todas las olvida mañana cuando se cree fuerte para imponerse. Por lo tanto, antes que se doblegue, rómpela.

—Déjame, Gutierrez, no hablemos de eso. Más que sostenerme á fuerza de sangre, quisiera hacerlo por medio de dádivas; prefiero ganarme voluntades á encender odios.

—Y ya ves cómo te pagan.

—Plegue al cielo que reconozcan su error, antes que me obliguen á cerrar con ellos en campo abierto, que yo dispuesto me hallo á transigir.

El conde de Fuentidueña le contempló durante algunos segundos con tristeza, diciéndole por fin:

—¡Plegue al cielo que no tengas que arrepentirte algun dia de no haber seguido mi consejo y el del conde de Rivadeo!

. . . . . .

. . . . . .

*
* *

Son las cuatro de la tarde de uno de los últimos dias del mes de mayo. En el palacio del condestable habia vuelto á reinar, sino real, al ménos aparentemente la antigua alegría.

El rey de Navarra, el infante don Enrique, y todos los nobles rebeldes, habian ajustado paces con el rey de Castilla, y la causa de don Álvaro iba muy despacio; pues don Juan II, siempre bajo la influencia de su favorito, no le daba grande impulso.

En el fondo de su rica y extensa cámara, sentada en un blasonado sillon doña Juana de Pimentel, esposa del condestable, se encontraba asaz preocupada.

De pié junto á ella, Diego de Villanueva, luciendo su airosa figura, mal encubierta bajo los pliegues de su blanco alquicel, fijaba una mirada intensa en doña Juana.

Al presentar á nuestros lectores este nuevo personaje, no podemos ménos de darles algunos antecedentes.

*
* *

El señor Diego de Villanueva era un alférez de la guardia morisca que tenia á su servicio el rey don Juan II.

Habia llegado á la córte con más ambicion que dinero, y con algunas recomendaciones, merced á las cuales consiguió llegar al puesto que ocupaba.

Hervia la córte en intrigas; los bandos y las rebeldías ofrecian á los audaces ancho campo para medrar, y Diego de Villanueva no rehuyó la ocasion que se le presentaba.

Trájose consigo á su hermana llamada doña Sol, tan audaz y tan ambiciosa como él, y una y otro jóvenes, hermosos y calculistas, pusiéronse al lado de los que conspiraban contra don Álvaro de Luna, y no fué por cierto su ayuda de las ménos importantes para aquellos.

Diego de Villanueva encontró que doña Juana de Pimentel, esposa de don Álvaro, era una dama sobradamente bella, y que no debia amar en demasía á un esposo que tantas infidelidades le habia hecho, y sin reparar en las mercedes que de aquél habia recibido, principió á sitiar la fortaleza de su honor.

Al mismo tiempo doña Sol, conocedora tambien de las galantes costumbres del condestable, y de la disolucion de la córte en que vivia, trató de enredarle en sus redes, y desde los primeros momentos pudo abrigar la seguridad de que su espléndida hermosura habia producido un gran efecto en don Álvaro.

Los rebeldes no podian comprender el objeto de las maniobras de los dos hermanos, pero como que les daban resultado, y por el uno y por la otra sabian cuanto les convenia, dábanse por muy contentos con la adquisicion que habian hecho.

Hubo alguno, como el conde de Fuentidueña, que desconfió de los dos hermanos: se lo dijo así á su amigo; pero éste no quiso hacer caso alguno del aviso conforme habia hecho ya con otras cosas.

*
* *

Doña Juana de Pimentel, hija de los condes de Benavente, era, siete años antes, una bellísima jóven, de mirada dulce y tranquila, mejillas sonrosadas, labios de coral siempre sonrientes, talle voluptuoso y pié y mano de niña. Sin haber sentido el amor, su padre con algunos puntos de ambicion, vió

en don Álvaro una potencia que se elevaba, pensó que aquel hombre llegaria á ser el primero en la córte; que él, como casi toda la nobleza, estaba siempre en lucha con la corona, y que le seria muy conveniente estar emparentado con el hombre que le pudiera hostilizar, y como las mujeres en aquella época solo servian, ó para monjas ó para sellar pactos y afirmar alianzas, la presentó al paso del favorito, que ansioso de grandeza y de añadir otro blason al suyo, aunque tuviese la barra de bastardía, toda vez que este bastardo era hijo de don Enrique II de Castilla, la vió, le pareció bien, la pidió á su padre, y celebróse el desposorio con la pompa que á tan elevados personajes correspondia.

Conseguido el objeto, doña Juana quedó arrinconada en su cámara como un mueble inútil, y del que ya se ha sacado todo el partido que se queria.

*
* *

Casada sin amor, iniciada en ciertos misterios de la vida, y abandonada más tarde, las pasiones que yacian dormidas en el corazon de la esposa del condestable se despertaron con doble fuerza, y en la inmensa soledad de sus aposentos vertió bastantes lágrimas y exhaló algunos suspiros.

De ese modo pasó algunos años, al cabo de los cuales se le ocurrió mirarse á una ancha luna de acero bruñido que tenia en su tocador, y se encontró bastante hermosa para poder alcanzar algun consuelo.

Presentóse en los saraos y en las fiestas, pero el carácter severo y enérgico del condestable, alejaba de su esposa las adoraciones, y solo se le tributaban esas galanterías que los caballeros de todos tiempos han tributado á las señoras.

Doña Juana se desesperaba, y su deseo acrecia más y más.

En esta época se presentaron en la córte doña Sol y don Diego de Villanueva.

Al ver á ella, se enfureció de celos.

Viéndole á él, suspiró de impaciencia.

Pasaron dias, y el alférez se entregaba á otros amores que la hacian temblar de cólera.

Y ella guardaba para él sus más seductoras sonrisas.

Sus miradas más lánguidas, más incitantes.

Su acento más suave, más acariciador.

Y sin embargo, Diego nada le decia, aun cuando todo lo observaba.

Y ella le maldecia, y despues le amaba más.

Por fin, llegó un dia en que la miró con más atencion, y ella devoró aquella mirada.

Se llegó á hablarla, y el amor se mezcló en su conversacion, y aspiró con delicia aquel lenguaje que no habia oido jamás.

Y su corazon se dilató, se vivificó, por decirlo así, y en pocos dias, bajo el influjo de aquella pasion, se trasformó; su hermosura se desarrolló, y al cabo de siete años de casada, en la época que la presentamos, era de las primeras damas de la córte, en cuanto á belleza.

***

El condestable, entregado á sus sueños de ambicion, siempre con conspiraciones que ahogar, con enemigos que descubrir, y con si es, no es, amado de doña Sol de Villanueva, ni pudo atender á la revolucion que se operó en su esposa, ni pudo sospechar la causa de ella.

***

Nuestros lectores nos dispensarán estas digresiones, necesarias para conocer bien los tipos que presentamos, y nos

seguirán dispensando su benevolencia hasta el final, en casos análogos al presente.

Despues de un momento de reflexion, doña Juana alzó sus bellos ojos hasta el jóven, y con un acento un tanto dolorido, le dijo:

—¡Vos no me amais, Diego!

—¿Por qué, señora?

—Porque si me amarais no me diríais lo que acabais de decirme.

—¿Que no os amo yo? Preguntadlo al aire que recoge en su vuelo los suspiros que lejos de vos exhalo, preguntadles á las paredes de mi estancia, á todos los sitios donde voy, mudos confidentes de mis amores, si os amo: interrogue vuestro corazon al mio, y verá si en él hay ó no amor, adoracion sin límites, suprema, infinita hácia vos, señora. ¿Qué os he dicho yo, para que digais que no os amo? Decídmelo, porque yo no lo recuerdo.

—Me habeis pedido mi honra, y si me amais como decís, comprendereis que por lo mismo que yo os adoro, no debo acceder á vuestra peticion.

—Siento haberme equivocado, señora—contestó el alférez con un acento en que se advertia un profundo dolor.

—¿Por qué?—preguntó sorprendida y anhelante doña Juana Pimentel.

—Porque creia que habia encontrado el corazon que buscaba, porque yo, cansado de ver villanas que se me rendian, porque las honraba demasiado el que un caballero las dijera amores; damas que me tendian los brazos, y con las manos recogian las joyas que las regalaba, ó me dejaban á mí por otro amante; cansado, en fin, de ver el vicio en toda su hediondez, y la degradacion en su mayor grado, deseaba encontrar una mujer honrada de quien el vulgo nada tuviera que decir, una mujer de la cual por hallarse á una altura superior á la mia, no pudiese yo nunca creer que me amase por el in-

terés; una dama como vos, que aunque casada, tuviera el corazon vírgen de amores, y me entregase su tesoro, que yo guardaria en lo profundo de mi alma; una mujer que, teniendo algo que sacrificar, no vacilase en hacerlo, cayendo en mis brazos ruborosa y palpitante, entregándome su honra, como lo habia hecho con su corazon; una mujer, en fin, que fuese mia, exclusivamente mia, pues aunque llevase el nombre de otro, á aquel se entregaria por deber, á mí por el corazon, por el amor, es decir, por los únicos lazos poderosos que hay en la vida. Todo esto, señora, que yo habia soñado, creí encontrarlo en vos, y vos misma me habeis hecho conocer que me he engañado.

Era tan triste el acento del alférez al pronunciar las últimas palabras, que doña Juana, con voz sofocada por los sollozos, fijando en el jóven una mirada larga, dolorida, intensa, levantándose hasta poner sus labios tan cerca de su rostro, que casi su aliento le rozaba la mejilla, murmuró:

—Pero ¿y mi deber?

—¡Vuestro deber! ¿Vuestro deber decís, señora? Un deber que se os ha impuesto y que vuestra alma rechaza, un deber que no lo es; porque si el condestable se casó con vos, fué por su ambicion, por añadir un timbre más á su blason, y si vuestro padre asintió á ese casamiento, fué porque adivinaba el futuro poder de vuestro esposo, es decir, que ambos especularon con vos....

*
* *

Los ojos de la esposa del condestable se llenaron de lágrimas, que resbalando por sus mejillas, esparcian por su semblante una belleza triste, que le daba doble atractivo.

Las duras palabras de Diego, al levantar aquel velo que ella misma se habia atrevido á descorrer, aunque comprendia todo el cieno que á través de él habia, la afectaban doblemente;

pensaba en la inmensa dicha que hubiera podido poseer, si cuando soltera hubiera conocido á Diego, felicidad que ya habia muerto, pues no podia amarlo abiertamente; la sociedad que sacrifica una mujer, ligándola con vínculos que no comprende, hasta el momento en que su alma despierta de su letargo, y que le pide cuentas estrechísimas, si por un acaso busca la dicha que ella misma se ha arrebatado, se interponia cual un espectro aterrador entre ella y Diego.

El alférez contemplaba la lucha que estaba sosteniendo doña Juana, y temblaba por su resultado. La rendicion de la esposa del condestable, no significaba solo para él el triunfo de una mujer jóven y hermosa: significaba la venganza de doña Sol, y el premio que de ella conseguiria.

*
* *

Por fin, la dama con voz un tanto conmovida, le dijo:

—Me habeis herido, Diego; me habeis mostrado la verdad desnuda, y no sabeis cuánto daño me habeis hecho.

—Sensible me ha sido, señora, porque un dolor vuestro lo siento yo mil veces más, pero era necesario; era preciso que vos conociérais la infamia del tráfico que con vos se habia hecho, para que aceptárais con doble entusiasmo mi cariño, para que llegue un dia, en que completamente desengañada de esos falsos deberes que la sociedad os ha impuesto, os arrojeis delirante en mis brazos, os entregueis por entero á mí, que os juro guardar en lo profundo de mi alma, el depósito sagrado de vuestra honra. ¿Hay alguien en el mundo que os ame más que yo, señora? Decídmelo; ¿ha habido alguna persona que compadecida de vuestros dolores se haya atrevido á arrostrar la cólera de vuestro esposo para consolaros? ¿Hay alguien que viva como yo con vuestra mirada, sonria con vuestra sonrisa y llore con vuestras lágrimas? Decídmelo, señora, y

si existe la juzgaré más digna de vuestro amor, más digna de que la entregueis ese tesoro de ternura que tanto ansío, y cuya posesion colmaria mi orgullo.

Era tan dulce, tan acariciador el acento del alférez al pronunciar estas palabras, era tan brillante, tan magnética la irradiacion de sus negros ojos, que doña Juana se sentia fascinada, arrastrada hácia él por el iman irresistible de aquel amor tan tierno, tan grande, que nadie le habia dicho todavía; sin embargo, haciendo un postrer esfuerzo, exclamó:

—¡Diego, Diego; yo os adoro y siento á pesar mio una fuerza extraña que me impele hácia vos! Si me amais, ¿por qué me exigís una cosa de la que vos mismo os avergonzaríais despues? Si lo que yo os he inspirado ha sido amor, ha sido esa pasion purísima que tiene en sí misma goces infinitos, sin tener que recurrir á ese placer natural que tan pronto concluye, dejando en pos de sí la vergüenza y el hastío, ¿por qué me pedís ese materialismo que alejaria de nosotros la castidad de nuestro amor? Decidme que mi hermosura tan solo os ha inspirado deseo, y aunque esa confesion me desgarre el alma, al ménos me habreis hablado con franqueza y os lo agradeceré.

*
* *

Doña Juana se encontraba en uno de esos momentos supremos que hay en la vida, é impulsada por su amor, fascinada por el acento apasionado de su amante, sentia decaer su firmeza. Aquellas teorías que el alférez sentaba sobre sus deberes, aquella contraposicion entre su esposo, interesado por su grandeza y su poder, y Diego que solo la amaba por su corazon, no aspirando á más recompensa que su amor, acababa de cegar su entendimiento; sus sienes ardian, y solo seguia defendiéndose por un resto de pudor, que el menor esfuerzo de su amante haria desaparecer.

Éste lo comprendió así, y se decidió por apurar definitivamente la situacion, diciéndola:

—Habeis dicho, señora, que el verdadero amor se contenta solo con las dulces palabras que brotan de los labios de dos amantes, y eso no puede ser cierto, señora; ¿cómo es posible que el amor, más impetuoso cuanto más grande, se contente con tan efímera recompensa? Decid que mi amor os cansa, decid que nunca me habeis amado, y nos evitamos, vos el que os moleste con mi presencia, y yo el deciros amores que os han de impacientar.

Y diciendo esto se dirigió hácia la puerta de la cámara con el semblante un tanto contraido por el amor y la desesperacion.

*
* *

Al verlo así doña Juana, incapaz de contenerse más, se levantó de su asiento, y dirigiéndose á él, echándole los brazos al cuello, exclamó con voz trémula y agitada:

—¡Oh! ¡Diego! ¡Diego! ¡Tuya soy, pero no te vayas!

Y ruborosa, palpitante, cayó en los brazos del alférez que asaz interesado en su triunfo, depositó su carga en el mismo sitial donde estaba antes. Se arrodilló junto á ella, y estampó un beso ardiente, apasionado, en una mano que no podia, ni pensaba en retirarse.

Y al contacto de aquellos labios se estremeció doña Juana, y lanzó una mirada voluptuosa y apasionada á su amante, que éste pagó con otra no ménos abrasadora: y el seno de la esposa del condestable palpitaba con mayor agitacion.

Y el fuego que los abrasaba, encendia sus mejillas y secaba sus labios.

De pronto sus brazos se entrelazaron.

Sus rostros se aproximaron tanto, que sus alientos se confundian.

Sus miradas se absorbieron una en otra, y por un movimiento febril sus labios se chocaron, y un beso ahogado, ardiente, arrebatador, resonó en el aposento.

Á este pequeño ruido se siguió otro, y apareció en la puerta de la cámara, la sombría figura del condestable que severo, y fijando una mirada letal y amenazadora sobre los amantes, avanzó hasta la mitad del aposento.

El momento era supremo.

Doña Juana quedó inmóvil, palideciendo intensamente.

Cerró los ojos para no ver el golpe que le habia de herir.

Diego más sagaz, más astuto, más dueño de sí, no perdió la serenidad en aquellos momentos.

Sin moverse de la postura en que estaba, y sin aparentar que habia visto al ultrajado esposo, prosiguió cual si continuara la conversacion empezada:

—Ruégoos, señora, que me perdoneis el atrevimiento de esta peticion, pero si vos no alcanzais de vuestro noble esposo la gracia que os demando, ¿á quién se la podré pedir?

Estas palabras detuvieron al condestable, cuya fisonomía se esclareció algun tanto.

—¿Qué era lo que pedíais á mi noble esposa, caballero?—preguntóle.

Diego afectó perfectamente una sorpresa que ya habia pasado, y alzándose rápidamente del suelo, dijo:

—¡Perdonad, señor!

—Os he preguntado qué gracia era la que pedíais á mi esposa.

—Le demandaba gracia para uno de los soldados de la guardia morisca que se halla en grave riesgo de morir por consecuencias de una falta que ha cometido.

—¿Y os interesais por él, vos que sois su jefe?

—Sí, señor.

—Está bien. Idos en paz, don Diego: la gracia que demandasteis á mi esposa, yo os la otorgo en su nombre y por los

méritos de doña Juana mi esposa, á quien podeis dar las gracias.

—Tanta bondad.....

—La mereceis. Id, caballero; id en paz.

Diego se inclinó respetuosamente y salió del aposento de doña Juana, satisfecho de haber librado el terrible compromiso en que se hallaba.

La esposa del condestable, á pesar de haber visto que se desvanecia la nube que se formara, no pudo recobrar su tranquilidad tan pronto.

Don Álvaro, sorprendido al principio por la actitud del alférez, creyó finalmente en lo natural de su explicacion, y si alguna sospecha concibió desvaneciósele al punto.

Preocupábanle asuntos de mayor importancia, y realmente lo que acababa de presenciar era insignificante en comparacion de las rebeldías que se veia obligado á reprimir.

Sin embargo, tan buena maña supo darse, y tan á partido se dieron los rebeldes vencidos por las mercedes que les hizo, que consiguió dominar por completo la situacion.

*
* *

Los dias han trascurrido, y con ellos la esperanza de derribar al condestable.

Durante este período en que la espada habia cedido el puesto á la diplomacia, si este nombre podemos dar á las intrigas palaciegas á que se recurrió para abatir el orgullo del privado, los pobres pueblos habian respirado un poco más libremente, y el pechero, vasallo de algun gran señor, abandonaba el hierro de la lanza por el arado, para fertilizar sus esquilmados campos.

Sin embargo, como la ambicion no puede nunca dominarse del todo, comprendieron los caudillos más revoltosos que

el mejor medio para atacar á su enemigo con alguna ventaja, no era el de la córte, sino el del campo.

Allí donde desplegando sus banderas, reuniendo sus mesnadas, y saqueando á sus pueblos con enormes pechos y alcabalas, al par que ellos se hacian aborrecibles, hacian que lo fuera tambien aquel que tenia la culpa de todo.

Comprendido esto, y creyendo que el condestable no podria enviar con la rapidez necesaria las tropas que hacian falta para contener la insurreccion, los condes de Castro y Benavente, el infante don Enrique, el almirante y otros señores levantaron sus huestes, y estableciendo sus reales en Medina, enviaron á la córte un farsante para que en su nombre negase al rey el pleito homenaje que le habian hecho, si no separaba de su lado al favorito.

Sorprendido quedó el monarca con semejante noticia, y más furioso se puso el condestable por la escasez de tropas que tenia.

Este levantamiento que corrió de boca en boca por toda la ciudad, llegó á oidos del conde de Rivadeo que ansiando una ocasion en que poder servir á su rey, exponiendo su vida, corrió al alcázar, en ocasion en que el rey estaba en consejo con sus cortesanos, consejo en el cual tambien se encontraba don Álvaro.

Prévia la oportuna vénia, penetró Rodrigo en la régia estancia, y un momento despues le preguntó el rey:

—¿Qué os parece, conde, del mensaje que se han atrevido á mandarnos el infante don Enrique y mis buenos vasallos los condes de Castro y Benavente?

—Que mensajes de esa especie no tienen más que una contestacion—respondió el de Rivadeo con su habitual franqueza.

—¿Y cuál es?

—Que aderecen vuestros nobles y leales vasallos sus mesnadas, y ellos sean los que les lleven la respuesta en los hierros de sus lanzas y en las pelotas de sus bombardas.

—Ya lo habeis oido, señores—dijo el monarca volviéndose hácia los demás caballeros—el parecer del conde está en completa armonía con el mio; reunid vuestros soldados, y dando al aire nuestros pendones, vamos á castigar la audacia de esos rebeldes.

—No se trata ahora de eso, señor—contestó el condestable—cada uno de nosotros sabe lo que debe de hacer en este caso; la cuestion ahora es que el remedio urge, y mis lanzas están en mi castillo de Piedrahita, mis arcabuceros en Escalona y mis gentes en Rioseco; que necesito tres ó cuatro dias para reunirlos, lo mismo que les sucede á todos estos señores, cuyas huestes están diseminadas en sus diversas villas y lugares; la cuestion ahora no es de consejos, es de socorros.

*
* *

Inclinó el rey la cabeza, y el fugitivo relámpago de majestad y valentía que habia brillado en su fisonomía, desapareció bajo el peso de las palabras del privado, volviendo á su indiferencia habitual, de la que no fué suficiente á distraerlo el murmullo de asentimiento con que los caballeros acogieron las últimas palabras del condestable.

Rodrigo no se desalentó por estos murmullos, antes al contrario, irguiendo la cabeza con noble altivez, y dirigiéndose á todos en general, contestó:

—Cuando yo doy un consejo, es porque si veo que nadie lo toma me encuentro dispuesto á ejecutarlo. Creo, señor, que recordará vuestra alteza, que el dia que entré en Valladolid os ofrecí mi sangre y mi mesnada, y una y otra están dispuestas, esperando solamente vuestro permiso para ir á derramarla, luchando con vuestros enemigos.

Esta conclusion sorprendió á todos los cortesanos, que hacia tiempo estaban esperando ver á qué bando se inclinaria aquel poderoso auxiliar, y doblemente á don Álvaro, que con-

taba con un apoyo inmenso; pues los soldados de Rodrigo, toda gente aguerrida y aleccionada en una escuela más adelantada que la castellana, eran doblemente terribles en un campo de batalla.

Volvió don Juan II la cabeza hácia su privado, consultándole con su tímida mirada lo que habia de contestar, y aquél, que temia que se le escapase su inesperado socorro, dijo dirigiéndose al rey:

—¿Habeis oido, señor, la oferta que nos hace el conde de Rivadeo?.... Ofertas como esa, solo á un rey toca admitirlas y premiarlas; pues cuando los caballeros leales faltan, el que se halla dispuesto á sacrificar su vida por la legítima causa, solo en el poder de un monarca está el demostrarle su agradecimiento.

Volvió el rey la cabeza hácia el conde, y alentado por las palabras de su favorito, le dijo:

—Mi parecer está conforme con el del condestable, y acepto vuestro socorro con efusion. No sé lo que podreis desear, pero si en pago del servicio que me haceis, deseais algo que esté en el poder de un rey concedéroslo, hablad y sereis satisfecho.

—Señor—contestó Rodrigo—el aceptar cualquiera merced de vuestra mano, seria venderos mi sangre y la de mis soldados; dejad que pierda mi vida en vuestra defensa, y estoy suficientemente recompensado.

*
* *

Un murmullo de admiracion que se oyó entre todos los cortesanos, fué el elogio mayor que se pudo hacer de la accion del conde.

Efectivamente, habia motivos para ello; porque en aquella época en que un noble ponia precio á su lealtad, causaba extrañeza que un caballero espontáneamente ofreciese á un rey

su formidable apoyo, pidiendo por toda recompensa la honra de verter su sangre por la causa real.

Don Juan II fué el que más se admiró del proceder del conde.

En su calidad de poeta, cuya alma habian fecundizado las dulces trovas de Juan de Mena y del docto marqués de Santillana, tenia el gusto exquisito de lo bello y de lo grande, y el conde de Rivadeo, bajo su doble aureola de valentía y desinterés, le admiraba tanto como los héroes de Homero, y puesto en parangon con el hijo de Príamo y con el amigo de Patroclo, dudaba si existia más valor y más nobleza en Hector y en Aquiles, que en Rodrigo de Villandrando.

*
* *

Otra persona todavía admiraba más al conde, si bien su admiracion nacia de su mismo egoismo; esta persona era el condestable, para el cual, el socorro de Rodrigo representaba el poder, su existencia de mando y su reinado absoluto.

Para él no habia héroes griegos ni troyanos; solo habia un hombre que ponia á su disposicion tres mil combatientes, y en aquella época en que no tanto se contaba por el número cuanto por el valor, puestas aquellas tropas frente á las insurrectas, aunque inferiores en gentes, ganarian la victoria que le aseguraba su posicion.

Considerado bajo ese punto de vista, el más admirado, el más contento, y el más agradecido de todos era el favorito, y mientras el rey lo comparaba á los héroes ensabiados por el parnaso griego, le contestó don Alvaro:

—Permitidme, caballero, que en nombre de Su Alteza y en el de todos los señores que componen su consejo, os dé las gracias por el servicio que acabais de prestarnos, gracias y expresiones que son infinitamente frias, para lo que sienten nuestros corazones.

—Señor condestable—interrumpió Rodrigo — hacedme el obsequio de cesar en vuestros elogios, que no merezco, pues no he hecho más que lo que debia, y como vos dijísteis antes muy bien, el tiempo vuela y desearia suplicáseis á Su Alteza me conceda su vénia para marchar inmediatamente contra los rebeldes.

—Ya lo oís, señor—dijo el favorito dirigiéndose al monarca —el conde de Rivadeo espera que le concedais la honra de besar vuestra mano para partir con sus lanzas hácia Medina.

—No mi mano, sino mis brazos, concederé yo al leal vasallo que va á derramar su sangre en mi defensa— contestó el buen rey.

Y uniendo la accion á la palabra, se levantó del blasonado sillon, y tendiendo los brazos al conde, que se habia adelantado algunos pasos para besarle la mano, le estrechó en ellos con la misma efusion y el mismo cariño que si hubiera sido su hijo.

*
* *

Dado el ejemplo por el rey, fué seguido inmediatamente por el condestable y demás señores, que á porfía le prodigaban los plácemes y enhorabuenas, á los que el conde puso término, diciendo:

—Ea, señores, puesto que el monarca se ha servido admitir mi oferta, dejemos para cuando vuelva vencedor todas esas expresiones, y haced en cambio votos para que triunfe de los enemigos de mi rey.

Y volviéndose hácia el monarca, le dijo:

—Dentro de una hora salgo de Valladolid, y dentro de dos dias sentaré mis reales frente al enemigo, y con la ayuda de Dios, antes de seis sabreis mi victoria.

Y despues de haber besado la mano que el rey le tendia nuevamente, abandonó la estancia.

*
* *

Los rebeldes fueron vencidos de nuevo en el campo de batalla, pero tornaron las luchas de córte, digámoslo así, y don Alvaro de Luna apenas se daba tregua en deshacer pactos y en destruir alianzas, que solo contra él se formaban.

Es verdad que la batalla de Olmedo fué un golpe terrible para los rebeldes; mas sin abatirse por ello, volvieron á empezar sus conspiraciones y á dar que hacer á los amigos de don Alvaro.

El conde de Fuentidueña, su verdadero y leal amigo, decíale:

—Mata, Alvaro, mata; ya te he dicho que la nobleza castellana se doblega únicamente, y es necesario romperla: dale al verdugo trabajo, y así podrás sostenerte.

—Repúgname, como te he dicho, emplear semejantes medios; puesto que lo que quieren son villas y señoríos, démoselas en buen hora.

—Sí, como se le arroja al perro el hueso que ha de roer; pero llegará un dia en que no tendrás huesos que arrojarles, y entonces tú serás la presa que se disputarán.

Las palabras del conde no pudieron ménos de hacer alguna impresion en él ánimo de su amigo.

Sin embargo, como el condestable sentia más bien desprecio que temor hácia aquella nobleza viciosa y turbulenta, prefirió continuar empleando el sistema de la corrupcion, que hasta entonces, segun hemos visto, le habia dado algunos resultados.

*
* *

Conociendo hacia ya mucho tiempo el condestable, que su más poderoso enemigo era el rey de Navarra, habia procura-

do amenguar su odio ligándole, por medio de su astuta política, con el trono de Castilla.

Para realizar este plan, era necesario un casamiento entre el príncipe don Enrique, hijo de don Juan II, y la princesa doña Blanca, hija del monarca navarro.

Aceptada la propuesta por ambas partes, no pudo consumarse el matrimonio por la corta edad de los contrayentes, pero quedaron ya irrevocablemente prometidos, aunque el navarro nunca dejó de atacar el poder del favorito.

Pasaron los años hasta que llegó el de mil cuatrocientos cuarenta, del cual vamos hablando, y habiéndose hecho más encarnizada, más tenaz la lucha que el privado estaba sosteniendo contra los parciales del rey y del infante, pensó que ya era llegada la hora de reunir á los reales prometidos, para cuyo efecto una comision, compuesta de lo más escogido del reino, fué á recibir á la desgraciada princesa que más tarde, despúes de ser repudiada por su impotente esposo, habia de morir bajo el peso de la ambicion de su hermana, perdiendo las dos coronas á que su nacimiento y su enlace con el príncipe don Enrique le daban derecho.

En Logroño entregó el príncipe don Cárlos de Viana á los caballeros castellanos, su encantadora hermana, separacion que no pudieron hacer sin derramar lágrimas, como si hubieran tenido el presentimiento de lo que habia de sucederles.

Todo el camino fué una série de festejos para doña Blanca.

Los nobles señores feudales la obsequiaban al pasar por sus castillos, y en todos los pueblos de su jurisdiccion se celebraban grandes fiestas y se hacian los más sinceros votos para que aquella princesa tan buena y tan hermosa, fuera feliz en el suelo de Castilla, cosa que todo el mundo dudaba, atendido lo corrompida que estaba el alma del príncipe don Enrique.

De diversion en diversion, y acariciada siempre, llegó por fin doña Blanca á Rioseco, donde salieron á recibirla sus pa-

dres y la reina doña María de Aragon, juntamente con doña Beatriz la hija del rey de Portugal don Dionís, que se hallaba en Valladolid á la sazon, y del almirante de Castilla, padrinos de los régios cortesanos.

—Vamos, señora, contestadme con franqueza; hace una hora que estoy preguntando, y aun no me habeis querido contestar.

Así decia el condestable á doña Sol de Villanueva, sentado en uno de los blasonados sitiales de la cámara de la hebrea, el mismo dia en que la princesa de Navarra habia llegado á Rioseco.

Vestido con suma elegancia, gallardo todavía á pesar de sus años, del peso enorme de los negocios y de las luchas con tínuas, don Álvaro fijaba su ávida pupila en doña Sol.

Esta, jugando distraidamente con las plumas de su precioso abanico de nácar y oro, no daba muestras de haber escuchado lo que su interlocutor acababa de decir.

Al cabo de un momento alzó su hermosa cabeza, y lanzando al condestable una mirada llena de voluptuosidad, le preguntó:

—¿Qué me decíais, señor condestable?

—Veo, señora, que os soy muy indiferente, cuando tan poca atencion poneis en lo que os digo—contestó aquel con un acento en que se notaba un tanto de amargura y de orgullo herido.

—¿Que me sois indiferente me habeis dicho?—y un fuego extraño brilló en los ojos de la dama—¿que me sois indiferente?.....

Y despues, como temiendo haber dicho demasiado, bajó la vista ruborizada, prosiguiendo:

—Dispensadme, pero.....

—¿Que os dispense, señora?.....que os dispense cuando esa misma distraccion me ha permitido oir.....

—¿El qué?—dijo la dama alzando la cabeza con altivez.

—Nada, señora.

Y siguió un momento de silencio, al cabo del cual volvió á decir el condestable:

—Os preguntaba, si podia contaros como amiga ó como enemiga. En la situacion en que me encuentro, casi enteramente aislado, necesito saber quiénes son de veras mis enemigos.

—¿Y habeis podido dudar de mi amistad, señor condestable? De poco os puede servir, es cierto, pero franca, leal, cuanto puede haber en mi corazon para endulzar vuestros pesares, todo os pertenece. Dicen que la amistad es el bálsamo más dulce que hay para las heridas del alma; que Dios, compadecido de los dolores del hombre, hizo brotar en otros corazones un sentimiento, una fibra, cuya vibracion, exenta de todo egoismo, de todo interés, adormeciera los pesares de aquellos; una especie de crisol, donde al confiarse las penas se purificasen, devolviéndolas al mismo que las sentia, dolientes siempre, pero más dulcificadas, más suaves, trasformadas en una dulce melancolía, sin aquellos raptos de desesperacion que llevan consigo todos los dolores.

***

Era tan tierno, tan acariciador, y al mismo tiempo tan verdadero el acento de doña Sol; estaba tan hermosa bajo aquella aureola de compasion y de ternura en que se envolvia; brillaba en sus ojos un sentimiento tan profundo, tan penetrante, que el condestable se sentia magnetizado por aquella mirada, adormecido por aquel acento, y subyugado, por de-

cirlo así, por el hálito de pureza y de hermosura que exhalaba aquella mujer.

Todavía permaneció algunos momentos escuchando las lejanas armonías de aquella voz que se iba perdiendo gradualmente por los arcos de la habitacion, y cuando su última vibracion se perdió completamente, experimentó una sensacion parecida á la del mendigo que ve tristemente perderse en el occidente el último rayo del sol que calentaba sus entumecidos miembros. Entonces, como quien despierta bruscamente de un sueño dulcísimo, dijo:

—Proseguid, señora; ¡resonaba tan dulcemente vuestra voz en mi alma!.... Teneis razon; la amistad es un don precioso, y creo que disfrutaba ya de sus favores; seguid, seguid; no sé qué magia, no sé qué encanto particular teneis, que no se os puede ver sin sentir, oiros hablar sin amaros, y amaros..... sin llegar á la idolatría.

—Creo, señor condestable, que saltamos ese escalon tan peligroso que hay de la amistad al amor.

—No será mia la culpa, en ese caso.

—¿Pues de quién?

Y una mirada lánguida, intensa, fascinadora, fué á herir de lleno al condestable, mientras que la agitacion del seno de la dama le revelaba los latidos de su corazon.

—¡De vos!—contestó don Alvaro, trémulo aun por la emocion que experimentaba.

—¿De mí?

—Sí, doña Sol; os lo he dicho antes, y ahora os lo repito: estar á vuestro lado sin hablaros de amor; mirar vuestos ojos sin embriagarse en su dulce irradiacion; ver vuestro seno agitarse y no ansiar que esa palpitacion le pertenezca á uno por entero, es imposible, señora; de mí sé deciros, que he entrado cuerdo en vuestra casa y saldré loco de ella.

—Veo que no en vano se dice en la córte, que sois un galanteador consumado.

—Cuando el corazon habla, no hay nada de galantería en su lenguaje.

—¡El corazon!.... ¿Vuestro corazon es el que habla?

—¿Y qué os sorprende, señora?

—Que agostado por la política, por los negocios, saturado por los amores infinitos que habeis sentido, me parece muy extraño que aun sintais agitarse vuestro corazon.

—¡La política!.... ¡Los amores!... Teneis razon; la primera es el gusano que roe nuestro corazon, y los segundos los verdugos de nuestra alma. La política, cuando es noble, grande y poderosa, cuando tiende á un fin de honor y gloria, hace brotar en nuestro pecho sensaciones nuevas, goces infinitos; pero cuando en vez de esto tiene que rebajarse hasta impedir mezquinas ambiciones, salvar asechanzas y lazos tendidos á un hombre porque ocupa un puesto más elevado que los demás; cuando en vez de la gloria de una nacion, solo se ven campos talados por los bandos rebeldes, brazos arrancados á la industria, cadalsos y ejecuciones, y por cualquier parte que se tienda la vista, no se ven más que cadáveres y sangre, y nuevas traiciones y nuevos insultos, entonces nuestro corazon se contrae, se ahoga, y llega hasta á perder su sensibilidad.

Era tan sentido, habia tanta amargura en el acento del condestable, que no pudo ménos de mirarle doña Sol con una expresion de interés y de odio.

Don Álvaro prosiguió:

—Yo era bueno, señora, sentia grandes deseos de gloria, y mi cabeza concebia vastos planes. Desde muy niño habia fijado la vista en mi patria, habia sondeado sus heridas y me encontraba con alientos para curar el mal de raíz. Yo veia un

pueblo que habia sido grande y poderoso, convertido en juguete de las ambiciones mezquinas de los ricos-homes, cada uno de los cuales se creia rey en sus villas y fortalezas. Gobernado por una mano débil, doña Catalina de Lancáster, era un autómata que se movia bajo la direccion del *buen condestable* don Ruy Lope Dávalos, direccion no por cierto la más acertada. Entonces ambicioné, pero mi ambicion fué noble, fué la de libertar á mi patria de aquel yugo de hierro con que cien reyezuelos la oprimian, y durante largos años, me dediqué á cautivar el alma del rey, y lo conseguí; entonces necesité oro para comprar hierro, dí espadas á mis pajes, ennoblecí á mis escuderos, armé mis mesnadas, y deseando sofocar aquella tiranía que pesaba sobre el estado llano, le cargué con nuevos gravámenes; mis pajes, mis escuderos y mis hidalgos, se volvieron contra mí, y engrosaron las filas de los rebeldes; entonces me ví precisado á acumular nuevos tesoros para hacer frente á tantos enemigos, y se me acusó de avaricia; quise poner á cubierto y conservar intacta la dignidad real, y se me llamó traidor; quise reunir en mí los poderes que el rey no sabia manejar, y se me trató como el más vulgar de los favoritos. Entonces me atacaron al descubierto: despues de haberme herido en mis sentimientos, en mi honra y en mis ideas, quisieron herirme en el cuerpo; la sangre corrió; los pobres vasallos, víctimas inocentes de los caprichos y las ambiciones de sus señores, caian muertos en los campos de batalla. La desmoralizacion que yo habia querido cortar, habia vuelto á desarrollarse, y desde entonces, señora, estoy sosteniendo una lucha que ha encanecido mis cabellos, en la que por fin perderé la cabeza, y sin embargo, en medio de estas contiendas yo he hecho que respeten á Castilla, Navarra, Aragon y Portugal; he ajustado las paces con el moro, que si bien ya las ha roto, otra vez tendrá que aceptarlas; he reprimido las rebeliones de los nobles, que aunque siempre brotan de nuevo, esa es una partida que yo juego

con ellos, partida que si me dan tiempo suficiente aun espero ganársela. Pero ¿qué creeis que despues de haber vencido me quedará, señora? Un vacío inmenso en mi pecho, un remordimiento frio, punzante, desgarrador, y en todas partes creeré estar viendo los espectros sangrientos de esas víctimas, que aunque yo no haya tenido la culpa de sus rebeliones, sin embargo, á mí me acusarán de sus muertes. He ahí lo único que me quedará, unido al grito de reprobacion de todo ese pueblo para quien yo soñaba una era de felicidad, y al que le he arrebatado sus hijos, sus hermanos y sus padres: ese remordimiento y esa maldicion será lo único que me restará.

*
* *

Calló concluido de decir esto el condestable, y su cabeza se inclinó pesadamente como bajo el peso de aquel remordimiento y de aquella maldicion.

Doña Sol fijó en él una mirada indescriptible; con su instinto de mujer, admiraba todo lo grande que habia en aquel hombre, pero con su sentimiento de hija, y de hija herida en la honra de su madre y en la vida de su padre, el odio sofocaba su admiracion.

*
* *

Tan pensativa como el condestable quedó algunos momentos, y su pensamiento no tuvo más objeto que buscar un medio para herir más dolorosamente á aquel hombre que tan herido estaba.

Habia observado hacia ya tiempo, la solicitud, el interés con que la miraba el condestable; habia advertido en su acento un tanto más que amistad; el amor se habia mezclado alguna vez en sus conversaciones, y ella comprendió que para

aquel hombre á su edad ya, seria el amor un dolor terrible.

Torturar aquella alma con los dolores de los celos.

Anegarla otras veces con los goces infinitos de la pasion.

Mezclar un tanto de acíbar en la dulzura de su amor.

Enloquecerlo; hacer esclavo suyo á aquel hombre que á su vez habia esclavizado á su rey.

Acabar de desesperar aquel corazon que tan desesperado estaba, fué el pensamiento de la hebrea.

Así concebido, fué prontamente puesto en ejecucion.

Alzó la cabeza, fijó una de sus más enloquecedoras miradas en el privado, y con un acento dulce, compasivo y tierno, le dijo:

—No seais tan desconfiado, señor condestable, que no todos os maldecirán; tal vez habrá alguien que os admire..... yo..... que siento hácia vos..... alguna compasion.

***

Y doña Sol, aparentando confusion, bajó modestamente la vista, encendido de rubor su rostro. Sorprendido por aquella voz, despertado, por decirlo así, el condestable de aquel sueño sombrío, por aquel acento dulcísimo, levantó la cabeza, y su mirada anhelante se encontró con la ardiente de la dama, cuyas reticencias y confusion, le hicieron exclamar cogiéndole una mano, que solo opuso una débil resistencia:

—¿Hablais de vos, señora?

—¿Y por qué no?—dijo al cabo de un instante doña Sol con voz resuelta—esos que la canalla os cita como crímenes, para mí son hechos grandes: ¿teneis acaso la culpa de que los hombres sean bajos y cobardes? Os lo repito, os admiro, como admiro todo lo grande, todo lo altivo, todo lo noble que hay en vos; os admiro tanto como desprecio á esa turba de caballeros y ricos-homes, cuya alma, incapaz de un senti-

miento leal, no es más que una sentina de crímenes y traiciones, y si creeis que mi amistad puede endulzar vuestras penas y mitigar vuestros dolores, tomadla entera, os la ofrezco, grande como vuestro corazon, capaz de sacrificarse por vos, como os habeis sacrificado por vuestra patria.

*
* *

El amor habia sido siempre el lado vulnerable de don Alvaro, y la adulacion es otra pasion que todos los hombres sienten; él, hombre tambien, la conocia, y era imposible que pudiera resistir á un amor que de aquella manera le adulaba; así que contestó:

—Gracias, señora, gracias; vuestra respuesta ha superado cuanto yo podia esperar; he soñado con vuestro amor, he visto con él horizontes de felicidad, pero jamás habia creido que se llegara á realizar mi sueño.

—Creo, señor condestable, que nada os he dicho de amor —dijo doña Sol—y creo que nunca me atreveria á ello.

—¿Por qué?

—Porque llevais fama de no haber amado nunca.

—Quien eso dice no me conoce, señora, ó mejor dicho, no os conoce á vos; si en esas voces creeis, pedidme una prueba que pueda demostraros si os amo ó no.

—Cuidado, caballero, cuidado con lo que ofreceis, porque tal vez cayera en la tentacion—contestó la dama, irradiando de sus ojos un resplandor tan ardiente, tan intenso, tan enamorado, que acabó de trastornar la razon del condestable, que cayó á sus plantas, diciéndole:

—Os amo, señora, os amo; y no me seria doloroso sacrificio alguno con tal que os pudiera probar mi amor: pedidme una prueba, señora, pedídmela, y por costosa, por grande que sea la tendreis.

—Pues bien, sea. Dadme un pergamino con vuestra firma.

Fijó don Alvaro su mirada penetrante en el rostro de la hebrea, así que oyó su extraña demanda, y una duda horrible cruzó por su imaginacion; pero era tan encantadora, tan pura, tan inocente la expresion de su rostro, que desechó toda sospecha, y le dijo:

—Concedido, á pesar de que no deja de parecerme extraordinario lo que me habeis pedido.

—Pues por esa misma razon lo he hecho; si os hubiera pedido una villa ó una fortaleza, solo hubiese sido para vos una mujer vulgar que se vende por un puñado de oro, y que no sirve más que de pasatiempo y de hastío á un hombre como vos; pero si me entregais esa firma, vereis en mí la mujer que necesitais, y yo en vos al hombre que busco. Ahí teneis pergaminos en esa mesa, y plumas tambien; en la mano llevais vuestro sello, con que podeis satisfacer mi capricho; ¿pero vacilais? ¿Me habia engañado acaso?....

—No, señora—contestó el condestable con acento resuelto —voy á concederos lo que pedís.

Y llegándose á la mesa, firmó el pergamino, le puso el sello, y entregándoselo á doña Sol, le dijo:

—¿Y ahora me amareis?....

—Creo que llegaré á hacerlo—contestó la dama.

*
* *

La debilidad del condestable fué realmente terrible en aquellas circunstancias.

Aquella firma en blanco puesta en un momento de embriaguez y de amor, fué un arma poderosa que si por el momento no utilizaron sus enemigos, les sirvió sin embargo más adelante para ponerle en un grave aprieto.

Merced á ella, hiciéronse entregar algunos de los mejores

castillos y fortalezas en que mayor confianza tenia don Álvaro, consiguieron ganar fingiendo con aquel pergamino una órden de prision contra Alonso Perez de Vivero, contador mayor del reino, hechura y amigo íntimo del condestable, y la coalicion que contra él se formó por consecuencia de todos estos resentimientos, de todas estas venganzas, y sobre todo por la vergonzosa debilidad suya, amenazó de un modo gravísimo su seguridad.

Entonces el conde de Fuentidueña volvió á recordar á su amigo las frases que tantas veces le habia repetido.

—Es necesario matar; es preciso herir á tus contrarios en la cabeza, porque sino en ella te herirán.

—¿Pero cómo he de herir á tantos?—dijo entonces el condestable—por doquiera brotan enemigos, y si á destruirlos fuera por ese medio, sobrada tarea tuviera el verdugo.

—Pues que la tenga, Álvaro, que la tenga. Bien te dije que esa doña Sol habia de ser tu ángel malo; desechaste mi consejo entonces, y ya ves las consecuencias.

—Razon tuviste; pero yo te juro que ya que así lo han querido, ya que en esta córte llena de rebeldías y parcialidades, de ambiciones y desafueros, no hay otro remedio que matar para no ser muerto; de tal modo mataré, que ha de quedar memoria de mi venganza.

—Témome mucho, mi pobre Álvaro, que ya sea tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Que los remedios aplicados en tiempo oportuno suelen dar resultado; cuando se aplican tarde irritan doblemente el mal en vez de calmarlo.

—Sobre todo—dijo don Álvaro—la felonía que más enciende mi cólera es la de Alonso Perez de Vivero.

—No es más ni ménos que la misma de los otros.

—No ha de tardar en sentir el peso de mi enojo.

—Cuidado ahora, Álvaro, cuidado ahora con el modo y forma en que has de aplicar el remedio.

*
* *

Razon tenia el conde de Fuentidueña en decir á su amigo que obrase con prudencia en la nueva senda que trataba de emprender.

Precisamente la mayor enemiga que el condestable tenia, era la misma reina doña Isabel de Portugal, á quien él habia traido á ocupar el trono de Castilla despues que hubo muerto doña María de Aragon.

El ascendiente que ejercia sobre su esposo, hizo que á su alrededor se agruparan todos los descontentos, y como que de ella partian todas las intrigas y todos los avisos, la conspiracion habia tomado un aspecto formidable.

Vehemente en sus odios, como lo era en todas sus pasiones, el condestable, mientras que á don Diego de Villanueva hacia que le diesen muerte sus mismos soldados, arrojaba al contador mayor del rey, Alonso Perez, por una ventana de su misma casa á la calle, y desterró á doña Sol, persiguiendo encarnizadamente á los demás conspiradores.

El verdugo tuvo tarea que desempeñar, corrió la sangre, pero como habia dicho muy oportunamente el de Fuentidueña, era ya tarde para emplear aquellos medios que por otra parte no podian hacer más que enconar el daño.

Pocos dias despues, don Alvaro de Zúñiga recibia una cédula del rey don Juan II, concebida en estos términos:

«*Don Alvaro de Zúñiga, mi alguacil mayor, yo vos mando que prendades el cuerpo de don Alvaro de Luna, Maestre de Santiago; é si se defendiere, que lo mateis.*»

En virtud de esta órden tomáronse las disposiciones necesarias, y don Alvaro entregóse á los que iban á prenderle.

Su muerte fué la que lógicamente debia esperarse, dados los odios, enemistades y ambiciones que le rodeaban.

El conde de Fuentidueña, conforme no le habia abandonado en los momentos de su privanza, tampoco le abandonó en los de su desgracia.

A pesar de no querer hacer alusion alguna á lo pasado, en la entrevista que habia tenido, el mismo condestable hubo de decirle:

—Pluguiera al cielo, mi buen Gutierrez, que en tiempo oportuno hubiese escuchado tus consejos. Tratar de satisfacer la ambicion haciendo concesiones es violentarla más; si yo hubiese dado al hacha del verdugo los ambiciosos que me demandaban villas, no habria llegado al extremo en que me hallo.

El conde no supo qué contestar.

Contristábale la desgracia de su amigo, y mucho más le contristaba porque ya se la habia anunciado.

Don Alvaro de Luna habia concitado en su contra tantas enemistades y tantos odios, que únicamente con su muerte podian satisfacerse.

El sangriento desenlace del drama de su vida tuvo lugar poco despues en la plaza del Ochavo de Valladolid, viéndose en el duro trance de ser enterrado de limosna el que tan omnipotente habia sido poco tiempo antes, y cuya voluntad no habia reconocido límite alguno.

CAPÍTULO LXXXII.

Doña Catalina empieza á tener miedo.

Cuando el conde de Fuentidueña terminó su relato, díjole al de Floridablanca que le habia escuchado con religioso silencio:

—Y bien, amigo mio; ¿qué me dices respecto á lo que acabas de oir?

—Que tu relato me ha conmovido, pero no me ha convencido.

—No acabarán, pues, nunca tus disgustos, si contemporizas con tus enemigos.

—No quiero ensañarme en su daño.

—Pues seguramente ellos lo harian contigo.

—Puede ser; pero yo jamás apelaré á medidas extremas que repugnan á mi conciencia, nunca, amigo mio.

—¡Quiera Dios que sin violentar tus sentimientos, puedas

hallar el modo de desembarazarte de los escollos que embarazan tu camino!

—¡Cúmplase la voluntad del que todo lo puede!

—¡Vaya, pues! Harto tiempo he robado ya á tus trabajos; hora es de dejarte libre y de que me llegue á mi perfumería.

—¡Pues qué! ¿Aun conservas tu establecimiento?

—Ya lo creo; aun soy, cuando me conviene serlo, Giacomo Zarini el perfumista.

—¿A qué obedece ese disfraz?

—A muchas cosas.

—Siendo así, nada digo; haga el noble conde de Fuentidueña lo que mejor le acomode.

—Mi tienda es un depósito de secretos, y yo el guardador de todos ellos, y créeme hay más de uno que ha de admirarte el dia que te le confie.

—No lo dudo.

—Algun dia me será dado poder aclararte algunos misterios, y envueltos en ellos hallarás á algunos personajes de los de clase más elevada de la córte.

—Nada tiene de particular.

—Tiene mucho, y tal espero que juzgues en llegando la ocasion.

—Estoy poco acostumbrado á admirarme ya de nada.

—Allá veremos.

—Convenido.

Despidiéronse cordialmente ambos amigos; el conde de Fuentidueña se retiró, y el de Floridablanca entregóse de nuevo á sus profundas y graves meditaciones.

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

En el gabinete de doña Catalina, el cual ya conoce el lector, tenia lugar una escena de distinta índole que la que acabamos de referir, y precisamente en los mismos momentos,

entre la hermosa viuda y el cada dia más enamorado secretario Gil Perez.

La dama, lánguidamente reclinada en un magnífico divan, escuchaba desdeñosamente á su interlocutor.

—Paréceme que ya no me es posible hacer más por complacerte.

—¿Acaso—repuso la dama—me he quejado?

—Eso pudieras hacer, cuando por tí me he convertido en poco ménos que en un bandido.

—Lo que mucho vale.....

—Mucho cuesta, es cierto; pero á mí me ha costado mucho el no conseguir nada hasta ahora.

—¡Oh, Dios mio!—dijo la dama haciendo un gesto de impaciencia—siempre lo mismo, eres incansable.

—Voy creyendo que he sido harto necio.

—¡Cómo! ¿Por qué?

—¿Por qué?.... por haber sido harto dócil hasta el presente. Por tí lo he hecho todo, absolutamente todo, hasta bajezas.

—¿Bajezas?

—Varias.

—Te has vuelto muy delicado.

—¿Díme si no es una bajeza el modo como he procedido con el conde de Santillan?

—No acierto á verla.

—¿Es una accion digna, el hacer que prendieran á ese caballero, haciéndole pasar plaza de conspirador, en vez de acudir al sitio que con él habia convenido, á fin de cruzar nuestras espadas? Tú supiste, no sé cómo, que debia batirme con el de Santillan, y á ruegos tuyos desistí del lance y procuré, segun me lo ordenaste, que se le redujera á prision.

—Todo eso lo hice, ó mejor dicho, te lo aconsejé por tu bien.

—¿Por mi bien?

—No quise que expusieras tu vida, arriesgándola en un lance que podia haberte sido fatal.

—La muerte no me intimida.

—Pues yo creí hacerte un favor.

—Lo mismo creerias—añadió sarcásticamente—cuando me rogaste que con la ayuda de unos truhanes, procurase robar á la bella María, ¿no es cierto, amiga mia?

—Eso ya varia.

—Y tambien—continuó Gil sin atender á doña Catalina—por mí, indudablemente has procurado que se encierre á don Luis de Guevara.

Al oir el nombre de Luis, frunció la dama sus hermosas y arqueadas cejas, densa palidez nubló su faz, y con trémula voz, respondió:

—¿A qué viene ahora hablar de don Luis?

—Ese nombre tiene la virtud, cuando le oyes pronunciar, de animarte de un modo notable.

—Mucho ciegan los celos.

—Sin embargo, más ciega el amor.

—No digo lo contrario.

—Pero hoy, créelo, empiezo á ver bastante claro.

—Lo que estás, es insoportable.

—He llegado á creer, que mi presencia te es enojosa ménos cuando has menester de mis auxilios.

—¿Eso crees?—dijo la dama sonriendo de un modo tentador.

—Lo creo firmemente.

—¿No piensas terminar este capítulo de recriminaciones?

—A su debido tiempo.

—¿Y hay para mucho?—preguntó la dama desdeñosamente.

—Procuraré ser breve.

—Si te conviene extenderte en él, por mí no lo dejes; despáchate á tu gusto y cumplidamente.

—Cada palabra que sale de tus labios, es una nueva prueba de tu alevosía; he sido tu juguete, tu esclavo, ya no me es

posible dudarlo; pero no es fácil que en adelante continúes jugando conmigo del mismo modo. El esclavo ha logrado por fin romper sus cadenas.

—¿De veras?—repuso con dulce acento doña Catalina lanzando una tentadora mirada á Gil.

—¡Oh! ¡no lo dudes!

—Vaya, señor liberto; os doy mi enhorabuena.

—No son ya amorosas miradas, ni tentadoras promesas las que han de sujetarme nuevamente á tu yugo.

—He perdido ya por completo el ascendiente que sobre tí ejercia—dijo sonriéndose.

—Rie cuanto gustes; pero cree que estoy decidido á romper como te lo he dicho, no solo las cadenas con que me has tenido sujeto, sino tambien á vengarme, caso de que hoy me aleje de tu lado, sin que te hayas decidido á darme seguras pruebas de que al fin correspondes á mi amor.

—¿Hablas de venganza?

—Eso he dicho.

—¿Es decir, que me amenazas?

—Creo que sí.

—¡Oh! eso ya es algo más que emanciparse; es constituirse señor!

—De eso trato.

—Pues creo que lograrlo, ha de serte algo difícil.

—No tanto como juzgas.

—¡Ah! olvidaba que eres secretario del primer ministro—agregó la dama sarcásticamente.

—No vas muy mal, que digamos.

—¿Tratas de hacerme prender?

—Nada de eso.

—¿Quizá pretendes desterrarme?

—Tampoco.

—Más, aun: ¿será cosa de que me decapiten?

—Rie, rie cuanto quieras.

—Si luego he de llorar, todo lo que ahora ria llevo adelantado.

—¡Llorar! no sé si es fácil en tí; pero de seguro que te haré sufrir.

—Vamos, señor don Gil, veo que será cosa de seguiros el humor.

—Haz lo que gustes.

Doña Catalina, por más que lo disimulaba, comenzó á inquietarse al observar la seguridad con que Gil hablaba, y sin saber por qué, tenia el corazon oprimido; decidióse, por lo tanto, á emplear cuantos medios estuviesen á su alcance para descubrir cuál era la venganza que pensaba tomar aquel á quien siempre habia mirado con el más profundo desden.

—Cree, amigo mio, que empiezo á sentir miedo.

—Puedes no sentirlo en este momento, pero más tarde..... veremos.

—¿Y quién te ha suministrado los medios para vengarte de mí?

—Tú misma.

—¡Ja, ja, ja! Eso sí que es gracioso.

—Y sobre todo original.

—Verdaderamente lo es, por no decir inverosímil.

—Pues es así, ni más ni ménos.

—Por supuesto, ¿no querrás decir el medio de que piensas valerte para realizar tu venganza?

—No tengo por qué ocultarlo.

—Con que ¿no tendrás inconveniente en decírmelo?

—Ninguno.

—Eso se llama ser galante.

—Por no perder la costumbre que he contraido á tu lado.

—¡Pues, ea! Sácame de esta horrible ansiedad; díme cómo te arreglarás para hacerme subir las terribles gradas del patíbulo.

—No trato yo de que las subas.

—Puedes alabarte de que me haces pasar el tiempo de sorpresa en sorpresa.

—Eso más tendrás que agradecerme.

—Así es, en efecto.

—Me place que lo reconozcas.

—¿Con que, volviendo á nuestro asunto, segun manifiestas, piensas vengarte de mí, pero descargando el golpe sobre otra persona?

—Esa es la verdad.

El corazon de doña Catalina latia con extremada violencia; su miedo habia ido aumentándose gradualmente.

—Y ¿quién es esa persona?

—¿Tienes empeño en saberlo?

—Curiosidad por lo ménos.

—Pues ni más ni ménos que el jóven y galante caballero don Luis de Guevara, hoy preso á tus instancias y por mis sugestiones en el castillo de Villaviciosa.

El rostro de doña Catalina se cubrió de mortal palidez.

Gil, que la observaba atentamente, continuó dirigiéndose á ella y adoptando á su vez un tono sarcástico:

—Parece que te ha hecho efecto la noticia; la lividez mortal de tu semblante lo dice bien claramente.

La hermosa viuda, algun tanto repuesta, replicó gravemente:

—No creo que hagas semejante cosa.

—Parece que has desechado ya el tonillo sarcástico y desdeñoso con que me hablabas hace un momento.

—¡Ea! Basta ya de bromas; hablemos como buenos amigos y con algun juicio.

—¡Que me place!—contestó Gil gravemente.

—Te he dejado quejarte desde que has entrado, y creyendo quo no llevarias á mal la broma, me he chanceado un poco; veo que esto te ha disgustado y que has creido sériamente que no agradecia tus servicios y me burlaba de tu amor.

—Motivos me has dado para ello.

—No creia que lo llevarias tan á mal.

—Concluyamos, Catalina: no me es dado resistir por más tiempo los sufrimientos que me torturan el corazon, despedazándole sin piedad; por conseguir tu amor he hecho grandes sacrificios, hora es ya de que me otorgues el premio ofrecido. ¿Estás decidida á cumplir tus ofrecimientos?

—Amigo mio, pocos dias han de pasarse sin que te halles plenamente convencido de la sinceridad del amor que te profeso.

—Ha de ser hoy—dijo Gil con firme acento y levantándoso del asiento que ocupaba.

—¿Hoy?—repitió temblorosa doña Catalina.

—Hoy ó nunca.

—Entonces.....

—Decide.

Doña Catalina contestó valientemente:

—Entonces, nunca.

—Está bien; adios. No se hará esperar mi venganza.

Gil, sin aguardar contestacion, salió airado del gabinete de la bella viuda.

Esta guardó silencio breves momentos, pero al fin exclamó, cual si aun tuviera delante de sí á su desdeñado amante:

—Lucharemos, y veremos quién vence á quién.

CAPÍTULO LXXXIII.

Las majas y don Tadeo.

Dejamos á las tres majas en el momento en que los golillas acababan de llevarse, en calidad de presos, á sus tres amantes.

El desconsuelo de las jóvenes era superior á todo encarecimiento.

Largo rato, despues que se habian quedado solas, se contentaron con llorar, sin proferir ni una sola palabra; pero al fin Lola rompió el silencio.

—Es menester hacer algo.

—¿Y qué podemos nosotras?—contestó Concha.

—Pues no hay remedio, hay que procurar por lo ménos averiguar el sitio á donde se los han llevado. ¿No es verdad Paca?

—Sí, soy de tu opinion, Lola.

—Con llorar y gemir nada se alcanza. Creedme, amigas,

enjuguemos nuestras lágrimas y pensemos lo que haya que hacer.

—¿Quién sabe lo que harán con ellos?—repuso Concha.

—¡Maldito sea el que les hizo meter en ese negocio!—dijo Lola.

—¡El tal señor don Tadeo! miren como á él no se lo han llevado; á fe de Concha os digo que se me están pasando por la imaginacion unas ideas.....

—¿Sobre qué?—preguntó Lola.

—Sobre arrancarle los ojos á ese vejete si no nos ayuda.

—No, pues lo que es yo no tengo mejores pensamientos que tú, y en cuanto le eche la vista encima, te prometo que ha de oir cosas que no creo sean de su gusto. Vamos, Paca, por Dios, enjuga tus lágrimas que hartas hemos derramado ya, y algunas más tendremos que verter si no me equivoco.

—Lola—dijo Paca con voz ahogada por la emocion y sin dejar de llorar—yo quisiera poder secar mis ojos; pero en vano lo procuro; las lágrimas no caben en mi pecho é inundan mis ojos.

—Á mí me pasa lo mismo—replicó Concha.

—¿Acaso creereis que yo soy de estuco? Bien sabes que no, y si he procurado dominar mi llanto es haciendo un grande esfuerzo, porque comprendo que es preciso pensar en algo en favor de aquellos pobres muchachos. Por mi parte estoy decidida á todo, y aunque tuviera que ir á ver al rey lo haria.

—¿Crees que eso te seria muy fácil?

—No lo sé, Concha; pero yo estoy dispuesta á intentarlo si es necesario, ¿qué no haria yo por Vicente?

—¿Y yo por mi Joselito?

—Esta—dijo—Lola señalando á Paca—es la que más puede hacer.

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Pues habla, que mi interés no es menor que el vuestro.

—Ya lo creo, y por lo mismo es menester que sobreponiéndote á tu dolor te dispongas á hacer algo.

—Y ¿qué puedo yo hacer, Lola?

—Tú conoces á ciertas empingorotadas señoronas, para las cuales has trabajado.

—Es verdad—añadió Concha.

—No lo niego—dijo Paca.

—Pues hija—continuó Lola—es necesario que te avies, y sin pérdida de momento vayas á ver á alguna de esas damas á quienes conoces, y le ruegues y le llores hasta conseguir te ofrezca hacer algo en favor de nuestros amigos; yo creo que lo alcanzarás.

—Haré cuanto querais, pero mucho me temo sean inútiles los pasos que voy á dar.

—¡Quién sabe! Yo no desconfio tanto.

—Ni yo.

—¡Dios haga que no os equivoqueis!

—¿Vas á salir en seguida?

—Sí.

—Pues, ea, avíate y en marcha; las cosas, así, en calentito —repuso Lola.

En un instante se atavió Paca, á quien ayudaron sus dos amigas.

—¿Quieres que te acompañemos?

—No, Lola, ¿para qué?

—Pues aquí te aguardamos.

—Y en tanto que tú vas á ver á esas damas, nosotras rezaremos á la Santa Vírgen, porque nos saque en bien de ese laberinto—dijo Concha.

Ya Paca habia dado algunos pasos hácia la puerta, cuando apareció en su umbral don Tadeo.

—¡Don Tadeo!—dijeron á coro las tres majas al divisar el viejecito.

—El mismo, el mismo, hijas mias—contestó penetrando

en la habitacion y tomando asiento.—¡Uf! dejadme descansar; vengo molido.

—Pero está su merced libre.

—En tanto que los otros pobres, Dios sabe dónde están y cómo lo pasan en estos momentos—replicó Concha, rompiendo á llorar.

—Y ¿quién tiene la culpa de todo? ¿Quién les metió á conspirar á esos pobres muchachos? Su mercé tan solo.

—Tiene razon Lola en lo que dice. ¿Cómo se explica que los hayan preso á ellos y vos esteis en libertad?

—¿Quién sabe, Paca—repuso Concha—el gato que habrá ahí encerrado?

—En mal hora conocieron á su mercé, pero si á nosotras nos hubieran creido, no se encontrarian ahora encarcelados, Dios sabe dónde.

—¡Vamos, hijas mias, calma; calma por Dios!—contestó por fin don Tadeo, procurando dar á su acento un tono de conmocion que estaba muy lejos de sentir.

—¡Calma! Eso se dice con facilidad—dijo Concha.

—Como á él no le duele.....—repuso Lola.

—No puedo explicarme que se os deje libre, estando tanto ó más comprometido que ninguno de ellos en esa maldita conspiracion—añadió Paca.

—Repito que aquí hay gato encerrado—volvió á decir la maliciosa Concha.

—No hay gato ni raton que valga—contestó sofocado don Tadeo, á quien las tres majas acusaban sin dejarle casi tiempo de respirar. ¿Se me quiere oir?

—Y ¿qué podrá su mercé decir para justificarse?

—Lola, yo no necesito justificarme.

—¿Que no?—replicó la airada maja.

—No necesito hacerlo, porque ya lo hice á su debido tiempo.

—¿Cuándo y cómo?—preguntó Concha.

—¿Cuándo? Hace pocas horas, y aquí mismo. ¿De qué modo? Acusándome en presencia del mismo alcalde de casa y córte. ¿Tan pronto lo han olvidado?

—Eso es muy cierto—dijo Paca.

—Pero muy extraño—añadió Concha.

—Y tanto como lo es—agregó Lola.

—Si no se me deja hablar, no podremos entendernos.

—Hable su merced—dijo la cada vez más angustiada Paca.

Las tres majas guardaron silencio; don Tadeo, despues de haber hecho las ceremonias de llevarse el pañuelo á los ojos como para enjugarse las lágrimas, que en efecto no habian asomado á ellos, dijo:

—Comprendo esa afliccion; no me sorprende ver esos juveniles y hermosos ojos inundados en ardientes lágrimas, porque mi corazon profundamente conmovido se explica perfectamente cuánto y cuánto estarán sufriendo los apasionados corazones que se encierran en esos enamorados pechos. Yo hubiera deseado participar del infortunio en que están sumidos mis queridos amigos; no me explico cómo se me ha dejado en libertad estando tanto ó más comprometido que ellos en el asunto que ha originado su prision, y bien claro lo he demostrado acusándome yo propio y en voz alta en presencia del señor alcalde de casa y córte. Nada he conseguido, y si he de hablar con entera franqueza, diré que ahora celebro encontrarme libre.

—¡Oh! Ya lo creo—dijo Lola irónicamente.

—Sí, pero me alegro, no para aprovecharme de la libertad en que se me deja, procurando ponerme á salvo de lo que es fácil que me acontezca antes de mucho, sino para trabajar con ahinco en favor de los encarcelados.

—¡Ah!—exclamó Paca—Si eso hace su mercé, mi gratitud será eterna.

—Vaya si lo haré; es más; he comenzado ya á hacer algo.

—¿De veras?—preguntó algun tanto animada Concha.

—Como lo digo—contestó don Tadeo.

—¿Qué ha hecho su merced?—repuso con afan Lola.

—Sí, sepamos, digo, si es que se nos puede decir.

—Sí, Paca, sí puedo decirlo.

—Pues esperamos con ansiedad saberlo.

—Tan pronto como salí de aquí, loco, desatentado y sin idea fija, me dirigí á casa de un amigo, persona muy influyente en la córte.

—Bien pensado.

—No interrumpas, Concha.

—No lo puedo remediar, Paca.

—Continúe su merced—dijo Lola.

—No hallé á mi amigo en su casa—continuó diciendo don Tadeo—pero determiné esperarle en ella; en tanto le esperaba reflexioné, y de mis reflexiones deduje que lo primero y más conveniente era tratar de saber el sitio á donde han sido conducidos nuestros amigos.

—Sí, eso es lo más indispensable—dijo Paca.

—Poco tardó en llegar mi amigo; le dije el asunto que á verle me habia conducido, y le rogué que sin pérdida de tiempo procurase averiguar lo que me convenia saber.

—Y ¿qué contestó?—preguntó la impaciente Concha.

—Tomó otra vez el sombrero y se dispuso á salir nuevamente en pos de las noticias que yo le habia demandado, ofreciéndome hacer cuanto pudiera por complacerme. Salió de su casa, y yo con él, y nos separamos quedando en volver á vernos á las dos horas; he dado algunos otros pasos que tienden al mismo fin, porque es de todo punto necesario que sepamos á qué atenernos; las dos horas de plazo están próximas á espirar, pero he querido antes de volver á casa de un amigo llegarme aquí á fin de que mis amigas sepan que trabajo sin descanso.

—Hágalo su mercé por las once mil vírgenes—suplicó juntando las manos Paca.

—¡Oh! no hay cuidado, que yo he de hacer aun imposibles en pró de nuestros encarcelados.

—¿Y no seria bueno que ésta—dijo Lola señalando á Paca—haga algo?

—Y ella ¿qué puede hacer?—preguntó el viejecillo.

—Nosotros la habíamos aconsejado que fuése á ver á alguna dama de las que conoce.

—Y ¿con qué fin, Dolores?

—Con el de interesar en nuestra causa á alguna persona influyente.

—Por ahora eso no es menester.

—¿Lo cree así su mercé?

—Sí, Paca.

—¿Por qué razon?—preguntó Dolores.

—Por una sencillísima.

—Y ¿cuál es, don Tadeo?

—La de no convenir que sean muchas las personas que se ocupen de este asunto.

—Lo contrario creo yo.

—Pues mal creido, amiga Concha.

—A mí me parece que cuanto más gente de influjo se empeñe en favor nuestro, tanto más fácil ha de ser conseguir algo.

—Ó no.

—¡Cómo!

—Hay que tener en cuenta, bella Dolores, que segun las personas cuya influencia se busque, puede perjudicarse grandemente la situacion de nuestros amigos.

—Confieso que no lo entiendo.

—Ni yo, replicó Concha.

—Cuando su mercé habla así, sus motivos tendrá para ello.

—Bien dice Paca; hijas mias, hay que andar con mucho tiento en estos negocios; figuráos por un momento que la persona á quien ésta se dirija, goce á los ojos del ministro de una

opinion poco favorable, aun ignorándolo ella misma, cosa muy fácil en estos tiempos, pues es muy bastante el que á uno le unan ciertas simpatías con persona contraria en opiniones á las del señor conde de Floridablanca, para que éste le mire ya con marcada prevencion.

—Siendo así.....

—Y así es, y como la pobre Paca desconoce por completo, segun presumo, las opiniones políticas ó amistades que tenga la persona á quien piense dirigirse, pudiera muy bien suceder que fuera peor el remedio que la enfermedad.

—Dice bien su mercé.

—Vaya, déjenme hacer á mí, y con la ayuda de Dios todo se andará.

—¿Volverá su mercé?—preguntó Dolores.

—Tan pronto como haya adquirido las noticias de que voy en pos.

Don Tadeo salió de la habitacion con paso apresurado, y al verse en la calle exclamó con aire de satisfaccion:

—He logrado lo que me proponia; las majas todo lo esperan ya de mí; ¡pobrecillas! no saben ellas la sorpresa que les preparo; sigamos representando la comedia, que el desenlace está ya cercano.

CAPÍTULO LXXXIV.

Don Tadeo continúa la comedia.

—Vaya—dijo Dolores tan pronto como don Tadeo hubo salido—veo que el buen viejo está dispuesto á hacer algo.

—No faltaba más sino que nos dejara en la estacada, cuando él tiene la culpa de todo lo que ha ocurrido.

—Eso es verdad, Concha.

—Vaya si lo es.

—De todos modos, gran cosa es que procure remediar el mal que ha causado—dijo Paca.

—Mientras lo consiga.

—No tengo yo gran confianza, Dolores.

—Cuando pienso—añadió la aludida—que aun no hace cuatro horas tenia á Vicente tan cerca de mí, y ahora ni sé dónde está ni cuando podré verle, me ahoga la pena.

—Por eso mismo le tengo tanta manía á don Tadeo. ¡Qué quereis! No lo puedo remediar, no me pasa el tal hombre de los dientes para adentro.

—Sin embargo, Concha, ponle buena cara, no sea que se enoje y nos abandone, que es lo único que nos faltaba.

—¡Cuando querrá Dios que podamos vivir tranquilas!—exclamó Concha suspirando.

—La verdad es que de algun tiempo á esta parte todo son contratiempos; y esta pobre aun ha sufrido más que nosotras—dijo Dolores señalando á Paca.

—¡Sabe Dios los que aun me restan que sufrir!

—No adelantes el mal tiempo.

—Dolores, no sé por qué, pero el corazon me predice que he de sufrir mucho.

—Nada tiene de extraño que hoy le tengas agitado é inquieto; eso mismo nos pasa á nosotras, ¿no es verdad, Concha?

—Pues si yo estoy que se me puede ahogar con un vaso de agua.

—Es que á mí desde hace dias me anuncia alguna desgracia, y ¡qué quereis que os diga, amigas mias! pero es la verdad que tengo así como un presentimiento de que algo muy triste ha de ocurrirme.

—No nos faltaba más sino que tú cayeras enferma.

—¡No lo quiera Dios!—repuso Dolores.

—Vaya, vaya; no parece sino que son pocos los motivos que nos afligen por desgracia en este momento, cuando procuramos aumentarlos calculando las desdichas nuevas que puedan sobrevenirnos.

—Dice bien Concha; vamos, Paca, es menester hacer de tripas corazon, y no dejarse abatir de mala manera por lo que puede sucedernos; desecha esa idea que te atormenta aumentando tus sufrimientos actuales.

—Procuraré hacerlo, pero temo no poderlo conseguir.

—Todo se puede cuando se quiere.

—No todo, Dolores—replicó Concha.

—Claro, porque si todo se pudiera alcanzar con solo desearlo, ya tendríamos en libertad á nuestros amigos, ¿no es eso?

—Justamente.

—¡Mira qué salida!

—Pues por eso te decia que no todo lo que se quiere se puede—contestó Concha muy satisfecha de su penetracion.

—¡Oh! si la fuerza de voluntad bastase, si á costa de un sacrificio pudiera evitarse el conflicto en que nos hallamos, yo os aseguro que poco tiempo tendríamos que deplorar la separacion de nuestros galanes.

—Lo mismo que Paca, digo yo.

—Y yo tambien—afirmó Concha.

—Pero todo es en balde; poco ó nada podemos y me temo que es mayor de lo que imaginamos el peligro que corren.

—¿Quieres callar, Paca?

—¿Crees que puedan estar encerrados muchos dias?—preguntó Dolores.

—Mucho lo temo.

—¿Y por qué? vamos á ver, ¿por qué?

—Porque no es cosa de juego, segun sospecho, eso de conspirar, y tú ya ves, Dolores, que si al señor conde de Floridablanca se le antoja darnos un mal rato, bien puede hacerlo.

—Eso es lo que yo no sé, si puede ó no puede.

—¿Quién podrá impedírselo?

—Mira, Paca, no sé qué contestarte á eso, pero se me antoja que el rey es más que el señor conde.

—Dice bien Dolores—replicó Concha.

—Sí, pero el rey.....

—¿Qué?

—¿Qué caso ha de hacer de nosotras, pobres mujeres del pueblo?

—Oye tú, chica—dijo Dolores á Paca—nuestro buen rey don Cárlos III, es, segun dicen, el padre del pueblo; y si eso es verdad, que yo no lo sé, nosotras somos sus hijas, y no hay ningun padre que mire llorar sin consuelo á sus hijos, sin compadecerse de ellos.

—No te hagas ilusiones—replicó tristemente Paca.

—Pues ten entendido que en último caso he de tentar yo ese recurso.

—Y yo contigo—añadió Concha.

—¿Creeis que es tan fácil ver al rey?

—Eso es lo que no sé, pero se prueba—dijo resueltamente Dolores.

—Claro está.

—Tengo yo para mí, que á tres mozas como nosotras lo somos, vamos, bien puede decirse sin vanidad, no mal parecidas, no ha de serles difícil ablandar á los carceleros de palacio.

—Ya ves tú si yo querria que así fuese, pero mucho temo que no vamos á conseguir nada.

—Eso ya lo veremos si llega el caso.

—Haga Dios que no llegue—dijo Paca.

—Mucho tarda el vejete, ¿no os parece?—exclamó Lola con visible impaciencia.

—Y ¿quién sabe lo que aun tardará?—repuso Concha.

—Quizá su amigo no habrá vuelto á su casa, y en ella le estará esperando todavía don Tadeo; él querrá traernos noticias ciertas.

—Y así debe hacerlo, Paca, porque lo que es yo no me acuesto sin saber dónde han metido á mi Vicente.

—¿Te parece á tí que yo podria dormir tranquila sin saber cuál es la suerte de mi Joselito, ni ésta la de don Luis? ¡No faltaba más!

—¡Oh! Creo que yo tardaré algunos dias en dormir tranquila—dijo Paca.

—Está visto que tú te has propuesto quitarnos toda esperanza. Yo ya estoy que se me puede ahogar con un cabello y tú acabas de desanimarme. ¡Y ese vejete sin venir! así se hubiera quebrado una pata antes de conocer á Vicente.

—No una, las dos debia de haberse roto antes de dar con mi Joselito y con Luis.

—Callad—dijo Paca—oigo pasos en el patio.

—Él será sin duda.

—Sí, él es.

En efecto, don Tadeo, rebujado en su capa, era el que acababa de atravesar el patio; apenas penetró en la habitacion, las tres majas se le aproximaron, y casi al mismo tiempo le preguntaron:

—¿Qué hay?

—¿Qué ha sabido su mercé?

—¿Dónde están?

—Déjenme respirar—contestó el asediado don Tadeo, fingiendo un gran cansancio.

—¿Ha sabido algo el amigo de su mercé?—preguntó Lola.

—¡Uf! vengo molido.

—¿Tanto ha corrido?

—Tome asiento—dijo Paca ofreciéndole una silla que Tadeo se apresuró á aceptar.

—Vaya si he corrido y no poco; motivo sobrado he tenido para ello.

—¿Pues qué ha ocurrido?

—Que me venian á los alcances.

—¿Quién?—preguntaron á coro las mujeres.

—Un sabueso.

—Es decir, un alguacil, ¿no es eso?—preguntó Lola.

—Poco más ó ménos.

—Y ¿desde dónde le ha seguido?

—Desde que he salido de la casa de mi amigo, querida Paca; se conoce que me habia visto entrar en ella, y esperaba mi salida pegado á la esquina que da frente por frente, poco más ó ménos, al portal de la susodicha vivienda; desde que pisé la calle advertí á mi hombre, y como me puse sobre aviso pude observar que me seguia recatadamente; cuando me convencí de ello, apreté el paso y le he mareado haciéndole cruzar indistintamente, plazas, calles y callejuelas; al fin

perdió la pista y cuando estuve seguro de que ya no era vigilado, me dirigí aquí.

—Y ¿qué hay?—preguntó con ansiedad Paca.

—Sí, sepamos—agregó Lola.

—Hable su mercé—repuso Concha.

Don Tadeo procuró revestir su fisonomía de un aspecto conmovido, abrió y cerró muchas veces los ojos fijándolos ya en una, ya en otra de las majas, y por último exclamó:

—La cosa es grave, muy grave, hijas mias.

Imposible nos fuera describir la consternacion que al oir tales palabras se estereotipó en el rostro de cada una de las tres impacientes jóvenes.

—¡Dios mio!—dijo Paca derramando abundantes lágrimas.

—¡Válganos Dios!

—Pero sáquenos su mercé de esta horrible ansiedad—repuso á su vez Lola.

—Sé dónde están.

—¿Dónde?

—Vuestro don Luis.....

—¡Acabad, por la Vírgen Santa!—dijo la jóven cuya agitacion apenas la dejaba hablar.

El hipócrita y malvado viejo parecia recrearse con el dolor de aquellas infelices.

—Si no sé cómo deciros.....

—¿Qué?

—Vamos, vamos, hija mia, procurad calmaros.

—Pero ¿no conoce su mercé que con esas medias palabras me está matando?

—Esto es insufrible—dijo Lola.

—Acabe de una vez—replicó Concha.

—Pues sea.

—Gracias á Dios.

—Calla, Concha—repuso Lola tapando con una mano la boca de su amiga.

—Don Luis está preso en el castillo de Villaviciosa.

—¿Y no están con él sus amigos?

—No, Paca.

—Pues y esos ¿dónde están?

—Don Vicente y Joselito, en la cárcel de córte.

—¡Válganos la soberana Vírgen! Ahora mismo voy á verles.

—Y yo tambien.

Lola y Concha se disponian á salir; don Tadeo las detuvo.

—¿Adónde van?

—¿Dónde quiere que vayamos? A verlos.

—Lola, eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Porque no los dejan ver de nadie.

—Pero, hombre, ¿á nosotras podrán impedirnos?.....

La pobre Concha no podia convencerse de que á ellas se les pudiera impedir el ver y hablar á sus amantes.

—Como que están incomunicados.

—Y eso ¿qué significa?

—Significa, Lola, que está cada uno encerrado en su respectivo calabozo, en el cual no penetra nadie más que su carcelero.

—¡Dios nos ampare!—exclamó Concha dejándose caer sobre una silla y rompiendo á llorar.

—¡Maldito sea el momento en que conocieron á su mercé! —dijo en un arranque de cólera la impetuosa Lola.

—Bien sabe Dios cuánto me pesa lo que ha ocurrido—contestó con acento compungido don Tadeo.

—Su mercé tiene la culpa de todo.

—Lola..... ¿quién habia de imaginarse?.....

—Edad suficiente tiene su mercé para saber lo que se hace.

—Pero.....

—No hay pero que valga; ¿quién le mandaba comprometer á esos buenos chicos? ¿qué les importa á ellos que mande Juan ó Pedro?

—¡Oh! lo que es eso.....

—Tan buenos son los unos como los otros, y el que paga, paga; no crea su mercé que yo me doy por satisfecha con lo que ha hecho.

Lola se irritaba más y más por momentos.

—Yo haré cuanto pueda.

—Es menester que nosotras podamos ver á esos pobres chicos.

—Tal es mi deseo, Lola.

—No basta desearlo.

—Y pondré los medios para conseguirlo.

—Sí, don Tadeo, por amor de Dios, vea de conseguir esos permisos.

—Perded cuidado, Paca.

—En su mercé confio.

—Podeis hacerlo con entera confianza.

—¿Y no ha podido averiguar su mercé el motivo por qué los han separado?

—No me ha sido posible averiguarlo, Paca.

—¿Por qué será? ¡Dios mio! ¿Por qué será?

—¿Qué pensarán hacer con ellos?—dijo llorando Concha.

—No hay que alarmarse, hijas, no hay que alarmarse.

—¿Quiere su mercé que no nos alarmemos pasando lo que pasa? ¿Cree que no tenemos corazon?

—Nada de eso, Lola, nada de eso.

—Pues entonces.....

—Hay que tener calma, hay que sobreponerse á las circunstancias. Ahora mismo voy á ver á una persona que nada puede negarme, y, ó poco he de poder, ó vuelvo con los anhelados permisos. Adios.

Sin esperar contestacion, colocóse el chapeo, se envolvió en la capa y se lanzó fuera del aposento.

CAPÍTULO LXXXV.

Don Tadeo da parte al marqués Adelfi de cuanto ha hecho.

El marqués de Adelfi, casi completamente restablecido, envuelto en una magnífica bata, se hallaba en su aposento entreteniéndose en hacer una revista escrupulosa en su correspondencia galante, cuando le anunciaron la llegada de don Tadeo.

—Que pase inmediatamente—dijo el marqués á su criado. —Veremos qué noticias me trae ese tunante.

—Felicísimas noches tenga el señor marqués.

—Adelante, adelante.

Don Tadeo, que habia saludado desde el umbral de la puerta, penetró en el aposento.

—A lo que parece, vuestra señoría se halla ya completamente restablecido?

—Así es, buen Tadeo.

—Dios sea loado.

—Heme ya en disposicion de lanzarme de nuevo á la palestra.

—Comprendo que á la juventud no le place hallarse ociosa.

—Decís gran verdad, y tanto es así, que no sabiendo qué hacer en este momento me entretenia en repasar estas epístolas, que pertenecen á ciertas palomas con quienes he pasado ratos deliciosos.

—Lo creo, señor marqués.

—Supongo que tendreis alguna noticia interesante que darme.

—Así es la verdad.

—¿Qué ocurre?

—La comedia está por terminar, falta solo el desenlace, y es preciso que los protagonistas de él se dispongan á presentarse al público.

—Dejáos de metáforas, habladme con claridad.

—Convenido.

—Pues adelante.

—Creo que ya resta poco qué hacer para que se logre lo que tanto anhelais.

—Si eso fuera verdad.....

—Los galanes están enjaulados, y las palomas deshechas en lágrimas.

—¿Y qué?

—Que ahora solo resta llevarlas al palomar, donde pueden aguardarles los milanos.

—Y eso ¿lo creeis fácil?

—Facilísimo.

—¿Cómo conseguirlo?

—Ellas ven en mí á un ángel tutelar.

—¡Ja, ja, ja! Eso sí que es bueno—exclamó el marqués.

—Pues es así, ni más ni ménos.

—No lo dudo.

—Puede creerlo el señor marqués.

—Cruel será el desengaño.

—No tanto.

—¿Cómo?

—Juzgo que me han de querer más cuando todo se descubra.

—Pues no me lo explico.

—Cuando haya sucedido lo que el señor marqués desea, y tambien su amigo el señor baron del Pinar, ellas no podrán ménos de convenir en que son felices, y bajo este supuesto ¿á quién sino á mí deberán su felicidad?

—Eso es muy cierto.

—Pues entonces digo bien cuando supongo que su cariño hácia mí ha de aumentarse.

—¿Y si se resisten?

—Claro es que se resistirán, pero como yo supongo que el señor marqués y su amigo ya cuentan con eso, me figuro que aunque sea á la fuerza saldrán victoriosos.

—Eso desde luego; una vez en nuestro poder han de sucumbir de grado ó por fuerza, yo respondo de ello.

—Pues una vez hayan sucumbido, como la cosa no tendrá remedio, se avendrán con su posicion y habrán de convenir en que sus repulgos anteriores eran ridículos, no lo dude el señor marqués.

—Sí, nada tendrá de particular; he visto yo eso tantas veces que no me admirará verlo una vez mas.

—¡Oh! eso, seguro.

—Entonces lo principal es conducirlas á la casa que á prevencion tiene tomada mi amigo.

—Eso corre de mi cargo.

—Y ¿cuándo podrá suceder eso?

—Tan pronto como el señor marqués quiera.

—¿De veras?

—Y tan de veras; lo tengo yo todo muy bien dispuesto.

—Esperad.

Tocó el marqués un timbre y apareció un criado.

—Inmediatamente, Pedro, llegáos á casa del señor baron del Pinar y decidle que le aguardo, que venga inmediatamente.

—El criado inclinó la cabeza y se retiró.

—Dentro de breves minutos estará aquí el baron, vive muy cerca.

—¿Y si no le hallan en su casa?

—Sí le hallarán, porque hace poco salió de aquí en direccion á ella.

—Entonces no he dicho nada.

—Me agradaria saber cómo os habeis arreglado para llevar adelante la trama.

—Pues no tengo inconveniente en referirlo.

—Entonces, en tanto que esperamos la llegada del baron, podemos entretener el rato.

—Como guste el señor marqués.

—Dad principio.

Don Tadeo refirió minuciosamente todo lo que habia hecho, sin ocultar el más mínimo detalle. El marqués le escuchó con la mayor atencion.

—¿Es decir que solo aguardan esos permisos?—dijo el marqués cuando don Tadeo hubo acabado su narracion.

—Nada más.

—Entonces es cosa hecha—repuso el marqués frotándose las manos con satisfaccion.

—Digo, á ménos que el señor marqués y su amigo desperdicien la ocasion—dijo sonriendo de un modo cínico aquel vejete depravado.

—En cuanto á eso no hay cuidado.

—Así lo presumo.

—Supongo que os hará falta algun dinero.

—Ese nunca viene mal, sobre todo en época como la presente.

—Tomad, por ahora.

—El marqués entregó un bolsillo bien repleto de oro á don Tadeo, quien se estremeció de placer á su contacto.

—Cuente el señor marqués con mi eterno agradecimiento.

—Yo gusto de recompensar á los que me sirven bien.

—Conocida me es ya la generosidad del señor marqués.

—El señor baron del Pinar—anunció el criado.

El baron penetró en el gabinete.

—Amigo mio, te he mandado llamar para darte una grata sorpresa.

—¿Y cuál es?—replicó el baron.

—Paciencia, querido, paciencia; por de pronto tengo el gusto de presentarte al señor Tadeo.

—El aludido se inclinó respetuosamente; el baron le examinó con atencion y exclamó con cierta alegría:

—¡Ah! es el señor.....

—De quien yo te he hablado en más de una ocasion, haciendo el elogio que se merece.

Don Tadeo se inclinó de nuevo y repuso humildemente:

—El señor marqués me honra demasiado.

—Hago justicia á vuestros méritos. Ea, vamos á lo que importa.

—¿De qué se trata?—preguntó el baron.

—De nuestras majas—respondió el marqués.

—¿Cómo está el asunto?

—En magnífico estado, señor baron—repuso don Tadeo.

—¿Será posible?

—Tan posible, que cuando lo juzguemos oportuno, se las conducirá á la casa que tienes preparada.

En los ojos del baron brilló un relámpago de infernal alegría.

—¿Y eso podrá ser?

—¿No acabas de oirlo?—repitió el marqués.

—Sin embargo, se me ofrece una dificultad—repuso don Tadeo.

—¿Ahora salimos con esa?—dijo un tanto amostazado el marqués.

—¿Qué dificultad es esa?—preguntó el baron.

—El pecar por carta de más.....—respondió el vejete sonriendo.

—¿Por carta de más?

—Sí, señor marqués.

—Explicáos lisa y llanamente.

—Dos son las majas que ustedes esperan y desean, ¿no es eso?

—Justamente.

—Pues bien, señor marqués, yo me veo precisado á ofrecerles tres, sin que la que añado desmerezca en nada de sus amigas.

—Por mucho trigo.....—dijo riendo el marqués.

—Eso es lo que yo he pensado—continuó don Tadeo.

—Se busca un buen amigo y se le hace ese obsequio.

—Ciertamente, marqués, que no ha de faltarnos algun goloso á quien contentar.

—Con que, Tadeo, ¿cuándo damos el golpe?

—Yo enjaularé hoy á una de las palomas y mañana por la noche á las otras dos; ¿está bien así?

—Perfectamente—contestó el marqués.

—Entretanto yo dispondré lo necesario.

—Y no olvides, baron, el buscar á un buen amigo.

—Corre de mi cargo.

—Pues si me otorgan permiso.....

—Id con Dios, Tadeo.

—Convendrá que mañana nos veamos—dijo el baron.

—Eso desde luego; me pasaré por aquí á recibir órdenes.

—Id, pues, á vuestros quehaceres.

—A la órden, señor marqués; Dios guarde al señor baron.

En cuanto se vió en la calle don Tadeo, tomó el camino que conducia á la vivienda de Paca.

Así que las majas le vieron entrar, instintivamente se pusieron de pié y á la par le preguntaron:

—¿Qué hay?

—Buenas noticias.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Lola.

—Paquita, arregláos; sois esta noche la más afortunada.

—¿Cómo?—dijo Paca con cierta emocion.

—He podido á costa de mil trabajos conseguir permiso para que veais esta noche á don Luis.

—¿Y nosotras?—preguntaron á la vez Dolores y Concha.

—Hasta mañana, imposible.

—¡Válganos Dios!—dijo Concha.

—¡Esta es buena!—murmuró Dolores.

—Hijas mias, no estaba en mi mano el conseguir que para hoy se me dieran los tres permisos, y gran cosa es que se me hayan ofrecido para mañana.

—¿Y si mañana no los dan?

—Lola, os empeño mi palabra de que mañana estarán en mi poder.

—¡Qué remedio! Hay que conformarse.

—Lola mia—dijo Paca—si á costa de cualquier sacrificio por mi parte.....

—Vamos, calla, tonta; ¿qué culpa tienes tú?—respondió Dolores.

—Por lo ménos nos consuela el que una de las tres pueda ver esta misma noche al hombre á quien ama.

—Dice bien Concha; ¡ea! acaba de arreglarte.

—Ya estoy.

—Vamos—dijo don Tadeo.

—Que contamos con su promesa.

—Descuidad, Concha.

—Mire su mercé—añadió Lola, que es horrible nuestra inquietud.

—Me hago cargo de ella.

—No quiero pensar lo que yo haria si mañana salia fallida mi esperanza.

—Lo mismo digo—agregó Concha.

—No hay que desanimarse; mañana será el gran dia—dijo don Tadeo con intencion bien distinta de la que se figuraban tenia las majas.

—Adios, Paca.

—Adios, Lola.

—Anímale.

—Quiera Dios que pueda hacerlo, amiga Concha.

Diéronse las majas estrechos abrazos, y por fin don Tadeo consiguió verse en la calle con una de las palomas que habia ofrecido á la voracidad del gavilan.

Valióse el vejete de mil mañas, y merced á ellas consiguió dejar á Paca en la casa tomada con anterioridad por el baron del Pinar.

—Ya tenemos enjaulada una; ahora vamos á descansar.

CAPÍTULO LXXXVI.

Don Tadeo cumple lo que ofreció al marqués y al baron.

Decir que Concha y Lola pudieron conciliar el sueño durante toda la noche, seria faltar por completo á la verdad, y nosotros, á fuer de verídicos narradores, no queremos en manera alguna cometer tan grave falta y por consiguiente conste que, haciendo justicia á las desconsoladas majas, consignamos que estuvieron desveladas, sin que les fuera posible ni por un solo momento, olvidar á sus respectivos galanes.

Amaneció, y con afan inusitado esperaron la llegada de don Tadeo, pero trascurrieron una tras muchas horas, llegó la tarde, sobrevino la noche, y el esperado sugeto no parecia.

Acababan de sonar las nueve y la impaciencia de Concha y Dolores habia llegado á su colmo.

—¡Al fin!—exclamó Dolores.

—¡Gracias le sean dadas al Señor!—repuso Concha.

—Hijas mias—dijo don Tadeo, que era á quien ambas majas se dirigieron al verle entrar—no he deseado yo ménos el poder llegar aquí. Déjenme descansar un momento.

—Descanse en buen hora, pero entretanto sáquenos de dudas.

—Estoy dispuesto á ello, amable Concha.

—¿Cómo estamos de permisos?—preguntó Dolores.

—Concedidos.

—¡Ah!—exclamaron las dos majas respirando con satisfaccion.

—Sí, hijas mias, he podido vencer las dificultades que se presentaban y que no eran pocas, pero á Dios gracias, he conseguido mi objeto.

—Eso es lo principal.

—¿Le han dado á su mercé el permiso por escrito?

—No, Concha.

—Y entonces ¿cómo nos arreglaremos?

—Sencillamente.

—Pero ¿cómo?

—La dama, porque es una dama la que tamaño servicio nos hace, lleva la complacencia hasta servirnos de introductora.

—Dios se lo pague.

—Que cuente con nuestro eterno agradecimiento—dijo Concha.

—No lo haria por todo el mundo, porque es cosa harto difícil de conseguir lo que solicitábamos; pero he sabido conmover su corazon, y por fin ha accedido á servirnos y lo que es más, está dispuesta á trabajar en favor de la libertad de nuestros amigos.

—¿Será posible?

—Sí, Lola, sí; y estoy seguro de que en cuanto os conozca crecerán las simpatías de esa buena señora en favor de nuestros encarcelados amigos.

—Ya estoy rabiando por conocer á esa dama—dijo Concha.

—Pues á mí se me hacen siglos los minutos.

—Cada cosa á su tiempo—replicó don Tadeo.

—¿Es cosa de tardar mucho en ir?—preguntó con marcado afan Lola.

—Media hora escasa.

—Una eternidad me va á parecer.

—Amiga Concha, es preciso sujetarnos á esperar la hora que se nos ha indicado; no era cosa de que yo impusiera condiciones.

—No lo digo yo por tanto, su mercé debe hacerse cargo de la impaciencia con que aguardamos el momento de poder ver á esos desdichados.

—Sí que me hago cargo, Concha, pero no está en mi mano anticipar el tiempo.

—Quien ha aguardado tantas horas, bien puede esperar algunos minutos más.

—Lola habla razonablemente.

—Y con todo nuestro afan por saber algo de lo que directamente nos interesa, nada hemos preguntado de Paca.

—Es verdad ¿qué ha sido de ella?—preguntó Lola.

—Ha quedado en Villaviciosa.

—¿Allí ha pasado la noche?—dijo asombrada Concha.

—Sí; la sobrina del alcaide, que es una bellísima y tierna jóven, se ha interesado por Paca y la ha permitido quedar en su compañía. Ayer noche no pudo ver vuestra amiga á don Luis; hasta hoy no le habrá sido posible hablarle, y aun eso á través de una espesa reja.

—Fortuna y grande ha sido que la madre de Paca se halle fuera de Madrid.

—Quiera Dios que su hermana la detenga en Alcobendas largo tiempo, porque si regresa cuando aun duren estos jaleos, es bien seguro que la salud que haya recobrado en aquel pueblo la perderá en breve aquí.

—Confiemos en Dios, Lola, El todo lo puede.

El cínico vejete no dudaba en pronunciar el sagrado nombre del Omnipotente, cuya justicia debia hacerle temblar.

—No desconfio yo de su bondad—replicó Dolores—que ningun mal he hecho nunca á nadie y sé que él proteje á los buenos.

—Así es, no lo dudeis hijas mias—replicó hipócritamente don Tadeo.

—Pues si he de hablar francamente—dijo Concha, mucho me temo que Dios nos tiene algo olvidadas.

—No digas eso, Concha.

—Pues lo digo.

—Muy mal hecho, amiga mia.

—Pues ¿qué quereis? yo pienso así, y eso que no tengo nada de irreligiosa.

—Es que estais exasperada en este momento.

—Sí que lo estoy desde ayer; de buena gana le hubiera puesto al señor alcalde de casa y córte los cinco mandamientos en la cara al muy groserote. Si me hubiera dejado llevar de mi génio, le araño.

—¡Demonio!—pensó entre sí el vejete—Dios me libre de caer en tus manos. Y luego dijo en alta voz:

—Eso hubiera sido muy mal hecho.

—Peor estuvo lo que él hizo—observó Lola.

—¿Tambien vos os contuvísteis?

—Y no poco—contestó la maja.—Créame su mercé que sé hacerme respetar.

—No lo dudo.

—Trabajo le mando al que quiera jugar conmigo.

—¿Tan fiera sois?—repuso sonriendo malignamente don Tadeo.

—Una leona, cuando me enfurezco.

—Y yo una pantera—añadió Concha.

—Pues está divertido aquel á quien acometais.

—Alguno que se atreviera á propasarse conmigo, de fijo que se quedaba sin ojos.

—Divertidos van á quedar los nobles señores á quienes sirvo—pensó don Tadeo.

—Mire su mercé, señor Tadeo—añadió Dolores—aquí donde me ve, no le tengo miedo á nada en el mundo.

—Pues ese valor puede seros perjudicial en alguna ocasion.

—Que no me busquen, y es seguro que yo no me meteré con ningun nacido.

—Ya, pero supongamos que se os presenta una ocasion de esas inesperadas en que el resistir en demasía es empeorar la situacion: entonces, lo más prudente es rendirse á la fuerza de las circunstancias y tener conformidad.

—Cada uno piensa á su manera; á mí el peligro no me espanta.

—Ni á mí tampoco—replicó Concha.

—Cada loco con su tema.

—Dígole á su mercé, que si una fuera de miel, se la comerian las moscas.

—Y en este Madrid que hay tanto moscon—añadió Concha.

—Afortunadamente á nosotras ya nos conocen y no nos molestan con sus picaduras.

—Más vale así.

—Ya lo creo—dijo Lola.

—Aparte de que soy muy bastante para defenderme, estoy bien segura de que mi Joselito habia de hacer alguna fechoría al que se me atreviera. ¡Dios nos libre de ello, porque creo que seria capaz de matar al que lo intentase!

Don Tadeo se llevó el pañuelo á las narices para disimular la turbacion que se pintó en su semblante. Las majas, bien ajenas de lo que contra ellas se tramaba, por pura casualidad habian conducido la conversacion á un punto que desagradaba en extremo al hipócrita viejo que las habia vendido, y desean-

do variar de rumbo procuró llamarles la atencion sobre otro asunto.

—Encargo eficazmente que midan sus palabras delante de la dama á quien voy á presentarlas; esas señoras forman queja de cualquier cosa.

—Pierda su mercé cuidado—contestó Lola.

—Ya sabemos cómo hemos de conducirnos.

—No lo dudo, Concha, pero he creido ser un deber mio el advertirlo.

—Creo que ya ha pasado la media hora—dijo Lola.

—Segun el reloj de mi corazon, medio siglo—repuso Concha.

—¡Pues, ea! Pongámonos en marcha.

—Estoy deseando estar ya en la cárcel.

—Primero, Lola, hemos de ir en busca de nuestra introductora.

—¿Y á dónde?

—¡Toma! Á su casa.

—¡Válgate Dios! ¡Otro inconveniente!—dijo contrariada visiblemente Concha.

—¡Otro inconveniente!—exclamó don Tadeo.

—Claro está—repuso la impaciente maja.—Dios sabe el tiempo que nos detendrá en su casa esa señora.

—No creo que sea mucho.

—Dios lo haga—agregó Lola.

—Esa dama sabe el deseo que tenemos de hablar con nuestros amigos, y creo no retardará el momento.

—Si es tan buena como me la figuro, seguramente que nos complacerá cuanto antes.

—Eso mismo creo yo—repuso don Tadeo.

—¿Y es hermosa?—preguntó Lola.

—Muchísimo.

—¿Y jóven?

—Tambien es jóven.

—Ahora tengo más confianza—dijo la preguntadora Lola.

—¿Y por qué?—preguntó á su vez don Tadeo.

—¡Toma! El por qué salta á la vista.

—Pues hija, como yo soy algo míope, no alcanzo á distinguirlo.

—Claro es que siendo jóven y hermosa ha de tener algun galan.

—Es probable.

—Y tambien lo es que ame.

—Tambien.

—Pues si ama, comprenderá perfectamente nuestra inquietud, y pondrá los medios de terminarla cuanto antes.

—Así lo creo tambien—replicó el taimado viejo.

—Cuando su mercé guste—dijo Concha.

—Andando, pues.

Las majas, despues de cerrar la puerta de la habitacion, cuya llave se guardó Lola, siguieron á don Tadeo.

El astuto viejo supo eludir hábilmente las preguntas que durante el camino y de cuando en cuando le dirigian respectivamente las majas.

Lola, á quien el camino parecia excesivamente largo, dijo:

—Pero ¿vive en Madrid esa señora?

—Pues claro está—contestó don Tadeo.

—Nunca acabamos de llegar.

—Muy retirada vive esa dama del centro—agregó Concha.

—Es que yo he dado exprofeso muchos rodeos.

—¿Con qué fin?

—Hijas mias, no hay que olvidar que se me vigila.

—Es verdad.

—Ea, por fin ya hemos llegado.

La emocion de que se hallaban poseidas las dos jóvenes, no las permitió fijarse en la posicion que ocupaba ni en el aspecto de la casa á donde habian llegado. Siguieron á don Tadeo; subieron por la ancha escalera, llegaron á un saloncito y despues de haber hablado su acompañante con un sirviente,

que vestia librea, alguna palabra en voz baja, condujo don Tadeo á Concha y á Lola á otro salon decorado con bastante lujo, y en el cual, además de la puerta que les habia franqueado el paso, habia dos más, colocadas colateralmente.

—Aguárdense aquí un momento; voy yo mismo á avisar á la señora.

Don Tadeo se ausentó por la misma puerta por donde habia entrado, la cual se cerró tras él.

A los pocos minutos de la desaparicion del vejete, se abrieron de golpe las dos puertas colaterales; por una de ellas, salió Paca, cuyo semblante estaba densamente pálido; por la otra, penetraron en el salon el marques de Adelfi, el baron del Pinar y un jóven y elegante caballero, amigo sin duda de los dos anteriores.

Dolores y Concha quedáronse asombradas al ver semejantes é inesperadas apariciones.

CAPÍTULO LXXXVII.

La revelacion.

Alina, al siguiente dia de aquel en que á Luisa le sobrevino el inesperado accidente que le privó del sentido en casa del conde de Lazan, se hallaba hondamente preocupada á consecuencia de una lacónica carta que acababa de recibir, en la cual el conde le significaba que su protegida se hallaba indispuesta.

¿Qué habia, pues, pasado? ¿Á qué atribuir la repentina enfermedad de la jóven? ¿Qué escena habria tenido lugar en casa del conde de Lazan?

Estos eran los pensamientos á que estaba entregada la habitante de la solitaria casita de la Vírgen del Puerto.

Sacóla de sus meditaciones la voz de uno de sus criados que la anunció la llegada de Antonio; apresuróse Alina en otorgar el permiso solicitado, y el joven apareció en el aposento acto contínuo.

—Dispensadme, si vengo á molestaros—dijo Antonio al penetrar en el gabinete de Alina.

—Estais desde ahora dispensado; ¿qué ocurre?

—Ocurre, señora, que estoy alarmado.

—¿Y eso? ¿De qué se trata?

—Se trata de Luisa.

—¡Ah!

—Sí, de Luisa que desde ayer falta de su casa.

—Tranquilizáos, Antonio.

—¡Oh! hasta tanto que no sepa lo que ha sido de aquella á quien llamo hermana, imposible me será recobrar la calma.

—Comprendo vuestra inquietud.

—No quiero negaros que es grande; esa hermosa jóven parece que ha nacido para sufrir únicamente.

—¿Quién sabe el destino que el Señor la reserva?

—Mucho me temo que tenga poco de halagüeño; pero esto no es del caso: ¿teneis algun indicio que nos sirva para encontrarla?

—Algo más que eso.

—¡Bendito sea Dios!

—Sé donde está y cómo está.

—Esto me tranquiliza algun tanto, aunque me parece bastante extraño que Luisa se haya determinado á pasar una noche entera fuera de su casa.

—Ha tenido que conformarse á la fuerza.

—¡Á la fuerza!—dijo Antonio algun tanto admirado.

—Sí, amigo mio, no ha estado en su mano evitarlo.

—Pues ¿qué la ha ocurrido?

—Un accidente que la acometió inesperadamente y que la obligó á guardar cama desde el momento en que le sobrevino.

—¿Y la habeis visto vos desde entonces?—preguntó Antonio, cuya agitacion crecia por instantes.

—No, no la he visto.

—¿Y creeis que está bien asistida?

—De ello no me cabe la menor duda.

—¿Podeis indicarme la casa en donde se halla?

—No tengo inconveniente.

—Hacedme ese señalado favor.

—Se halla en casa del señor conde de Lazan.

—¿Cómo?—exclamó Antonio poniéndose densamente pálido.—Perdonad, señora, ¿habeis dicho?....

—Que se halla en casa del señor conde de Lazan—repitió Alina.

—¡Ah! todo lo comprendo—murmuró Antonio.

—¿Qué es lo que comprendeis?

—Las causas que han podido motivar el accidente de Luisa.

—¿Cómo os las explicais?

—Deduzco que á consecuencia de alguna escena terrible, mi pobre hermana experimentó el repentino mal que la privó del sentido. Aquel miserable, portándose como un mal caballero portarse suele es indudablemente la causa de esta nueva desdicha que aflige á Luisa, pero ¡vive el cielo! juro que he de vengar esta nueva ofensa; pronto se ha olvidado de que aun existo yo.

La exaltacion de Antonio habia llegado á su colmo.

Alina procuró tranquilizarle.

—No os ofusqueis, Antonio; para acusar se necesita tener pruebas del delito, de lo contrario corre uno riesgo de equivocarse lastimosamente.

—De seguro que no calumnio á nadie en este momento.

—¿Quién os lo asegura?

—Mi corazon.

—El corazon suele engañarse.

—No me engaña el mio tratándose del señor hijo del conde de Lazan, estoy muy seguro de ello, tanto que he formado ya mi resolucion.

—¿Puedo saber cuál es?

—La de irme en derechura á casa del señor conde.

—¿Y con qué objeto?

—Con el de tener una entrevista con el jefe de esa familia.

—¿Con el conde?

—Sí, con el conde, por más que esto os admire, señora.

—Y ¿qué os proponeis?

—Tratarle como merece; llamarle al cumplimiento de su deber, y si no soy atendido, si me recibe con insolencia, juro que ha de pesarle.

—Vos no hareis eso que decís.

—¿Quién ha de impedírmelo?

—La reflexion.

—Cuando me decido á hacer una cosa, la hago y no reflexiono.

—Pues haceis muy mal.

—No sostendré lo contrario, pero lo hago así.

—Os creia más juicioso; siento haberme equivocado.

—Hay momentos, señora, en que el juicio casi se pierde por completo, y yo me hallo ahora en uno de ellos.

—Pues es preciso que desistais del proyecto que habeis formado.

—¿Desistir yo de ir á ver al conde y llenarle de denuestos? perdonadme, pero no es posible.

—¿Con qué derecho vais á insultar á ese caballero?

—Ya os he dicho que no me cabe duda de que Luisa ha sido insultada en esa casa; tal creo, y en vano se tratará de hacerme creer lo contrario; por lo tanto, estoy resuelto á que el conde escuche de mis labios palabras que quizá nadie hasta ahora se haya atrevido á dirigirle.

—¿No comprendeis que es una imprudencia el presentaros en esa casa, y que pretendais tener una entrevista con el padre de aquél cuya sangre habeis derramado hace pocos dias?

—Pues cuide mucho el señor conde de no ponerme en el caso.....

—¿De qué?—preguntó con cierta emocion Alina.

—De que derrame tambien la suya.

—¡Jesús!—exclamó Alina llevándose ambas manos á los ojos cual si temiera ver ya correr la sangre de que se hablaba.

—Sí—continuó el exasperado jóven—estoy completamente resuelto á que el señor conde escuche cuanto tengo que decirle, y lo estoy mucho más aun á vengar por completo á Luisa.

—Jóven, dejadme á mí el cuidado de velar por la que llamais vuestra hermana; yo os fio que lo haré cual hacerlo pudiera la más cariñosa madre.

—No dudo yo de vuestro cariño, pero.....

—¿Pero qué?

—Dispensadme si creo que vos nada habíais de lograr.

—Algo más que vos—repuso Alina.

—Así será, pero ya he tenido el honor de deciros que cuando formo una resolucion es muy difícil, por no decir imposible, hacerme desistir de ella.

—La generosidad de vuestro corazon, el cariño que profesais á Luisa y la impetuosidad de vuestro carácter, podrian, si realizais vuestro intento, conduciros á un extremo fatal.

—No temo á la muerte.

—Ya sé que teneis valor, pero ¿á qué exponeros inútilmente?

—El peligro me atrae, y..... perdonad, señora, si os dejo, pero estoy impaciente, temo por Luisa, y me ausento.

Alina se levantó bruscamente del asiento que ocupaba, dirigió á la puerta, la cerró y se guardó la llave.

Antonio se sorprendió y dijo un tanto amostazado:

—¿Qué haceis, señora?

—Ya lo veis; cerrar.

—¿Qué intentais, pues?

—Evitar que cometais un crímen.

—Señora, os suplico que me franqueeis el paso.

—Imposible por ahora; más tarde, cuando hayais desistido del intento de ir á ver al conde de Lazan para insultarle.

—De eso no desistiré nunca.

—Sí desistiréis.

—No, y mil veces no; todo cuanto á mi pobre Luisa han hecho sufrir los indivíduos de esa familia aborrecible, he de vengarlo yo; y os advierto, señora, que cuanto más me detengais, tanto más se aumentará mi furor.

—¿Acaso ese furor pensais ejercerlo tambien en contra mia?

—¡Ah, señora! Eso jamás; bien sabeis á quien aludo; yo agradezco la intencion que os induce á disuadirme, pero como, aunque con sentimiento mio, no puedo complaceros, os ruego que no me detengais.

—Pues es inútil que rogueis, porque os detengo.

—Entonces, quiere decir que ya que cerrais la puerta, me será preciso.....

—¿Qué?

—Salir por el balcon.

Antonio se abalanzó á uno que cerca de él habia y abrió de par en par las vidrieras. Alina entonces exclamó con temblorosa voz:

—¡Detenéos!

—Franqueadme, pues, la puerta.

—Lo haré así—contestó Alina.

—Gracias, señora.

Alina se dirigió á la puerta y la abrió.

—¿Nada hay, Antonio, que os pueda buenamente hacer desistir de vuestra idea?

—Nada.

—Pues entonces, será preciso apelar al último recurso.

—Será inútil, señora; dispensáos esa molestia; nadie podrá impedir que lleve á cabo mi resolucion.

—Pues os equivocais; algo habrá que lo impida; yo os lo aseguro.

—Quedad con Dios, señora.

Antonio se dirigió á la puerta de salida.

—Una sola palabra—dijo Alina.

Antonio se detuvo.

—La escucho, señora.

—¿Sabeis quién es el hombre á quien estais dispuesto á insultar?

—El conde de Lazan.

—Es..... vuestro padre.

Antonio se quedó atónito al escuchar tan súbita como inesperada revelacion; guardó silencio durante algunos momentos, y por fin exclamó:

—¡Imposible! Yo he conocido á mis padres.

—Aquellos que conocísteis como tales, no lo eran; vuestros padres verdaderos lo son el conde de Lazan y la duquesa de la Jaridilla.

—Pruebas, pruebas de lo que decís—exclamó Antonio en el mayor grado de agitacion.

—¡Pruebas! Pues bien; venid conmigo, y os las daré tales que no os dejen lugar á la duda.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Azucena la gitana.

Entre el laberinto inextricable de tortuosas callejuelas que componian en aquella época el barrio de la Morería, á pesar de las nuevas edificaciones y embellecimientos que se iban llevando á cabo, veíase un estrecho callejon sin salida, cuyo fondo lo formaba una casa de apariencia mezquina y sombría.

La soledad de aquellos barrios, la oscuridad en que estaban, el temor que acompañaba á la mala fama que pesaba sobre aquellas calles, contribuian á hacerlas más solitarias y pavorosas, especialmente en cuanto cerraba la noche.

Y no porque faltaran transeuntes, pues no cesaban de verse circular bultos informes, que, semejantes á negros fantasmas, se deslizaban junto á las paredes, sino porque el mismo silencio, la misma precaucion de que se rodeaban, las daba cierto aspecto misterioso que oprimia el corazon

¿Quiénes eran estos misteriosos transeuntes?

La Morería, como su nombre lo indica, fué sucesivamente barrio habitado por moros y judíos, y de ellos, como un patrimonio, como una tradicion, pasó á poder de gitanos y demás gente de su estofa.

Con unos y con otros fueron las industrias á que con especialidad se dedicaban, y si los moros vendian armas y tafiletes, en los chiribitiles judíos se iba á buscar perfumes, bebedizos y horóscopos, y en los tugurios gitanos, remedios para y contra el amor y buena-venturas.

Achaque español ha sido siempre una supersticion extraordinaria, de que ni aun en la actualidad están libres, no ya las personas, en particular las mujeres, poco ilustradas, sino tambien aquellos que por su educacion y posicion social parecian hallarse al abrigo de estos absurdos; júzguese, pues, con cuánto más motivo se hallarian difundidas estas creencias en el tiempo á que nos referimos.

Empero la conciencia, juez regulador de las acciones humanas, por más que el hombre no quiera oir su voz, le advierte, y á veces con harta severidad, cuando obra mal, y la conciencia entonces como ahora dice á los que se abandonan á semejantes supersticiones, que cuando ménos son ridículas; y esa es la razon de que ninguno se atreva á confesarlas en alta voz, ni manifieste sus visitas á los agoreros con la franqueza con que anuncia otras visitas.

Así es, que tanto entonces como ahora, ó se han hecho esas visitas de noche, ó valiéndose de algun otro pretexto.

Y este mismo era el motivo de aquella extraña circulacion de sombras por la noche en el barrio de la Morería, sombras que no eran otra cosa que señoras, á veces de la más encumbrada posicion social, que iban en busca de alguna receta en relacion con el amor, ó á saber la buena ventura.

Allí vivia una gitana en la época que vamos describiendo, llamada por los suyos Azucena, y conocida por este nombre por todo Madrid.

Era Azucena la nata y flor de las gitanas: nadie se ponia en jarras y decia un chiste con más salero que ella; ninguna cogia con más garbo una mano para examinar las rayas que cruzan la palma en todas direcciones; nadie esparcia sobre la mesa con más gracia las cartas de una baraja; y por último, nadie sabia encontrar palabras para consolar, para animar, para dulcificar malas noticias como ella.

Á pesar de los cuarenta y ocho años y de su color tostado, sus facciones eran aun regulares, y de sus ojos se escapaban miradas provocadoras, que pocos años antes debian haber sido irresistibles.

En sus labios vagaba siempre una sonrisa, que con trabajo se podia definir si era de dolor á causa de sufrimientos, de desprecio por motivo de decepciones, ó de burla como resultado de un cruel escepticismo: sin embargo, no carecia de gracia, y contribuia á acentuar más aquel rostro, que no era del todo antipático.

Vestia un traje abigarrado como todas las de su raza, que se complacen en hacerse notar por lo extraordinario de esta circunstancia.

Por lo regular sus piés y piernas iban siempre desnudos, lo cual no impedia que estuvieran sumamente limpios: una corta basquiña con guarniciones y flores, todo de colores chillones, hacia resaltar sus redondeadas formas, que la agitaban con un aire sin igual; un corpiño de velludo con alamares y golpes, una sarta de corales que rodeaba cuatro veces su cuello y unas arracadas le descansaban en los hombros, y unas agujetas clavadas en su profusa y negra cabellera, acababan de formar un conjunto gracioso y simpático.

Á su aire exterior se unian su amabilidad, su carácter complaciente, sus conocimientos quirománticos y cartománticos, y sobre todo el buen éxito con que se empleaban sus medicamentos y sus buenos oficios en ciertos corretajes, lo cual la hacia ser buscada por toda la gente principal de Madrid.

La casa en que habitaba, aunque de mezquina apariencia, no carecia de comodidades, y hasta de recursos.

Un oscuro y reducido zaguan mediaba entre la puerta de la calle y la que daba entrada al interior de la casa, y varias mirillas, ocultas unas, visibles otras, permitian á los de dentro ver qué clase de persona llamaba á la puerta, y en su consecuencia hacer lo que á sus intereses conviniera.

Una vez traspuesta esta segunda puerta, se subia por una escalera estrecha al primero y único piso que la casa tenia, y por un corredor nada claro, se llegaba á una antesala, en torno de la cual habia un banco de madera.

Desde ella se entraba en otra sala rodeada de almohadones, y por último, en un pequeño gabinete, verdadero santuario donde la sibila pronunciaba sus oráculos.

En aquellas dos antecámaras, era fácil de comprender que debian reunirse las personas que iban á utilizar sus servicios ó conocimientos; pero como la distincion de clases era tan marcada en aquel tiempo, hubiera cometido una falta imperdonable, dejando mezcladas la aristocracia con la clase media; y Azucena, que habia pasado toda su vida entre la nobleza, que sabia sus secretos, los detalles más íntimos de las historias de cada casa y de cada indivíduo, las minuciosidades de la etiqueta, y los grados de orgullo más ó ménos legítimo de sus consultantes, no cayó en ese error, y dando á cada uno lo suyo, como ella decia, era querida de cuantos la trataban.

La salida se efectuaba por distinto camino que la entrada.

En el gabinete de la gitana se veia una puerta pequeña, que daba salida á un corredor, el cual daba la vuelta para unirse en la mediacion al que iba á parar en la escalera.

De esta suerte evitaba entorpecimientos en la entrada y salida.

Una gitana, no se sabe si amiga, parienta ó criada, pues siendo casi de igual edad que Azucena, ésta, tan pronto le di-

rigia la palabra en tono amistoso como imperativo, velaba para que el tránsito estuviera expedito, y cuidaba al propio tiempo de introducir á las consultantes que esperaban su turno, porque á pesar del cuidado que Azucena tenia de citar á horas especiales á sus visitantes cuando se la prevenia de antemano, solia, sin embargo, suceder que se presentaran de improviso algunas, en cuyo caso era forzoso organizar un turno.

Hemos dicho que Azucena conocia la historia de toda la nobleza, y preciso es que añadamos que esa circunstancia la habia decidido á abrazar la profesion á que se dedicaba.

¡Cuántos acontecimientos decia leer en las cartas que habia oido ó presenciado hacia largos años, y que perfectamente notorios para ella, eran de todo punto desconocidos para el consultante!

¡Cuántos otros habia predicho como vaticinio estudiado en una raya de la mano, y sin embargo no eran más que el resultado de un raciocinio, la consecuencia lógica de sucesos que se venian realizando y contribuyendo como otras tantas concausas á un acontecimiento final é irremediable!

Y este conocimiento de Azucena, hacia que con toda seguridad pudiera responder á los que la consultaban, y esta seguridad aumentaba su fama, especialmente entre la nobleza, que era quien con sus numerosos regalos sostenia á la gitana.

Su amable conversacion le proporcionaba tambien datos contínuamente, pues tenia bastante habilidad para obtener indirectamente noticias al hablar con unos, ya de otros, ya de ellos mismos, y su imaginacion las conservaba y se las presentaba en el momento oportuno como un libro abierto.

A casa, pues, de Azucena se encaminaron Alina y Antonio, ella con paso rápido y desembarazado, y él sombrío y meditabundo.

Ignoraba adónde le conducia; pero tenia fe en ella, y no

temia que le engañara, á pesar de la violencia que le costaba creer en la diferencia de orígen que le habian anunciado, y dejar de mirar como á sus padres á aquellos que como tales habia amado.

—¿Pero no me explicareis?....—dijo al fin devorado por la impaciencia.

—Nada todavía: os he ofrecido pruebas, y las tendreis. Seguidme.

—Pero ¿á dónde vamos?

—Donde podais obtener esas pruebas que deseais, donde pueda poneros de manifiesto con todos sus detalles cuanto yo os he dicho un testigo presencial de vuestra vida.

—Y ¿quién es?

—¿Habeis oido hablar de una gitana que habita en el barrio de la Morería, y es conocida y buscada por toda la nobleza de Madrid?

—¿Azucena?

—La misma.

—¿Quién no ha oido hablar de ella? Su fama es general, y no hay quien no acuda á oir sus necedades.

—¿Necedades llamais á sus vaticinios?

—No puede decírseles, ni merecen otro nombre.

—Luego ¿vos no creeis en ellos?

—De ningun modo; y si la prueba de mi nacimiento es algun vaticinio de esa gitana, desde luego os advierto que es inútil que os tomeis ninguna molestia, porque no he de creerla.

—Mal podria tomar como prueba una prediccion. Las pruebas del pasado las constituyen hechos ó documentos, y solo en ese sentido os he ofrecido daros pruebas.

—Luego ¿existen documentos?

—Ignoro si Azucena posee ó sabe quién posea pruebas escritas; respecto á hechos, ella conoce perfectamente todos los que se refieren á vuestro nacimiento, y os los referirá.

—Lo veremos.

Así siguieron hasta llegar á la puerta de la casa de Azucena.

No bien penetró en la estancia Alina, dejando á Antonio en la antecámara, salió á recibirla Azucena, y con acento afable, le dijo:

—Tiempo hace que no os habia visto, señora; ¿cuál es la buena fortuna para mí que os conduce á esta casa?

—Acompaño á un jóven.....

—¿A un jóven?

—Sí.

—¿Y qué quiere?

—Yo le he ofrecido que vos le referireis la historia de su nacimiento.

—¿La ignora él quizá?

—Sí.

—¿Y estais segura de que yo la sé y puedo referírsela?

—Lo estoy.

—¿Quién es, pues, ese jóven?

—No lo he de decir. Veamos si su aspecto hace renacer en vos la memoria de los sucesos á que debe la existencia.

—Hacedle entrar.

Alina se acercó á la puerta, hizo una seña, y Antonio se presentó resueltamente.

Azucena fijó en él los ojos y exhaló un grito, diciendo:

—¡Ah! Te conozco.

—¿A mí?—repuso Antonio.

—Sí, sí; ya sé quién eres.

—¡Cómo!

—Tienes el mismo rostro de tu madre, y algo de la fiereza de tu padre.

—¿Conocísteis á mis padres?

—Les conozco.

—Mis padres han muerto.

—Tus padres viven, jóven.

—Mis padres eran modestos, honrados.....

—Tus padres son nobles, de elevada alcurnia, y gozan de la consideracion pública y del favor real.

—Es una calumnia.

—Es la verdad.

—Pruebas de ella necesito.

—Las tendrás, jóven.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Ahora mismo. Sentáos, y oidme esa historia.

Los tres tomaron asiento, y Azucena comenzó á hablar.

CAPÍTULO LXXXIX.

Quiénes eran los padres de Antonio.

Con voz grave y reposada, comenzó su relato Azucena en la siguiente forma:

Hará próximamente unos veinticinco años, habia en la córte de España una dama de elevada alcurnia, jóven, de una hermosura excepcional y dueña absoluta de un patrimonio inmenso. Los reyes le dispensaban su alta proteccion, no tan solo porque la amaban todo cuanto es capaz de amar un rey á un súbdito suyo, sino porque les inspiraba sumo interés aquella niña, casi libre absolutamente y representante única de un nombre esclarecido.

En aquella época estaba muy de moda entre las señoras más encopetadas, el tomar bajo su proteccion ya comediantas ó cómicas que llamaran la atencion de los aficionados, ya estudiantes sin recursos y con talento, ya toreros ó gitanos que, entre la gente del bronce de los barrios bajos de Madrid fueran los más ternes, y hasta muchas veces bandidos terri-

bles por sus fechorías, á quienes tenian á gala las tales señoras librar á todo trance del justo castigo que la justicia en sus fallos les imponia.

Tambien florecia en aquella misma época un hombre de alta jerarquía, cuyo carácter y circunstancias no quiero describir porque todos le conoceis, que estaba perdidamente enamorado de la dama en cuestion.

Cuanto puede inventar la mente de un hombre apasionado para conseguir al dulce objeto de sus sueños, otro tanto puso en juego el amador para enternecer el alma de la jóven señora.

Todo fué inútil. Susurrábase en la córte que el corazon de aquella dama pertenecia por completo á un hombre de la más humilde procedencia. Los hechos que voy á referir probarán que aquellos rumores no carecian de fundamento.

La jóven, por seguir la costumbre de la época, dispensó su proteccion á un gitano de gentil presencia, que á una voz de tenor de las más favorecidas, reunia toda la gracia de la tierra de María Santísima para entonar un Vito, una Soleá, un Zorongo, ó unas playeras que llegaban al alma.

He dicho que la jóven dama habia dado su corazon al gitano, pero aquel amor no habia pasado ciertos límites: el gitano amaba tambien con delirio á la dama, y nunca se habia atrevido á revelar su afecto más que en sus cantares, delante de todo el mundo, cuando nadie podia murmurar. La dama habia comprendido que aquellas brillantes improvisaciones, aquellas imágenes atrevidas que la ardiente imaginacion meridional de nuestra tribu concibe con tanta facilidad y poesía y expresa con tal vigor, emanaban de un corazon que la dedicaba todos sus latidos, todas sus aspiraciones, y el suyo no fué sordo á aquellos acentos. Insensiblemente, sin darse cuenta de ello, sin quererlo tal vez, el fuego que en uno ardia se comunicó al otro, y ambos se consumian sin llegar nunca á comunicarse por medio de una declaracion el estado de sus almas.

Y es que entrambos comprendian la distancia que los separaba, y no trataron nunca de salvarla.

El noble, entretanto, no cejaba en su propósito.

Hombre muy acostumbrado á hacer en todo y por todo cuanto se le ocurria, le irritaba el encontrar dificultades, y no pudiendo conseguir el interesar en lo más mínimo á la dama, decidió hacerla suya á todo trance.

Ambos pertenecian á la real servidumbre, aunque en distintas categorías. El hombre rodeó á la dama de espías y de criados pagados que le enteraban minuciosamente de todo cuanto la jóven hacia.

Un dia la dama hacia la guardia á la reina que se sentia indispuesta. Pasó la noche en vela en la régia alcoba: al amanacer llamó á una compañera y se retiró á descansar algunos momentos á la cámara de damas de servicios.

Dejóse caer, sin desnudarse sobre la cama. Antes de conciliar el sueño sintió sed y recordó que sobre una mesita próxima habia visto algunas confituras y refrescos. Sirvióse una naranjada, en la que notó un gusto algo amargo. Sin darle importancia bebió con afan y procuró dormirse.

El sueño que concilió fué en verdad fatal para la dama, bien es verdad que no era natural. Habia bebido un narcótico que la puso á disposicion de aquel hombre infame que abusó torpemente de aquella víctima, insensible á sus torpezas.

La dama no comprendió todo lo horrible de su estado, hasta algun tiempo despues. La infeliz se hallaba en cinta.

Procuró ocultar su vergüenza y su estado á los ojos de todo el mundo.

Lo que más la atormentaba era que ignoraba quién fuese autor de su desgracia. No sabia á quien debia exigir una reparacion.

Ni se atrevia á intentar averiguarlo porque temió que sus pesquisas se volvieran en contra suya, es decir, que en vez de descubrir al criminal diesen á conocer su deshonra.

El autor de tal hazaña, como tenia montado un seguro espionaje, lo que no sabia de su víctima, lo adivinaba.

Así es que comprendió lo que pasaba en su alma y quiso darle un alivio, no sé si por caridad ó por cálculo.

La jóven recibió un anónimo en el que se la decia quién era el que habia abusado de ella, dándole tantos detalles del hecho que no pudo dudar de su veracidad.

Aquel anónimo estaba escrito, sin duda, con el propósito de ver si la jóven, cediendo á lo horrible de su situacion, se allanaba á un arreglo que facilitara su casamiento con aquel infame.

Todo el orgullo de una mujer ofendida en lo más sagrado, se rebeló contra aquella idea y la indiferencia que hasta entonces habia mostrado al hombre que la solicitó, se trocó en un odio mortal.

Pero la situacion se iba haciendo á cada momento más crítica.

La jóven solicitó de los reyes un permiso de cuatro meses para visitar sus posesiones y cambiar de aires con objeto de reparar su salud que sentia algo quebrantada. El permiso fué concedido en el acto.

El mismo dia en que se le concedió, recibió la dama una carta firmada por el causante de su desgracia en la que con las más humildes frases y la más viva insistencia se la suplicaba una entrevista en su casa *para arreglar ciertas cuestiones de honor,* segun decia.

La jóven no creyó prudente negar lo que se la pedia.

Verificóse aquella.

Fué fria, reservada. Él mostróse atento, cortés, en algunos momentos apasionado. Ella fria, desdeñosa, altiva, ni siquiera quiso honrarle con su irritacion.

Se convino en que lo que se diese á luz se encargaria el padre de ocultarlo y de cuidar con esmero de su educacion y subsistencia, dando á la madre noticias de su paradero. Des-

pues se separaron como se habian reunido: frios é indiferentes.

Á su debido tiempo, la jóven, en una apartada quinta de su propiedad, dió á luz un niño que con arreglo á lo convenido se llevó un criado de aquel hombre.

El niño fué llevado á Madrid y, por un azar de la suerte, entregado al gitano que amaba á la jóven dama.

Este gitano hacia tiempo que habia contraido matrimonio con una mujer de su raza que la amaba con idolatría. El gitano creyó hallar en las caricias de su esposa el olvido de su pasion y no lo consiguió.

Habia tenido un niño casi al mismo tiempo que la dama tuvo el suyo; mas por desgracia, murió, y aprovecharon la ocasion que les brindó un criado del noble que tenia el encargo de buscar quien se encargase del hijo de su amo, para aceptarlo; pero el gitano, que no era tonto, quiso conocer quienes eran los padres de aquel niño, y á fuerza de tenacidad é investigaciones averiguó la verdad.

Con dolor y alegría á un tiempo supo quién era la madre; pero tuvo suficiente abnegacion para no manifestarlo á nadie más que á su esposa para recomendarla velase con solícito cuidado por aquel niño.

Aquí debo hacer una aclaracion: la mujer del gitano era tal vez la única persona que con seguridad habia adivinado que su marido amaba á la dama y que era correspondido.

Al saber quien era la madre de aquel niño, lo aceptó con júbilo, porque teniéndole á su lado pensaba hacer de él algun dia un instrumento de venganza de las infidelidades de su esposo. La pobre estaba en la creencia que el verdadero padre de aquella criatura era su marido.

—¿Pero no direis el nombre de todos esos personajes?—exclamó Antonio sin poder contener su impaciencia.

—Espera, jóven, espera. Pronto lo sabrás todo—respondió tristemente Azucena.

—Continuad—murmuró el jóven.

—Un hombre de humilde condicion, al parecer—prosiguió la gitana—habia solicitado mucho cuando soltera á la que despues fué esposa del cantador. Ya casados, pareció desistir de sus pretensiones, pero no era así, antes como la fiera que acecha á su víctima, esperaba una ocasion propicia para reincidir en sus intentos.

Aquí continuó Azucena refiriendo al jóven todos sus detalles del asesinato de su marido en la venta por el conde de Lazan, que ya conocen nuestros lectores por la relacion de Alina.

El relato habia sido largo, fatigando á la gitana, que por ser parte principal en aquel drama, necesariamente habia de conmoverse al recordarlo.

Azucena calló. Antonio respetó unos momentos su silencio; mas despues, viendo que éste se prolongaba, preguntó:

—¿Y aun no podemos saber todos los nombres de los personajes que toman parte en esa historia?

—Sí, por cierto—respondió la gitana—la dama era la duquesa de la Jaridilla; el noble infame que todos conocemos, el conde de Lazan; y el gitano, el pobre Pedro Colmenares mi marido.

—¿De modo que aquel niño?...—balbuceó Antonio.?

—Aquel niño eres tú.

—¿Pues cómo esta familia?....

—Ahora lo sabrás.

CAPÍTULO XC.

Continuacion del anterior.

Nuestros lectores saben ya por boca de Alina los sucesos de la venta en la ocasion en que el conde de Lazan iba mandando la escolta que debia acompañar á Madrid á la duquesa de la Jaridilla, y nos creemos por tanto dispensados de hacer una repeticion inútil.

Sin embargo, como nos interesa ponerles al corriente de la historia de Antonio, nos permitirán que pasando por alto este paréntesis, que pueden continuar en su respectivo sitio, volvamos á dejar la palabra á Azucena desde el momento en que desapareció el niño que pasaba por hijo suyo.

—Poco despues—continuó—recibí una carta que decia lo siguiente: «Bastante tiempo me has despreciado y yo te he amado sin esperanza: ha llegado mi vez: me llevo tu hijo: vente á mi lado, y serás amada, obedecida, considerada y le tendrás; pero si sigues despreciando mi amor, no volverás á

saber de él.» ¡Juzgad del efecto que su lectura me haria! No era, sin embargo, el amor que al niño profesaba lo que más me atormentaba; debo confesarlo en honor de la verdad.

—Y yo lo comprendo—dijo Antonio—no era hijo vuestro...

—Justamente; pero al perderle, perdia un arma poderosa, mucho más en aquellos momentos, y una mina preciosa que explotar.

Cuando un poco más tranquila de los sucesos que habian conmovido mi ánimo pude mirar de frente mi situacion, comencé á hacer diligencias; pero ni el niño, ni Mariano, su raptor, se encontraban por ninguna parte.

Entonces, ¡misterios del corazon! entonces creo que sin saber por qué, acaso por ese golpe atrevido, empecé á pensar en Mariano contínuamente.

Sabia que en su vida habia más de una página oscura, más de un hecho reprobable; no ignoraba que ponia su brazo al servicio de quien mejor le pagaba, y que su ocupacion ordinaria era el robo: todo esto me era conocido, y á pesar de la repugnancia que esos antecedentes me inspiraban, á pesar de haber sido la causa principal de mis desaires anteriores, esa conducta, unida á la circunstancia de estar yo casada, á pesar de tanto como habia aborrecido aquella vida tortuosa, mi pensamiento se fijaba sin cesar en él, y sentia en esa idea cierta complacencia.

¿Seria el deseo de recobrar el niño?

No lo sé, pero lo cierto es que habia trascurrido un año, y nada sabia de él; que pasaron dos, y hacia contínuas indagaciones; que llegaron los tres, y llevaba recorrida casi toda España ; y que cerca de cumplirse los cuatro, pude averiguar en Madrid que por el tiempo en que ocurrió la muerte de mi marido, él se habia presentado en la capital con un niño de corta edad.

Desde entonces ya no tuve sosiego.

Continué sin cesar mis pesquisas, y ¿qué podré decir? esta

curiosidad contrariada, este misterio en que él se habia envuelto obraron más poderosamente sobre mi imaginacion, que toda la solicitud y el rendimiento con que antes me habia requebrado de amores.

Aquel hombre, á quien tantas veces habia yo rechazado con aspereza, era ahora amado por mí; amado con verdadera pasion, amado con delirio, hasta el extremo de ansiar su presencia, de temer que me hubiera olvidado durante el tiempo trascurrido.

Esta idea me atormentaba incesantemente, y agitada por ella no hallaba sosiego ni estabilidad en ninguna parte.

Un dia..... me hallaba yo en Granada, y al atravesar una callejuela me pareció ver á Mariano entrar en una casa, como huyendo de mí; me llegué, pregunté por el, y no me supieron dar razon. Volví al dia siguiente, y sucedió lo mismo; al tercer dia me entregaron un billete que solo contenia estas palabras: «No te han engañado: voy á Madrid: si me amas allí nos veremos: tu presencia será señal de que puedo esperar que corresponderás á un amor que aun te conservo tan firme como el primer dia.»

—Es decir—observó Antonio—que era un ardid suyo.

—Sí tal; pero á mí no me importaba, ni tenia tiempo para reflexionarlo. Sabia que aun me amaba, y ya tenia bastante: no queria más que poseer su amor.

Sin detenerme arreglé mi viaje y partí inmediatamente para Madrid.

Recorrí todos los sitios que, segun mis noticias, acostumbraba frecuentar y en ninguno me dieron razon de él: todos me respondian que hacia ya bastante tiempo que al parecer faltaba de Madrid.

Creí que habia sido una sangrienta burla de parte suya, y aquello, que debia haberme hecho olvidarle y aun odiarle, no sirvió más que para aumentar la pasion que como una hoguera me devoraba.

—Tan cierto es—observó Alina—que los extremos se tocan, y que el odio exagerado está muy cerca del amor.

—Por fin—continuó la gitana—una noche en que sentada junto al fuego me entretenia en ver subir las chispas y perderse en el espacio; en uno de esos momentos en que parece que la mente duerme, pues no se conciben ideas, y hasta la mirada es completamente perdida, oí llamar á mi puerta con cautela. Levantéme con cuidado, y acercándome á la ventana divisé un hombre. No necesité preguntar quién era: mi corazon me lo decia á voces.—¡Mariano!—exclamé abriendo la puerta.—¡Silencio!—replicó él en voz baja y tapándome suavemente la boca con la mano.—Entremos: tengo que hablarte.—Así lo hicimos. Tomamos asiento uno á cada lado del fuego, y entonces me explicó la causa de su desaparicion, porque en efecto, habia desaparecido, al ménos en apariencia.

—¿No era, pues, un ardid?

—No, señor; la casualidad, ó por mejor decir, mi destino habia ordenado las cosas de esta suerte. Al llegar á Madrid, Mariano se habia propuesto vivir tranquilamente en su casa, conservar el niño á su lado y esperar mi llegada, que no deberia en su concepto retardarse mucho; pero sus recursos eran escasos, y ayudado por aquella criatura pronto dió fin de ellos. No sabia, ni tenia voluntad de trabajar, y no faltó quien le hiciera algunas proposiciones que ya no eran nuevas para él. El hambre es mala consejera, y todos sus buenos propósitos desaparecieron como el humo.

Pocos dias despues, á consecuencia de un robo de consideracion, pusiéronse en movimiento todos los corchetes no solo de Madrid, sino de toda España, y la mayor parte de los que en él habian tomado parte cayeron en poder de la justicia.

Mariano resistió todo el tiempo que pudo por no alejarse de Madrid, ya escondiéndose en una casa, ya en otra; mas al fin tan acosado se vió, que no halló otra salvacion que apelar á la fuga. Entonces, segun me dijo, viéndose precisado á

abandonar el niño, lo hizo dejándole en una escalera, y averiguando despues quien lo habia recogido para poder darme razon, si algun dia se reunia conmigo.

Por él supe que el niño pasaba en aquella ocasion por hijo de un honrado militar retirado, llamado don Antonio Gil de Mesa, que aunque pobre habia acogido con bondad aquella criatura que tal vez creia extraviada ó hija de padres miserables, y que sin embargo estaba muy lejos de sospechar que debia la vida á un crímen, y á dos personas de la primera categoría entre la aristocracia.

Tal es la historia de vuestro nacimiento, y ninguna prueba mejor que referíroslo la primera interesada en este asunto.

CAPÍTULO XCI.

Despues de la historia.

Antonio quedó pensativo.

Las dos mujeres se miraron sorprendidas de la actitud del jóven.

Y efectivamente, no faltaba motivo para ello.

Ningun extraño que hubiera oido la historia relatada por Azucena, hubiera podido adivinar, por el continente de Antonio, que el destino de éste estuviera tan íntimamente ligado á aquella.

No parecia sino que no le importaba lo más mínimo todo lo que habia oido.

De pronto, dirigiéndose á Azucena, preguntó:

—¿Y dónde está ahora Mariano Lopez García?

Aquella pregunta desconcertó á las dos mujeres.

A Alina porque no podia comprender en aquellas circunstancias el por qué de ella.

Azucena, al contrario: porque comprendia demasiado la razon que la motivaba, y adivinando las consecuencias de la respuesta, tuvo miedo.

—No lo sé—limitóse á contestar.

—¿No lo sabeis, ó no lo quereis decir?—insistió el jóven, acompañando sus palabras con una mirada escrutadora.

Azucena no pudo resistir aquella mirada.

—Voy á hablarte con toda franqueza—dijo resueltamente. —Mariano es un hombre que me infunde temor. Estoy ligada á él con lazos que desearia romper, que quiero, que ansío deshacer; pero como le conozco mucho, cada vez que en ello pienso, siento desmayar mi corazon solo al reflexionar de lo que es capaz.

—Mas en esta ocasion—replicó el jóven—nada teneis que temer.

—Lo supongo—respondió la gitana—pero no puedo decir nada, porque en realidad nada sé.

—Vos, la mujer de toda su confianza, la que tanto le quiere, ¿no sabeis nada?—preguntó Antonio extrañado y mirándola con desconfianza.

—Imposible parece—murmuró Alina.

—Pues nada hay más cierto—contestó Azucena con conviccion. — Está muy avezado al crímen, y como siempre tiene que arreglar cuentecitas con la justicia, todas las precauciones le parecen pocas. Además, aunque verdaderamente me quiere, aunque sabe que le pertenezco, tampoco ignoro que no es el cariño el lazo que á él me liga, y por consiguiente, para su seguridad, procura tenerme siempre en la mayor ignorancia.

Antonio, que la escuchaba con la mayor atencion, comprendió lo lógico de las razones que expuso la gitana, y comenzó á mover la cabeza de arriba abajo con desaliento.

Alina, que era la más indiferente en aquella conversacion, fué la única á quien se le ocurrió una idea luminosa.

¿Y ese hombre—preguntó—siempre se ha portado con vos del mismo modo?

Azucena miró á su interlocutora fijamente, como si en aquella mirada quisiera leer la intencion que envolvia la pregunta.

—Del mismo modo—respondió—con muy poca diferencia.

Antonio comprendió la intencion de Alina, y con viveza preguntó:

—¿Luego en alguna época no se mostró tan desconfiado?

—Al principio de nuestras relaciones—contestó Azucena—aunque un poco reservado, solia ser algo más expansivo.

—¿Y en esos momentos de expansion, nunca os confió sus planes, sus relaciones, su género de vida?—continuó el jóven.

—Nunca—respondió la interpelada.—Solo algunas palabras sueltas que á veces se le escapaban, algunos recados, que en un lenguaje ininteligible para mí, solian darle en mi presencia; la inseguridad y falta de órden en las horas en que podia verle, y sobre todo, los distintos sitios en que le veia, me hicieron en un principio concebir sospechas, y despues me afirmaron en que aquel hombre era un criminal temible, y capaz de todo lo malo que se pueda imaginar.

—¿No recordais ahora qué sitios eran los que él frecuentaba más?—interrogó Antonio.

—Ninguno—contestó.—Estoy segura de que no le ví nunca dos veces en un mismo lugar.

—¡Mucho debe temer cuando tanto se reserva!—objetó Alina.

—Mucho.

—¿Por qué concepto? ¿De quién?—se apresuró á interrogar el jóven.

—Por muchos conceptos muy diferentes. ¿De quién? De la justicia y de varios particulares—se apresuró á contestar Azucena.—Mas debo advertirte—continuó—que todo esto no son sino deducciones mias y nada más.

—Habeis dicho antes—insistió Antonio—que algunas veces le dieron en presencia vuestra recados ininteligibles, ¿recordais si los que llevaban aquellos recados, eran siempre las mismas personas?

—Pocas veces—contestó la gitana despues de recordar un momento.—Solo recuerdo á un muchacho delgaducho, sucio y harapiento, de naturaleza enfermiza, que cuatro ó cinco veces, en presencia mia, le trajo cartas que le entregaba sin pronunciar una palabra.

Viendo Antonio que no podia sacar nada en limpio, comenzaba á desmayar en su intento, cuando súbitamente se le ocurrió una idea.

—Decidme—continuó preguntando á la gitana—si estuviera en vuestra mano el acabar con la vida de ese hombre, ¿lo haríais?

Azucena titubeó un instante.

—No hay nadie que le odie tanto como yo — dijo resueltamente—pero me infunde un miedo atroz. Sé de lo que es capaz.

—Nada temais: decid no solo lo que sepais, sino lo que habeis deducido.

—En mi concepto es un bandido entre ciertas clases de la sociedad; un intrigante con otras, y un bribon de siete suelas con todos. Estoy en la conviccion de que lo mismo vende su brazo al que se lo paga para cometer un asesinato, que asalta por su cuenta una casa para robarla, ó se introduce en un ministerio para sorprender un secreto de Estado y venderlo. Ese es Mariano Lopez.

—Bien; ¿y de qué medios nos valdríamos para poder vigilarle durante algun tiempo?

—En primer lugar necesito tu formal palabra, y la vuestra, señora, de que nunca, en ninguna circunstancia, suceda lo que suceda, manifestareis á nadie, ¿lo entendeis? á nadie absolutamente, que habeis tenido conmigo ninguna clase de re-

laciones, y sobre todo, que nunca le hemos tomado en boca para nada.

—Podeis estar tranquila por mi parte—contestó Antonio.

—Y por la mia—afirmó Alina.

—Pues bien; sé que frecuenta algunas veces una venta situada más allá de la puerta segoviana, cuyo dueño tiene por mote el tio Langosta. En aquella venta creo yo que suelen reunirse los dignos compañeros de Lopez á concertar sus planes criminales.

—Antes habeis hecho mencion de un muchacho á quien habeis visto cuatro ó cinco veces. Si le volvierais á ver, ¿le conoceríais?

—De seguro. Y puedo dar sobre él un pormenor muy interesante: un dia vino á traer á Lopez una carta. Entrególa, y al retirarse ocurriósele á Lopez alguna cosa, y le llamó con el nombre de *Mosquito;* ese debe ser el mote del chico.

—¿No recordais nada más que pueda ayudarnos en nuestras indagaciones?

—Nada absolutamente.

—Ó he de poder poco—murmuró Antonio— ó yo he de ver á ese hombre.

—Dios lo haga—dijo Alina.

—Sobre todo—encargó Azucena — acuérdate, Antonio, de que en tus manos está mi vida; no cometas alguna imprudencia.

—Descuidad—se apresuró á decir Alina. —Antonio no es ningun niño. Además, no hay peligro por ahora, pues si desea ver á Lopez, no es con objeto de hacerle ningun mal, sino para ver si por su medio puede aclarar alguna duda que respecto á su pasado tiene.

Antonio no contestó: hizo un gesto afirmativo, pero en su interior pensó:

—¡Quién sabe!

Pocos momentos despues se separaron.

CAPÍTULO XCII.

Donde se ve que Garcia se pone á trabajar por cuenta propia.

Pocos dias despues de la escena que acabamos de referir, veíase sentado á una mesa de un inmundo cuchitril que pomposamente llamaban la sala de una asquerosa taberna situada en la calle de Dos Mancebos del barrio de la Morería, á un hombre vestido con un traje hasta cierto punto indefinible.

Para el vulgo, y llamamos *vulgo* á todo el que no se fija en ciertos detalles, aquel traje no tenia nada de particular.

Para un observador, aquel traje daba lugar á sérias consideraciones.

Era un vestido acomodaticio, que convenia á todas las clases de la sociedad.

El que lo llevaba podia alternar sin llamar la atencion con un noble, un covachuela ó un chispero, sin que estos notasen una gran diferencia.

Habia de todo en él: era una especie de enciclopedia, si es que esta palabra se puede aplicar á las prendas de vestir.

La prenda principal, la que los sastres en su lengua técnica llaman *de cuerpo,* era una especie de casaca corta, término medio entre esta y la chaqueta que usaba la gente del pueblo. De buen paño de Segovia, con botones de acero y sin ningun adorno, lo mismo podia llevarla un hombre acaudalado que un jornalero.

La chupa era de seda, pero de color oscuro y sin ningun adorno; cuadraba perfectamente con la otra prenda, y reunia las mismas circunstancias.

El calzon negro, de buen corte y excelente género, no desdecia de lo anterior.

Llevaba medias azules de lana de las llamadas de *paten:* zapatos de becerro con hebillas de acero, y completaba el traje una capa parda, pero de buen paño, y un chapeo salamanquino que cubria una redecilla de seda de color oscuro.

Los puños, cuello y pechera de la camisa, buenos, mas de dudosa limpieza, y el modo de llevar el traje, era lo que formaba el contraste.

Como hemos dicho, estaba sentado ante una mugrienta mesa sobre la cual se veia un jarro, un vaso, un plato con dos chuletas asadas, otro plato con algunas aceitunas, un cuchillo con mango de cuerno y un gran pedazo del rico pan que siempre han comido los habitantes de la coronada villa.

Ni más mantel ni más servilleta que un gran pañuelo de yerbas que tenia sobre las rodillas, ni mas tenedor que sus dedos, de los cuales se servia con gran desenfado, enjugándolos de cuando en cuando con el pañuelo.

Comia con gran apetito, pero aunque parecia entregado exclusivamente á esta ocupacion, en una pequeña y pertinaz arruga que se dibujaba en su entrecejo, se leia fácilmente que aquel hombre estaba preocupado con alguna idea fija.

Y así era.

Aquel hombre era nuestro antiguo conocido Mariano Lopez García.

Lo que le preocupaba tenazmente durante su almuerzo era que no podia explicarse el objeto de la prision de don Luis.

¿Por qué se le habia hecho disfrazar de alcalde de casa y córte, simulando un personaje, y cómo era que la órden de prision, siendo falso el portador, fuese verdadera?

En esta contradiccion, su sagacidad le dejaba entrever un misterio, y misterio de aquellos que, para hombres como él, siempre dan productos, y aunque no estaba descontento del modo como le habian remunerado aquel servicio, él no estaba acostumbrado á hacer las cosas á medias, y queria sacar al *negocio*, como él le llamaba, todo el jugo que pudiera dar de sí.

Recordando todas las circunstancias que habian mediado en aquel acontecimiento, nada sacaba en limpio, porque ni Simon ni don Tadeo habian dejado entrever nada.

Lo que más le chocaba, era que habiendo cogido juntos á los presos, luego les hubieran llevado á distintas prisiones.

Pero en lo que involuntariamente se fijó más, fué en la inexplicable conducta de don Tadeo.

Aquella tenacidad del viejo en que tambien le prendieran á él: aquellas exclamaciones, aquellas salidas de tono, que, contra su costumbre prodigó, llamaron poderosamente la atencion de nuestro hombre, que pareció entrever en ellas la clave de aquel misterio.

Y no le faltaba razon para ello.

Conocia demasiado al vejete para no saber que cuando éste ponia empeño en hacer creer una cosa en que tenia parte activa, era porque le convenia extraviar la opinion de los demás, y habia siempre que creer, para estar en lo cierto, lo diametralmente opuesto á lo que él se empeñaba en probar.

Ergo, si el viejo extrañó tanto la prision de don Luis y sus compañeros, era prueba cierta de que sabia muy bien lo que

habia de suceder, y tal vez él era el principal interesado en que sucediese.

De deduccion en deduccion, concluyó Lopez por sacar en limpio que don Tadeo era el principal interesado en que aquella prision se verificase: que se habia valido de Simon como agente auxiliar, y éste á su vez le habia empleado en aquella ocasion como instrumento inconsciente de los planes del viejo.

Lopez tenia su amor propio y le repugnaba que se le diesen papeles tan insignificantes, cuando se sentia capaz de desempeñar en aquella comedia las partes principales.

Y tan capaz se creia, que, comparándose con don Tadeo y con Simon, juzgábase superior á entrambos.

Y hasta cierto punto no iba descaminado.

Instruido, perspicaz, conocedor del mundo, acostumbrado á tratar con todas las clases de la sociedad, de buenos modales, cuando le convenia, dotado de un físico no despreciable y de un valor y osadía á toda prueba, poseia él solo más circunstancias recomendables reunidas para la vida aventurera que hacia, que los otros dos juntos.

Podria alguno de ellos aventajarle en alguna, pero no las poseian todas como él las poseia.

Demasiado comprendia Lopez todo esto, y he aquí el motivo de por qué no se prestaba con facilidad, ó al ménos con gusto, á prestar ciertos servicios.

Resolvió emanciparse de aquella especie de tutela y trabajar, como suele decirse, por cuenta propia.

Para esto procuraba desentrañar aquel asunto, y viendo que de los hechos no deducia ninguna consecuencia de que pudiera sacar partido, resolvió sacarlo de las personas.

El que aparecia más comprometido en aquella trama era don Luis, por lo que á don Luis trató de explotar; y ya que á él directamente no pudiese, porque estaba preso é incomunicado, trató de averiguar las personas que por el jóven pudiesen tomarse mayor interés para dirigirse á ellas.

Recordó que don Luis tenia relaciones amorosas con María de Lazan: ya no necesitaba más: en un minuto combinó su plan y resolvió ponerlo en ejecucion sobre la marcha.

Dió una palmada sobre la mesa.

Una maritornes rolliza y sucia se apresuró á acudir al llamamiento.

Pagó Lopez el gasto que habia hecho, encasquetóse el castoreño, tomó la capa que tenia sobre una silla contigua, y embozándose con ella se lanzó á la tortuosa y estrecha calle de Dos Mancebos.

Pocos minutos despues, un criado le introducia en un elegante gabinete donde María de Lazan, medio recostada en un canapé, le recibió asombrada.

Aunque Lopez conocia muy bien á la jóven por el contínuo trato que habia tenido con su padre, ella solo le conocia de vista; y cuando el criado lo anunció diciendo que solicitaba una entrevista perentoria de gran interés, lo hizo pasar, maravillada de que aquel hombre tuviera, aunque fuera indirectamente, ningun asunto que tratar con ella.

—Beso los piés de usía—dijo Lopez al entrar, con el más humilde acento, y haciendo una profunda cortesía.

La jóven le consideró atentamente. Recordó aquellas facciones, y sintió en su corazon un sentimiento repulsivo hácia aquel hombre.

—¿Quién sois? ¿Qué se os ofrece?—preguntó con sequedad.

—¿Quién soy?—respondió Lopez con descaro.—Eso es lo de ménos. Soy un hombre que en este momento molesta la atencion de usía, con la conviccion de que le presta un gran servicio.

—¿Á mí?—preguntó la dama sorprendida.

—Si no precisamente á usía, á alguna persona que aprecia.

—No sé á quien podeis referiros. Hablad, y sobre todo sed breve.

—Lo seré. ¿Conoce usía á don Luis?

La jóven no esperaba aquella pregunta, así es que naturalmente se sorprendió, pero prevenida como estaba contra aquel hombre, dominó su sorpresa y con la mayor tranquilidad, contestó:

—Sí por cierto.

—Pues don Luis está preso en el castillo de Villaviciosa.

—¡Pobre don Luis!—dijo la jóven con la mayor naturalidad y la más fria indiferencia.

Aquel continente desconcertó á Lopez.

—¿Y no se sabe cuál es el motivo de su prision?—preguntó la dama?

—Hasta ahora no, señora, mas si usía tiene interés en saberlo, yo me comprometo á averiguarlo y aun á algo más.....

—¡Interés!—Exclamó la jóven en el colmo de la admiracion.—¡Ah! Ya comprendo. ¿Es acaso ese caballero la persona por quien suponeis yo debo interesarme?

—¡Yo! señora!.... Creia que en efecto.....

—¡Pues habeis creido mal, señor mio!—repuso la jóven con severidad.—Ese caballero es un buen amigo, de quien deploro el triste lance; mas, ¿con qué motivos os atreveis á suponer que yo pueda interesarme por él?

—¡Señora! Perdone usía un error nacido quizá de un excesivo buen celo.

—Vais perdonado. Salid.

Y con un gesto que hubiera envidiado una reina ofendida, señaló á Lopez la puerta.

Este no supo ó no pudo dominar la situacion. Saludó cortésmente y salió.

CAPÍTULO CXIII.

La tabla de salvacion.

—Pues señor, me he lucido—dijo García no bien hubo salido del aposento de María—me he llevado chasco y reverendísimo, pero yo no salgo de esta casa sin la esperanza por lo ménos de hacer un buen negocio, que no ha nacido mi persona para trabajar por segunda mano y á las órdenes de tunantes de baja estofa. Nada, nada, hay que ver á mi amigo el señor conde; pasemos á su gabinete.

Y sin detenerse en meditarlo, se encaminó hácia el susodicho aposento.

Anunciado convenientemente y obtenido el permiso, penetró en la estancia en donde se hallaba el conde.

—Mucho me alegro que se te haya ocurrido venir á verme.

—Segun parece—pensó García—he tenido una feliz ocurrencia; algo, es algo.

Y contestó en alta voz:

—Como quiera que hacia ya algunos dias que no habia tenido el honor de veros, me ha parecido conveniente venir por si ocurria algo en que pudieseis necesitarme.

—Y has acertado.

—Pues lo celebro infinito.

—Sí, García, es necesario que como en otras ocasiones, me sirvas en esta con la mayor eficacia.

—¡Oh! descuidad, señor conde.

—Cada dia se amontonan sobre mí nuevas contrariedades.

—Pues no hay más que tener valor y procurar vencerlas.

—Hasta mis propios hijos se conjuran en mi daño.

—¿Qué os han hecho?

—Nada agradable.

—Doña María.....

—No; esta vez se trata de mi hijo Cárlos.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Lo bastante para desesperarme.

—Calma, señor conde, calma.

—Quiero enterarte minuciosamente de la escena que ayer tuvo lugar en este mismo gabinete, y comprenderás lo poco halagüeño de mi situacion.

—Escucho.

El conde refirió á su confidente García los pormenores ocurridos entre Luisa, su hijo Cárlos y él, pormenores que ya conoce el lector.

García escuchó atentamente y al terminar el conde, dijo:

—No puedo explicarme la negativa de vuestro hijo.

—Negativa que refluye en mi contra.

—Tampoco comprendo eso.

—¿Tú recuerdas á Alina?

—¿No he de recordarla?

—Ya sabes si tengo ó no motivos para temerla.

—Lo sé.

—Pues de ella se trata.

—¿Ella?.... Pues qué tiene que ver?....

—Bástete saber que proteje á Luisa, y que es Alina la que exige que mi hijo cumpla la palabra que empeñó á la jóven.

—¿Y vuestro hijo, á pesar de que segun decís confiesa amarla, se niega á darle su mano?

—Sí.

—Pues señor, sigo en el limbo.

—Estas inesperadas contrariedades solo á mí me ocurren.

—Algun obstáculo muy grande debe impedir á vuestro hijo el complaceros, y esto es muy lógico, puesto que obedeciéndoos no haria otra cosa que realizar su deseo.

—¡Cuando te digo que hay para volverse loco!

—No tanto, señor conde.

—Es preciso que yo sepa á qué atenerme.

—Convenido; eso es lo más oportuno.

—Tú quedas encargado de averiguarlo.

—Se hará lo posible para conseguirlo—dijo García dándose importancia.

—Otro encargo he de hacerte.

—Ya sabeis que deseo complaceros.

—Y tú no ignoras que sé recompensarte.

—Crea el señor conde, que á ser mi posicion lo que debia ser, no admitiria yo retribucion alguna cuando tengo la suerte de poder hacer algo en su servicio; pero la desgracia me persigue y no me es posible rehusar los dones que vuestra generosidad me proporciona.

El conde sabia demasiado á qué debia atenerse respecto á García.

—No se trata ahora de eso.

—Verdad es que no creo tener necesidad de sincerarme á los ojos del señor conde; me conoce lo suficiente su excelencia.

—Es cierto.

—Pues nada hay que hablar; indíqueme lo que se le ocurre que yo por mi parte procuraré complacerle.

—Me es absolutamente necesario averiguar el paradero de dos personas.

—¿Cuáles son?

—La una, la señora duquesa de la Jaridilla.

—¡Ah!—exclamó con sorpresa García.

—La otra—continuó el conde—es la gitana Azucena.

—¿Azucena?

—Sí; me es sumamente necesario hallarla.

García se guardó muy bien de decirle que la gitana vivia en su compañía, antes por el contrario, se propuso sacar el partido posible de la situacion.

—No lo creo muy fácil.

—Todo lo es, cuando se ponen los medios para conseguirlo.

—No dude el señor conde, yo los pondré, pero preveo.....

—¿Qué?—replicó el conde.

—Que tendré que poner mucha gente en campaña.

—Pues á ponerla.

—Ya se ve, esas gitanas dan la vuelta al mundo sin fijarse en parte alguna, y el demonio que les siga la pista.

—A ser una cosa sencilla, maldito el mérito que tendria el dar con ella.

—No digo yo lo contrario; pero es preciso convenir en que hay que remover cielo y tierra por conseguir ciertas cosas, y lo que más me repugna es tener que valerme de cierta gentuza cuyo contacto me irrita—dijo afectando cierto desden que tenia mucho de cómico.

—García—repuso el conde—ya sabes que no reparo en el precio.

—Así es, pero yo conozco á esos truhanes á que hago referencia y me duele tener que pasar por sus exigencias, que suelen ser exageradas.

—Cuando no hay más remedio, se pasa por lo que pidan.

—Esto va bien—penso García.—Sospecho que voy á hacer un gran negocio.

—¿Tanto interesa al señor conde hallar á las personas que ha indicado?—observó en voz alta.

—Sí, mucho, mucho.

—Siendo así.....

—Se trata de mi hijo.

—¿Pues qué? ¿Don Cárlos tiene algo que ver con esas dos mujeres?

—Torpe andas hoy, cuando no comprendes que me refiero al que nació de la duquesa.

—¡Ah! vamos, ya caigo!—dijo García golpeándose la frente.

—¡Gracias á Dios!—replicó el conde.

—¿Quereis, sin duda, poner en limpio?....

—Quiero evitar desgracias que preveo.

—¿No sabeis dónde esta el hijo de la duquesa?

—En Madrid, segun creo.

—¿Y no seria más conveniente que os dirigiéseis á él?

—Antes me es indispensable ver á Azucena y á la duquesa.

—¿Creeis que eso sea necesario?

—Indispensable.

—Siendo así, no queda más camino que procurar encontrarlas.

—Y en tí confio.

—Podeis hacerlo, en la seguridad de que no descansaré hasta conseguirlo.

—Esta lucha maldecida á que el destino me lanza, está acabando con mi vida, y quiero poner un término á mi contínuo sufrir.

—Ya es hora de que lo consigais.

—Todo se conjura contra mí; cada dia me cercan mayores

peligros, y me es indispensable hallar el modo de conjurarlos de una vez y pronto.

—¿Qué hay respecto á doña María?

—Esa es un ángel.

—¡Ah! por fin!....

—Sí; accede á mis deseos.

—¿Está pronta á obedeceros?

—Así parece.

—Pues no deja de admirarme.

—No deja de ser extraño que al ménos en esto haya logrado lo que anhelaba.

—Y tanto como lo es.

—Pues, sí, García, al fin ha accedido á dar su mano al vizconde.

—Más vale así.

—Por lo ménos la sumision de María me libra de un grave conflicto

—Mucho ha de haberos costado el conseguir esa sumision.

—Nada de eso.

—¿Pues cómo?

—No extraño que no estando en antecedentes te sorprendas, porque lo mismo me pasó á mí, pero es lo cierto que espontáneamente se ha resuelto á complacerme.

—Hay que convenir en que el corazon de la mujer es un enigma.

—Esa es la verdad.

—¿Quién habia de decir?.... en fin, lo repito, más vale así.

—García, me parece que estás perdiendo un tiempo precioso—dijo con impaciencia el conde.

—¡Oh! no creais que dejo de pensar en lo que conviene.

—Pues no creo que sea en este gabinete dónde puedes hallar lo que yo necesito.

—Pero sí pensar en lo que debo hacer.

—¿Y has pensado ya algo?

—He revuelto en mi magin el nombre de todos los tunantes que conozco, y entre ellos he elegido los que juzgo más á propósito para lograr nuestro objeto.

—Pues á buscarlos—repuso el conde con inusitado afan.

—Eso haré cuanto antes.

—Pero observo que no te mueves.

—Es que no se cómo decir al señor conde....

—¿Qué? Vamos, habla.

—Francamente, me cuesta trabajo y hasta me causa rubor tener que confesar.....

—¡Acabarás con mil diablos!—exclamó el conde cuya paciencia no era mucha.

—Pues ea, sin ceremonia; no tengo un cuarto.

—¡Ah! vamos, por fin te explicaste.

—Es que la gente á quien voy á ver, no se decide á dar un paso sin que antes se les dé algun anticipo, algun dinero.

—Toma.

—El conde alargó un bolsillo de seda repleto de oro á García.

—¿Bastará con eso? habla.

—Por ahora, sí.

—Pues pide más cuando lo juzgues necesario.

—Así lo haré, porque repito al señor conde que preveo será necesario gastar mucho oro si hemos de alcanzar lo que desea.

El conde lanzó un profundo suspiro y contestó:

—Si no hay más remedio, habrá que gastarlo.

—En ese caso voy á dar comienzo á las pesquisas.

—No olvides tampoco el procurar saber cuál sea el obstáculo que impide á mi hijo Cárlos el obedecerme.

—No olvido nada de cuanto hemos hablado.

—Y ven á darme conocimiento cuanto antes te sea posible, del estado en que te halles respecto á tus averiguaciones.

—Tan pronto como adquiera algun dato vendré.

—Pues adios.

—Quede con él el señor conde.

García salió contentísimo, y cuando se vió en la calle, murmuró:

—Feliz ocurrencia he tenido; de esta hecha me hago hombre.

Y sin duda para celebrar la fortuna que habia tenido, se decidió á entrar en una botillería á apurar una botella de su vino favorito, que lo era el tinto de Arganda.

CAPÍTULO XCIV.

García y Azucena.

El vino dicen que alegra á los corazones. Es verdad: García es un buen ejemplo de ello.

Supongamos por un momento que García, como vulgarmente se dice, era un hombre sin corazon: metáfora muy usual, pero gráfica.

Pues bien; aun suponiendo que es verdad la hipérbole en el indivíduo que nos ocupa, el Arganda que habia trasegado á su estómago afirmaba la verdad del proverbio.

Todo esto quiere decir que el bandido salió contento de la botillería.

Contento por dos razones: la primera por el resultado de su entrevista con el conde de Lazan, despues por la dósis de zumo de uva que se hubia propinado.

Pero en medio de su alegría entrevió dos nubes.

La primera era María de Lazan, cuyo recibimiento no le hizo maldita la gracia.

La segunda era Azucena.

¡Extraña coincidencia! Dos mujeres enturbiaban el sol de la felicidad de un hombre, por más que este hombre fuera más ó ménos digno de este título.

Y es que *ellas* tienen una soberana influencia sobre *ellos*, por malos, por despreciables que sean.

En cuanto á María de Lazan, estaba muy alta para que Lopez García se atreviera á ella, siquiera fuera indirectamente. Resolvió, pues, tener en cuenta lo que con ella le habia pasado, para vengarse en ocasion oportuna.

Azucena era distinto. La tenia en su poder, era, por decirlo así, su esclava y podia cebarse en ella impunemente.

Para Lopez era artículo de fe que ella era la que habia enterado de todo á la italiana.

Furioso con la idea de que la gitana era una espía perpétua de sus acciones, y receloso como hombre que de todo tiene que temer, resolvió tener una explicacion categórica con la gitana para saber con seguridad el alcance de sus revelaciones y poder conjurar el peligro que le ocasionasen, y en caso de convenirle, romper de uno ú otro modo con aquella mujer.

Á este fin se dirigió en busca de Azucena.

No tardó en encontrarla.

Con un pretexto fútil, llevóla á una de tantas tabernas donde tenia vara alta, es decir, donde era muy dueño de hacer cuanto le viniere á las mientes, sin peligro de que nadie le estorbara.

Sabia muy bien que allí aunque mediara una escena violenta, no le preguntarian nunca lo más mínimo, porque el dueño del establecimiento le necesitaba muy á menudo, y sacaba gran producto de las francachelas á que estaba Lopez tan acostumbrado.

Hizo pasar á la gitana á un cuarto interior, cerró con llave la puerta y se sentó ante una mesa que habia en medio de la habitacion.

Azucena sospechó una escena borrascosa. Entró en el cuarto y se quedó de pié apoyándose en la mesa, fijando con afan sus hermosos ojos negros en su amante que esquivaba sus miradas.

Sentado Lopez, levantó la vista y dijo imperiosamente á la gitana, indicándole una silla:

—Siéntate, que tenemos mucho que hablar.

Azucena obedeció en silencio.

El bandido se rascó la frente, buscando interin un medio de abordar pronto la cuestion sin que Azucena se alarmase.

De pronto, cogió un vaso, le llenó y se lo bebió de un solo trago.

Escanció otro á la gitana y con breve acento la dijo:

—Bebe, que es bueno.

—Gracias, no tengo sed—respondió ella.

—Como quieras.

Luego cogiéndola una mano la dijo con un acento indefinible en el que no era fácil distinguir el afecto que lo inspiraba:

—Hace muchos dias que no te veo. ¿Qué ha sido de tu vida en todo este tiempo?

—Lo de siempre—respondió tranquila la gitana.

—Yo he tenido mucho que hacer—repuso él.....—No puedes figurarte el trabajo que tengo. Los tiempos están muy malos y para ganar un doblon se necesita sudarlo.

—¡Cuando no es pascua!....—replicó la gitana con indiferencia.

—Á tí no te sucede lo mismo—continuó Lopez.—Vosotras las gitanas teneis una gran ventaja; con solo mover la lengua teneis lo suficiente para ganaros la vida: nosotros los hombres es distinto. Tenemos que ingeniarnos de mil maneras y aun á veces no basta el ingenio: hay que recurrir á otros medios que suelen proporcionar graves compromisos.

Aquí se detuvo y miró á la gitana.

Esta le escuchaba, al parecer con indiferencia, pero en realidad, con sus cinco sentidos, como suele decirse.

No sabia donde el bandido iria á parar despues de tanto circunloquio y trataba de adivinarlo. Presentia una tempestad, pero aun no vislumbraba los primeros relámpagos. Trató, pues, de producirlos.

—No sé yo que el obrar bien pueda nunca producir compromisos—murmuró dulcemente.

—¡Ira de Dios!—exclamó el bandido con voz de trueno, descargando un puñetazo sobre la mesa.—¡Ya volvemos á la misma cancion! ¿Quién te mete á averiguar si lo que yo hago esta bien ó mal hecho?

—No veo motivo para que te enfades por mis palabras—replicó ella sonriendo.—Dices que hay medios de ganarse la vida que pueden *proporcionar graves compromisos*..... Pues bien, es que esos medios no serán legales, de lo contrario, no veo qué compromisos puedan producir.

—Las mujeres no deben nunca meterse en lo que no las importa—dijo en tono sentencioso Lopez.

La gitana no contestó nada á aquel exabrupto, porque en realidad no habia nada qué contestar.

Hubo algunos momentos de silencio semejantes á la calma que precede siempre á toda tempestad.

Al cabo García la interrumpió de un modo brusco.

—¿Conoces á una italiana que se llama Alina?—preguntó de pronto.

Azucena se puso en guardia.

—Sí, por cierto—respondió sin titubear.

—¿Y de dónde la conoces?

—Extraño mucho que me hagas tal pregunta.

—¿Por qué?

—Porque en el género de vida que llevo, sabes que es lo más fácil del mundo adquirir relaciones con una persona sin acordarse despues cuándo ni cómo se la ha conocido.

—Es verdad, pero si es difícil recordar á la persona, no es más fácil acordarse de un nombre sin tener presente al que lo lleva. Así, pues, díme; ¿qué clase de relaciones has tenido con esa mujer?

—Las que tengo con todas las personas que de mí se sirven.

—¿Y nada más?—preguntó Lopez con acento amenazador.

—Nada más.

—¡Mientes!

—¡Cómo!

—¡Que mientes, digo! Tú has tenido relaciones más intimas con esa mujer.

La gitana no se desconcertó. Con admirable aplomo dijo encogiéndose de hombros:

—No sé á qué te refieres.

—¿Con que no lo sabes? ¡Azucena, no me hagas salir de mis casillas! Dí toda la verdad de lo que sepas. Tú has tenido con esa Alina confidencias muy importantes, y sobre todo, muy imprudentes. Habla, y no hagas que me enfade, pues ya sabes cómo las gasto.

—Te repito que no sé á qué te puedes referir.

—¿No quieres hablar?.... Si te digo que lo sé todo, ¿entiendes? todo. Que me has comprometido de mala manera, refiriendo á esa mujer cosas que debia ignorar, y que me he salvado de un grave compromiso, gracias á mi buena suerte y á mi habilidad. Con que dí, ¿cómo es que has llegado á adquirir relaciones tan íntimas con esa mujer?

Azucena comprendió que en todo aquello habia un fondo de verdad, pero no se pudo explicar cómo se habia traslucido.

Decidió sacar todo el partido posible de la situacion: temió que se le tendia un lazo y trató de evitarlo.

—Es muy posible—dijo—que esa mujer esté enterada de ciertas cosas que no debiera saber, pero tambien es cierto que no soy yo quien se las ha comunicado.

—¡Tú, y solo tú!

—Te juro que no es cierto.

—No jures, porque no te he de creer. Hay cosas de mi vida que solo tú sabes y ella no las ignora. He ahí una prueba. Además, te diré que hay otra persona que ha terciado en tus conferencias con la italiana y hasta te la nombraré: esa persona es Antonio. Desmiénteme ahora.

Azucena se vió perdida. Así y todo, para defenderse, se decidió á jugar el todo por el todo.

—Y si todo eso es verdad, ¿qué harás de mí?—preguntó sonriendo y con el tono más dulce del mundo.

Aquella calma desbarató á Lopez.

Brilló un relámpago en sus ojos. Cogió el jarro que tenia delante, vertió el líquido que aun contenia en su vaso, y despues, sin darse cuenta de lo que hacia, estrelló el jarro contra la pared.

—¿Con que, es decir—exclamó por fin—que tú me vendes?

—No, por cierto.

—Pues, entonces, ¿por qué has descubierto mis secretos?

Azucena guardó silencio.

—¡Hablarás al fin!—gritó Lopez enfurecido.

—¿Y qué harás de mí?—preguntó de nuevo tranquilamente la gitana.

—¡Rayos y truenos! No lo sé. Matarte.

—¡Pues mátame!—dijo ella con el tono más glacial del mundo.

Lopez no sabia lo que le pasaba. De pronto, dijo:

—Escucha, Azucena, no nos acaloremos. Se me ha propuesto un negocio que nos puede dar pingües resultados. Te necesito. ¿Quieres ayudarme? Todo lo daré al olvido.

—Segun sea ese negocio.

—No lo sé. Te pondrás en contacto con el conde de Lazan, y él te enterará.

—¿Quién? yo con ese hombre? ¡Nunca!

—Mira, Azucena, que solo á ese precio te perdono tu falta.

—Has lo que quieras. He dicho que no.

—¿No?

—No.

—¡Perra!—gritó el bandido cogiéndola bruscamente por el cuello y derribándola de un modo brutal.

La gitana lanzó un grito de espanto.

Iba á arrojarse el verdugo sobre su víctima, sabe Dios con qué propósito, cuando se oyó un golpe violento, y la puerta se abrió de par en par.

Era el tabernero, á quien el golpe del jarro llamó la atencion, y que al oir el grito temió un compromiso.

CAPITULO XCV.

María se interesa por don Luis.

Á pesar de que María habia significado á García no importarle nada el que don Luis se hallara preso, nosotros, más duchos que el solapado bribon que se proponia explotar la compasion de la hermosa y sensible jóven, sabemos positivamente que María no habia dicho la verdad, antes por lo contrario, sentia muy de veras el contratiempo que sufria su antiguo galan.

Apenas García habia desaparecido, cuando María quedó sumida en honda meditacion.

¿Volvia acaso á revivir en el corazon de la hermosa doncella el amor que en tiempo no lejano sintiera hácia don Luis?

¿Tendria que deplorar el vizconde del Juncal los efectos de la prision del que fué su rival?

No; María ni por soñacion pensaba en faltar á la sagrada

palabra que habia empeñado, y lo que es más, gustosísima accedia á llamarse vizcondesa del Juncal, pero no por eso dejaba de interesarse por la suerte de sus amigos.

La desgracia de don Luis no le era indiferente; la deploraba y deseaba hallar medio de remediarla; por eso meditaba.

Seguramente halló la jóven una buena idea, á juzgar por la dulce sonrisa que se dibujó en sus rosados labios.

Tocó el timbre y apareció su doncella.

—Pasad al gabinete de mi señor padre, y si está solo prevenidle que deseo hablarle.

La doncella desapareció, y á los pocos momentos apareció de nuevo.

—El señor conde se halla solo en este momento, y me ha dicho que os esperaba.

—Está bien; cuando llegue el señor vizconde, que no puede tardar, que se le introduzca en el gabinete de mi padre.

—Sereis obedecida.

María se dirigió al aposento del señor conde; apenas penetró en él, su padre avanzó hácia ella tendiéndole una mano que la jóven se apresuró á llevar á sus labios.

—¿Qué hay, hija mia? ¿Tienes algo que comunicarme?

—Así es, padre mio.

—¿Será acaso referente á esa jóven?

—Algo hay de eso.

—Pues, ¿qué ocurre?—preguntó el conde con algun sobresalto.

—Luisa no hace más que llorar á todas horas.

—Esa niña va á conseguir enfermar sériamente.

—Tal creo, y en verdad que me causa gran lástima su desventura.

—El señor don Cárlos, mi hijo y tu hermano, es quien tiene la culpa de todo, y á decirte la verdad, no sé cómo salir del pantano en que me ha metido.

—Mucho será que no se consiga hacerle entrar en razon.

—Difícil lo juzgo, porque se ha pronunciado en abierta rebelion.

—Ya sabeis que él me profesa gran cariño, y poco he de poder, ó he de conseguir que cumpla como es debido.

—Sí, hija mia, sí; procura convencerle por bien suyo y de esa infeliz jóven, y aun por el mio propio.

—Dejadlo en mi mano.

—Él habla de un obstáculo: ¿cuál puede haber que le impida cumplir con lo que debe, no oponiéndose á ello ni su gusto ni su voluntad?

—Puede que él abulte en su imaginacion un compromiso cualquiera, adquirido entre sus jóvenes amigos; en fin, yo os prometo hacer cuanto pueda, á fin de convencerle.

—Tú eres el ángel bueno de esta casa.

—Pues tambien este ángel—dijo la jóven sonriendo—tiene algo qué pediros.

—¿Qué puedes tú desear y que yo te niegue, si está en mi mano el concedértelo?

—Quizás os parezca algo imprudente mi peticion.

—Partiendo de tí, dudo mucho que así me parezca.

—Se trata de hacer algo por un desgraciado.

—Haré lo que pueda por él, baste que te tenga á tí por mediadora.

—Ante todo, debo advertir que el sugeto á quien me refiero, no sospecha siquiera que por él me interese.

—¿De quién se trata?

—El señor vizconde del Juncal—anunció el criado.

—Bien venido sea el señor vizconde—dijo el conde apresurándose á estrechar entre las suyas la mano del recien llegado.

—Dichoso yo, que al entrar en vuestra casa, se encuentra mi mano con la de un amigo, y mis ojos con los de un serafin.

Al decir sus últimas palabras el vizconde, dirigió su amo-

rosa mirada hácia la bella María; las mejillas de ésta coloreáronse ligeramente, pero se apresuró á contestar á la galantería que se le acababa de dirigir:

—Á falta de serafines, puede el señor conde lisonjearse de hallarse entre personas que le estiman en lo que vale.

El vizconde se inclinó cortesmente.

—Tomad asiento, amigo mio, llegais precisamente en el oportuno momento en que la futura vizcondesa del Juncal, estaba rogándome interpusiese mi valimiento en favor de un desgraciado.

—Si acaso mi presencia.....

El vizconde hizo ademan de levantarse del asiento que ocupaba, como para retirarse; María se apresuró á detenerle, diciéndole:

—Antes por el contrario, deseaba que el señor vizconde llegara cuanto antes, porque tambien necesito de su apoyo en favor de mi protegido.

—Contad con él desde ahora.

—¿Tan grave es lo que le sucede á ese por quien implorais?

—Lo supongo, aunque no lo sé á punto fijo.

—Pues sepamos quién es y de qué se trata—dijo el conde.

—Se trata de un encarcelado.

—¿Cómo se llama?

María vaciló un momento antes de contestar á su padre, pero su vacilacion fué momentánea; se trataba de hacer un bien, esto era todo, y por lo tanto nada tenia que temer.

—Se llama don Luis de Guevara.

El vizconde palideció al oir tal nombre; el conde frunció las cejas, lanzó á su hija una severa mirada, y contestó con mal contenido enojo:

—¿Decís que es?....

—Don Luis de Guevara—replicó tranquilamente María.

—Pues á la verdad me extraña tal ruego en favor de ese sugeto.

—¿Y por qué, padre mio?

—¿Acaso lo ignorais?—repuso severamente el conde.

—Mala interpretacion se ha dado á mi súplica.

—Hay que convenir en que es algo inoportuna.

—Padre mio, no sé si lo es ó no; yo solo sé que se trata de un desgraciado, cuya suerte ni me es, ni puede seros á vos del todo indiferente.

—La amistad que un tiempo me unió á ese caballero, la rompió él mismo, bien lo sabeis.

—Sin embargo—repuso el vizconde—amigo mio, segun parece, á vuestra señora hija le interesa vivamente la desgracia de su antiguo amigo.

—Así es la verdad, señor vizconde.

—Pero ¿os habeis vuelto loca?—repuso el conde bruscamente.

—No veo por qué razon me haceis esa pregunta.

—Ese nombre no debian pronunciarlo jamás vuestros labios.

—¿Y por qué, padre mio?

—Vamos, indudablemente os estais chanceando, pero debo advertiros que la broma me desagrada; démosla por terminada.

—Seguramente creí que se me comprenderia mejor.

María miró al vizconde al decir sus últimas palabras, y se levantó del asiento que ocupaba.

—Siento mucho haber disgustado á mi padre y al señor vizconde; dejo de importunarlos, y les ruego me permitan retirarme.

—Me atreveré á suplicar á la bella María que se detenga un momento.

María se sentó nuevamente.

—Deseo justificarme—prosiguió el vizconde.

El de Lazan se sorprendió, y no ocultó su sentimiento; así es que dijo:

—¿Justificaros vos, señor vizconde?

—Esa es la palabra.

—Pues no lo comprendo.

—Si me lo permitís trataré de explicarme con claridad.

—Os ruego que lo hagais.

—Lo mismo vos, señor conde, que yo, hemos delinquido, y justo es que demandemos humildemente perdon.

—¿Y en qué consiste nuestro delito?

—En no haber sabido interpretar cual era debido los sentimientos de mi bella cuanto generosa futura. No quiero tratar de ocultar el mal efecto que al pronto me ha producido el oir pronunciar el nombre de don Luis, pero muy pronto me he convencido de lo injusto de mi prevencion, y seguro como lo estoy de haber formulado al pronto un mal pensamiento, hijo de mi egoismo amoroso, suplico mi perdon, y ofrezco hacer cuanto se me pida en obsequio del encarcelado caballero.

El vizconde acababa de ganarse por completo el corazon de María; ésta le dirigió una mirada de gratitud, y su galante pretendiente se creyó con ella recompensado con creces. El conde al ver el giro que tomaba el asunto, mostróse tambien algo más afable, y dirigiéndose á su hija, le dijo:

—Comprenderás, María, que nada tiene de particular el que yo haya interpretado equivocadamente tu peticion, y debes figurarte cuánto me alegra el reconocer mi error.

—Celebro infinito que se haga justicia á los sentimientos de mi corazon, y celebro más aun que para reconocerlos no se haya hecho preciso el que yo me sincerase.

—No se hable, pues, más de ello; dejemos á don Luis que se arregle.

—Con permiso del señor conde quisiera que nos ocupáramos algo de él.

—Sea como vos querais.

—Gracias. Decidme, María, ¿conoceis la causa que ha originado el arresto de Guevara?

—Segun se me ha significado lo es cierta conspiracion en que se hallaba comprometido.

—¡Tambien conspirador! ¡Oh!—murmuró el conde.

—¡Mal negocio es ese!—dijo con verdadero sentimiento el vizconde.

—Por lo visto ese caballerito es un mala cabeza; opinion muy distante habia formado de él en otro tiempo.

—Hay que ser indulgente con la juventud, señor conde.

—A pesar de todo no quisiera yo que le aconteciera ningun quebranto, siquiera por ser hijo de un muy mi amigo, pero no le estaria mal una leccion que le sirviera de correctivo para en adelante.

—Veremos qué se puede hacer por él; no es cosa de desairar á mi bella futura.

—Contad con mi eterna gratitud; por de pronto me es sumamente grato el poder daros las gracias por haberme comprendido.

—Me galardonais espléndidamente, y yo procuraré hacerme digno de los favores con que me honrais. Ahora, con vuestro permiso, me retiro.

—¿Qué? ¿Ya nos dejais?

—Bien á pesar mio—contestó el vizconde mirando á María. —Voy á ver á mi señor tio y á suplicarle otorgue la libertad al pobre encarcelado.

—¿Volvereis?

—Con vuestro permiso lo haré para daros cuenta de mi comision.

—Hacedme la merced de ofrecer mis respetos al señor conde de Floridablanca.

—Lo haré con sumo gusto.

Despidióse el vizconde, y saliendo del palacio del de Lazan, se dirigió al del primer ministro del señor rey don Cárlos III.

CAPÍTULO XCVI.

Una accion infame.

En uno de nuestros capítulos anteriores dejamos á Lola y á Concha llenas de sorpresa ante la inesperada aparicion de Paca por una parte, y del marqués Adelfi y el baron del Pinar por otra.

Respecto á la de estos dos indivíduos, que, como dijimos, iban acompañados de otro caballero desconocido para nuestros lectores, puede suponerse muy bien, dado lo que anteriormente dijimos, el objeto que se llevaba, pero en cuanto á Paca, es distinto, y preciso nos es dar alguna explicacion.

La dejamos precisamente en aquella casa donde ella de buena fe habia creido que estaba aquella señora que la facilitara ver á su amante, y para verla entrar ahora en la estancia en que se hallaban sus amigas, natural era que algun incidente extraño la obligase á ello.

Paca quedó en una habitacion esperando á don Tadeo que la habia asegurado que iba á ver á su protectora.

Hasta aquel momento no sintió desconfianza alguna.

Pero al ver que la puerta por donde salió don Tadeo se cerraba tras él sin ruido alguno, no pudo ménos de estremecerse.

Entonces fué cuando realmente comprendió que habia cometido una imprudencia.

Pero ya era tarde para retroceder.

Esperó algunos minutos esperando que llegase alguien á quien poderle preguntar, y viendo que trascurrian sin que nadie se presentara, avanzó resueltamente hácia la puerta por donde habia entrado é intentó abrirla.

Pero aquella puerta estaba cerrada.

¿Cómo y quién la habia cerrado? No habia oido rechinar la cerradura, ni habia percibido rumor de persona alguna por la habitacion exterior.

¿Cómo podia, pues, haberse realizado aquel milagro?

Recordó la sorpresa de que habia sido víctima en otra ocasion, y tembló.

Sin embargo, recordó la puerta por donde habia marchado don Tadeo, y cruzó nuevamente la estancia para llegar hasta ella.

Pero del mismo modo que la otra, esta se habia cerrado tambien por el exterior.

Entonces sintió miedo.

Su ánimo se amilanó á pesar de su fortaleza, y aquella prision en que se hallaba la aterró.

Inclinó la cabeza algunos segundos, y las rosas de sus mejillas desaparecieron por completo.

Un buen espacio llevóse dominada por la influencia del terror.

Despues levantó la frente.

Estaba pálida, sumamente pálida, pero serena.

Habia considerado el peligro que corria, y reunió todo su valor para arrostrarle dignamente.

Consideró desde luego que aquello no era una prision, que allí no estaba su amante, sino que se le habia tendido un lazo con aquel pretexto.

Este lazo no podia tener otro objeto que el de mancillar su honra.

Este pensamiento la devolvió el valor.

Todo el amor que sentia hácia don Luis despertóse de repente más grande, más impetuoso, más vehemente que nunca, y este amor la dió fuerzas para luchar.

Porque comprendió que lucha habia de sostener, y que tal vez estaba muy próxima.

Y no se engañó en ello.

Un ligero rechinamiento que oyó á su espalda obligóla á volver la cabeza en aquella direccion.

El marqués Adelfi apareció en una puerta cuya existencia no habia podido sospechar la jóven.

Repúsose Paca inmediatamente de la sorpresa que aquella aparicion la produjo, murmurando únicamente:

—¡El marqués Adelfi!

Despues, sonriendo con cierta expresion de desprecio, prosiguió:

—Ya me lo figuraba.

—¡El cielo te guarde, Paca!—dijo el marqués desde la puerta.

—No me guarda mucho cuando ha permitido que venga á este sitio—contestó la maja afectando un desenfado de que realmente carecia.

—¿Tan mal te encuentras aquí?

—Donde esté usía, yo debo encontrarme mal siempre.

—No me es nada lisonjera tu contestacion.

—Pues ya debia estar usía acostumbrado á lo franco de mi lenguaje.

—¿Por qué me das tratamiento?

—Para enseñar á usía la distancia que hay entre los dos, distancia que el señor marqués parece haber olvidado.

—Si distancia existe, tu belleza es capaz de acortar todas las distancias.

—Dejémonos de mi belleza ahora, que otras cosas me interesan más.

—¿Puede saberse qué cosas son esas?

—Primero y principal, quiero saber dónde estoy.

—Ya lo ves, en una casa.

—Pero esta casa ¿á quién pertenece?

—A tí, puesto que estás en ella.

—Yo no tengo más casa que la mia.

—Por eso esta es tuya.

—En mi casa, señor marqués, existe honra, y aquí presumo que no hay más que infamia.

—¡Paca!

—¡Señor marqués!

Y la maja dirigió una mirada tal á Adelfi, que éste no pudo ménos de inclinar los ojos á pesar suyo.

Pero esto duró muy poco.

Soltó una carcajada franca y ruidosa, y dijo:

—Vamos, chica, déjate de esos alardes de orgullo y altivez que por cierto á nada conducen, y déjate arrullar por el placer, ya que entre el placer te encuentras.

—Vamos, señor, usía no sabe lo que se habla.

Y la maja hizo uno de esos movimientos llenos de gracioso desden, peculiares, por decirlo así, á las mujeres de su clase.

—Sobrado que lo sé—repuso el marqués un tanto mortificado.

—Si en algo estima usía complacerme, ruégole me diga para qué me han traido aquí.

—Yo, desde luego, no he sido.

—Ya lo sé, ha sido ese zorro de don Tadeo, que á pesar de sus años y de su hipócrita hombría de bien, comprendo ahora que no debe ocuparse más que de tercerías miserables.

—Mal le tratas.

—Es que todavía trato peor á los que de él se valen.

—No lo harás así.

—Vamos, señor—repuso Paca dando un paso hácia el marqués—necesito salir de aqui.

—Ya se ve que saldrás, para otra estancia donde de fijo has de divertirte más.

—Está usía en un error, saldré de aquí para la calle.

El marqués se sonrió.

Paca comprendió el significado de aquella sonrisa, y dijo:

—¿Se acuerda usía lo que le sucedió cuando intentó cometer una infamia con Lola?

El marqués palideció á este recuerdo.

El golpe dirigido por la maja habia dado en el blanco.

—¿Por qué evocas ese recuerdo ahora?

—Para decirle que del mismo modo que entonces se libró mi amiga, me libraré yo ahora.

—Imposible.

—Por más que don Luis esté preso, y preso por vos sin duda, puesto que ahora comienzo á comprender toda esta horrible infamia, nunca faltará un salvador cuando se trata de cometer un crímen.

—Repara, prenda, que aquí no hay crímen alguno, y en todo caso, el crímen será de amor.

—Basta; ya dije á usía que queria salir de aquí, y como que de mí no ha de conseguir nada, por su propio bien le ruego que concluyamos de una vez.

—Siento decirte, Paca, que padeces un error.

—¿Sobre qué?

—Sobre las intenciones que me atribuyes.

—¿No son ciertas?

—No.

—Pero.....

—No es por mí por quién has venido aquí.

—¿Por quién entonces?

—Recuerda alguien á quien tú hayas despreciado.

—Yo no he despreciado ni desprecio sino que á los que tratan de infamarme.

—¿Y es infamarte quererte?

—Segun y cómo sea el cariño.

—No te muestras tan esquiva con don Luis.

—Porque don Luis, principia respetándome.

—Yo te juro que por ahora harto tiene que hacer por sí.

—Presumo que ha tomado el señor marqués sin duda alguna una venganza digna de sí mismo.

—Y tan digna.

—Vuelvo á repetir lo que antes dije; pierdo el tiempo aquí y necesito ganarlo en mi casa. Dé usía órden de que me dejen salir de aquí, porque si yo soy muy poco para aspirar á ser esposa de un noble señor, soy en cambio mucho, muchísimo para servir de juguete á cuatro mentecatos como usía.

—¡Paca, repara lo que dices!

—Por reparada, señor marqués; yo nunca he dicho mas que lo que siento.

—¿Y sientes?....

—Mucho desprecio hácia los que me han traido aquí.

El marqués comprendió que no podia luchar con la jóven.

Era sobradamente fuerte, habia en ella demasiada energía y su misma bajeza le vencia en su lucha con ella.

—Está bien—dijo—voy á ver si sabes salir de aquí.

—Abridme paso.

—Voy á complacerte; pero no te quejes de mí si no das con la salida.

—Déjeme sola usía, franquéeme la puerta, y yo le juro que llegaré al fin que me he propuesto.

—Lo veremos.

Y el marqués, sonriendo irónicamente, volvió á desaparecer del mismo modo que habia entrado.

Paca, en cuanto se hubo quedado sola, dejó que asomara á su rostro el desaliento que habia en su alma.

Precisamente comprendia que se hallaba en poder de un enemigo implacable de Luis, que á todo trance habia de procurar causar un disgusto al jóven caballero.

Una lágrima brilló en sus ojos, lágrima que se apresuró á secar cuando sintió el rumor de la puerta por donde habia entrado que se abria y vió que aparecia en ella un criado.

—Franca está la puerta—dijo éste á Paca.—Podeis salir cuando os plazca.

—Al momento—repuso la jóven lanzándose hácia el paso que se le acababa de ofrecer.

El criado se sonrió del mismo modo que poco antes lo habia hecho el marqués. Paca encontró una puerta cerrada en su marcha; abrióla y se halló en el aposento en que estaban sus dos compañeras.

CAPÍTULO CXVII.

García es un gran diplomático.

Dejamos á García y á la gitana en una taberna, en una situacion algo crítica.

Aquel tabernero, tal vez en su vida habia hecho otra buena accion.

Y aun aquella no la inspiró la bondad, sino el egoismo.

Al entrar García en la taberna, conoció que venia de mal talante.

García le advirtió que si oia algun ruido no hiciese caso. Así lo hizo, pero vió la cosa tan séria que no quiso tener palabras con la justicia, y cortó por lo sano. Violentó la puerta sin llamar.

—¿Quién te ha llamado? ¿Á qué vienes aquí?—preguntó el bandido con voz hosca.

—Nadie; pero he visto que te ibas á comprometer, y yo soy muy amigo de mis amigos—respondió el tabernero con tono zalamero.

—Gracias: otra vez no te metas donde no te llamen.

Y entregando una moneda de oro al dueño de la casa, sin esperar la vuelta, cogió la capa y el sombrero, y salió sin mirar siquiera á Azucena.

Apenas se abrió la puerta, ya estaba aquella en pié y sonriente.

—¿Qué ha sido eso?—preguntó el tabernero, apenas salió García.

—Nada: caricias de enamorados—respondió riendo la gitana.

Y marchóse teniendo la precaucion de tomar distinta direccion que el bandido.

—Por fortuna llegué á tiempo, sino, tenemos una desgracia en casa—se quedó refunfuñando el tabernero.

Así terminó aquella escena que iba tomando muy mal aspecto.

Sigamos á García en su marcha por las calles de la córte.

Aquella noche habia hecho milagros de prudencia; pero, como vulgarmente se dice, habia tragado mucha bílis.

Conocia que la gitana le hacia mucha falta, y por esto usó con ella tanta mónita.

La alegría que experimentaba al salir de casa el conde de Lazan se le habia aguado.

Su tentativa con la gitana habia fracasado por el momento, pero aquello no le atormentaba mucho. Tenia intencion de volverla á probar, y no desesperaba de conseguir su propósito.

Al salir de la taberna, tomó sin rumbo fijo por la primera calle que se le presentó.

Eran las seis y media de la tarde. Es decir, en aquella época era completamente cerrada la noche.

Las calles de Madrid estaban oscuras como los negocios de un quebrado.

El piso era infernal. Amen de que el empedrado no existia,

y el municipio de la villa maldito si se preocupaba nunca porque sus administrados siempre estuvieran en grave peligro de perniquebrarse, por los muchos hoyos y otros excesos que habia en el piso, no faltaban gran número de ventanas con rejas salientes, colocadas á conveniente altura para que, con la absoluta falta de luz, cualquier prójimo se rompiese el bautismo.

De modo que era un gran atrevimiento salir despues de acostarse las gallinas, por aquellos laberintos, y se necesitaba una gran habilidad y una extremada práctica para no sufrir algun percance.

Para García aquello era una bicoca.

Sabia al dedillo todas las trochas y vericuetos, que así se pueden llamar, de las calles de Madrid, y se podia apostar á que con los ojos vendados, era capaz de ir á cualquier parte sin tropezar, y lo que es más, hasta dando un rodeo á cada esquina y á cada puerta en cuyo umbral pudiera esconderse algun prójimo de malas intenciones.

Era para él muy temprano y decidió aprovechar aun algunas horas antes de irse á acostar.

¿Qué haria en aquel tiempo? Esto fué lo que se puso á reflexionar, parado en una esquina.

Al cabo de algunos momentos de vacilacion tomó su parido.

Le convenia averiguar á toda costa á dónde se habian llevado á Joselito y al pintor los supuestos esbirros.

No le faltaron motivos para creer que el tio Langosta debia saber algo de su paradero, si es que no era su propio guardian.

Fundábase para ello, en que no ignoraba que don Tadeo solia aprovechar muy á menudo los servicios del tio Langosta; conocia á fondo á éste, y en todos sus detalles la distribucion interior de la venta.

Sabia que en esta no faltaban habitaciones donde fácil-

mente se podia tener secuestrado á un par de indivíduos, sin que los habituales parroquianos de la casa pudiesen notar lo más mínimo.

Como segun las deducciones que le hemos visto hacer antes de visitar á María de Lazan, en aquel asunto era don Tadeo la verdadera alma del negocio, se resolvió á probar fortuna, y dirigió sus pasos hácia el puente de Segovia.

Andaba bien, y en pocos minutos franqueó la distancia que separaba al puente de la venta, no sin tener que haber dado el acostumbrado ¿quién va? á algunos bultos sospechosos con que tropezó en su camino.

La puerta de la venta estaba entornada; empujóla para entrar, y un ruido infernal de campanillas, acompañado de los ladridos de un enorme mastin, saludaron su llegada.

—Cállate, Gazuza—gritó García con voz de trueno, dirigiéndose al perro.

—Gazuza, aquí—gritó una voz cascada desde el interior de la casa.

Y asomó el tio Langosta por la puerta de una habitacion que daba al vestíbulo de la venta.

No puede darse figura más repugnante que la que el viejo presentaba en aquel momento.

Cubierta la cabeza con un gorro de lana azul algo grasiento, por bajo del cual asomaban unos mechones grises, que venian á confundirse con los conatos de patillas que le adornaban los carrillos; sus chupadas mejillas, sus pómulos salientes, sus espesas cejas, que venian á reunirse sobre la nariz, como queriendo ocultar aquellos ojillos grises de comadreja; su boca hundida, que desprovista de dientes, desaparecia completamente entre la barba y la nariz; todo aquel conjunto, alumbrado por la ténue luz del candil que llevaba en la mano, le daban á aquella cabeza el aspecto de la de un chacal, animal cuyos instintos poseia el viejo en grado superlativo.

Al ver á García, no pudo reprimir un ademan de sorpresa.

—¡Pues no recibís de noche á la gente con poco escándalo! —exclamó el recien llegado.

—¡Carape!—replicó el viejo.—¡Tanto bueno por mi casa y á estas horas! ¿Qué buenos vientos te traen?

—¡Pues, ahí verá usted!—contestó sonriendo García y procurando amoldar sus modales y lenguaje á los de su interlocutor.—No tengo nada que hacer esta noche, y dije: pues á cenar con el tio Langosta que hace tiempo no le he visto.

—Pues en tu vida has pensado más santamente—respondió el viejo interin para su capote maldita la gracia que le hacia—justitamente tengo en el corral un par de pollos que están deseando verse en la sarten, para que se los coman dos buenos amigos.

—Yo los pago, tio Langosta—replicó el bandido, que sabia la avaricia del ventero—y á más un par de botellas de Arganda de primera, de lo que se da á los enfermos.

—Nada faltará. Pero oye; eso de que tú lo pagas, de noche y estando los dos solos, no se dice. De dia, pase. Por eso soy ventero para ganarme la vida, pero solo con los amigos, tambien me gusta echar una cara al aire.

—Como *voacé* mande, por eso no reñiremos.

A todo esto habian entrado en la habitacion.

Era ésta un paralelógramo irregular, espacioso, alto de techo, desahogado, pero muy sucio. En el centro se veia una gran mesa de madera de pino, que de puro grasienta habia tomado un color indefinible; dos bancos con las mismas circunstancias estaban colocados á los lados de la mesa.

Pendia del techo un velon de bronce de cuatro mecheros, que bien pesaria su media arroba bien cumplida.

Al extremo de la habitacion, y paralela á la puerta de entrada, habia una chimenea donde humeaban dos troncos medio apagados.

Al entrar García en aquel aposento, abarcó con una mira-

da todo su conjunto, y le llamaron poderosamente la atencion dos sillas colocadas junto al hogar, de modo que parecian denunciar á dos personas á quienes se habia sorprendido en una conversacion confidencial que hubieran tenido que interrumpir.

Aquella observacion produjo necesariamente otras.

Si el tio Langosta estaba solo en la venta, segun él decia, ¿cómo es que tenia el velon encendido y fuego en el hogar?

García resolvió salir pronto de dudas.

—¿A quién tiene usted en casa, tio Langosta?—preguntó tomando una silla.

El viejo en aquel momento apagaba el candil y le colgaba de un clavo.

—¿Qué decias, muchacho?

Aquella pregunta no la hacia porque fuese sordo el interpelado; era para ganar tiempo y preparar la respuesta.

Así lo comprendió García.

—Que si hay en la venta alguien más que usted.

—Pues..... el Mosquito: ya lo sabes, el muchacho. ¿Con que decíamos que un par de pollos?

—Lo que siento es la tardanza.

—¡A ver, Mosquito!—gritó el viejo dirigiéndose á la puerta lateral que estaba entreabierta.

—¿Qué manda su mercé?—contestó una voz incolora, pues al oirla nadie podria decir si pertenecia á un jóven ó á un viejo, á un hombre ó á una mujer.

—Enciende el farol, vete al corral y mata un par de pollos, pero listo, listo. Nosotros mientras tanto iremos preparando todos los adminículos. Y juntando el dicho al hecho sacó una sarten de un armario; limpióla con un papel de estraza, removió el fuego, puso unas trevedes en el hogar; en fin, hizo todas las operaciones preliminares, indispensables para el acto cruento de freir un par de pollos.

Pronto estuvo tendido sobre la mesa un sucio mantel, las

dos botellas ocuparon el sitio de preferencia, y los pollos casi cantando pasaron de la sarten al plato, y de allí paulatinamente y remojados con el de Arganda, á los estómagos de los dos comensales.

Todo esto habia tenido lugar sin que mediara una palabra.

Alguna que otra pregunta sin ningun interés, cuchufletas, bromas de cierto género que la pluma no puede ni debe reproducir, dignas de aquellos dos hombres *escogidos,* fué todo lo que medió hasta que llegó el solemne momento de los postres.

Reducíanse estos á un pimiento en vinagre, un pedazo de queso de Villalan, y un par de puñados de bellotas del Pardo.

Aquel era el instante escogido por García, para averiguar lo que le interesaba saber.

Así como al descuido entabló el siguiente diálogo:

—Y diga usted, tio Langosta, ¿hace mucho tiempo que no ha visto usted á Simon?

—Pues precisamente ayer tarde estuvo aquí. ¿Te interesaba verle?

—Unas miajas. Ando algo escaso de cuartos, y como tenemos una cuenta pendiente, resultado de un *negocio* que hace pocos dias hicimos juntos, queria ver si me aflojaba algunos escudos.

—Con que *negocio* ¿eh?

—Nada, una miseria. Segun creo, cosas de amores. Pero ¡qué demonios! ¡á bien que usted lo debe saber!

—Estas son las primeras noticias que tengo.

—Tio Langosta, su mercé es muy cuco: no es amigo mio. Me niega cosas que yo sé muy bien que voacé las sabe.

—Muchacho, ¿qué estás diciendo? ¿Cómo te habia de negar á tí, que eres mi amigo, una cosa que, segun tú dices, no tiene nada de particular, y más siendo asunto en que tambien juega Simon? Ya sabes que entre nosotros no hay pan partido, de consiguiente ¿á qué viene esa toná?

—¿De veras que su mercé no sabe nada?

—Ni esto—contestó el viejo con ademan expresivo.

—Pues es el caso que yo habia contado con voacé, para que me facilitara uno de los cuartos de esta casa, para tener por unos cuantos dias un par de prójimos á la sombra. ¿No hay más vino, tio Langosta?

La pregunta no podia ser más oportuna. Las botellas presentaban la más exacta idea del vacío. Pronto se renovaron.

—Con que, voacé dirá—continuó García escanciando los dos vasos.

—Pues es el caso, muchacho, que no te puedo complacer como quisiera, porque los dos cuartos que á tí te pudieran servir los tengo ocupados.

García no pudo contener un suspiro de satisfaccion.

Aquella pequeña expansion no pasó desapercibida para el ventero, en cuyos delgados labios casi se dibujó una imperceptible sonrisa.

—¿No bebe más usarcé?—preguntó el bandido volviendo á llenar los vasos.

—Muchacho, me vas á poner hecho una uva—balbuceó el viejo.

—¿Con qué tiene ocupados los dos cuartos? ¿Pues no me ha dicho antes que no habia nadie en la venta?

—Y lo repito. En la venta no hay más que Gazuza, el Mosquito, el Morrongo, el tio Langosta y tú.

Para pronunciar estas palabras invirtió el ventero lo ménos minuto y medio. Despues apoyó el brazo sobre la mesa, sobre el brazo la cabeza, y casi instantáneamente unos sonoros ronquidos anunciaron á García que el tio Langosta descansaba en los brazos de Morfeo.

—¡Ah! Viejo taimado, ya sé lo que queria saber. Vicente y Joselito están aquí. ¡Mosquito!—gritó García.

El muchacho asomó su cabeza por la puerta.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

—Condúceme á donde están esos hombres.

El asombro se pintó en la macilenta cara de Mosquito, que no contestó.

—¿No me has entendido?

—Si su mercé no se explica más claro.....

—Que me lleves á los cuartos donde están encerrados esos hombres. ¿Lo comprendes ahora? ¡Animal!

Los ojos de Mosquito se dilataron desmesuradamente.

—¿Qué cuartos, ni qué hombres son esos?

—Los dos cuartos que tiene ocupados el tio Langosta, ¿cuáles son?

—¡Toma! Los dos de arriba.

—¿Y quién hay en ellos?

—Pues, nadie.

—¡Cómo! ¡Bribon! ¿No hay en ellos dos hombres?

—Lo que hay en ellos son sacos de cebada.

Un rayo no hubiera producido en García el efecto que le produjeron aquellas palabras. Levantóse, hizo que le acompañara Mosquito, y vió que en efecto en los dos cuartos no habia más que cebada.

Despechado se embozó en la capa, y salió bufando por la carretera de Madrid.

Entretanto el tio Langosta soltaba una homérica carcajada exclamando:

—¡Eres un pillo muy tonto!

CAPÍTULO XCVIII.

Continúan las pesquisas de García.

Malhumorado y cariacontecido salió García de la venta del tio Langosta. Iba por aquella carretera que se lo llevaban los demonios, como vulgarmente se dice.

Con la soledad y el fresco de la noche, la reflexion le fué calmando y le dió lugar á considerar tranquilamente su situacion.

Comprendió perfectamente que habia sido juguete del viejo, y se lamentó de no haberle hecho sentir el peso de su enojo, aunque se hubiese visto descubierto y expuesto por consiguiente á las iras de Simon y don Tadeo.

Cuando hubo recobrado por completo su sangre fria, volvió á pensar en su tema favorito, es decir, en procurar saber el paradero de los presos.

En vista de lo que le habia sucedido en la venta, ya no le quedó la menor duda de que al torero y á Vicente los tenian allí ocultos.

Lo peor del caso era que ya estaba dada la voz de alerta, y en lo sucesivo le seria más difícil proseguir sus investigaciones.

—¡Aquí del ingenio!—dijo para su capote García cuando llegó á este punto de sus reflexiones.

Lo que necesitaba en primer lugar era hallar quién le confirmase sus conjeturas.

Despues le era preciso buscar auxiliares.

Poco antes de llegar al puente de Segovia, detúvose de pronto y dióse una palmada en la frente. Habia encontrado todo lo que buscaba.

Hasta entonces no se le habia ocurrido lo que primero debia haber pensado.

Para saber con certeza dónde estaban los presos, ¿habia nada más natural que interrogar á los que los habian llevado?

Precisamente los seis ú ocho rufianes que, disfrazados de corchetes, habian contribuido á la farsa, quién más, quién ménos, todos le eran conocidos.

Pero tambien Simon los conocia y eran gente de su devocion, por lo que García debia irse con cuidado.

Empezó á recordarlos uno á uno con todas sus circunstancias, para ver á cuál de ellos podria abordar con más probabilidades de éxito.

Entre todos ellos habia uno de quien García se habia servido en muchas ocasiones. Llamábase Morales, rufian de primera, tahur de manos listas y bebedor como pocos. Era hombre de pelo en pecho: terrible espadachin de manos prontas.

Aquél era el que más probabilidades presentaba. Decidió en el acto ir en su busca.

Media hora despues, llamaba García de un modo particular á la puerta de una casa situada en uno de los callejones del Avapiés.

La puerta se abrió sin prévia interpelacion al que llamaba.

García penetró resueltamente en un portalillo oscuro y estrecho: cerró él mismo y se internó por un corredor á cuyo extremo se veia un tibio resplandor.

Este provenia de un descomunal velon de cuatro mecheros que, colgado del techo, procuraba alumbrar una lóbrega sala, negra y ahumada, aspecto medio figon, medio taberna, donde se veian cuatro ó cinco hombres de siniestras cataduras que apuraban un jarro de vino jugándolo á los naipes.

—¡Buenas noches, caballeros!—saludó García desde el umbral.

Al punto aquella gente dejó su juego: saludaron todos uno á uno al recien venido con más ó ménos cordialidad, segun el grado de sus relaciones, é invitándole á beber prosiguieron su juego.

Morales era uno de ellos. No jugaba.

Á una seña de García levantóse de su asiento, y haciéndose el distraido desapareció por una puertecilla que se veia en el fondo de la sala, frente á la puerta de entrada.

En un rincon de la estancia, al lado de una mesa donde se veian dos pellejos de vino, algunos jarros blancos de Talavera y un barreño, dentro del cual habia algunos vasos de vidrio, estaba sentada á un brasero, dormitando y con un enorme gato en la falda, una bigotuda moza de unos veintiseis ó veintiocho años, capaz de derribar un tabique de un puñetazo.

Á aquella mujer dirigióse García, y dándole una familiar palmada en un hombro:

—Oyes tú, Maruja—le dijo.—¿Qué hay de bueno que echar á perder?

—Pues como haya maíz, de bueno no falta.

—¿Sirve esto?—preguntó poniendo en su mano un mejicano.

—¿Qué quieres?—dijo la moza tomando el duro.

—En el reservado está Morales esperándose. Éntranos unas lonjas de jamon, pan, unas aceitunas, un cacho de buen queso y un par de jarros de lo bueno.

Y desapareció por la misma puerta por donde habia entrado su digno compañero.

Éste esperaba en un cuarto tan sucio como la sala. Habia en él una mesa de pino que suda la mugre, y tres taburetes de madera que reunian iguales circunstancias. Una vela de sebo, colocada en un candelero de barro, casi disipaba las tinieblas.

Estaba muy ajeno Morales de que aquella noche habia de tener un rato de francachela, así es que se sorprendió alegremente cuando en pos de García vió aquel escarnio del bello sexo entrar con las provisiones.

Colocadas estas sobre la mesa, salió la moza, y García, despues de cerrar la puerta, sentóse en frente de Morales.

No puede imaginarse un tipo más repugnante que el de este indivíduo.

Alto, cetrino, de enmarañados cabellos negros, cejijunto, de ojos vivos y saltones y barbilampiño; tenia una cicatriz que arrancando de la sien izquierda iba á parar bajo su mandíbula derecha. Aquella cicatriz, el color de su tez y sobre todo su voz, aguardentosa hasta producir náuseas al que la oía, hacian de aquel hombre un ente repulsivo por excelencia.

Comprendiendo que cuando se le obsequiaba de aquel modo por algo era, sin andarse con rodeos, apenas se vió solo con García se apresuró á preguntarle:

—¿Hay *negocio?*

—Segun. ¿Tienes mucho dinero?

—Ni un maís.

—¡Mucha prisa te has dado!

—¿Hablas por el que me dió Simon?

—Pues, claro.

—¡Si fué una miseria! Ya ves tú, una miserable jara! (1)

—¿Nada más? Bien que para lo que hicísteis.....

—Verdad. Pero dejemos eso. ¿Por qué me has preguntado si tenia dinero?

—Muy sencillo. Porque te conozco y sé que si no lo tienes podré contar contigo.

—Ya sabes que los amigos siempre pueden contar conmigo.

—Pues no hablemos más y toma á cuenta.

—¿Un doblon? ¿Tú me adelantas un doblon? ¿Quién es el muerto?

—No se trata de matar á nadie.

—Pues no lo entiendo. ¡Ah! sí. ¿Hay que apoderarse de alguien?

—Tampoco. No tengas prisa, ya lo sabrás. Lo que ahora necesito de tí es tan solo una cosa.

—Habla.

—Necesito saber si eres mi amigo, es decir, si puedo contar contigo en todo y por todo. Yo sé lo que tú vales, y entre otros muchos de quien podia echar mano, te he dado la preferencia. Hay tela cortada y no faltará loben. (2)

—Te he dicho antes que los amigos siempre pueden contar conmigo. Ahora debo decirte otra cosa. Tengo por máxima de que «el que paga, manda» de consiguiente, si me pagas soy tuyo en cuerpo y alma.

—Perfectamente. Nos entenderemos. Ya te diré lo que hay que hay que hacer. Ahora vamos á escondernos eso—dijo indicando las lonjas de jamon y el vino.

En aquel momento daba la una en el reloj de San Lorenzo.

Acometieron con brío con lo que tenian delante.

A poca entró la bigotuda, y con ronca voz preguntó:

---

(1) Una onza.
(2) Dinero.

—¿Teneis para mucho rato? Porque voy á cerrar.

—Oye, tú, Maruja—contestó García.—Cierra: nosotros nos quedamos aquí. Trae otra vela por si esta se concluye..... Aunque mejor será que no te acuestes, porque necesitaremos de tí. Toma.

Y le dió otro duro.

La Maritornes iba á replicar, pero aquel argumento redondo puso un candado en sus labios. Con toda la amabilidad de que podia ser capaz, exclamó:

—¡Vivan los hombres rumbosos!—Y añadió:—Si ocurre algo, aquí fuera estoy.

Salió la moza, dejando otra vez solos á los dos compinches.

—¿Sabes por qué he querido que nos quedásemos aquí?—preguntó García.

—Ni me importa saberlo. Eres el amo; cuando lo haces, tus motivos tendrás.

—Así me gusta. Bebamos y ancha Castilla! Vamos á echar la noche á perros.

Y con las lonjas, desapareció el queso, el pan y las aceitunas, y sobre todo el vino que ambos á dos trasegaban con maravillosa presteza.

Al poco rato fué preciso que Maruja lo renovase todo porque aquellos hombres tenian un apetito presupuestívoro y una sed de esponja.

Cuando estuvieron satisfechos, de comer se entiende, que lo que es de beber nunca se saciaban, volvieron á reanudar su interrumpida conversacion.

—¿Con que dices—preguntó García—que Simon no te dió más que una jara? ¡Qué miseria!

—¡Y tanto! ¡Una triste jara por andar toda la noche de ceca en meca!

—¿Es verdad, que tú no viniste conmigo á Villaviciosa?

—¡Qué habia de ir! ¡A mí siempre me toca bailar con la más fea!

—¿Pues qué hicísteis?

—Andar toda la noche por sendas y vericuetos para hacer perder la pista.

—¿Y adónde fuísteis á parar?

—Voy á darte una prueba de que soy tu amigo. Me preguntas una cosa á la que no debia contestar, porque es un secreto que pertenece á Simon, y no debo revelarlo, pero á tí te lo voy á confiar. Eres reservado y creo que no abusarás.

—Descuida. Hazte cuenta de que cae en un pozo.

—Pues bien. Fuimos á la venta del tio Langosta y allí dejamos los presos.

—Ya; para trasladarlos desde allí á otro lugar.

—No por cierto. Aun están allí.

—¿Cómo es eso? ¡Si esta tarde he estado en la venta merendando y no he notado nada de particular!

—¿Tan tonto eres que crees que van á tenerlos á la vista de todo el mundo, para que haya despues un compromiso?

—Es que la casa no es muy grande, y dos hombres á quienes se encierra contra su voluntad, no se ocultan tan fácilmente.

—Estás en un error.

—Explícate.

—En la venta hay sitio para ocultar cómodamente, no dos hombres, sino aunque sean treinta.

—Algo aventurado es lo que dices. Conozco la distribucion de la casa y no sé dónde los puedan meter.

—¿Qué has de conocer? En la venta hay un escondrijo donde cabe un batallon.

—¿En qué sitio?

—En un subterráneo.

—¿Y por dónde se entra?

—Por dos sitios distintos. Por una puerta disimulada que hay detrás del hogar de la sala baja, y por una trampa que hay en el pajar.

García recordó entonces la colocacion de aquellas dos sillas que tanto le llamaron la atencion. Ya sabia lo que deseaba.

—¡Maruja!—gritó.—Tráenos aguardiente y ven aquí á hacernos compañía.

A las cuatro de la mañana, los dos bandidos y la bigotuda hacian retemblar la casa con sus descomunales ronquidos. Los tres estaban sencillamente borrachos.

CAPÍTULO XCIX.

Tras de una pista.

—¡Calle!—exclamó García despertándose—quiere decir que hemos pasado la noche en este blando lecho. ¡Eh, amigo Morales! Basta de siesta.

—¡Eh! ¿Qué hay?

—Hay que nos hemos dormido como dos mentecatos.

—¡Pues es verdad!—contestó Morales desperezándose y bostezando á la vez.

—Y á juzgar por las señas está bien entrado el dia.

—¡Demonio, qué mal sabor tengo en la garganta!

—Ese mal sabor desaparece en tomando cierto cordial que yo me sé.

—Las medicinas no se confeccionan para mi estómago.

—Calla, estúpido, que ya sé yo que tú no desdeñarás el apurar el contenido de.....

—¡Dios me libre!—replicó Morales interrumpiendo á su amigo.

—¡Eh, buena moza!—dijo en alta voz y golpeando fuertemente la mesa el buen García.

—¿Qué ocurre?—preguntó la sucia maritornes que acudió al llamamiento.

—Ocurre que tenemos las fauces secas—dijo García.

—¿Pues tienen más que refrescarlas sus *señorías?*—contestó con cierto retintin la sirvienta.

—Dices bien, *señorías;* ese es el tratamiento que á ambos se nos debe.

—Pues por eso se lo aplico.

—Y no haces más de lo que debes. ¿Qué hora es, prenda?

—Están al sonar las once.

—¡Cuerpo del diablo! Pues apenas hemos dormido.....

—¡Ya lo creo!—replicó Morales—como que eran más de las cuatro cuando todavía estábamos charlando por los codos.

—Me duelen todos los huesos.

—Y á mí—repuso Morales.

—Pues á fe que los colchones eran de pluma.

—¡Oiga! ¿tambien te permites tú gastar cuchufletas, fregatriz endemoniada? ¡Ea! á ver como nos traes una botella de lo añejo, y sin bautizar, ¿estamos? listo.

—No se incomode el señor caballero, que al punto será servido.

Esto dicho, se alejó la maritornes.

—¿Comprendes ahora de qué medicina te hablaba?

—Veo que eres un gran doctor, amigo García.

—En las aulas que yo he cursado, se aprende mucho y bien.

—Pues á fe que tampoco he tenido yo malos catedráticos.

—Lo sé, amigo Morales, lo sé, y te estimo en lo que vales.

—Y puedes contar conmigo á piés juntillos en todo y por todo.

—No lo ignoro ni lo olvido.

—Aquí tienen sus mercedes lo que han pedido—dijo la

moza depositando sobre la sucia mesa dos vasos y una botella cubierta de polvo.

—Así me agrada; esta señora viste el traje de ceremonias.

García quitó las telarañas que cubrian el tapon de la botella, y la destapó acto contínuo.

—¡Ea!—añadió llenando los vasos—¡á nuestra próspera fortuna!

—Así sea—respondió Morales.

Ambos camaradas apuraron de un solo trago el contenido de su respectivo vaso, saboreándolo con delicia.

—Cobra lo que se adeuda.

García puso un doblon en la sucia mano de la sirvienta.

—Al momento vuelvo.

—Camarada Morales, me parece que ya es hora de que salgamos á respirar el aire.

—Lo creo muy conveniente.

—Necesito refrescar mis ideas.

—Aquí está la vuelta.

—Eso para tí—dijo García dándole á la maritornes una pequeña moneda de plata.

—Dios se lo pague á su señoría.

García y Morales salieron de aquella zahurda. En cuanto el aire acarició sus frentes, exclamó el primero aspirando con cierto placer el fresco ambiente:

—Convengamos en que allí dentro no se respira.

—Ó se respira mal, que es lo mismo.

—Conviene, pues, que demos un paseito; ¿qué te parece?

—Aceptado, si no es muy largo.

—¿Tienes qué hacer?

—Hombre, hay cierta dama que debe aguardarme con alguna impaciencia.

—¿Desde cuándo?

—Desde ayer á las nueve de la noche.

—¡Bah!—exclamó sonriendo García—no es mucho que digamos.

—Sí, algo más ha sido en otras ocasiones.

—Entonces, ya estará acostumbrada á esperar. ¿Conozco yo á esa señora?

—No lo creo.

—Tú has sido siempre hombre de buen gusto; no dudo, por lo tanto, que sea bella la dama de tus pensamientos.

—Regularcilla, nada más que regularcilla.

—¿Y se llama?

—Antonia la Buñolera.

—Tiene simpático título.

—La pobre se desvive por mis pedazos, y vivimos en la mejor armonía del mundo.

—Vamos, eres lo que se llama un hombre feliz.

—Sí; amen de algun disgustillo que de cuando en cuando oscurece el cielo de nuestra dicha.

—¿Cómo es eso?

—Mi señora la buñolera, es un tanto caprichosa.

—¡Ya!

—Le agrada que le digan chicoleos.

—Estoy.

—Con este motivo suele salir á menudo de su casa y tarda más de lo conveniente en regresar á ella; aparte de esto y de la mala lengua que tiene, puedo asegurarte que es un ángel de candor y de inocencia.

—Pues amigo Morales, te doy la más cordial enhorabuena y como quiera que noto estás algo impaciente por ir á rendir tus respetos á los piés de tu idolotrada buñolera y yo pienso alargar mi paseo, no quiero detenerme más.

—Yo voy muy á gusto en tu honrada compañía.

—¡Oh! no lo dudo.

—Por un buen amigo, por un caballero como tú, dejo yo á todas las buñoleras del mundo habidas y por haber.

—Gracias, gracias—dijo García cantoneándose y dándose cierto tono—ya sé yo que tú sabes apreciar á los hombres de mi estofa y mi talento.

—¡No faltaba más!

—Eso acredita tu ingenio y tu nobleza.

—Mujeres, los hombres como yo, las hallan á escoger.

—Es así.

—Pero no los amigos como tú.

—Gran verdad es esa; pero, en este momento, sin faltar á mi amistad, puedes ir á cumplir con tu bella Antonia.

—Siendo así, me alejo; caso de que me necesites.....

—Sí, ya sé donde encontrarte.

—Pues adios, tenme presente.

—Adios; no te olvidaré.

Los dos camaradas, despues de estrecharse las manos, se separaron tomando distintas direcciones.

—Es menester coordinar mi plan—pensaba García en tanto discurria por las calles sin direccion fija.—Yo he de dar con el quid de la cosa, he de coger los hilos de la trama que se teje; tengo ya algunos cabos y yo soy hombre que por el cabo saco el ovillo. ¡Vaya! ¿no le he de sacar? Y una vez alcanzado esto, el filon está ya en mi mano y me redondeo de una vez. Hora es ya de que me haga con una posicion desahogada, y poco he de poder ó he de salirme con la mia.

Así reflexionaba el buen García, en tanto que continuaba paseando por las distintas calles de la coronada villa; pero por más que torturaba su magin, no daba con una idea salvadora y esto le desesperaba. De repente lanzó un ahogado grito de alegría, se embozó rápidamente y apresuró el paso.

—He ahí mi hombre; sigámosle.

García, recatándose cuanto le era posible hacerlo, se puso en seguimiento de un indivíduo que le llevaba alguna delantera.

—¡Oh! Mi buen amigo don Tadeo, no os perderé de vista

seguramente hasta saber á dónde os dirigís, yo os lo prometo.

Don Tadeo era en efecto la persona á quien García á prudente distancia seguia los pasos.

El vejete caminaba apresuradamente, y al parecer tambien pretendia ocultarse, á juzgar por el empeño que tenia en cubrir su rostro con el embozo de su parda capa, y las miradas recelosas que de cuando en cuando lanzaba á uno y otro lado de las calles por donde cruzaba.

Al fin se detuvo frente al portal de cierta casa de buena apariencia, y despues de haberse cerciorado de que nadie le observaba, se decidió á entrar.

—¿Esas tenemos? ¿Visitais á doña Catalina de Sandoval, señor don Tadeo? Ya veo claro. Esperaré á que salga el vejete, y á mi vez haré yo una visita á la hermosa viuda; mucho me engaño, ó tengo ya el cabo de la madeja.

CAPÍTULO C.

Continuacion del anterior.

Poco rato tuvo que aguardar García.

Don Tadeo, tomando las mismas precauciones que habia adoptado al entrar, salió de la casa de doña Catalina y se alejó rápidamente.

—Ya salió la raposa; ahora entrará el lebrel.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo, entróse resueltamente en el portal de la casa.

Salióle al paso un criado y le dijo con tono bastante agrio:

—¡Eh, amigo! ¿A dónde se va?

—¿No lo veis? Arriba.

—¿Y cree su merced—dijo socarronamente el criado—que no hay más que subir?

—Creo que eso es lo más necesario para llegar arriba, á menos que tengais vos la bondad, señor don nadie, de subirme en brazos.

El criado se amoscó al oir el título que García le aplicó, y con agrio tono le dijo:

—¡Ea, largo de aquí!

—¿Con quién cree que habla el muy bellaco?

—¿Será tal vez su señoría el señor duque del desaliño?—repuso el criado muy satisfecho de su sarcasmo.

—Soy quien soy, y si le siento encima la mano, puede que se convenza de mi nobleza el muy truhan, sín necesidad de exhibirle mi título nobiliario.

La mirada con que García acompañó sus últimas palabras infundió cierto temor al desatento criado, de modo que dulcificando un tanto la voz, repuso:

—Yo no puedo permitir la entrada de aquellos á quienes no conozco.

—Hablárais así desde un principio, señor mentecato; á las gentes de mi alcurnia no se les grita, ni mucho menos se les amenaza.

—Perdone su señoría; pero yo.....—repuso el criado medio confuso indicando el traje de García.

—El hábito no hace al monje; ¿lo ignorais?

—Eso es muy cierto.

—Tanto lo es, que á saber vos con quien hablais, no es fácil que permaneciérais cubierto.

Instintivamente el criado se descubrió, y temeroso de haber dado un paso en vago, balbuceó:

—Perdóneme su excelencia si inadvertidamente me he interpuesto.

—Quedais perdonado por esta vez.

García, sin dignarse decir una palabra más, subió la escalera que conducia á las habitaciones de doña Catalina.

El criado, cuando le vió desaparecer, murmuró por lo bajo:

—No me cabe duda de que es un noble caballero.

García por su parte, revestido de la mayor audacia, apenas llegó á un salon que servia de antecámara, avanzó hácia una

doncella, que á la sazon pasaba por aquel sitio, y en voz alta le dijo:

—Anunciad á doña Catalina al noble caballero don Mariano Lopez de García.

—¿Os espera la señora?—preguntó la doncella.

—Creo que eso no os importa á vos.

—Sin embargo.....

—No hay sin embargo que valga.

—Pero, es que yo.....

—Nada, nada; no tengo tiempo que perder; por lo tanto, me anunciais ó me marcho, y salga lo que salga.

—Esperad, pues—dijo la doncella á quien habia impuesto la decision de García.

—Aguardo.

La doncella penetró en el gabinete de doña Catalina.

—¿Qué ocurre?

—Señora, solicita entrar un caballero que dice llamarse don Mariano Lopez de García.

—¡Oh! no estoy ahora de humor para recibir á nadie! Que vuelva.

—Debo advertir á la señora, que el susodicho caballero, viendo que me negaba á pasar recado, se disponia á marcharse; pero advirtiéndome que luego resultaria lo que resultaria si llegaba á ausentarse.

—¿Cuál es su porte?

—No es seguramente el de un elegante.

—¡Es extraño!

—¿Quiere la señora que lo haga retirar?

—No; ha despertado mi curiosidad.

—Entonces.....

—Que entre.

Retiróse la doncella, y á los pocos momentos apareció García.

—Se me ha dicho que teníais afan de verme.

—Así es la verdad.

—¿Qué solicitais?

—Nada.

—Entonces.....

—No vengo á solicitar.

—¿Á qué venís, pues?

—Á haceros un señalado favor—repuso audazmente García.

—¿Á mí?—dijo con cierto desden doña Catalina, mirando despreciativamente de arriba abajo á su interlocutor.

—A vos, señora; como lo habeis oido.

—¿De qué modo pensais favorecerme?

—Hablándoos de cierta persona que os está engañando.

—¿Qué decís?

—La verdad.

—¿De quién se trata?

—De don Tadeo.

—¡Ah!—exclamó llena de sorpresa doña Catalina.

García comprendió que habia hecho efecto, y como conociendo los amores de la viuda con don Luis, suponia que éste habia sido preso por órden de ella y don Tadeo, su encargado de negocios en aquel asunto, continuó hablando con el mayor aplomo.

—Conozco cuánto se ha hecho en contra de don Luis y sus amigos.

—¿Luego don Tadeo?....

—Don Tadeo hace un negocio.

—¿Qué objeto os ha movido á venir á revelarme su traicion?

—Uno muy lógico.

—¿Cuál?

—El de agradaros.

—¿Agradarme?

—Sí.

—Explicáos con más claridad.

—Lo haré así porque mi norma es la franqueza; me he propuesto agradaros á fin de que utiliceis mis servicios, y esto porque sé que el que tiene la dicha de entrar á vuestro servicio, como sea leal, no tiene por qué quejarse. Que don Tadeo vende vuestros secretos no hay para qué probarlo desde el momento que veis lo bien informado que me hallo de todos ellos, y aun pudiera añadir que espera sacar buen provecho de los secretos que le confiais revelándoselos á otra dama.

García sabia muy bien que no hay mujer que no tenga celos de otra, y como habia oido cierto rumrum acerca de los amores que entre don Luis y doña Isabel de Zúñiga suponia el vulgo, creyó de muy buen efecto la suposicion que acababa de hacer.

El lector juzgará de si acertó ó no en su suposicion.

—¡Ah! tal vez la condesa.....

—Eso es, la señora doña Isabel de Zúñiga.

Doña Catalina se puso pálida, y á los ojos de García no escapó el mal efecto que habia causado á la hermosa viuda el nombre de la condesa.

—Don Tadeo se expone mucho; no se juega conmigo con facilidad.

—Don Tadeo es un ente vulgar, es un avaro insaciable, y solo anhela acumular oro.

—Yo sé pagar; pero tambien sé vengarme.

En los ojos de doña Catalina brilló un relámpago de ira.

—Y es muy justo.

—¿Con que vos sabeis que don Luis se halla?....

—En el castillo de Villaviciosa—dijo Garcia.

—Así es en efecto.

—Puedo afirmaros, señora, que estoy bien informado de todo.

—Está bien. ¿Decís que deseais servirme?

—Con alma y vida.

—Pensadlo bien antes.

—El paso que acabo de dar prueba que estoy bien decidido.

—Siendo así, os tomo desde luego á mi servicio.

—No tendreis por qué quejaros de ello.

—Ni vos de mi generosidad.

—Mandadme.

—Lo primero, por ahora, es que trateis de averiguar lo que fragua don Tadeo, qué plan es el suyo, en fin, todo lo que pueda convenirme.

—Descuidad.

—Debo advertiros que me convencen las pruebas, no las palabras.

—Por mi parte estoy dispuesto á probar todo lo que os diga en lo sucesivo.

—Tomad por de pronto por las noticias que hoy me habeis proporcionado.

Doña Catalina entregó un bolsillo á García.

—Acepto, señora, este don porque me hallo en situacion algo lastimosa.

—En adelante, si me servís bien, os será dado vivir con algun desahogo.

García se despidió de doña Catalina, bajó la escalera con aire triunfal, miró con insolencia al criado que al entrar le cerró el paso, y salió á la calle radiante de alegría.

—Lo dicho, dicho; de esta vez me redondeo. ¡Pobre don Tadeo! me inspira lástima.

CAPÍTULO CI.

García se pone á husmear.

Nuestro héroe estaba de suerte.

Todo le salia á pedir de boca.

De doña Catalina habia conseguido mucho más de lo que ambicionaba su deseo, y eso que ambicionaba mucho.

Ahora le faltaba, para obrar con toda seguridad, que las majas le facilitaran algunos antecedentes que necesitaba. No desesperaba de conseguirlos á fuerza de habilidad.

Ignorante de lo que á aquellas habia sucedido, se dirigió á casa de Paca con el corazon henchido de esperanzas.

Pocos instantes tardó en trasladarse al domicilio de aquella.

Al subir la escalera, procuró dar á su semblante y apostura todas las trazas de un hombre de bien.

—¡Ave María!—dijo al llegar á la puerta de la habitacion que estaba entornada.

—¡Sin pecado concebida!—contestó desde dentro una voz jóven y femenina.

—Adelante quien sea—repuso la misma voz.

García entró en el cuarto.

Una jóven de unos veinticinco años, limpia como un pájaro, de rostro alegre y sonrosado que indicaba una conciencia tranquila, vistiendo el airoso traje de maja, se adelantó á recibirle.

—¿En qué hay que servir á su mercé?—preguntó la jóven.

—Ucé perdone—dijo el bandido—me parece que me he equivocado.

—¿Buscaria su mercé acaso á una jóven que se llama Paca?

—Ciertamente.

—Esta es su casa.

—¿Y no podria verla?

—No por cierto, no está.

Aquella respuesta desconcertó á García. Acordóse de que la maja tenia madre.

—¿Y á su madre?—preguntó.

—Su madre está gravemente enferma. Con todo, si usarcé gusta esperar un momento, le preguntaré si puede recibirle. ¿Cuál es la gracia de usarcé?

—No me conoce. Venia á hablar á la hija de un asunto del mayor interés para ella en que, por casualidad, he tenido que terciar y del cual debo enterarle, pero supuesto que la hija no está en casa, no me parece inoportuno hablar á la madre si está en disposicion para oirme.

—Lo veré. Sírvase su mercé tomar asiento: vuelvo en seguida.

García quedó solo.

No dejó de extrañarle que teniendo á su madre enferma de cuidado, Paca no estuviera en casa; pero atribuyó su ausencia á que la jóven sin duda estaba haciendo averiguaciones para saber el paradero de don Luis.

La simpática desconocida no se hizo esperar.

—Puede usarcé pasar—dijo desde la puerta.

García entró en el cuarto de la enferma.

La modesta habitacion, sumamente aseada, estaba tibiamente alumbrada por una débil claridad.

La pobre anciana yacía en el lecho en una completa inmovilidad.

Estaba completamente atrofiada. Al notar la desaparicion de su hija, á su vuelta del pueblo, recayó gravemente en la terrible enfermedad que padecia.

Su calentura le dejaba algunos intervalos de lucidez, y afortunadamente para García, estaba en aquel momento en uno de aquellos intervalos.

Tenia una confusa idea de que en su casa pasaba algo de extraordinario; pero ignoraba completamente los detalles de la desaparicion de su hija.

Algunos caritativos vecinos que se apercibieron de su estado, se apresuraron á prodigar á la pobre anciana sus cuidados.

La bondadosa jóven que ahora la acompañaba, era una de tantas vecinas. Llamábase Clara y era gran amiga de Paca, por lo que se tomó más interés que los demás en asistir á la enferma.

Como hemos dicho, en el momento de entrar García en el cuarto, encontrábase la anciana en la libre posesion de sus facultades intelectuales.

Clara se apresuró á presentar al desconocido.

—Este caballero—dijo—quisiera hablar con su merced de un asunto interesante.

—No tengo el gusto de conoceros—dijo con débil voz la enferma despues de fijarse en él un momento.

—Vengo de parte de un caballero que usarcé debe conocer muy bien. Un tal don Tadeo.....—se apresuró á decir García con gran aplomo.

Al oir aquel nombre, la anciana se estremeció.

Clara se sobresaltó. Pasando al lado de García, le dijo en voz baja:

—Por caridad suplico á usarcé se vaya con cuidado. Paca hace algunos dias que falta de casa, y se marchó con ese señor que usarcé acaba de nombrar. La anciana no lo sabe.

García quedó estático.

¿Luego la maja tambien habia sido secuestrada?

Aquella noticia hizo salir al bandido de sus casillas.

Lo más raro era que, al parecer, se habia marchado voluntariamente..... ¡Y con don Tadeo!

Esta última circunstancia acabó de sumir á García en un mar de confusiones.

Trató de inquirir de Clara cuantos detalles supiera sobre el particular.

Todo inútil.

La jóven no sabia mas que lo que sabian los demás vecinos.

Paca se habia marchado con aquel viejo, no se sabia dónde.

A las pocas horas, vino su madre: Clara entró en la habitacion para enterarse del estado de su salud y se encontró á ésta, sola y sumida en el mayor desconsuelo.

La pobre anciana poca ó ninguna luz podia dar sobre el particular. Una crísis que la sobrevino poco despues de la aparicion de Clara, habia borrado de su memoria todo recuerdo.

En sus momentos de lucidez, repetia maquinalmente el nombre de Paca y el de don Tadeo.

Eso era todo lo que sabian.

García no se dió por vencido.

Necesitaba luz á todo trance y estaba dispuesto á hacerla, apurando todos los medios, hasta de la misma oscuridad, es decir, de lo que la anciana pudiese revelar.

A este fin no vaciló en interrogarla sin guardar ninguna consideracion á su delicado estado.

—Decidme—dijo interpelando á la enferma.—¿Hace mucho tiempo que conoceis á don Tadeo?

La anciana le miró fijamente, agitó los labios como si tratase de responder, pero no se percibieron las palabras.

El bandido soltó para su capote una cáfila de imprecaciones.

—¿Qué sabeis de Paca?—insistió levantando la voz.

—¡Paca!—murmuró con acento apenas perceptible la enferma, manifestándose en su rostro descolorido una viva emocion.

García concibió una momentánea esperanza.

Inútil tambien.

La anciana volvió á su inmovilidad.

—Decid lo que sepais—gritó aun tenazmente García.

El mismo resultado.

El bandido estaba desesperado.

Iba ya á dirigir otra pregunta á la enferma, cuando Clara, temiendo por ésta, se interpuso y con un acento en que habia algo de reconvencion, le dijo:

—La enferma, segun veo, no está para nada. Hice mal en hacer entrar á usarcé. Además, usarcé dijo que venia de parte de ese don Tadeo, y por las preguntas que he oido, se conoce que este recado no era más que un pretexto. Ruego á usarcé deje en paz á esta pobre anciana.

Tentado estuvo García de echarlo todo á rodar, pero un resto de prudencia le contuvo; era tan atinada la observacion de la jóven, que no tuvo mas remedio que ceder.

Así pues, murmuró algunas excusas y dejó aquella habitacion confuso y corrido con lo que le pasaba.

CAPÍTULO CII.

Continuacion del anterior.

Otra amarga decepcion acababa de sufrir García.

El estado de la madre de Paca le imposibilitaba de averiguar nada por aquel lado; pero así y todo, sabia ya que la jóven se habia marchado con don Tadeo, y esto venia á confirmar sus sospechas respecto al viejo.

Para él ya no cabia la menor duda de que la desaparicion de la maja, estaba íntimamente ligada con la prision de don Luis y el secuestro en la venta de Vicente y Joselito.

Un suceso era complemento del otro; pero ¿cuál de cuál?

Más claro. ¿Se habia verificado la prision del jóven, para que éste no impidiese el secuestro de la maja, ó bien se habia secuestrado á la maja para que ignorase la prision de don Luis?

En todo caso, ¿á quién reportaban utilidad aquellos atentados?

¿A don Tadeo?

No era posible. En concepto de García, no era más que un instrumento.

Sí; mas ¿instrumento de quién?

Si lo llegaba á averiguar, estaba seguro que habria encontrado un filon, que explotado fácilmente, le daria pingües resultados.

Y para averiguarlo, el mejor medio era ver si podia tener una entrevista con los secuestrados en la venta.

Resuelto á obtenerla á todo trance, pertrechó su bolsa, pues sabia que el oro es la mejor llave para abrir todas las puertas, y sobre todo las confiadas á la salvaguardia del tio Langosta, y tomó el camino de la venta.

Serian las once de la mañana del dia siguiente al en que visitó á la madre de Paca, cuando García se presentó en casa del tio Langosta.

Estaba éste sentado en un poyo, próximo á la puerta tomando el sol, cuando vió de lejos al bandido.

Una sonrisa maliciosa resbaló por sus labios, y sus ojillos grises se animaron un momento. Pero aquello fué un relámpago.

Con la mayor naturalidad del mundo se levantó para recibirle, y abrazándole, exclamó:

—¡Hola, buen mozo! ¿Vienes á comer conmigo?

—Todo pudiera ser, tio Langosta. Pero antes quisiera hablaros de un *negocio* muy sério, en sitio donde nadie nos pudiera oir.

Al oir el viejo la palabra *negocio*, sus facciones se animaron.

Olió dinero, y para él no habia perfume más exquisito.

—Ven conmigo—contestó.

Y entraron ambos en la venta.

—¡Mosquito!—gritó el ventero.

—¿Qué manda su mercé?—respondió la voz indefinible del muchacho desde la cocina.

—Ten cuidado de la puerta, que tengo qué hacer—le encargó el viejo.

Y dirigiéndose á su compañero, dijo señalando la escalera:

—Sube.

García no se hizo de rogar.

Subieron al único piso alto de la casa.

La escalera terminaba en un corredor á donde se abrian varias puertas.

El ventero sacó del bolsillo una llave; la del último cuarto de la izquierda.

Era un cuartito algo menos sucio que lo que hasta ahora hemos visto de aquella casa.

El tio Langosta le llamaba el cuarto de las confidencias, porque en él recibia á los amigos que iban á comunicarle algun asunto grave.

Entró García: el ventero desde la puerta le preguntó:

—¿Has tomado las once?

—No; y no vendrá mal alguna cosa. Unos torrados y una copa de aguardiente.

—Espérame un momento.

Y con una ligereza impropia de sus años, bajó y volvió á subir en un momento trayendo lo pedido.

Entrambos se sentaron, cogieron un puñado de torrados y royéndolos empezaron su diálogo.

García abordó la cuestion de frente.

—Tio Langosta—dijo sonriendo con benevolencia,—voacé es muy cuco. Anteanoche jugó conmigo como se juega con un niño, pero no le guardo rencor por eso. Me estuvo bien el chasco, por tonto.

El rostro del tio Langosta rebosó de cándida inocencia.

—No sé de qué hablas—exclamó.

—Dejemos eso á un lado y vamos á lo que ahora interesa, —continuó García.—Aquí, en esta casa, sé yo que hay dos hombres encerrados.....

Un enérgico ademan cortó la palabra al ventero que iba á interrumpir.

—Es inútil que voacé lo niegue. Lo sé de buena tinta. Me consta. No se trata de libertarlos ni mucho menos. Se trata de tener con ellos una entrevista. De esta entrevista nadie tendrá conocimiento más que nosotros. Aseguro que no hay peligro de ningun género, y en cambio deseo saber cuánto vale este servicio.

Y al decir estas palabras sacó una enorme bolsa de seda, por entre cuyas mallas se reflejaba un color amarillento que alegró el alma del ventero.

Despues de reflexionar un momento rascándose la cabeza, contestó:

—¡Muchacho! ¿sabes lo que me pides?

—Un favor que no cuesta nada y que estoy dispuesto á pagar y á agradecer.

—¿Estás seguro de que no costará nada?

—Os respondo de ello.

—¿Y del secreto?

—Soy yo el principal interesado en que no se sepa.

—¿Palabra de amigo?

—Y de compañero leal.

—Pues ya que te empeñas.....

—¿Qué?

—Que no habrá más remedio que servirte. Tienes un modo de pedir las cosas que es preciso tener el corazon de piedra para negarlas.

É involuntariamente tendió la mano.

García puso en ella cuatro onzas.

El ventero las hizo desaparecer instantáneamente en el bolsillo de su chupa, y levantándose de su asiento murmuró:

—Pues cuando tú estás tan espléndido es porque debe ser cosa gorda.

—¡Quién sabe!—respondió García.

—Espera un poco, que explore el campo—dijo el viejo marchándose.

Bajó rápidamente, llamó á Mosquito, habló con él en voz baja y volvió á subir donde le esperaba García.

—Baja—le dijo.

Aquél no esperó más. Entraron en la sala donde dos noches antes habian estado cenando.

El viejo se dirigió al armario. Abrió una de sus hojas é introdujo el brazo.

Sin hacer el menor ruido, el armario se corrió automáticamente hácia la derecha, dejando descubierto en la pared el marco de una puerta.

Despues metió la mano en el bolsillo y sacó una llavecita y un silbato. Dió este á García y abrió la puerta, diciéndole:

—Entra y cuando quieras que te abra, toca ese pito.

El bandido entró sin vacilar.

Encontróse en un pequeño corredor débilmente alumbrado por una pequeña claraboya.

Tuvo que detenerse un momento para acostumbrar sus ojos á la oscuridad que allí dominaba.

Al extremo del pasillo habia seis escalones, delante de los cuales se veia una puerta cerrada.

García avanzó resueltamente, y notando en la puerta una especie de pomo de picaporte, lo empuñó y abrió.

Apenas entró, la puerta sola, obedeciendo á un contrapeso colocado en la parte exterior, se volvió á cerrar de golpe.

Entonces notó el bandido con espanto que aquella puerta no se podia abrir por la parte de dentro, á causa de estar cubierto exprofeso el pasador.

La habitacion donde se halló no tenia nada de terrorífica.

Era un aposento cuadrado, claro y limpio. Recibia luz y ventilacion, como el pasillo, por una claraboya practicada en el techo, pero tan alta que era un disparate el pensar en alcanzarla.

Dos cómodas camas, una mesa donde aun se veian algunos platos con restos de un buen almuerzo, cuatro sillas con asiento de enea y una gruesa estera que cubria el pavimento, componian el ajuar de aquel encierro.

Al entrar el bandido, Vicente estaba leyendo sentado á la mesa. Olvidábamos decir que tambien habia algunos libros y recado de escribir.

Joselito, tendido en una cama, fumaba con indolencia un cigarro.

Ambos se levantaron extrañando la visita.

—Señores, muy buenos dias—dijo García saludando cortésmente.

Los presos le reconocieron y concibieron una esperanza.

Por fin vemos á alguien—exclamó Vicente.

—¿Nos dan suelta ya?—preguntó Joselito.

—Todo pudiera ser—dijo el bandido—pero aun hay que tener paciencia.

—¡Pues qué! ¿Se han convencido ya de nuestra inocencia? —preguntó el pintor.

—¡Vuestra inocencia!....—dijo García con sorpresa.

—¿Ya sabrán que nosotros no conspiramos?—interrumpió el torero.

—Señores, poco á poco—exclamó el bandido.—¿Saben sus mercedes dónde están y por qué están encerrados?

—Estamos.....—balbuceó Vicente—si no me engaño en una cárcel, porque se nos cree conspiradores. ¿No fué usarced mismo el que nos prendió?

—Pues están en un gran error.

—¿No lo dije?—exclamó Joselito.—Pues si estuviéramos presos por conspiradores, ni estaríamos juntos, ni hubieran dejado libre á don Tadeo.

—No hay tal cosa—continuó García.—Están aquí presos porque tienen algun enemigo muy poderoso á quien sin duda estorban.

Los dos presos se miraron en silencio, pensando que todo podia ser.

—¿No recuerdan usarcedes quién pueda tener interés en tenerlos aquí encerrados?

Ninguno contestó.

—¡Y don Tadeo!—continuó.—¿Saben usarcedes quién es ese hombre? Pues es, ni más ni ménos, quien les ha hecho encerrar.

Los presos permanecieron silenciosos y reflexivos. Al fin, Vicente preguntó:

—¿Quién sois en realidad? ¿Cómo sabeis todo eso?

—Poco importa mi nombre con tal de que me justifiquen los hechos. Soy un hombre—dijo bajando la voz—que os puede devolver la libertad. Lo sé todo, porque forzosamente he tenido que mediar en vuestra prision.

El preso anhela, ante todo, verse libre; así es que cuando ve una probabilidad de conseguirlo, todo lo demás lo olvida, todo es secundario. Así les sucedió á los dos jóvenes: aquel hombre podia librarlos, ya no les importó quién era.

Le ofrecieron cuanto quiso con tal de verse libres.

Pero aquello no era tan fácil. Por otro lado García no se contentaba con promesas, así es que pidió antecedentes.

Incidentalmente se habló de las majas, y García les enteró del secuestro.

Al saber aquella noticia, Vicente exclamó:

—Ya sé por qué estamos aquí: estorbábamos al marqués Adelfi y á sus compañeros.

García lo comprendió todo.

Lo vió claro como la luz del dia.

Don Tadeo era instrumento del marqués.

Despues prometió hacer cuando estuviera en su mano para facilitar la evasion de los presos, asegurándoles que antes de veinticuatro horas estarian en libertad.

Despidióse de ellos entre promesas y protestas, recomen-

dándoles la prudencia y el disimulo con su carcelero, y sacando el silbato, le tocó.

El tio Langosta no se hizo esperar.

Despidióse de él dándole las gracias por el favor, y tomó la carretera de Madrid.

Al salir de la venta no se cuidó de si alguien le espiaba. Tan gozoso iba.

Pero apenas habia andado cincuenta pasos, un hombre que estaba oculto trás de un cercado, le vió pasar, y murmuró por lo bajo:

—El tio Langosta ha hecho bien en avisarme. Ese tunante me quiere jugar alguna mala pasada. Le habremos de escarmentar.

Y entró en la venta.

CAPITULO CIII.

En donde García continúa haciendo de las suyas.

A toda prisa tomó García el camino de Madrid.

No bien llegó á la coronada villa, se encaminó hácia la casa del marqués Adelfi.

—¿Está en casa el señor marqués?—preguntó al primer criado con quien tropezó.

—Está—contestó lacónicamente el aludido.

—Pues hacedme la merced de anunciarme.

—No es fácil que os reciba.

—Decidle que desea hablarle una persona enviada por don Tadeo.

—¡Ah! en ese caso.....

—Decídselo así.

El criado, que conocia muy bien al vejete que nombró García, se apresuró á pasar recado: no tardó mucho en volver á donde aguardaba el demandante, y le dijo:

—Seguidme.

García siguió al doméstico, y éste le guió hasta la puerta del aposento del marqués.

—Aquí es; entrad.

—Corriente—repuso García, y sin detenerse abrió la puerta y se coló de rondon.

El marqués le miró de piés á cabeza, y le preguntó:

—¿A qué os manda don Tadeo?

—Es el caso—respondió audazmente García—que no me manda aquí el tal sugeto.

—¿Es decir que os habeis valido de un engaño para llegar hasta mi presencia?

—Exactamente.

—Me gusta el descaro—repuso el marqués con visible enojo.

—Creo que el señor marqués hace mal en enojarse.

—Yo hago lo que me acomoda, señor mio.

—Estais en vuestro derecho.

—Y tambien lo estaré llamando á mis criados y ordenándoles que os pongan en la calle inmediatamente.

—El señor marqués puede hacer lo que guste, y aun sin llamar á sus criados yo estoy dispuesto á marcharme, pero luego quizá le pese el no haberme querido oir.

—Tengo el tiempo tasado; os oiré otro dia, buen hombre.

—Bien pueden esperar las majas—replicó García insolentemente.

—¿Qué decís?—exclamó atónito el marqués.

—Digo que os conviene escucharme, porque vengo á advertiros de un grave peligro; pero puesto que el señor marqués tiene que hacer, con irme por donde he venido estoy del otro lado.

García hizo un movimiento como para retirarse.

—Detenéos.

—Me detengo—contestó García flemáticamente.

—¿Qué peligro es ese de que habeis hablado?

—Ante todo, permítame el señor marqués que tome asiento, estoy molido.

—Está bien; sentáos.

—¡Aja, ja! esto es otra cosa!—dijo sentándose el perillan.

—Sepamos lo que hay.

—Lo primero que debo advertiros es que don Tadeo os ha vendido.

—¡Cómo!

—El cómo no lo sé; pero sé que os vende.

—¿Podeis probarme lo que decís?

—Muy fácilmente.

—Allá va—pensó García.—Veamos si doy en el blanco.

—Hablad, pues.

—Las majas están en vuestro poder, y eso se sabe por don Tadeo.

—¡Oh! yo le juro.....—murmuró trémulo de ira el marqués.

—Acerté y dí el golpe—díjose entre sí García, y repuso en voz alta:—Don Tadeo es un vejete taimado, capaz como Judas, de vender aun que sea á su padre por dinero; pero es más astuto que el mal apóstol, y saca más provecho de sus ventas del que sacó aquel con la de su maestro y señor.

—Pues yo soy hombre que ni olvida ni perdona.

—Así debe ser todo el mundo.

—¿Podeis indicarme el peligro que corro?

—No hay inconveniente; á eso he venido. Los novios de las majas saben el favor que tratais de dispensarles, y han jurado vengarse.

—Están imposibilitados de hacerlo.

—Pueden no estarlo dentro de poco.

—Eso no es fácil.

—Vaya, y tanto como lo es; puedo aseguraros que está en mi mano que recobren la libertad.

—¿Tanto podeis?—dijo el marqués sarcásticamente.

—Yo no; pero alguna otra persona, sí.

—No lo dudo.

—Ahora bien; yo puedo ser de gran utilidad al señor marqués.

—¿En qué sentido?

—Sirviéndole, y evitando que esos jóvenes, hoy encarcelados, puedan ejecutar su anhelada venganza.

—¿De qué modo? ¿Acaso oponiendo algun obstáculo á su libertad?

—¿Qué se lograria con eso? ¿Retardar unos dias más ó menos el golpe?

—Eso mismo iba á objetaros.

—Ya habeis visto que yo me he adelantado á contestaros.

—¿Qué haríais, pues, para librarme del peligro?—preguntó con cierto afan el marqués.

—Soy hombre de trazas imaginarias, y además lo mismo sirvo para un barrido que para un fregado.

—Creo entenderos.

—En habiendo barro á mano, quiero decir oro, nada hay difícil para mí.

—¿Es decir que si se os pagara bien?....

—Si se me pagara bien, podria suceder que esos mancebos lo pasaran mal.

—¿Es decir que me libraríais de ellos?

—Indudablemente.

—¿Quién me responde de vos?

—Seguramente no será ningun alcalde de casa y córte; de modo que si el señor marqués no tiene en mí bastante confianza es inútil que hablemos.

—Pues que ¿no hay más que fiar así en el primer desconocido?

—Pero yo soy un desconocido que conozco muchos asuntos reservados del señor marqués, y de ello le he dado no hace mucho una prueba.

—Convengo en ello, pero eso no basta.

—¿Qué beneficio pudiera resultarme de engañaros, privándome de que en adelante os sirviérais de mí? ¿Creeis que un buen parroquiano es cosa de despreciar en los tiempos que alcanzamos?

—Todo eso es verdad, pero ¿por qué os habeis inclinado á mi favor en lugar de ayudar á mis enemigos?

—La cosa salta á la vista.

—Pues la mia no alcanza á verla.

—La libertad de esos jóvenes no depende de mí; saben respecto á vos y por conducto de don Tadeo cuanto yo les pudiera decir, de manera que nada tendrian que agradecerme ni que pagarme.

—Eso es mucha verdad.

—Además, que sirviéndoos fielmente en esta ocasion, no es fácil que me echeis en olvido y es probable que esteis siempre pronto á hacer algo por mí.

—Veo—dijo el marqués apeando el tratamiento que daba á García—que eres un bribon muy juicioso, y me convienes.

—Sin modestia puedo afirmar al señor marqués que hace una magnífica adquisicion.

—Desde ahora quedas á mi servicio.

—Convenido.

—¿Cómo te llamas?

—García, señor marqués.

—Pues bien, García, á contar desde hoy tú has de ser el depositario de mis secretos.

—Convenido.

—Lo primero que te encargo es que vigiles al tal Tadeo.

—No hay cuidado.

—Y respecto á esos tres galanes.....

—No han de estorbar al señor marqués; lo juro.

—Hay que andar listo.

—Eso queda á mi cargo.

—¿Parece que no debes estar muy sobrado de dinero?

—Muy falto de él, sí que lo estoy.

—Toma, por ahora.

El marqués puso en las manos de García un puñado de monedas de oro.

—Para empezar ya hay bastante, pero debo advertir al señor marqués que el viaje que hay que hacer emprender á los tres susodichos amantes, ha de ser algo largo, y por lo tanto muy costoso.

—Nada te hará falta.

—En ese caso todo irá bien, señor marqués.

—Confio en tu promesa.

—Podeis confiar.

—Adios, pues, y hasta mañana.

—Hasta mañana.

García se dispuso á salir; el marqués hizo un ademan, y le detuvo.

—Espera.

—¿Teneis algo que mandarme?

—Sí.

—Decid.

—Don Tadeo me ha hecho traicion.

—Así es la verdad.

—Creo haberte dicho que ni olvido ni perdono.

—No lo he olvidado.

—Te recomiendo á don Tadeo.

—No olvidaré el encargo.

—Nada más por ahora.

García se inclinó y dejó solo al marqués.

—El conde de Lazan, doña Catalina de Sandoval, el marqués Adelfi..... tres minas cuyo filon promete ser abundante y que yo explotaré á mi sabor. Aun me parece divisar en lontananza algun negozuelo más; las cosas se complican y cada nuevo personaje que descubro en estos enredos es un tesoro

más que ha de venir á aumentar el mio. Conviene no perder tiempo; decididamente debo procurarme una nueva entrevista con don Vicente y con Joselito; el tio Langosta es ambicioso, y untándole la mano me dejará penetrar en el encierro; despues armados ellos dos con las armas que yo les proporcione, impondremos silencio al ventero y nos salimos muy tranquilos por la puerta; lo que venga despues, el diablo solo es capaz de saberlo ahora. ¡Ea! manos á la obra, vamos á procurarnos las armas que necesito, y al avío.

Este razonamiento iba haciéndose el desalmado García desde que salió de la casa del marqués y en tanto que se dirigia á la suya; pero una vez hubo formulado su plan, varió de direccion. Sin duda no tendria en su casa las armas que necesitaba ó no querria dar á sospechar nada de lo que intentaba á la gitana que con él vivia.

CAPÍTULO CIV.

De como tal va por lana que vuelve trasquilado.

—¿Quién va?

—Abre, Langosta.

—Allá voy—contestó la avinada voz del ventero.

Despues de un breve rato de espera,exclamó García con destemplado tono:

—Si no quieres abrir á un amigo, dílo y me iré.

—No seas tan *súpito*, *gachó*—dijo abriendo el portillo el tio Langosta.

—¡Á Dios gracias!—repuso penetrando en la venta García.

—¡Quién demonio habia de creer que vendrias por aquí á estas horas!

—Tenia precision de hablarte, y á eso he venido.

—¡Ea! *pus garla* cuanto quieras, hijo mio.

—Cierra el portillo y escúchame.

—Cierro y escucho.

—Me parece que no vendria mal refrescarme un poco las fauces.

—Eso nunca viene mal.

—Pues saca una botella de Arganda, que es mi vino favorito, y la apuraremos entre los dos en amor y compaña.

—Hombre, me gusta que vengas á *vesitarme*, porque echamos un buen trago entre palabra y palabra, y *aluego* lo pagas bien.

—Pues hazme la razon, amigo—dijo García llenando los dos vasos que Langosta habia traido junto con el Arganda.

—A tu salud—gruñó el tio Langosta.

—A la tuya—contestó García.

Ambos chocaron su vaso respectivo, y apuraron su contenido sin respirar.

—Moro y muy moro—dijo García chocando el paladar con su lengua.

—No bautizo yo el aloque que vendo á los amigos; ya sabes que tengo *concencia* estrecha. Y aunque soy *probe*, no me gusta quitar nada á *naide*.

—Ya sé que eres honrado.

—Lo tengo á gala; yo hago algun favor por los amigos; pero no me meto en cosas feas; ¿estamos?

—Y haces muy bien.

—Con que, vamos á ver, sin trampantojos, ¿qué es lo que quieres *icirme*?

—No se trata de nada que pueda perjudicarte en lo más mínimo, y para que te convenzas, no solo te diré el favor que de tí necesito, sino que quiero confiarte hasta el por qué de la cosa.

—Así me gusta; que seas franco.

—Se trata que me dejes hablar un momento por segunda vez con los dos hombres que aquí tienes encerrados.

—Eso es *mu* grave—repuso el tio Langosta rascándose socarronamente una oreja.

—¿Qué perjuicio te puede resultar de eso? Ninguno.

—*Nenguno, nenguno;* eso pronto se *ice.*

—Y es la verdad; perjuicio á tí ninguno, y solo ganancia para tu bolsillo.

—¿Qué demonio de jaleo traes entre manos?

—Eso es lo que voy á decirte, probándote en ello toda la confianza que me inspiras.

—Charla, pues.

—Me conviene saber el paradero de cierta gitana.

—¿De una gitana?

—Sí; esa mujer posee el secreto de un asunto muy interesante para cierto conde; uno de esos hombres, tengo la seguridad de que si quiere puede indicarme el lugar donde se halla. El caballero por cuenta de quien trabajo, me ha ofrecido una buena recompensa el dia que logre presentarle á la gitana en cuestion, y ya ves tú que no es cosa de desperdiciar una ganga tal en los tiempos que alcanzamos, tanto más, cuanto que este asunto no es de los comprometidos.

—Eso es verdad; pero ¿de qué medios piensas valerte para hacer cantar á los dos pájaros que están enjaulados?

—¡Toma! diciéndoles la verdad, y además ofreciéndoles que procuraré que se les ponga cuanto antes en libertad; prometer no es cumplir.

—Ya; pero, ¿y si te engañan dándote señas falsas?

—Lo tengo todo previsto.

—¿Y cómo?

—Les digo que hasta averiguar si me han engañado ó no, me abstendré de dar ningun paso en favor de ellos.

—Vamos, veo que eres hombre que lo entiende.

—No soy muy tonto.

—¿Y cuánto voy ganando?

—Ahora la mitad de mi caudal; mira.

—García enseñó dos onzas.

—Una jara por barba.

—No tengo más ni aquí, ni en casa.

—No estás *mu* rico, que digamos.

—Ya ves si me hace falta realizar ese negocio.

—Ya lo veo: y si lo realizas ¿qué hay para mí?

—La cuarta parte de lo que me dén.

—¿Quién me asegura que no me engañarás?

—Así me ahorquen sino te cumplo ese juramento; es la única garantía que puedo darte.

—Para que veas que soy un *cabayero,* doy fe á tu promesa; venga la *jara.*

—Ahí la tienes.

—Pero solo media hora te *premito* que hables con los presos.

—Tengo suficiente.

—Pues entonces, *entendíos.*

—No hay más que hablar.

—Toma el silbato.

—Es verdad, ya no me acordaba—dijo García tomándolo.

El tio Langosta tomó el candil y echó á andar; García le siguió.

Llegaron á la habitacion del armario; Langosta oprimió el resorte, que ya conocen nuestros lectores, y García, conocedor ya del terreno que pisaba, salió por la puerta tan pronto como la abrió el ventero.

—Adios y buena suerte.

—No te hagas esperar en cuanto oigas el sonido del silbato.

—No hay *cudiao.*

Langosta se sonrió malignamente, cerró la puerta, oprimió por segunda vez el resorte del armario y éste quedó colocado en su primitivo lugar. Terminada esta operacion, el ventero se dirigió precipitadamente á los aposentos del piso superior.

García llegó á la sala donde estaban los presos.

—¡Ah! ¿vos aquí?

—En persona; vamos, veo que el tio Langosta es pródigo.

—¿Por qué lo decís?—preguntó Vicente.

—Por ese candil que os presta su luz.

—Y gracias—replicó Joselito.

—¿Qué tenemos de novedades? ¿Cuándo podremos salir de aquí?

—Don Vicente, eso dependerá de lo que ahora hablemos.

—Pues hablad—repuso Joselito.

—Hay que tener en cuenta, señores, que yo me expongo mucho.

—Se os recompensará generosamente—se apresuró á decir Vicente.

—¿No se me podria indicar la recompensa?

—Contad con que no será escasa; os empeño mi palabra y esta es sagrada.

—Así lo creo, don Vicente, y sobre el particular nada tengo que añadir; fáltame ahora decir que una vez fuera de aquí se me ha de dar palabra de que os ocultareis en el sitio que elijais, por lo ménos durante veinte y cuatro horas, tiempo preciso para que yo arregle ciertas cosas que impidan á la gente que os tiene presos el que hagan una de las suyas.

—Hombre, ¿será cosa de que tengamos que vivir á la som bra mucho tiempo?

—Señor Joselito, cuando las cosas convienen, se hacen.

—Contad con nuestra palabra.

—En ese caso, don Vicente, quedan zanjadas las cláusulas del contrato.

—¿Y cuándo calculais que podremos salir de aquí?—preguntó con afan Vicente.

—Hoy mismo.

—¡Hoy!—exclamaron á la vez don Vicente y Joselito.

—Esta misma noche y dentro de pocos minutos.

—Y ¿por qué medios? observó Vicente.

—Atended: he aquí tres puñales.

García sacó las tres armas.

—Y ¿qué hay que hacer?—preguntó Joselito.

—Poca cosa; toco este silbato, acude el tio Langosta, abre esa puerta, me abalanzo á él puñal en mano, vosotros le amenazais con el vuestro, el viejo se acoquina y negocio listo.

—Nada de sangre.

—No hay cuidado, don Vicente, no habrá necesidad de tanto. ¿Qué opinais del medio que os propongo?

—Me parece bien—dijo Joselito.

—Es sencillísimo—agregó García.

—En efecto. ¿El ventero está solo?—preguntó Vicente.

—Tal creo, pero aunque halláramos á nuestro paso un par de hombres más, tenemos armas y valor.

—Decís bien.

—Pues ¡ea! las cosas cuanto antes.

García aplicó el silbato á sus labios, y lanzó un prolongado silbido.

—Ahora coloquémonos junto á la puerta.

García se colocó en medio de Joselito y Vicente, y un poco más cerca de la puerta que sus dos compañeros.

Poco tuvieron que esperar.

Abrióse por fin la puerta, y apareció el tio Langosta en su umbral.

García, rápido como el pensamiento, se abalanzó sobre el ventero, lo sujetó, y poniéndole la punta del puñal en el pecho, le dijo:

—Guía y calla.

—Me gusta el modo que tienes de recibir á los amigos.

—Adelante—repuso García dando un empellon á Langosta.

Al llegar á la puerta que cubria ordinariamente el armario, dijo García:

—Por esta vez hemos ganado la batalla.

Y se dispuso á franquear el paso; pero al pisar el marco de

la puerta, se encontró frente á frente de cuatro mozos que le encaraban las enormes bocas de sus trabucos.

—Atrás—dijo una ronca voz.

García palideció horriblemente, y dió un paso atrás sin soltar al ventero.

Vicente y Joselito, aunque eran valientes, comprendieron que era inútil la resistencia, y retrocedieron tambien.

—Suelta á ese hombre—dijo la misma voz que antes habia hablado.

García vaciló en obedecer.

—Si no le sueltas inmediatamente, te abraso el alma.

García soltó entonces al tio Langosta que se apresuró á unirse con sus salvadores, y al verse junto á ellos, dijo socarronamente:

—Amigo García, has perdido la jugada.

—¡Ea! Haceos atrás.

Los mozos, apuntando siempre á García y á sus dos compañeros, penetraron en el pasillo y fueron avanzando por él hasta que llegaron á la puerta de la habitacion que hasta entonces habia servido de cárcel á Vicente y á Joselito.

—Soltad esos puñales.

Los presos dejaron caer las armas.

—Está bien; ahora entrad ahí.

—Siempre habeis salido ganando, porque ahora en vez de dos, sois tres los enjaulados.

García, Vicente y Joselito penetraron en la habitacion, y así que lo hubieron efectuado, la puerta se cerró, no sin que antes el tio Langosta dijese en son de chunga:

—Descansa á gusto, pichon.

CAPÍTULO CV.

En el cual se refiere lo que les habia acontecido á las majas.

No es para descrito el efecto que produjo en las majas la aparicion del marqués y sus compañeros.

Sobre todo en Paca.

La pobre jóven no podia olvidar á su madre, de quien h aci cuatro dias no tenia ninguna noticia, y por cuyo estado de salud temblaba.

Al ver á sus compañeras, no se creyó tan desgraciada.

Comprendió cuál era el objeto que sus infames perseguidores se proponian, y resolvió afirmarse en su resolucion de no ceder á sus sugestiones aunque le costase la vida.

Concha y Lola no pudieron contener una exclamacion de alegría al ver á su amiga.

Sin acordarse para nada de que estaban en presencia de sus perseguidores, arrojáronse en brazos unas de otras, confundiéndose sus lágrimas y sus lamentos.

Era un cuadro conmovedor el que presentaban aquellas tres hermosas mujeres, á quienes su belleza hacia igualmente desgraciadas.

El marqués Adelfi, gran admirador de la belleza en todas sus formas, no dejó de fijarse en aquel grupo, y con un cinismo irritante, exclamó:

—En verdad que si nuestras hermosas ingratas se pudieran contemplar en este momento, comprenderian que no hay hombre que resista á tantos encantos y justificarian nuestra conducta.

El baron y el caballero asintieron con una sonrisa á aquellas palabras.

Paca las oyó, y dirigiendo al marqués una mirada en la que se pintaba el más soberano desden, se limitó á contestar:

—¡Maldita la hermosura que puede llamar la atencion á hombres como vos!

El marqués se mordió los labios de coraje, y dirigiéndose á sus compañeros, les dijo:

—Pero, señores, ¿hemos venido aquí para enternecernos? ¿Están aquí estas mujeres tan solo para llenarnos los oidos con sus jeremiadas?

—No por cierto—se apresuró á contestar el baron.—Otro objeto muy distinto nos ha reunido; y no sé qué hacemos, que no procuramos convencer á estas jóvenes para que sean razonables.

—Pues manos á la obra—añadió el caballero.

—Me parece, Paca—dijo el marqués dirigiéndose á ésta—que te irás convenciendo de que la resistencia es inútil. Ya ves que tus compañeras siguen la misma suerte y de que estais completamente en nuestro poder; por consiguiente deja vanos escrúpulos y date á partido.

—Si la salvacion de mi alma estuviera en vuestra mano, señor marqués, y de vos dependiera el dármela, estad seguro

de que, á costa de lo que pedís, mi alma se perdiera—contestó la maja cou altivez.

—Señores, una idea—dijo de repente el baron.—Estas niñas se profesan un cariño fraternal, dejémoslas solas en esta estancia por algunos minutos y tal vez adelantaremos tiempo ahorrándonos algun trabajo.

—No está mal pensado—contestó el marqués.—Así tendrán más libertad para comunicarse sus pensamientos y tal vez se le ocurra á alguna de ellas lo que ya se les debia haber ocurrido á las tres: esto es, capitular.

Las jóvenes no contestaron una palabra.

—Con que, niñas, ya lo oís—continuó el baron.—Aquí os dejamos solas para que charleis cuanto tengais por conveniente. No os quejareis por nuestra falta de amabilidad: estais presas, pero ¡cuántas quisieran hallarse en vuestro lugar! Si no estais libres, nadie tiene la culpa más que vosotras. Dentro de media hora volveremos; á ver si os dejais de tonterías y os poneis de acuerdo. De lo contrario, aun no sabeis lo que vuestro despecho puede perjudicaros.

Y dichas estas palabras, se retiraron los caballeros dejando solas á las tres majas.

Verse solas y echarse á llorar las tres, fué todo uno.

Su dignidad ofendida las obligaba á hacer frente al peligro con serenidad y como desafiándolo, cuando estaban en presencia de sus perseguidores; pero al perder á estos de vista, su debilidad femenil se manifestó por completo, y un raudal de lágrimas inundó aquellos bellos semblantes.

¡Las lágrimas! Dicen que son patrimonio exclusivo de la mujer, pero se dice en tono de mofa y de vilipendio para el sexo débil. Lo que hay de verdad, es que la organizacion sensible y delicada de la hembra, se sobreexcita con mucha facicilidad, y de ahí esa abundancia de humor seroso que destilan pupilas que el hombre quisiera ver siempre serenas.

Y, ¡proporcionan tanto consuelo á un corazon oprimido!

¡Qué hombre habrá, por endurecido que sea, que no se haya visto obligado á llorar alguna vez en su vida!

Recuerde cuánto sufria antes de derramar lágrimas, qué dulce alivio experimentó cuando las hubo vertido y comprenderá que en la mujer es muy natural este desahogo, sin que por lo general entre en él para nada el artificio.

Esto no quiere decir que no haya regla sin excepcion.

Hay mujeres que abusan de ellas, pero es muy fácil distinguir la verdad de la mentira, por poco práctico que se esté en la materia.

Nos ha sugerido estas reflexiones, si se quiere inoportunas, la situacion en que se veian aquellas pobres jóvenes.

Si alguno de los libertinos que las perseguian, hombres avezados al vicio y que por sistema acostumbraban prescindir de ciertos sentimientos que son inherentes á la condicion del hombre, si uno de ellos, repetimos, al dejarlas solas se hubiera quedado oculto espiándolas, por desnaturalizado que fuese no hubiera podido ménos de conmoverse al ver aquel gran dolor traducido en lágrimas.

Desgraciadamente para las majas, á ninguno se le ocurrió tal idea.

Al contrario, se retiraron á un apartado gabinete, donde se hicieron servir unos bizcochos y unas copas de Jerez con que entretener su ociosidad y que les dieran más brios en su odiosa empresa.

Dejémosles combinando planes para el porvenir y solazándose con la idea de una próxima y dulce victoria, y volvamos á la habitacion donde quedaron las tres majas.

Pasados los primeros momentos de natural expansion, secos los ojos y algo más tranquilos los espíritus, considerándose todas menos desgraciadas al verse juntas, comenzaron á reflexionar sobre su situacion.

Paca, como la más preocupada, fué la que llamó la atencion de sus compañeras con estas palabras:

—Esos hombres nos quieren perder decididamente.

—Y lo peor—añadió Concha—es que no veo ningun medio de salvacion.

—¡No ha de haberlo!—replicó Lola—basta que no nos separemos ya, para que no puedan conseguir sus intentos.

—¡Qué tonta eres!—observó Paca—¿Crees tú que nos permitirán estar mucho tiempo juntas?

—Como que han dicho que dentro de media hora volverán —aseveró Concha.

—¿Y qué hacemos?—preguntó Lola cándidamente.

—Resistir á todo trance confiando en Dios—respondió Paca con resolucion.

—Parece mentira—observó Concha—que tú, Lola, que en otras ocasiones tienes tanto valor estés ahora tan apocada.

—Te diré—replicó la aludida—es que ahora ellos no están aquí, y al verme encerrada en esta casa como una fiera y á merced de tantos hombres, siento un miedo cerval. Si tuviera que habérmelas con un hombre solo, ¡maldito el respeto que me causara! pero con tantos.....

—No es esta ocasion de ser valientes—apoyó Paca—y sin embargo, ¡ay de nosotras si el valor nos abandona! Aquí lo que hay que hacer es tener calma, serenidad y entereza. De algo nos ha de servir la astucia que los hombres atribuyen á nuestro sexo. Procuremos ganar tiempo, porque yo creo imposible que no haya nadie que no sepa lo que nos pasa y procure averiguar nuestro paradero.

Repugnaba al carácter impetuoso de las otras dos majas tener calma en momentos tan críticos, pero no tuvieron más remedio que tener que amoldarse á las circunstancias y reconocer la bondad del consejo de su compañera.

Resolvieron, pues, adoptar un lenguaje y unas maneras que hicieran creer á los caballeros en una próxima victoria, y para que no extrañasen tan brusca mudanza, debian presentar al pronto un continente afligido, pero resignado; oirlos con algu-

na amabilidad; contestarles con pocas palabras, pero de doble sentido, y que no las comprometiesen á nada, dejándoles entrever algunas esperanzas, á fin de conseguir dar largas á las pretensiones de aquellos.

Apenas habian concluido de concertar la táctica que debian seguir, se abrió la puerta por donde habian marchado los tres amigos, y entraron estos.

Venian risueños.

—Veamos hermosas—dijo el marqués con zalamería.—¿Qué habeis resuelto? ¿Nos dais la muerte ó la vida? ¿Concedeis ó no un premio á nuestro cariño?

Es tan grosero eso de hacer el amor, de solicitar los favo- de una mujer en comandita, que aunque ninguna de las tres jóvenes habia recibido lo que se dice una esmerada educacion, su dignidad se sublevó, y no pudiéndose contener Paca, que era la mas prudente, se apresuró á contestar:

—Paréceme, señor marqués, que no sienta bien en un caballero eso de dirigirse á tres mujeres, solicitando para otros favores que tal vez éstos individualmente pudieran conseguir sin rebajarnos de ese modo.

—¡Hola!—contestó el marqués.—Te me vienes con escrúpulos de monja. Los admito, con tal de que lo que has supuesto sea una verdad. Caballeros, mi dulce capricho dice que *tal vez* estas niñas nos concederán sus favores. Esto ya es algo. Me alegro de veros tan humanas, y espero que en breve dejareis de ser esquivas, por lo que os adelanto mi más cordial enhorabuena. Hareis perfectamente, porque sino lo hubiérais pasado muy mal.

No hay nada que sobreexcite tanto á una mujer irritada como las amenazas.

La mujer cede ante la fuerza de las circunstancias, al dolor, á los tormentos, á la persuasion, á las dádivas, al cariño, hasta á la fuerza; pero nunca á las amenazas.

Ante estas redobla su valor, y lejos de amilanarse se

crece en el peligro y saca fuerzas hasta de su misma flaqueza para resistir, las más veces, victoriosamente.

Por muy prevenidas que estuviesen las majas contra toda clase de asechanzas, por resueltas que estuvieran á disimular sus sensaciones, aquel ataque á su dignidad de mujer, hecho de un modo tan brusco, las sublevó.

Lola, sin poderse contener, exclamó:

—¡Cuidado, chicas, con estos señoritos, que acostumbran desayunarse con niños crudos! ¿Qué se habrán figurado de nosotras? ¿que nos asustamos como palomas? Pues aun no les hemos enseñado los dientes. Se conoce que no están acostumbrados á tratar más que con hombres de alfeñique ó con mujeres de poco más ó ménos.

Y la boca de la maja continuó echando pestes, obligada por una más que justa indignacion.

Sus compañeras no se quedaron atrás, y la cosa se iba ya embrollando, cuando el baron cortó por lo sano, proponiendo á sus compañeros, que en vez de tener con las majas más consideraciones, las abandonasen á su suerte, dejándolas encerradas hasta que el tiempo se encargase de domar á aquellas fieras.

Se aprobó la proposicion, y llamando á un criado, le dijo el baron:

—Estas mujeres quedan aquí encerradas. Cada una de ellas ocupará uno de los gabinetes que dan á la antesala: esta y esta sala están á su disposicion: pueden reunirse y hacer todo lo que tengan por conveniente; pero quedan en completa incomunicacion con todo el que no sea de la casa. Proveed á todas sus necesidades como hasta aquí, y mucha vigilancia.

Y dirigiéndose á las jóvenes, dijo:

—Niñas, sin saberlo os habeis ganado un encierro perpétuo. Aquí estareis hasta que el fastidio y el aburrimiento os obliguen á llamarnos y á tratarnos con más amabilidad que hasta ahora. Sois muy dueñas de hacer cuanto se os antoje;

pero no intenteis evadiros, ni poneros en comunicacion con nadie de fuera, porque las consecuencias serian fatales, no solo para vosotras, sino tambien para otras personas que os son queridas. Saldreis de aquí cuando seais condescendientes. No os quejeis; vosotras lo habeis querido. Os tratamos con rigor, porque con rigor nos habeis tratado.

Y pronunciado aquel discurso, salieron los tres caballeros de la estancia.

Las majas quedaron mudas de asombro.

CAPÍTULO CVI.

En donde se ve que más puede la constancia de una maja que la audacia de un caballero.

Veinte y cuatro horas habian trascurrido desde que el marqués Adelfi y sus dos amigos habian abandonado á las majas. Estas, de los tres gabinetes que se les habian destinado, solo habian ocupado uno en el que reunidas habian pasado las largas horas que llevaban de cautiverio; tenian resuelto no separarse ni un solo momento, á fin de poder defenderse mejor de los ataques de sus enemigos.

Apenas probaron un bocado de los suculentos manjares que les fueron servidos, tanto á la comida como á la cena.

En el momento que volvemos á presentarlas á nuestros lectores, hallábanse las tres amigas sentadas una junto á la otra y mantenian animada conversacion.

—No hay más que tener paciencia—decia Paca.—¿Qué conseguirás con desesperarte, Lola? Nada, absolutamente nada.

—Es que parece que esto lleva trazas de ser largo; á juzgar

por el tiempo que hace nos trajeron esa luz, debe ser ya muy tarde, y francamente, me voy aburriendo.

—Eso es lo que ellos pretenden; bien sabes lo que dijeron, que nosotras pediríamos gracia, ¿no fué así?

—Sí, eso dijeron—contestó Lola á Concha—pero creo que nos conocen muy mal esos bribones.

—Yo no puedo quitarme de la cabeza al tunante de don Tadeo—dijo Concha.

—Ni yo—replicó Lola—os aseguro que el dia que logre echarle la vista encima, no ha de ir á Roma por la penitencia.

—¡Infame!—murmuró Paca.

—Mi corazon es muy leal; no sé por qué, pero al tal vejete nunca le pude pasar de los dientes para adentro.

—Ya tenias razon para ello, Concha; el muy solapado..... y á todo esto ¿qué será de mi Vicente y de sus amigos?

—Dios lo sabe—contestó Paca enjugándose una lágrima.

—Digo que es divertida nuestra situacion; vamos, no lo puedo remediar, estoy furiosa pensando en lo que nos sucede—dijo Lola levantándose del asiento que ocupaba y paseándose agitadamente de un extremo á otro del aposento.

—Sosiégate por Dios, amiga, y ten en cuenta que necesitamos de todo nuestro ánimo para evitar los peligros que nos rodean.

—Paca tiene razon.

—No digo yo que no la tenga pero ¿qué quereis? la impaciencia me mata. ¡Dios mio! ¡qué hermosa es la libertad! me parece que hace ya un año que estoy encerrada.

—Lo mismo nos pasa á todas—contestó Concha.

—Ni sé como tenemos cuerpo para resistir tantas desgracias.

—Aun tengo miedo que hemos de pasar algo más—repuso Concha.

—¿Qué temes?—preguntó Lola.

—Temo que traten de separarnos, y que en lugar de estas

cómodas habitaciones nos metan en algun subterráneo oscuro y húmedo.

—Solo eso nos faltaba—repuso Lola golpeando con su diminuto pié el pavimento.

—Creo que Concha hace bien en pensar todo lo más malo de parte de nuestros perseguidores; por mi parte estoy preparada.

—Ya hacen bien en traernos el pan y las viandas cortadas suprimiendo los cuchillos, porque os aseguro que cometeria un disparate si tuviese un arma en mi poder.

—¿Qué harias, Lola?

—Defenderme hasta morir—contestó la airada maja.

—Eso haré yo, sin arma alguna—replicó Paca.

—Y yo lo mismo.

—Claro está; pero no podeis negarme que teniendo un puñal ó un cuchillo nos podríamos defender más cómodamente.

—No nos queda mas recurso que el que os vengo diciendo desde que estamos juntas: poner nuestra confianza en Dios.

—Paca dice bien; veamos venir y procuremos tranquilizarnos.

—No puedo acostumbrarme á la idea de que estoy presa.

—Pues mira, Lola, la pobre Paca lleva una noche más que nosotras de encarcelamiento y sola, que es peor.

—Es que ella tiene más paciencia que yo y más pesquis.

—Hay que sosegarse amiga, porque sino eres capaz de enfermar.

—Mira, Concha, creo que ya tengo calentura.

—Efectivamente, estás ardiendo.

—Por lo mismo, Lola, te pido por Dios que procures tranquilizar tu espíritu; no quieras aumentar nuestras penas.

—Haré lo que tú quieras, Paca.

—¿Crees que yo no estoy tan deseosa como tú de verme libre?

—Claro está.

—Digo, pues yo.....—agregó Concha—no veo la hora de echar á volar.

—No os asusten amenazas ni tormentos, ni os dejeis engañar con promesas ni halagos.

—¿A mí con esas? están frescos.

—Ellos lo intentarán todo—repuso Paca.

—Que intenten lo que quieran; será bien inútil.

—Lo mismo digo—dijo Concha.

—¿Oís?

—¿Qué hay, Paca?

—Creo oir pasos.

—Efectivamente—contestó Lola aplicando el oido.

—No hay duda; ellos son.

—Me alegro.

—Por Dios, Lola, juicio.

—No hagas alguna de las tuyas—suplicó Concha.

—No tengais cuidado.

—Que no noten el menor síntoma de impaciencia en tí.

—No lo notarán.

—Ven á sentarte junto á nosotras.

Lola obedeció á Paca. Las tres majas estrecharon cuanto pudieron las distancias de tal modo, que parecian estar sentadas en un pequeño sofá.

—Vamos á ver qué nos dicen.

—Lo mismo de ayer, Lola.

—Y nosotras les daremos la misma contestacion—dijo Concha.

—Es menester mostrar entereza, pero no miedo.

—Déjalos por mi cuenta.

—No—repuso Paca—tú estás demasiado alterada.

—Eso es verdad.

—Deja que sea yo quien conteste todo lo posible.

—Corriente.

—Ya están aquí.

En efecto los pasos se aproximaban.

—¿Se nos permite pasar adelante?—dijo el marqués sin llegar á la puerta.

—No hay inconveniente—contestó Paca.

Los tres amigos penetraron en el aposento.

—Mirad—dijo el marqués—ahí teneis reunidas las tres gracias.

—Bellísimo grupo—añadió el baron.

—Y bien, amados pimpollos, ¿cómo lo habeis pasado desde ayer?

Lola hizo un movimiento como para contestar; Paca la contuvo tocándola con el codo.

—¿Habeis perdido el uso de la palabra?—continuó diciendo el marqués.

—En verdad que fuera esa gran desgracia, pues nos privaria del encanto de oir el dulcísimo acento de tan hermosas cuanto angelicales criaturas—repuso Aguilera.

—Paréceme que la bella Dolores tiene deseo de dejarnos oir su armoniosa voz—dijo el baron, el cual devoraba con la vista á la susodicha maja.

—¡Oh! ¡Si pudiera deciros todo lo que se me ocurre!—contestó por fin Lola, á la que no le fué dado contenerse por más tiempo.

—¿Quién te impide decir lo que piensas?

—Señor baron.....

—Adelante, adelante; no te pares, bellísima Lola.

—¿Podremos saber, caballeros, cuánto tiempo ha de durar nuestro encierro?

—Eso consiste en vosotras—contestó el marqués.

—¿En nosotras?—repitió Paca.

—Claro está; en cuanto se ablanden esos pechos de granito, que sí se ablandarán, volvereis á ser libres como los pájaros, y lo que es más, podreis asombrar á las gentes con la riqueza de vuestros trenes.

—Nosotras deseamos continuar siendo pobres.

—Ya cambiaréis de modo de pensar.

—No es fácil, señor marqués.

—Estas damas no se han dignado ofrecernos asiento—dijo Aguilera con aire impertinente—y como creo que la visita será un tanto larga, opino que aun á riesgo de parecer impolíticos nos acomodemos del mejor modo que podamos.

Los tres caballeros se acomodaron perfectamente, tomando cada cual un taburete.

—¡Aja, ja!—dijo aproximándose con su asiento el marqués hácia Paca.

Esta se levantó, y sus dos amigas la imitaron.

—Hágase atrás el señor marqués, que no he menester tenerle tan cerca para oirle cuánto decir quiera.

—No hay que exaltarse—contestó el aludido retirándose á regular distancia.

Las tres amigas volvieron á sentarse.

—Por lo visto continuamos de mala data.

—¿Qué se habia figurado el señor baron? ¡Canastos con el hombre y qué terco es!

—No tanto como tú, hermosa Lola.

—Tenga entendido pues su señoría ó su excelencia, que yo no sé cómo debo llamarle, que á mí me verá siempre de la misma manera.

—Eso está por ver.

—Pues ya lo verá, y le advierto, aunque ya debia saberlo por experiencia, que me gustan poco las bromas.

—Ya se desarrugará ese hermoso ceño.

—Feo ó hermoso, cuando esté delante de mí le verá siempre como ahora.

—Á fe que sienta mal tanta esquivez en tan bellas mujeres —repuso Aguilera.

—Peor sienta tanta picardía en unos que se llaman caballeros.

—Hermosa Paca, ¿os tratarian mejor acaso en iguales circunstancias los groseros y rústicos hijos del pueblo?

—Los hijos del pueblo no son capaces de hacer lo que vosotros haceis validos de la impunidad. ¿Con qué derecho se nos tiene encarceladas?

—Pues no creo que la cárcel que se os ha destinado sea tan despreciable: ¿son tan bellas como esta vuestras habitaciones?

—A nosotras nos gustan más aquellas—contestó Lola.

—Pícaro gusto es el vuestro.

—Observo—dijo á su vez Aguilera señalando á Concha—que esta preciosa jóven, aun no ha desplegado los labios.

—Eso prueba mi fastidio—respondió la maja aludida.

—Por fin se ha dejado oir.

—Habló poco, pero bueno—añadió el baron sonriéndose.

—Mejor es lo que me callo.

—Pues, hija, muy mal hecho en callarse nada.

—Á ser yo hombre, señor baron, muchas y muy buenas cosas os dijera, pero ya se ve, os las habeis con tres pobres muchachas y os la echais de guapos ante ellas; me gustaria ver la cara que pondrian estos valientes si vieran asomar por esa puerta á los tres indivíduos que yo me sé. No me toques, Paca, se quejaban de que no hablaba y ya les he dado gusto.

—Muy bien, ahora yo, ¿no es eso?

—Por mi parte podeis hacer lo que os acomode.

—Esos tres indivíduos, á fe de Aguilera, me tienen sin cuidado y á soy muy capaz de disputar los favores que de tí solicito y que espero alcanzar muy pronto.

—Pues espere su merced *sentao*.

—¡Ea! Basta ya de contemplaciones inútiles—dijo el baron pálido de rabia.—Sepamos de una vez qué es lo que debemos esperar. Lola, ten entendido que me hallo dispuesto á todo.

—¡Pues ya!—respondió la maja.

—¿Qué decides?

—Ni quiero contestar á esa insolencia.

—Está bien.

—Y la bella Paca ¿tampoco se muestra hoy más humana que ayer?

—El señor marqués podia ahorrarse la pregunta.

—Vamos, está visto que á las tres les dura aun el enojo.

—Y durará siempre.

—¿Siempre, hermosa Paca? Permíteme que lo dude.

—Dude cuanto quiera.

—Pues si me prestais atencion unos momentos, os diré algo que os conviene saber, segun presumo.

—Con tal que no sea muy largo—replicó Lola de mal talante.

—No será largo—replicó el baron.

—Si es así, mejor que mejor—contestó Concha.

—Vuestros rendidos galanes, esto es, los llamados Luis, Vicente y Joselito.....

—¿Qué?—exclamaron á la vez las tres jóvenes.

—Calma, hermosas mias.

—¿Qué les pasa á esos hombres?—preguntó afanosa Paca.

—Esos hombres están en nuestro poder; tenemos, como no lo ignorais, gente que nos sirve bien; si mañana á esta misma hora seguís resistiendo á nuestras súplicas, no espereis verlos más.

—¿Seríais capaces?....—preguntó trémula Paca.

—De todo—contestó sonriendo infernalmente el baron.—Pensadlo bien.

—Nosotras lo tenemos bien pensado y por más que os mancheis con la sangre de esos inocentes, nada habeis de lograr, á no ser el nombre de asesinos.

—Vosotras decidireis.

Los tres amigos se levantaron y salieron del aposento en que quedaron las majas; éstas, apenas dejaron de oirse las pisadas de sus perseguidores, dieron rienda suelta al mal comprimido raudal de sus lágrimas.

CAPITULO CVII.

La diplomacia del libertinaje.

—Amigos mios—dijo Aguilera así que los tres seductores se hallaron en el salon—paréceme que esas mozas no se dan á partido.

—Son tres virtudes romanas—repuso el marqués.

—No sé lo que son, pero creedme, á la buena nada se consigue de ellas.

—Lo voy temiendo.

—Tenedlo por seguro.

—Pues lo que es yo no cejo—replicó el baron.

—Tampoco yo; cueste lo que cueste, he de triunfar de esa mujer.

—Amigo marqués, aguza el ingenio; porque, lo repito, y soy voto en la materia, esas mozas son tres rocas berroqueñas.

—Pues hay que ablandarlas.

—¿Y cómo, baron?

—No lo sé, Aguilera, pero ello hay que lograrlo.

—Quizá valiéndonos del mimo y el halago—objetó el marqués.

—Eso ya lo hemos probado—contestó el baron.

—¿Pues, qué hacer?

—Meditemos—dijo Aguilera.

—Eso es; calcule cada uno de nosotros un plan, y expóngalo luego á la general aprobacion, y el que mejor nos parezca aquel adoptamos.

—Muy bien dicho, baron.

—Pues á ello—repuso el marqués.

Los tres jóvenes guardaron inmediato silencio. Cada cual daba tormento á su imaginacion á fin de hallar el medio que les allanara el camino para conseguir el objeto que se habian propuesto.

Quizá no se tomaran la molestia de meditar tan largo rato si se tratara de ejecutar una buena accion; hay ciertos séres que parecen nacidos exclusivamente para el mal, y solo cuando de hacerlo se trata es cuando se hallan en su elemento.

¿Pertenecian á esa malvada clase los tres caballeros? Casi sin temor de que el lector pueda abrigar dudas sobre el particular, nos atrevemos á asegurar que sí.

¿Pero eran igualmente perversos los tres?

¿No sobresalia en malignidad alguno de ellos?

Lo natural es que así fuese, y de ello nos convencerán ellos mismos cuando expongan el plan que cada uno haya combinado.

Desde luego sabemos que el baron era muy cobarde, y esta ya es una cualidad que nos hace prejuzgarle con alguna prevencion.

Nunca fué la cobardía compañera de la grandeza de alma; la historia de la humanidad así nos lo enseña.

Por lo regular, cuanto más cobarde es un hombre, tanto más temible es como enemigo, pues las armas que suele emplear hieren á traicion y á mansalva.

La calumnia, la difamacion y hasta el asesinato, son los poderosos auxiliares de que se vale la cobardía.

¡Qué no será capaz de inventar un hombre falto de valor al querer ejercer una venganza! Todo cuanto hay de ruin, de execrable.

El baron pertenecia al género de esos hombres.

—Por mi parte no se me ocurre más que un solo medio—dijo rompiendo el silencio Aguilera.—¿Teneis ya vuestro plan?

—Bueno ó malo ya le he ideado—contestó el marqués.

—¿Y tú, baron?

—Algo se me ha ocurrido.

—Veamos, pues.

—Procedamos por órden; tú has sido el primero en concebir tu idea, exponla, y despues lo haré yo; al baron le toca ser el último.

—Tendria que ver, que lo último fuese precisamente lo bueno.

—No dudo yo, baron, de que así sea.

—Tienes razon, marqués; no hay quien le gane en tener ciertas ideas á nuestro amigo.

El baron se sonrió con aire de satisfaccion.

—Ea, Aguilera, rompe el fuego—dijo el marqués.

—El medio que se me ha ocurrido es muy sencillo.

—Sepámoslo.

—Proveámonos de muchas y ricas alhajas, amontonemos á los piés de nuestras palomas torcaces un monte de oro, y puede que deslumbradas se consideren dichosas en acceder á nuestros deseos.

—Ya has oido que las hemos ofrecido riquezas.

—Ofrecer, no es dar, baron; la vista del oro y los brillantes suele producir vértigo á determinada gente.

—Eso es verdad—contestó el marqués.

—Adelfi, exponnos tu idea.

—Consiste esta, en hacerlas viajar de grado ó por fuerza, y una vez en lejanas tierras, al verse sin amparo ¿qué remedio les quedará más que suplicar nuestra proteccion?

—No está mal; llegó tu turno baron.

—Vamos, despacha.

—Oid.

—Te escuchamos.

—Segun lo que yo opino, convendria cambiar totalmente de rumbo.

—Explícate sin ambajes.

—De eso trato, marqués.

—No se interrumpa al orador.

—Supongamos que mañana nos presentamos ante las majas, y nos fingimos apesadumbrados por nuestro anterior modo de proceder para con ellas.

—No me gusta eso.

—Calla y oye, marqués.

—Sigue.

—Las ofrecemos la libertad.

—Lo que es por ese medio sí que te aseguro.....

—Pero, hombre, déjale acabar de hablar.

—Pues si eso es un disparate.

—Cuando haya llegado al fin me lo dirás, Adelfi.

—Pues continúa.

—Ellas se apresurarán á aceptar la oferta, nosotros les decimos que en prueba de que nos otorgan su perdon se dignen aceptar un pequeño refrigerio, las hablamos de sus galanes á los que tambien se supondrá que libertamos, ellas aceptan gozosas, los vinos están preparados de antemano, cenan, beben y despues.....

—¡Magnífico!—exclamó entusiasmado el marqués.

—Aunque el medio me repugna algo.....

—Déjate de repulgos—replicó el baron.

—Francamente, eso será cometer una villanía.

—No digo yo lo contrario, amigo Aguilera; ¿pero qué miramientos hemos de guardar con gente de esa calaña?

—Dice bien el baron, paréceme que Concha bien vale que acalles esos escrúpulos.

—Mucho me gusta esa moza, pero prefiriera alcanzarla á costa de un tesoro.

—Pues el único medio de conseguirlo es el que ha propuesto el baron.

—Sea, pues, como querais.

Decididamente Aguilera era el ménos malo, y el baron el ménos bueno.

—Así me gusta—dijo alegremente el marqués.

—De esta hecha, amiga Lola, no me escapas.

—¿Quién cuidará de que se preparen los vinos?—preguntó el marqués.

—Corre á mi cargo—contestó el baron.

—Mira que conozcamos las botellas.

—¿Soy tonto acaso?

—Nada de eso—repuso Aguilera.

—¿Necesitas dinero?

—Por ahora no, marqués.

—Dispon si acaso de mi bolsa—dijo Aguilera.

—Corriente.

—Procura que la cena sea espléndida.

—Ya sabes que me pinto solo para eso.

—Es verdad.

—¿Qué nos hacemos ahora?—preguntó Aguilera.

—Salir á dar un paseo.

—Yo no os acompaño.

—¿Y eso, baron?

—Me quedo á fin de dar ciertas órdenes.

—Sí, sí, no lo descuides.

—Estoy tan interesado como tú, marqués, en este negocio.

—No lo dudo, aunque es mucho concederte.

—Haces bien en no dudarlo, porque no ignoras que esa maja me tiene vuelto el juicio desde hace ya algun tiempo.

—Creo—repuso Aguilera—que los dos estais bastante embabiecados.

—¿Pues y tú?

—Debo confesar que aunque solo desde ayer conozco á Concha, estoy un tanto impresionado; son muchos ojos aquellos.

—¡Ea, ea! Marcháos.

—Adios, baron.

—Hasta luego.

Aguilera y el marqués se marcharon. El baron llamó al criado de su confianza á fin de darle las órdenes que consideraba oportunas.

CAPÍTULO CVIII.

Una doble sorpresa.

Al dia siguiente, como las cuatro de la tarde, se hallaban reunidas las tres majas en la que llamaremos la sala comun.

Como es muy natural, la conversacion versaba sobre el tema obligado de su mútua desgracia.

Las pobres mujeres parecia que se habian conformado con su suerte, y para proporcionarse algun alivio, se complacian en recordar los tiempos pasados.

Esto, que al pronto les daba consuelo, concluia por amargar todas sus conversaciones, porque involuntariamente recordaban escenas de su vida pasada, que comparadas con la presente, de preciso habian de producirles el más deplorable efecto.

Así es que cada reunion terminaba entre lágrimas, lamentos y suspiros, y como cada una de ellas tenia miedo de estar sola, siempre estaban reunidas, y siempre hablaban de lo

mismo, de modo que aquello era un verdadero valle de lágrimas.

Pero á ninguna de las tres jóvenes le habia pasado por la imaginacion siquiera, la idea de terminar aquella situacion, cediendo á los deseos de sus perseguidores.

Lejos de ello, cada dia se afirmaban más en su resolucion.

Aquel dia estaban, como de costumbre, entregadas á sus tristes reflexiones, cuando con general sorpresa vieron entrar al marqués Adelfi.

Que éste, desistiendo de su propósito de dejarlas abandonadas en su encierro, las visitara, no tenia nada de particular.

Lo que sí les llamó la atencion, fué el continente con que se presentó.

El libertino traia bien ensayado su papel.

En vez del aire de calavera que le era tan peculiar, afectaba la mayor gravedad.

Con aire mesurado y grave, saludó cortesmente, y con acento compungido, se expresó de este modo:

—Sin duda extrañareis mi presencia en este sitio y á estas horas, despues de la determinacion que respecto á vosotras habíamos tomado. Esto merece una explicacion, y os la voy á dar. Conocemos que son inútiles nuestros esfuerzos, para doblegar vuestra virtud, y desistimos de nuestro propósito.

—¿Pues entonces, por qué no nos dejais en libertad?—preguntó la impaciente Lola.

—A eso voy. Esta noche quedareis absolutamente libres.....

—¿De veras?—interrumpió Concha.

—Con una condicion.

—¡Malo!—exclamó Paca por lo bajo, pero de modo que el marqués la oyó.

—Nada temais—continuó aquel.—No se trata de perjudicaros en lo más mínimo, ni en vuestra virtud, ni en vuestra reputacion. Solo se trata de enalteceros.

—Veamos la condicion—dijo Paca.

—Vuestra resistencia á nuestras pretensiones—prosiguió el marqués con hipócrita acento—nos ha maravillado. Nos ha hecho comprender que la virtud en la mujer no es una palabra vana. Sin saberlo, nos habeis dado una gran leccion, que os agradecemos con toda el alma; y vengo en nombre de mis amigos, á suplicaros os digneis asistir á una cena que os tenemos dispuesta, en prueba de nuestro agradecimiento y en celebracion de vuestra libertad.

¡Libertad! ¡Mágica palabra que hace estremecer todas las fibras del alma del oprimido! ¡Cuántos sacrificios impones con solo invocar tu nombre! ¡Cuántos milagros operas por la sola virtud de su significacion!

El corazon de las majas se dilató al oir aquella palabra, que sin duda tiene orígen divino, segun su sobrenatural poder.

Ya no se acordaron de sus sufrimientos; de que eran víctimas de una brutal arbitrariedad que la ley castiga; olvidaron la sinrazon de sus verdugos, y recibieron aquella noticia hasta con agradecimiento.

No pensaron en que tal vez se las tendia un lazo, por acordarse de que aquella noche serian libres.

Solo Paca, algo más precavida que sus compañeras, se atrevió á hacer una observacion oportuna.

—Y ¿dónde tendrá lugar esa cena?—preguntó.

—En esta misma casa: en el comedor. Con las puertas abiertas—se le contestó.

—Y ¿quién deberá asistir?—insistió la jóven.

—Vosotras, el baron del Pinar, el caballero Aguilera y yo.

—¿Qué os parece?—dijo la jóven interrogando á sus compañeras.

—Lo que tú dispongas—se apresuró á contestar Lola.

—¿Será alguna nueva añagaza, señor marqués?—preguntó intencionadamente la maja.

—No sé qué puede haber en ello de particular — replicó compungido aquel.—Cierto que teneis razon en desconfiar de nosotros y porque reconozco vuestro derecho no trato de sincerarme. Solo os diré que es la única recompensa que deseamos: os ruego que no los cambieis con una negativa, que en último resultado no os producirá ningun beneficio.

Era lógico, al parecer, cuanto el marqués decia. Era un sofisma que para las majas tenia gran traza de verdad.

Depusieron, pues, sus recelos, y aceptaron.

Quedaron convenidos en que á las siete tendria lugar la cena y que, verificada esta, un coche las conduciria á sus respectivos domicilios.

El marqués se retiró ébrio de contento.

Las majas, apenas quedaron solas, se entregaron á los más exagerados trasportes de alegría, y formando los más lisonjeros planes para el porvenir, esperaron con la mayor impaciencia la hora convenida, que debia ser la de su libertad.

Los caballeros fueron puntuales. A la hora señalada, el criado anunció á las majas que la cena estaba dispuesta y que las estaban esperando en el comedor, á donde podian pasar.

Las jóvenes le siguieron.

El comedor estaba adornado como para una gran fiesta.

El baron habia desempeñado su cometido á las mil maravillas.

Nada de cuanto el más refinado gusto hubiera podido inventar en aquella época, se habia escaseado.

Cualquier observador despreocupado, hubiera fácilmente comprendido que con aquel fausto se trataba de deslumbrar á los comensales.

Una rica alfombra cubria el pavimento. En las paredes abundaban costosas cornucopias con arandelas que sostenian bujías de cera perfumada, matizadas de distintos colo-

res. Dos enormes candelabros de bronce dorado, obra artística de gran valor, sostenian veinticuatro bujías, descansando sobre la mesa.

La mantelería era de lo mejor que habian traido á Madrid los comerciantes flamencos. La vajilla de plata sobredorada llamaba la atencion por su riqueza y por su forma. La loza era de lo más selecto que se habia elaborado en la real fábrica de la Granja. La cristalería era de lo más artístico que habia salido de la entonces reputadísima manufactura de Madrid.

Cómodos sillones ofrecian holgado asiento.

Un riquísimo aparador, además de contener todo lo indispensable para un lujoso servicio de mesa, sostenia espléndidos fruteros cargados de las más sabrosas frutas, y bellísimas compoteras de cristal tallado llenas de las más ricas confituras que hacian la delicia de los gastrónomos de aquellos tiempos, además de gran número de caprichosas botellas, que por el color de ámbar y de rubí de los líquidos que contenian, daban á entender que para llenarlas se habian puesto a contribucion las más famosas bodegas de España.

Las majas quedaron maravilladas al ver el aspecto que presentaba el comedor.

Jamás, ni en sueños, habian visto tanto fausto.

Los caballeros, que, como habia dicho el criado, las esperaban, las condujeron cortesmente de la mano á sus respectivos asientos.

Colocáronse alternados.

Al lado derecho del marqués estaba Paca, dando frente á la puerta de entrada. A su derecha se colocó el baron que á su vez tenia al lado á Concha y á continuacion de ésta se sentó Aguilera. Entre éste y el marqués sentóse Lola.

Comenzó la cena.

Los platos eran suculentos y exquisitos.

Cada caballero sirvió á la maja que tenia á su derecha.

Las jóvenes apenas tocaron á los manjares.

La conversacion de los caballeros era alegre, animada y de buen tono, sin que ni aun por casualidad se pronunciase una palabra que pudiera herir la susceptibilidad de las majas, ni que pudiera ser una alusion á lo pasado.

El único criado que servia á la mesa, escanció vino en todos los vasos.

Como si las majas se hubieran puesto de acuerdo, ninguna de ellas lo probó.

Los caballeros las animaban á comer y á beber dando ellos el ejemplo, pero en vano.

Notando el marqués que no habian bebido, fingió suponer que aquel vino no las gustaria y mandó traer Pajarete, al que él llamaba el vino de las damas.

A fuerza de instancias, las jóvenes humedecieron sus labios notando en aquel vino un ligero gusto amargo; mas como ninguna de ellas lo habia probado nunca, supusieron que aquel seria el natural del vino.

El marqués y sus compañeros al verlas beber, cruzaron una mirada de inteligencia y desde aquel momento se animó la conversacion de un modo inesperado. Aquella reserva que hasta entonces habia reinado por parte de ellos, desapareció por completo. Algunas frases atrevidas, mezcladas con los más libres galanteos se dirigieron á las jóvenes que, confusas y aturdidas, no podian darse cuenta de lo que las pasaba.

Hasta la atrevida Lola, sintió que Aguilera se apoderó de su mano y estampó en ella un ardiente beso. En otras circunstancias era seguro que aquel beso le hubiera valido un bofeton, pero entonces la jóven sin saber por qué, dejó de ser lo que acostumbraba ser. Sintió hervir su sangre pero no pudo hacer ningun ademan. Poco más ó menos, lo mismo les sucedia á Concha y á Paca.

Y es que, para refinamiento de maldad, el narcótico que en el Pajarete habian bebido era de aquellos que paralizan to-

das las facultades menos la vista el oido y la inteligencia. Afortunadamente para las majas, la dósis que habian tomado era muy pequeña y habria bastado la mas leve sensacion para que se destruyese el efecto.

Comprendiólo así el marqués y para que las jóvenes bebiesen más, propuso á sus compañeros un bríndis.

Llenaron sus copas de Jerez, y las de las majas de Pajarete.

Levantóse Adelfi, y con la copa en la mano, brindó diciendo:

—Señores, brindo por los felices amores de nuestras ingratas majas.

Sus compañeros apuraron las copas respondiendo al bríndis con una carcajada.

Despues Adelfi cogió con la mano izquierda la copa de Paca, y rodeando con su brazo derecho el cuello de la jóven, procuró abrirle la boca para verter en ella el contenido de la copa.

La jóven comprendió la idea, y á pesar de su atrofía aun pudo cerrar los dientes lo suficiente para que el marqués no pudiese realizar su intento.

Poco más ó ménos sucedia igual á sus compañeros.

—¡Diablo!—dijo el marqués riendo. Estas condenadas chicas por no darnos gusto ni aun quieren brindar por su felicidad.

—Si me dais una copa, yo lo haré por ellas—dijo una voz robusta y con sereno acento desde la puerta.

El marqués y sus compañeros se levantaron como impulsados por un resorte.

Paca y sus compañeras hicieron lo propio, dando un grito de alegría.

Á los ecos de aquella voz, el vértigo que las dominaba habia desaparecido.

El caso no era para ménos.

Don Luis, con los brazos cruzados, tranquilo y sereno,

estaba en el umbral de la puerta; detrás de él se veïa á Vicente y á Joselito que claramente daban á entender con sus miradas las intenciones que les animaban.

El marqués, repuesto de su sorpresa, preguntó con altanería:

—¿Qué buscais aquí, caballero? ¿Cómo habeis entrado en esta casa?

Don Luis, sin inmutarse, contestó adelantando un paso:

—Busco á esas pobres mujeres. ¿Cómo he entrado aquí?.... El señor os lo dirá.

Y señaló á un capitan de guardias walonas, que, seguido de algunos soldados, se adelantaba.

—¿Cuál de estos señores—preguntó el capitan—es el marqués de Adelfi?

—Yo soy—balbuceó el aludido palideciendo.

El capitan le miró, y con acento autoritario, pronunció estas palabras:

—En nombre del rey, dáos á prision.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en el tomo primero.

Capítulos.	Páginas.
Prólogo.—Un amor criminal..	5
I.—Quién era don Luis de Guevara, y quiénes eran «Los Caballeros del Amor.»	19
II.—Continuacion del anterior.	25
III.—De qué modo empleaba sus noches el señor don Luis de Guevara.	31
IV.—Quién era doña Catalina de Sandoval..	39
V.—Marido y mujer.—El final de una noche..	46
VI.—Qué era lo que acontecia á no muy larga distancia de la casa de doña Isabel de Zúñiga, mientras don Luis de Guevara se encontraba en ella.	58
VII.—El extraño encuentro que tuvo el caballero don Luis al salir de casa de doña Isabel de Zúñiga. . . .	66
VIII.—Donde damos al curioso lector algunos antecedentes respecto al vizconde de Lazan.	71
IX.—Continúan para Luis las aventuras de una noche. .	79
X.—Donde el lector va á saber quién era Vicente y quién Lola la Zapatera.	87
XI.—Cómo se conocieron la maja y el pintor.	92
XII.—En que se cuenta una historia que viene muy á pelo para nuestra novela.	98
XIII.—Giacomo Zarini.	111
XIV.—Qué era lo que tenia que decir el conde de Fuentidueña á doña Catalina de Sandoval..	120
XV.—Donde concluye Giacomo Zarini la historia que estaba contando..	126
XVI.—Cómo cumplió Luis la oferta que habia hecho á Vicente	133
XVII.—De qué modo puede principiar un festin.	139
XVIII.—La conclusion de la cena..	145
XIX.—Grave compromiso del conde de Lazan.	151
XX.—Donde tropieza el conde de Lazan con un auxiliar que no esperaba..	158
XXI.—Doña Catalina de Sandoval vista en el interior de su casa.	166

Capítulos. Páginas.

XXII.—Qué era lo que doña Catalina de Sandoval deseaba.. 172
XXIII.—Celos de mujeres. 177
XXIV.—Otro corazon herido. 183
XXV.—Donde se ve que Simon, cuando no sabia una cosa, la inventaba perfectamente. 191
XXVI.—Algunos detalles respecto á la condesa de Santillan, muy necesarios para definir completamente su carácter.. 198
XXVII.—Simon encuentra lo que busca. 203
XXVIII.—Quién era Paca la Salada. 208
XXIX.—Un rapto y una puñalada. 215
XXX.—Vicente llega á tiempo de impedir una desgracia. . 221
XXXI.—Donde Simon no sabe cómo salir del atolladero.. . 228
XXXII.—El lector hace conocimiento con un nuevo personaje. 238
XXXIII.—El Raton cumple su promesa.—Secuestro de don Luis. 247
XXXIV.—Qué habia sido de don Luis de Guevara. 255
XXXV.—Un beso y una decepcion.. 264
XXXVI.—Donde se ve que Paca empieza á hacerse dueña de la situacion.. 270
XXXVII.—Cómo y por quién se libró Paca. 278
XXXVIII.—Primeras diligencias practicadas por Paca. . . . 286
XXXIX.—El corazon de una maja.. 296
XL.—Donde volvemos á hablar de la hija del conde de Lazan.. 302
XLI.—El vizconde demuestra á María la funesta estrella que habia perseguido á su familia. 311
XLII.—Donde se ve que doña Catalina es implacable en su venganza.. 406
XLIII.—De cómo un padre recoleto puede servir perfectamente de intermediario en una intriga vergonzosa. . 415
XLIV.—María se encuentra en un grave compromiso. . . 422
XLV.—Donde Gil Perez intenta cometer una felonía. . . . 429
XLVI.—Lo que puede suceder en la romería de San Eugenio.. 436
XLVII.—Paca y Luis. 441
XLVIII.—Cómo se libró don Luis de manos de doña Isabel. . 448
XLIX.—Marido y mujer. 454
L.—Los osos del rio. 460
LI.—De cómo cumplió García sus promesas. 468
LII.—Los proyectos de García. 474
LIII.—El conde recibe una noticia inesperada. 480

Capítulos. Páginas.

LIV.—Donde se tocan las consecuencias de haber obrado mal. 486
LV.—Qué hizo el conde de Lazan veinte años atrás. . . 492
LVI.—No hay falta que no lleve su castigo. 511
LVII.—Triunvirato de majas. 517
LVIII.—El tentador. 522
LIX.—Donde don Tadeo se ve obligado á hacer grandes esfuerzos para triunfar. 529
LX.—Ojeada retrospectiva. 536
LXI.—Volvemos á encontrarnos con antiguos conocidos. . 543
LXII.—Para qué llamaba doña Catalina á don Tadeo. . . 551
LXIII.—Doble mision que recibe don Tadeo.—Los celos de doña Catalina. 558
LXIV.—Cómo se habian reunido los libertinos. 565
LXV.—Singulares coincidencias.—Cómo suelen encontrarse las personas que ménos se buscan. 573
LXVI.—Los dos compadres. 579
LXVII.—De cómo llegó á noticias de doña Isabel lo que se proyectaba contra don Luis. 588
LXVIII.—Conferencia. 596
LXIX.—Proposiciones. 604
LXX.—Los celos de doña Isabel de Zúñiga. 614
LXXI.—De qué modo puede interrumpirse la conversacion de dos esposos. 621
LXXII.—Á qué iba Simon á ver á doña Isabel. 628
LXXIII.—Donde Simon, por querer salir del paso, da lugar á un nuevo compromiso.. 637
LXXIV.—Donde María comprende que debe obedecer á su padre. 644
LXXV.—El conde de Lazan experimenta una nueva contrariedad. 652
LXXVI.—La prision. 660
LXXVII.—María concede su mano al vizconde. 668
LXXVIII.—Al siguiente dia de la prision de don Luis. . . . 674
LXXIX.—El conde de Floridablanca. 685
LXXX.—Los consejos del conde de Fuentidueña. 692
LXXXI.—Qué era lo que ocurria en Valladolid el año de gracia de 1440. 699
LXXXII.—Doña Catalina empieza á tener miedo. 745
LXXXIII.—Las majas y don Tadeo. 753
LXXXIV.—Don Tadeo continúa la comedia.. 761
LXXXV.—Don Tadeo da parte al marqués Adelfi de cuanto ha hecho.. 769

Capítulos. Páginas.

LXXXVI.—D. Tadeo cumple lo que ofreció al marqués y al baron. 777
LXXXVII.—La revelacion. 785
LXXXVIII.—Azucena la gitana.. 792
LXXXIX.—Quiénes eran los padres de Antonio. 800
XC.—Continuacion del anterior. 806
XCI.—Despues de la historia. 811
XCII.—Donde se ve que García se pone á trabajar por cuenta propia.. 816
XCIII.—La tabla de salvacion.. 822
XCIV.—García y Azucena.. 830
XCV.—María se interesa por don Luis.. 837
XCVI.—Una accion infame. 844
XCVII.—García es un gran diplomático.. 851
XCVIII.—Continúan las pesquisas de García.. 860
XCIX.—Tras de una pista.. 868
C.—Continuacion del anterior. 874
CI.—García se pone á husmear. 880
CII.—Continuacion del anterior. 885
CIII.—En donde García continúa haciendo de las suyas. . 893
CIV.—De como tal va por lana que vuelve trasquilado. . 901
CV.—En el cual se refiere lo que les habia acontecido á las majas.. 907
CVI.—En donde se ve que más puede la constancia de una maja que la audacia de un caballero. 915
CVII.—La diplomacia del libertinaje. 923
CVIII.—Una doble sorpresa. 929

PLANTILLA PARA LA COLOCACION DE LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

Páginas.

Portada. 1
Casi al mismo tiempo un alcalde 65
Una noche que Tello. 128
Tú no eres mi esclavo. 175
Sintió que le tapaban la boca 217
Callad, señor; pudieran oiros 446
Doña María, ya se ha hecho imposible don Luis. 612
Señor vizconde, vuestra es mi mano 673

LS
C 3527.c
277343
Author Castillo, Rafael del
Title Los caballeros del amor. Vol.1.
NAME OF BORROWER.
DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU